SANTIAGO RÍO

EL AMANECER DE LOS BRUJOS

Un apasionante viaje por la historia de los fenómenos paranormales, esotéricos y mágicos

bronce

SANTIAGO RÍO ROBLEDO

EL AMANECER DE LOS BRUJOS

UN APASIONANTE VIAJE POR LA HISTORIA DE LOS FENÓMENOS PARANORMALES, ESOTÉRICOS Y MÁGICOS

bronce

A mi querida esposa Helena, por su paciencia durante estos tres últimos años y por los conocimientos médico-forenses que me ha aportado. Sin ellos, posiblemente algunos contenidos de este libro habrían sido menos atrevidos.

A mis queridos hijos Isabel, Sebastián y Helena.

Prefacio

No nos lo creemos todo.
Pero creemos que todo debe ser examinado.

Louis Pauwels y Jacques Bergier

Mi padre tallaba madera y luego malvendía su obra por el precio que los compradores querían pagarle. Dedicaba más de catorce horas diarias a labrar conscientemente, con amor, las imágenes religiosas, alegóricas y demás figuras y relieves de los encargos, que debía entregar dentro del plazo señalado. En cada obra dejaba algo de su alma. Corrían los brumosos años sesenta del siglo pasado en la España ignara.

Repetía constantemente una frase que yo le había leído en un libro titulado *El retorno de los brujos*, publicado en Francia y en otros países, *Le matin des magiciens*: «Al cielo se sube con las manos.» En su tumba figura este epitafio.

Louis Pauwels y Jacques Bergier son los autores de ese extraordinario libro de culto, que ha significado para miles de hombres y mujeres de todo el mundo una liberación del corsé mental al que estaban sometidos, una metanoia en su forma de pensar. Para varias generaciones ha supuesto una iniciación espiritual.

De *El retorno de los brujos* se han vendido más de cuatro millones de ejemplares, y sus autores crearon una corriente de gran éxito llamada «realismo fantástico» o «realismo mágico», de la que siguen existiendo miles de seguidores en la actualidad, si bien la expresión fue tomada por Bergier del escritor belga Franz Hellens.

Louis Pauwels (Gante, Bélgica, 1920-París, 1997) sentía un gran amor por su verdadero padre,[1] Gustave Bouju, quien lo había criado y le había transmitido su creencia en la libertad absoluta y en la coincidencia del sabio y el destino; le decía que el primer fallo de los clérigos se produjo el día en que uno de ellos representó por

primera vez un ángel con alas: «Hay que subir al cielo con las manos.»

Pauwels era licenciado en letras, profesor, y colaboraba en varias revistas literarias mensuales en Francia. En 1946 fundó junto al filósofo Aimé Michel la asociación Trabajo y Cultura, destinada a la cultura de masas. Columnista de periódicos, fue precursor del libro llamado «de bolsillo» y director del mensual femenino *Marie Claire*. Escribió varias novelas clásicas en sus principios, y posteriormente publicó más de veinte libros dedicados al mundo científico, psicológico y espiritual. Asimismo, fue director de programas de televisión y radio de gran éxito en Francia. Figura mediática en todo el mundo, fue definido como «filósofo humanista».

En 1960 me prestaron un libro sobre Gurdjieff escrito por Louis Pauwels,[2] que había sido junto con Aldous Huxley alumno suyo en el Instituto para el Desarrollo Armonioso del Hombre, en Le Prieuré (Fontainebleau, Francia), creado por el propio Georges Gurdjieff, «comerciante de energía solar», como se definía él.

Impresionado por la lectura del libro, intenté ponerme en contacto con Pauwels, pero no lo conseguí hasta muchos años más tarde. Mi devoción por él era tal que llegué a imitarlo hasta en la forma de vestir; su personalidad, sus conclusiones, sus pensamientos:

Creo que tengo una alma.
Creo en mi alma justa e infinita.
Esta fe no tiene nada que ver con mi persona.
Pero yo trato de llevar mi persona hacia la sabiduría
por consideración a mi alma.
Esto es todo lo que yo creo.
Lo demás no son más que ideas.

Lo convertí en mi maestro espiritual, y sus siguientes publicaciones no hicieron más que reafirmar mi admiración por él.

Coincidía con él en la creencia de un esoterismo cristiano. Entrados los años setenta del siglo pasado, me hizo conocer la masonería espiritual, donde fui iniciado. En la actualidad sigo perteneciendo a esa institución.

Llevado por un romanticismo de juventud hacia el hombre superior, participé con otras almas gemelas a principios de los sesenta en la creación en Barcelona de la revista *Ser* —nombre que, ilusionados, tomamos del primer capítulo de *El libro de los condenados*, de Charles Hoy Fort—, impresa con multicopista y con ilustraciones de copias fotográficas auténticas, que recogía las inquietudes de nuestra temprana edad; después de interminables reuniones que se prolongaban hasta altas horas de la madrugada, conseguíamos ponernos de acuerdo en su contenido. La distribuíamos entre amigos y en la universidad, en ateneos y centros culturales. Apenas cubríamos gastos. Su vida fue efímera, diez números, pero abrió las puertas a otras revistas que irrumpieron en el mercado español.

Enviaba cartas a revistas y periódicos como *Triunfo*, *La Gaceta* o *La Vanguardia*, donde eran publicadas, advirtiendo al mundo que estaba dormido y que debía despertar; las firmaba como Fulcanelli.

Los veinte años son mágicos; luego vinieron años de búsqueda, congresos de parapsicología, la cábala, el lamaísmo, el yoga, la hipnosis, la prospectiva, Cryonics, las escuelas iniciáticas, el esoterismo cristiano, la masonería espiritual, etcétera. Desde entonces trabajo en la escuela del Cuarto Camino. Hace mucho tiempo que me reúno dos o tres veces al año en Le Prieuré de Fontainebleau (Francia) y en otros lugares de España con hermanos que trabajan en esa escuela.

En ese mismo año de 1960, Louis Pauwels[3] y Jacques Bergier publicaron *Le matin des magiciens*, *El retorno de los brujos*.[4] A raíz del éxito del libro, los autores, conjuntamente con François Richaudeau, editaron en octubre de 1961 una revista —bimestral, de unas ciento cincuenta páginas y formato cuadrado de 17 × 17 cm— sobre los mismos temas del libro (alquimia, civilizaciones desaparecidas, nazismo y esoterismo, parapsicología, magia, etcétera). El primer número de la revista *Planète* vendió en Francia ochenta mil ejemplares, y llegó a tener cien mil suscriptores (en total se editaron 64 números en dos épocas: 41 desde octubre de 1961 hasta mayo de 1968 y 23 desde septiembre de 1968 hasta agosto de 1971). También publicaron unos diecisiete ejemplares de la *Enciclopedia Planeta*, una recopilación de temas y autores en la línea del realismo fantástico.

En España, la revista, dirigida por el ufólogo Antonio Ribera, se llamó *Horizonte* y tuvo una vida relativamente breve (quince números); la enciclopedia se llamó también *Horizonte*.

En Argentina se publicó como *Planeta*, y en su número uno aparecía una entrevista a Julian Huxley, realizada por Pauwels, donde éste afirmaba que su hermano Aldous a veces iba demasiado lejos. Pauwels le preguntaba: «Sir Julian, en 1928 publicó usted una obra titulada *Religión Without Revelation*. En 1958 apareció una edición popular del mismo libro, y en el gran congreso de Chicago para conmemorar el centenario de Darwin, usted hizo una declaración que tuvo resonancia mundial. Dijo usted: "La visión evolucionista nos permite discernir los grandes lineamentos de la nueva religión, que, podemos estar seguros, tendrá que nacer para responder a las necesidades de la próxima era." ¿Piensa usted que el mundo ha entrado en un estado de espera? ¿Y qué espera?» La respuesta de Huxley fue: «Sí, el mundo espera. Entiende, con mayor o menor claridad, que la humanidad ha recibido una nueva revelación. Es decir, que las ciencias están hoy bastante desarrolladas para que su convergencia produzca una nueva imagen del universo. El proceso de evolución en la persona del hombre comienza a ser consciente para el hombre mismo.» La revista tuvo también una vida corta, alrededor de veintiséis números.

En 1953, necesitando Pauwels un divulgador científico, un amigo suyo lo puso en contacto con Jacques Bergier. Ingeniero químico de origen judío, nacido en Ucrania en 1912, poseía una mente prodigiosa, podía leer y retener todo el contenido de un libro de extensión media en menos de una hora, había sido detenido en 1943 por la Gestapo y torturado para que revelara todo cuanto sabía sobre los cohetes V2. Internado en los campos de Neue Breemm y Mauthausen, donde conoció al arquitecto austríaco de origen también judío Simon Wiesenthal, ambos pudieron salir con vida y Bergier colaboró estrechamente con él, dibujando gracias a su memoria fotográfica a todos y cada uno de los miembros nazis que actuaban en los citados campos. Escribió una treintena de libros sobre divulgación científica, las escuelas iniciáticas, los servicios secretos, era un apasionado de la ciencia ficción. Fue secretario general del Instituto Francés de Documentación Científica y Téc-

nica, así como miembro de la Academia de Ciencias de Nueva York. Su amigo el dibujante belga Hergé (Georges Rémi), en la aventura de Tintín *Vuelo 714 para Sídney*, lo hace aparecer como el profesor Mik Ezdanitoff, de la revista *Cometa*.

Pauwels publicó un fantástico libró sobre Bergier, *Blumroch l'admirable ou le déjeuner du surhomme*, donde Bergier aparecía con el nombre de Joseph Blumroch.[5] Como puede apreciarse, las iniciales J. B. son las mismas en uno y otro personaje. Transcribo, por su enigmático contenido, el siguiente diálogo del libro:

—¿Cuándo encontró usted a Joseph Blumroch?
—Por la mañana.
—¿Dónde?
—En este planeta.
—¿Quién es Joseph Blumroch?
—Una ficción verdadera.
—¿Por qué ha escrito este libro?
—Por ternura.
—Para el Colegio Invisible.
—Ciertas ideas de Blumroch me parecen una locura.
—El caso es que usted no tiene toda la razón.
—Otras me pasan por encima de la cabeza.
—Los pájaros también.

Después de varios intentos sin éxito de conectar con Louis Pauwels, por mediación del ufólogo Antonio Ribera conseguí una breve audiencia de unos minutos en sus oficinas de París; estaba a punto de empezar la década de los setenta. Supongo que mi vehemencia por Gurdjieff, mi nerviosismo y mi comentario acerca de que acababa de tener una hija (según me dijo, su hija Marie-Claire tenía entonces unos cinco años) le hicieron cierta gracia, más que el interés por las pobres explicaciones que pude transmitirle, y me recomendó que intentara ponerme en contacto con él pasado algún tiempo. Así lo hice al cabo de unos meses, y no fue fácil. Esta vez el maestro me dedicó algo más de tiempo, me habló de la masonería espiritual, donde él había estado iniciado, me explicó que era el lugar donde podría encontrar almas gemelas e intercambiar cono-

cimientos sobre los temas espirituales de mi interés sin que fuera tratado de loco, y me facilitó algún contacto que aproveché. Nunca más volví a ver al maestro, si bien muchos años más tarde, a principios de los noventa, me contestó una carta en la que me decía que se había apartado hacía tiempo de la masonería. Los caminos de la vida lo llevaron políticamente por unas sendas más alejadas de mi camino, pero eso no diluyó mi admiración por él y mi recuerdo permanente hacia su alma grande.

A Jacques Bergier nunca llegué a tratarlo personalmente. La única vez que tuve la oportunidad de conocerlo a través de un amigo común, Juan de Diego, vicepresidente de Amical de Mauthausen (asociación de recluidos en campos de exterminio nazi), Bergier no acudió a la reunión en Fontainebleau a principios del año 1977 por motivos de salud.

Los científicos de hoy entran en debate con los antiguos magos, taumaturgos y alquimistas; se está produciendo una revolución, un nuevo renacimiento. Los científicos han entrado en comunión con el antiguo saber. La razón exprime el conocimiento de las religiones, el espíritu está cada vez más próximo a la materia. Estamos muy cerca, quizá en las próximas décadas, de la amalgama, de la mezcolanza total entre ese conocimiento implícito en el alma del hombre y la explicación final, donde se nos mostrará el Gran Rostro.

Como Pauwels y Bergier, no me he limitado al método científico y, parafraseándolos, «nuestros métodos fueron los de los sabios pero también los de los teólogos, los de los poetas, los de los brujos, los de los magos y los de los niños», y sobre todo he hecho uso de lo que más amo, la imaginación. Paracelso llamaba a la imaginación «astro interior»; nunca he confundido imaginación con fantasía, siempre he tenido la imaginación como una fuerza cósmica, solar, que recibe sus rayos concentrados y se transforma en ideas, en símbolos y arquetipos. Por el contrario, la fantasía no deja de ser una ilusión engañosa, reflejada en el mundo de las apariencias.

Pauwels y Bergier abrieron el camino y dejaron las puertas abiertas para que alguien volviera a entrar y retomara y profundiza-

ra en ese «realismo mágico», en ese esoterismo científico, en esa mística de la grandeza del hombre.

Este libro, humildemente, pretende ser uno más en la continuación de esa línea trazada por los dos grandes hombres, después de cincuenta años, donde los datos que han aflorado, con el paso del tiempo, han sido gigantescos, dándoles la razón científica en muchos de sus planteamientos, que ya su imaginación apuntó, y abriéndose otros campos nuevos, que incluso a ellos mismos habrían sorprendido.

Loren Corey Eiseley (1907-1977) fue un antropólogo, escritor científico y poeta reconocido mundialmente por el «ensayo oculto», una forma sencilla y comprensible de explicar ideas científicas muy complejas, como la evolución humana. Su infancia terrible (tuvo un padre distante, una madre enferma mental, y él mismo fue diagnosticado de tuberculosis a los veintiséis años) no fue óbice para recabar los mayores éxitos académicos. Recibió treinta y seis títulos honoríficos durante veinte años, y fue el miembro más honrado de la Universidad de Pensilvania desde Benjamin Franklin.

Para explicar lo que nos parece irreal, mágico, lo que sucede en nuestro entorno circundante y no entendemos, lo que puede suceder en otros planos a los que no tenemos acceso consciente, lo que interpretamos erróneamente por no tener toda la secuencia, Eiseley explicaba lo que le había sucedido a un cuervo. Todo el mundo sabe que los cuervos poseen habilidades propias de los humanos, son capaces de fabricar herramientas con diferentes materiales. Los trabajos de Thomas Bugnyar, Bernd Heinrich y Kacelnik nos explican casos como el del trampero de los bosques norteños que ve cómo un cuervo se tiende en la nieve sobre su dorso, con las patas en el aire, junto al cadáver de un castor: se hace el muerto para que los demás cuervos no se acerquen. En San Francisco (Estados Unidos) los cuervos dejan caer las nueces desde la catenaria del tranvía para, una vez rotas, en el suelo, poder comérselas, etcétera.

Pero volvamos al relato de Eiseley:

> Este cuervo es vecino mío. Jamás le he hecho el menor daño, pero tiene buen cuidado en mantenerse en la copa de los árboles, volar alto y evitar la humanidad. Su mundo empieza donde se detiene mi débil vista. Ahora bien, una mañana, nuestros campos de hallaban sumidos en una niebla extraordinariamente espesa, y yo caminaba a tientas hacia la estación. Bruscamente, aparecieron a la altura de mis ojos dos alas negras y enormes, precedidas de un pico gigantesco, y todo se alejó como una exhalación y con un grito de terror como espero no volver a oír otro en mi vida. Este grito me obsesionó toda la tarde. Llegué hasta el punto de mirarme al espejo, preguntándome qué habría en mí de espantoso.
>
> Por fin, comprendí. La frontera entre nuestros dos mundos se había borrado a causa de la niebla. El cuervo, que se imaginaba volar a su altura acostumbrada, vio de pronto un espectáculo sobrecogedor, contrario para él a las leyes de la naturaleza. Había visto a un hombre que andaba por los aires, en el corazón mismo del mundo de los cuervos. Había presenciado una manifestación de la rareza más absoluta que puede concebir un cuervo; un hombre volar. Ahora, cuando me ve desde arriba, lanza unos pequeños gritos, y yo descubro en ellos la incertidumbre de un espíritu cuyo universo se ha desquiciado. Ya no es, ya no volverá a ser jamás, como los otros cuervos.

Esta pérdida de visión imaginaria del cuervo, que también puede ocurrirles a los de nuestra especie, nos muestra que lo que vemos muchas veces no es real; del mismo modo que le sucede al cuervo, nuestros conocimientos y posibilidades están limitados para interpretar según qué clase de acontecimientos. En los espectáculos de magia, lo que vemos, lo que el mago nos hace ver, es una distorsión de la realidad. Desde mi infancia soy aficionado a la magia como espectáculo, mi afición es conocida en mi entorno familiar, y son metódicos los regalos en esa línea. Hace unos años uno de los regalos era un juego de magia que consistía en tres cartas de póquer diferentes; daba una de ellas para que el espectador la examinase y éste comprobaba que era normal, colocaba sobre una de las otras dos una cerilla —todo ello en la palma de mi mano—, y ésta comenzaba a trepidar y a levitar. El truco consistía en que dos

de las tres cartas (por si se pedía repetirlo, efectuarlo con la otra también trucada) tenían unos finísimos hilos de plástico tensados prácticamente invisibles, pegados y situados a lo largo de la carta, de forma que, al hacer una leve presión con los dedos hacia abajo sobre la carta, ésta se ahuecaba levemente produciendo el efecto de levitar la cerilla al quedar apoyada en los hilos. Es evidente que la mente ve lo que quiere ver.

En 1980, Stephen Hawking, al poco de ser nombrado profesor lucasiano[6] de matemáticas en la Universidad de Cambridge (Newton había ocupado su cátedra unos trescientos años antes), nos sorprendía una vez más declarando que la consecución de la teoría final —es decir, una teoría definitiva que nos proporcionaría una revelación mística en cuyo resplandor podríamos apoyarnos y mantener la ilusión de evolucionar como especie hacia estadios superiores— podría ayudarnos a conocer la mente de Dios.

Esa teoría, ese juego malabar de Hawking, nos podría demostrar que quizá Dios podría no haber tenido elección a la hora de crear el universo. Pero, si no tuvo elección, «¿hay entonces sitio para un creador?», se preguntaba Hawking. «No hay sitio», era su respuesta: una teoría final excluiría a Dios del universo y, con él, también todo misterio. De todas maneras, aunque hubiera sitio, no habría oposiciones para el puesto, pues la plaza hace tiempo que esta ocupada y ganada a perpetuidad, ¿o no?

Hawking y Jane, su mujer, se separaron en 1990 en parte porque ella, cristiana practicante, se había sentido cada vez más ofendida por el ateísmo de su marido.

Pasados unos años, Hawking quedó impresionado por un hecho en principio irrelevante, pero que seguramente cambió su forma de pensar. En 1990 acudió a un simposio titulado «Nacimiento y primeras evoluciones de nuestro universo», en una apartada zona de recreo situada al norte de Suecia. Habían sido invitados treinta y cinco asistentes, entre físicos de partículas, matemáticos y astrónomos, los mejores de Estados Unidos, Europa, la Unión Soviética y Japón.

Allí también se encontraba Andrei Linde, moscovita que actualmente vive en Estados Unidos. Linde es conocido por hacer la competencia a Hawking en sus juegos malabares teóricos. Alrede-

dor de 1985 popularizó una teoría mágica sobre la física de partículas: la «inflación». El invento consiste en que el universo está compuesto de burbujas fractales. Una burbuja produce otras burbujas y éstas, otras, y así hasta el infinito. En cada una de esas burbujas existe un universo con sus propias leyes. El pluriverso no tiene principio ni fin. Está en perpetuo movimiento, todo ocurre varias veces al mismo tiempo en infinitos universos, nuestra vida continúa de burbuja en burbuja en el pluriverso. Nuestras existencias se repiten. La teoría es que el universo al principio pasó por una fase de expansión exponencial provocada por una presión negativa de la densidad de la energía del vacío, por tanto, no es uniforme, son burbujas que producen burbujas, es pluriforme.

Con su aspecto de artista de cine sin aparentar en absoluto sus cincuenta y nueve años, Linde se presentó ante Hawking y los demás asistentes al simposio en un cóctel celebrado al aire libre y, después de dar una voltereta, volvió a ponerse de pie. Sacó una caja de cerillas del bolsillo y formó una cruz con dos de ellas sobre la palma de la mano; mientras mantenía la mano perfectamente quieta, la cerilla de arriba temblaba y daba saltitos como sacudida por una cuerdecita invisible. El truco hizo las delicias de sus colegas. Unos minutos después, aquello era un batiburrillo de cerillas mientras aproximadamente una decena de los cosmólogos más eminentes del mundo trataban en vano de repetir la gesta de Linde. Cuando le preguntaron cómo lo hacía, él sonrió y dijo con un ligero gruñido: «Simple fluctuación cuántica.» [7]

A veces nos sucede que se produce una especie de hiato en nuestra percepción, luego intentamos recuperar y analizar lo percibido, pero en la mayoría de las ocasiones somos incapaces de llegar a una conclusión, por lo que entonces especulamos.

Por ejemplo, cuando nos hablan de la abiogénesis (un sinónimo de «generación espontánea», es decir, significa que la vida procede de la materia no viviente, el nombre correcto que se debe emplear es el de «generación espontánea») intentamos documentarnos al respecto y llegamos a la conclusión de que es posible, si bien pensando que esto pudo suceder con nosotros, pero que no se

ha vuelto a repetir; al poco tiempo de estar convencidos de esta premisa, empezamos a dudar y la idea de la Creación divina aparece, cambia nuestra percepción, es decir, se produce un hiato de percepción, para al cabo de poco tiempo volver a la idea primera y así sucesivamente.

Seguramente la explicación a las dudas de la abiogénesis es mucho más simple que todos los cientos de teorías y premisas que se han desarrollado al respecto y, precisamente por su simplicidad, no la aceptamos. Abusando del don de la imaginación, en la tercera parte de este libro especularemos con nuestras premisas al respecto.

La curiosa historia que contaba Eric Blair (pseudónimo de George Orwell) la había vivido en su lugar de nacimiento, la colonia inglesa en la India de Motihani (Bihar), en una visita al lugar del que había partido a los dos años; en dicha zona las inundaciones son frecuentes y la crecida de los ríos rápida y espontánea. Una madre y su hija de unos seis o siete años cruzan rápidamente un endeble puente de madera sobre un río algo turbulento. Una vez en el otro lado, la pequeña le dice a su madre: «Mamá, afortunadamente hemos podido cruzar las tres.» A cualquiera que le contéis la historia y le preguntéis cuál es la solución al enigma, os responderá las cosas más inverosímiles, como, por ejemplo, que la madre está embarazada. Sin embargo, la solución es mucho más sencilla, pero nuestra mente no la acepta precisamente por su sencillez, sino que, en cambio, está esperando una solución espectacular, pues en caso contrario no referiríamos la historia. La solución, cuenta Orwell, es que la niña no sabía contar.

El poder de la imaginación sirve para dar respuestas a grandes dudas y enigmas, aunque muchas veces sean erróneas, pero las respuestas correctas a grandes dudas producto de la imaginación hacen avanzar a la humanidad con pasos de gigante; como decía Newton, nos apoyamos en hombros de gigantes.

Intentando no ser digresivo, las respuestas que nos da nuestro centro intelectual, es decir, nuestro cerebro, a lo que le transmite el ojo son producto de un gran análisis y de la comprobación de datos archivados, poniendo en actividad a cien mil millones de neuronas, que rápidamente nos dan una respuesta, producto de la información que poseamos, según lo que tengamos grabado en nuestro

disco duro. Después de un proceso que podemos llamar de «entropía» hay que escoger uno solo de los mensajes. No siempre el mensaje es acertado, algunas veces la información que poseemos corresponde a una realidad falsa, como le sucedió al cuervo de Eiseley.

La mente es una especie de cosechadora que siega todas las preguntas para las que no tiene respuesta. Por cada pregunta a la que nuestra mente da respuesta nacen diez preguntas nuevas. Un matemático que vea un agujero con la madera podrida en el tronco de un árbol pensará que el árbol está enfermo y que posiblemente tendrá problemas en su evolución. Un biólogo evolucionista nos asegurará que se trata de una táctica evolutiva del árbol para atraer a las ardillas, que se encargarán de diseminar sus simientes a lo largo y ancho del bosque. El especialista puede hacer muy bien una cosa, pero no hace tan bien las demás. Parece necesario contemplar y analizar con ojos nuevos todos los datos que tenemos a nuestro alcance, la imaginación es una facultad única de nuestra especie. Posiblemente sólo a través de ella podamos llegar a dar explicación a la gran fórmula, encontrar por fin «la respuesta». El hombre se ha ido creando a sí mismo, es, por tanto, un organismo autodesarrollante. Su creación es incompleta, pero puede completarse a sí mismo. A lo largo de la historia han existido personas que han completado su desarrollo en cuanto al máximo de facultades disponibles, esas personas son conocidas por los mensajes dejados y por los prodigios que han obrado.

El hecho de que los seres vivos se desarrollan según las necesidades es un hecho conocido desde Darwin; en su libro de las orquídeas, glosa variedad de ejemplos: la *Epipactus* de las marismas, por ejemplo, utiliza su labelo (un pétalo agrandado) a modo de trampa. El labelo está dividido en dos partes. Una de ellas, cerca de la base de la flor, configura una especie de pista de aterrizaje. El insecto que se posa la hace descender, y obtiene así acceso a la copa de néctar que está al lado. Entra en la copa pero la pista de aterrizaje vuelve a su posición original, atrapando al insecto. Para escapar sólo tiene una salida posible y, al hacerlo, roza contra la masa de polen, que luego es expandida. Nos desarrollaremos, por tanto según nuestras

necesidades, actitud y comportamiento. Las mariposas *Biston betularia* se volvieron negras por sustitución de un único gen, como respuesta seleccionada para una menor visibilidad sobre los árboles que habían sido ennegrecidos por el hollín industrial.

El mayor hipnotismo de la vida estriba en que pensamos que se encontrará la meta de la misma. Por haber nacido en este planeta, el alma humana tiene el mandato de conquistar esa meta, pero ahora que todo ser humano se inventa a sí mismo, que no hay unas pautas universales de conducta evolutiva, unas normas que seguir, salvo excepciones que imitar de grupos, entre ellos, los de vida monástica, que han estado y están entre nosotros (el llamado «hombre espiritual», imitador de Dios), y hasta que un número considerable de esos grupos consiga modificar la especie, estamos muy lejos siquiera de cambiar un gen, como la *Biston betularia.*

Las civilizaciones desaparecidas desde hace más de siete mil años —algunas se pierden en la noche de los tiempos— hasta nuestros días nos han dejado rastros de un conocimiento, de un saber, en muchos casos cercano a la línea evolutiva correcta. Grandes descubrimientos de la humanidad, llevados a término por hombres notables, quedaron en el olvido por motivos políticos o religiosos, y a veces también por la ignorancia de los gobernantes y por la vanidad de los científicos de la época. Normalmente nadie investiga de una manera completa esos datos, puede haber especialistas que contemplen alguna de las vertientes, pero no existen grupos multidisciplinarios que analicen todas las posibilidades. Es una asignatura pendiente, reclamada a lo largo del planeta por muchas voces reconocidas.

Nos preguntamos por qué sucede, por qué nadie se preocupa; bien, seguramente la respuesta es que vivimos autoengañados. Probablemente el autoengaño es una adaptación evolutiva, una forma de seguir adelante sin mucha convicción y no tener un gran interés por una teoría general que pueda dar explicación a todo.

Durante los últimos treinta años de su vida, Einstein buscó desesperadamente una teoría unificada de campos, es decir, una teoría capaz de describir las fuerzas de la naturaleza dentro de un marco único y coherente que lo abarcara todo, la búsqueda de una comprensión profunda del universo, una comprensión alquímica

que pusiera al descubierto la auténtica maravilla. El profesor americano Robert Trivers pone, por ejemplo, para entender el autoengaño de una forma sencilla el experimento realizado en Estados Unidos consistente en medir el grado de homofobia entre un grupo de hombres. Se les proyectaron escenas pornográficas homosexuales y se midió el grado de excitación sexual a través de la dilatación del pene. Los homófobos se excitaban muchísimo más que los que se definían como no homófobos. Al preguntarles, todos decían que su grado de excitación había sido nulo. Desconocemos si el experimento se ha llegado a realizar con mujeres, pero suponemos que la reacción sería la misma.

Los papiros egipcios de Nahum y Fayum (dos mil años antes de Cristo) tratan de enfermedades internas, sobre los ojos, la piel, los métodos de control de fertilidad, con unos conocimientos muy avanzados. Plinio (siglo I d. J.C.) informa de que en ciertos casos se llegaban a realizar necropsias oficiales cuando no se había podido determinar con certeza las causas de la muerte. Si bien es cierto que algunos tratamientos contemplaban prácticas mágicas y ungüentos desconocidos (recordemos cómo la penicilina fue descubierta a través de un hongo), estos conocimientos apenas han sido estudiados con profundidad.

El oxígeno fue descubierto en 1670 por John Mayow,[8] pero no se le hizo ningún caso: oficialmente el gas fue reconocido cien años más tarde por los trabajos de Lavoisier.

Todos los magnos innovadores del siglo XVII (Boyle, Mayow, Newton...) usaban los conocimientos adquiridos en los tratados y experimentos de la alquimia medieval, conocimientos que no estaban al alcance de todos los investigadores, sino sólo al de aquellos que de alguna manera hablaban el mismo idioma que los antiguos alquimistas. Newton mantuvo vivo su interés por la alquimia y el esoterismo durante toda su existencia.

Borges nos ha dejado escrito: «De los diversos instrumentos del hombre, el más asombroso es, sin duda, el libro. Los demás son extensiones del cuerpo. El microscopio, el telescopio, son extensiones de su vista; el teléfono es extensión de su voz; luego tenemos el

arado y la espada, extensiones de su brazo. Pero el libro es otra cosa: el libro es una extensión de la memoria y de la imaginación.»

Todas las religiones se han expresado quemando libros en algún momento: desde Savonarola hasta el ayatolá Jomeini.

Valentino Gentile (1520-1566) era natural de Nápoles y vivió en Ginebra. Seguidor de Socino, escribió un discurso sosteniendo que la doctrina trinitaria de Calvino postulaba un cuarto miembro de la Trinidad. Fue encarcelado durante nueve años. No obstante, a través de la tortura se retractó, pero no sirvió de nada y fue decapitado en Berna. Su obra fue quemada. Akenatón hizo desaparecer cientos de textos para consolidar el culto de Atón. Durante el saqueo de Constantinopla en 1453 se quemaron miles de manuscritos contrarios a la fe de Mahoma. En el incendio de la Biblioteca de Alejandría se destruyeron más de setecientos mil manuscritos. Los nazis quemaron más de treinta mil libros.

En cincuenta y seis túneles de las montañas Chistan, en la comunidad de Quetta, en Pakistán, un grupo de sirvientes se desvive hoy por custodiar un cementerio con setenta mil bolsas que resguardan ejemplares dañados del Corán. Estos depósitos son llamados «Jabal-E-Noor-Ul-Quran».

En abril de 2003 se saqueó el Museo Arqueológico de Bagdad, más de catorce mil artefactos menores fueron robados, también ardió el Archivo Nacional, con más de diez millones de registros del período otomano y republicano, y se quemaron un millón de libros de la Biblioteca Nacional; esto se repitió en las bibliotecas de Awqaf, de la universidad de Bagdad y en decenas de bibliotecas universitarias de Iraq.

En Basora, el museo de historia natural fue incendiado, así como la biblioteca pública central, la biblioteca de la universidad y la biblioteca islámica. En Mosul, la biblioteca del museo fue visitada por expertos en manuscritos, quienes seleccionaron ciertos textos y se los llevaron. El museo de Tikrit fue saqueado sin contemplaciones por bandas organizadas. Todas las piezas robadas, así como las de Hatra, Isin, Kulal Jabr, Nínive, Larsa, Tell el-Dihab, Tell el-Jebeit, Tell el-Zabul, Tell Jokha, Ur, Tell Naml y Umm el-Aqarib fueron transportadas a Damasco y Kuwait y se vendieron a coleccionistas privados de Roma, Berlín, Nueva York y Londres, donde

se pagaron cantidades astronómicas. Lo verdadereamente triste es que dentro de un tiempo veremos muchas de esas piezas en museos oficiales, tras ser compradas por los gobiernos correspondientes a precios espectaculares.

Las mentes causantes de esas terribles pérdidas seguramente se hallaban en un estado embrionario de evolución. Las inteligencias son como los airbags: sólo funcionan cuando están abiertas. Se cuentan por cientos de miles los libros destruidos o perdidos desde la más remota antigüedad; los verdaderos orígenes del conocimiento se han perdido.

En la costa meridional de la actual Sudáfrica, en las cuevas de Blombos, se encontraron una serie de piezas oblongas de cobre en las que aparecen una serie de muestras regulares que forman romboides y triángulos; no se sabe si son simbólicos, pero evidentemente querían decir algo, y tienen una antigüedad de setenta y siete mil años.

Los primeros libros de que se tiene noticia parece que aparecieron en Súmer por razones económicas. A partir de los análisis y hallazgos de los arqueólogos Denise Schamandt-Besserat (*Before Writing*, 2 volúmenes, Austin, 1992), se han definido tres etapas anteriores a la invención de la escritura:

a) En pleno neolítico se pasó de la pintura al pictograma y se elaboraron bolas con fichas. En Uruk se han encontrado pelotas de arcilla en cuyo interior hay fichas con figuras. Es obvio que la pelota hacía referencia a una unidad administrativa y constituía una forma inicial de contabilidad. Las figuras de las fichas parecían animales y, en otros casos, representaban formas geométricas.

b) En un segundo momento, las pelotas de arcilla tenían signos impresos en su exterior, lo que indica que por razones de velocidad en la revisión de los registros se avanzó hacia el diseño de signos capaces de representar en segundo grado un contenido interno.

c) Finalmente se impusieron las tablillas, dado que eran más prácticas. Los signos llegaron a ser entendidos no sólo como signos sino como sonidos. La escritura se tornó más

abstracta y hacia 2000 a. J.C. los escribas dotaron cada signo de una complejidad tal que se redujo el número.

En el período de explosión creativa, es decir, hace entre treinta y cinco y cuarenta y cinco mil años, encontramos signos de herramientas complejas (lámparas, anzuelos, etcétera), pero no sabemos hallar historias y explicaciones. Dieciocho mil años atrás encontramos las pinturas de Lascaux, Altamira y Chavette, podemos interpretar su significado primario, pero no podemos explicar qué significan las señales grabadas encima de los animales.

El conocimiento no sólo se ha transmitido a través de escritos, sino también a través de símbolos, grabados, edificios, imágenes y sonidos. El problema estriba en poder descifrar el mensaje, podemos adelantar deducciones de sus significados en algunos de ellos, quizá erróneos, pero bastantes continúan en la más oscura de las noches. La sensación que nos traslada la mayoría de ellos es que fueron dejados por civilizaciones muy superiores a las existentes en el momento de su ejecución.

En realidad nos encontramos con un gran puzle mundial, se van encajando algunas piezas, pero aún falta mucho trabajo por hacer para poder colocar todas las que se van encontrando en su sitio, en el tablero final, donde se deberá ver una vez terminado la imagen final: el Gran Rostro.

Sorprendentemente, algunas de las piezas halladas del gran puzle nos llevan a la proposición de que todas las culturas antiguas inventan su propia divinidad: Tot en Egpito, Nabu en Asiria, Tenjin en Japón, Oghama en Irlanda, Hermes en Grecia. Deduzco que, exactamente igual que sucede en la actualidad, para que una cultura se sostenga debe llevar a sus miembros hacia una ilusión común, parece imprescindible llevarlos hacia la adoración de un dios.

No todos los escritos han desaparecido o han sido destruidos, así pues, ¿dónde está toda la producción a lo largo de esos miles de años? Parece que muchos documentos han sido guardados y aparecen sólo cuando algún motivo desconocido los hace valiosos.

Volveremos más adelante sobre este interesante planteamiento.

Hasta 1872 no salieron a la luz pública —después de cuatro mil años— los primeros fragmentos de la epopeya de Gilgamesh.

En 1839 se había hecho cargo de la excavación de la antigua Nínive el profesor Henry Lalayard, y veinticinco mil fragmentos de tablillas de arcilla fueron enviados al Museo Británico, donde empezó con gran dedicación la penosa tarea de descifrar los trozos cuneiformes; cuesta creer que se tardaran treinta y tres años en completar dicho trabajo. Es de destacar que la epopeya de Gilgamesh narra el Diluvio Universal igual que la epopeya de Xisistros, que veremos más adelante.

Según las crónicas, junto con el desaparecido *Romance del pedo del diablo* se encontraba otro libro desaparecido del mismo autor, en el que se narra durante su estancia en la Universidad de París en 1452 una explosión tan enorme que destruyó parte de un barrio de la ciudad. Una de las calles del barrio era conocida por la existencia de un mago-alquimista, la explosión sólo pudo ser producida por el desencadenamiento en un laboratorio por métodos sencillos de la energía atómica.

El autor del libro, François de Villon (1431-1463) (François-de Montcorbier parece que fue su verdadero nombre, pero también se hacía llamar François des Loges —curiosamente, «de la logia»—), un hombre enigmático, robó quinientos escudos de oro del Colegio de Navarra, asesinó a un cura, estuvo encarcelado tres veces y se lo sentenció a muerte. Miembro de la cofradía Hermandad de la Concha, escribió baladas en el lenguaje secreto de las bandas, el *jobelin*, y se graduó en la Universidad de París como maestro de artes. A partir de 1463 desaparece y no se vuelve a saber nada de él.

Rabelais sostiene que viajó a Inglaterra, pero no hay ninguna prueba. Quizá se hicieron desaparecer los dos libros, para no levantar sospechas, cuando el interés sólo estaba en uno.

A menudo no se hace caso de situaciones insólitas aisladas, hasta que una serie de fenómenos con pautas similares que parecen estar en armonía con esas situaciones aparecen.

Una serie de comportamientos caóticos y repetitivos observados en la actualidad a gran escala en los sistemas naturales (como las sorprendentes pautas que siguen ciertas reacciones químicas —ya observadas por los alquimistas en sus retortas—, los extraños

y fuera de toda norma conocida movimientos de Plutón o la multiplicación de los hongos en armonía con los caprichos climáticos) han puesto sobre la mesa del laboratorio (nunca mejor dicho) una rareza poco atendida o desconocida a la que no se había prestado mucha atención: la migraña clásica que va acompañada frecuentemente de una aura, en la que el paciente ve destellos de luz que atraviesan en zigzag su campo visual, así como un amplio espectro de visiones geométricas.

Se interpreta actualmente no como una actividad sólo del córtex cerebral, sino también del funcionamiento global de un sistema autónomo, es decir, de un comportamiento universal, repetitivo, de manera similar en todos los afectados.[9] Esta anomalía fue descrita ampliamente a principios del siglo XIX por el eminente astrónomo John Frederick Herschel (que sufría migrañas visuales) en su libro *On sensorial vision.*

Han tenido que pasar más de ciento cincuenta años para que el mundo científico la tomara en consideración, seguramente con el nacimiento de la nueva teoría del caos, en base a que su comportamiento está completamente determinado por sus condiciones iniciales, algo parecido al comportamiento de los fractales, que sólo se dan en determinados tipos de estructuras.

Muchos descubrimientos importantes no fueron tenidos en cuenta en su época, fueron tomados como producto de la imaginación, sin resultados prácticos y por tanto olvidados. Posteriormente, debido a una sincronicidad de hechos, han sido revalidados y aceptados en su totalidad. Da miedo pensar en los miles de descubrimientos que actualmente son tirados a la papelera por falta de interés, normalmente por no ser rentables económicamente.

La teoría de la deriva continental, formulada por Alfred Wegener a principios del siglo XX, fue totalmente olvidada hasta la actualidad, con el nacimiento de la teoría tectónica de placas.

Arquímedes, por su parte, descubrió el cálculo matemático dos mil años antes que Newton y Leibniz.

En el siglo III a. J.C., Aristarco demostró claramente la imagen heliocéntrica del sistema solar, una teoría bien comprendida y aceptada por los griegos, ampliada posteriormente por Arquímedes, Hiparco y Eratóstenes, si bien había sido negada por los segui-

dores de Plotomeo, lo que llevó a que por espacio de mil cuatrocientos años quedara enterrada, hasta que Copérnico la desenterró.

A mediados del siglo XVIII, La Mettrie declaraba que el hombre era única y exclusivamente una máquina, indistinguible de los autómatas creados por el juguetero suizo Vaucanson. Doscientos años más tarde, G. I. Gurdjieff desarrollaba su teoría del «Cuarto Camino», donde, de manera comprensible y demostrable, exponía que nos comportamos mecánicamente y por tanto somos máquinas, y creaba la corriente esotérica más importante desde la aparición del cristianismo. Actualmente, la escuela del Cuarto Camino cuenta con millones de adeptos en todo el mundo que luchan contra la mecanicidad; no existe ningún tipo de organización, asociación o institución organizada que los represente, es el fenómeno más interesante de los últimos cien años. Por ser un tema muy sugestivo, entraremos en él más ampliamente a lo largo de este libro.

Franz Anton Mesmer nació junto al lago Constanza en 1734. Publicó su tesis doctoral en la Facultad de Medicina de Viena en 1767 sobre la influencia de la gravedad celeste en la fisiología humana; creía que era el mismo efecto que el producido por la Luna en las mareas. Hablaba del fluido imponderable, pasó luego, al descubrir los imanes, a trabajar con esas fuerzas, abrió el camino y a finales del siglo XVIII muchos especialistas trataron el tema de la influencia fisiológica de la mente en el funcionamiento del cuerpo. Al final de su vida Mesmer se comportaba como un mago: no contaba nada de sus descubrimientos, ataviado con una túnica bordada con los símbolos alquímicos de la Rosacruz, entraba majestuosamente en el salón magnético, donde los imanes estaban dispuestos de forma que pudieran influir en la totalidad de la estancia, hacía su entrada al son de una armónica de cristal y animaba a su clientela a deleitarse en sus crisis convulsivas. Alrededor de 1786 el colegio médico acabó con él definitivamente, expulsándolo, y como consecuencia tuvo que dejar de ejercer la medicina.

Joe Dispenza, nacido en Nueva York en 1961, mesmeriano, bioquímico y doctor quiropráctico, para demostrar la teoría de su maestro sobre la influencia de la mente sobre el cuerpo, realizó un experimento con dos personas. Una de ellas tiraba con un dedo de un cordel durante una hora al día, cinco días a la semana, durante

cuatro semanas. Su dedo ganó un 30 por ciento más de fuerza. La segunda persona hizo lo mismo pero sólo mentalmente, su dedo adquirió un 22 por ciento más de fuerza.

Actualmente nadie duda de la influencia de la mente sobre el cuerpo, pero han tenido que pasar más de doscientos años para aceptar los descubrimientos de Mesmer.

Las representaciones pictóricas y escultóricas, así como la tradición escrita y oral procedente de otras representaciones muy anteriores en el tiempo, copiadas o imitadas, normalmente no son interpretadas con el significado para el que fueron creadas. Edificios, pinturas y demás representaciones de culturas y autores muchas veces anónimos se han interpretado erróneamente, no siempre se ha tenido una piedra de Rosetta[10] que ha descifrado la incógnita.

Las teorías, suposiciones o hipótesis que se barajan actualmente en novelas y tratados de gran éxito literario y comercial sobre el matrimonio de Jesús con María de Magdala, más conocida como María Magdalena, parten todas ellas del fresco atípico[11] de Leonardo da Vinci *La última cena*. El mural fue pintado por encargo de Ludovico Sforza, *el Moro*, entre 1495 y 1498 en la iglesia de Santa María delle Grazie de Milán, y san Juan aparece en él pintado el primero a la derecha de Cristo, y es identificado o confundido con María Magdalena por su fisonomía marcadamente femenina: es el único que lleva el cabello largo y no tiene barba, a excepción de Felipe.[12] Aunque no hay que descartar la hipótesis de la figura de María de Magdala, es posible que Leonardo conociera la pintura de *La última cena* de Stefano di Antonio (1407-1438). En el fresco, en la iglesia de San Andrés, en Cercina (Florencia), se ve claramente a una mujer apoyada en el regazo de Jesús. Tal vez Stefano di Antonio conoció la «Santa Cena» que aparece en el retablo situado en el altar de la catedral de Westfalia (Alemania), datado alrededor de 1370 y de autor desconocido,[13] donde la figura de san Juan /María Magdalena es claramente femenina. El autor desconocido del retablo de la catedral de Westfalia podía conocer a su vez el mosaico de *La última cena* del siglo VI de Sant'Apollinare Nuovo en Ravenna, donde amaga una figura con rasgos femeninos (la se-

gunda a la derecha de Cristo). Sin ningún tipo de duda, esta pintura es copia de otra anterior, y así sucesivamente hasta llegar a la primera en que aparecen los rasgos femeninos. ¿Fue invención del artista? ¿Le fue comunicado oralmente a través de la tradición la existencia de una mujer en la Última Cena?

Más adelante trataremos de dar una explicación al planteamiento descrito, pues consideramos que es de gran interés.

En una conferencia en la que se hablaba de la posible colisión entre la Luna y la Tierra, una señora preguntó: «¿Cuándo podría producirse esa colisión?» El conferenciante respondió: «Dentro de algunos millones de años, señora.» «Menos mal, qué alivio, había entendido que sería dentro de unos miles de años.»

Cuento esta anécdota real porque, aun sin tener una relación directa con el tema, el desconocimiento de la antigüedad de algunas civilizaciones desaparecidas es abrumador. De las referencias que hemos ido añadiendo al gran puzle, salvo alguna individualidad, la mayoría provienen de grandes culturas desaparecidas, con muchos siglos de antigüedad, culturas dispersas por todo el planeta de las que mayoritariamente apenas tenemos conocimiento, ni siquiera las conocemos por el nombre, y mucho menos su emplazamiento. La mayoría son tan dramáticas que no son meros cuentos de niños.

Algunas de estas tradiciones y representaciones han sido transmitidas de padres a hijos, de comunidades iniciáticas a otras comunidades similares, durante más de once mil quinientos años. Su conocimiento y la interpretación de su mensaje es sin duda de una gran trascendencia para las generaciones venideras.

Algún día descifraremos todos los relieves y escrituras perdidas, y ¿por qué no?, los sonidos; cuando a través de la dedicación y el estudio, cuando hayamos perdido el orgullo paracientífico y el fatuo paternalismo y estemos en disposición de abrir nuestra mente a los éxitos anteriores de otras mentes creadoras, el salto que efectuaremos hacia adelante por encima de las leyendas será tan grande que no nos recordaremos a nosotros mismos.

Volveremos a incidir en algunas particularidades de esta apa-

sionante materia, pero no podemos resistirnos a adelantar algunas pinceladas:

Las ruinas de Tiahuanaco han sido datadas en veintitrés mil años; posiblemente se trató de un puerto de mar, en los Andes.[14] Esta cultura, al parecer, se desarrolló en la zona límite entre Perú y Bolivia. Tiahuanaco se ubica a 3.842 metros de altura, al sur del lago Titicaca. Con seguridad, hacia 550 d. J.C. dejó de ser un centro religioso y se convirtió en un centro urbano. Los onas, tribus que vivían en las zonas de los canales de Chiloé, al sur, presentaban rasgos esencialmente australoides.

El doctor Paul Rivet, al hacer un estudio comparativo entre las lenguas australianas, todas o casi todas derivadas de un mismo tronco, y las del grupo tshon, que incluye las de los patagones y los onas de Tierra del Fuego, halló en su corto vocabulario más de setenta voces y raíces que en su fonética y su significado eran iguales en los dos grupos de lenguas

Las relaciones prehistóricas entre la Polinesia y la Melanesia, por una parte, y las costas americanas por la otra, hoy por hoy no son puestas en duda. La palabra *toki* o *toqui*, que significa «hacha» o «insignia de mando», usada en la lengua de los patagones y peruanos, se emplea con el mismo significado en Nueva Zelanda, Tonga, las islas Marquesas, Samoa y Tahití.

América fue colonizada por tribus asiáticas a través del estrecho de Bering; actualmente esto no es puesto en duda, las investigaciones antropológicas, filológicas y culturales así lo demuestran. Una leyenda de los sioux cuenta que el poderoso Dios Manitou creó al hombre cogiendo un trozo de arcilla, moldeándolo y metiéndolo en un horno para endurecerlo con el calor. Cuando lo sacó se había quemado y estaba totalmente negro. Manitou se enojó y lo lanzó despectivamente al suelo. Ese primer hombre, pues, cayó de narices al suelo y se las aplastó, y así fueron creados los negros. Después, Manitou formó un segundo hombre de arcilla, volvió a exponerlo al calor y esta vez lo dejó menos tiempo. Cuando lo sacó aún estaba blanco, y así creó la raza blanca. Manitou, no contento con esa segunda creación, volvió a introducir un trozo de arcilla y, tras dejarla el tiempo preciso, dio como resultado el hombre indio, el más perfecto de la creación. Esto demuestra que en los tiempos primiti-

vos ya convivían en América pueblos de las tres razas. Como indica la leyenda seguramente los primeros en llegar fueron los negros, luego los blancos y por último los indios.

Si bien intentaremos ampliar el «misterio» del Diluvio Universal en otro apartado del libro, a continuación contamos lo que nos dice el informe de un sacerdote caldeo del siglo III a. J.C. Nos habla de que el dios Cronos se aparece al rey Xisistros de Mesopotamia para informarle de que la humanidad será destruida por un diluvio y le ordena construir un barco de cinco estadios de largo por dos de ancho y que sea ocupado por él, sus familiares y amigos. El barco se posó al cesar las lluvias en la ladera de un cerro en Armenia, durante muchos años se mostraron los restos en un cerro de Gorditas, nombre que se daba a los cerros entre Kurdistán y el lago de Wan, es decir, en el monte Ararat. Los habitantes de aquella comarca conservaban la estructura, de la que habían rasguñado el asfalto que la cubría, y le atribuían propiedades curativas y aun sobrenaturales.

La epopeya de Gilgamesh narra lo mismo que la de Xisistros, aunque es más antigua y llegó a nosotros por medio de las tablillas de barro cocido encontradas en Nínive a mediados del siglo XIX y que pertenecían a la famosa biblioteca del rey Assurbanipal. Estas tablillas, un total de veinticinco mil, se hallan en el Museo Británico.

El Génesis nos habla del Diluvio y del arca de Noé. Esta leyenda o narración merece, como hemos dicho, un apartado dentro de este libro, en el que quizá parezca que hablamos de una historia de ciencia ficción.

Leyendas al respecto de diluvios existen en Islandia, Lituania, Finlandia, India, China, África, América y Oceanía. La conclusión es que un cataclismo azotó nuestro planeta, lo que provocó que las aguas cubrieran la Tierra. Cómo se salvaron las especies que poblaban el planeta cuando sucedió, ésa es la gran incógnita. Quizá debamos, más adelante, recurrir a la imaginación para dar una respuesta.

El sacerdote Thomas Burneo, amigo de Isaac Newton, inventó una maravillosa teoría; algunas veces la imaginación, herramienta tan importante, sorprende por sus extravagantes exposiciones. Burneo creía en una Tierra original totalmente esférica con una corteza sólida y lisa que cubría una capa de agua situada debajo (el

origen natural y eventual del Diluvio). Según él, esta corteza se secó y gradualmente se cuarteó, las aguas subieron a través de las grietas, la tremenda presión del agua que surgía desde abajo hizo que la corteza se rompiera y el agua se precipitara, lo que provocó el Diluvio y formó la actual configuración de la Tierra.

También a lo largo de este libro hablaremos de otros vestigios inquietantes de un remoto pasado, como las líneas de Nazca, las piedras de Ica, el astronauta de Palenque o el ordenador griego astronómico de Antiquitera del siglo I a. J.C., vestigios que nos hacen pensar en la existencia de otras civilizaciones anteriores a la nuestra y, al parecer, mucho más avanzada.

Si un grupo considerable de seres vivos en cualquier parte del mundo hacen un acto nuevo repetitivo y éste se convierte en hábito, otros grupos de miembros de esa especie, a miles de kilómetros de distancia, empezarán a hacer lo mismo, o como mínimo a aprenderlo más rápidamente, sin tener ningún tipo de contacto entre ellos. Este nuevo patrón de aprendizaje se establecerá en la memoria colectiva. La teoría convencional postula que la naturaleza está gobernada por leyes inmutables, la teoría de la resonancia mórfica sugiere que la naturaleza tiene memoria, y que esta memoria se propaga por medio de un proceso de conexión no material.

El doctor Rupert Sheldrake,[15] en su teoría de la resonancia mórfica, sugiere que la memoria es inherente a la naturaleza. Que los sistemas naturales, como las colonias de termitas, las palomas, las orquídeas o las moléculas de insulina, heredan una memoria colectiva de todas las cosas anteriores de su misma clase, sin importar lo lejos que puedan estar ni el tiempo transcurrido desde que existieron. Gracias a esa memoria acumulativa y mediante la repetición, la naturaleza de las cosas resulta cada vez más habitual. Las cosas son como son porque fueron como fueron. Sheldrake nos dice:[16] «Es posible que los hábitos sean inherentes en la naturaleza de todos los organismos vivos, en la naturaleza de cristales, moléculas y átomos, y hasta en todo el cosmos.

»Por ejemplo, mientras una plántula de haya se va convirtiendo en árbol adquiere la forma, estructura y hábitos propios del haya.

Esto es posible porque hereda su naturaleza de anteriores hayas. Pero esta herencia no es sólo una cuestión de genes. Depende también de la transmisión de hábitos de crecimiento y desarrollo de innumerables hayas que existieron en el pasado. De modo parecido, durante el proceso de crecimiento de una golondrina, ésta vuela, se alimenta, cuida del plumaje, emigra, se empareja y anida tal y como habitualmente hacen las golondrinas. Hereda los instintos de su especie, a través de influencias invisibles, que actúan a distancia y que hacen que de alguna forma tenga presente la conducta de las golondrinas anteriores. Su existencia y su forma dependen de la memoria colectiva de la especie.»

Sheldrake sigue diciendo que los seres humanos también recurrimos a una memoria colectiva. La pregunta que nos hacemos es: ¿Si nuestros recuerdos pueden estar guardados en otro lugar que no sea nuestro cerebro, ¿es posible que algún tipo de influencia exterior invisible, algún tipo de energía, pueda modificar nuestra estructura molecular y detener o acelerar nuestra evolución?»

Los herrerillos, un pequeño pájaro de cabeza azulada común en casi toda Europa, nos proporcionan un buen ejemplo de la resonancia órfica. En Gran Bretaña, todavía hoy se reparte leche fresca de puerta en puerta cada mañana. Hasta alrededor de 1950 los tapones de las botellas de leche se hacían de cartón. En 1921, en Southampton, se observó un extraño fenómeno. Cuando la gente salía por la mañana a recoger sus botellas de leche, encontraba pequeños pedazos de cartulina alrededor de la base de la botella, y que la nata de la parte superior de la botella había desaparecido. Una observación más minuciosa reveló que esto era causado por los herrerillos azules, que se sentaban en la boca de la botella, extraían la cartulina con su pico y después bebían la nata. Se dieron incluso varios casos en los que herrerillos fueron descubiertos ahogados con la cabeza en la leche.

Este incidente produjo un considerable interés. El hecho apareció entonces en otro lugar de Gran Bretaña, a unos ochenta kilómetros de distancia, y después en algún otro lugar a más de ciento cincuenta. No se sabe exactamente cuándo fue el principio del fenómeno, la cuestión es que empezó a extenderse de forma local, presumiblemente por imitación. Sin embargo, los herrerillos son

criaturas muy hogareñas, y normalmente no viajan más de cinco o diez kilómetros, salvo que no encuentren alimento. Por tanto, la diseminación del comportamiento a lo largo de grandes distancias sólo podría explicarse en términos de un descubrimiento independiente del hábito.

El hábito del herrerillo azul fue documentado a lo largo y ancho de Gran Bretaña hasta 1947. Para entonces se había vuelto más o menos universal. Las personas que realizaron el estudio llegaron a la conclusión de que debió de ser «inventado» de manera independiente por lo menos cincuenta veces. Aún más, el ritmo de extensión del hábito se aceleró con el paso del tiempo. En otros lugares de Europa donde las botellas de leche son repartidas al pie de la escalera de las casas, tales como Escandinavia y Holanda, el hábito también afloró durante los años treinta, y se extendió de una manera similar. Éste es un modelo de comportamiento que se propagó de tal modo que parecía acelerarse con el tiempo, y que podría proporcionar un ejemplo de resonancia mórfica.

Pero existe aún una evidencia más fuerte de la resonancia mórfica. Debido a la ocupación alemana de Holanda, el reparto de leche cesó entre los años 1939 y 1940, y no se reanudó hasta 1948. Como los herrerillos azules suelen vivir sólo dos o tres años, probablemente no quedaban ejemplares vivos en 1948 que hubieran vivido en la época en que la leche fue repartida por última vez. Sin embargo, en cuanto se retomó el reparto de leche en 1948, la abertura de botellas de leche por los herrerillos azules surgió rápidamente en lugares bastante alejados de Holanda, y se extendió de manera extremadamente rápida hasta que, al cabo de uno o dos años, era una vez más universal. Dicho comportamiento se difundió la segunda vez con mucha más rapidez, y surgió de manera independiente con una frecuencia mucho mayor. Este ejemplo prueba la propagación evolutiva de un nuevo hábito que probablemente no es debido a la genética, sino que depende más bien de una especie de memoria colectiva debida a la resonancia mórfica.

Lo que se sugiere es que la herencia no depende sólo del ADN, que permite a los organismos construir los bloques químicos —las proteínas—, sino también de la resonancia mórfica. La herencia

tiene así dos aspectos: una herencia genética que da cuenta de la herencia de las proteínas mediante el control de la síntesis proteica por parte del ADN, y una forma de herencia basada en los campos mórficos y la resonancia mórfica, que es no genética y que se hereda directamente de los miembros anteriores de la especie. Este último mecanismo de herencia está relacionado con la organización de las formas de hacer las cosas y de los comportamientos; en definitiva, con la evolución de la especie de que se trate.

Los grupos monásticos masculinos y femeninos en todo el mundo, a través de las prácticas del ayuno, la respiración y la meditación, consiguen que la especie humana evolucione a estadios superiores de conciencia; esto lo hacen transmitiendo a través de la resonancia mórfica sus formas y comportamientos al resto de la especie. La herencia evolutiva va incidiendo lentamente en grupos que a su vez inciden en otros mayores. El resultado es la modificación de algún gen, como sucede con la *Biston betularia*, a lo largo de miles de años.

Ésta es, pues, la finalidad última de las órdenes monásticas y religiosas iniciáticas, conseguir a través de la resonancia mórfica la modificación de la especie, mejorándola así evolutivamente. Salvo excepciones, en la mayoría de los casos los miembros de esas comunidades, aun sintiendo en su alma que su sacrificio no es en vano, desconocen la finalidad de su comportamiento.

Salvando las distancias, algo parecido sucede con las instituciones iniciáticas y las escuelas del saber que funcionan en nuestra sociedad.

A partir del momento en que se sintetiza por primera vez una sustancia y se forman los cristales para generar un nuevo fármaco, por ejemplo, dicho fármaco se cristalizará con mayor rapidez en cualquier parte del mundo por el hecho de que el proceso de cristalización ya he tenido lugar con anterioridad en otro espacio.

Una de las fuentes de resonancia mórfica para nuestra especie la podemos encontrar en Oriente, que tiene el privilegio de conservar parte de la historia antigua intacta, concretamente cierta costa perdida del mar Egeo. Durante el siglo x, las bulas imperiales dan testimonio de la existencia de los monasterios más antiguos en la zona: Lavra, Vatopedi, Iviron, Xeropótamos. Un poco más tarde,

los príncipes eslavos llegan al Athos y rivalizan en generosidad con los Comnenos.[17] Stefan Nemanja, gran iupan de Serbia, reconstruye el convento de Chilandari en 1197. Su hijo Saba, una de las figuras legendarias de la vieja montaña bizantina, toma los hábitos en el Rossikon, y pasa a ser higúmeno[18] de Vatopedi. Las donaciones afluyen con estos ilustres neófitos, la fortuna monástica se traduce en nuevas fundaciones y compras de tierra en el exterior, el Athos ciñe su despoblada frente con una corona de iglesias y de conventos.

El monte Athos es una península situada en el norte de Grecia, dedicada en exclusiva a la vida monástica y contemplativa. Unos dos mil monjes ortodoxos de varias nacionalidades habitan solos o en las comunidades de veinte monasterios repartidos por un territorio de 350 km^2, cuyo acceso está vedado a las mujeres y restringido a los peregrinos que obtienen el correspondiente permiso. La tradición de Athos como lugar monástico se remonta, al menos, hasta el siglo IX, y allí se conservan intactas numerosas tradiciones de la Iglesia medieval bizantina.

No es posible entrar en Athos por tierra. El único medio de acceder a la península sagrada es a través del barco que cada mañana parte de Uranópolis, un pequeño pueblo turístico que está a tres horas y media de Tesalónica en autobús. En el barco se pueden ver peregrinos griegos y monjes de todas las edades, todos ellos hombres. Los monjes casi no tienen tiempo libre. Para dedicarse a su ocupación principal —la plegaria— han de asistir a todas las liturgias de la iglesia, y estas liturgias, tomadas en su conjunto, se prolongan durante doce, quince y a veces hasta veinte horas diarias. Quienes ofician el servicio y quienes comulgan (y todos comulgan una o dos veces por semana) rezan, además, otras oraciones especiales. Como consecuencia, por lo general los monjes no disponen de siete u ocho horas seguidas para descansar y, por tanto, duermen poco y sólo logran restablecerse tras dos o tres tandas de sueño. Y así todos los días del año. Ver de cerca a aquellos monjes de barbas larguísimas y vestidos de negro aumenta la expectativa de conocer por dentro el lugar y también las ganas de vivir espiritualmente esa aventura sumergiéndose uno en las profundidades del conocimiento.

¿Pudo la energía de Athos influir en el nacimiento del cristianismo? Recordemos cómo Constantino fue el emperador que permitió el libre culto a los romanos sustituyendo el paganismo oficial por el cristianismo. La conversión de Constantino, según las fuentes oficiales cristianas, fue el resultado inmediato de un presagio antes de su victoria en la batalla del puente Silvio el 28 de octubre de 312.

La visión que tuvo Constantino se produjo en dos partes: en primer lugar, mientras marchaba con sus soldados vio la forma de una cruz frente al Sol. Después de esto, tuvo un sueño en el que se le ordenaba poner un nuevo símbolo en su estandarte, ya que vio una cruz con la inscripción *«In hoc signo vinces»* («Con este signo vencerás»). Lo mandó pintar en los escudos de su ejército, y venció a Majencio en la citada batalla.

No menos significativo es el monaquismo en el Egipto del siglo IV, representado fundamentalmente por los Padres del Desierto, uno de los movimientos relevantes del cristianismo primitivo no explicado aún en su totalidad. Una expresión habitual de los ascetas del desierto era «Dame una palabra», enunciado concebido como alimento espiritual. La masonería iniciática emplea esas mismas palabras en su Rito Escocés Antiguo y Aceptado.

La creencia de esos monjes de que los textos sagrados eran intrínsecamente poderosos, una fuente de iniciación con capacidad para transformar su vida y repercutir en el resto de la humanidad, es esclarecedora. Cabe destacar que, si bien el movimiento monacal del desierto era predominantemente masculino, hubo también mujeres, algunas Madres del Desierto.

Debemos elevarnos en nuestras apreciaciones, pero de vez en cuando es necesario descender y pisar tierra firme, contrastar, comprobar, incubar todos los datos y afirmaciones. El vencejo, un pájaro urbanita, puede estar hasta dos años sin pisar el suelo: comen, duermen y copulan volando, pero descienden para poner los huevos, incubarlos y criar los polluelos.

A lo largo de este libro (al leerlo recomiendo ser anárquicos, no es necesario seguir el orden establecido en sus capítulos; si al

lector le apetece, puede empezar a leer en cualquier página de cualquier capítulo, le será fácil establecer las conexiones oportunas) entramos en el mundo mágico de las religiones, de lo sobrenatural. Una antigua oración inglesa dice: «Que Dios me ayude en mi búsqueda de la verdad y me proteja de quienes creen que la han encontrado.»

Hemos pisado tierra firme en muchas ocasiones, como cuando creemos que las carencias, las privaciones, las ausencias, como, por ejemplo, el ayuno prolongado y el agotamiento físico, producen cambios somáticos que acompañan a teofanías[19] espectaculares. Pensemos en Moisés sin comer ni beber durante cuarenta días en el monte Horeb antes de ver la montaña en llamas, pensemos en san Ignacio de Loyola sin alimentarse y con gran debilidad física, en la cueva de Manresa donde se le apareció la Virgen y le dictó los famosos *Ejercicios espirituales*, y en los cuarenta días de Cristo en el desierto, donde ayunó durante ese tiempo, antes de que Satán se le apareciera con sus tentaciones.

También hemos pisado algunos terrenos pantanosos como el de los milagros, las levitaciones de santa Teresa y san Juan de la Cruz, estigmas como los de Teresa Neumann, el suceso de Hildegard von Bingen o, más recientemente, el padre Pío.

No hemos dejado de pisar arenas movedizas entrando en las apariciones, en el ingreso en el mundo real del Cristo, ser mutante, ser evolucionado, también en el mundo de Mahoma y en el mágico Corán.

Quizá en alguna ocasión nos hemos elevado demasiado y no hemos pisado tierra, ni siquiera de puntillas. En todo caso pedimos perdón por nuestro atrevimiento, pero un mundo en plena mutación exige la toma de conciencia.

No deja de sorprendernos la extraña frase contenida en los evangelios: «Porque al que tiene se le dará, y al que no tiene hasta lo que tiene se le quitará.» Es difícil pisar tierra firme ante tales premisas. Nos hemos hecho tantas preguntas sin encontrar la respuesta que llegamos a hacernos la siguiente: ¿qué hace que los seres vivos sean seres vivos?

La simbiosis entre el reino vegetal y el reino animal ha ido creciendo lentamente a lo largo de cincuenta millones de años. No

es casual, por tanto, que se hayan descubierto hasta el momento en nuestro cerebro unos ochenta puntos receptores específicos para mensajes químicos vegetales. El diálogo con el reino vegetal no debemos contemplarlo como una utopía, como una fantasía. Sabemos que los vegetales sienten, crecen mucho más de prisa y mejor cuando se les habla o se les pone música y son contemplados y mimados. Por ejemplo, tras implantar electrodos en una orquídea, y conectarlos a un ultrasensor, cuando nos acercarnos a la planta con unas tijeras con intención de cortarla ésta profiere unos sonidos agudos que se parecen mucho a las gráficas emitidas por un grito de pánico humano. No sólo la especie humana es evolutiva, sino que toda la naturaleza lo es.

Los trabajos en Francia del doctor Vasse y madame Christiane Vasse, en la línea de influenciar en vegetales a través del pensamiento, han conseguido acelerar o retrasar la germinación de semillas o el crecimiento de embriones de plantas. Se han publicado fotografías espectaculares donde se contemplan diferencias significativas en su desarrollo.

El doctor Richard de Silva (Inglaterra), ingeniero biotecnólogo, ha logrado el crecimiento acelerado de bacilos de fiebre tifoidea utilizando el pensamiento. Se han catalogado algo más de millón y medio de especies biológicas, pero se cree que existen entre diez y treinta millones. Las especies tejen redes de interdependencia mutua, sin las que no podrían subsistir. Para poder subsistir, las especies crean redes de dependencia mutua, algo así como Internet. En las regiones tropicales, la reproducción de la mayoría de los árboles y arbustos (casi el 90 por ciento) se produce gracias a los animales, que las polinizan y esparcen sus semillas. Algo parecido sucede entre los huéspedes y sus parásitos y entre los depredadores y sus presas: no podrían subsistir los unos sin los otros.

Estamos interconectados a un nivel primario de subsistencia; ésta es la primera red básica y, con toda seguridad, deben existir otras redes de conexión más elevadas, producto de un origen común, de un ancestro común, del que todos llevamos una parte. Poco a poco se van conociendo las estructuras comunes y se va recomponiendo el puzle; es un trabajo lento, pero sin dudarlo se lle-

gará a encontrar la conexión común, el símbolo válido para todas las especies.

Es muy posible que el camino evolutivo de las tres especies (humana, animal y vegetal) llegue a un punto tal que la interconexión entre las mismas supere el nivel primario de subsistencia con el fin de un mayor aprovechamiento de los logros evolutivos de cada especie.

No sólo encontramos especiotas, paradojas, magia, en la especie humana, también las encontramos en el reino vegetal y en el reino animal. James McConnell, de la Universidad de Michigan, en su libro *Worm Runner's Digest* explica que, si se expone a gusanos planos a una luz seguida de una descarga eléctrica, el gusano altera su trayectoria deslizante. Los gusanos asociaron la luz con la descarga y aprendieron a evitar el camino que producía la descarga cuando se encendía la luz. McConnell también descubrió que, si se partía un gusano por la mitad, ambas partes acababan regenerándose, y se preguntó cuál de las dos sería la que conservaría la memoria. Para su sorpresa, las pruebas le revelaron que ambas partes seguían teniéndola: la memoria se almacenaba en las moléculas a lo largo del gusano. Más tarde trituró los gusanos que había entrenado y los dio de comer a otros gusanos no adiestrados: los gusanos que habían comido evitaban la luz antes de la descarga. La memoria había sido transferida.

Nadie por ahora ha podido aislar las extrañas moléculas de la memoria; recordemos que hasta el agua tiene memoria.

Actualmente no existe ninguna duda de que, desde los mamíferos hasta los pájaros y los insectos, los animales se drogan. Parece que, en cuanto a las drogas, en el comportamiento animal y el humano existe algún componente natural común. Concretando, la droga desarrolla en los animales alguna función natural todavía por comprender. Tenemos noticias por madame Loreau, traductora de Livingstone, de que los elefantes de algunos lugares buscan con avidez un fruto que los emborracha, y gozan bastante de esa ebriedad. Darwin vio en varias ocasiones fumar con placer a los simios. Es sabido que en el noroeste de África los indígenas capturan a los

simios ofreciéndoles vasijas llenas de una cerveza muy fuerte que los embriaga. Ronald K. Siegel[20] describe casos sorprendentes de drogadicción de animales. La hierba *Astragalus lambertii* y la *Cystium diphysum* de Estados Unidos, así como la *Astragalus amphyoxis* de México, también llamadas «hierbas locas», producen la drogadicción de vacas y caballos.

En 1883, veinticinco mil vacas en Kansas fueron dependientes de la hierba loca, un tipo de hierba con elementos enteógenos. Las vacas no comían, se dedicaban únicamente a buscar la hierba loca, se aislaban de las demás que no habían probado la hierba y evitaban cualquier tipo de compañía. Adelgazaban rápidamente, se volvían irascibles, con alucinaciones y estados de excitación.

En África, ciertos elefantes muestran gran avidez por distintas especies de palma (deum, marula, mgdongo, almira), los frutos de esas especies fermentan incluso en el árbol con un grado de alcohol etílico de más de un 7 por ciento. Lo normal de una manada de elefantes es recorrer unos diez kilómetros al día. Cuando los animales tienen necesidad de esos frutos, pueden recorrer hasta treinta al día para ingerirlos. Conocida es la adicción de los gatos a la *Nepeta cataria*, una hierba común; al tomarla, las hembras demuestran gran excitación, como cuando están en celo, y los machos duplican su vigor sexual. Los renos de Siberia son adictos al hongo alucinógeno *Amanita muscaria,* y las cabras del altiplano etíope a la *Catha edulis Forsk*, una planta excitante. Las bandadas de petirrojos que llegan a California prefieren para drogarse las bayas de Navidad. Encontramos casos de drogodependencia animal en la cabra de las Rocosas de Canadá, en los babuinos, en los koalas de Australia, en los jabalíes de Gabón y Congo, los ratones de las Nuevas Hébridas, las moscas mediterráneas con ciertas clases de hongos, etcétera.

Al igual que León Tolstói,[21] pensamos que la especie humana se droga para esconderse a uno mismo las indicaciones dictadas por la conciencia. Quizá en los animales la necesidad de drogarse surge para ocultar algún tipo de mensaje que bulle en su cerebro y que no es comprendido debido a sus limitaciones fisiológicas.

Algunas especies del reino vegetal han evolucionado mucho más que sus congéneres, desconocemos qué sustancias o qué in-

fluencias han producido esa evolución. Está pendiente un estudio de las causas de mutación de algunas especies vegetales.

Alpheus Hyatt Verrill (1871-1954), arqueólogo, explorador, inventor, profesor de zoología de la Universidad de Yale y autor prolífico, criticado por unos y ensalzado por otros, escribió más de cien títulos de todas las materias posibles, incluyendo dos novelas de ciencia ficción. Verrill observó que en el hemisferio norte las lianas se enroscaban en el sentido de las agujas del reloj, mientras que en el hemisferio sur lo hacían en sentido contrario. Al ser trasladada de un hemisferio a otro, la liana se sometía a las nuevas leyes.

Valiéndose igualmente de las lianas, realizó un curioso experimento: hizo germinar una de aquéllas en un terreno absolutamente plano. La liana empezó a crecer sin manifestar aparente preferencia por una dirección determinada. Entonces Verrill plantó una estaca a unos cuantos metros de la planta e, inmediatamente, la liana se orientó en la dirección del soporte. Cuando estaba a punto de alcanzarlo, el investigador cambió de sitio la estaca y, de nuevo, la planta cambió de dirección para acercarse a aquélla. Una vez más, fue trasladada la estaca cuando la liana iba a alcanzarla, y de nuevo la siguió la planta. Este experimento fue repetido docenas de veces y siempre con los mismos resultados. Pero llegó un momento en que, cansada, o quizá agotado su impulso vital, la planta abandonó su lucha y se limitó a extenderse en la última dirección que se le había marcado.

Actualmente se trabaja con la teoría de la fuerza secreta que mueve el mundo, basada en que no sólo somos una reacción química, sino una carga energética. Todos los seres vivos son una configuración energética dentro de un campo de energía. La divulgadora científica Lynne McTaggart[22] la ha bautizado como «el campo». Se trata de una teoría del todo que agrupa la teoría de las cuerdas o de las «supercuerdas» y, parafraseando a Brian Greene, la teoría especial de la relatividad, la teoría general de la relatividad, la mecánica cuántica, la nanología y también las nuevas teorías de la luz y del sonido.

En los últimos cincuenta años se han roto moldes, se ha cambiado la visión del mundo, ya nada es lo que parecía, algunos pos-

tulados mágicos han sido explicados mediante la ciencia pero se han abierto otros nuevos, diferentes, a otro nivel de conciencia, mágicos evolutivos, podríamos llamarlos. La especie humana va mutando con más rapidez, son los nuevos seres de luz, los «niños índigo», en otro apartado hablaremos de estos seres, estos niños que hace años que están entre nosotros: nacen con unas facultades asombrosas, a los pocos meses ya caminan y, entre otras capacidades, entienden lo que se les dice.

No obstante, siguen estando vigentes algunos postulados de la parapsicología, siguen siendo actuales personajes como Fulcanelli, sigue intrigando el enigma nazi de la Ahnenerbe, el porqué de la simetría fractal, los prodigios de algunos sanadores, el mundo de Charles H. Fort y *El libro de los condenados*. De todo ello hablaremos a lo largo de este libro, intentando ser lo más transparentes posible.

Pretendo, asimismo, reafirmar el realismo fantástico que crearon sus padres, Pauwels y Bergier, a la vez que una ofrenda a sus personas, una ofrenda más como las miles que recibieron en vida y que siguen produciéndose cada año, siguiendo la estela de la primera, que fue de Alejandro Gorbovsky en 1968,[23] con prólogo del profesor Fedorov y publicado por la editorial oficial de Moscú.

Pretendo dejar abierta una pequeña puerta, por donde poder entrar (como hicieron Pauwels y Bergier) en busca de respuestas a sus grandes dudas e inquietudes en el alma del hombre, quien a veces tiene la sensación de haber alcanzado la respuesta pero en realidad no sabe la pregunta; sacar algo de angustia a nuestras vidas, proporcionando pequeñas respuestas y alguna pequeña explicación a temas menores y que no por ello dejan de inquietarnos.

Cada vez son más las personas en todo el mundo que pasan de los cien años. Una constante en todas ellas es su alegría por vivir, todas cuentan que se despiertan después del sueño reparador con una gran sensación de alegría y que durante todo el día la conservan, como si estuvieran conectadas con un orden superior. Merecen tener la mente despierta, merecen tener una meta. Parece que la especie humana, al alargar considerablemente los años de vida, entra en un período de conocimiento consciente, de sabiduría, de cristalización que nos hace pensar en la inmortalidad. Es sabido

que los hijos de padres mayores de cincuenta años tienen un nivel de inteligencia, no digamos superior, pero sí diferente del resto de los niños de su misma edad. Posiblemente, los padres estaban más cerca de una posible evolución de la especie, y los genes transmitidos transportan datos de esa evolución.

Parafraseando a Pauwels, «Los poetas y los escépticos son igualmente indispensables para la investigación. Forman una combinación necesaria.»

Estoy convencido de que tendré detractores y críticas adversas como tuvieron mis maestros pero, si abro alguna puerta, algún camino, como me fue abierto a mí, el esfuerzo habrá valido la pena.

Santiago Río

PRIMERA PARTE

El hombre eterno

CAPÍTULO 1

Las manifestaciones divinas

En primer lugar debo decir que la finalidad de este libro es plantear más preguntas de las que resuelve y, en segundo lugar, que estoy seguro de que somos espíritus en evolución a lo largo de los senderos de la energía universal.

El Zohar (en hebreo, «esplendor») es posiblemente la obra más importante del pensamiento místico universal y específicamente de la cábala.[1] Sus enseñanzas han dejado huella en casi todas las escuelas iniciáticas del pasado, y su influencia ha repercutido en todas las religiones conocidas. Fue escrito en el siglo II d. J.C. por Rabí Shimón Bar Yojai (Rashbi),[2] aunque modernamente se ha atribuido a Moisés de León.

Para la cábala la creación del mundo se inició anteriormente al relato del primer versículo de la Biblia y de la Torá (Pentateuco), que comienza con la palabra *Bereish*: «Al principio Dios creó el cielo y la Tierra», y anteriormente a eso no existía nada.

El Zohar nos dice: «(15.ª) En el principio *(Bereish)* de la revelación de la voluntad del rey *de comenzar con el proceso de creación,* grabó un rastro en la luz suprema *que permaneció tras la contracción (Tzimtzum), con* una llama poderosa, y salió desde el ocultamiento de todo ocultamiento, del misterio del infinito *(Ein Sof)*[3] *como un* horno *humeante*, informe, inscrito en un anillo circular, no blanca y no negra, y no roja y no verde, y no de ninguna tonalidad.»

Es como si el Creador se hubiera contraído a Sí mismo contrayendo esa luz superior y generando un punto central vacío de esta primera luz; parece que el Eterno busca dar lugar a otra existencia fuera de Su luz.

El Zohar nos relata hace cerca de dos mil años lo que la astrofísica moderna nos dice en la actualidad, con otras palabras no tan crípticas.

Lawrence Krauss, cosmólogo estadounidense amigo íntimo de Stephen Hawking, nos dice que el tiempo, como las tres dimensiones del espacio, comienza con el big bang. No obstante, se están buscando trazas de extrauniversos, puede haber más dimensiones de las observables, un número infinito de universos plegados entre esas cuatro dimensiones, aún inobservables.

Hoy en día un gran número de cosmólogos aceptan plenamente la opinión del astrónomo más importante del mundo, Allan Sandage, de los observatorios de la Institución Carnegie en Pasadena (California), el cual propuso recientemente que el big bang sólo era comprensible como «un milagro» donde una fuerza superior hubiera desempeñado la función de protagonista.

A partir del primer segundo después del big bang podemos describir la evolución de nuestro universo mediante unas leyes físicas relativamente sencillas. No obstante, a pesar de que en estos últimos veinte años el avance de la física de partículas elementales ha sugerido un mecanismo natural para empezar con nada y terminar con algo, no se ha demostrado, como tampoco se ha demostrado durante cuánto tiempo se podría conservar la estabilidad de la materia.

En la billonésima de segundo después del big bang, las partículas elementales como los quarks[4] pasaron súbitamente a tener masa, pero lo enigmático es lo que sucedió justo antes de eso.

Nuestro universo visible, en la actualidad de más de cuatrocientos mil millones de galaxias, cada una de las cuales contiene más de cuatrocientos mil millones de estrellas con una masa cada una un millón de veces mayor que la de la Tierra, en su origen no era más grande que un huevo de gallina. Cómo pasó el huevo a convertirse en el universo actual sería cosa de magia, cosa de dioses, si no pudiéramos explicar resumidamente algún paso intermedio menor, de un estado al otro.

Podemos empezar por nuestro Sol. Con una masa un millón de veces mayor que la de la Tierra, alcanza en su núcleo una temperatura de quince millones de grados, y se enfría progresivamente

hasta los 5.900 grados en la superficie. Pensemos que el hierro hierve a unos tres mil grados, no obstante la densidad media del Sol es parecida a la del agua, y también muy parecida a la densidad media de la Tierra.

Para que nos hagamos una idea, si comprimimos el Sol reduciendo su radio unas diez veces, de manera que equivalga a diez veces el de la Tierra, pasa a ser mucho más denso que cualquier planeta del sistema solar. Una pequeña cantidad de su materia, una cucharada, podría pesar seis o siete kilos. Si comprimimos el Sol diez veces más, con el tamaño de la Tierra y una masa un millón de veces mayor, cada cucharada de materia pesaría seis o siete mil kilos. Seguimos comprimiendo el Sol, esta vez mil veces más: su radio será de unos seis kilómetros, el radio de una ciudad como Barcelona. Una única cucharadita de materia pesaría mil millones de toneladas. Si pudiéramos hacer esa gigantesca compresión, el trabajo que deberíamos emplear sería igual que toda la energía emitida por el Sol durante tres mil millones de años.

Si continuamos comprimiendo ese gigantesco núcleo atómico de masa diez veces mayor (elevado a la 56) que la masa de un núcleo de hidrógeno y continuamos comprimiéndolo otras cien mil veces más, de forma que una cucharadita de materia pese un millón de trillones de toneladas, la masa de mil tierras, el Sol pasaría a tener el tamaño de un balón de fútbol; en la Tierra pueden caber tantos balones de fútbol como estrellas hay en el universo visible.

Damos otro paso de gigante, comprimimos esa masa ciento sesenta mil millones de veces más que la masa del Sol, empequeñeciendo su radio otros diez millones de veces. La materia de todo el universo visible está ahora contenida en un huevo de gallina. La masa de una cucharadita de esa materia equivale ya a un millón de galaxias, con una masa total un trillón de veces mayor que nuestro Sol. Estas cantidades apabullan y parecen fabulaciones, pensemos que la ciudad de Londres ocuparía un único núcleo atómico de esa masa.

La energía comprimida en ese huevo de gallina no está dominada por la materia, sino por la energía de la radiación. Cuando se produce la tremenda explosión inimaginable del big bang, esa radiación no tiene un color descriptible, ni es blanco, ni es negro, ni

es rojo, ni es verde ni de ninguna tonalidad (como dice el Zohar). Tiene una presión tan enorme que no es cuantificable y la ejerce sobre un universo en expansión, de tal manera que al cabo de unos pocos miles de años su energía se disipa y se hace insignificante, dejando a la parte de la materia dominar nuestro universo actual.

A los físicos les cuesta aceptar que el big bang fue una especie de «milagro» protagonizado por una fuerza superior, pero evitan pensar en cómo de la no materia surge la materia.

A medida que nuestros conocimientos aumentan, el misterio se hace más y más denso, todo constituye un gran misterio. Nos encontramos en una profunda crisis de la humanidad que verdaderamente aspira y necesita retornar al cosmos, que es de donde originariamente proviene. Ese retorno, ese amanecer de los brujos, puede suponer el motín epopéyico más importante en el lento despertar espiritual de los siglos.

Ha desaparecido en nosotros hasta el deseo constante a lo largo de los siglos de conseguir la inmortalidad. En las excavaciones de Nínive a finales del siglo XIX, bajo las ruinas del templo de Nabu y en la biblioteca del palacio de Assurbanipal, se encontraron la mayor parte de las tablillas donde se grabó la epopeya de Gilgamesh,[5] el protagonista heroico de la cual fue sin duda un personaje real. Según la Lista Real Sumeria, se trataría de un gobernante de la primera dinastía, de 2600 a. J.C.

La obsesión de Gilgamesh es conseguir la inmortalidad y para ello debe encontrar a Atrahasis, el único hombre inmortal que sobrevivió al Diluvio. En un jardín fantástico encuentra la planta de la inmortalidad, pero una serpiente se la arrebata. Su paralelismo en este caso con los libros sagrados de algunas religiones es asombroso.

No pretendemos ser irrespetuosos con las creencias religiosas, si bien brevemente entraremos en sus mitos, leyendas y cuentos. Afirmamos que las religiones son un misterio embalado en una adivinanza envuelta en un enigma.

Si bien Mark Twain sentencia: «Ha habido redentores en todas las épocas del mundo. Todo es un cuento de hadas, como el cuento de Santa Claus», es necesario tener en cuenta las leyendas y

narraciones religiosas. Seguramente escudriñando entre sus crípticas líneas encontraremos respuestas a algunos de los misterios que nos circundan.

Cuando se habla de Jesús como un alto Iniciado en el devenir de la historia humana, nos detenemos siempre con particular interés en el prodigio de la resurrección y su posterior reencarnación en el hijo de Dios.

Un relato de ciencia ficción nos diría que en los restos de los cadáveres humanos, una vez descompuestos en su lugar de enterramiento, o donde reposen, también en las incineraciones, se encuentran sustancias que contienen sodio, fosfato cálcico, potasio y magnesio. Esas pequeñísimas partículas, invisibles a simple vista, se integran en la atmósfera y, por absorción cutánea o a través de los alimentos o bien de la respiración, pasan al organismo humano, éste las transforma, actuando como un alquimista y, al procrear el ser que las ha absorbido, pasan a formar la configuración de otro ser, con lo que el ciclo de la reencarnación se repite constantemente.[6]

A expensas de los resultados del Gran Colisionador de Hadrones, que podría darnos alguna sorpresa, en realidad desconocemos en qué mínima partícula puede existir vida biológica. En el capítulo 4 de la tercera parte de este libro, haciendo un abuso de nuestra imaginación, seguiremos con el relato de ciencia ficción.

No obstante, es posible que la nueva ciencia, la nanotecnología, nos pueda dar alguna respuesta a exposiciones que actualmente parecen de ciencia ficción.

Los trabajos del español Mateo José Buenaventura Orfila[7] y del francés Marie-Guillaume Devergie[8] sobre la descomposición del cuerpo humano, con la presencia de vibriones y otras bacterias —recordemos que algunas bacterias crean la materia orgánica que necesitan para vivir a partir de la materia inorgánica— describían lo siguiente: «El olor disminuye gradualmente: por fin llega una época en que todas las partes blandas extendidas en el suelo no forman más que un detritus cenagoso, negruzco y de un olor que tiene algo de aromático.»

Eugène Canseliet, en el prólogo a la tercera edición de *El mis-*

terio de las catedrales de Fulcanelli, del que hablaremos ampliamente en este libro, nos dice: «En cuanto a la transformación del hedor en perfume, hay que observar su impresionante semejanza con lo que declaran los viejos maestros con respecto a la Gran Obra Física, y entre ellos, en particular, Morien y Ramon Llull, al precisar que el olor infecto *(odor teter)* de la disolución oscura sucede al perfume más suave, porque es propio de la vida y del calor *(quia et vitae proprius est et caloris).*

No obstante, tenemos la sensación de que estamos perdiendo el tren. Al ver las noticias diarias aparecidas en los medios de comunicación, la humanidad parece haber entrado en una vorágine de retroceso, de retroceso hacia el hombre mecánico, hacia el hombre máquina, sofronizable con una facilidad pasmosa, nada consciente de sus propios actos, fácilmente manipulable desde un punto de vista político y espiritual. Las abrumadoras abstenciones en las contiendas electorales y la falta de asistencia a los actos religiosos así lo demuestran. La humanidad está carente de líderes políticos conscientes y de mensajeros religiosos sensibles. La humanidad, tan preocupada por la materia y dejando en el olvido el espíritu, tiende a dejarse llevar hacia la destrucción de sí misma como especie. Quizá debamos transmutarnos en otro tipo de especie, muy diferente de la actual. Quizá es necesario que Dios vuelva a hacerse hombre, quizá esa parusía adelantada interior, ese *soma psuchicon*[9] haya comenzado.

Brujos, magos y hechiceros

Las personas sensibles, es decir, aquellas dotadas de ciertas facultades superiores, afirman que se alzan desde nuestra Tierra radiaciones magnéticas tan negativas como para ofrecer un cuadro realmente desolador de nuestra vida.

Gustav Meyrink[10] relata que existe una serie indefinida y tal vez infinita de estados de conciencia superiores a la vigilia. Una persona despierta puede despertar aún más (evidentemente no se está

refiriendo al sueño fisiológico) y pasar a un estado de conciencia superior. Meyrink dice exactamente: «El primer escalón ya se llama "genio". Los demás son desconocidos por el vulgo y tenidos por espejismos. Troya era considerada también un espejismo hasta que un hombre[11] tuvo el valor de realizar excavaciones por su cuenta.»

Y Arthur C. Clarke, el inventor de los satélites artificiales, premio Kalinga de Divulgación Científica, escribe: «Una ciencia superior a la nuestra debe necesariamente aparecérsenos como una magia.»

El devenir del mundo ha sido marcado por la influencia de unos personajes que podemos tildar de hechiceros, brujos, magos, encantadores, que se han significado por ejercitar unos poderes muy superiores a los del resto de los mortales y que han estado envueltos en una aureola de arcano; su vida se ha desarrollado dentro de unos parámetros ocultos, misteriosos, fuera de los cánones de la realidad.

Entre ellos podemos citar entre otros a los profetas de Israel, Empédocles, Zoroastro, Moisés, Noé, Buda, Lao-tsé, Confucio, Mahoma, Jesús, etcétera. ¿De dónde les venían esos poderes, esa ontogenia, qué o quién ejercía su protección sobre ellos y cambiaba la estructura molecular de su naturaleza para poder obrar los milagros y prodigios que se les atribuye? ¿De dónde te viene alma del hombre ese prodigio mágico, esa conexión divina?

Esos magos acostumbraban a transmitir sus conocimientos a un solo discípulo (Empédocles le dice a su discípulo Gorgias: «Para ti solo mis poderes mágicos»). La tradición reconocida y establecida en el mundo antiguo de transmisión de poderes mágicos y esotéricos de manera individual y personal, de padres (espirituales y físicos) a hijos, hace que se vaya formando una cadena secreta y sólida, casi imposible de penetrar y mucho menos de romper.

Marcel Mauss (Épinal, 1872-París, 1950),[12] impulsor de la etnología francesa, nos dice: «La magia está relacionada con la ciencia de la misma manera en que está ligada a la tecnología. No es sólo una arte práctica; es también un almacén de ideas. Concede gran importancia al conocimiento, uno de sus motivos principales. De hecho, en lo que atañe al mago, el conocimiento es poder.»

Mauss nos sigue diciendo que rápidamente compuso la magia

una especie de índice de plantas, metales, fenómenos, seres y vida en general, y se convirtió en un temprano almacén de información para las ciencias astronómicas, físicas y naturales. Es un hecho indiscutible que en la antigua Grecia ciertas ramas de la magia, como la astrología y la alquimia, fueron designadas con el nombre de «física aplicada». Eso explica por qué los magos recibieron el nombre de *physikoi* y la palabra *physikos* era sinónimo de «magia».

La magia es descrita como el yoga de Occidente. El mago, como el yogui, considera el universo como un ser vivo con el que está interconectado, y ese ser vivo oculta en su apariencia física la realidad de los grandes poderes que controla. Los sueños, la imaginación, los símbolos, las alegorías y las religiones se acercan más a las realidades de la existencia que toda la mecánica cuántica y las ecuaciones finales de la física.

Los magos de Oriente

En el Nuevo Testamento hallamos la tribu de Media en Irán, al norte de Babilonia, que ejercía funciones sacerdotales y se dedicaba a la astrología; se los consideraba sabios y hechiceros. Nos encontramos con magos como Simón de Samaria, de él decían sus seguidores «éste es el poder mismo de Dios, el que llaman el Grande», ya que los tenía asombrados con sus prodigios, y con una contienda de magos en la isla de Pafos: el mago Bar Jesús, también llamado Elimas, se enfrenta con Pablo (Saulo), y éste, invocando al Espíritu Santo en una lucha de poderes mágicos, lo deja ciego.

Pero los más grandes jorguines sin duda son los magos de Oriente. Herodes en persona los llamó en secreto para informarse de sus capacidades; debió de quedar sorprendido de su grandeza y poder, pues a partir de ese momento la preocupación del rey por el recién nacido llegó a ser obsesiva. «Los magos entraron en la casa, vieron al niño y lo adoraron; abrieron sus tesoros y le ofrecieron regalos: oro, incienso y mirra.» Ésta es la narración de Mateo; los otros dos evangelistas sinópticos,[13] Marcos y Lucas, no hacen ninguna mención a los magos.

¿Quiénes fueron esos magos? ¿Existieron en realidad? ¿De dónde venían? ¿Sólo hicieron tan largo viaje para ofrecer unos hu-

mildes presentes materiales? ¿No transmitieron al niño «índigo» ningún tipo de conocimiento?

Sólo podemos limitarnos a narrar la historia desde sus distintas versiones, sin encontrar una explicación razonable, ni siquiera empleando una imaginación desbordante.

No sabemos los criterios de los que cerraron el canon de la Biblia, para no incluir unos relatos y en cambio añadir otros, posiblemente para no dar lugar a interpretaciones heréticas. Pero los escritos apócrifos, y los que podemos llamar heterodoxos, por ser contrarios o diferir del punto de vista oficialista religioso establecido, marcan un sentir especial, distinto, nos transfieren un conocimiento mágico que nos invade y nos transporta a otro estadio superior, en oposición al meramente religioso. Transmiten otro saber, otra realidad, que nos ha sido ocultada, nos ha sido robada, nos hacen sentir que la comunicación directa con Dios es posible, sin la intermediación de ningún tipo de jerarquía eclesiástica. Al leerlos, la sensación que se experimenta en el plexo solar de bienestar, comunicación y armonía con esa gran fuerza que lo invade todo nos hace pensar que son ciertos y que narran verdades ocultas superiores.

En los escritos apócrifos[14] sí encontramos amplias referencias a los magos de Oriente. En el capítulo XVI del Pseudo-Mateo (siglo VI),[15] que parece un arreglo en latín para uso de occidentales, dice: «Sin más demora los magos entraron en el refugio, donde encontraron al Niño Jesús, le abrieron entonces sus tesoros. Cada uno le ofreció un jarro de oro que sacaron de sus cofres. Dos, buscando en su tesoro, ofrecieron mirra e incienso, el tercero oro.»[16]

En el «Evangelio árabe de la infancia» que deriva de una fuente siríaca que puede datarse del siglo V (existe también una versión griega, pero seguramente el texto latino fue traducido del siríaco en una época muy temprana), «los magos llegaron de Oriente a Jerusalén según lo había predicho Zoroastro y aportaron oro, incienso y mirra». También encontramos en el «Libro armenio de la infancia» la siguiente descripción: «Los magos llegaron llenos de gozo a la entrada de la cueva, vieron al Niño en el pesebre de los animales y se postraron ante él, le ofrecieron sus presentes. Gaspar, rey de la India, esparció precioso nardo, mirra, canela, incienso y otros aro-

mas y esencias olorosas. Y de inmediato se expandió un perfume de inmortalidad. Baltasar, el rey de los árabes, ofreció al Niño oro y plata, piedras preciosas, magníficas perlas y zafiros de gran valor, y por último, Melchor, el rey de los persas, aportó mirra, áloe, muselina púrpura y también cintas de lino.»

En el libro apócrifo *La cueva de los tesoros*[17] encontramos posiblemente la más antigua referencia a los magos; se dice: «Adán llevó oro, incienso y mirra a la cueva del tesoro después de su caída y allí los habría depositado. Pasaron luego las generaciones hasta que, en armonía con las instrucciones que Set recibió de Adán, los magos Hormizd de Makhodzi, rey de los persas; Jazdegerd, rey de Saba, y Peroz, rey de Seba, llevaron los presentes a Betlhem y se los ofrecieron al niño Dios.» De *La cueva de los tesoros* tenemos dos versiones, una en árabe y otra en siríaco; posiblemente son una manipulación por los primeros cristianos de los textos judíos cristianizados. En este relato aparecen por primera vez imágenes de la crónica iconográfica cristiana, como la calavera que la tradición coloca junto a la cruz de Jesús (al significado mágico de las calaveras encontradas dedicaremos en este libro un apartado posterior). Según el libro sirio, Adán fue creado en el centro de la Tierra, y allí está enterrado, donde más tarde sería crucificado Jesús.

El término «mago» creó verdaderos problemas a la incipiente Iglesia. En aquella época, «mago» podía hacer referencia tanto a un vendedor de pócimas milagrosas, como a los sabios astrólogos caldeos, los taumaturgos gnósticos de Alejandría o a los sacerdotes de culto mazdeísta, los brujos y los adivinos.[18]

La leyenda de los magos de Oriente está salpicada de curiosas y crípticas historias, desde que su número eran doce (al ser un número impreciso, en muchas representaciones en las catacumbas y en otras manifestaciones escultóricas el número que aparece es según la apreciación y conocimientos del artista), hasta la existencia de reliquias corpóreas que después de un peregrinar por Turín, Moncenisio, Borgoña, Lorena y Renania, Alemania y Suiza, descansan por fin en Colonia.

Nos estamos moviendo entre un mundo mágico, dudoso, y otro mundo que seguramente tiene una explicación terrenal, mucho más racional y sencilla, a la que intentaremos acercarnos.

No menos interesante es la descendencia de los magos; muchas familias importantes de Europa[19] durante los siglos XIV y XV aseguraban que eran descendientes de los famosos magos. El más famoso es el Preste Juan, rey cristiano de un lejano país de Asia. Éste envió cartas al emperador de Constantinopla, Comneno, y a Barbarroja, así como al papa Alejandro III, en las que hacía gala de su condición de mago y describía la existencia en sus dominios del unicornio y el fabuloso animal de forma humana de cintura para arriba y de caballo hacia abajo, el sagitario.

El mago Merlín

La primera vez que el mago Merlín aparece mencionado es en *La historia de los reyes de Britania*, publicada en 1138. A su autor, de origen galés, Geoffrey de Monmouth, clérigo y profesor, lo encontramos en Oxford entre 1129 y 1151, seguramente enseñando en alguna escuela, ya que la universidad todavía no existía. A partir de 1151 se traslada a Londres, donde es nombrado obispo de Saint Aspa, en Gales. Murió en 1155. Se dedicó a buscar documentación que le proporcionara datos creíbles para confeccionar su libro con la idea de dar a conocer a los galeses, descendientes de los britanos celtas, que habían sido desposeídos y subordinados por los anglosajones. Encontró el tratado de Tildas, un británico del siglo VI, pero le proporcionó muy pocos datos. La obra histórica de Beda, del siglo VIII, tampoco le aportó muchas anotaciones de interés. Asimismo, la llamada «Historia británica» atribuida al monje galés del siglo IX, Nenio, tampoco le abrió muchas puertas, pero, como él mismo dice, eso cambió: «En estos pensamientos me encontraba cuando Walter, archidiácono de Oxford, me ofreció cierto libro antiquísimo en lengua británica que exponía, sin interrupción y por orden, y en una prosa muy cuidada, los hechos de todos los reyes británicos. A petición suya me ocupé de trasladar aquel volumen a la lengua latina.» Con los datos que iba acumulando del libro de Walter, Geoffrey empezó a bucear en otros documentos, lo que lo llevó a los tratados de profecías. En uno de ellos, *La profecía de Britania*, aparece en uno de los presagios alguien que había gozado de gran prestigio como mago; el poema habla de un tal

Myrddin. En el proceso de búsqueda de datos, Geoffrey se dio cuenta de que, al traducir Myrddin al latín, el nombre se convertía en Merdinus, lo que hacía pensar que los lectores franconormandos podían relacionarlo con *merde*, por lo que decidió cambiar el nombre por el de Merlyn.

Los datos que fue encontrando le permitieron centrar el personaje en un enigmático mago, profeta a la vez en la corte del rey Arturo. Se dice que mandó construir la mesa redonda y que obtuvo para su rey la espada Excalibur.

Según la tradición, yace dormido en una cueva de la isla de Bardsey.[20] La leyenda nos dice que hay más de veinte mil monjes enterrados en la isla y que en ocasiones se ve vagar por la orilla a fantasmas encapuchados que presagian tormentas y naufragios. Merlyn reposa como guardián de los Trece Tesoros Mágicos. Esos tesoros de la isla son: el tablero de oro de ajedrez de Gweddolau, en el que juegan las piezas, que son de plata, partidas enteras sin intervención humana; el carro de Morgan *el Rico*, que, sin necesidad de caballos, lleva a su pasajero con rapidez a cualquier destino; la espada de Rhydderch *el Generoso*, que se encendía en llamas si quien la empuñaba era alguien educado (a su dueño se lo llamó «el Generoso» porque nunca se opuso a que otras personas la cogieran, pero, por lo general, a la gente le daba miedo intentarlo); un manto de la invisibilidad que perteneció en algún momento a Arturo; el abrigo rojo de Padarn, que sólo pueden ponerse las personas de buena cuna y buen temperamento; cuernos de la abundancia de los que brotan alimentos y bebidas ilimitadas, y talismanes que prueban el valor y la virtud.

Geoffrey Ashe[21] dice que actualmente estaríamos hablando del ordenador ajedrecista, del automóvil y de la espada láser. Nosotros podemos añadir que la capa creada por el profesor Andrea Alù, de la Universidad de Roma, convierte los objetos que cubre en invisibles. La capa funciona impidiendo el proceso normal que permite ver los objetos. Cuando la luz se proyecta sobre un objeto, éste la dispersa según un efecto llamado *scattering* («dispersión»): vemos el cielo azul porque, cuando la luz del Sol se proyecta sobre la atmósfera terrestre, ésta difunde más fácilmente las frecuencias más altas, o sea, aquellas más cercanas a los rayos ultravioletas, según nos explica el ingeniero italiano. Literalmente nos dice que «algunos materiales

consiguen anular este fenómeno», se trata de «materiales tipo» con características electromagnéticas similares a las de los electrones libres (plasma), y anulan la luz reflejada por un objeto, entonces, el objeto cubierto por esa capa resulta invisible. Curiosamente, en determinadas frecuencias el oro y la plata dan los mejores resultados.

Parece que el personaje real al que se llamó Merlyn fue el profeta galés Myrddin Emrys, pero el dato no está contrastado con seguridad. Su tumba se encuentra en el bosque de Paimpont, Bretaña. La búsqueda del Grial fue una constante en la vida del mago, y sus dotes adivinatorias a través de cristales, reconocidas en todas las leyendas. Se cuenta en algunas profecías que en su cueva subterránea guardaba una bola de cristal adivinatoria, hecha por él mismo, y una calavera de cristal. Sus reuniones con otros magos venidos de otras dimensiones, que le trasladaban conocimientos no conocidos en la época, son narradas en leyendas transmitidas boca a boca, de padres a hijos. Se le atribuye la creación de Stonehenge.

Jesús de Nazaret

Volviendo atrás en el tiempo, el texto apócrifo que aparece en el Evangelio de los hebreos y en el Evangelio de Tomás, que se hunde en lo más profundo de la tradición sapiencial judía, está relacionado con el centro del secreto que envuelve todos los evangelios, y que no es más que el intento de encontrar el significado exacto de la palabra, la obra y la persona del enigmático Jesús: «El que busca que siga buscando hasta encontrar. Cuando encuentre, se turbará. Cuando esté turbado, empezará a admirarse. Cuando empiece a admirarse, reinará. Cuando empiece a reinar, encontrará descanso (Tomás 1).»

Nos encontramos ante un mundo incomprensible, lleno de misterios, y podemos decir, parafraseando a Holler, con «una sacrosanta ininteligibilidad».

A lo largo de toda la tradición cristiana, ésta sólo toma sentido cuando la interpretamos dentro de un contexto mágico, situándola en un estadio superior, cuando el contexto puede formar parte de un mundo que intuimos pero al que sólo se puede entrar en determinadas circunstancias, concordantes con estados modificados de conciencia.

Por otra parte, Sigmund Freud estaba fascinado por el humor, y en 1905 escribió un divertido y desconocido libro: *El chiste y su relación con lo inconsciente.* Vamos a emularlo con la siguiente historia, donde se cuenta que lo magnífico, lo grandioso, oculta muchas veces lo real que tenemos delante:

> Sherlock Holmes y el doctor Watson se van de campamento. Montan su tienda bajo el cielo estrellado y se ponen a dormir. En algún momento de la noche, Holmes despierta a Watson y le dice:
>
> —Watson, mire las estrellas y dígame qué ve.
>
> —Veo millones de estrellas —responde Watson.
>
> —¿Y qué deduce de eso? ¿Qué quiere decir eso? —le pregunta Holmes.
>
> —Bien, si hay millones de estrellas y aunque sólo unas pocas de ellas tienen planetas, es muy posible que haya planetas como la Tierra allí afuera. Y si existen algunos planetas como la Tierra, también es posible que haya vida.
>
> —Watson, no sea estúpido —le replica Holmes—. Significa que alguien nos ha robado la tienda.

Así, llevados por nuestra deontotonía o conciencia del deber, y teniendo la convicción de que el Jesús histórico existió y que sus prodigios, sus actos sobrenaturales, sus hechos extraordinarios, que parecen tomar su energía en los cielos, entran dentro de las facultades del hombre eterno autodesarrollante, y que del conjunto de textos más antiguos de la humanidad tenemos un concepto único, exclusivamente religioso, filosófico y literario de la tradición, intentaremos con los datos recopilados a lo largo de los años y empleando una dosis mínima de imaginación dar una explicación realista.

Albert Einstein, demostrando a los pocos meses de diferencia de su famoso artículo sobre la relatividad la realidad del movimiento browniano,[22] dijo: «La imaginación es la herramienta más poderosa que posee el ser humano.» Procuraremos, pues, que la magnificencia de lo acontecido no nos haga perder de vista lo que tenemos delante de los ojos y a veces no vemos, precisamente, por ser tan evidente.

Intentaremos mostrar de forma mucho más cercana y real la figura y obra del llamado Salvador, quien dijo Él mismo: «Los que están conmigo no me han entendido» (Hechos de Pedro 10).

La anomia[23] no es ajena a la religión cristiana. La extraordinaria sucesión de vicisitudes que acontecieron en el momento del nacimiento de Jesús, su significado profundo, sorprendió a los testigos del suceso, que no sin dificultad debieron de comprender que se trataba de un suceso divino; manifestaciones de carácter sobrehumano que en algún momento pueden hacernos dudar, pero debemos tener en cuenta precisamente lo dudoso del relato histórico, basado con casi toda seguridad en leyendas paganas.

Una carta inédita que Albert Einstein remitió al filósofo Eric Gutkind en 1954 nos describe el pensamiento del sabio: «La palabra de Dios, para mí, no es más que la expresión y el producto de las debilidades humanas, y la Biblia, una colección de leyendas dignas pero primitivas que son bastante infantiles.»

En realidad, hoy, quienes creen en Dios no creen realmente en Él; creen que deberían creer en Dios y, en consecuencia, son algo fanáticos a este respecto, debido precisamente a su duda y al tener que reafirmarse constantemente en sus convicciones.

Aunque parezca pueril, la primera y elemental cuestión es centrar las tres figuras fundamentales de esta historia: un Dios humano, Yahvé; un Dios teológico, Jesucristo, y un personaje histórico, Jesús de Nazaret. La religión cristiana, presentada siempre como monoteísta, en realidad parece politeísta: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

A lo largo de este libro hablaremos de la sincronicidad más específicamente, aunque ahora no podemos pasar por alto los hechos que de forma sincrónica se produjeron en un período muy breve de tiempo, entre tres acontecimientos en principio no relacionados entre sí: la explosión de la primera bomba atómica en Hiroshima (1945), el descubrimiento de la escritura gnóstica de Nag Hammadi (1945) y el desenterramiento de los manuscritos esenios del mar Muerto en la cueva de Qumrán (principios de 1947). Estas grandes señales —nos resistimos a llamarlas «coincidencias»— nos hacen ver de forma inequívoca que es una marca, una señal, que nos ha sido enviada desde los orígenes del hombre

eterno. El rollo de la guerra de Qumrán (1QM) habla de la última batalla de los hijos de la luz contra los hijos de las tinieblas. Los escritos de Nag Hammadi hablan repetidamente del Apocalipsis.

Estos descubrimientos hicieron cambiar los criterios de los literalistas, aquellos que interpretaban la historia de Jesús como la crónica literaria de acontecimientos históricos, origen por tanto del cristianismo romano. La existencia de otro cristianismo radicalmente distinto perseguido por la Iglesia romana, los llamados «gnósticos», tomó un protagonismo hasta entonces oculto y en consecuencia desconocido.

El hecho de llamar «agnóstica» o «apócrifa» a una literatura no oficialista del judaísmo y el cristianismo no tiene mucho sentido, teniendo en cuenta que en la época que se produjo no había nada agnóstico ni apócrifo porque no había nada canónico. Nada era falso, todo respondía a la verdad. Todo lo relatado era principal, era lo que sucedía, o había sucedido, narrado desde una vertiente u otra.

Los documentos encontrados son de difícil interpretación, al estar muy fragmentados. Por ejemplo, del *dossier* bíblico de Qumrán, con más de ochocientos rollos, encontrados en las once cuevas sólo son bíblicos unos doscientos, y solamente se ha rescatado un libro entero, el Gran Rollo de Isaías, el resto forma un *dossier* de fragmentos de diversos tamaños.

Mohammed Adib Issa, el pastor beduino que descubrió con quince años los manuscritos de Qumrán dentro de unas ánforas al tirar unas piedras a una cueva y sonar sospechosamente, pronunció como últimas palabras antes de morir: «Sólo le pido a Dios que me libere, por fin, de la maldición que me persiguió toda mi vida.» Murió de un cáncer que lo destruyó poco a poco durante años, solo, pobre de solemnidad, tan pobre en un campo de refugiados de Jordania que ni siquiera pudo pagarse su estancia en un hospital, ni una inyección de morfina que paliara sus terribles dolores. Murió pensando que había sido víctima de la maldición de un genio que había salido del ánfora donde encontró los pergaminos.

También los papiros gnósticos de Nag Hammadi, trece códices[24] encuadernados en piel, parte de ellos vendidos en el mercado negro y comprados por la fundación C. G. Jung, que contienen el

famoso evangelio de Tomás (el resto fue nacionalizado por el gobierno egipcio —en 1977 apareció toda la colección en inglés—), fueron escritos aproximadamente en 400 d. J.C. y son copias exactas de otros escritos sobre el año 150 d. J.C.

Encontramos también restos de la inmensa biblioteca que narra lo sucedido incluso antes de Jesucristo en otras partes del mar Muerto: la cuevas de Murabba'at y Nahal Hever y la fortaleza de Massada y también en La Guenizá de El Cairo, con copias medievales que dan fe de tradiciones antiguas como la de Ben Sirá. Con toda seguridad, en otros lugares dispersos irán apareciendo documentos que atestigüen ese período tan fértil en acontecimientos mágicos. No tiene una explicación coherente la tardanza por parte de la Iglesia católica en dar a conocer las partes traducidas que obran en su poder. Por otro lado, restos de documentos bíblicos, por así llamarlos, algunos muy importantes, se hallan en manos de anticuarios e inversores de Estados Unidos, Suiza y Alemania, valorados en millones de dólares, muchos de ellos sin traducir, comprados para especular, como se puede hacer con la pintura o la escultura, esperando el momento oportuno de mayor demanda, según las características de los acontecimientos sociales que se produzcan.

El trabajo al respecto de Jack Miles en su libro *Dios, una biografía* nos muestra que, al parecer, existió un Yahvé que en sus orígenes se nos presenta con un comportamiento autoignorante, una gran dosis de narcisismo y un poder absoluto. Después de varias catástrofes divinas, Yahvé pierde interés por todo, incluso por sí mismo; tenemos a un Dios caprichoso e incognoscible.

Nos encontramos con un Dios raro, un Dios que castiga con terribles males y que su reinado, si bien ofrece recompensas finales, no permite la menor interrupción democrática, es un reinado totalitario, dictatorial, en el que hasta el amor es impuesto.

La ciencia y la religión no se superponen, son dos campos distintos, aunque tengamos tendencia a interconectarlos: una se dedica a intentar explicar el mundo natural y la otra aborda el mundo espiritual, el de la moral, el mágico. En la realidad la ciencia tiene tendencia a adentrarse en el mundo espiritual, y la religión a dar explicaciones al mundo de la ciencia. Einstein dijo: «La ciencia sin religión es coja; la religión sin ciencia es ciega.»

D'Aquili y Newberg, en su libro *The mystical mind*, cuentan el siguiente relato:

> Un bosquimano de Kalahari fue picado por un mosquito, Tras la picadura del mosquito, el bosquimano se fue en seguida al médico occidental para que le diese un medicamento que previniese la malaria. El bosquimano le dijo al médico que tras esa cita tenía que ir a ver al hechicero de la tribu. El médico no podía entender por qué el paciente iba a visitar a un consejero espiritual si tenía tanta fe en la medicina occidental moderna. El bosquimano le replicó: «Voy a ver al médico porque me ha picado un mosquito, y voy a ver al hechicero porque quiero saber por qué.»[25]

Si Dios no existiera, habría que inventarlo

El teólogo alemán Rudolf Bultmann decía hace más de cuarenta y cinco años: «Para expresar el carácter transhistórico del acontecimiento histórico que fue Jesús de Nazaret, los autores del Nuevo Testamento utilizaron un lenguaje mitológico: preexistencia, encarnación, ascensión y descenso, intervención milagrosa, catástrofe cósmica, etcétera, etcétera», lo que, según Bultmann, sólo tiene sentido dentro de una visión del mundo totalmente superada. «Así, el hombre moderno, en vez de sentir la verdadera provocación (el escándalo de la cruz), se siente desconcertado por las mismas cosas que deberían hacerle inteligible el acto de Dios y que sólo lo tornan increíble.»

Actualmente quizá es necesario hacer lo que hizo san Pablo hace veinte siglos. Es decir, explicar que la vida religiosa ya no necesita de la mitología cristiana, así como no necesitaba de la circuncisión. De este modo, un hombre moderno no pensará que sus conocimientos científicos se oponen al mensaje de Jesús. Tal vez los freudianos tengan razón después de todo: el Dios de la teología popular es una proyección, y quizá nosotros nos veamos obligados a vivir sin esa proyección.

«Si Dios no existiera, sería necesario inventarlo», declaró Voltaire.[26] Hay muchas voces que manifiestan que creer en la existen-

cia de Dios es necesario para la vida humana, que ejerce un cierto control de moderación en el comportamiento, que en los momentos de angustia, de desesperación del hombre, sirve como bálsamo, como una tabla de salvación para agarrarse antes de hundirse en una total desesperación, que de otra manera podría llevar a acciones irreversibles. También se dice que, al no tener respuestas a las grandes preguntas, ¿qué somos?, ¿de dónde venimos?, ¿adónde vamos?, de alguna manera, la creencia en Dios palía esa incertidumbre. A la vez, sirve para mantener abierta la mente del hombre hacia un mundo mágico, esotérico, preparándolo en parte para no extrañarse y no cerrarse al tener conocimiento de hechos procedentes de ese mundo que la mente mecánica no computa; nos mantiene activos, por así decirlo, a la expectativa, al ralentí de lo que pueda llegar a nuestro conocimiento sin que tengamos una explicación científica. La creencia en hechos espirituales superiores, no computables por nuestra mente científica, una vez contrastados con nuestros datos materiales almacenados, nos mantiene en el buen camino autodesarrollante evolutivo de la especie hacia estadios superiores.

En *La verdadera historia de los masones*[27] se dice: «Entrar en el mundo mágico sirve, a personas de gran intelecto, como terapia y acción reparadora del yo.»

Recientemente se ha efectuado una encuesta por escrito a un número considerable de personas en Estados Unidos y los resultados han sido los siguientes:

¿POR QUÉ LA GENTE CREE EN DIOS?

1. Argumentos basados en el buen diseño / la belleza natural / la perfección / la complejidad del mundo o del universo (28,6 %).
2. La experiencia de Dios en la vida cotidiana / la sensación de que Dios está en nosotros (20,6 %).
3. Creer en Dios reconforta, alivia, consuela y da sentido y un propósito a la vida (10,3 %).
4. La Biblia así lo dice (9,8 %).
5. Sólo porque sí / por fe / o por la necesidad de creer en algo (8,2 %).

¿POR QUÉ CREE LA GENTE
QUE OTRA GENTE CREE EN DIOS?

1. Creer en Dios reconforta, alivia, consuela y da sentido y un propósito a la vida (26,3 %).
2. Las personas religiosas han sido educadas para creer en Dios (22,4 %).
3. La experiencia de Dios en la vida cotidiana / la sensación de que Dios está en nosotros (16,2 %).
4. Sólo porque sí / por fe / o por la necesidad de creer en algo (13,0 %).
5. La gente cree porque teme la muerte y lo desconocido (9,1 %).
6. Argumentos basados en el buen diseño / la belleza natural / la perfección / la complejidad del mundo o del universo (6,0 %).

Justin Barrett, psicólogo evolucionista de la Universidad de Oxford, dice que las personas religiosas se deprimen menos, tienen más autoestima y viven más años. Parece que el compromiso religioso favorece el bienestar psicológico, emocional y físico, es decir, el centro instintivo-motor, el centro intelectual y el centro emocional. Hay evidencias de que la religión ayuda a confiar en los demás y mantener comunidades más duraderas.

No obstante, estremece pensar que el idiopático Hitler con frecuencia solía decir que con su forma de actuar estaba sirviendo a Dios. En *Mein Kampf*[28] declara: «Al defenderme de los judíos, estoy luchando por la obra del Señor.»

Por definición, Jesucristo es nestoriano,[29] Dios y hombre, pero Dios a la vez también lo es. Lo sorprendente es que Yahvé y Jesús no hayan tenido nunca una conversación directa en la Tierra. Jesucristo es más un Dios teológico que humano: la encarnación y la resurrección tienen poco que ver con Jesús de Nazaret. Al respecto de esta cuestión, nosotros pensamos como Robert Graves,[30] lo que Aristóteles califica, en los términos de su *Poética*, de «filosóficamente verdadero».

No entraremos en la discusión entre creacionistas y evolucionistas,[31] pero las teorías del físico Edward Fredkin en los años sesenta y las actuales del físico Stephen Wolfram nos vienen a decir que el universo funciona como una supercomputadora digital.

Verdaderamente es imposible a través del Antiguo y Nuevo Testamento llegar a explicaciones razonables. William Faulkner era partidario con diferencia de los relatos variados de la Biblia hebrea en comparación con el Nuevo Testamento griego, que lo único que hace es contarnos una historia, eso sí, una historia mágica.

Las historias paganas acerca de Osiris, Dioniso, Adonis, Atis, Mitra y otros misterios posiblemente son fábulas, pero quizá también Jesús como descendiente de un dios pagano lo es, y el cristianismo, por tanto, fruto herético del paganismo.

Misterios religiosos y alteraciones de conciencia

Jonathan Ott, doctor en química orgánica de productos naturales por la Universidad de Washington, en su libro *Pharmacotheon*[32] narra cómo R. Gordon Wasson, Albert Hofmann y Carl A. P. Ruck han propuesto una innovadora teoría sobre los misterios eleusianos de la antigua Grecia que constituye la evolución más fascinante del estudio del LSD y de los demás alcaloides ergolínicos. La teoría fue presentada por primera vez la mañana del viernes 28 de octubre de 1977 durante la segunda conferencia internacional sobre hongos alucinógenos, celebrada en Fort Worden, cerca de Port Townsend, en el estado de Washington. La teoría más elaborada apareció en mayo de 1978 con el título de «El camino a Eleusis. Una solución al enigma de los misterios».

El misterio de Eleusis era una ceremonia que se celebraba cada año como parte de un culto a la fertilidad presidido por la diosa Deméter. Cualquier persona que hablara griego podía ser iniciada en este culto, pero sólo podía participar en la ceremonia una vez en la vida. El «gran misterio» se celebraba al llegar el otoño, en un santuario situado en Eleusis, junto a la llanura Raria, cerca de Atenas. La celebración tuvo lugar durante casi dos mil años sin que el enigma del misterio se desvelara jamás. Los iniciados pasaban la noche juntos en el oscuro *telesterion* o sala iniciática (algo parecido al antiguo cuarto de reflexiones en una iniciación masónica), donde contemplaban una gran visión que era «nueva, asombrosa e inaccesible a la razón». Todo cuanto podían decir de la experiencia

era que habían visto *ta hiera*, «lo sagrado», pues tenían prohibido bajo pena de muerte decir más (*Soma-Harcourt Brace*, G. Wasson, Nueva York, 1971).

Los datos de los misterios de Eleusis provienen en su mayor parte del *Himno homérico a Deméter,* un poema anónimo del siglo VII a. J.C. El poema describe la fundación mítica del misterio de Deméter, afligida por el rapto de su hija Perséfone (llamada también Kore) por el dios Hades, señor del infierno. Deméter hizo que todas las plantas del mundo murieran, por lo que Zeus, temeroso de que la humanidad también pereciera y no quedara nadie para hacer sacrificios a los dioses, intercedió ante Hades y lo obligó a devolverle a Perséfone a su madre Deméter. Sin embargo, Perséfone había comido una semilla de granada en el infierno, así que estaba condenada a volver al Hades durante parte del año. Este hecho siempre entristecía a Deméter, lo que causaba de nuevo la muerte de todas las plantas, para luego renacer durante el esplendor de la primavera, al tiempo que Perséfone retornaba al mundo de la luz. Este hermoso mito simboliza para los griegos el misterio del cambio de las estaciones, y el milagro del renacimiento de los cultivos (tras permanecer en la fría tierra), de los que su civilización dependía, al llegar la primavera.

Deméter ordenó la construcción de un santuario en Eleusis y, rechazando el vino, dirigió la elaboración de una poción especial llamada *kykeon* («mezcla»). En el *Himno homérico a Deméter* se detallan los ingredientes de la poción: cebada, agua y *blechon* (o *glechon*, una especie de menta, probablemente *Menta pulegium*, una planta que queman los chamanes del Perú como ofrenda a Pachamama). A través de los fragmentos de diversos escritos de la Antigüedad, entre los que se halla un fresco de la ciudad de Pompeya, sabemos que los iniciados a los misterios bebían la poción de Deméter como preludio de una sobrecogedora visión. En el siglo IV de nuestra era, los cristianos acabaron con la celebración de los misterios. El «secreto» nunca fue revelado por los cristianos, si es que llegaron a conocerlo, lo que es muy poco probable.

Mucho se ha escrito sobre los misterios eleusianos, pero a nadie antes que a Wasson se le ocurrió que la poción, el *kykeon*, tuviera relación con la visión. Por ejemplo, el estudioso G. E. Mylonas

escribió un detallado libro sobre Eleusis, y llegó a la conclusión de que «tomar el *kykeon* consistía en una práctica religiosa conmemorativa, en observancia de un acto realizado por la diosa, y no llevaba implícito ningún significado místico sacramental». Un año antes (1958), Wasson propuso que la solución al secreto de los misterios se encuentra en los compuestos indólicos, ya sean derivados de los hongos o de plantas superiores o, tal como ocurre en México, de ambas.

La solución que ofrece Wasson es que el *kykeon* poseía propiedades enteogénicas y era el desencadenante de la indescriptible visión que cada año experimentaban miles de iniciados. De acuerdo con esta teoría, era el cornezuelo que se desarrollaba en la cebada utilizada para elaborar la poción el que le otorgaba sus cualidades visionarias. Hofmann sugiere que, mediante la realización de un extracto acuoso de cebada infestada por el hongo, los antiguos griegos podrían haber separado los alcaloides enteogénicos de naturaleza hidrosoluble (regina, ergonovina, etcétera) de los más tóxicos e insolubles en agua, del tipo de la ergotamina y la ergotoxina. Hofmann apunta que los sacerdotes de Eleusis podrían haber empleado el cornezuelo de la hierba silvestre *Paspalum*, que sólo produce alcaloides enteogénicos y carece de sus homólogos tóxicos de naturaleza péptida. Además, señala el hecho de que las propiedades psicotrópicas del cornezuelo se conocían ya en la Antigüedad, y que esos conocimientos se conservaron a lo largo de los siglos en el saber popular: *Tollkorn* («grano loco»), y *Seigle ivre* («centeno embriagante»).

En el mismo orden de sucesos insólitos encontramos la religión de Dioniso. Después de haberse descifrado la escritura lineal de la civilización palaciega pregriega, el escritor Kal Kerényi[33] nos da una respuesta acertada al misterio de Dioniso.

Actualmente existe un culto pseudocristiano muy interesante denominado Santo Daime, que surgió en el estado brasileño de Acre, en la Amazonia, a principios del siglo xx, cuyo fundador fue el maestro Raimundo Irineu Serra (São Vicente, 1892-1971). El culto reúne elementos cristianos, del catolicismo clásico y popular, de la tradición espírita europea, indígena y africana, en un trabajo espiritual en el que se ingiere una bebida hecha de los mismos elementos constituyentes de la ayahuasca, bebida sagrada de los incas

utilizada por éstos desde antes de la llegada de los españoles a América. Este culto emplea ritos a base de anteógenos para encontrar estados alterados de conciencia. Los rastafaris de Jamaica hacen algo muy parecido, intentando modificar también la conciencia tomando drogas alucinógenas. La doctrina Santo Daime cuenta con unos quince mil seguidores en todo el mundo, fundamentalmente en Brasil.

Las instituciones de tipo cristiano dicen que es un culto peligroso, sin llegar a la crueldad de la santería, pero que el cerebro de un adicto a drogas parecidas a la ayahuasca está metabólicamene apagado y dominado por el circuito del placer, con lo que en realidad existe, más que un culto, una adicción a las drogas.

Jesús, mago

Sobre el Jesús histórico podemos aportar explicaciones razonables. Creemos que existió un Jesús humano, con unos poderes mágicos superiores a cualquier otro mago que haya existido, pero que no es la figura de un mesías histórico, sino que ha sido narrado como un mito basado en leyendas paganas imperecederas. Las religiones actualmente son tratadas como fenómenos culturales, los libros sagrados están llenos de mitos, cuentos tomados de otras culturas, reconstrucciones inventadas.

Parte de la historia de Moisés es un cuento popular, y el resto, una loa al liderazgo; también es reconocido como mago o hechicero. El antropólogo sir James Frazer, en su conocida obra *La rama dorada*,[34] nos dice: «Todo mago egipcio creía que quien poseía el nombre verdadero poseía el ser mismo de aquel dios u hombre, y podía obligar incluso a una deidad a obedecerlo como el esclavo obedece a su amo. Por eso, el arte del mago consistía en obtener de los dioses la revelación de sus nombres sagrados, y no dejaba piedra sin remover para conseguirlo.»

Cuando a Moisés se le aparece el Señor, al pie de la montaña de Dios, en medio de una zarza ardiendo, sin consumirse, Yahvé le dice a Moisés que debe regresar a Egipto para sacar a su pueblo de la esclavitud. Antes de aceptar, el profeta «pregunta el nombre» del ser extraño y poderoso que le ha hablado.

El cardenal John Henry Newman, gigante intelectual del siglo XIX, fundador de los Centros Newman que honran todas las escuelas universitarias y campus de América, convertido al catolicismo después de una experiencia mística sobrenatural (con posterioridad se ha demostrado que padeció una enfermedad enteógena[35] que le produjo una teofanía),[36] dijo: «Pero aun así las experiencias intrínsecas proceden de Dios en la forma de la Providencia.»

Paul Tillich, en una conferencia para la Harvard Hillel Society, dijo: «El interrogante es: ¿es posible recobrar la dimensión perdida, el encuentro con lo sagrado, la dimensión que se abre camino entre el mundo de la subjetividad y de la objetividad y que llega hasta aquello que no es el mundo, sino el misterio de la Causa de la Existencia?»

Los textos judíos contemporáneos a los evangelios no son diáfanos al identificar a Jesús. El libro IV de Esdras nos describe a un ser humano misterioso, una figura de la especie humana que sale del fondo del mar. En el capítulo 7 del libro de Daniel se describe una figura nebulosa y confusa, un ayudante de los dioses que está al lado del gran Dios. El Apocalipsis de Baruc, en los capítulos 29 y 30, habla de un guerrero poderoso que persigue sin piedad y no perdona a los malvados, y el libro de las Parábolas de Henoc (capítulos 37-71 del actual libro I de Henoc) equipara a Jesús con el profeta Henoc, un ser divino sentado a la derecha de Dios Padre y con grandes poderes para llevar el reino del Padre a la Tierra.

El hecho de que hayamos empleado el término «mago» para calificar a Jesús y no el de «taumaturgo», «milagroso», «sobrenatural», «prodigioso» o cualquier otro no ha sido con intención peyorativa, equiparándolo al incierto mundo mágico, sino más bien para presentar a la persona con poderes numínicos, poderes directos a través de milagros personales, y no indirectamente a través de un rito colectivo. La diferencia es que en el primer caso la magia hace presentes los poderes trascendentales de manera concreta, física, sensible y tangible y, por el contrario, el rito colectivo los hace presentes de forma figurada, abstracta, ceremonial, litúrgica y simbólica. El engaño, el fraude, la trampa, la sugestión son posibles en ambos casos, pero en el primero debe intervenir un cierto poder mágico, una entrega de ciertas pócimas milagrosas, un monopolio de los poderes divinos o un control de éstos.

Del más que probable medio millón de especies de la flora terrestre, sólo alrededor de mil han sido empleadas por sus propiedades alucinógenas. Con toda seguridad, existen muchas más no conocidas, pocas áreas de la Tierra carecen de algún tipo de planta con contenidos enteógenos o psicoactivos.

Palestina actualmente y en los tiempos de Jesús —concretamente en las regiones de Galilea, Judea, Idumea y Perea— es rica en plantas psicoactivas. Las más abundantes son la *Amanita muscaria*, la datura, la *Cannabis sativa* y la *Ephedra gerardiana*, entre otras.

En 1968, estudios interdisciplinarios mostraron con pruebas contundentes que el narcótico sagrado de los antiguos hindúes era un hongo, la *Amanita muscaria*,[37] el más antiguo de los alucinógenos y el más utilizado. En uso ceremonial se comía en estado sólido; se humedecía primero en la boca con algo de vino, o bien, una mujer no dejaba de ensalivarlo hasta formar una bolita húmeda,[38] como una píldora, que luego el hombre se comía, y posteriormente bebía vino. ¿Quizá la presencia de María de Magdala en la Última Cena responde a este cometido?

El ritual de la Última Cena mantiene todo el hermetismo absurdo imaginable, salvo que sea contemplado como una reunión evolutiva, donde los asistentes intenten acceder a un estado modificado de conciencia, a un estado molecular superior, producido por la ingestión de algún anteógeno.

Se produce una interconexión real entre las moléculas de cada uno de los asistentes y a la vez con el pan ácimo. Una comunión molecular a través de un fluido común, el hidrógeno y oxígeno componentes del agua de nuestro cuerpo,[39] siendo el transmisor o conductor común el aire, compuesto en su mayoría por los mismos gases que el agua de nuestro cuerpo, sólo entonces tiene explicación la frase «Tomad y comed, éste es mi cuerpo». Jesús estaba conectado no sólo con el pan ácimo, con el que formaba un todo molecular, sino con todos los asistentes a la cena. Este estado modificado de conciencia había sido causado, como se ha dicho, por la ingestión de anteógenos.

Carl Sagan ha dicho: «Las afirmaciones extremas exigen pruebas extremas.» Para ello recurrimos a la labor del equipo de Jacques Benveniste, que, trabajando paralelamente en Israel, Canadá e Italia, llegó a los siguientes resultados: «Sugerimos [...] que la información específica tiene que haber sido transmitida durante el proceso de dilución/agitación. El agua puede actuar como una "plantilla" de la molécula [de anti-IgE (anticuerpos)], por ejemplo, por medio de una infinita red de puentes de hidrógeno o de campos eléctricos o magnéticos.»[40]

La interconexión a través del aire entre el pan ácimo que comieron, posiblemente mezclado con el anteógeno del cornezuelo, y los cuerpos de cada uno de ellos formaba un solo cuerpo común, una conexión en otra dimensión.

Esta teoría es compartida por John M. Allegro.[41] En cambio, Giorgio Samorini[42] dice: «Rechazo la hipótesis de Allegro; es muy interesante pero no tiene fundamento.» No obstante los trabajos actuales de Samorini van en la dirección de la conexión entre hongos y cristianismo, que más adelante volveremos a tratar.

No es de extrañar, por otra parte, que Jesús y sus discípulos cantaran al final de la cena, posiblemente el *hallel*, un cántico sagrado, y que bailaran un tipo de danza que contemplaba determinadas posturas sagradas. El texto griego del *Acta Johannis* contiene el poema de un himno muy curioso que habría cantado Jesús en la Cena, y según el cual parece que los apóstoles habrían sido invitados a una danza. Se mencionan en el mismo esas singulares palabras de Cristo: «La Gracia danza [...] Quiere tocar la flauta, danzad todos [...] El Número duodécimo danza allá arriba [...] Quien no danza no sabe lo que sucederá [...] Ea, uníos a mi danza [...] Tú, que danzas, observa lo que yo hago [...].» El *Acta Johannis* termina así: «Pues, mis bien amados, tras esta danza con nosotros, el Señor se alejará.»

A raíz de este texto, la Iglesia no tuvo ninguna dificultad en cristianizar las danzas sagradas de la Antigüedad. Hasta la Edad Media, los capellanes danzaron en sus claustros e iglesias. En Auxerre, los canónicos del capítulo se entregaban al «juego de la pelota» en la nave de San Esteban. El canónigo recién recibido presentaba una pelota al decano, quien la arrojaba a la asamblea, donde pasaba de mano en mano. Entretanto, el canónigo danzaba cantando un

salmo, rito que recuerda singularmente a los juegos iniciáticos de los incas, donde los movimientos de la pelota representan los de los astros.

En Chartres, en vísperas de Pascua, se celebraban «danzas eclesiásticas», una especie de rondas que dirigía el obispo. En Sens, los sacerdotes ejecutaban la «carola» tomados de la mano de dos en dos y dando vueltas en torno al claustro. En Besançon, canónigos y capellanes danzaron hasta el siglo XVIII la *bergerette*, en el curso de cada misa solemne, cantando *Fidelium sonet vox sobria.*

Anteriormente los bailables se habían celebrado en el coro de las iglesias, y sus corifeos eran los sacerdotes (la palabra «coro» proviene de ahí), que representaban ora el movimiento de los planetas en torno al Sol, ora el de las constelaciones.

Algunos misioneros aseguran que en el África negra, entre los indios de la Amazonia en Oceanía y en Camboya o la India existen coreografías litúrgicas que ayudan a los hombres a realizarse sometiéndose a las leyes cósmicas.

Efectos de los anteógenos en la psique

El pan ácimo está compuesto por la harina de un cereal, como cebada, maíz o trigo y agua, sin levadura. Su origen proviene de la huida del pueblo judío en la travesía del desierto, con Moisés como conductor, donde la historia nos narra hechos mágicos extraordinarios, conexiones espirituales superiores. La voz interior, el eco que lo guía (*bat gol*, «hija de la voz»), se oye mentalmente, aunque parece que viene directamente del cielo y sólo es oída por su destinatario. El cornezuelo del centeno[43] o de cualquier otro cereal es un hongo parásito que produce la dietilamina del ácido lisérgico, LSD,[44] el anteógeno más potente que se conoce. Al tomarlo se produce un estado modificado de conciencia en el que se tiene alcance a estadios superiores de la mente, donde nuestra realidad desaparece y entramos en otro mundo paralelo. Los cambios psíquicos y los estados sublimes de conciencia provocados por los alucinógenos se encuentran tan alejados de la vida ordinaria que resulta casi imposible describirlos en el lenguaje corriente.

T. H. Huxley dijo: «Vivimos con la esperanza y la fe de que

con el avance de la física molecular estaremos más temprano que tarde en condiciones de ver nuestro camino con tanta nitidez, desde los constituyentes del agua hasta sus propiedades, como ahora somos capaces de deducir el funcionamiento de un reloj a partir de sus partes y de la manera en que están dispuestas.»[45]

La Iglesia nativa americana y la tradición mexicana de dos mil años de antigüedad de utilizar setas sagradas (peyote) llaman a este anteógeno «carne de Dios», un sorprendente paralelismo con el «cuerpo de Cristo» de la eucaristía cristiana. Según James S. Slotkin,[46] los indios que toman peyote tienen visiones que pueden ser del propio Cristo. Unas veces oyen la voz del Gran Espíritu, otras son conscientes de la presencia de Dios y de debilidades personales que han de corregir si quieren cumplir su voluntad.

Los escribas y fariseos pedían a Jesús señales de su poder, ya que lo consideraban como un mago. Jesús les dijo: «De cierto, de cierto os digo: No os dio Moisés el pan del cielo, mas mi Padre os da el verdadero pan del cielo, porque el pan de Dios es aquel que descendió del cielo y da vida al mundo.»

Los efectos de la amanita y otros enteógenos van desde la transformación de los sentidos, metanoia, cambio de dimensión de los objetos cercanos, alucinaciones, conversaciones con personas no existentes que supuestamente se ven, hasta la percepción de una gran luminosidad, un resplandor y levitación en objetos y personas circundantes. Durante la transfiguración de Jesucristo sobre el monte Tabor ocurrieron una serie de hechos maravillosos, que posiblemente convergen con la toma de la amanita por parte de Pedro, Santiago y Juan, que fueron testigos del evento. «El semblante de Jesús resplandeció como el Sol, y sus vestiduras son blancas como la luz. Y he aquí que aparecieron ante ellos Moisés y Elías, los cuales estaban junto a Él. Mientras Pedro continuaba hablando, una nube resplandeciente los envolvió totalmente» (Mateo 17, 1-6).

La explicación química es que la toma de enteógenos revuelve las sinapsis en las conexiones nerviosas del cerebro y crea asociaciones irregulares entre los centros de la visión, la alerta, la euforia, la excitación y la percepción.

El culto a Mitra estaba centrado en dos dioses de la Antigüedad, situados en Persia e India. Posteriormente se convirtió en so-

ciedad secreta romana (62 d. J.C.) exclusivamente masculina (contempla también el dios solar Mitra coronado con un gorro frigio masónico) y mantiene en sus relatos un gran paralelismo con el Jesús de Nazaret.

La santa comunión de los misterios de Mitra se basaba en ritos más antiguos en los que se usaba un tipo de pan consagrado mezclado con el jugo de una planta llamada «haoma», equiparada (aunque con efectos menores) según los últimos estudios a la *Ephedra gerardina*.[47] Posiblemente los orígenes de la haoma se encuentran en la doctrina de Zoroastro. En Occidente se cambió el jugo de la haoma por el vino. Encontramos también a Mitra en un dios védico en la India.

El mito de Osiris-Dioniso y el de Jesús tienen semejanza en más de treinta coincidencias en las cuestiones fundamentales de ambas mitologías: desde el nacimiento común de una virgen mortal el mismo día, profetizado por una estrella, pasando por que ambos son adorados por los magos, llevan a cabo milagros idénticos, tienen doce discípulos, una muerte parecida, seguida de resurrección y, por último, Jesús ofrece a sus seguidores la oportunidad de volver a nacer si participan en su comunión, igual que Osiris-Dioniso. Beber vino en los ritos de Dioniso es comulgar con el dios y tomar su poder y su presencia física en tu cuerpo, según estudios coincidentes de Lane Fox y Lietzmann.

Terence Mckenna relata en su libro *Alucinaciones reales*[48] la experiencia al tomar seis hongos de *Stropharia cubensis*, saturados del enteógeno psilocibina, en la cuenca amazónica de la Chorrera en los Andes. Entre otros efectos, los tres presentes tuvieron la misma visión: «Extrañas luces como de fuego en el prado, entre niebla y viento, seguidas de grandes ruidos y gritos que parecían provenir de alguno de nosotros. Avanzamos unos treinta metros hacia la luz, en una serie de cortos avances; a veces la luz parecía levitar unos ocho metros sobre el suelo y, al acercarnos, se alejaba dando saltos y descendiendo de nuevo, pero siempre permanecía delante de nosotros.»

Es sorprendente el paralelismo con lo narrado en los Hechos de los Apóstoles II, 2 y 3: «El día de Pentecostés estaban todos los apóstoles reunidos. De repente un ruido del cielo, como de viento impetuoso, llenó toda la estancia. Se les aparecieron como lenguas de fuego que se repartían y se posaban sobre cada uno de ellos.

Todos quedaron llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en lenguas extrañas.»

Respecto a las manifestaciones llamadas «milagrosas», preferimos decir que son hechos extraordinarios o portentosos. Debemos reducir las aportaciones mágicas, y quizá pensar en la existencia de un dominio de ciertas leyes físicas. Entendemos que existen dos vertientes, la del que produce el hecho y la del que lo contempla. El que contempla el hecho portentoso no siempre es imparcial, negándolo o afirmándolo, dependiendo de su estado psíquico o de su nivel de sofronización.[49]

Apolonio de Tiana

Personaje misterioso y contemporáneo de Jesús, Apolonio de Tiana es conocido por los innumerables hechos extraordinarios que llevó a cabo. Voltaire lo situaba en cuanto a importancia histórica por encima de Jesucristo.

Existe una muy buena biografía de Apolonio,[50] este personaje sobrehumano que nació en el año 17 d. J.C. En el 66 fue expulsado de Roma, viajó a las Indias y luego regresó a Grecia. Desarrolló entonces unos poderes supranormales, como ver a distancia el asesinato del emperador Domiciano. Desapareció sin dejar rastro, no se sabe nada de su muerte, que debió de ocurrir cuando tenía alrededor de cien años.

Hay palabras en sus relatos que sobrecogen: «He visto hombres que viven en la Tierra y, sin embargo, no son de la Tierra, defendidos por todas partes y no obstante sin defensa alguna y, con todo, no poseyendo nada más que lo que poseemos todos.» Habría visto una ciudad llamada Tarchas, nunca encontrada, que pertenecía a un sistema solar, construido por seres superiores a los hombres y que se desplazaba sin ninguna clase de soporte bajo la cúpula, construida de zafiro, de un templo. Habría visto también cuatro «ruedas vivientes», dispositivos procedentes de otros lugares y que transportaban mensajes de los dioses. Estos dioses habrían sido seres no humanos, superinteligentes, que se habrían retirado de la Tierra después de haber puesto en marcha la civilización humana. En resumen, extraterrestres. Estos relatos parecen ciencia ficción, pero recordemos que la ciencia ficción es la heredera natural del

folclore. A su regreso a Grecia, Apolonio se interesa particularmente por las reliquias de las civilizaciones avanzadas que se encontraban aún en su época.

Visitó también Creta y luego Sicilia. Después desapareció en Egipto. Llevó a cabo innumerables actos milagrosos, levitó, poseía la clarividencia y la visión del futuro, curó enfermos y locos, y se le atribuye el poder de obtener el fuego a través del éter, algo parecido al fuego secreto de los alquimistas.[51] Estando en trance en Alejandría, describió el incendio de un templo en Roma, lo que fue confirmado al llegar las noticias. Además, podía hacerse invisible. Para él, todos estos prodigios eran normales. Contestaba a todas las preguntas que se le hacían, y manifestó que algún día todo eso sería normal para la humanidad.

Físicamente es descrito más como un indio que como un griego. No hay constancia de si poseía fortuna ni de qué medio económico utilizaba para sostenerse. Escribió bastante correspondencia, la mayoría en clave, y han quedado noventa y cinco cartas que son citadas en sus biografías. Recogemos aquí un párrafo de la carta 17: «Los persas llaman a aquellos que poseen la facultad divina "los magos". Un mago, por consiguiente, es un representante de los dioses, o que posee en sí mismo la facultad divina.»

Al parecer, también escribió libros, pero de ellos sólo se conservan fragmentos. Podemos citar *El libro de los sacrificios*, que recomendaba no ofrecer ningún sacrificio a los dioses, pues el uso de la razón era el único digno de ellos, o *El libro de la adivinación*, en cuatro volúmenes, basado en sus enseñanzas en la India. Se habla también de una vida de Pitágoras, un «testamento filosófico» (concepto empleado en las iniciaciones por la masonería escocista) y un tratado sobre la memoria.

Además de la biografía de Apolonio de George Robert Stow, existe otra de Flavio Filóstrato (175-245 d. J.C.). Al parecer, además, hay constancia de que un discípulo de Apolonio llamado Damis tomó notas en una libreta de datos del maestro; sin embargo, no se sabe de su paradero.

Apolonio de Tiana hace siempre mención a sus maestros, sin decir nunca quiénes eran: «Me acuerdo a menudo de mis maestros, y viajo a través del mundo enseñando lo que aprendí.»

Son asimismo conocidos los hechos extraordinarios que sucedían en gran número en el santuario de Asclepíades en Epidauro. También Apuleyo hacía milagros como el mismo Jesús, al igual que el emperador Vespasiano. La historia contempla una lista interminable de obradores de prodigios.

En el caso de Jesús, algunos de los hechos posiblemente tienen explicación por la aplicación por parte del maestro de algún tipo de energía, que algunos denominan «crística», y otros, «ondas alfa», en la que actúa como mediador entre el reino espiritual (recordemos su frase: «Mi reino no es de este mundo»), un espacio situado en un mundo paralelo, y nuestro mundo físico. Parece como si el Mesías estuviera en determinados momentos «sintonizado» con ese otro universo paralelo, posiblemente por el uso de ciertas técnicas y la ingestión a la vez de algunas sustancias enteógenas.

El emperador romano Juliano el Apóstata (361-363 d. J.C.) es el primero que habla de los milagros de Jesús. Era enemigo del cristianismo y, por tanto, lo que escribe debe de corresponderse con la realidad: «Hace unos trescientos años que se viene celebrando a Jesús, aunque no hizo nada que fuese digno de la fama, a menos que alguien pueda considerar que es una gran obra sanar a los cojos y a los ciegos y ejercitar actos demoníacos en los pueblos de Betsaida y Betania.» Ante estas afirmaciones parece que era corriente aceptar que Jesús realizaba milagros. En Marcos 8, 22, se dice que Jesús curó a un hombre ciego desde su nacimiento en Betsaida, y Juan 12, 1, cuenta que Jesús resucitó a Lázaro, que estaba muerto, en Betania.

El Talmud, que contiene los escritos rabínicos de los judíos, también se hace eco del poder de Jesús para sanar. Un escrito que data del año 120 d. J.C. hace mención al caso del rabino Eleazar Ben Dama, a quien mordió una serpiente. Jacob de Kefar Sama llegó con el propósito de sanarlo en el nombre de Jesús, pero el rabino Ismael no se lo permitió, y dijo: «¡Ben Dama, no debes hacerlo!» Ben Dama le contestó: «Te traeré pruebas de que puede sanarme», pero murió antes de poder mostrar dichas pruebas (Tosefta, Hullin 2.22-23).

Todos los rabinos del siglo I aceptaban que Jesús realizaba milagros, pero lo relacionaban con la magia y la brujería. Al respecto

podemos citar un escrito del sanedrín babilonio de los años 95 y 119 d. J.C. que dice: «Durante el tiempo de la Pascua ejecutaron a Jesús. Se hizo un anuncio durante cuarenta días antes de este dicho: "Jesus será apedreado por haber practicado la brujería, por haber engañado y haber descarriado a Israel. Que todo el que sepa lo contrario acuda y hable en su defensa", pero no hallaron nada en su defensa y lo crucificaron.» La Biblia, en Lucas 11, 14-20, también hace mención a prácticas diabólicas.

Pío de Pietrelcina

Creemos en todo lo que puede satisfacer nuestras necesidades, tanto físicas como espirituales, por fantástico que parezca. El mandato de supervivencia está grabado en nosotros de forma indeleble, y anula cualquier otro mensaje menor. Muchas veces la razón queda relegada a un segundo término, interviniendo en determinadas circunstancias una necesidad de creer en lo que el inventario de la razón niega.

Corría el año 1893 cuando Alfred Nobel, creador de los premios suecos que llevan su nombre e inventor entre otras cosas de la dinamita, empezó a no encontrase bien físicamente. Llegó a él la noticia o el rumor de que con transfusiones de sangre de jirafa se podían curar la mayoría de los males y se obtenía un rejuvenecimiento milagroso. Nobel mandó construir entonces un grandioso edificio de fisiología en el Instituto Imperial Ruso de Medicina Experimental, en las afueras de San Petersburgo, con un coste de diez mil rublos de la época. En él trabajaban más de cien científicos en plantilla, amén del personal subalterno. Pero el inventor murió tres años más tarde sin que el instituto hubiera comprado una sola jirafa, aunque, no obstante, el centro funcionaba a la perfección.

¿Cómo es posible que una mente como la de Nobel pudiera ser convencida de tamaña barbaridad? El mandato de supervivencia le hizo creer en lo irracional del tratamiento. Debemos decir que el instituto lo dirigía un joven ambicioso y con mucha confianza en sí mismo llamado Ivan Petrovich Pavlov, padre del llamado «reflejo de Pavlov».[52]

La necesidad de satisfacer nuestras creencias espirituales nos

hace percibir lo irreal. La mente nos sofroniza y nos hace ver y sentir aquello que deseamos.

Se ha comprobado en múltiples ocasiones que, cuando se produce algún fenómeno sobrenatural, se empieza a oler un perfume misterioso, como si entráramos en otro plano paralelo y, al abrirse algún tipo de puerta, penetrara el olor del otro lado.

Maria Winowska, conocida publicista, comentaba que, aunque ella tenía un olfato finísimo, nunca había olido el perfume proveniente del padre Pío, el famoso capuchino italiano. Un conocido religioso que la escuchaba le dijo: «¿Qué quiere? Es posible que allá arriba, en el cielo, tengan muy buen sentido de la economía y no les guste derrochar carismas. El perfume del padre Pío debe de ser un poco caro y no les gusta a los de arriba esparcir inútilmente tales esencias cuando no hace falta.»

El carisma de los perfumes es el más frecuente que tuvo el padre Pío. Este perfume característico comenzó a notarse cuando le aparecieron las llagas. El doctor Festa, que ha manifestado que estaba privado del sentido del olfato, cuenta lo siguiente: «En la primera visita que hice al padre Pío sustraje de la llaga de su costado una pequeña venda o lienzo, teñido totalmente de sangre, y lo llevé conmigo con la intención de examinarlo al microscopio. Al principio no advertí ninguna emanación especial, pero al volver a San Giovanni, en Roma, iba acompañado en mi automóvil por un distinguido oficial del ejército y por otras personas. Ignoraban totalmente que yo llevase ningún pañuelo o cosa alguna referente al padre Pío; la ventilación del vehículo era intensísima debido a la velocidad que llevábamos, y, a pesar de todo, sintieron todos vivamente una fragancia característica que me aseguraban correspondía exactamente al perfume que alguno de ellos había olido como proveniente del padre Pío.» Al parecer el perfume duró cerca de dos meses.

El padre Rosario da Aliminusa, superior del padre Pío, escribe: «Yo he sentido todos los días, durante tres meses consecutivos, el perfume característico del padre Pío a la hora de las vísperas. Al salir de mi celda, que estaba contigua a la de él, sentí emanar de ésa un olor agradable y fuerte cuyas características no sabría describir.» Otro superior del padre Pío, el padre Rafael de Sant'Elia a Pianisi, religioso que permaneció muchos años con el padre Pío, declaró lo

siguiente: «Durante el rezo del oficio divino en el coro, se notaba a veces un perfume muy particular que emanaba de las llagas de sus manos; este perfume lo he advertido más de una vez, cuando me veía precisado a ir a su celda para hablarle de enfermos o de cualquier otro asunto.»

Pío de Pietrelcina (1887-1968), padre capuchino italiano, vivió casi toda su vida en el convento de San Giovanni Rotondo (Foggia), donde está enterrado, en una región conocida como el Tíbet del Mediterráneo.[53] Es considerado un místico, son conocidos los casos de bilocación[54] que protagonizó desde los dieciocho años, así como su misteriosa enfermedad y los estigmas que padeció y que lo acompañaron durante cincuenta años. Según él, en la mañana del 20 de septiembre de 1918, cuando estaba orando, entró en un estado de semiinconsciencia (apenas comía y dormía muy pocas horas), y entonces se le apareció un misterioso personaje que le traspasó las manos, los pies y el costado. Su carisma como confesor, su apostolado y su caridad —fue fundador de una gran obra que actualmente cuenta con un gran número de seguidores— hacen que sea considerado como un profeta del siglo pasado. Beatificado en 1999 y canonizado en 2002, su figura es cuestionada al ponerse en duda la naturaleza sobrenatural de sus famosos estigmas en las manos, los pies, el costado y a la altura del corazón. El historiador italiano Sergio Luzzatto, profesor de historia moderna de la Universidad de Turín, asegura[55] que el religioso falsificaba sus estigmas con ácido fénico, y que esta circunstancia era conocida por el Vaticano.

La exhumación reciente del cuerpo del padre Pío, para ser exhibido en el santuario de Santa Maria dell Grazie (Apulia, Italia),[56] ha provocado una gran sorpresa al hallarse el cuerpo incorrupto. Domenico d'Ambrosio, arzobispo de San Giovanni Rotondo, ha manifestado que el cuerpo está como si le hubieran hecho la manicura; se veía claramente la barba, la parte superior del cráneo, las rodillas, el mentón perfecto y el resto del cuerpo bien conservado.

Otras manifestaciones sobrenaturales

En los siglos XIV y XV se dio en Italia una concurrencia de hechos espirituales, sin explicación racional: apariciones, levitaciones, clari-

videncias, estigmatizaciones, gritos, imágenes... La mayor parte de ellos tuvieron como protagonistas a mujeres: Margherita de Cortona (Laviano, Perugia, 1247-1297), la beata Umiltà da Faenza (Faenza, 1226-1310), santa Fina da San Gimignano (San Gimignano, 1238-1253), Angela da Foligno (Foligno, 1248/1249-1309), Maria Magdalena dei Pazzi (Florencia, 1566-1607), Colomba da Rieti (Rieti, 1467-1501), Chiara da Rimini (Rimini, 1256-1324/1329), Vanna da Orvieto (Carnaiola, 1264-1306)... La mayoría de ellas tuvieron una vida longeva, teniendo en cuenta que el promedio de la época no llegaba a los treinta años. También se puede decir lo mismo de santa Brígida de Suecia (1303-1373), cuyas visiones están recogidas en ocho tomos, y de santa Catalina de Siena (Florencia, 1347-1380), que fue consultada por papas y emperadores.

Quizá desconectar la mente del cuerpo hace que éste funcione instintivamente, sin interrupciones, creando sus propias defensas, sin la influencia del centro intelectual, que muchas veces perturba el buen funcionamiento de aquél. Por ejemplo, las experiencias místicas en el cuerpo de la mujer parecen producir cambios en las relaciones que existen entre los diferentes tejidos de los órganos. Es sabido que las locas profundas, las que han desconectado, las que han apretado el embrague, no morían de carcinoma.

Entraremos a continuación en un tramo difícil de centrar, confuso, indefinible, perteneciente a este mundo entre mágico y evolucionista, según se contemple.

Genéricamente podemos hablar del mundo de los «duendes», aunque quizá no sea éste el mejor calificativo, entre los fenómenos que se describen en las apariciones de esos seres, el olor muchas veces es una constante, algunas veces desagradable y otras suave como el perfume de violeta. Recordemos que en la ofrenda del rey de la India Gaspar a Jesús se percibió un «perfume de inmortalidad».

Los seres incorpóreos que aparecen en los relatos bíblicos, llamados en hebreo *malakim*, o sea, mensajeros, es decir, los ángeles, seres poderosos creados por Dios para cumplir sus órdenes y que pueden tomar cualquier forma de hombre o animal en su condición de seres espirituales, parecen no ser otra cosa que el espíritu del Mesías.

En el Génesis leemos acerca de los ángeles que se emparejan con «las hijas de los hombres». La aparición de una fuerza que hace de intermediaria es una constante en todos los fenómenos inexplicables por la mente racional. No podemos desechar que se trata de fenómenos repetitivos, empíricos, descritos ampliamente en multitud de experiencias: nos habla el Libro 1 de los Reyes 22: 19; el profeta Nehemias (salmo 33: 6) y el profeta Isaias (40:26 y 45: 12). El libro de Ben Sira nos habla de las criaturas de Dios (sir. 16: 26-28). El rollo encontrado en Qumrán, cueva n.º 11 nos habla de la decisión mental de Dios de crear los ángeles. Nos habla el Pastor de Hermes, el Génesis, el libro apócrifo *La cueva de los tesoros*, el libro de Enoch, el Tárgum hebreo, etcétera.

También el Corán nos habla de los genios *(djinn)* en múltiples lugares: «Han establecido, entre Él y los genios, una filiación, pero los genios saben que serán citados al Juicio Final» (sura XXXVII, 158); «Recuerda cuando te condujimos un grupo de genios para que escucharan el Corán» (sura XLVI, 28); «Se me ha inspirado que una bandada de genios han escuchado y han dicho: "Hemos oído una predicación maravillosa que conduce a la rectitud"» (sura LXXII, 1, 2).

En correspondencia con los genios, con los íncubos están los *djinn* árabes, los sátiros griegos, los *bhuts* hindúes, los *hotua poro* de Samoa y los *dusii* célticos.

En las extrañas y a veces inverosímiles manifestaciones sobrenaturales puede haber y hay en muchos casos una parte de superchería, de fabulaciones, de coincidencias fortuitas y de hechos naturales interpretados como fenómenos mágicos, pero esas causas de error no pueden negar a priori la existencia de hechos sobrenaturales no explicables.

Por su parte, Wole Soyinka (Nigeria, 1935), premio Nobel de Literatura en 1986, manifiesta que «cada individuo llega al mundo con su propio demiurgo, y esto me parece más humano que las religiones monoteístas. No soy adorador de nada, pero creo que el ser humano tiene algo más que la existencia material, y es esa intuición lo que hemos convertido en divinidades. Los dioses son metáforas de la existencia humana».

El principal dios de los babilonios, el dios Nergal, señor del

Inframundo, era representado como un mosquito. Encontraremos el porqué de la metáfora si nos situamos en los cañaverales contiguos a las ruinas de Babilonia, en el lugar donde Alejandro Magno, dueño del mundo entonces conocido, murió en el año 320 a. J.C., a los treinta y tres años de edad. En ese lugar se unen el Éufrates y el canal de Hillah, después de rodear con su curso la antigua ciudad.

Esto nos lleva a la historia del festín de Baltasar, el general babilonio del siglo VI a. J.C. que defendió la ciudad contra Ciro y los persas. Los soldados se burlaron cuando los hombres de Ciro empezaron a excavar una profunda zanja alrededor de la ciudad a fin de rendirles por el hambre. Eso pensaba la guarnición de Baltasar, al haber dentro de las murallas provisiones para subsistir treinta años. Ciro escogió la noche del festín, en que una mano misteriosa escribió en las paredes de la sala del banquete las palabras: «*Mene, mene tekel, upharsin*» («Los días de tu reinado han sido contados por Dios y ha señalado tu fin»), para encauzar las aguas del Éufrates por la zanja.

Los persas invadieron entonces la ciudad cruzando el lecho seco del río. Al ser desviado, el Éufrates redujo las inmediaciones de Babilonia a una extensión de terreno completamente anegada de agua. Allí se criaban por doquier los mosquitos propagadores del paludismo. Estos insectos produjeron la enfermedad y la muerte, y debilitaron a la población de modo que ésta era incapaz de conservar los sistemas de regadío y de cultivar la tierra. Y así se aceleró el colapso, por lo que podemos decir que fue el mosquito, y no los mogoles, el que destruyó Babilonia.

Mucho antes de que las hordas asiáticas se convirtieran en la pagana «escoba destructora» que barrió Babilonia en cumplimiento de la profecía de Isaías —«Y será Babilonia, joya de los reinos, adorno soberbio de los caldeos, como la catástrofe de Dios sobre Sodoma y Gomorra y no será habitada jamás» (I, 13-19)—, los mosquitos se habían convertido en los comandos del Señor de los Ejércitos.

El invencible Alejandro conquistó Babilonia y a través de Persia llegó hasta la India para adueñarse de civilizaciones más antiguas que la suya propia. Al frente de sus ejércitos volvió por tierra a Babilonia, allí enfermó y murió de paludismo por la picadura de un mosquito.

CAPÍTULO 2

El inventario de lo fantástico

A riesgo de parecer adocenado, diría que la imagen del mundo es la de un gran pastel de fresa que contiene pequeños trozos de frutas confitadas. En la gran masa de lo conocido, aparecen de repente trozos de lo desconocido, que no se pueden extraer fácilmente y que son totalmente diferentes de la estructura general que conocemos del universo.

> Érase una vez, hace mucho, mucho tiempo, en una lluviosa noche, en una ciudad lejana de Oriente, un hombre iba caminando por las oscuras calles llevando una lámpara encendida. Realmente era una ciudad muy oscura, y más en las noches sin luna como aquélla. De repente, el hombre se encontró con un amigo. El amigo lo miró y lo reconoció: cayó en la cuenta de que era Gueco, el más significado ciego local. Entonces, el amigo le dijo:
>
> —¿Qué estás haciendo, Gueco, tú que eres ciego, con una lámpara en la mano, si no ves?...
>
> —No llevo la lámpara para alumbrar mi camino —respondió el ciego—. Yo conozco la oscuridad de las calles de memoria y sé caminar sin tropezar. Llevo la luz para que otros encuentren su camino al verme a mí.

Parafraseando a Conan Doyle, diré: «Yo habré logrado mi objetivo en suma / si logro divertir filosofando / al niño que es sólo un hombre pequeño / y al hombre que es sólo un niño grande.»

Sir Arthur Conan Doyle (1859-1930) nació en Edimburgo, donde se doctoró en medicina. Fue maestro masón y escritor de

renombre mundial por ser el padre de Sherlock Holmes, personaje para el que tomó como referencia a su amigo el doctor Joseph Bell. Gustaba de contar su azarosa y aventurera vida y mencionar a los personajes más importantes de la época con los que había mantenido amistad: el presidente Roosevelt, lord Balfour, Herbert Asquith, lord Haldane, George Meredith, Rudyard Kipling, James Barrie, Henry Irving, Bernard Shaw, R. L. Stevenson, Grant Allen, James Payn, Henry Thomson, Harry Houdini, J. Rhine, los miembros de la realeza, etcétera.

Dedicó cerca de cuarenta años al estudio del ocultismo. Fue presidente del congreso internacional espiritista de París en 1925. Una vez al mes se reunía con Camille Flammarion[1] para contrastar experiencias. Durante los últimos años de su vida, pronunció conferencias por todo el mundo, ante más de trescientas mil personas, sobre la trascendencia del ocultismo evolutivo.

Convencido de la perpetuidad de la vida tras la muerte, Conan Doyle declara en sus memorias:[2]

> Yo he estrechado manos de espíritus materializadas.
>
> He mantenido largas conversaciones con la voz de los espíritus.
>
> He olido el peculiar olor a ozono del ectoplasma.[3]
>
> He escuchado profecías que se han cumplido en seguida.
>
> He visto a «muertos» reflejarse en una placa fotográfica que no había tocado ninguna mano más que la mía.
>
> He recibido de la mano de mi mujer cuadernos llenos de informaciones de las que ella no tenía conocimiento.
>
> He visto objetos pesados flotando en el aire sin que los tocara ninguna mano humana, y obedeciendo las directrices dadas por operadores invisibles.
>
> He visto espíritus pasearse por la habitación con bastante luz y unirse a la conversación de la cofradía.
>
> He visto a una mujer inculta poseída de repente por un espíritu artístico y pintar en un santiamén un cuadro que ahora cuelga en mi cuarto de estar y que pocos pintores vivos podrían mejorar.
>
> He leído libros que parecían de grandes pensadores y erudi-

tos que en realidad habían sido escritos por hombres iletrados que actuaban como unos médiums de la inteligencia invisible, muy superior a la suya.

He reconocido asimismo el estilo de un escritor muerto, que nadie podría haber plagiado, en un papel escrito de su propio puño y letra.

He oído cantos que ninguna voz terrenal habría podido reproducir y silbar durante mucho tiempo sin hacer una pausa para tomar aire.

He visto objetos que se hallaban a gran distancia proyectados en una habitación cuyas puertas y ventanas estaban cerradas.

Si un hombre pudiera ver, oír y sentir todo esto y, sin embargo, no convencerse de la presencia de fuerzas inteligentes e invisibles a su alrededor, tendría buenas razones para dudar de su sano juicio.

La figura del doctor Conan Doyle, por su gran prestigio científico, por su rigor y seriedad, por su reconocimiento ante todas las academias médicas mundiales, por su gran renombre y categoría literaria, nos lleva sin ninguna duda a tener en cuenta sus apreciaciones y opiniones, abriendo una duda en positivo en cuanto a las opiniones vertidas en sus conclusiones respecto al mundo espiritista.

Parapsicología, metapsíquica y psicoquinesis

El Institut Métapsychique International (IMI) tiene su sede en París. Después de pasar por varias ubicaciones, se halla en la actualidad en el número 51 de la calle l'Aqueduc. Posee un buen laboratorio, provisto de instrumentos para experimentos y aparatos inscriptores, una biblioteca especializada con más de seis mil volúmenes, una sala de lectura y una de conferencias.

El IMI publica la *Revue Métapsychique*, donde se habla de las actividades del instituto, así como de sucesos metapsíquicos y parapsicológicos ocurridos a nivel mundial. El instituto fue fundado en 1919 por una serie de personalidades científicas agrupadas en

torno al gran fisiólogo y premio Nobel Charles Richet y al parapsicólogo Joseph Banks Rhine.

Es de interés reseñar que del 8 de noviembre al 31 de diciembre de 1920 se desarrollaron en el IMI catorce sesiones de experimentación, con estrictas condiciones de control, con el médium polaco Franek Kluski (1874-1944). Según Kluski, un «fantasma» era capaz de introducir algunas partes de su cuerpo en cera líquida para, una vez solidificada ésta, dejar una forma en tres dimensiones de lo que presuntamente eran sus manos, sus pies y parte de su rostro. Tras una de las sesiones, las manos fueron reproducidas en escayola, y aún se conservan en el IMI como testimonio de una de sus más relevantes investigaciones sobre la mediumnidad.

Por decreto de 23 de abril de 1919, el instituto fue reconocido de utilidad pública. En la actualidad es presidido por el doctor Mario Varvoglis[4] desde hace más de diez años. En el instituto funcionan trece comisiones de trabajo que estudian los diferentes aspectos de la metapsíquica y la parapsicología, entendiendo ésta como la puesta en evidencia y el estudio experimental de las funciones psíquicas todavía no añadidas al sistema de la psicología científica, con vistas a su incorporación en dicho sistema, ampliado y completado entonces. De hecho, actualmente, la parapsicología corresponde grosso modo a la metapsíquica de Charles Richet, del que hablaremos más adelante, añadiendo la psicoquinesis. Los protocolos de experimentación están centrados fundamentalmente en la percepción extrasensorial (forma de adquirir información por medios diferentes de los sentidos conocidos; el término implica fuentes de información desconocidas por la ciencia), la telequinesis (capacidad de desplazar objetos sin que intervenga ningún medio físico conocido), los estados alterados de conciencia (estados de la mente capaces de producir contactos con entidades no humanas, viajes en el espacio y tiempo, levitaciones, estigmatizaciones, radiestesia), los fenómenos «psi» (fenómenos paranormales psi-gamma, fenómenos subjetivos y psi-kappa o fenómenos psicoquinésicos) y la hipnosis (sueño artificial provocado por ciertas maniobras. La sugestión y la autosugestión guardan relación con la hipnosis, pero sin que el sujeto tenga que estar necesariamente dormido).

El doctor Varvoglis manifiesta que «todos tenemos, en mayor

o menor medida, capacidades parapsicológicas, al igual que cualquier otra habilidad, como, por ejemplo, la de dibujar, la de componer música, etcétera. Hacemos tan poco uso de esas capacidades porque las tenemos en estado latente. Se pueden desarrollar mediante la meditación constante, la relajación, la hipnosis, los sueños y el *biofeedback*».

El doctor Peter Brugger, director del Departamento de Neuropsicología del Hospital Universitario de Zúrich, que investiga desde hace diez años la creencia en los fenómenos paranormales, ha manifestado que las personas con inclinación por lo extrasensorial producen frecuente desconcierto en los ensayos experimentales. No sólo descuellan en algún test de creatividad, sino que perciben su entorno de una forma peculiar.

Christine Mohr, ahora docente en psicología experimental y neuropsiquiatría en la Universidad de Bristol, diseñó hace unos años un experimento como base de su tesis doctoral en la Universidad de Zúrich donde abordaba las bases neurofisiológicas de la creencia en los fenómenos paranormales. El procedimiento que siguió en el experimento era el siguiente: a lo largo de un pasillo de dos metros de ancho, se traza una raya negra recta, equidistante de ambos flancos. La directora del experimento conduce a un voluntario a uno de los extremos del pasillo y le venda los ojos. Colocando cuidadosamente un pie delante del otro, el voluntario debe seguir la línea del suelo con toda la fidelidad que le sea posible. Todo desvío hacia la izquierda o hacia la derecha se protocoliza meticulosamente. Antes de que la persona vendada choque con una u otra pared, se la vuelve a colocar sobre la línea central y desde allí retoma su camino. Posteriormente el voluntario aporta opiniones en torno a la siguiente pregunta: «¿Qué opinión le merece a usted la parapsicología?» En este punto, las experiencias con los fenómenos «psi», como la telepatía o la clarividencia, se encuentran en el punto central, así como la fe en la psicoquinesis, la supuesta facultad de mover objetos con la única fuerza de la imaginación.

La doctora Mohr hizo que tres docenas de voluntarios realizaran su experimento de la raya en el ático de la Clínica Universitaria de Zúrich y le confesaran, además, su profesión de fe paranormal. Tras las pruebas, el resultado fue claro: cuanto más convencido

estaba alguien de la existencia de los fenómenos supranormales, tanto más tendía a irse hacia la izquierda en su recorrido. El «izquierdismo» era a veces tan leve que los voluntarios ni siquiera se percataban de ello. Pero, considerándolo aritméticamente, no había lugar a dudas: lo mismo en las primeras desviaciones de la línea que en la media del conjunto de ellas, las personas que creían en lo paranormal se desviaban en su recorrido por la cinta de veinte metros.

Las conclusiones que se sacaron del experimento fueron las siguientes: de la misma manera que cada una de las dos mitades cerebrales gobierna de forma casi exclusiva los movimientos de la mitad corporal contraria, la percepción sensorial completa del espacio exterior, a través de los ojos, los oídos o los órganos gustativos, se organiza predominantemente de manera cruzada. En consecuencia, quienes se sienten atraídos por el pensamiento mágico muestran una tendencia inequívoca a desviarse hacia la izquierda al intentar andar en línea recta con los ojos vendados.

Para tener una idea del alcance del estudio de estos fenómenos, a continuación haremos una relación de algunos de los más importantes metapsiquistas conocidos, como Alexandre Aksakof (1832-1903), nacido en San Petersburgo y consejero de Estado de Rusia, que llegó al convencimiento de que los fenómenos paranormales eran ciertos. Cada vez que le informaban acerca de un sujeto metapsíquico en cualquier rincón del mundo, acudía inmediatamente. Conoció y estudió a los grandes médiums de su época: Kate Cook, Home, William Eglinton, madame D'Espérance, Eusapia Palladino, etcétera. En 1890 publicó su obra magistral, conocida mundialmente: *Animismo y espiritismo.*

William Barrett (1844-1925), nacido en Jamaica, fue catedrático de física experimental del Royal Collage de Dublín. Sus primeras investigaciones metapsíquicas se refieren a la transmisión de pensamiento y algunos fenómenos espiritistas. Fundó la Society for Psychical Research de Londres, donde fueron muy relevantes sus trabajos sobre telepatía y poltergeist. No obstante, su estudio más importante fue consagrado en 1897 a la varita adivinatoria. Basándose en los hechos, Barrett demostró que la varita era únicamente un medio de revelar la clarividencia del sujeto, una aseveración que

sigue siendo válida en la actualidad. Una de las técnicas de la radiestesia para encontrar agua emplea la varita además del péndulo.

Henri Bergson (1859-1941), nacido en París, de padre judío polaco y madre de origen irlandés, vivió en Londres hasta los nueve años y volvió a París en 1868. Catedrático en el Collège de France y premio Nobel de Literatura 1927, realizó experimentos con Eusapia Pallatino. Fue nombrado presidente de la ilustre sociedad inglesa Psychical Research de Londres y publicó más de veinte libros sobre la energía espiritual.

El doctor Hippolyte Bernheim (1837-1919), profesor de la facultad de Estrasburgo, publicó una decena de libros y consagró la mayor parte de su actividad al estudio del hipnotismo y la sugestión.

Jean-Martin Charcot (1825-1893), doctor en medicina y profesor de anatomía, miembro de la Academia de Medicina y de la de Ciencias. Son famosos sus estudios sobre el hipnotismo.

William Crookes (1829-1919), uno de los más ilustres físicos ingleses. Con diecinueve años era ya ayudante del profesor Hofmann en el Royal College of Chemistry. A los veintidós era director del observatorio meteorológico de Oxford, y a los veintitrés, profesor de química en Chester. Por sus inventos fue admitido a temprana edad en la Royal Society. Sus experimentos con los célebres médiums Kate Fox y D. Dunglas Home son universalmente conocidos, y algunos de ellos siguen siendo fundamentales.

Mención aparte merece la figura de Charles Richet (1850-1935). «Alumno del Instituto Bonaparte, de segunda enseñanza —escribe el doctor Osty (*Revue Métapsychique*, núm. 1, 1936)—, Charles Richet encuentra tanto atractivo en la literatura como en las ciencias. Su mente se entrega totalmente a todo aquello que él se ocupa. Terminados sus amplios estudios secundarios, se interesa por la retórica, la filosofía, la psicología, pero al final se orienta hacia la medicina. Tras un solo año de externado en los hospitales, Charles Richet es aprobado como interno. A continuación siguen una serie de descubrimientos fisiológicos. El sabio va ascendiendo, es agregado en fisiología en la Facultad de Medicina en 1878; profesor de fisiología en 1887; miembro de la Academia de Medicina en 1898; premio Nobel de Fisiología en 1913; miembro de la Aca-

demia de Ciencias en 1914; jubileo científico ante una asamblea internacional de sabios en 1926.»

Dos grandes descubrimientos fisiológicos ilustran su nombre: la seroterapia[5] y la anafilaxia.[6] En metapsíquica, Richet se dedicó sobre todo a comprobar la realidad de los hechos e investigar las condiciones de su obtención. Las teorías no le interesaban, pues, según decía, con razón, «me parecen de una fragilidad pasmosa».

C. Richet no separaba la metapsíquica de la biología general. Fisiología y metapsíquica no fueron nunca, en su pensamiento, dos cosas completamente distintas. A ellas aportaba incluso un interés de investigador.

Estudió a la mayoría de los grandes médiums de los que tenía conocimiento. La obra de Richet es inmensa, además de numerosos artículos científicos, médicos, filosóficos y metapsíquicos, comprende once obras literarias (poesías, dramas, novelas), dos libros de historia, diez obras de sociología, seis de psicología y filosofía, siete de biología y más de diez en metapsíquica.

A continuación referiremos un lamentable episodio que nunca ha sido aclarado, ni sabido si hubo engaño o no, ocurrido en la Villa Carmen de Argel. Richet publicó lo que había visto en unas sesiones de materialización dadas por Marthe Béraud; esta señora hizo circular el rumor de que ella había falseado las apariciones.

Hemos localizado lo publicado[7] por el doctor Richet: «La cámara en que se hacían las experiencias está en un pequeño pabellón aislado, encima de una cuadra y debajo de un desván. La ventana estaba condenada y permanecía constantemente cerrada. La única puerta se cerraba con llave al principio de cada sesión. Es ésta la única pieza del pabellón. Antes de cada sesión, todo era minuciosamente inspeccionado por mí y por Delanne. En el fondo de la pieza, dos cortinas tendidas aislaban el resto de la cámara de una suerte de gabinete completamente oscuro, de forma triangular, cuya hipotenusa estaba representada por las cortinas, de 2,50 m aproximadamente.

»Los asistentes, enfrente de las cortinas, a 50 centímetros, y a veces se sentaban todavía más cerca. La luz era la producida por una lámpara roja, como las que se emplean para revelar fotografías. Dentro del gabinete había una silla, minuciosamente inspecciona-

da, por Marta, y otra para la negra Aischa. El fantasma de Bien-Boa[8] apareció varias veces, cinco o seis veces, y esto en condiciones absolutamente satisfactorias, en el sentido de que no podía suponerse que fuese Marta disfrazada con un casco y con un lienzo... En cuanto a la pretensión de que era un maniquí, la hipótesis es aún más absurda. Este fantasma iba, caminaba, se movía: distinguíanse sus ojos, que miraban lentamente a su alrededor; se veía que sus labios se agitaban cuando trataba de hablar. De tal manera tenía la aparición de vida que imaginé la siguiente experiencia: tomé un frasco lleno de agua de barita e intenté averiguar si respirando (pues se oía su respiración) el fantasma produciría, como los demás vivientes, ácido carbónico, de modo que enturbiase el agua de barita. Pues bien, la experiencia tuvo resultado: no perdí de vista el frasco desde el momento en que lo puse entre las manos de Bien-Boa, que en el ángulo izquierdo de la cortina parecía flotar en el aire, más alto y mayor de lo que habría podido serlo Marta, aun estando de pie. En cuanto a Aischa, estaba lejos en el otro ángulo del gabinete y se le distinguía claramente, inmóvil y dormida. Yo apreciaba muy bien la forma de Marta sentada en la butaca, pero no pude ver ni su cabeza ni su espalda derecha.

»Tuvo lugar entonces un incidente cómico, pues lo grotesco interviene a veces en las cosas serias. Cuando vimos después de haber insuflado el aire espirado a través del tubo con agua de barita que ésta se volvía lechosa (lo cual indica que había una iluminación bastante buena), exclamamos: "¡Bravo!" Entonces, Bien-Boa desapareció; luego, como un actor que ha representado bien su papel, reapareció tres veces, separando y juntando las cortinas y saludando a los asistentes. Durante la sesión tomamos varias fotografías.»

Otros estudios científicos de lo supranormal

El doctor Sergeyer estudió durante dos años a la sensible soviética Nelia Mijailova (1927-1990), alias Nina Kulagina, filmando la mayor parte de las experiencias, que también fueron grabadas por el KGB (algunas pueden verse en Internet).

Nelia tenía catorce años cuando en el sitio de Leningrado fue herida gravemente por un obús; a partir de ese momento aparecie-

ron sus facultades telequinésicas. Nelia decía en 1950: «Hace unos años no sabía aún que era capaz de mover un objeto a distancia. Fue un día en que estaba muy trastornada y encolerizada. Avanzaba hacia un aparador que tenía en mi apartamento cuando, de pronto, una garrafa que estaba en ese mueble se deslizó hasta el borde de la estantería, cayó y se hizo mil pedazos. Después de esto, empezaron a producirse en mi apartamento toda clase de cambios. En cierta forma, los objetos parecían ser atraídos hacia mí, como si se convirtieran en seres animados.»

Estas experiencias son más frecuentes en personas sensibles que sufren perturbaciones psicológicas y trastornos de ansiedad, como si un resorte oculto fuera accionado y pusiera en marcha un mecanismo en la mente que abriera unas facultades latentes que desconocemos y en consecuencia no sabemos usar.

Científicos rusos y checoslovacos (Vasiliev, Rejadak, Naumov, Zverev, Sergeyer) experimentaron con Nelia y comprobaron que podía mover a distancia y a voluntad objetos varios: trozos de pan, cigarrillos, cerillas, cartas. Bastaba que pasase su mano por encima de un montón de cerillas para que éstas se uniesen y se deslizasen a lo largo de la mesa. En una ocasión desplazó una ensaladera colocada entre dos platos sin que éstos se movieran. Podía mover un montón de cigarrillos colocados verticalmente bajo un cubo de plástico. Fue sometida a toda clase de pruebas, radiografías, aparatos sensibles, etcétera, y nunca se encontró ningún artilugio que pudiera producir los fenómenos. El doctor Sergeyer filmó cómo, en una ensaladera de cristal con agua salada en la que se dejó caer con precaución un huevo cascado, Nelia, colocada a un metro y ochenta centímetros de la ensaladera, separó la clara de la yema, tras unos esfuerzos y un agotamiento que se tradujeron en una perturbación de todos los trazados eléctricos cerebrales. Luego unió nuevamente la clara y la yema. Asimismo, podía mover la aguja de una brújula y conseguir que aparecieran letras y figuras en papel fotográfico.

Después de cualquier experimento, Nelia quedaba extenuada, su pulso era casi imperceptible, su rostro palidecía y se crispaba, su electroencefalograma revelaba arritmia. Sufría un aumento de glucemia, perturbaciones endocrinas y una pérdida de peso que en ocasiones llegaba a los dos kilos.

Sergeyer comprobó que los campos electrostáticos y magnéticos a una distancia de un metro aproximadamente de Nelia eran mucho más fuertes que en cualquier individuo. Comprobó que las regiones occipitales del cerebro de Nelia producían un voltaje cincuenta veces superior al que se puede detectar en las partes frontales, cuando generalmente es dos o tres veces mayor. Cada vez que los objetos colocados ante Mijailova empezaban a moverse, los poderosos campos magnéticos presentes en torno a su cuerpo mostraban una actividad ritmada. Estas vibraciones de los campos de fuerza que rodeaban su cuerpo actuaban como ondas magnéticas, obligando al objeto de que se tratara a comportarse como si estuviera magnetizado.

Los trabajos actuales sobre inteligencia visual del psicólogo Vilayanur S. Ramachandran y sus colaboradores, partiendo de las experiencias del tacto y del supuesto de que todo lo que se ve se construye en la mente, desde la sensación más nimia del color hasta la máxima expresión de la percepción de una escena, demuestran que somos un genio creativo que lo construimos todo. Pero no construimos sólo lo que tocamos, sino que también construimos lo que oímos, olemos, catamos y sentimos.

Matthew Botvinick y Jonathan Cohen publicaron en la revista *Nature*, en 1998, un artículo titulado «La mano de goma siente el tacto que ven los ojos», que demuestra, de manera sorprendente, que sabemos dónde estamos gracias a nuestra interacción dinámica con el entorno en múltiples modalidades sensoriales.

El experimento consistía en pedirle a una persona que se sentara frente a una mesa. A continuación colocaban la mano derecha del voluntario en su regazo, de modo que la mesa le impidiera verla. En el otro lado de la mesa había una mano de goma, del tipo que encontraríamos en una tienda de artículos de magia. La persona voluntaria observa mientras alguien golpea levemente la mano de goma y la acaricia con un delicado pincel. Golpecito, golpecito; caricia, caricia; golpecito, caricia; caricia, caricia, caricia, golpecito. Un investigador golpea la verdadera mano derecha que el voluntario ha colocado debajo de la mesa en absoluta sincronía con los golpes y caricias en la mano de goma. Entonces ocurre algo sorprendente. La persona voluntaria tiene la sensación precisa de que le están tocando la mano de goma: de que la sensación de que lo tocan, lo que en realidad está

ocurriendo en la propia mano, ocurre en la mano de goma que está al otro lado de la mesa. El artículo sugiere que sentimos el tacto de la mano de goma que ven los ojos. Si se pide al voluntario que señale con la mano izquierda, que también está debajo de la mesa, el lugar donde siente que lo tocan, éste apuntará, más o menos, en dirección a la mano de goma. Este fenómeno se denomina «captura visual».

En 1982, en Nueva York, un accidentado al que le habían amputado el brazo derecho, unos cuatro dedos por debajo del codo, seguía teniendo la sensación de tener la mano derecha, y sentía que podía moverla. Esto es frecuente en los pacientes con amputaciones. Algunas veces se siente un dolor tan real, tan persistente, que ha llevado a algunos al suicidio. Es un dolor fantasma pero real, y su tratamiento es difícil: ¿cómo se puede curar un dolor en una mano que no existe? El accidentado narraba que la mano fantasma era algo vívido y, a menudo, estaba a corta distancia, sentía que tenía la mano anexada directamente al muñón de su brazo, sin un antebrazo a continuación. El profesor Vilayanur, al tocar determinados puntos del muñón del amputado, hacía que éste sintiera que le tocaban también su mano fantasma. Pero lo más inverosímil es que descubrieron que, por encima del muñón, tenía marcados en la piel dos mapas sistemáticos de su mano fantasma. Dependiendo de en qué parte se le tocaba, sentía la presión en un dedo o en la palma de la mano. También sentía la sensación en los mapas de la mano del frío, el calor, la humedad, las vibraciones... Muchos pacientes de amputaciones tienen mapas de la parte amputada en la cara, o en otras partes del cuerpo.

Donald D. Hoffman, en su obra *Inteligencia visual*,[9] nos dice que la mayoría de nosotros creemos que el tacto nos ofrece un contacto directo con la realidad construida. Los ojos nos pueden engañar, y puede que construyamos lo que vemos, pero el tacto nos garantiza un fundamento más firme. El tacto es un proceso creativo tanto como la vista. Cuando pasamos la mano por un mármol, sintiendo su suavidad fría y dura, construimos lo que sentimos. Uno continúa creando todas las sensaciones aunque le hayan amputado un brazo.

Lo que no podemos explicar es lo que se ha comprobado por lo menos desde mediados del siglo XIX, y seguramente desde antes, es decir, que al tocar el muñón de un brazo amputado suele produ-

cir con frecuencia dos sensaciones: una normal, la que sentimos cuando tocamos piel, y una sensación referida, la de que se está tocando también la mano fantasma. Recomiendo al lector que haga la prueba en caso de tener oportunidad (es sabido el recelo por parte de los amputados a que se les toque el muñón).

La explicación del doctor Richet acerca de la visión del fantasma del sacerdote Bien-Boa (aun teniendo en cuenta la posibilidad de falsificación, con referencia a las extrañas fotos tomadas) se basa en la existencia en la corteza somatosensitiva de una porción del cerebro dedicada primariamente al procesamiento de las sensaciones recibidas por alguno de los sentidos. En este caso el doctor Richet cree ver la imagen de Bien-Boa y su cerebro la da como real. No cabe duda de que se puede construir en el cerebro algo que se cree ver, aun no existiendo.

La gran tensión del doctor Richet en el episodio de Villa Carmen, y la ansiosa espera por el convencimiento de la aparición de un fantasma, hace que sus ojos procesen la creación de imágenes que son luego enviadas al cerebro. Bien creando el fantasma, o bien en caso de falsificación, el burdo truco no es procesado como tal y remitido como real al cerebro.

El síndrome de Charles Bonnet explica que una disfunción en la inteligencia, bien por lesión, enfermedad o presión emocional, hace que se vean objetos y situaciones que no existen, y que la inteligencia visual cree objetos visibles.

Como prosélitos del metapsiquismo podemos citar también al doctor Jan Ehrenwald, Camille Flammarion, Théodore Flournoy, Guillaume de Fontenay, Gustave Geley, James Harvey Hyslop, William James, Carl Gustav Jung, Oliver Lodge, Cesare Lombroso, Joseph Maxwell, Franz Mesmer, Harry Price, J. B. Rhine, Rudolf Steiner y René Warcollier. La lista de nombres ilustres en el mundo de la ciencia que estuvieron interesados y comprometidos con lo supranormal es interminable.

Caminando sobre el fuego

En una apacible tarde de la primavera de 1935, la verde explanada situada delante de la abadía cisterciense de Waverley, en Surrey (In-

glaterra), se vio tan concurrida de científicos que parecía la entrega del Premio Nobel. Físicos y psicólogos de varias universidades, sobre todo de Oxford, habían sido invitados por la English Society for Psychical Research a unas sesiones con dos de los más importantes faquires hindúes, quienes debían efectuar una serie de pruebas caminando sobre fuego.

Se había extendido una alfombra de carbón al rojo vivo, la temperatura externa era de entre cuatrocientos y quinientos grados centígrados, y la temperatura interna alcanzaba los mil cuatrocientos.

Los faquires caminaron por el fuego uno detrás de otro varias veces, sin productos químicos y sin ningún tipo de preparación. No les pasó absolutamente nada. El silencio y la admiración entre la numerosa concurrencia sobrecogían.

Uno de ellos quiso entonces llevar la sesión más allá, y convenció a uno de los incrédulos psicólogos de que él también podía caminar sobre las brasas sin sufrir daño alguno si simplemente lo cogía de la mano al hacerlo. El psicólogo se quitó valientemente los zapatos y caminó sin sufrir daños por el fuego de la mano del faquir.

Este fenómeno no tiene explicación científica, aunque hay una verdad indudable: el fuego quema. La única explicación racional es que la mente de los faquires actúe sobre la materia. El fuego o el calor es una forma de energía cuyo efecto es producido por la vibración acelerada de las moléculas. No es prematuro suponer que la conciencia del faquir intervenga de alguna forma en ralentizar el roce de unas moléculas con otras, deteniendo así el proceso normal de combustión. La energía de los faquires genera un campo biogravitatorio que puede interactuar y alterar el campo gravitatorio que rige la materia. Podría relacionarse con la teoría, o más bien con la sugerencia, de Jack Sarfatti[10] de que el comportamiento aleatorio de las partículas en el movimiento browniano puede estar conectado con la actividad volitiva del experimentador.

Si bien en el apartado de los llamados «actos extraordinarios milagrosos» entraremos en las explicaciones religiosas a estos fenómenos, no debemos pasar por alto situaciones concretas como las exhibiciones de los pentecostales,[11] quienes realizan sus manifestaciones en estado de trance. A pesar de que hace mucho tiempo que

ejecutan las prácticas, no fue hasta 1959 cuando se llevó a cabo la primera investigación científica.

El encargado de llevarla a cabo fue el doctor Berthold Schwarz, un psiquiatra de Nueva Jersey. Durante sus visitas a Tennessee, observó a representantes de esta secta religiosa encender lámparas de queroseno y sostenerlas entre las manos y los pies durante un tiempo que oscilaba entre veinte y treinta segundos sin que sufrieran dolor, quemaduras o formación de ampollas. En ocasiones, mientras mantenían el cuenco entre las manos con un poco de queroseno, acercaban el combustible de otro recipiente apagado a la llama sin que prendiera el líquido. No hay explicación científica para este tipo de fenómeno, practicado en casi todas las religiones del mundo.

Existen ceremonias de caminar sobre el fuego en Fiji, Hawái, España,[12] Tailandia, Japón, Rumanía y Sicilia, y también otras llevadas a cabo por los chamanes y yoguis de muchas culturas primitivas. Se habla de trucos para no quemarse, ya que el caminante sólo está en contacto con las brasas ardientes durante períodos cortos de tiempo y avanza con prisa, alzando los pies de la brasa en cuanto la toca. En algunos casos esto puede ser cierto, pero en otros se mantienen los pies dentro de las brasas durante segundos, con lo que la explicación de la rapidez queda invalidada.

En el nadir están los escépticos, aceptando que el escepticismo es un método, no una postura. Bernard Leikind, uno de los más importantes especialistas en física del plasma y gran conocedor a nivel mundial del fenómeno de caminar sobre brasas ardientes, mantiene que las brasas, si bien alcanzan una temperatura de cuatrocientos grados centígrados, no son buenas conductoras del calor y no lo transmiten de prisa, de manera que, si se camina rápidamente y sin detenerse, no se produce daño alguno. Como corolario a lo anterior, explica que, cuando se mete un pastel en un horno, el aire, el pastel y el molde de metal están a unos doscientos grados, pero sólo el molde llega a quemarte la piel.

Quizá esta incógnita y otras que en principio parecen obra de poderes mágicos desconocidos tengan solución con la puesta en marcha del Gran Colisionador de Hadrones (LHC). Después de veinte años de trabajo, de seis mil millones de euros invertidos y de las más de diez mil personas que han trabajado en el proyecto, el

mayor dispositivo de física de partículas jamás construido ya está funcionando a una profundidad de entre cincuenta y ciento setenta y cinco metros en las cercanías de Ginebra. La velocidad que alcanzarán los protones será de un 99,9999991 por ciento de la velocidad de la luz, y colisionarán frontalmente treinta millones de veces por segundo. En cada colisión se expulsarán a una velocidad próxima a la de la luz miles de partículas, las cuales serán analizadas por ordenadores repartidos en varios continentes. Estas partículas son llamadas «partículas de Dios». Con los resultados obtenidos se espera inaugurar una nueva era de la física en la que se resolverán muchas de las incógnitas que en la actualidad parecen sobrenaturales, y se llegará a saber la composición final y, por tanto, el origen y comportamiento de la materia.[13] Los aceleradores de partículas son las catedrales modernas.

Visiones metafísicas

El clarividente Raoul de Fleurière manifestó en 1971 al profesor Robert Tocquet (antropólogo miembro directivo del IMI) que, cuando en él comenzaba la visión metafísica, se daba perfecta cuenta de que su estado mental ya nada tenía en común con su estado psíquico habitual. Sus palabras exactas eran: «Entro instantáneamente en una especie de estado segundo en el que, al no ser ya el mismo hombre, ya no veo ni siento del mismo modo. Se produce en mí como un desdoblamiento de la personalidad o, mejor dicho, como si una persona oculta en lo más profundo de mi ser surgiese de repente para añadirse a mi persona normal. No es que yo sienta mi psiquismo habitual suplantado o abolido del todo. ¡No! Tengo más bien la impresión de que, en esos momentos, hay dos entidades que se reparten mi ser, dos inteligencias superpuestas una a otra como dos inquilinos misteriosos que habitan dos pisos diferentes: arriba, la inteligencia consciente, momentáneamente más pasiva; abajo, la inteligencia subliminal en plena ebullición. Los poderes de esta inteligencia subconsciente son prodigiosos, engendran fuerzas misteriosas, facultades nuevas que desafían todo análisis y clasificación.»

Ochocientos años antes, Hildegard von Bingen (Alemania, 1098-1179), visionaria, profetisa, monja benedictina del monaste-

rio de Disibodenberg, abadesa y líder monástica, sin poseer ningún tipo de formación ni estudios, pero médica, compositora de música, pintora y escritora mística, coetánea e interlocutora de Bernardo de Clairvaux, manifestaba en su libro *Scivias*: «Sucedió que, en el año 1141 de la Encarnación de Jesucristo Hijo de Dios, cuando cumplía yo cuarenta y dos años y siete meses de edad, del cielo abierto vino a mí una luz de fuego deslumbrante; inundó mi cerebro y, cual llama que aviva pero no abrasa, inflamó todo mi corazón y mi pecho, así como el Sol calienta las cosas al extender sus rayos sobre ellas. Y, de pronto, gocé del entendimiento de cuanto dicen las Escrituras, y todos los libros del Antiguo y Nuevo Testamento, aun sin poseer la interpretación de las palabras de sus textos, ni sus divisiones silábicas, casos o tiempos.»

Padeció una enfermedad desconocida durante largos períodos, sobre todo cuando no conseguía lo que se proponía. Apenas comía y, aun estando en la cama, no podía conciliar el sueño. Sus visiones posiblemente fueran debidas a su estado físico, que la colocaban a nivel de subconsciente. Si bien no hay noticias de que practicara el ayuno y la vigilia de forma expresa, debido a la enfermedad las consecuencias posiblemente eran las mismas, a diferencia de su maestra Jutta von Sponheim, que ayunaba y se torturaba corporalmente, y de san Bernardo de Claraval, que practicaba continuamente el ayuno y la vigilia. Los Padres del Desierto también practicaban el ascetismo, y el Cister, a través de su ejemplo, retomó sus orígenes que había perdido volviendo a practicar la ascesis.

Hildegard fue criticada por su también coetánea Tengswich von Andernach a través de una carta que ha llegado hasta nuestros días. Los ritos que practicaba en el convento que fundó de Rupertsberg con sus monjas estaban llenos de gran fasto y boato, así como de abundantes yantares, casi libaciones.

Ni eretismo, ni ascetismo, ni pobreza fueron las experiencias de Hildegard, su única realidad era su experiencia interior, su desdoblamiento, su acercamiento al conocimiento real. Si bien las visiones podían ser producto de la debilidad física, sus conocimientos musicales, médicos y literarios, así como su capacidad para la pintura, sin haber estudiado, parece que eran producto de alguna conexión con un conocimiento superior. En su obra *Vida*, dice:

«Entonces, en aquella visión fui obligada por grandes dolores a manifestar claramente lo que viera y oyera, pero tenía mucho miedo y me daba mucha vergüenza decir lo que había callado tanto tiempo. Le confié esto a mi maestro, un monje que era de buen trato y solícito, pero ajeno a las preguntas curiosas a las que muchos hombres están acostumbrados. Asombrado, me alentó a que lo escribiera a escondidas para ver qué era y de dónde venía. Cuando comprendió que venía de Dios, se lo confió a su abad y desde entonces trabajó conmigo con gran ahínco. En esta visión comprendí los escritos de los profetas, de los evangelios y de otros santos y filósofos sin ninguna enseñanza humana, y algo de esto expuse cuando apenas tenía conocimiento de las letras, tal y como me enseñó la mujer iletrada. Pero también compuse cantos y melodías en alabanza a Dios y a los santos sin enseñanza de ningún hombre, y los cantaba sin haber estudiado nunca ni neumas ni canto, he sido instruida en el interior de mi alma *(sed intus in anima mea sum docta)*.»

Las coincidencias de Hildegard con las sensaciones de Raoul de Fleurière son sobrecogedoras. Parece como si estuvieran conectados a una misma fuente de energía superior, como si respondieran a la misma causa.

Telepatías

C. G. Jung dice que dos hechos se hallan ligados de modo no casual pero significativo o, mejor dicho, significante *(sinngemäss).* Si cada término de la coincidencia procede de una cadena causal de acontecimientos, la propia coincidencia, por el contrario, no obedece a las leyes de causalidad.

En la mayoría de los casos, los grandes resultados telepáticos están casi siempre amalgamados con grupos y asociaciones de ideas, como si el transmisor y el receptor fueran levantando estadio tras estadio, eslabón tras eslabón, para ir sacando de la escalera asociativa el mensaje telepático que les llega a la mente consciente, partiendo del subconsciente.

René Warcollier (fallecido en 1962), el que fue presidente del Institut Métapsychique International (IMI), contaba una experiencia de transmisión telepática que realizó el 26 de marzo de 1960:

«Escogí Courbevoie, a diez kilómetros del IMI, como transmisor. El objeto era un busto de Beethoven, y el tiempo, de 17.00 a 17.05 horas. La receptora, madame T., situada en París, escribió: "Libreta roja, olor a cuero, un espejo, la escena de las joyas de Fausto, notas musicales en un pentagrama y el busto de Beethoven."»

Las cartas ESP (Extra Sensory Perception), también llamadas «del doctor Zener» por ser quien las diseñó, se utilizan para prácticas telepáticas. Están formadas por veinticinco cartas con cinco figuras diferentes, es decir: cinco estrellas, cinco circunferencias, cinco olas sinuosas, cinco cruces y cinco cuadrados de color negro sobre fondo blanco. Actualmente se emplean en todo el mundo para las pruebas de transmisión de pensamiento. El profesor Rhine, de la Universidad de Duke de Durham (Carolina del Norte), ha obtenido resultados de diez aciertos cada veinticinco. El profesor B. Riess, del Hunter College de Nueva York, experimentó con una alumna y ésta llego a adivinar un promedio de dieciocho cartas cada veinticinco, y en algunas series las veinticinco cartas.

El procedimiento es el siguiente: un sujeto llamado «transmisor» tiene en la mano veinticinco cartas Zener, que son barajadas con una máquina. Mira la primera carta, luego la segunda, y así sucesivamente. Otro individuo llamado «receptor», situado en una habitación contigua, va anotando las cartas que recibe mentalmente. Se han llegado a hacer pruebas de grandes series con cincuenta mil cartas, aunque es mejor efectuarlo con series cortas, pues se ha observado el fenómeno declinatorio: tras cierto número de éxitos, los resultados se tornan negativos, como si la facultad telepática presentara una especie de cansancio.

En la actualidad, el IMI ha reanudado este tipo de experiencias, particularmente madame I. Duplessis y madame R. Pellison, profesoras de filosofía. También el vizconde de Crezca ha propuesto y efectuado el siguiente experimento: el transmisor y el receptor tenían cada uno un juego de cartas, en este caso, cada una de un color (repetidas de dos en dos, en varias series). El agente transmisor escogió una de las series de veinticinco cartas y trató de transmitirla al receptor, quien, por su parte, ponía aparte veinticinco cartas de su juego. Se realizaron más de mil ensayos, se observó con 57 personas (hombres y mujeres) 385 coincidencias perfectas,

mientras que el cálculo medio preveía 249. Las coincidencias en los colores fue de 3.350, en vez de los 2.500 que resultaban de la ley de los grandes números o cálculo de probabilidades. En consecuencia, se había producido el fenómeno, por así llamarlo, de telepatía.

Edgar Dean Mitchell (Hereford, Texas, 1930) era oficial del ejército de la Marina y doctor en ciencias de aeronáutica y astronáutica por el Instituto de Tecnología de Massachusetts y doctor honorario por cuatro universidades de Estados Unidos cuando, el 9 de febrero de 1971, a las órdenes de Alan Shepard, fue el sexto hombre en pisar la Luna y el que ha dado el paseo más largo por la superficie lunar, que duró nueve horas y diecisiete minutos. El proyecto Apolo 14 fue el tercer viaje de Estados Unidos a la Luna.

Entre los tripulantes, además de la credencial de piloto, era el único de los tres que tenía un doctorado. Había ingresado en el programa Apolo por una puerta distinta como científico de la NASA y luego como piloto en la fuerzas aéreas.

Quizá fue casualidad o causalidad que creciera en Roswell, Nuevo México, donde supuestamente se produjeron los primeros avistamientos de ovnis, a tan sólo un kilómetro y medio de la casa de Robert Goddard, el padre de la ciencia espacial americana, y a pocos kilómetros de las montañas donde se hicieron las primeras pruebas de la bomba atómica.

Retirado de la Marina y de la NASA, firme creyente en el mundo paranormal y el fenómeno ovni, se dedicó a escribir y a dar conferencias por todo el mundo. En 2003 se le diagnosticó un cáncer de riñón. Ed contactó entonces con Adam Dreamhealer, un curandero psíquico de Vancouver (Canadá). Este curandero a distancia, cuando sólo tenía quince años, comentó: «La humanidad no se da cuenta de cuánto sufrimiento hay en el mundo hasta que se puede hacer algo al respecto.» Cuando descubrió sus habilidades, pasó gran parte de su tiempo tratando la energía individual. El problema surgió cuando, debido a sus éxitos de curación, no podía atender todas las demandas. Comprobó que podía curar a distancia, y entonces puso en práctica dicha técnica. Actualmente lleva más de diez años con este sistema y ha cosechado éxitos a lo largo de todo el mundo.

Su planteamiento es que la curación de las enfermedades par-

te de un deseo sobrehumano de curación por parte del enfermo, pensar intensamente en la curación del órgano dañado y ver la curación realizada. Según él, la fuerza y energía del pensamiento influyen en la transformación bioquímica de cualquier parte del cuerpo. Este planteamiento responde al antiguo apotegma de las escuelas iniciáticas: «Objetivo claro, desearlo intensamente y verlo realizado.»

A pesar de los detractores que aseguran que Dreamhealer es un embaucador, trabajando con Ed Mitchell desde finales de 2003 hasta el verano de 2004 consiguió su curación definitiva, y el cáncer no ha vuelto a reproducirse desde entonces.

Sus opositores dicen que Ed no se sometió nunca a una biopsia, pero éste ha explicado públicamente que se había realizado un monograma y un MRI y que las pruebas demostraban la existencia de un carcinoma renal, con lo que la molesta biopsia no era necesaria. Las mismas pruebas dieron negativas después del tratamiento de más de seis meses con Dreamhealer.

Existen muchos estudios sobre curaciones espirituales donde el sanador y el paciente están juntos; en menor proporción hay datos sobre las curaciones a distancia. Si bien se ha comprobado que existe mucho fraude, sobre todo en estas últimas, algunas de ellas son irrefutables: muchos de los pacientes no sabían que estaban siendo tratados a distancia, con lo que el efecto placebo quedaba descartado.

Esta neurodinámica cerebral funciona a nivel energético. El nombre que se ha dado a la energía que actúa varía según el lugar donde se practica, así, se puede conocer como «energía sutil», «ondas alfa», «ondas energéticas», «energía magnética», «fuerza espiritual», etcétera.

Mitchell ha manifestado públicamente que los gobiernos llevan sesenta años ocultando los contactos con los extraterrestres pero que algunos, como él, han tenido el privilegio de ser informados. Concretamente ha dicho: «Los humanos hemos sido visitados por seres de otros planetas, y el fenómeno ovni es real.» Recientemente ha dicho también: «No estamos solos, nuestro destino, en mi opinión, es terminar formando parte de una comunidad planetaria.»

También ha acusado públicamente a Washington de llevar

una gran campaña para ocultar la verdad sobre el caso ovni. Sus últimas declaraciones han sido: «He recibido información de círculos militares y de espionaje en los que tienen constancia de que hemos sido visitados. Es más, esas visitas han sucedido bastantes veces. Los alienígenas son gente pequeña que nos parece extraña. La tecnología humana no es tan sofisticada como la suya, pero si fueran hostiles, ya habríamos desaparecido.»

Conocedor del caso Roswell por haber crecido en la zona, se informó concienzudamente y analizó personalmente el fenómeno con los habitantes de la localidad. No sólo llegó a la conclusión de que era verdad, sino que aseguró que los propios habitantes de la zona habían sido silenciados por las autoridades militares y que se había confeccionado una ridícula película con figuras de poliéster para desacreditar el fenómeno. Mitchell llevó ante el pentágono lo sucedido, pero cuando iban a permitirle acceder a los informes de lo ocurrido, de repente y sin mayores explicaciones le fue denegado el acceso.

En el viaje a la Luna no les contó a sus compañeros Alan y Stu el experimento de transmisión de pensamiento que había llevado a cabo. Anteriormente había profundizado en los trabajos extrasensoriales del biólogo Joseph Banks Rhine. Éste, sugestionado por las experiencias que le había comunicado su amigo Conan Doyle, creó el laboratorio de Parapsicología en la Duke University, así como el Diario de Parapsicología, la Fundación para la Investigación de la Naturaleza del Hombre y la Asociación Parapsicológica. Trabajó en su laboratorio intensamente en la transmisión de pensamientos con las cartas Zener y fue el que bautizó los experimentos extrasensoriales con el nombre con que hoy son conocidos: ESP.

Ed había entablado amistad con dos doctores que habían realizado interesantes experimentos creíbles sobre la naturaleza de la conciencia. En reuniones anteriores a la partida, Ed, los dos amigos y él llegaron a la conclusión de que era una oportunidad única intentar demostrar si los resultados conseguidos por Rhine en el laboratorio con las cartas Zener se podían realizar con resultados positivos más allá de las distancias terrestres.

Durante cuatro días, exactamente cuarenta y cinco minutos después de la hora de dormir (las funciones en el viaje estaban pro-

gramadas al segundo, y existía un protocolo de horarios conocido por los seis receptores que estaban en la Tierra), Ed, tras concentrarse al máximo en cada carta y en cada serie, empezó a transmitir mentalmente las cuatro imágenes, es decir: la estrella, el cuadrado, el círculo y las dos líneas onduladas, que se iban repitiendo según la mezcla aleatoria efectuada por él mismo.

El resultado del experimento fue un éxito total, la percepción extrasensorial era una realidad, la comunicación fuera de toda lógica científica conocida se había producido.

Sólo había efectuado cuatro transmisiones de las seis programadas. A su regreso a la Tierra y cuando el programa oficial lo permitió, se reunió con los seis receptores para analizar los resultados: éstos eran tan sorprendentes que sólo existía una probabilidad entre tres mil de que se debieran al azar.

El físico teórico Jack Sarfatti (Nueva York, 1939) mantiene[14] que por medio de pasadizos del espacio tridimensional cada parte del universo conecta directamente con todas las demás, como si fuese el «sistema nervioso» de un «cerebro cósmico».

El cerebro del hombre ha ido siempre por delante de la evolución. Arthur Koestler decía hace sesenta años que el desconocimiento de la potencialidad de un 97 por ciento de nuestro cerebro ha creado un arquetipo raro, disperso, y que el drama de nuestra especie es haber añadido, sin por ello tomar su control, los cerebros de nuestros antepasados mamíferos y reptiles. Y son ellos los que controlan nuestras emociones. He aquí que nuestra hambre, nuestra sed, nuestra cólera y nuestra libido son las del mono y las del cocodrilo. La autonomía fisiológica de los córtex arcaicos se traduce por la impotencia del pensamiento consciente y racional para controlar nuestro comportamiento emocional. Ésta explica el trágico fracaso de la moral, que no ha progresado ni un ápice desde Buda, mientras que, durante el mismo tiempo, la ciencia y la tecnología han experimentado un avance progresivo e imparable, pero disperso, no formando un arquetipo definido. Nuestra especie es, por tanto, autodesarrollante, y no ha llegado a su estadio final, la incógnita es saber hacia adónde va. Quizá aún estemos a tiempo de crear un arquetipo definitivo para nuestra especie, el gran interrogante es quién diseña ese arquetipo y con qué programa.

Los mamíferos australianos, los marsupiales, no tienen placenta: la cría es parida en un estado casi fetal. El motivo es que, al separarse Australia del continente euroasiático, hace cientos de millones de años, los mamíferos de todo el mundo se encontraban en el estadio marsupial, que precede evolutivamente al estadio placentario, más perfeccionado. Tras la separación de Australia, todos estos mamíferos continuaron evolucionando separadamente. Los del continente euroasiático y de América del Norte inventaron la placenta, y los de Australia no. La causa fue que la presión de la selección natural no era suficiente en Australia para desembocar en un cambio tan grande. Lo extraordinario es que los marsupiales australianos al final son muy semejantes y prácticamente iguales a los demás, como el jerbo placentario, el lobo placentario, el falangero y la ardilla voladora.

Con toda seguridad, los miembros de nuestra especie, independientemente de la constitución y el aspecto físico, fueron desarrollándose de forma diferente en cuanto a sus capacidades mentales, según las condiciones y el territorio donde se encontraban.

Civilizaciones como la egipcia, los hombres que levantaron Stonehenge, las construcciones de la isla de Pascua, las sorprendentes edificaciones de Sumeria, las más de treinta mil piezas halladas en Guanajuato (México), algunas de ellas de alfarería tarasca, representan dinosaurios y plesiosauros desaparecidos hace setenta millones de años, el disco de Festos encontrado en la isla de Creta, con una escritura de época minoica que aún no ha sido descifrado... En principio parece que no exista ninguna conexión entre esas diferentes manifestaciones culturales, que responden posiblemente a su situación geográfica y a las circunstancias evolutivas de cada civilización; sin embargo, siempre queda la duda de un nexo común entre todas ellas, es la gran incógnita por descifrar, la gran asignatura pendiente de todos los investigadores.

Mil años antes de Cristo, el mundo antiguo era atravesado por rutas que marcaban la circulación de las mercancías. La más conocida era la ruta del estaño, que iba desde el Cornualles británico hasta Creta, pasando por Lyon. Existían otras rutas menos

conocidas, como la del oro, que partía de las minas del rey Salomón, situadas en algún lugar desconocido de África, hasta Jerusalén. También la obsidiana, un vidrio natural de color negro procedente de volcanes de hace diez mil años que servía para fabricar herramientas cortantes, tenía su ruta desde Armenia hasta la península Ibérica.

Lo que nos deja perplejos es que existía una ruta del uranio desde Cornualles hasta Creta. Desconocemos qué podían hacer los cretenses con el óxido de uranio, material combustible que es empleado para producir energía en los reactores nucleares. Sin embargo, es aún más sorprendente la existencia en China[15] de antiguos grandes depósitos de wolframio (tungsteno), un material estratégico empleado actualmente, en su mayor parte, en armamento; no obstante, se debe tener en cuenta que, según relatan documentos antiguos, para transmutar los metales por un sencillo procedimiento basta con producir una descarga condensada a través de un conductor de boruro de tungsteno.

Es imposible que las formidables minas de cobre que existen en la región del lago Superior (Canadá) hayan sido obra de los aborígenes americanos; el gran desarrollo de las minas habría requerido una población fija en la zona, cosa que nunca ha existido. No se ha encontrado ni el más mínimo vestigio de habitación, ni un esqueleto, ni tan siquiera un hueso. Los indios no tienen ninguna tradición que haga referencia a dichas minas.[16]

Estas referencias y otras muchas que iremos viendo nos dan a entender que nuestra especie autodesarrollante no siguió un patrón evolutivo común, sino que hubo grandes diferencias, surgiendo en determinados lugares culturas superiores a otras existentes, desapareciendo posteriormente u ocultándose, amparadas en el secreto, formando religiones a través de líderes o sociedades iniciáticas a las que transmitieron su saber, marcándonos desde la sombra el camino que debe seguir la humanidad, dejándonos mensajes ocultos que han ido descifrándose poco a poco por parte de ciertas mentes evolucionadas.

Todavía están por interpretar cientos de mensajes y pautas de comportamiento, que sin duda iremos encontrando en libros, construcciones, objetos, pinturas, músicas, a medida que estemos

preparados para ello. El extraño mensaje bíblico «El hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que está perdido»[17] parece responder a un plan trazado, remitido a un determinado grupo de seres.

Existe el dicho «el que logra sobrevivir en el Ártico ya lo ha pasado todo». Ritchie Calder[18] cuenta lo siguiente: «Esperaba en la base de la isla Victoria, en el mar de Beaufort, un avión de las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos para llevarme a Florida. Aterrizó sobre un mar helado, y la falta de conocimiento del medio por parte de la tripulación hizo que descuidaran lo que otros hubieran considerado precauciones elementales. Por la noche, los motores se helaron (cosa que podía corregirse utilizando una lámpara de soldar), pero se les había advertido que filtrasen el petróleo de los tanques de combustible almacenados en el exterior. Debe procederse a ser filtrado porque en los tanques de combustible se forman cristalillos de hielo que pueden deslizarse hasta el motor.

»Así sucedió. Varias partículas de hielo se alojaron en el carburador y no había manera de extraerlas. Sólo una cosa podía hacerse: desmontar el motor. La tripulación llevó el carburador a nuestro iglú y allí lo manejaron como si se tratase de un corderito huérfano, colocándolo junto a la estufa. Durante horas y horas intentaron hallar la avería.»

Calder nos sigue explicando cómo «Dave, su guía esquimal, repartía vituallas y servía constantemente tazas de café. Al mismo tiempo observaba cuanto ocurría. El carburador era algo completamente desconocido para aquel hombre. Sin embargo, no tardó en acercarse a mí y preguntarme si podía indicar dónde estaba la avería. Lo dijo y... estaba donde él sospechaba. Y todo cuanto había hecho fue limitarse a observar lo que los demás hacían y lo que dejaban de hacer.

»Este guía era un individuo notable (indudablemente, son muchos los esquimales notables). Era mecánico por naturaleza y podía ingeniárselas para hacer cualquier cosa con un tanque metálico de combustible. Las estufas de cocina eran su especialidad, pero había llegado a construir hasta un refrigerador. Alardeaba de las proezas que hacía con los depósitos de petróleo.

»Una noche, Scout Alexander, antiguo policía montado de Canadá y comandante en jefe de la Supervivencia Ártica, quiso

zaherirlo. Le mostró una fotografía del transatlántico *Queen Elizabeth*, le explicó sus dimensiones y añadió:

»—¿Podría usted hacer esto, Dave?

»El esquimal estudió detenidamente la foto y preguntó:

»—¿Con cuántos tanques de combustible, jefe?

»Cuando el Ártico fue abierto para el mundo con las construcciones de campamentos, estaciones de radar, bases aéreas y centros mineros, los contratistas de mecánicos descubrieron las sorprendentes habilidades de los esquimales. Estos hombres son mecánicos por intuición. Con una enseñanza muy breve, un esquimal puede manejar tractores y excavadoras mejor que el hombre blanco. Los esquimales aprenden rápidamente a reparar y conservar la maquinaria, ya sea mecánica o eléctrica.

»El esquimal se denomina a si mismo "inuit", u "hombre genuino".

»El esquimal tiene para la mecánica aptitudes verdaderamente sorprendentes. Yo oí la historia de un muchacho esquimal a quien conocí en una escuela misionera de Aklavik, en el delta del río Mackenzie, a doscientos kilómetros al norte del círculo ártico. Al pequeño le habían regalado un reloj, e hizo con él lo que a cualquier niño le gustaría hacer, pero que sólo un esquimal se atreve a llevar a cabo: inmediatamente redujo el reloj a un montón de piezas. Sonó la campana de la capilla. El niño guardó todas las piezas en su gorro y se guardó éste en el bolsillo; acudió a la capilla y luego se acostó. Al día siguiente montó de nuevo rápidamente el reloj.»

Ritchie Calder termina diciendo que hay esquimales «que hace treinta años no habían visto a ningún hombre blanco, y vivían literalmente en la edad de piedra; sin embargo, se muestran indiferentes al subir a un avión, al manejar una instalación de radio o al llevar un contador Geiger para encontrar uranio cuando salen a revisar sus líneas de trampas».

¿Qué tipo de civilizaciones habían conocido los antepasados de los esquimales? ¿Qué facultades tenían sus ancestros? ¿Cómo habían perdido esas facultades? ¿Cómo es posible que con las facultades que poseen no hayan emigrado y conectado con otras civilizaciones más avanzadas? ¿Eran ellos parte de los «hombres genuinos»?

Según W. C. Thalbitzer,[19] sean cuales fueren las relaciones históricas entre Asia septentrional y América del Norte, la continuidad cultural entre los esquimales y los pueblos árticos actuales de Asia e incluso de Europa (los chukchi, los yakutos, los samoyedos y los lapones) proviene en gran parte del chamanismo. Entre los esquimales el chamanismo es el centro de su vida mágica y parte fundamental del conjunto de sus creencias. Igualmente según Thalbitzer, las principales prerrogativas del chamán esquimal son la curación, el viaje submarino hasta la Madre de los Animales (con objeto de asegurar la abundancia de la caza), el buen tiempo (por sus relaciones con Sila) y la ayuda que procura a las mujeres estériles. El chamán esquimal es un especialista del vuelo mágico. Algunos chamanes han ido a la Luna, otros han dado la vuela a la Tierra volando. Conocen también el porvenir, hacen profecías, anuncian los cambios atmosféricos y sobresalen en proezas mágicas. Cuando entran en trance cambian la voz y ésta adopta un tono profundamente grave. Así canta un chamán esquimal:

Todo mi cuerpo es solamente ojos.
¡Miradlo! ¡No tengáis miedo!
¡Miro desde todas partes!

La extraordinaria Eugénie Alexandrine Marie David-Néel, a la edad de cien años, acudió a renovarse el pasaporte porque «nunca se sabe». Nacida en París el 24 de octubre de 1868, hija única de un francés hugonote y una católica de origen escandinavo, ya a los seis años no se dormía sin haber leído y mediado un versículo de la Biblia. A los doce, su joven cerebro se torturaba intentando explicarse el misterio de la Trinidad. A los quince años tenía ya la formación de un adulto. Epicteto y los filósofos estoicos guiaban sus pasos. A los diecisiete realizó su primer verdadero viaje cruzando el San Gotardo a pie. A los dieciocho recorrió en bicicleta toda Francia, Italia y España. Se trasladó a Londres, donde aprendió la lengua inglesa, y luego volvió a París. Allí, fue recibida en distintas sociedades secretas. A los veintiún años ocupaba el grado treinta en el Rito Escocés Mixto de la Francmasonería.

En 1899 escribe un tratado anarquista. Prosigue sus estudios

musicales y líricos. Obtiene grandes éxitos en la escena interpretando, entre otros personajes, la Manon de Massanet o la Carmen de Bizet. Sin embargo, una vez cumplido su contrato con la ópera de Atenas, abandona esa carrera.

Viaja a África y a la India. Estudia el Corán y practica la religión islámica (anteriormente había estudiado teosofía con madame Blavatsky).

En 1912, en Kalimpong, se convierte en la primera mujer occidental que es recibida por el dalái-lama. Vive durante dos años en el monasterio chino de Kumbum, donde estudia manuscritos budistas. Los monjes la consideran su hermana y curiosamente la llaman «lámpara de sabiduría».

En su anterior estancia en el Tíbet no pudo llegar a la capital, Lhasa, la ciudad prohibida. Después de tres años de un viaje lleno de toda clase de aventuras y pasos dificilísimos a cinco mil metros de altitud, disfrazada de mendiga tibetana, con el pelo teñido y el rostro oscurecido con grasa y hollín, llega a la ciudad prohibida. Permanece tres meses en Lhasa y luego regresa a París. Escribe una gran cantidad de libros sobre sus viajes y pensamientos.

Falleció en 1973 y sus cenizas fueron arrojadas a las aguas del Ganges.

En su libro sobre las prácticas místicas y ocultistas en el Tíbet,[20] David-Néel nos describe lo siguiente: «Mi primer encuentro con un lung-gom-pa tuvo lugar en el desierto de pastos al norte del Tíbet. Vi, con ayuda de los prismáticos, una figura humana a la lejanía, cosa rara, pues nadie se aventura por esos parajes. Su paso era singular y avanzaba con una rapidez extraordinaria, su velocidad era sorprendente. Uno de mis acompañantes exclamó: "*Lama lung-gom-pa tchig da* ('Un lama lung-gom-pa')." El hombre continuaba acercándose y su rapidez de marcha era cada vez más evidente. No sabía qué hacer. Uno de mis criados exclamó: "Reverenda señora, no va a parar al lama ni a hablarle, ¿verdad? Se moriría, de seguro. Estos lamas, cuando viajan, no deben interrumpir su meditación. El dios que está en ellos se escapa si dejan de repetir las fórmulas mágicas, y si los abandona antes de tiempo, les da tan violenta sacudida que los mata."

»La advertencia parecía sin sentido; sin embargo, no había que

desdeñarla del todo. Por lo que yo sabía de la técnica del procedimiento, el hombre caminaba en estado de trance. Era, pues, probable, no que muriese, sino que experimentase un penoso choque nervioso si bruscamente lo sacaba de aquel estado. Hasta qué punto podía ser peligroso el choque no lo sabía, y yo no quería hacer con el lama una experiencia, quizá cruel, de inciertos resultados. Otra razón me impedía también satisfacer mi curiosidad.

»Los tibetanos me aceptaban como dama lama. Sabían que era budista y no podían adivinar la diferencia que existía entre mi concepción puramente filosófica del budismo y el budismo lamaísta. Así, para gozar de la confianza y del respeto que me proporcionaba el hábito religioso que llevaba, tenía que observar las tradiciones tibetanas y, especialmente, las costumbres religiosas.

»El hombre había llegado a poca distancia de nosotros. Podía distinguir claramente su faz impasible y sus ojos muy abiertos, que parecían contemplar fijamente un punto situado en alguna parte, allá arriba, en el espacio vacío. Diríase que se desprendía de la Tierra a cada paso que daba y que avanzaba botando, como si hubiera tenido la elasticidad de una pelota, vestía el hábito y la toga monástica usuales, ambos muy gastados. Su mano izquierda sujetaba un pliegue de la toga y permanecía oculta por la tela. Su mano derecha empuñaba un *purba* (puñal ritual). Al caminar, movía ligeramente el brazo derecho al ritmo de su paso, como si el *purba*, cuya punta se hallaba muy alejada del suelo, estuviese verdaderamente en contacto con él y le sirviese de bastón.

»Ya empezaba a lamentar mi discreción y tenía empeño en observar más tiempo al lung-gom-pa. Ordené, pues, a los muchachos que montasen a caballo para seguir al lama, que ya estaba lejos. Sin tratar de alcanzarlo, no dejamos que aumentara la distancia que nos separaba, y con la ayuda de los gemelos, mi hijo adoptivo y yo no lo perdimos de vista.

»Lo seguimos durante tres kilómetros, hasta que dejó la senda y trepó por una vertiente rápida para desaparecer en los repliegues de la cadena montañosa. No se había dado cuenta de que lo seguíamos, pues seguía estando en trance.

»Teniendo en cuenta el número de horas que habíamos viajado al trote habitual de nuestras caballerías, restando el tiempo que

habíamos acampado, llegué a la conclusión de que, para alcanzar el sitio donde lo habíamos alcanzado a la caída de la tarde, el lama lung había tenido que andar toda la noche y el día siguiente, sin parar, a una velocidad casi igual a la que habíamos observado.

»Los *dokpas* (pastores) que encontré y a los que pregunté creían que podía venir de Tsang, ya que ciertos monasterios de esa provincia poseían la especialidad, desde hacía siglos, de preparar los corredores lung-gom-pa.

»Me pude informar a través de un lama amigo y el origen era una leyenda antiquísima, que obliga a preparar a ciertos lamas a ser capaces de semejante prodigio. Los religiosos que aspiran a desempeñar el papel llamemos de «mensajeros» han de ejercitarse en uno de los monasterios. El adiestramiento consiste en ejercicios respiratorios y de gimnástica especial, practicados en una gran estancia *tshams khang* (completamente oscura), durante un período de estricta clausura que dura tres años, tres meses, tres semanas y tres días.»

Marie David-Néel sigue explicándonos en qué consisten dichos ejercicios: «Entre los ejercicios hay uno que ha conquistado el favor de numerosos pseudomísticos de inteligencia mediocre. No sólo miembros de órdenes religiosas, sino laicos, hombres y mujeres, hacen retiros prolongados para acostumbrarse. He aquí en qué consisten: el estudiante se sienta, con las piernas cruzadas, sobre un grueso y ancho almohadón. Aspira el aire lentamente y largamente, como si intentase inflarse. Entonces, reteniendo la respiración, tiene que saltar, conservando siempre las piernas cruzadas y sin hacer uso de las manos como punto de apoyo, y volver a caer sin cambiar la posición. Algunos lamas llegan a saltar así a gran altura. Según los tibetanos, el que persevera asiduamente en este género de ejercicios durante años llega a ser capaz de "sentarse sobre una espiga sin doblar el tallo, o de posarse en lo alto de un montón de trigo sin mover ni un solo grano". De hecho, el verdadero objeto que persiguen es la levitación.

»Los más capaces son sometidos a una curiosa prueba: se cava una fosa cuya altura es igual a la del candidato. Sobre ésta se construye una especie de cúpula con una estrecha abertura en la cúspide. La altura del techo, en su parte superior, es igual a la profundidad de la fosa. De modo que, si el hombre mide 1,70 metros, la

distancia entre el fondo de la fosa y la cúspide de la misma es de 3,40 metros. El candidato sentado, con las piernas cruzadas en el fondo de aquel nicho, debe salir, de un solo bote, por la abertura.

»He oído a tibetanos comentar que los lamas lung pueden estar dos meses corriendo, con las paradas justas para hacer sus necesidades biológicas.»

Según René de Nebesky-Wojkowitz,[21] el lamaísmo ha conservado casi íntegramente la tradición chamánica de los bon.[22] Se supone que los más famosos maestros del budismo tibetano han efectuado curaciones y hecho milagros dentro de la más pura tradición del chamanismo. Algunos elementos que han contribuido a la elaboración del lamaísmo son probablemente de origen tántrico y, tal vez, hindú.

Médiums y levitaciones

El profesor W. H. C. Tenhaéff, de la Universidad de Utrecht (1900-1980), estudió entre 1926 y 1970 a los cuarenta y siete paragnostas más conocidos y más dotados (veintiséis hombres y veintiuna mujeres), de entre los cuales el más celebre sin duda fue el clarividente Gérard Croiset. La primera experiencia controlada con Croiset se realizó el 20 de junio de 1950 ante el profesor Tenhaéff, quien relata:

> Se depositó un pliego sellado sobre la mesa para que sirviera de inductor en una experiencia de psicoscopia. Fueron registradas las *palabras* de Gérard Croiset. Después se abrió el pliego y se añadió un comentario a cada una de las precisiones alegadas por Croiset.
>
> Croiset: «En ese sobre se encuentra una hoja de papel en la cual ha formulado alguien sus pensamientos. Se impone en mi mente la palabra "antología". Es una antología de sus pensamientos. ¿No ha estado ese hombre en contacto con un alemán? Puede que él mismo sea alemán. No puedo dejar de pensar en ese hombre. Teme decir algo que podrían emplear sus adversarios para combatirle. Es un gran hombre que se ocupa de experimentos químicos. ¿Tendría que ver eso con la provocación artificial de tumores?
>
> »No goza de buena salud. Ha sufrido una operación de vesí-

cula biliar. Padece aún dolores ¿Es que la terapia que busca este hombre... tiene que ver con la energía nuclear? ¿Recibo la impresión de materias radiactivas? Ahora se impone la palabra "isótopo". ¿Qué quiere decir todo esto?»

Comentario: En el sobre se encontraba el borrador manuscrito de una carta dirigida por un sabio alemán a un colega de Alemania. Ese sabio, domiciliado en Estados Unidos, se hallaba de paso en los Países Bajos. La carta contiene una selección de sus ideas sobre cierto tema de bioquímica. El autor del borrador es muy susceptible. Exacto (lo evidencia la carta). El autor es, en efecto, un célebre bioquímico. El autor efectúa investigaciones sobre la provocación artificial de tumores en animales. Exacto. Exacto. Exacto. El autor, en efecto, realiza investigaciones de quimioterapia. Exacto. El autor habla de sustancias radiactivas. Exacto: la palabra «isótopo» aparece en el borrador.

¿Cómo es posible que un hombre pueda conocer el contenido de una carta cerrada si no la ha visto, si no dispone ni ha dispuesto de ningún medio para saberlo?

La Revista de la Policía de Holanda relata resultados de cómo actúa esa fuerza desconocida: un niño desaparece, la policía, alertada inmediatamente, no encuentra nada. Ningún indicio, ninguna huella; nada que pueda orientar su investigación. El comisario encargado del asunto telefonea a Croiset.

—Lo que yo veo es esto —responde él, al punto, al otro lado del hilo—. Un canal con un puente a la izquierda y una torre. Casas. Volvamos al canal. En el malecón hay una caja baja y rectangular llena de arena. La caja está cerrada con una tapa y un candado. El candado es tal marca. El niño está ahogado. Su cadáver se encuentra en el canal, allí donde lo corta la línea recta que une la caja de arena de la torre. ¡Espere, voy a dibujar todo esto!

Croiset dibuja su impresión, cuesta encontrar el canal, todo es exacto, se draga y se encuentra el cadáver. Los periódicos publicaron el dibujo y la foto del lugar. El dibujo es exactamente el esquema de la foto. Se puede consultar este hecho en la hemeroteca de Utrecht. La policía utiliza corrientemente estas fuerzas desconocidas, Croiset fue utilizado en seis ocasiones, y acertó en todas.

Croiset explicaba que desconocía de dónde le venían esas facultades. Podía conducir por la ciudad de Utrecht un coche a velocidad normal, con los ojos vendados. Parece como si ante él se desvanecieran las barreras del tiempo y del espacio.

Varios célebres médiums han sido protagonistas de fenómenos de levitación repetidas veces ante testigos absolutamente dignos de crédito: Eusapia Pallatino, Daniel Dunglas Home, Gordon y Stainton Moses, entre otros. Los fenómenos observados más antiguos y sorprendentes son sin duda los de Daniel Dunglas Home.

Es domingo 13 de diciembre de 1868, festividad de Santa Lucía, patrona de los invidentes, son las doce de la noche. Lord Lindsay (astrónomo), su primo el capitán Wynne y su amigo lord Adare (ministro de Gobierno de su majestad) están reunidos en el piso tercero del número 5 de Buckingham Gate, en Londres.

Daniel Dunglas Home anuncia a los tres reunidos que se elevará sobre el suelo, saldrá flotando por la ventana abierta (un tercer piso) y volverá a entrar por otra ventana. Home pasa a la habitación contigua, dejando a los tres testigos en la primera, éstos oyen el ruido de la ventana de aquélla y, casi seguidamente, a la claridad de la Luna (parece que confundieron la luz de una farola exterior con la Luna, pues esa noche había Luna nueva) ven aparecer a Home ante la ventana de la habitación donde ellos se encuentran, flotando horizontalmente en el vacío. Los pies de Home entran primero por debajo de la guillotina de la ventana levantada, luego el resto del cuerpo, y se posa de pie delante de los tres hombres. Éstos no pueden articular palabra, entonces D. Dunglas, les dice: «¿Es que no lo habéis visto bien? Fijaos bien ahora.»

The Spiritual Magazine de abril de 1869 publica el relato de lo sucedido a partir de ese momento de boca de los testigos de la siguiente manera: «Un poder invisible levantó entonces al señor Home, casi horizontalmente, y proyectó su cuerpo al espacio a través de la ventana abierta, con la cabeza por delante, devolviéndolo seguidamente con los pies por delante a la habitación, lanzado como un postigo que restalla al cerrarse.»

El 16 del mismo mes en Victoria Street, ante William Crookes, Home cae de nuevo en trance y habla con la voz de la actriz Adah Menken. Al mismo tiempo, una silla se mueve sola y los testigos

tienen la sensación de que un ser invisible ha entrado en la habitación y ha tomado asiento en la silla.

Son numerosos los fenómenos de levitación protagonizados por místicos religiosos. Santa Maria Magdalena de Pazzi, el mes de mayo de 1592, se elevó hasta una cornisa del coro situada a más de diez metros de altura, descolgó allí un crucifijo y, tras soltar la figura de la cruz, se la llevó al seno, la apretó contra él y la presentó luego a las religiosas. Después, quitándose el velo, se enjugó el cuerpo como si lo tuviera cubierto de sudor.

Teresa de Jesús ha relatado su vívido encuentro sexual con un ángel, un ángel de luz, no de oscuridad, según aseguraba la santa. Una mañana de 1560, durante la misa conventual, ante una gran multitud, no sólo de monjas, sino de muchas personas ajenas al convento, Teresa se transforma y una expresión de dicha sobrehumana aparece en su rostro iluminado, expresión que se mezcla al punto con un sentimiento de pánico. Entonces, mientras el obispo Álvaro de Mendoza le tiende la hostia, éste ve que, de súbito, la monja se eleva por encima de la abertura lanzando un grito de angustia, al que hace eco el espantado murmullo de las demás religiosas, y desaparece de su vista hacia lo alto, dejando al obispo desconcertado con la hostia en la mano. El suceso fue relatado por varios testigos presenciales y por la propia Teresa en el capítulo XX de su autobiografía.

Son significativas también las levitaciones del venerable Antonio Margil en el siglo XVIII en México y Guatemala, así como las del reformador de los franciscanos san Pedro de Alcántara y las no menos famosas de José de Cupertino en el siglo XVII.

Este fenómeno sucede también en la actualidad: existe un eminente neuropsiquiatra (ha pedido que no se publicase su nombre) que ha observado en repetidas ocasiones en algunos de sus enfermos movimientos que violan por completo la ley de la gravedad. Explica cómo un paciente tendido sobre el lecho, completamente relajado, es lanzado de forma inexplicable a varios metros del mismo, sin que el cuerpo ejecutara ningún tipo de movimiento. Dice que tenía la impresión de que una fuerza exterior lo tomaba, lo levantaba y lo arrojaba a lo lejos.

Otro suceso, en el que el paciente y los testigos (de los pocos

conocidos contemporáneos) viven actualmente en Francia, transcurrió de la siguiente manera: el paciente estaba tendido en su lecho, fue puesto en pie por una fuerza sobrenatural, levantado alrededor de setenta centímetros y dejado caer posteriormente sobre el lecho a los pocos instantes. Al despertar, había olvidado todo lo que le había sucedido y no entendía la sorpresa en los rostros de los testigos. Acerca de este último suceso se guarda el más absoluto de los secretos.

No debemos descartar el poder de sugestión en la persona que es protagonista y hace ver a los demás lo que en realidad no sucede. No obstante, pensamos que ese estado de vela, ese estado de éxtasis, en los próximos años será explicado por los físicos y bioquímicos, que trabajan en la actualidad en los estados modificados de la materia, que pertenecen ahora a los secretos de la naturaleza. Como dice Aimé Michel,[23] la más importante de las circunstancias que acompañan el éxtasis (y la levitación) es una forma sublime e inconcebible de amor.

CAPÍTULO 3

La consumación de lo racional

Nuestra ontogenia es accidental, todo nos sucede apenas somos partícipes de nuestra evolución. En consecuencia, no nos recordamos a nosotros mismos, no aplicamos el aforismo «me veo viendo y al verme veo», estamos identificados con el cuerpo físico en el que habitamos. Somos seres tricerebrales: una parte del cerebro controla el cuerpo, otra parte la mente y una tercera las emociones, cada una de ellas funciona independientemente, y muchas veces se enfrentan unas con otras por implantar su voluntad.

Cambiamos constantemente en nuestras acciones y opiniones, según las influencias exteriores. Podemos pasar de lo racional a lo irracional a la misma velocidad que la «especie de influencia» (descubierta recientemente) involucrada en la mecánica cuántica que, al parecer, «viaja» más rápida que la luz. Nietzsche, para definirnos, toma de Charles Féré[1] la expresión «tenemos una locura circular».

En consecuencia, en la mayoría de los casos nuestra especie no alcanza nunca la edad adulta consciente. Nace y muere al mismo nivel evolutivo. Nacer es inevitable, tampoco podemos evitar morir, lo del medio podemos cambiarlo. Hay insectos que alcanzan la edad adulta a la media hora de haber nacido, tienen su meta muy clara, su mandato es perpetuar la especie, hacerla evolucionar a estadios superiores y mejorarla al máximo dentro de sus posibilidades físicas. Nuestra especie padece de donjuanismo cerebral, ha perdido el rumbo y salta de una meta a otra a la velocidad descrita anteriormente.

Existen suficientes datos de seres de nuestra especie que han

alcanzado la edad adulta consciente. Son «hombres», han cristalizado, y de alguna manera han conectado con esos mundos paralelos, que no están a nuestro alcance, al alcance del hombre común.

En nuestro mundo probabilístico, la mecánica cuántica ya no se ocupa de cantidades y afirmaciones concernientes en su conjunto a un mundo específico, real, sino que, en vez de ello, se plantea preguntas que pueden encontrar respuestas a un amplio número de universos similares. Y así, hemos de admitir el azar, no sólo como mero instrumento matemático aplicable a la física, sino como parte del mismo entramado de ésta.[2]

Según el físico americano B. S. DeWitt, todos los resultados posibles de un experimento ocurren en un número indefinido de universos.[3]

La ecuación conocida como el gato de Schrödinger[4] plantea lo siguiente: un gato está encerrado en una caja con un contador Geiger que contiene una cantidad importante de material radiactivo. Al cabo de una hora hay un 50 por ciento de probabilidades de que decaiga uno de los núcleos. En el momento de descarga del contador, un martillo preparado romperá un frasco de vidrio que contiene el gas venenoso. De acuerdo con la función de onda de Schrödinger, al cabo de la hora el sistema habrá adoptado una forma en la que el gato vivo y el gato muerto están «mezclados» en iguales proporciones. Naturalmente, si esto se lleva a cabo experimentalmente, sólo se producirá un resultado observable, de lo que se llega a deducir que la matemática da lugar a una descripción paradójica e inaceptable de la realidad.

Este dilema intelectual, donde interviene el enigma del indeterminismo, nos explica que, en ciertas circunstancias, la función de onda de Schrödinger predice el comportamiento de una determinada partícula hasta un punto, y a partir de ahí describe dos resultados igualmente probables para la misma partícula. Sobre el papel, al igual que durante la observación, no puede encontrarse razón alguna de la conducta variable de la partícula. La ecuación parece, pues, desembocar en una especie de estado esquizofrénico en el que no se puede decidir qué resultado escoger. La teoría cuántica no se ocupa de acontecimientos individuales, la función de onda de Schrödinger no puede determinar en qué punto incidirá

sobre la pantalla, sino que lo único que puede predecir es dónde incidirá un conjunto o grupo de partículas.

En 1930, la agencia Reuters pasó la siguiente información, que fue publicada en la mayoría de los periódicos de todo el mundo: «El dalái-lama subió a continuación a la cumbre de la montaña K2 en el Himalaya, y allí se transfiguró.» Parece ser que nadie hizo caso.

Aplicando la función de Schrödinger, el sistema de ecuación predeciría que los lamas practicantes del tumo, en un momento de la práctica, están un 50 por ciento vivos y un 50 por ciento muertos.

Algunos lamas tibetanos practican habitualmente el «tumo», palabra que literalmente significa «el dulce y cálido manto de los dioses». Dicha práctica empieza antes del alba y debe terminar antes del ocaso del día. Se acostumbra a escoger una noche de temperatura muy fría y ventosa, algo bastante habitual en el Tíbet, donde en ocasiones se alcanzan los quince grados bajo cero. Los lamas, completamente desnudos, se tumban sobre la nieve o sobre el hielo de algún riachuelo helado. Están en ayunas y durante la práctica no toman ningún tipo de bebida. Antes de empezar el tumo practican una tanda larga de ejercicios respiratorios. La disciplina del tumo combina la más absoluta concentración mental, intentando a través de la concienciación y la autohipnosis, junto con una gimnasia corporal, ejercicios respiratorios y la repetición de fórmulas mágicas, que el cuerpo emita un misterioso calor.

Los lamas se sientan en el suelo con las piernas cruzadas, completamente desnudos, introducen toallas en el agua helada, las sacan luego tiesas como el hielo y se envuelven en ellas; posteriormente las dejan deshelar y secar con el calor corporal, y a continuación las meten de nuevo en el agua helada. La práctica dura hasta el alba, y se reconoce el mérito de aquel que ha conseguido secar un mayor número de toallas.

El barón danés Heinrich von Gleichen[5] sentenciaba: «La tendencia a lo maravilloso, innata en todos los hombres, nuestra afición particular a lo imposible, nuestro desprecio por lo que ya se sabe, nuestro respeto a lo que se ignora: he aquí nuestros móviles.»

Una tarde de febrero de 1783, Goethe, a la sazón, en Sicilia,

llamó a su criado Pasquale y le dijo: «Nos encontramos en un momento muy importante; ahora nos hallamos sacudidos por un terremoto o vamos a tenerlo.» Goethe estaba presintiendo el terremoto que arrasó Messina: en 1908, el Día de los Santos Inocentes, Messina sufrió otro terremoto que causó más de cien mil muertos.

En muchas almas sensibles se producen estados de precognición. Goethe decía que a veces veía con los ojos del espíritu. También entre personas de estrecha afinidad espiritual o entre las que existe un gran sentimiento de amor se producen esas conexiones, esos lazos invisibles, como si existieran unas ondas, una red de vibraciones que los conectara entre sí. En los momentos de gran angustia, temor e incluso de debilidad física, también se producen estos «fenómenos», si es que podemos llamarlos así.

Juan Gaspar Lavater, teólogo en Zúrich, amigo íntimo de Goethe, dijo en el año 1782 a sus vecinos de mesa en un banquete: «Siempre que estoy en mi silla del coro veo al fondo de la iglesia un hombre que me está apuntando con una escopeta. Si ustedes, señores amigos y compañeros de mesa, sobreviven a mi muerte, se enterarán de que he muerto de un disparo de carabina.» Diecisiete años más tarde, en septiembre de 1979, Lavater murió de un tiro a manos de un soldado francés.

El profesor Bonsen contaba un relato que le transmitió con todas las garantías un capellán del ejército: «En nuestro Estado Mayor de la 13.ª División de Caballería ingresó como oficial de ordenanza el jovial teniente conde de M., del 8.º de Húsares. Esto fue después de la batalla del Marne. Nos hallábamos acampados a la vista de Reims, en Borgoña.

»Por la tarde del 14 de septiembre de 1914, el conde de M., que había permanecido largo rato en silencio, me dijo de pronto: "¡Deseo confesarme, señor capellán, pues voy a morir!" Sorprendido ante esta salida, convine con él en que le daría la sagrada comunión al día siguiente a primera hora.

»A la mañana siguiente le di la absolución. Entonces me estrechó la mano y volvió al galope al cuartel general.

»Cuando, ya tarde, llegué por la noche al cuartel general vino a mi encuentro el general Von Borne y me dijo: "¡El conde de M. ha muerto!" Una bomba enemiga había penetrado por la única di-

minuta ventana que existía en el subterráneo donde el joven oficial se hallaba después de efectuar una descubierta de ordenanza, y lo mató en el acto.»

Experimentos científicos sobre videncia

La metagnomia, clarividencia, videncia o conocimiento supranormal, que a veces adopta una forma espiritoide, se estudia en algunas cátedras de parapsicología (también llamadas «falsas ciencias») en la Universidad de Utrecht (Holanda), en la de Friburgo-Brisgovia (Alemania), en la Universidad de Duke (Estados Unidos), en la Universidad Católica de San José, de Pittsburgh (Estados Unidos), en la Universidad del Litoral de Buenos Aires (Argentina), en el Instituto de Estudios Superiores de Montevideo (Uruguay) o en la Universidad de Leningrado (Rusia), en la Facultad de Medicina de Innsbruck (Austria).

En la Universidad de Medicina de Jena se han efectuado pruebas en personas a las que se ha alterado la conciencia y se han obtenido resultados sorprendentes. Se hipnotizó a varios estudiantes voluntarios. Fueron induciéndoles estados de tortura, así como situaciones bélicas límite en el campo de batalla, mientras estaban en estado hipnótico. Posteriormente se efectuaron análisis de sangre, y a los quince minutos después se alcanzaron unos puntos verdaderamente preocupantes: el número de glóbulos blancos había aumentado considerablemente, como si acudieran en defensa de algo que estaba siendo atacado. También se alteró notablemente el contenido de determinadas sustancias de la sangre: calcio, potasio, yodo, fósforo, magnesio, materias colorantes biliares y otras.

Desconocemos qué parte del cerebro necesita el apoyo extra de ciertas sustancias, y qué efectos pueden llegar a producir en él, pero lo más interesante es saber por qué atajos se mueve el cerebro para llegar a producir resultados. Es posible que acuda a registros, a los que no tenemos alcance en estados normales, situados en mundos que en principio parecen por lo menos paralelos.

Los estados modificados de conciencia, estados aparejados a la fenomenología paranormal, también se pueden producir por la téc-

nica de la respiración alotrópica,[6] por el ayuno prolongado, por la hipnosis o por la ingestión de sustancias enteógenas.

A este respecto, santa Catalina de Génova dijo: «Salgo de mí misma para no volver a entrar.»

Matthew Manning (Cambridge, 1955) reside actualmente en St. Edmunds (Suffolk), un condado al este de Inglaterra. Tenía doce años cuando se produjo el primer fenómeno; él mismo nos lo cuenta:[7]

> Había terminado las vacaciones de Pascua y el domingo me estaba preparando para el viaje de regreso al colegio; mi padre me acompañaría porque había solicitado una entrevista con el director del colegio. El pensamiento de lo que pudiera salir de la entrevista me preocupaba muchísimo; mi padre había estado muy angustiado durante algún tiempo y mi familia había alcanzado una situación insostenible. Durante las cuatro últimas semanas, todos nosotros habíamos estado sujetos a los sorprendentes y, en ocasiones, amenazadores acontecimientos que tenían lugar en casa. Definirlos simplemente como fenómenos psíquicos no refleja la ansiedad que sufrieron mis padres, mi hermano menor y mi hermana. Y no cabe la menor duda de que yo fui siempre el centro de todo lo que venía ocurriendo. A la vista de tan extraordinarios fenómenos, mi padre consideró que lo más correcto era informar de ello al director del colegio, por si se producían allí los fenómenos acaecidos.
>
> Todo había empezado la mañana del 18 de febrero de 1967, en las primeras horas de un sábado gris, cuando mi familia presenció por primera vez unos fenómenos que aparecieron, de repente, sin razón lógica alguna y cesaron después de la misma forma, durante la Pascua del mismo año. Residíamos en una casa de reciente construcción donde llevábamos siete años viviendo; mi padre acostumbraba a levantarse a las siete de la mañana. Ese día, tirada en el suelo descubrió una jarra (georgiana, de plata) que normalmente teníamos sobre una repisa de madera de 1,30 metros de altura aproximadamente. Mi padre quedó sorprendido al comprobar que no estaba dañada, aun cuando justa-

mente debajo de la repisa había una cristalería; de haber caído por el propio impulso, la jarra habría golpeado necesariamente el pequeño mueble.

A la hora del desayuno, mi hermano pequeño, mi hermana y yo fuimos consultados acerca de lo ocurrido. Ninguno aceptó la responsabilidad del hecho y todos negamos tener conocimiento del mismo.

Como es lógico suponer, inmediatamente pensamos que los ladrones habían entrado, pero la idea fue rechazada de inmediato. El incidente fue olvidado. Pero el miércoles siguiente mi padre volvió a encontrarse la jarra tirada en el suelo en iguales circunstancias. Nos acusamos unos a otros, pero sin aclarar gran cosa. Aquella noche, mis padres colocaron en torno a la jarra polvos de talco, sin que lo supiéramos mis hermanos ni yo. A la mañana siguiente, cuando la jarra fue encontrada de nuevo en el suelo, los polvos de talco estaban intactos. Por consiguiente, tenía que haberse levantado verticalmente y luego caer en sentido horizontal para alcanzar aquella posición sin tocar los polvos. Mi madre, mirando asombrada hacia la mesa, que la noche anterior había dejado a punto para el desayuno, descubrió que un jarrón de grandes dimensiones, lleno de flores, había sido colocado sobre la esterilla donde normalmente ponemos la tetera. El jarrón había sido trasladado desde el ángulo opuesto de la habitación, unos seis metros, sin verter ni una gota de agua. Otra figurilla de arcilla que representaba un perro también había sido desplazada. A partir de ese momento empezamos a pensar que no tenía explicación lo ocurrido.

Mi padre llamó al médico y a la policía, ésta nos recomendó la Cambridge Psychical Research Society. Mi padre se puso entonces en contacto con el doctor George Owen, especialista en fenómenos de espíritus y profesor de genética del Trinity College, en Cambridge. El doctor Owen nos dijo que tales interrupciones iban asociadas con frecuencia a la presencia de niños, que la duración era de dos a ocho semanas y que, una vez hubieran desaparecido, no volverían a producirse.

Owen afirmó que los hechos eran auténticos y que los producía yo. Los fenómenos se hacían cada vez más poderosos, a la vez

que aumentaba su intensidad. De este modo, terminaron por convertirse en una rutina diaria, y tenían lugar entre las siete y las siete y media de la mañana. Cuando aún estábamos en estado de semiinconsciencia, disponiéndonos a salir de la cama, era cuando se producían. Desde lo alto de la escalera se podían oír ruidos y golpes a medida que aumentaba el alboroto, pero nosotros nunca vimos volar ninguno de los objetos. Los objetos desplazados eran indefectiblemente adornos de escaso peso, sillas, cuchillos, ceniceros, cestas, platos, una pequeña mesa de café y una serie de utensilios diversos, ninguno de los cuales resultó roto o dañado.

Los fenómenos al cabo de algún tiempo desaparecieron, pero cuando cumplí los quince años, volvieron a suceder con más intensidad si cabe. A los dieciocho años había experimentado más fenómenos psíquicos que la mayoría de las personas llegan a conocer siquiera de oídas a lo largo de su vida. Doblaba clavos y cucharas sin tocarlos. Movía objetos de sitio sin tocarlos. Hacía diagnósticos médicos acertados, con sólo tener la fecha de nacimiento del paciente. He realizado dibujos idénticos a los de Picasso, Durero y Paul Klee, entre otros, dejándome llevar por fuerzas desconocidas, sin conocer los originales. Mediante escritura automática capto mensajes de personas de distintas nacionalidades, que han vivido en otro tiempo.

Matthew ha visto sometidas sus dotes a serios y exhaustivos test y experimentos científicos, cuyos resultados han venido arrojando constantemente nueva luz sobre sus poderes extraordinarios.

En julio de 1974, un grupo de eminentes científicos hizo algunos descubrimientos fenoménicos que no sólo permiten ahora contemplar los poderes psíquicos de Matthew desde una nueva perspectiva. El profesor Brian Josephson, miembro de la Royal Society, premio Nobel de Física en 1973, ha dicho: «Estamos a punto de hacer descubrimientos que pueden resultar importantísimos para la física. Aquí nos encontramos con una nueva clase de energía (Matthew). Esta fuerza tiene que estar sometida a las leyes. Yo creo que los métodos comunes de investigación científica nos dirán muchas cosas sobre los fenómenos psíquicos. Éstos son ciertamente misteriosos, pero seguro que no son más misteriosos que todo un

cúmulo de cosas que figuran ya en la física. En tiempos pasados, los científicos —respetables— no habrían tenido nada que hacer con los fenómenos psíquicos; muchos de ellos, ni aun ahora. Yo creo que los científicos —respetables— se darán cuenta de que se han quedado en tierra.»

Durante un experimento práctico, en la mano de Matthew se colocó la llave de una cerradura o, en otro caso, el muchacho puso su mano encima de una llave. La idea era descubrir si la onda cerebral de Matthew acusaba algún cambio peculiar.

Tan pronto como cumplió las instrucciones, el electroencefalograma registró una lectura inesperada y decididamente única. Algunos de los objetos metálicos que habían sido colocados bajo la mano de Matthew, o se habían doblado o continuaban doblándose aún. Para todos los científicos presentes, el esquema de las ondas cerebrales, registrado cada veinte segundos, era totalmente nuevo. El nivel de energía psíquica registrado era excepcionalmente alto, prácticamente único. Uno de los profesores dijo haber visto un esquema similar con anterioridad en un paciente al que se había administrado una dosis excesiva de una droga alucinógena. A esta nueva onda cerebral se le dio el nombre descriptivo de «función en rampa».

El doctor J. Whitton, en su informe, decía que «la función en rampa» ha sido presentada con anterioridad; sin embargo, el gran incremento de energía zeta y el normal descenso de energía beta, que caracteriza la función en rampa comparada con otros estados, han sido descubiertos por Hiroshi Motoyama (1965) para distinguir el comportamiento paranormal.

Según el profesor Peter Bander, el origen de la función en rampa (y, en consecuencia, la fuente de energía psíquica) radica, como se comprobó con Matthew, en la parte más vieja del cerebro humano; por este motivo, el doctor Whitton cree que la capacidad o energía psíquica no es un «don excepcional» o una disposición fruto del espacio y del tiempo, sino una función innata, una capacidad del *Homo sapiens* que, probablemente, procede de los primeros tiempos en la historia del hombre; tal vez se trata de una función que la mayoría de las personas perdió hace muchos miles de años.

Posiblemente una explicación sería: lo que somos físicamente

es mucho más inteligente que lo que somos intelectualmente. «Explicado» (en inglés, *explained*) significa «aplanar», poner algo sobre un terreno llano. Pues bien, como dicen algunos científicos de la forma más llana y clara: «La civilización humana ha llegado al extremo en el que tenemos que controlar nuestra propia evolución. Ya no podemos dejar que dependa de los procesos espontáneos de la naturaleza.»

Evidentemente, para poder controlar nuestra propia evolución hemos de ir mutando hacia estadios superiores, un proceso que lentamente se va produciendo en nuestra especie en número cada vez mayor. El camino está abierto, los científicos han dado el primer paso, quizá ahora debamos correr.

El ingeniero evolucionista Francesc Fígols, en su libro *Cosmos y Gea, fundamentos de una nueva teoría de la evolución*,[8] nos explica lo siguiente: «Podríamos plantearnos que el propósito recóndito de la evolución podría ser la emergencia y el desarrollo del hombre en la Tierra. De manera que lo que vemos a nuestro alrededor como reinos mineral, vegetal y animal no serían nuestros antepasados, sino el resto dejado en el camino de un ser arquetípico.

»Tras una larga evolución histórica hemos llegado a ser conscientes de nosotros mismos y a situarnos con libertad para escoger: o permanecemos siendo y considerándonos como una simple criatura de la naturaleza, o recordamos nuestro verdadero origen y progresamos hacia un desarrollo ulterior.»

Por otra parte, la revista *The American Mercury* publicó un informe sobre la sorprendente Leonora Simonds Piper (Nashua, New Hampshire, 1859-1950). Cuando tenía sólo ocho años de edad, estaba jugando sola en el jardín y sintió un dolor agudo en la oreja derecha y una voz trémula que le susurraba: «Tía Sara acaba de irse con los muertos.» Resultó que su tía Sara había muerto en ese momento.

Este hecho y otros posteriores no menos sorprendentes llamaron la atención del psicólogo americano Guillermo James. El doctor James dudaba de las facultades extraordinarias de la señora Piper, e intentó demostrar que no eran reales. No obstante, tras algunas sesiones, James se convenció de que existía algo más que simples juegos de manos. Por ejemplo, su madre política había ex-

traviado una libreta de ahorros, Piper le dijo con exactitud dónde se encontraba. Pero era posible que la señora Piper supiera datos sobre su familia, e hizo que un colega de Oxford que aquellos días estaba en una gira de conferencia lo acompañase a una sesión, llevó a la señora Piper a estado hipnótico. La mujer dio el nombre de los padres del sabio inglés, indicó la enfermedad de que había muerto su padre, e hizo mención de otros detalles personales acerca de él. Después de otras demostraciones parecidas, James dijo: «Ahora creo en ella, posee fuerzas que hasta hoy no han sido aclaradas.»

La señora Piper fue llevada a Inglaterra por la British Society for Psychical Research. Una vez hubo desembarcado en Liverpool estuvo constantemente bajo vigilancia. Como invitada de sir Oliver Lodge, se mantuvo apartada de todo el mundo y su trato con el servicio fue en todo momento vigilado por miembros de la Society for Psychical Research. El profesor Lodge guardó bajo llave la Biblia de la familia y todos los álbumes de fotos. Piper dio todos los datos que le fueron requeridos sobre la familia de sir Lodge, datos que se remontaban a tres generaciones anteriores.

Cuando le preguntaron qué sentía cuando estaba en trance, contestó: «Lo que me pasa cuando me hallo en estado hipnótico no lo sé exactamente, y tampoco acierto a explicar lo que durante éste, según me dicen, sucede.»

Tras múltiples pruebas hubo que admitir que la señora Piper hacía cosas inexplicables. A pesar de ello, en la actualidad se ponen en duda sus facultades de vidente alegando que se pueden explicar por telepatía, cosa que no deja de sorprender.

En busca del ser arquetípico

En los desiertos de Oriente Medio se produce el prodigio, casi podríamos llamar el milagro, de la «efímera». En regiones donde no ha llovido en más de quince años, y después de producirse un gran chubasco, el desierto se cubre de una inmensa alfombra, de una manta de flores de todas las formas y colores: amarillo, violeta, rojo y azul. Esta aparición casi milagrosa, que viene repitiéndose desde hace siglos, es el resultado de algo tan natural como una serie de

inhibiciones químicas. Existen algunos productos químicos que impiden la germinación en las plantas. En el caso de la efímera, el medio natural ha dotado a sus semillas de una especie de impermeable o saco de dormir a prueba de lluvias. En el caso de producirse precipitaciones que por su intensidad no llegan a proporcionar a las semillas la madurez necesaria, algunos de los productos químicos desaparecerán, pero la semilla generará el inhibidor y volverá a dormitar otra vez durante años. Cuando las lluvias son muy importantes y son capaces de hacerlas madurar, los productos químicos se desprenden con el agua y las semillas germinan.

También parece existir un inhibidor que priva de la aparición del florecimiento, del brotar, del nacimiento, de un ser superior en nuestra especie. Durante años, estas apariciones duermen, de repente algo, algún tipo de influencia también desconocida rompe el inhibidor y se produce la aparición, igualmente casi milagrosa. Al contrario que en el desierto, donde la efímera surge a expensas de los cambios climáticos, la «efímera humana» se produce cuando la especie necesita de ese florecimiento para avanzar, después de un período determinado de aletargamiento.

El siglo XVIII, el Siglo de las Luces, de la razón, parece ser que también fue el siglo productor de disolventes de inhibidores. De repente brotaron mil y un magos, ocultistas, teósofos, cabalistas, pensadores evolucionistas, místicos e iluminados: el caballero d'Eon, el caballero de Seingalt (Casanovas), Swedenborg, Christian Rosenkreutz, Montesquieu, Voltaire, Dom Pernetty, Lavater, Claude de Saint-Martin, Cagliostro, etcétera.

Destacaba por encima de todos el llamado conde de Saint-Germain. Apareció sin saberse de dónde venía. El año de su nacimiento se sitúa en 1710, pero otras versiones lo fijan en el mes de mayo de veinticuatro años antes. El lugar, desconocido, si bien algunos lo emplazan en un castillo de los montes Cárpatos como hijo del último rey de Transilvania, Ferenz II Rákóczi, y de su primera esposa, Teleki, y le atribuyen como verdadero nombre Sanctus Germanus, «Santo Hermano». La alusión a la masonería es evidente.

En la tradición masónica de Rumanía se relata que el primer masón que fue iniciado el 8 de febrero de 1431 respondía al nombre de Vlad Dracul, nacido en mayo de 1400, hijo natural recono-

cido de Mircea el Viejo, que pasó su adolescencia en un castillo de Transilvania.

Un documento de 8 de febrero de 1431 relata que Vlad Dracul fue iniciado en la Ordinul Dragonului, cuya ceremonia se celebró en un palacio en Núremberg. La Ordinul Dragonului era una sociedad secreta, antecesora de la masonería rumana. La masonería moderna en Rumanía fue iniciada en 1700 por Constantin Mavrocordat, y la primera logia de que se tiene conocimiento es la Logiga de Galazzi en 1734, posiblemente donde fue iniciado el llamado conde de Saint-Germain.[9]

Napoleón III perteneció seguramente a una organización formada por carbonarios y masones (en Francia, los masones lo apoyaron en las elecciones), aunque existen dudas al respecto sobre su iniciación. En su biblioteca particular, de más de diez mil volúmenes, entre otros escritos de contenido iniciático figuraban los libros y documentos secretos del conde de Saint-Germain, que le habían sido entregados por los servicios de información de la policía. Un incendio que arrasó parte de las Tullerías de París en 1871 destruyó la biblioteca de Napoleón III y, con ella, los documentos de Saint-Germain.

El único documento manuscrito que se conserva de Saint-Germain, titulado *La santísima trinosofia*, está escrito con jeroglíficos de difícil interpretación, símbolos mágicos en idiomas antiguos y caracteres cuneiformes. Se conserva en la Biblioteca de Troyes (Francia),[10] y su contenido mágico y alquímico es de difícil interpretación. Describe a los hermanos superiores y habla del jefe de los sabios, quizá una referencia a un Dios desconocido.

Madame du Hausset lo describe así en sus memorias: «Parecía tener unos cincuenta años (apareció en París en 1758). No era ni grueso ni delgado, tenía un aire delicado, espiritual. Vestía con sencillez, pero con gusto, y llevaba en los dedos diamantes muy bellos, así como en su pechera y en su reloj.»

Madame de Genlis dice de él: «Era un hombre de estatura algo inferior a la talla media, bien formado y de andar muy pausado. Sus ojos eran negros, su tez muy morena, su fisonomía muy espiritual, sus rasgos muy regulares. Había viajado mucho, sus conocimientos de la historia moderna eran realmente asombrosos, por el lujo de

detalles con que los exponía. Poseía sin duda algunos secretos privados que le habían procurado una salud muy robusta y una vida más larga que la existencia normal del hombre.»

Casanova, que lo conoció en casa de la marquesa de Urfé, dice de él: «Hablaba a la perfección gran número de lenguas (francés, inglés, italiano, alemán, castellano, portugués, griego, latín, chino, árabe y sánscrito), tenía grandes conocimientos de política, arte, ciencias, poesía, medicina, química, música y pintura. Poseía gracia en sus movimientos (era ambidiestro) y un rostro agradable capaz de atraer a las mujeres.»

En 1760 Voltaire escribe a Federico II: «El conde de Saint-Germain [era conde de alguna cofradía u orden de carácter esotérico] es un hombre que no muere jamás y que lo sabe todo [recordemos que Voltaire y Federico el Grande eran masones].»

No obstante, también tenía detractores. Así, por ejemplo, sir Horace Walpole, el célebre político inglés, que conoció a Saint-Germain en Londres, lo consideraba una «especie de loco» que se «contenta con afirmar cosas absolutamente pasmosas: en primer lugar, que vive bajo un nombre falso y, después, que jamás ha tenido nada que ver con una mujer». El propio Saint-Germain le dijo a madame Lambert (vivía en el chalet particular de dicha señora, en la calle Richelieu): «Yo no puedo tener comercio con ninguna señora.»

Tras haber viajado por toda Europa, el Tíbet, África, México y Turquía, el conde empieza su carrera francesa en febrero de 1758. En menos de seis meses, obtiene la protección de la marquesa de Pompadour y se convierte en uno de los favoritos del rey Luis XV, muy cercano a la masonería. Si bien no se conoce su afiliación a dicha orden, debido a la bula de Clemente XII dos años antes, contra la masonería, su gran amigo el duque de Antón fue gran maestro de la Gran Logia de Francia.

Saint-Germain apenas comía, y sus conocimientos de química y alquimia pronto fueron conocidos en todo París. Se hablaba de su facultad de transmutar los metales y las formas de prolongar la vida a través de pócimas e ungüentos (elixir de la larga vida). Era, además, un pintor de talento. Madame de Genlis escribe: «Había hallado el secreto de colores realmente maravillosos, lo que hacía sus

cuadros extraordinarios. Latour, Van Loo y otros pintores acudieron a ver sus obras y admiraron enormemente el artificio sorprendente de aquellos colores.»

Tocaba a la perfección el clave y el violín. Compuso numerosas piezas, varias de las cuales fueron publicadas en Inglaterra. Rameau admiraba su talento como compositor. Es necesario tener en cuenta su conocimiento de la palenginesia.[11]

El barón de Gleiche afirmaba que el conde era muy rico. El alemán cuenta que Saint-Germain lo invitó a ver su colección particular de cuadros, y el barón quedó anonadado ante la riqueza de las obras, ya que en su mayoría eran telas de auténticos maestros, destacaba una Sagrada Familia de Murillo. Asimismo le enseñó una colección enorme de piedras preciosas, de diamantes de color y perfección sublimes, así como zafiros, ópalos y rubíes sin montar, collares, cruces y brazaletes suntuosos. Todo París comentaba que el conde tenía la facultad de fabricar oro y piedras preciosas.

Conseguía curaciones milagrosas y se le había visto en dos lugares a la vez (Marsella y París). En 1776 apareció en Leipzig, y declaró a uno de sus interlocutores: «Mi único propósito es hacer felices a los hombres. Si lo logro, me sentiré sobradamente recompensado.»

En Holanda se le conocía como conde de Surmont, en Bélgica como marqués de Montferrat, y en Rusia como general Welldone. En Núremberg se presenta como príncipe Rakóczi.

En 1783 hace al príncipe de Hesse la siguiente revelación: «Soy el más antiguo de los masones.» Hay constancia de que perteneció a la logia masónica Nain Brothers en Estados Unidos. Curiosamente, parece ser que La Fayette y Franklin eran miembros de una logia con el mismo nombre en Francia.

A finales de 1783, el príncipe de Hesse parte para un viaje bastante largo a Cassel. Antes de marcharse, el conde le dice: «Querido príncipe, pobre de mí si osase hablar.»

Sait-Germain muere el 27 de febrero de 1784 en Eckenförde, residencia de Carlos de Hesse, donde es enterrado.

Posteriormente es visto en 1790 en París y Viena. El escritor Giovanni Papini asegura haber encontrado a Saint-Germain a bor-

do de un barco camino de Bombay. Se dice que Annie Besant y madame Blavatsky lo hallan en Italia sobre 1890. Asimismo, es visto en 1926 en Roma, y en Francia, en 1940 y 1945.

En la acualidad, la escuela de metafísica lo tiene como referente, y algunos ocultistas creen que Saint-Germain sigue vivo.

El misterio sigue activo y, después de los más de trescientos años transcurridos, sus connotaciones no han decaído, todo lo contrario: se mantienen más fuertes y profundas. La única explicación que la analítica mental admite es la de una mutación de la especie, o bien que Saint-Germain tuvo acceso a los secretos de la materia a través de un saber antiguo del que, a lo largo de la historia, se han dado bastantes casos parecidos. Su cadáver, como en otros casos similares, no ha sido localizado, después de múltiples expediciones de búsqueda a lo largo de los años. Abusando de nuestra imaginación, apuntamos la posibilidad de que estuviera en contacto con civilizaciones extraterrestres.

Desde 1964 existe una red, quizá la más secreta del mundo, cuyos miembros pertenecen a los más altos escalafones del mundo científico, son célebres, dirigen centros de investigación, grandes observatorios, laboratorios, institutos de prospectiva o futurología. Pertenecen a distintos países repartidos por el mundo entero. Su red cuenta con un número importante de astronautas que han gravitado en torno a la Tierra. Esta comunidad, que nunca da que hablar de ella, es la de los sabios que estudian los llamados «platillos volantes». Alguna vez, en casos muy sonados, un sabio explica en los medios de comunicación que son globos sonda o meteoritos, y que el tema es cuestión de soñadores o locos. Esta red se halla tan bien organizada que, cuando se produce un acontecimiento importante en cualquier parte del planeta, todos sus miembros son informados al día siguiente como máximo, y los expedientes transmitidos, estudiados al cabo de un par de semanas, analizados, sacando conclusiones y computarizados automáticamente, con ordenadores IBM. En el año 1965 contaba ya con dieciocho mil casos registrados sobre el fenómeno ovni; actualmente estos datos se han multiplicado por cinco.

El científico francés Aimé Michel (1919-1992), padre de la orthotenia (ortotecnia), ciencia que estudia los avistamientos de

ovnis, uno de los científicos más importantes que han estudiado el discutido tema, nos ha dejado escritas sus conclusiones:

> La antigüedad de la presencia de extraterrestres en la Tierra, su tecnología sobrehumana, su aspecto más que humanoide, su negativa al contacto: ¿puede montarse este rompecabezas? Enunciado de manera tan sumaria, tentados estamos de responder con Jung que cualquier oscuro ensueño arquetípico podría dar la clave del enigma. Pero, cuando se han estudiado millares de efectos físicos, huellas y documentos materiales, sabemos que la explicación psicológica es imposible. Sí, somos cientos, y sin duda miles, los que nos hacemos esa pegunta, que no pensamos sino en ella, que nos dormimos por la noche con ella y que nos quemamos las pestañas con ella, por la noche, en el silencio, cuando el tranquilizante ruido de los hombres se ha callado y sentimos bajo nuestro cuerpo adormecido la fuga de nuestro pequeño planeta por el espacio. He aquí, no obstante, entre otras muchas sin duda, una hipótesis que lo explicaría todo. En alguna parte de nuestro sistema solar, o en varios lugares coordenados, algo —llamémoslo una «máquina»— velaría y actuaría desde hace millares o decenas de millares de años. Esta máquina, por medios de los que nos dan una burda idea la cibernética y el cálculo cuántico, resumiría en sí el poder y la ciencia de una civilización lejana que la habría enviado para observar la evolución de la vida en los parajes del Sol y acaso para actuar sobre esa evolución. Los «platillos volantes» constituirían uno de los medios de acción de esa máquina. Los «pequeños pilotos» no serían en absoluto pilotos, sino el producto de una manipulación biológica operada por la máquina sobre muestras tomadas del seno de la humanidad (no olvidemos que varias docenas de miles de hombres de más o de menos pasarían de todos modos inadvertidos). Estos productos de cría, elaborados genéticamente y domesticados en función de un objetivo predeterminado, serían adaptados a ella y con esa finalidad. Aunque no fuesen sino humanos, no tendría ya nada de humano. Así se explicaría la ausencia de contacto: ¿contacto con quién? *No hay nadie*.
>
> Bien sé cuánto de escandalosa y repelente tiene semejante hipótesis. Pero, una vez más, en la actualidad no nos encontra-

mos sino en los ensueños imaginativos. La verdadera explicación acaso sea totalmente distinta. Y, para hallarla, quizá sea necesario que la humanidad entera se dedique a ello. Acaso entonces podamos vislumbrar la prueba más grande de nuestro futuro.

Y, de todos modos, nada de ello es para mañana: sólo algunos hombres piensan en ello.

En la segunda parte de este libro intentaremos adentrarnos prudentemente en este misterio sin resolver.

Samuel Liddell MacGregor

Los primeros cristianos adoraban o más bien veneraban a la diosa Ast, más conocida por su nombre griego, Isis, una de las principales diosas de la mitología egipcia. Las imágenes que representan a Isis amamantando al bebé Horusson interpretadas como el principio femenino, la creación de todas las cosas. Posteriormente el culto cristiano a la Virgen María con el niño en brazos, sustituyó la figura de Isis griega, que posiblemente, a su vez, había sido sustituida por Ast, cuyo significado parece ser «trono» o «sentada».

Es conocida la fotografía de Samuel Liddell MacGregor Mathers, con traje egipcio, trabajando iniciáticamente en el ritual de Isis dentro de los ritos de Golden Dawn. Mathers fue uno de los tres fundadores de esa orden esotérica, que por sus capacidades e influencia intentaremos analizar a lo largo de este libro hasta donde nos sea posible, teniendo en cuenta que actualmente la sociedad sigue existiendo.

Mathers nació un 8 de enero de 1854 en Hackney, un distrito al noroeste de Londres que en aquella época se caracterizaba por su pobreza y delincuencia. No hay constancia de los últimos años de la vida de Mathers, como tampoco del lugar y la fecha de su muerte. Violet Mary Firth Evans (Dion Fortune)[12] relató que su muerte fue debida a la terrible pandemia llamada «gripe española» de 1918, pero no hay en absoluto constancia fidedigna del hecho, así como tampoco del lugar donde está enterrado. Una explicación a la afirmación de Violet sería que en Inglaterra murieron doscientas mil personas por la epidemia, y en Francia cuatrocientas mil, con lo

que evidentemente a principios del siglo xx no se estaba preparado para una pandemia de ese tipo, agravada por los estragos de la guerra mundial, con lo que hubo muchas defunciones no registradas e infinidad de cuerpos enterrados en fosas comunes. Huérfano a corta edad, Mathers asistió al Bedford Grammar School, donde obtuvo calificaciones brillantes en los pocos estudios que realizó. No se explica cómo conocía, aparte del inglés, el francés, el latín, el griego, el hebreo, el gaélico y el copto. Sus traducciones tuvieron gran influencia en el mundo esotérico de su momento.[13] Desde muy pequeño era vegano (vegetariano antivivisección ista), no fumaba y era abstemio. Tenía un gran interés por la magia y la teoría de la guerra. Con toda seguridad, la influencia de su vecino el reconocido alquimista y masón Frederick Holanda fue fundamental en la formación del joven Samuel. Fue apadrinado por Frederick e iniciado en la masonería en 1877, y alcanzó los máximos grados, así como en la Fraternidad Rosacruz.

Sin duda alguna, la influencia de su cuñado, hermano de su esposa Moina Mathers, de soltera Mina Bergson, el Premio Nobel de Literatura Henri Bergson, posiblemente el filósofo más importante de Francia de la época, de madre inglesa, de ahí la relación de su hermana con Inglaterra y el matrimonio de ésta con Mathers. Sus grandes tratados sobre la esencia y el pensamiento, así como su gran obra *Solución a los problemas metafísicos*, debieron de influir en la formación de Mathers.

Tuvo bastantes seguidores pero también grandes detractores, uno de los cuales fue Aleister Crowley,[14] enfrentado con Mathers al haber sido tratado como villano en su novela *Moonchild.* Crowley creó una orden particular llamada Astrum Argentinum. En sus memorias, Crowley relata cómo Mathers jugaba diferentes partidas de ajedrez contra varios dioses paganos. Creó un tablero especial y se sentaba detrás de las piezas blancas; el lugar de las piezas negras estaba vacío. Mathers movía pieza y esperaba una señal del dios del otro lado; una vez recibida, movía imaginariamente la ficha negra, para seguidamente volver a mover una blanca, y así sucesivamente. Crowley no registró en sus memorias las veces que Mathers ganó.

William Butler Yeats,[15] en uno de los tomos de su autobiografía, *El estremecimiento del velo*, describe así a Mathers: «A menudo

veía en la sala de lectura del Museo Británico a un hombre de treinta y seis o treinta y siete años, vestido de terciopelo castaño, de rostro demacrado y resuelto, cuerpo atlético, y que me pareció, antes de enterarme de su nombre o conocer la naturaleza de sus estudios, un personaje de novela. Se llamaba Liddell Mathers, pero pronto se convertiría, por influencia del movimiento céltico, en MacGregor Mathers, y luego en MacGregor a secas. Era el autor de *La cábala desvelada*, y tenía sólo dos temas de estudios, la magia y la teoría de la guerra [...]. Había copiado en el Museo Británico una multitud de manuscritos sobre los ritos y la doctrina de la magia; debía copiar muchos más en las bibliotecas del continente. Fue, sobre todo, gracias a él como aprendí ciertos estudios y ciertas experiencias...

»Llevaba la cabeza alta en medio de una gran pobreza. Alguien que practicaba el boxeo con él todas las noches me contó que, durante varias semanas, le había estado enviando a la lona, pese a que Mathers era el más fuerte, para enterarse mucho tiempo después de que, durante ese tiempo, Mathers había estado sufriendo hambre.

»Poco después de mi primer encuentro con Mathers, él conoció un período de moderada prosperidad al convertirse, durante dos o tres años, en conservador de un museo privado en Forest Hill, y al casarse con una mujer joven y bella que era la hermana de Henry Bergson...

»En París [...] residí al principio con MacGregor Mathers y su graciosa mujercita cerca del Campo de Marte, o avenida de Mozart, pero más tarde completamente solo en un hotel de estudiantes del Barrio Latino [...]. Por la noche, ¡él se vestía como un *highlander* y bailaba la danza de la espada! Dedicaba cada domingo a la evocación de los espíritus, y me di cuenta de que, ese día, escupía sangre [...].

»En 1914, perdió la pequeña renta de la que vivía y cayó en una gran pobreza. Por la misma época, convirtió su casa en una oficina de reclutamiento, reunió seiscientos voluntarios para la Legión Extranjera, entre los ingleses o los americanos nacidos en Francia, y tomó parte en su entrenamiento.»

Tenemos constancia de que, en su madurez, Mathers practicó la magia. En una relación un tanto extraña con el doctor Woodman

y con Wynn Westcott, los tres miembros de la Societas Rosicruciana in Anglia, Mathers les mostró ciertos documentos cifrados de gran importancia mágica (se supone que encontrados en alguna biblioteca), que fueron traducidos del inglés arcano por el propio Westcott. Estos documentos fueron mostrados en Núremberg a Anna Sprengel, donde fueron reconocidos como auténticos y relativos a una rama alemana de rosacrucianismo llamada L... L... L... (Licht, Liebe und Leben). En los manuscritos encontrados apareció el citado nombre de Anna Sprengel como representante de Sapiens Dominabitur Astris (SDA). Ésta, como *imperatrix* alemana de la orden, autorizó la creación de la Golden Dawn Outer (El Alba Dorada del Exterior).

Mathers pretendía estar en relación con los «Superiores Desconocidos» y haber entablado contacto con ellos. En uno de los apartados del manifiesto que escribió en 1896 a los «Miembros del Segundo Orden», decía: «Con referencia a estos jefes secretos, y de los cuales he recibido la sabiduría del Segundo Orden que os he comunicado, nada puedo deciros. Ignoro incluso sus nombres terrenos, y sólo los he visto muy raras veces en su cuerpo físico. Nos encontramos físicamente en tiempos y lugares previamente fijados. En mi opinión, son seres humanos que viven en esa tierra pero que poseen poderes terribles y sobrenaturales. Mis relaciones físicas con ellos me han enseñado lo difícil que es para un mortal, por muy avanzado que sea, aguantar su presencia. No quiero decir con ello que, en estos raros encuentros, experimentase el afecto de la depresión física intensa que sigue a la pérdida del magnetismo. Por el contrario, me sentía en contacto con una fuerza tan terrible que sólo puedo compararla al efecto experimentado por alguien que se encontrara cerca de un relámpago durante una violenta tempestad, acompañado de una gran dificultad de respirar. La postración nerviosa de que os he hablado iba acompañada de sudores fríos y de pérdida de sangre por la nariz, por la boca y a veces por los oídos.»

Los milagros, ¿fenómenos psíquicos o intervenciones divinas?

Consumado lo racional, entramos en las fronteras de lo irracional, en el mundo de lo milagroso, el mundo que no se puede catalogar ni como magia ni como realismo fantástico, pues no existe una realidad científica que lo pueda amparar, quizá alguna vaga explicación paranormal.

Recuerdo que a mis dieciocho años, haciendo una recolección de mis menguados activos económicos acumulados después de tiempo, paciencia y voluntad, me pude comprar en una librería de viejo los dos tomos de *La pluralidad de mundos habitados* (Maucci, Barcelona, 1866), una traducción a la vigésimo quinta edición francesa y los dos de *Historias del cielo* (Maucci, Barcelona, 1896), ambas de Camille Flammarion.[16] Me impresionaron las palabras del científico *(«... Au sein des ténèbres de l´espace, notre terre flotte, petite île, dans le grand archipel des mondes»)*, la lectura me entusiasmó y me llevó a ser un apasionado del sabio. Pasados unos años pude comprarme los tres volúmenes de *La muerte y sus misterios: Antes de la muerte, Alrededor de la muerte* y *Después de la muerte* (M. Aguilar, Madrid, 1923), y aún me impresionaron más si cabe las palabras de Flammarion: «El habitante de la Tierra es un ser muy especial. Vive sobre un planeta sin saber dónde vive, sin sentir la curiosidad de preguntárselo y sin desear conocer su propia naturaleza. No tengo ningún prejuicio, ni religioso ni antirreligioso. En las creencias menos razonadas se descubre con frecuencia un fondo de verdad mal interpretada. Debemos observar con independencia y sacar nuestras conclusiones.» Y añadía: «La ciencia debe estudiar los fenómenos milagrosos como estudia los físicos, sin detenerse ante lo inverosímil.»

Schopenhauer, el célebre filósofo alemán del siglo XIX, padre del principio de la razón suficiente, creía en la magia y el magnetismo animal, así como en lo milagroso racional y en las apariciones de espíritus.[17] Aunque era un reconocido ateo, dejaba una puerta entreabierta a los hechos y apariciones inexplicables por la razón, los cuales podían tener otras motivaciones diferentes de las explicaciones religiosas.

Es difícil separar la carga científica de los milagros de la base religiosa de los mismos, y más difícil aún aceptar los hechos; los milagros no son frecuentes, la mayoría piensa que no son verdad, pero la realidad es que no ha tenido la oportunidad de enfrentarse a una prueba definitiva de su existencia para poder discernir sobre su veracidad.

La inmensa mayoría de los científicos no han querido dar explicaciones a lo milagroso sobrenatural, o no han entrado ni siquiera en el tema, o bien se han guardado sus descubrimientos por miedo a ser atacados y quizá ridiculizados. En definitiva, la ciencia ha depositado en brazos de los apologistas de las religiones el tema de los milagros.

Tal vez la mejor definición de milagro que conozco es la que hizo el gran experto Prospero Lambertini[18] en 1730, en su libro sobre el tema milagroso *De canonizatione.* Lo definía como «un hecho producido por el orden sobrenatural en el mundo físico».

Retomando el tema expuesto en el capítulo anterior sobre la resistencia sobrenatural al fuego, separamos de los muchos milagros atribuidos a san Francisco de Paula (1416-1507) el siguiente, ilustrativo del fenómeno. Sucedió alrededor de 1435, cuando este fraile italiano estaba ayudando a la construcción de un monasterio en la localidad de Paula, según relatan los biógrafos del santo de la siguiente manera: «Quizá el más sorprendente de todos los milagros acaecidos durante la edificación de este monasterio fue uno de los primeros, relativo al horno construido para preparar el mortero. Poco después de terminado, unos operarios advirtieron que algunas de las piedras que formaban el muro habían quedado sueltas, bien por defecto de construcción, bien por el tremendo calor del interior. Alarmados, los obreros que atendían el horno acudieron a contárselo a Francisco y le expresaron su temor de que el horno se colapsara. Francisco examinó los daños y animó a los obreros a que se alegraran y confiaran en la ayuda divina. Cuando todos los operarios salieron a almorzar, Francisco se acercó a la entrada del horno, alzó las manos en señal de oración, hizo la señal de la cruz sobre el mismo y se adentró entre las furiosas llamas. Una vez dentro, constató el estado del horno y después, con toda calma, volvió a salir sin que el fuego hubiera dañado siquiera su hábito. Las imper-

fecciones del horno quedaron reparadas en aquel mismo instante.» Evidentemente podemos dudar del relato, pero en 1519, en el proceso de canonización, ocho testigos visuales certificaron la autenticidad del fenómeno. Actualmente el horno se encuentra todavía al lado del monasterio.

Después de analizar a fondo el fenómeno «milagroso», hemos visto que está muy extendido en el espacio y no es exclusivo de las religiones o creencias, si bien la Iglesia católica es la que le da más importancia y tiene inventariado el mayor número de milagros, pero también existen equivalentes no cristianos e incluso totalmente seculares. En realidad no parecen tener exclusivamente origen divino, sino que parecen ser más bien ampliaciones de algún tipo de facultad psíquica poseída por sus ejecutantes.

En las religiones orientales, los milagros son un fenómeno tan normal que en realidad no producen ningún tipo de admiración. Normalmente van asociados al nacimiento de maestros espirituales o personas santas, pero de una manera específica se relacionan con los «perfectos», también llamados «semidioses» *(siddha)*, y los poderes *(iddhi)*. Tales poderes serían propios de una manifestación viviente de lo divino *(avatâra)*. Podemos tomar como ejemplo al recientemente fallecido Sathya Sai Baba.

Los gurús sijs condenaron en su día el recurso a los milagros, fundamentalmente porque los vieron como explotación de las personas crédulas. Curiosamente, de dichos gurús se cuentan muchos milagros.

En el islam, el Corán nos habla de los signos de Alá *(âyat)* como prueba del poder divino, fenómenos naturales y acontecimientos extraordinarios. El término utilizado en el islam para referirse a los milagros,[19] aunque no aparece en el Corán, es *mu´jiza* (algo que normalmente está fuera del alcance del hombre). Se trata de un signo que ofrece Alá para demostrar la autenticidad y la veracidad de un profeta, más especialmente de Mahoma. Aunque se afirma que el único «milagro» de Mahoma es el Corán, «sira, hadit» las leyendas le atribuyen múltiples milagros, algunos de los cuales presentan claras reminiscencias de relatos del Nuevo Testamento.

Entre los judíos, la fe en los milagros descansa en una serie de descripciones bíblicas de intervenciones divinas, empezando por la

Creación misma. En la Biblia hebrea, acontecimientos como las diez plagas y el paso del mar Rojo están descritos como intervenciones de Dios. A los filósofos judíos medievales les resultaba difícil aceptar el elemento sobrenatural en la comprensión bíblica de los milagros; esta forma de pensar fue condenada como «helenismo» por pensadores como S. D. Luzzato.[20]

Debemos señalar que los milagros no representan un grupo de fenómenos psíquicos como tales. Reseñados normalmente en parapsicología, nunca han sido probados como milagros las transmisiones de pensamiento, las levitaciones, las apariciones, las profecías, los estigmas, las bilocaciones u otros fenómenos de este tipo. En el alma del hombre retumba produciendo cierto dolor lo que podemos llamar «dialéctica de las hierofantas»: la separación radical entre lo profano y lo sagrado, la ruptura con lo real producida por esa separación, entendiendo como profano los fenómenos paranormales.

Casi con ochenta años, Alexandra David-Néel,[21] en una conferencia en la cátedra del doctor D'Arsonval del Colegio de Francia (cátedra que fue del padre de la medicina experimental Claude Bernard), dijo lo siguiente: «Todo aquello que de cerca o de lejos tenga afinidad con los fenómenos psíquicos y con la acción de las fuerzas físicas en general ha de ser estudiado y sistematizado como una ciencia. No hay en todo ello milagros, nada sobrenatural, nada que engendre y alimente la superstición. El adiestramiento psíquico, razonado y conducido científicamente, puede lograr interesantes resultados. Por ello, los datos adquiridos por dicho adiestramiento, aun cuando éste se realice empíricamente y esté basado en teorías a las que no siempre podemos asociarnos, constituyen documentos útiles de nuestro estudio.»

El teólogo alemán Schamoni, autor de *Wunder sind Tatsachen*, el repertorio más completo de milagros aprobados para las canonizaciones, relata que se podría buscar algún paralelismo entre los fenómenos psíquicos y los milagros en el inventario de *Les Positiones* de la Biblioteca Nacional de París. En resumen, tenemos dos posiciones, una que dice que los milagros son producidos por una fuerza desconocida, según los niveles mentales en las capas profundas del inconsciente, y en determinados casos solicitando mentalmente a las defensas del organismo curar las enfermedades más temibles, posi-

ción postulada por la parapsicología. Ante este postulado, vamos a tener que buscar directamente una respuesta científica. El problema es que no se ha dado con el método, y el precio por los métodos ordinarios tiene un costo económico inabordable al intentar buscar respuestas en los laboratorios experimentales. Según Pierre Délooz,[22] el Pentágono habría renunciado a mantener una investigación en un campo que le habría costado veintidós millones de dólares en diez años para resultados sin interés proporcional, desde el punto de vista del espionaje, en tres cuartas partes de los casos (*Time International*, 11 de diciembre de 1995, p. 38). A pesar de todo, se puede pensar que un 25 por ciento de éxito que se podría conseguir no está tan mal... En todo caso, no dicen que no hay nada que investigar y dejan entrever que la posibilidad de encontrar una respuesta científica a los milagros es posible.

La otra posición es la intervención divina, en la que las religiones aportan sus datos, convicciones y dogmas; posición que se sintetiza en la conexión divina, sustentada por la fe o como mucho por una evolución espiritual.

Hablar de los milagros sin suscitar abominaciones por un lado o por el otro es difícil, no vamos a dar desenlace a la cuestión, no seremos jactanciosos sin base real. Se cuenta que Victor Hugo dijo al morir: «Voy a desembarazar el mundo»; evidentemente no es nuestro caso.

Apuntaremos el sobrecogedor fenómeno que se produce en el primer centro mariano del cristianismo. Quien haya estado en Lourdes (hace ciento cincuenta años de los hechos milagrosos) y haya asistido a las sobrecogedoras procesiones de los enfermos, sobre todo a la procesión nocturna llamada «de las antorchas», ha podido comprobar la carga de energía psíquica concentrada en miles de personas que al mismo tiempo están pensando intensamente en una curación. En consecuencia, nos limitaremos a exponer algunas cuestiones, dejando el análisis y la interpretación particular a cada uno.

Levitaciones místicas

Hemos tratado el milagro de santa Teresa de Ávila, pero quizá el caso más espectacular e increíble de levitación se debe a san José de

Copertino (Copertin, Italia, 1603-1663). A diferencia de las de santa Teresa, sus levitaciones fueron presenciadas por personas externas no católicas, como relataremos a continuación. Conocido como el «fraile franciscano volador», José experimentó a lo largo de su vida numerosas y espectaculares levitaciones, algunas breves y otras que se prolongaban durante varios minutos e incluso horas, y en ocasiones se le veía literalmente volar a varios palmos del suelo a considerable velocidad.

El caso es tan raro y extraordinario que es citado con gran incomodidad por los estudiosos que niegan los milagros. Es más, el padre Robert Smith, sacerdote católico, considera que los relatos sobre los vuelos del santo son en algún caso ridículos. No obstante, el famoso antropólogo inglés Eric Dingwall, experto en fenómenos psíquicos y uno de los más importantes y respetados estudiosos de la parapsicología, ha recogido, traducido y evaluado muchos de los relatos originales que atestiguaban las levitaciones de san José y sus vuelos. En su libro de 1947 *Algunas rarezas humanas*, hace referencia en más de cien veces al santo y sus portentosas facultades.

El padre de José era carpintero en Copertino, y el chico, ya antes de cumplir los nueve años, experimentó varios éxtasis místicos, entrando en trances a veces espectaculares, sin padecer ninguna enfermedad visible. En seguida mostró una gran inclinación por la vida religiosa y, cuando aún era un adolescente, decidió hacerse fraile. En principio fue admitido en una orden capuchina como lego en 1620, pero debido a su comportamiento fuera de lo normal, fue expulsado de la orden. Deambuló por las cercanías de su pueblo durante unos meses y acabó ingresando en una orden monástica, donde se torturaba flagelándose y practicando el ayuno y la falta de sueño; en invierno, con bajísimas temperaturas, se le veía caminar sólo con una fina camisa. Con el tiempo y debido a su poder de sugestión, fue acogido en la Orden de San Francisco en Altamira, y en 1628 fue ordenado sacerdote.

Es por esa época cuando empieza a experimentar las levitaciones, cuando contaba apenas veinticinco años. Se había desplazado a Nápoles para presentarse ante una comisión de la Iglesia acusado de herejía y, mientras celebraba la misa en el monasterio donde se hospedaba, levitó repentinamente en un rincón de la capilla y voló por

toda la iglesia hasta el altar mayor. Apenas acababa de posarse otra vez cuando de nuevo su cuerpo se elevó por los aires. El suceso fue presenciado por al menos quince monjas y por el compañero de viaje de José. Más sorprendente aún fue el hecho de que, al poco tiempo, al viajar a Roma y estar arrodillado delante del papa, intentó besarle los pies al pontífice y se elevó a una altura de dos metros.

De Roma se fue a Asís, donde sucedió la levitación más citada en los libros: según bastantes relatos de testigos presenciales, nada más entrar en la basílica del monasterio donde había acudido a rezar, levitó a la vista de un cuadro de la Virgen colocado cerca del altar. Flotó a unos cinco metros del suelo, por encima de un gran grupo de fieles, para llegar a besar el cuadro. Decenas de personas presenciaron el fenómeno.

Los vuelos no siempre se produjeron en lugares cerrados, sino que algunos fueron en el campo, a cielo abierto. Es de destacar que, cuando los testigos intentaban sujetarlo por el hábito, ascendían con él.

Uno de los testigos más creíbles fue Johann Friedrich, duque de Brunswick, seguidor de G. W. Leibniz, el gran filósofo alemán. Friedrich viajó a Asís en 1651 con la intención de presenciar una levitación del santo. Tras considerables maniobras políticas, se le permitió ocultarse, con dos amigos, tras una puerta que llevaba a una capilla donde el padre José solía decir misa. Ninguno de los tres era católico. Mientras estaban allí, José entró en la capilla, se arrodilló ante el altar y empezó a rezar. De repente, dio un grito, se alzó en el aire, flotó varios palmos hacia atrás y, después de flotar hacia el altar, regresó al suelo. Al día siguiente, Friedrich pudo observar al santo levitar durante quince minutos. Se sintió tan sobrecogido por lo que acababa de ver que se convirtió al catolicismo. Sus dos compañeros luteranos, aunque no renunciaron a su fe, dejaron la ciudad de Asís dentro de un gran desconcierto.

Entre los muchos testigos de las levitaciones del santo durante esos mismos años encontramos a la hija de Carlos Manuel el Grande, duque de Saboya, Juan Alfonso Enríquez de Cabrera, embajador de España en Roma, y el hijo de Cósimo II de Austria, que con el tiempo se convertiría en cardenal bajo el reinado del papa Clemente IX, y que fue un pionero del sistema educativo en Italia.

En esas fechas, san José era tan famoso que la gente acudía en masa a sus celebraciones de misa. Pero la salud lo abandonó y, mientras estaba en su lecho de muerte, sus médicos presenciaron sus sorprendentes levitaciones. Apenas momentos antes de morir, el cirujano del fraile, Francesco Pierpauli, contempló varios de esos fenómenos.

Hemos relatado este caso porque las pruebas que testifican las levitaciones son abrumadoras. José fue beatificado en 1753 por Benedicto XIV. Este papa, que, como se ha citado anteriormente, era un experto en milagros y un hombre nada crédulo, más bien todo lo contrario, en su obra *De servorum Dei beatificatione* respalda los milagros de José y afirma que eran verdaderos, debido a la ingente cantidad de pruebas veraces aportadas.

En el mes de mayo de 1977 hubo un considerable revuelo entre la prensa de todo el mundo cuando el Maharishi Mahesh Yogui, creador del movimiento Meditación Trascendental (TM), anunció públicamente que mediante sus técnicas las personas podían aprender a levitar, así como otros poderes psíquicos siddhis. En el número 13 de la revista *Newsweek*, de junio de 1977, el biógrafo de Maharishi, Robert Oates, y portavoz a la vez del movimiento TM, comunicó a la prensa que varios maestros del movimiento Meditación Trascendental habían conseguido ya dominar tales facultades sobrenaturales. Los miembros de dicho movimiento nunca han querido hacer demostraciones públicas, si bien han publicado fotografías mostrando el fenómeno. Es razonable pensar que puede tratarse de mera publicidad, o que bien han conseguido algún fenómeno, pero de una calidad tan mínima que no vale la pena ni comentarlo. No obstante, existe un informe de levitación yoguita que parece no ser dudoso.

Louis Jacolliot[23] no era un crédulo buscador de milagros, sino que era juez y un gran estudioso de las religiones orientales. También fue pionero en el estudio y la descripción de la sexología antropológica. Su libro de viajes *Ciencias ocultas en la India y entre los antiguos* (1884), pese a su estilo algo populachero, es una de las publicaciones más importantes escritas sobre las experiencias psíquicas del yoga. Casi todo el libro está dedicado a exponer las enseñanzas psíquicas que se ocultan tras el velo del yoga. Durante su

larga estancia en la India conoció al faquir Covindasami, del que se hizo amigo; este faquir estaba dotado de grandes facultades psíquicas y se veía con frecuencia en casa de Jacolliot, haciéndole demostración al juez de sus portentosas facultades paranormales. En 1866 sometió al faquir a varios experimentos científicos, durante los cuales pudo presenciar dos levitaciones completas a plena luz del día. La más impresionante de las dos tuvo lugar después de que Jacolliot hubo terminado una larga serie de pruebas y experimentos. Acordaron hacer un descanso del trabajo para almorzar y el faquir estaba a punto de abandonar la sala cuando, según cuenta Jacolliot, pasó lo siguiente: «El faquir se detuvo junto a la puerta que llevaba de la terraza a la escalera trasera y, con los brazos cruzados, se elevó (o así me lo pareció) lentamente, sin ningún apoyo visible, aproximadamente a un palmo del suelo. Pude determinar la altura exacta gracias a una marca en la que fijé la vista durante el corto espacio que se prolongó el fenómeno. Detrás de Covindasami colgaba una cortina de seda de franjas horizontales rojas, doradas y blancas, y advertí que los pies del faquir estaban a la altura de la sexta franja. Cuando vi que empezaba a alzarse, saqué el reloj. Desde que empezó a elevarse hasta que volvió a tocar el suelo pasaron unos diez minutos, de los cuales permaneció cinco suspendido e inmóvil.» El texto suscita muchas dudas, ya que el único testigo fue el narrador; no obstante, la seriedad del juez puede darle al lector visos de realidad.

Son más frecuentes las levitaciones producidas por yoguis que se apoyan en un bastón, levantándose a continuación y poniendo el cuerpo a modo de bandera. Pero hay que tener en cuenta que en estas levitaciones, en caso de tener truco, la fuerza y el control muscular de los yoguis ha de ser extraordinaria.

Los estudios en cuanto a levitaciones sin intervención divina, como los realizados por D. D. Home, Gordon, Eusapia Palladino o Stainton Moses, se muestran en la mayoría de los casos escépticos a que fueran reales. El profesor Olivier Leroy, en su interesante obra *La levitación*, trata el tema con profundidad, desde un punto de vista católico, y argumenta que, mientras las levitaciones de los santos son de naturaleza divina, las levitaciones psíquicas o paranormales se deben, en la mayoría de los casos, a fuerzas diabólicas. Para

demostrar su afirmación, Leroy apunta las siguientes diferencias entre ambas: «Las levitaciones místicas se consiguen mediante una pérdida de peso del místico, mientras que las psíquicas mantienen en el aire a la persona por medio de un sistema invisible de apoyo.

»Los místicos de la Iglesia irradian luz mientras levitan; los psíquicos, nunca.

»Los místicos levitan durante éxtasis espontáneos, mientras que los psíquicos deben provocar deliberadamente el trance antes de realizar la levitación.

»Los santos y ascetas de la Iglesia levitan mayoritariamente en privado, mientras que los psíquicos lo hacen mediante exhibiciones en público.»

Las influencias psíquicas sobre la materia, que de alguna manera explicarían los «milagros» producidos sin intervención divina, llevan más de ochenta años siendo investigados por todos los laboratorios de parapsicología y ciencias afines del mundo. La tenacidad del doctor Bernard Grad, morfólogo, miembro de la Universidad de McGill, en Canadá, lo llevó a finales de los años cincuenta y principios de los sesenta a realizar una serie de experimentos basados en intentar dar una explicación a las curaciones psíquicas. El profesor Grad tuvo conocimiento de la existencia de un sanador psíquico con facultades muy especiales que, al parecer, obtenía grandes resultados reales.

Se puso en contacto con Oskar Estebany, un oficial del ejército húngaro retirado de las armas que aseguraba aliviar el dolor y producir curaciones mediante el conocido sistema de la imposición de manos. Grad invitó al curandero a su laboratorio con el fin de practicar una serie de pruebas. El primer experimento tenía por objeto probar la capacidad de Oskar para curar el bocio en ratones.

El profesor empezó a alimentar a varios ratones con dietas muy deficitarias en yodo, que irremediablemente hacen aparecer el bocio. Los ratones fueron alojados en jaulas especiales, diez ratones en cada una. Luego Bernard le pidió a Estebany que los sanara, sosteniendo las jaulas en las manos y concentrándose en los animales. Las sesiones tenían una duración de quince minutos y se llevaban a cabo únicamente cinco veces por semana.

Pasadas cincos semanas, se compararon los bocios de los rato-

nes objeto del experimento con los de otros dos grupos de ratones que habían sido alimentados con la misma dieta deficitaria en yodo. Uno de los dos grupos controlados no había recibido tratamiento de ningún tipo, mientras que el otro había sido expuesto periódicamente a un calor moderado (la exposición al calor tenía por objeto controlar el posible efecto sobre los animales de un calentamiento accidental de la jaula por parte de Estebany al sostenerla entre las manos, pues dicho aumento de temperatura podía tener un efecto benéfico sobre los ratones).

Los resultados del experimento certificaron la afirmación de Estebany. Grad consiguió determinar que los bocios de los ratones tratados por el sanador no se habían desarrollado tanto como los que afligían a los ratones controlados. Resumiendo, Estebany consiguió retardar el crecimiento de los bocios mediante la concentración mental.

El profesor Grad efectuó más pruebas con el sanador. Así, por ejemplo, provocó pequeñas heridas en los lomos de los ratones, y comprobó que las heridas tratadas mentalmente por Estebany curaban con una rapidez cuatro veces mayor a las otras no tratadas.

Grad presentó las conclusiones sacadas de estas sesiones y otras con diversos sensibles sanadores en un congreso celebrado en Nueva York el 18 de marzo de 1974. Descartó que sólo algunas personas posean la energía curativa, y afirmó que gran cantidad de gente, incluso puede que todo el mundo, tenga la facultad de canalizar una especie de fuerza vital cósmica, que seguramente existe en todos los rincones del universo, dirigida a unos propósitos curativos. De esa manera, el sanador no utiliza su propia capacidad curativa paranormal cuando inspira la curación. Grad cree más bien que los sanadores actúan en cada caso como conductores de una gran fuerza cósmica omnipresente que resulta necesaria para el mantenimiento de la vida en el planeta

Los milagros según la Iglesia católica

La Iglesia católica es la más ferviente defensora del fenómeno milagro, producido por la intervención divina, pues sólo puede ser obra de Dios, que lo realiza por sí mismo o a través de algunos elegidos.

Su postulado es que únicamente la religión puede ofrecer auténticos milagros, ya que, en caso de compartirlos con otra intervención, eso vendría a desmentir la esencia de una verdad que, por su misma naturaleza, es indivisible.

El famoso astrofísico Jacques Vallée, del que hablaremos en la tercera parte de este libro, ha manifestado en sus trabajos que los milagros de Fátima y Lourdes, así como las apariciones marianas, y también sucesos como las revelaciones del profeta José Smith, fundador de la Iglesia de los Mormones, son producto de la intervención de seres procedentes de otras civilizaciones extraterrestres, y añade que dichas apariciones deben ser estudiadas no sólo por teólogos, sino también por físicos, matemáticos, biólogos y especialistas en ovnis.

El 27 de febrero de 2005 moría la última niña de Fátima. La larga vida de Lucía de Jesús dos Santos (Fátima, Portugal, 1907) fue sumamente discreta, ya fuera por voluntad propia o por recomendación de la Iglesia; los motivos nunca se aclararon, a pesar de que Lucía fue un icono para la religión católica, teniendo en cuenta que estuvo en el origen de uno de los mayores cultos marianos del mundo.

Los tres niños eran analfabetos, de familias muy pobres y muy religiosas: Lucía dos Santos, de nueve años, Francisco Marto, de ocho, y su hermana Jacinta, de seis. La primera aparición de un ser o ángel anunciador fue en la primavera de 1916; en ese mismo año, el ser se materializó dos veces más. Al año siguiente, cuando los tres niños se encontraban en la Cova de Iria, una caverna a las afueras de la población, dos relámpagos cruzaron el claro cielo y se produjo la aparición de una hermosa mujer, resplandeciente, de pie en el follaje de un viejo roble. La señora se apareció posteriormente en varias ocasiones más, hubo apariciones multitudinarias de discos cegadores, ruidos ensordecedores, predicciones del futuro, curaciones.

D. Scott Rogo, en su libro *El enigma de los milagros*,[24] nos dice al respecto: «Una posible explicación es que en realidad hubieran existido dos fuerzas distintas, una que dio lugar a la aparición, y otra que produjo los milagros que tuvieron lugar ante miles de testigos. La figura de la Virgen María pudo muy bien ser un arquetipo proyectado bien por los mismos niños, bien por el pueblo portu-

gués en su conjunto como respuesta al terrible caos nacional.[25] Influidos quizá por las recientes declaraciones del papa respecto a la Virgen, puede que su pensamiento colectivo creara y diera realidad a la figura de la Virgen. Esta creación, pues, pudo haber conseguido una existencia propia durante cierto tiempo. Sigue siendo un misterio por qué apareció en Fátima, y por qué sólo pudieron verla los tres niños. Quizá los niños eran los únicos dotados de la constitución psíquica adecuada para las apariciones.

»Los zumbidos y demás signos sobrenaturales presenciados por los fieles, que multitudinariamente se reunían en la cueva entre el 13 de junio y el 13 de octubre de 1917 (la Virgen dijo a los niños que se aparecería los 13 de cada mes y durante seis meses), pudieron también haberse producido por los propios fieles. Su creencia en la aparición de la Virgen en la Cova pudo ser tan grande que, literalmente, provocara los fenómenos como marco para las visiones de los niños. También pudo suceder que la figura extrajera de la multitud una especie de energía psíquica que produjera tales efectos.

»Este argumento puede extenderse al gran milagro que puso término a la serie de apariciones. La multitud pudo haber producido el efecto (el Sol palideció, no dañaba a los ojos y empezó a bailar y a moverse a derecha e izquierda y dar la sensación de que iba a caer en la Tierra) ella misma por medios paranormales, o bien la imagen pudo recoger la energía psíquica de la masa reunida para realizar los portentos.

»Parece que "la danza del Sol" de Fátima no fue una versión aumentada de una forma de milagro que ocurre a veces cuando un grupo de personas se reúne con propósitos religiosos. Los participantes son los auténticos responsables de la aparición de estos discos brillantes. Estas luces podrían catalogarse como una especie de radiación paranormal, producidas por las emanaciones de la multitud, transformadas en energía psíquica.»

Desde 1257 hasta 1990 han sido registrados por la Iglesia 1.224 milagros: 51 entre los siglos XIII y XVI, 133 en el siglo XVII, 243 en el XVIII, 179 en el XIX y 618 en el XX. Éstos comprenden curaciones de todo tipo, desde resurrecciones, hasta cánceres, cegueras, abscesos cerebrales, mutismo, epilepsia o parálisis, entre otros.

Estadísticamente hablando, el caso de Lourdes es significativo: desde 1858 hasta 1976 han sido considerados milagros sólo 65, de los cuales 53 fueron experimentados por mujeres y 12 por hombres; 59 de ellos eran de nacionalidad francesa, y seis de oros países. Hace casi treinta años que no se reconoce ningún milagro, no porque no se produzcan, sino por la dificultad de reconocerlos.

La cadena inglesa BBC está financiando una de las mayores investigaciones que se han efectuado en Stonehenge, con la que se pretende demostrar que el monumento, de unos cuatro mil años de antigüedad, fue en origen un santuario de curación, un Lourdes neolítico. Las excavaciones llevadas a cabo por Tim Darvill, de la Universidad de Bournemouth, y Geoff Wainwright, de la Sociedad de Anticuarios, han empezado en la parte más antigua, en el centro de las famosas «piedras azules», procedentes de las colinas de Preseli (Gales), a doscientos cincuenta kilómetros del monumento. La idea de que el lugar fue un centro de sanación tiene su origen en el hallazgo de huesos con traumatismos procedentes de trepanaciones, lo que hace pensar que posiblemente los enfermos se desplazaban hasta Stonehenge para ser curados.

Y, por último, un caso muy documentado raro por sus características, pero no muy reconocido para ser el único en el que se ha vuelto a regenerar un miembro. Sucedió en España, y se conoce como «el milagro del cojo de Calanda». Existe abundante documentación detallada por médicos y cirujanos, y ha sido testimoniado por todo un pueblo e investigado por científicos de todo el mundo.

En 1637, a la edad de diecinueve años, el joven Miguel Pellicer Blasco cayó de un carro cargado. La rueda del vehículo le pasó entonces accidentalmente por encima de la pierna derecha y ésta quedó destrozada, con lo que tuvieron que amputársela, y posteriormente la enterraron en el cementerio del pueblo.

Tres años más tarde, Miguel estaba profundamente dormido cuando sus padres, que volvían de Zaragoza, percibieron un olor muy penetrante y agradable —característico de este tipo de fenómenos milagrosos— y entraron en la habitación donde descansaba su hijo. Entonces vieron que por debajo del cobertor asomaban dos piernas: en las dos horas que habían estado fuera, a Miguel le había crecido la pierna amputada.

La noticia corrió como la pólvora, todo el mundo conocía al cojo de Calanda, pues desde que le faltaba la pierna pedía limosna en la iglesia; la sorpresa vino cuando lo vieron caminar. Se buscó la pierna enterrada en el cementerio y ésta no apareció nunca. En la pierna milagrosa se percibían las cicatrices de un grano, de unos rasguños causados por las aliagas del monte y de la herida causada por los dientes de un perro, las mismas que se veían en la pierna enterrada.

El milagro fue atribuido a la Virgen del Pilar, ya que el joven Miguel, mientras dormía, soñó que se encontraba en la capilla del Pilar untándose el muñón de la pierna con el aceite de las lamparillas del altar.

CAPÍTULO 4

Humano, demasiado humano

El escritor Robert Bloch[1] sentencia: «Un saber espantoso es súbitamente revelado a una persona entre un millón.» Lovecraft, por su parte, decía citando a Baudelaire: «Con referencia al sueño, esa siniestra aventura de todas mis noches, podemos decir que los hombres se acuestan todos los días con una audacia que sería incomprensible si no supiéramos que es el resultado de la ignorancia del peligro.»

Jacques Bergier, entusiasta de la ciencia ficción, sentía una especial atracción hacia Lovecraft, y relataba que le costó veinticinco años conseguir que el público francés conociera a Howard Philips Lovecraft, pero que esos esfuerzos se vieron compensados, y tanto la crítica como el público comprendieron lo que Lovecraft tenía de excepcional.

El compañero y amigo de Bergier, Louis Pauwels, fue el primero en elogiarlo públicamente.

Lovecraft nació y murió en Providence, Rhode Island (1890-1937). Con frecuencia, este escritor estadounidense de relatos de terror y ciencia ficción es comparado con Edgar Allan Poe. Cuando se lo intentaba encasillar en ese estilo, él mismo escribió: «Existen mis piezas Poe y mis piezas Dunsany,[2] —pero— ¿dónde están mis piezas Lovecraft?»

Fue un niño prodigio: recitaba poesía a los dos años, leía a los tres y empezó a escribir a los seis. No pasó de los estudios medios, ni fue a la universidad, si bien como autodidacta se interesó profundamente por todas las ramas de la ciencia. Uno de los géneros que más lo apasionaron en su infancia fueron las novelas policíacas,

e incluso creó la Agencia de Detectives de Providence a los trece años. A los quince escribió su primera obra, *La bestia en la cueva*, una recreación de los cuentos de horror góticos. A los dieciséis escribía una columna de astronomía para el *Providence Tribune*. Hacía algunas colaboraciones literarias pero era un completo desconocido y, de repente, entre los dieciocho años y los veintidós desapareció para llevar una vida prácticamente de ermitaño. A partir de esa fecha, sus colaboraciones y escritos son reconocidos, y algunos admiradores y amigos crean el Círculo Lovecraft.

El gran mérito de H. P. Lovecraft es haber conquistado dominios inmensos para la imaginación, esa arma tan poderosa que no nos cansaremos de alabar, dominios en los que nunca se había adentrado nadie hasta su aparición. El gran biólogo y genetista J. B. S. Haldane, partidario del materialismo, escribía en los años sesenta: «El universo no sólo es más extraño de lo que imaginamos, es más extraño que todo lo que podamos imaginar.» Debemos entender con nuestro centro intelectual que fuera del radio de acción de nuestra imaginación se extiende una inmensidad desconocida.

Lovecraft, entre sus cartas remitidas a sus conocidos, escribía: «Yo soy Providence.» Murió solo y en la miseria, a la edad de cuarenta y siete años, de cáncer intestinal. En su tumba puede leerse, citada en su obra más conocida, *La llamada de Cthulhu*, la siguiente frase: «Que no está muerto lo que puede mantenerse eternamente, y con extraños eones hasta la muerte puede morir.»

Un número importante de genios como Lovecraft, que parecen venidos de otra parte, han terminado su estancia entre los mortales de forma trágica, temprana y miserable. La estadística es significativa como para tenerla en cuenta. ¿Qué hace en muchos casos que la inteligencia impida que la inteligencia funcione?

Alan Mathison Turing (1912-1954) fue concebido en Chatrapur (India). Su padre era miembro del cuerpo de funcionarios británicos en la India y quiso que naciera en Paddington, en el Reino Unido. Desde muy temprana edad, el chico demostró tener una inteligencia fuera de lo común. A los tres años asombraba con su capacidad para recordar palabras, aprendió a leer por sí mismo en tres semanas, y a los ocho años se interesó por la química y montó un laboratorio en su casa. Con dieciséis años descubrió los trabajos

de Einstein, y no sólo los entendió perfectamente, sino que además se permitió apoyar al científico en las críticas de éste a las leyes de Newton, partiendo de las lecturas de unos textos donde no estaban explicitadas.

Tras pasar por la enseñanza privada, Turing terminó sus estudios de matemáticas en Cambridge, donde con veintitrés años impresionó a sus compañeros al inventar la caracterización matemática de una máquina que habría de convertirse en una de las contribuciones capitales de la historia de la computarización. Una máquina de Turing es una máquina capaz de computar las soluciones de un problema matemático basándose en un programa. Consta de un dispositivo de entrada, de un conjunto de estados internos, correspondientes a un programa, y un dispositivo de salida. Un ordenador moderno es ni más ni menos que una máquina de Turing. Según el test creado de Turing, un ordenador sería capaz de pensar si fuera capaz de engañar a un humano haciéndole creer en un diálogo (por escrito) que dicho diálogo es producido por una persona, no por una máquina.

En 1938, el gobierno del Reino Unido lo contrató para descifrar el código de la máquina Enigma alemana, utilizada para poner en clave mensajes secretos. Turing desarrolló una máquina que llegó a descifrar los códigos de Enigma y, más adelante, también los de la poderosa Marina alemana. Esta máquina, basada en la de Turing, fue bautizada con el nombre de la «Bombe».

El retraído matemático fue obligado por el gobierno británico a jurar que mantendría en secreto su trabajo, y de alguna manera era controlado por los servicios de inteligencia de su país. Posteriormente fue acusado de llevar a cabo prácticas homosexuales con menores, fue procesado y condenado a un tratamiento de inyecciones de estrógenos, como consecuencia del cual le salieron pechos (pensemos que esto sucedía a mediados del siglo xx en Inglaterra). Turing se suicidó a los cuarenta y un años de edad en Londres comiéndose una manzana impregnada de cianuro. Su madre mantuvo hasta el final de sus días que en realidad su hijo había sido asesinado.

Es posible que el logo de Apple venga de la manzana de Turing. Recientemente la revista *Time* lo ha considerado como uno de los cien hombres más importantes del siglo xx.

El gobierno del Reino Unido ha emitido un comunicado, firmado por el primer ministro Gordon Brown, que literalmente dice: «Sin la contribución de Alan Turing a la lucha contra el fascismo es posible que los aliados no hubiesen ganado la segunda guerra mundial y, por tanto, tenemos con él una deuda de gratitud impagable.» Los tres sobrinos del sabio que viven actualmente han manifestado que «ahora ya es demasiado tarde».

A través de los años, su aportación a la ciencia ha sido reconocida mundialmente con premios que llevan su nombre, actos académicos en su honor, placas y monumentos conmemorativos en diferentes continentes. En *2001*, la novela de Arthur C. Clarke llevada al cine, aparecen constantes referencias a Turing y a su test de máquinas. Asimismo, Turing es uno de los personajes de la sección de la segunda guerra mundial del *Criptonomicón* de Neal Stephenson. También Hugh Whitemore en su obra de teatro *Breaking the Code* trata de la vida y la muerte de Turing.

En 1913, a los cincuenta y cinco años de su nacimiento (París, 1858), el cadáver de Christian Karl Diesel apareció flotando en el canal de la Mancha. Había desaparecido del buque en el que viajaba, que cubría el trayecto de Amberes a Inglaterra. Ingeniero de nacionalidad alemana, había sido un estudiante brillante, un niño prodigio. Él mismo se definía como «filósofo social». Diesel fue el inventor del motor que lleva su nombre, un motor de combustión de alto rendimiento dedicado a la locomoción y que usa aceite mineral como combustible.

Existen varias hipótesis sobre su muerte, y una de las cuales es que se suicidó debido a la precaria situación económica que atravesaba. Su familia siempre pensó que fue asesinado y que sus ideas fueron robadas. Asimismo, se baraja la hipótesis de que agentes alemanes de contraespionaje lo asesinaron para evitar la difusión de sus inventos, teniendo en cuenta que la guerra se encontraba cercana y Diesel estaba decidido a vender sus patentes a cualquier país que estuviera interesado.

El 31 de octubre de 1954, la noche del domingo al lunes, saltaba de una ventana del piso decimotercero de un rascacielos de Manhattan el hombre que cambió cuatro veces la historia del mundo. La primera vez, en 1912, al inventar a los veintiún años el cir-

cuito *feedback*. Este fenómeno consiste en que el efecto vuelve a la causa, reforzándola o disminuyéndola y permitiendo así una autorregulación. Cuando la causa se estabiliza por el retorno del efecto, el *feedback* es negativo. Norbert Wiener da como primer ejemplo de *feedback* negativo Adán, Eva y un garrote. Cuando Eva grita, Adán la golpea y la hace callar: *feedback* negativo. Cuando, por el contrario, el retorno del efecto refuerza la causa, se tiene un *feedback* positivo; la bomba atómica es un ejemplo. El circuito de nuestro hombre, Edwin Howard Armstrong (Nueva York, 1890-1954), sobresaliente ingeniero eléctrico por la Universidad de Columbia, permite la transmisión de los sonidos por radio.

Su segunda invención notable fue el circuito superheterodino en 1918. El sonido o las imágenes son ondas de frecuencia más elevada que la onda portadora de radio. El dispositivo superheterodino utiliza el fenómeno del entrechocamiento de las ondas. Este circuito ha hecho posible la radio y el radar modernos. Un tercer invento importante, en 1933, fue el de la modulación de frecuencia, y un cuarto, en 1944, el del superradar[3] de largo alcance, que actualmente permite a los estadounidenses seguir el lanzamiento de los cohetes rusos.

En cuanto al motivo de su suicidio se especuló con que tenía problemas con las patentes de sus inventos con sociedades como Westinghouse y otras, además de problemas económicos, pero nunca fue aclarado en realidad. Al no reconocérsele algunas de sus patentes, Armstrong declaró: «No pararán hasta arruinarme o matarme.» Luego sus nervios cedieron. Esa misma noche, antes de tirarse por la ventana, escribió en su diario una frase de *Lawrence de Arabia*: «¿Has sido alguna vez una hoja de otoño arrancada a un árbol?» Su biógrafo, Lawrence Lessing, escribió: «Este suicidio es un verdadero asesinato.»

El griego Nicholas Christofilos estudió en una pequeña escuela técnica griega; sus profesores decían que tenía una imaginación desbordante. Trabajaba en pequeños talleres y luego se dedicaba a arreglar ascensores. Fue un destacado miembro de la Resistencia durante la segunda guerra mundial. Perseguido intensamente por la Gestapo, tuvo que pasar un mes escondido en un refugio. Los únicos libros que tenía a su disposición eran tratados de física nu-

clear. Esos libros dispararon su ya elevada imaginación y, después de entregarse a mil elucubraciones, consiguió inventar un nuevo principio para los aceleradores de partículas.

Terminada la guerra presentó sus estudios en un amplio informe a la Comisión de Energía Atómica estadounidense, que no quiso ni leerlo. Christofilos, cual alquimista del siglo xx, no había cursado estudios de física ni de matemáticas, y utilizó únicamente cuatro operaciones y la aritmética para desarrollar su invento. Se le comunicó por escrito el rechazo, sin mayores explicaciones. Mientras tanto, Nicholas, llevado por su inquietud y su seguridad en sus teorías, obtuvo una patente estadounidense. En Estados Unidos, como en la mayoría de los países, a un inventor no se le pregunta qué estudios tiene, ni se le exige la presentación de ningún tipo de diploma, resultado: la patente le fue concedida.

Fue pasando el tiempo y, en el año 1960, la comisión de sabios oficiales llegó a los mismos resultados que Christofilos y propuso a la Comisión de Energía Atómica fabricar una nueva máquina para acelerar partículas. Pero en seguida apareció un obstáculo: ¡existía una patente! ¡Un mecánico de ascensores la había patentado! En consecuencia, sin licenciatura, doctorado ni diploma alguno, ese mecánico fue contratado por la Comisión de Energía Atómica estadounidense. Nicholas concibió, desarrolló y llevó a término el famoso proyecto Aarhus. Se realizaron explosiones atómicas más allá de la atmósfera, por lo que, alrededor de la Tierra, se creó en fracciones de segundo una gran esfera de energía.

Tras el éxito del programa Aarhus, que entre otros efectos paralizó los radares del mundo entero, el mecánico de ascensores, el griego chiflado, tuvo a su disposición todos los medios económicos necesarios. En ese momento, Nicholas decidió investigar la fusión. Obtuvo resultados espectaculares, y decidió construir una máquina que bautizó con el nombre de «Astron». El principio de esa máquina consiste, por una parte, en proteger la pared de contención mediante una corriente de electrones que rechace el plasma y que se desplace entre la pared y éste, y, por otra, en producir en el plasma una compresión axial de un tipo especial.

En junio de 1964 se pone en marcha el Astron y, después de rectificaciones y ajustes, por fin se consigue el éxito. El nuevo gene-

rador de energía termonuclear ha sido reconocido por todos los países, y en muchos de ellos funcionan centrales de energía magnetohidrodinámica de miles de kilovatios basadas en los principios de Christofilos.

En los tratados y libros científicos no se reconoce la importancia de su descubrimiento, y en algunos de ellos se puede leer que el principio propuesto por primera vez fue descubierto por E. D. Courant, M. S. Livingstone y H. S. Schneider. Para la ciencia oficial, el descubrimiento hecho por un simple aficionado no cuenta. La realidad es que los sabios oficiales habían recibido de Christofilos una carta certificada que transcribía su patente y prohibía autorizar sus principios sin su consentimiento.

Con la invención del nailon, millones de mujeres pudieron comprarse medias a un precio económico y sustituir así las prohibitivas de seda. Wallace Hume Carothers (Estados Unidos, 1896-1937), doctor en química, fue el descubridor del neopreno y, entre otros inventos, puso en el mercado la poliamida nailon 66.

Se desconoce el motivo de su suicidio a los cuarenta años, pero se especula con que desarrolló un nuevo y espectacular invento que habría revolucionado la industria armamentística y que la compañía para la que trabajaba, la multinacional DuPont, no quiso desarrollar por motivos que se ignoran.

Como hemos dicho al referirnos a Lovecraft, las grandes aportaciones a la sociedad de sabios que parecen estar en conexión con fuerzas de energía procedentes, al parecer, de otras dimensiones se han visto truncadas por la anulación o la desaparición de los mismos, casi siempre de forma trágica. Estas circunstancias nos hacen pensar en la posibilidad de la intervención de algún tipo de poderosos grupos que tienen como finalidad frenar el avance demasiado rápido de nuestra sociedad.

El proyecto de la Oficina de Armas del Ejército alemán consiguió a principios de la década de 1930 desarrollar las V-1. Esto fue posible gracias al motor Pulse-jet, inventado por Paul. F. Schmidt; los destructivos efectos de estas bombas volantes fueron desgraciadamente bien conocidos por los británicos en la segunda guerra mundial. Siguieron las mortíferas V-2, y estaba en proceso avanzado la fabricación de un nuevo motor, que habría permitido que las

futuras V-7 «Feuerball» llegaran a Estados Unidos, con lo que posiblemente habría cambiado el rumbo de la guerra. Se desconoce qué fue de P. F. Schmidt; nunca más se supo de él.

En París, a las siete de la tarde del 30 de marzo de 1961, cuatro agentes de policía se precipitaron sobre Armand Robin y lo golpearon hasta matarlo. Los policías fueron incapaces de explicar el porqué de la agresión. Las investigaciones judiciales no aclararon nada; el misterio más absoluto se cierne sobre este asesinato. En aquellos días, París estaba lleno de policías; Kruschev había hecho fracasar la cumbre de París, rompiendo las negociaciones por el caso del avión americano U2.

Robin nació el 19 de enero de 1912 en una granja de Plouguernével, cerca de Rostrenen, en Côtes-d'Armor. Era el octavo hijo de una familia de campesinos. Su lengua materna era el bretón, y aprendió el francés en la escuela del pueblo. Posteriormente se trasladó a París y fue un estudiante brillante en la escuela superior.

Escribió en francés tres grandes poemas editados en Gallimard, que extrañamente han desaparecido y no ha sido posible encontrar los manuscritos. Se han conservado muchas de las poesías que escribió, la más conocida, *Mi vida sin mí*.

De repente, en París le nació un don de lenguas prodigioso, increíble, aprendió rápidamente veintiséis idiomas y todos ellos a la perfección. En algunos círculos era considerado el poeta búlgaro más grande que ha existido, así como el más grande poeta *swahili* del siglo xx. Dominaba a la perfección el croata, el irlandés, el húngaro, el árabe, el chino, el inglés... Al mismo tiempo, desarrolló grandes facultades paranormales: telepatía, clarividencia y predicción del futuro.

Su descripción física varía en función de la persona que lo describe, y a menudo no coinciden en absoluto unas descripciones con otras. Parece que tenía fisonomía de «extranjero». No es de extrañar que haya más casos parecidos a Robin: estas personas especiales viven de forma anónima, procurando esconder sus facultades. ¿Cuántos Armand Robin existen entre nosotros?

El inglés Louis Rodgers, que emigró a Australia en 1931, ejerció en Melbourne como curandero y médium de notable éxito, y su fama se fue extendiendo por toda Australia. Entre otros prodigios, se

lo veía en varios lugares a la vez, algunos a una distancia de más de mil kilómetros y en repetidas ocasiones. La policía, pensando que pretendía alguna estafa o algo parecido, lo sometió a vigilancia, mientras el profesor Martin Spencer, director del Instituto de Investigaciones Psíquicas de Australia, emprendía una profunda investigación.

Por su parte, Rodgers, preocupado por el rumbo que estaban tomando los acontecimientos y viéndose apartado de la gente, se comprometió a no abandonar Melbourne durante veinte días y a permanecer vigilado por la policía. El detective privado contratado por Spencer le telefoneó un día y le dijo:

—Louis está aquí, en Sídney.

—Eso no puede ser —repuso Spencer—, porque en este momento Rodgers está almorzando conmigo en Melbourne.

El revuelo que se organizó fue monumental. Para terminar con las dudas, Rodgers consistió en someterse a las pruebas que quisieran. Lo que él realmente deseaba era estar tranquilo, ganándose la vida como médium y adivino, y no llamando la atención. No se sabe de quién se escondía, pues realmente no era partidario de ningún tipo de popularidad.

El 17 de abril de 1937 se procedió a realizar la prueba definitiva. Rodgers fue encerrado en el despacho de Melbourne de Spencer —existen varios testigos de lo ocurrido—, y en ese momento Rodgers le dijo al profesor:

—Por favor, deme una contraseña, la primera palabra que se le venga a la mente.

Spencer respondió:

—Lilas.

Esperaron largo rato y al cabo sonó el teléfono. La llamada confirmó que habían visto a Rodgers en Sídney. A las cinco de la tarde de ese día, le pasaron a Spencer una llamada desde Sídney.

—Aquí Rodgers —le dijo la voz al teléfono—. La contraseña es «Lilas».

Nunca más se habló del asunto, sino que lo dejaron en paz como habían prometido.

Louis Rodgers murió en 1942, en la guerra. Nadie ha podido explicar qué sucedía exactamente. Se barajó la hipótesis de un hermano gemelo, pero jamás llegó a probarse.

«No hace falta conocer el peligro para tener miedo; de hecho, los peligros desconocidos son los que inspiran más temor.» Esta frase la dijo Alejandro Dumas padre en París a su amigo Paschal Beverly Randolph, al que lo unía una gran amistad, aumentada quizá por la circunstancia de que los dos eran mulatos. Dumas, que se movía entre los medios masónicos escribiendo alguna de sus más conocidas obras en hermanamiento con masones (en París se decía que un negro utilizaba a negros para escribir sus obras), era amigo de iniciados como Victor Hugo y Garibaldi. Este último lo nombró jefe de Excavaciones y Museos de Nápoles.

Alejandro Dumas y Randolph mantenían reuniones en París en la casa del diácono, mago y ocultista Alphonse-Louis Constant, más conocido como Eliphas Lévi Zahed (traducción de su nombre al hebreo). Sus obras sobre la filosofía oculta son actualmente reconocidas y estudiadas por los adeptos. Su conocimiento (que sin duda comunicó a Randolph) provenía de los escritos que encontró entre los veinte mil volúmenes de la biblioteca de la abadía de Solesmes, ampliados por los que le transmitió sir Edward Bulwer-Lytton[4] en su templo secreto de Londres, donde evocaron al taumaturgo Apolonio de Tiana,[5] cuyo fantasma les indicó el lugar de Londres donde podían encontrar su *Nyctemeron.*

Pero volvamos a nuestro protagonista, P. B. Randolph (1825-1875),[6] hijo de una mujer de color, chica de cabaret, e hijo no reconocido de un miembro de las mejores familias de Virginia (Estados Unidos). Medía alrededor de dos metros y tenía una fuerza hercúlea. Sus antepasados eran escoceses, alemanes, franceses, indígenas del Caribe y de la tribu hova, una tribu aristócrata malgache.

Después de viajar por varios continentes, participó en la guerra de Secesión de su país a favor de los sudistas y, a pesar de perder la guerra, fue felicitado por Lincoln por su valor.

En 1840, fue iniciado en París en la Hermetic Brotherhood of Luxor, de la que llegó a ser uno de sus máximos dirigentes. La sociedad era un importante grupo formado por rosacruces y luteranos, enfrentados violentamente con los teósofos y los espiritistas.

En 1868, llevado por sus ansias de conocimiento, creó su propia sociedad secreta, la Brotherhood of Eulis, que en menos de un año contó con un importante número de adeptos y se propagó por

toda Europa y América. Randolph continuó su lucha contra los espiritistas y teósofos, especialmente contra madame Blavatsky.

La doctrina que impulsó a la Brotherhood of Eulis está basada fundamentalmente en un esoterismo sexual. Se asegura que Randolph poseía tremendos poderes y practicaba asiduamente la magia erótica.

A sus cincuenta años y con una salud de hierro, sin haber padecido nunca la más leve enfermedad, murió de repente en misteriosas circunstancias. Se habló de conjuros y encantamientos, y hubo fuentes que informaron de que había sido ejecutado por haber revelado, sin autorización, importantes secretos ocultos.

El libro fundamental de la sociedad es *La magia sexual*,[7] de Randolph. En él se explica una especie de tantrismo occidental en el que el sexo es concebido como una de las principales fuerzas dinámicas de la naturaleza. A continuación recogemos un breve extracto:

«Para la operación mágica, no toméis ni a la prostituta, ni a la virgen ignorante, ni a la mujer adúltera; realizad el acto solemne con vuestra compañera querida. Más allá de la unión carnal, aspirad a la unión de las almas. Que vuestro amor os una a Dios.

»Cuando el acto sexual es perfecto, la unión del hombre con la mujer se realiza en todos los planos de su ser respectivo, y sus fuerzas, entonces, se duplican, tanto en lo superior como en lo inferior. Todo deseo es entonces concedido.

»El hombre es el polo positivo de la manifestación, y la mujer, el polo negativo. El falo es positivo, pero el cerebro masculino es negativo. Recíprocamente, el órgano femenino es negativo, pero su cerebro es positivo.»

La magia sexual de Randolph tuvo una gran influencia en los tratados de la Golden Dawn y de la Ordo Templi Orientis (OTO), marcando de alguna manera las técnicas sexuales de sus miembros. Dicha sociedad ha permanecido en un estado de silencio durante largo tiempo, pero actualmente ha vuelto a resurgir con fuerza, y el número de adeptos en Norteamérica y Europa es cada vez mayor.

—¿Creéis en los fantasmas —preguntó un *gentleman* inglés a otro.

—No creo en los fantasmas —respondió su interlocutor—, pero sí en los hologramas. Yo mismo soy uno —dijo, y desapareció.

Julio Obsecuente (Julius Obsequens), escritor romano del siglo IV d. J.C., compiló en parte el *Libro de los prodigios*, que con toda seguridad es una copia del libro de Tito Livio *Ab urbe condita.* La obra hace referencia a prodigios (sucesos extraordinarios y sobrenaturales) ocurridos en la historia de Roma entre los años 249 y 12 a. J.C. Fue impreso por primera vez por el humanista veneciano Aldo Manuzio en 1508, según un manuscrito de Jodocus de Verona, desaparecido en la actualidad. Otras ediciones posteriores fueron impresas por F. Oudendorp (Leyde, 1720) y O. Jahn (1853). Actualmente hay ediciones en casi todos los países; en español existe la excelente traducción de Ana Moure Casas,[8] de la que extraemos los párrafos que seguirán a continuación. Por otra parte, las referencias que se hacen en el libro a los ovnis son una constante. Recogemos algunas de las más significativas:

«500 a. J.C. Durante el II consulado de Publio Postumo Tuberto I y de Agripa Menenio Lanato, se vieron en el cielo hasta muy avanzada la noche lanzas de guerra en llamas.» Este peculiar prodigio sobre la observación de llamas en el cielo se repite con cierta frecuencia en el libro de Obsecuente, como, por ejemplo, en 463 a. J.C., 461 a. J.C., 460 a. J.C., 221 a. J.C. y 198 a. J.C.

«221 a. J.C. Siendo cónsul Gayo Quintio Flaminio y Publio Furio Filón, en Rimini brilló resplandeciente el día cuando era muy de noche y aparecieron tres lunas en zonas distintas del cielo.»

«215 a. J.C. Bajo los cónsules Cneo Servilio Gémino y Gayo Quintio Flaminio, en Roma se vieron en el firmamento apariciones de naves. En Arpi se vio un escudo en el cielo, un combate entre la Luna y el Sol y, además, dos lunas durante el día. En Capua se vio el firmamento en llamas y se contemplaron apariciones de naves en el cielo.»

«212 a. J.C. En el IV consulado de Quintio Fabio Máximo

Verrugoso y el III de Marco Claudio Marcelo, en Adria se vio un altar en el cielo y, a su alrededor, apariciones de hombres vestidos de blanco.»

«172 a. J.C. Siendo cónsules, Sempronio Paulo y Publio Mucio Escévola, en el foro romano, brillaron al tiempo tres soles, durante la misma noche se deslizaron por el firmamento muchos astros errantes en Lanuvio.»

«171 a. J.C. En el consulado de Lucio Postumo Albino y Marco Popilio Lenate, en Lanuvio se vieron apariciones de una gran escuadra en el cielo.»

«152 a. J.C. En época de los cónsules Lucio Opimio y Quinto Postumo, en Conza se vieron armas en el cielo», y en 138 a. J.C., «En Preneste y Celanonia se vieron caer estandartes del cielo».

«40 a. J.C. En época de los cónsules Marco Lépido y Munacio Planco, en Módena se vieron tres soles alrededor de las ocho de la mañana, que, seguidamente, se concentraron en un único disco.»

Asimismo, en el libro son relatados otros prodigios referentes a distintos sucesos:

«En el IV consulado de Quinto Fabio Máximo Verrugoso y III de Marco Claudio Marcelo, en el templo de Juno Sóspita de Lanuvio anidaron cuervos. En Apulia ardió una palmera verde. En Mantua, el lago que forma el río Mincio apareció ensangrentado. En Cales cayó una lluvia de greda, y en Roma, en el mercado de las vacas, de sangre. En una aldea de Istria, un manantial subterráneo vertió tal caudal de agua que volteó y arrastró, como un rápido torrente, los cántaros y tinajas que había en el lugar. Fueron alcanzados por rayos el atrio público en el Capitolio, el templo de Vulcano en el Campo de Marte, un nogal y la vía pública en Sabina, así como la muralla y puerta de Gabies. La lanza de Marte en Preneste se movió por sí sola. En Sicilia habló un buey. En Marrucinos un niño gritó en el vientre materno: "¡Bravo, triunfo!" En Espoleto una mujer se convirtió en hombre.»

Algunos de estos fenómenos posiblemente tienen explicación física, otros siguen constituyendo un misterio, están llenos de interrogantes. Y, según nuestro conocimiento aumenta, el misterio se hace aún mucho más denso.

Albert Einstein sentenció: «La más bella sensación que le ha

sido dada experimentar al hombre, el lado misterioso de la vida, es aquella que se realiza para aquel que no está en condiciones de experimentar ni sorpresa ni estupor y, por tanto, es considerado muerto, pues el fulgor de sus ojos se ha apagado.»

Lluvias extrañas

Charles Hoy Fort, inconformista, iconoclasta, destructor de mitos y leyendas científicas, contemporáneo del futuro, así ha sido descrito, amén de un hombre de edad indefinible, bajo, regordete, con bigotes de morsa y gafas de montura metálica, rostro bonachón y mirada perdida en el infinito, nació en Albany, en el estado de Nueva York, el 9 de agosto de 1874. Sus padres poseían una pequeña tienda de ultramarinos en la que él trabajó durante varios años, al tiempo que ejercía el periodismo y la taxidermia. Posteriormente lo abandonó todo para dedicarse a coleccionar hechos extraños expulsados del seno de la ciencia por unas mentes encallecidas, es decir, una serie de datos positivistas que pueden ser aplicados a cualquiera; ya que cualquier persona es continua de sus semejantes, y todos los datos correspondientes a un ser determinado son hechos de una historia común a toda la humanidad, puesto en nuestra cuasi-existencia, cualquier persona puede ser baja, regordeta, con bigotes de morsa y gafas de montura metálica, tener rostro bonachón y mirada perdida en el infinito, cualquier persona puede haber nacido en Albany en 1874 y descender de los propietarios de una tienda de ultramarinos. Pero cualquier persona no puede haber escrito *El libro de los condenados.* Publicado por primera vez en Nueva York en 1919 por Boni & Liveright, Inc., su aparición causó un verdadero escándalo: fue calificado por algunos como el libro más importante y lúcido de los últimos tiempos, y criticado por otros y calificado de aberrante. Catalogado dentro de las pseudociencias, tuvo un éxito sin parangón, y fue comparado con la monumental obra del antropólogo James Frazer (1854-1951) *La rama dorada*, doce volúmenes sobre mitos, rituales, magia y tabúes.

Fort fue calificado como la mayor figura literaria después de Edgar Alan Poe. Para describir qué es *El libro de los condenados*, nada mejor que la fantástica descripción del autor:

Comencé a escribir *El libro de los condenados* cuando era un niño. Estaba determinado a ser un naturalista. Leía con voracidad, cazaba pájaros y los disecaba, coleccionaba sellos, clasificaba minerales, clavaba insectos con agujas y les ponía etiquetas como las que veía en los museos. Luego me convertí en un periodista y, en su lugar, coleccioné cuerpos de idealistas en las morgues, escolares desfilando por Brooklyn y presos en las cárceles, arreglé mis experiencias y las examiné como había examinado los huevos de los pájaros, los minerales y los insectos.

Me asombra cada vez que oigo decir a alguien que no puede comprender los sueños o, mejor, que no ve nada especialmente místico en ellos. Que cada cual contemple su vida. No hay fenómenos de los sueños que no sean característicos para todas las vidas: la desaparición, el disolverse de nuevo de algo que uno había supuesto que sería el final, era algo tan excitante como podían serlo los fragmentos de cadáveres en las morgues, el crimen y el altruismo. Así nació el monismo que aparece a todo lo largo de *El libro de los condenados*: la fusión de todas las cosas en las demás, la imposibilidad de distinguir cualquier cosa de cualquier otra en su sentido positivo o especialmente de discernir la vida de cada día de la existencia en los sueños.

Tomé la determinación de escribir un libro. Comencé escribiendo novelas: cada año hacía, más o menos, tres millones y medio de palabras, aunque esto sea sólo una estimación. Pensé que, excepto en la escritura de novelas, que probablemente parecían crías de canguro, no podía hallar ningún otro incentivo por el que seguir viviendo. Abogados, naturalistas, senadores de Estados Unidos..., ¡vaya conjunto de aburridos! Pero no escribía lo que deseaba. Comencé de nuevo y me convertí en un realista ultracientífico.

Así que tomé una enorme cantidad de notas. Tenía una pared cubierta por pequeños departamentos destinados a ellas. Tenía veinticinco mil notas. Me preocupaba la posibilidad de un incendio. Pensé en tomar las notas en material ignífugo. Pero no era lo que quería y, finalmente, las destruí. Esto es algo que Theodore Dreiser[9] no me perdonará jamás.

Mi primer interés había sido científico, pero el realismo me

hizo retroceder. Entonces, durante ocho años, estudié todas las artes y ciencias de que había oído hablar, e inventé media docena más de otras artes y ciencias. Me maravillé de que alguien pudiera contentarse con ser un novelista o el director de una compañía acerera, o un sastre, o gobernador, o barrendero. Entonces se me ocurrió un plan para coleccionar notas sobre todos los temas de la investigación humana acerca de todos los fenómenos conocidos, para entonces tratar de hallar la mayor diversidad posible de datos, de concordancias, que significaran algo de orden cósmico o ley o fórmula..., algo que pudiera ser generalizado. Coleccioné notas sobre los principios y fenómenos de la astronomía, sociología, psicología, buceo o grandes profundidades, volcanes, religiones, sexos, gusanos..., eso es, buscando siempre similitudes en las diferencias más aparentes, tal y como cuantivalencias astronómicas, químicas y sociológicas, o perturbaciones astronómicas, químicas y sociológicas, combinaciones químicas y musicales, fenómenos morfológicos de magnetismo, química y atracciones sexuales.

Acabé por tener cuarenta mil notas, repartidas en mil trescientos temas tales como: armonía, equilibrio, catalizadores, saturación, oferta y metabolismo. Eran mil trescientos demonios aullando con mil trescientas voces a mi intento de hallar una finalidad. Escribí un libro que expresaba muy poco de lo que estaba tratando de conseguir. Lo recorté, de quinientas o seiscientas páginas a noventa. Entonces lo tiré: no era lo que quería.

Pero la fuerza de las cuarenta mil notas había sido modificada por este libro. No obstante, el poder o la hipnosis de todas ellas, de las notas ortodoxas, del material ortodoxo, del Tyndall dice esto o del Darwin dice aquello, la autoridad, la positividad de los químicos y astrónomos y geólogos que habían probado eso o aquello, el monismo y la náusea, me estaban haciendo escribir sobre el hecho de que ni siquiera dos veces dos son cuatro, excepto en una forma arbitraria y convencional, o sea, que no existe nada positivo.

En mi tentativa de hallar lo que se esconde tras los fenómenos me había equivocado en las dos clasificaciones con las que había terminado: que esos dos órdenes de lo aparente representan extre-

mos ideales pero no tienen existencia en nuestro estado de simulación, que nosotros y todas las demás apariencias o fantasmas de un supersueño somos expresiones de un flujo cósmico o de una graduación entre ellos; un llamado desorden, falta de realidad, inexistencia, equilibrio, fealdad, discordancia, inconsistencia; y otro el llamado orden, realidad, equilibrio , belleza, armonía, justicia, verdad. Éste es el tema que se esconde bajo *El libro de los condenados.* Es algo que muchas personas no han querido entender.

El libro de Fort es mucho más que una recopilación de datos, es como una nueva filosofía, es un enfrentamiento con la ciencia oficial. Los comentarios y explicaciones a los sucesos recopilados en los veintiocho capítulos narrados por Fort son más interesantes que los sucesos en sí.

Él mismo dice: «Yo no soy un realista. Yo no soy un idealista. Yo soy un intermediarista. Nada es real, pero nada es tampoco irreal, y todos los fenómenos son aproximaciones a un lado o a otro entre la realidad y la irrealidad.»

El libro creó una escuela de seguidores y de sociedades fortianas que funcionan en la actualidad. Entre los seguidores de C. H. Fort se encuentran Theodore Dreiser, Booth Tarkington, Harry Leo Wilson, Ben Hecht, Alexander Woollcott, Burton Roscoe, Lovecraft, Pauwels y Bergier, entre otros. En el primer capítulo Fort dice: «Sostengo que nada puede intentar ser, excepto si prueba de excluir algo; y que esto que se denomina comúnmente "ser" es una diferencia entre lo que está incluido y lo que está excluido.

»Estimo también que no hay diferencias positivas, que todas las cosas son como el insecto y el ratón en el interior de su queso. Insecto y ratón: nada más distinto que estos dos seres. Permanecen allá una semana o se quedan un mes y, acto seguido, no son más que transmutaciones de queso. Creo que todos somos insectos y ratones, y solamente diferentes expresiones de un gran queso universal.

La ciencia moderna ha excluido falsamente, falta de estándares positivos. Ha excluido unos fenómenos que, según sus propios pseudoestándares, tenían tanto derecho a la existencia como los elegidos

»Buscar la verdad en lo especial es buscar lo universal en lo local.»

A continuación detallamos algunos de los «hechos condenados», de los miles descritos en el libro:[10]

a) En los días 12 y 13 de noviembre de 1902 se sitúa la más importante caída de materia en la historia de Australia. El 14 de noviembre «llovió barro» en Tasmania. El fenómeno se atribuyó a los torbellinos australianos, pero hubo también una bruma que llegó hasta Hong Kong y las Filipinas. Quizá tal fenómeno no tuviera relación con la aún más formidable caída de febrero de 1903 en Europa. Durante varios días, el sur de Inglaterra fue un verdadero albañal. Si desean conocer la opinión de un químico, aunque sea tan sólo su mera opinión, consulten el informe de la Sociedad Real de Química. El 2 abril de 1903, Mr. E. G. Clayton describió en dicho informe una sustancia caída del cielo y recogida por él mismo. La explicación del Sahara prevalece sobre todo para el sur de Europa. Más lejos, los convencionalistas se sienten a disgusto. Bajo demanda, el editor de la *Monthly Weather Review* declara, hablando de una lluvia roja caída en 1890 sobre las costas de Terranova: «Sería sorprendente que se tratara de polvo sahariano.» El señor Clayton afirma de su muestra: «Es simple y llanamente polvo de las carreteras de Wessex levantado por el viento.» Esta opinión es típica de toda opinión científica, teológica o femenina. Está a la medida de lo que no toma en cuenta. Es más caritativo pensar que Mr. Clayton desconocía la extensión de la caída: el 19, recubría una superficie equivalente a las islas Canarias.

Pienso, por mi parte, que en 1903 atravesamos los restos de un mundo pulverizado, dejado como recuerdo de una antigua disputa interplanetaria y llevando después su inquina a través del espacio, como una querella roja.

Pensar es concebir incompletamente, ya que todo pensamiento no tiene lazos de unión más que con lo local. Por supuesto, nosotros, los metafísicos, gustamos de ir adelante y pensamos en lo impensable. Los químicos por su parte se li-

mitan a analizar la sustancia y encuentran un 23,49 por ciento de agua y un 9,8 por ciento de materia orgánica. Si se descontara de nosotros todo lo que no es arena, podríamos, ustedes y yo, ser identificados también con la arena sahariana. Sin mencionar el hecho de que la mayor parte del desierto sahariano no es rojo, sino que es descrito como de una «deslumbrante blancura».

La enormidad de los hechos el 27 de febrero. La caída prosigue en Bélgica, en Holanda, en Alemania y en Austria de manera abundante. Un buque la señaló en pleno océano Atlántico, entre Southampton y las Barbados. Sólo en Inglaterra se calcularon 10.000.000 de toneladas de materia. En Australia, hubo una lluvia de barro de cinco toneladas por hectárea. Cayó también en Suiza y en Rusia.

b) El 13 de agosto de 1819, en Amherst, Massachusetts, un objeto misterioso, recubierto de una pelusilla como la que se encuentra en las fábricas de paños, se abatió sobre el suelo. Más tarde fue examinado y descrito por el profesor Graves, antiguo catedrático del colegio de Dartmouth. Separada la pelusa, apareció una sustancia pulposa de color amarillento que, desprendiendo un olor muy nauseabundo, se volvió rojo vivo por el simple contacto con el aire.

El profesor Dewey, comunicando el informe Graves, cuenta en el *American Journal of Science* que, el 13 de agosto, al sonido de una explosión, una viva luz se extendió sobre la ciudad de Amherst, iluminando uno de los muros de la habitación donde se hallaba él mismo en compañía de su familia. A la mañana siguiente, en el patio delantero del profesor Dewey, en el mismo emplazamiento de donde pareció provenir la extraña luz, se descubrió una sustancia «distinta a todas aquellas que los testigos declaraban conocer». Era un objeto en forma de tazón, que medía quince centímetros de diámetro por tres de espesor, recubierto de una «fina pelusilla» amarillenta que tenía la consistencia de la espuma de jabón y esparcía «un olor fuerte, casi sofocante». Expuesto al aire durante algunos minutos, perdió su color, se volvió rojo sangre, absorbió rápidamente la humedad del aire y se licuó.

Esto me recuerda otra alma perdida: una caída de peces muertos y disecados de la especie «chalwa», de un palmo de longitud en los alrededores de Allahabad, en la India. Habían permanecido tanto tiempo fuera del agua que no podían haber sido recogidos de un estanque por una tromba, pese a que se los identificó como pertenecientes a una especie local. Me inclino a creer, por mi parte, que no eran peces, sino objetos en forma de peces, de la misma sustancia que cayó sobre Amherst. Se dice que resultan incomibles puesto que «colocados en la sartén, se convirtieron en un charco de sangre».

En el *American Journal of Science*, el objeto de Amherst cayó bajo la inevitable daga de la condensación. El profesor Edward Hitchcock se instaló en el país. Años más tarde, un objeto totalmente parecido al primero se abatió «casi en el mismo lugar». Invitado por el profesor Graves a examinarlo, Hitchcock descubrió el mismo tamaño, la misma consistencia, las mismas reacciones químicas, y lo reconoció instantáneamente: era un hongo gelatinoso.

No solamente identificó su especie exacta, sino que anunció que otros hongos semejantes aparecerían dentro de veinticuatro horas. Aparecieron dos de ellos aquella misma tarde.

Hemos llegado con ello a la más vieja de todas la convenciones exclusionistas: el nostoc. Cada vez que se señala una caída de sustancia gelatinosa se la identifica como nostoc, una especie de hongo o alga cuyo rival es la «freza de ranas o de peces». Combinadas entre sí, estas dos explicaciones forman una excelente mezcla. Cada vez que faltan pruebas sobre la caída efectiva de materias gelatinosas, se asegura en primer lugar que el nostoc se encuentra allá. Cada vez que los testimonios confirman la caída, se acude a los torbellinos diseminadores de freza.

Yo no puedo decir: todos los mirlos son negros, porque un día vi uno blanco. No puedo decir tampoco: el nostoc es invariablemente de color verde, porque al menos un sabio ha descrito un nostoc de color rojo sangre. Pero me gustaría poner de relieve que la mayor parte de las caídas de sustancias gelatinosas son descritas como blancas o grises, y que el nos-

toc es definido como «verde» en el diccionario de Webster, «azul-verde» en la New International Encyclopedia, «verde claro u oliva» en *Science Gossip*, o «verdoso» en *Notes and Queries*. Si se señalan pájaros blancos, parece razonable no tomarlos por mirlos, incluso si hay mirlos blancos. Si caen sustancias gelatinosas blancas o grises, pueden apostarse a que el nostoc no se halla implicado en ello, y si caen fuera de estación, no hay lugar invocar a la freza.

c) El fenómeno de Kentucky. En su tiempo produjo un grandioso efecto. De ordinario, datos como éstos son silenciados precipitadamente, como las lluvias negras de Slains. Pero el 3 de marzo de 1876, numerosos periodistas fueron atraídos a Bath County, Kentucky, por un notable acontecimiento: trozos de una sustancia que parecía carne de vaca cayeron del cielo sobre Olympian Springs. «En un cielo completamente puro» copos de cinco a diez centímetros cuadrados cayeron en denso chaparrón sobre el suelo y los árboles, pero limitándose a una banda de terreno de cien metros de largo sobre cincuenta de ancho.

Fue descrito por multitud de científicos, desde carne de serpiente hasta materia pulmonar humana, etcétera, etcétera. No quiero agarrarme a la subida y bajada clásica en estos casos, pero pienso que hay en el cielo vastos campos gelatinosos, compuestos de diferentes materias, que los meteoritos atraviesan vaciándolos de su sustancia.

L'Astronomie. En el observatorio de Zacatecas, en México, el 12 de agosto de 1883, a dos mil quinientos metros sobre el nivel del mar, un gran número de cuerpos luminosos penetraron en el disco solar. El señor Bonilla telegrafió a los observatorios de México y de Puebla, donde no eran visibles. Visto este paralaje, el señor Bonilla localizó los cuerpos «relativamente cerca de la Tierra». Pero con sus palabras de astrónomo. Tanto si se hubiera tratado de pájaros, de escarabajos, de un super-Tarmelán o del ejército de un celeste Ricardo Corazón de León, «relativamente cerca de la Tierra» significa «a menor distancia que la Luna». Uno de estos objetos fue fotografiado: el documento muestra un largo cuerpo rodeado de

estructuras indefinidas, por el temblor de alas o de planos en movimiento.

L'Astronomie. El signore Ricco, del observatorio de Palermo, escribe que el 30 de noviembre de 1880, a las dos y media de la madrugada, vigilaba el Sol cuando en una línea corta y también paralela atravesaron lentamente su disco. Aquellos cuerpos le parecieron alados, pero eran tan grandes que le hicieron pensar en grullas. Consultados algunos ornitólogos, supo que el vuelo en líneas paralelas coincide efectivamente con el de las grullas. Eso ocurría en 1880: cualquiera en nuestros días sabe que es también una formación familiar a los aviones. Pero el ángulo de visión dejaba entender que estos seres u objetos se desplazaban a mucha altitud. El signore Ricco sostiene que los cóndores vuelan, a veces, a cuatro o cinco mil metros de altitud, y que las grullas han desaparecido a menudo a los ojos de los observadores ganando las regiones superiores de la atmósfera.

Estimo en términos convencionales que no existe pájaro sobre esta tierra que no se hiele moralmente a una altitud de más de cinco mil metros. Y el signore Ricco estima que esos objetos, estos seres o estas grullas, se desplazaban por lo menos a ocho mil metros de altura.

El conocido escritor y editor de Asimov, John W. Campbell, dijo: «En *El libro de los condenados* hay, como mínimo, el germen de seis nuevas ciencias.» Además de dicha obra, Charles Fort dejó escritos otros tres libros más: *Los talentos salvajes, ¡He aquí!* y *Países nuevos*. No tenemos constancia de que hayan sido traducidos a otros idiomas distintos del inglés.

La alquimia en la actualidad

George Langelaan (París, 1908-1972), intrépido aventurero y espía de los aliados en la segunda guerra mundial, fue un importante escritor francobritánico de ciencia ficción, más conocido por su obra *La mosca*, llevada a la gran pantalla en varias ocasiones. Segui-

dor de la escuela de Charles Fort, se dedicó durante años a recopilar «hechos condenados», que han sido recogidos por revistas como *Planète* y *Horizonte*.

A continuación relatamos algunos de los hechos y fenómenos desdeñados por nuestra cultura, al no encajar en ninguna de las ciencias conocidas:

Incluso en nuestros días, los bancos, las grandes empresas metalúrgicas, los ministerios de finanzas de la mayor parte de los países reciben regularmente estas proposiciones. Siempre son leídas y examinadas, pero sus autores raramente reciben una respuesta.

«En el transcurso de la última guerra, también yo tuve entre mis manos —dice Langelaan— un curioso documento, enviado por un inventor al Banco de Inglaterra para el caso de que sus dos primeras invenciones, dirigidas al War Office, fueran aceptadas. Estas dos invenciones consistían en un paraguas metálico de trinchera, que únicamente los obuses de gran calibre podían atravesar, y una inmensa sierra, larga, de cien pies [30 metros], que debía ser fijada bajo no importa qué avión de caza. Equipados de este modo, los aparatos podrían literalmente cortar a tajadas todo zepelín que los alemanes hubiesen podido enviar sobre Inglaterra. Paraguas y sierras eran de un material secreto que, después de la victoria de los aliados, podría ser recuperado, transportado al Banco de Inglaterra y, allí, en un pequeño rincón, gracias a una máquina eléctrica, sería posible cortarlo y romper las piezas que, automáticamente, saldrían de la máquina convertidas en oro. Desgraciadamente para el Banco de Inglaterra, trincheras y zepelines eran de un tiempo ya pasado, y el War Office no se interesó por las armas defensivas de este genial inventor.»

Dejando aparte los *hurluberlus* y otros locos, a veces existen curiosos inventores que llegan y callan. Uno de ellos se contentó con vender el fruto de su trabajo, una producción de oro fino que variaba de quinientos gramos a cinco kilos cada mes, al gobierno de Estados Unidos, durante muchos años, a finales del último siglo (diecinueve). El oro era de buena calidad, con un mínimo de impurezas, y una vez el fabricante hubo probado a la policía que no se trataba de ningún robo, el gobierno quedó satisfecho y compró el oro producido sin discutir.

El doctor S. H. Emmens no padecía precisamente crisofobia.[11] Nacido en Inglaterra pero convertido en ciudadano americano, llamaba a su metal «argentaurum», pues, explicaba, se trataba simplemente de plata transformada en oro por tratamiento mecánico de moldeo y estampado. El doctor Emmens no fabricó nunca grandes cantidades de oro, se contentó con una venta anual del orden de quince o veinte mil dólares, lo que era, sin embargo, una importante ganancia para aquella época.

No huyendo ni de los curiosos ni de la prensa, pero no pareciendo buscarlos tampoco, el doctor Emmens se dejó entrevistar a menudo. James Gordon Bennett, propietario del *New York Herald*, quiso saber cómo operaba y lo llegó a desafiar a producir oro en público. Emmens aceptó, a condición de que no fuera en su casa. Gordon Bennett lo pensó dos veces ante el precio del laboratorio a instalar y, sobre todo, porque ningún sabio quería aceptar formar parte del comité de control. En efecto, para un sabio no había nada que ganar ni que perder: si el gobierno compraba el oro en cuestión, esto, en principio, probaba que Emmens lo fabricaba bien y rápido, y que el oro era de calidad.

En una ocasión en que un periodista insistió para saber el secreto de fabricación o, al menos, para asistir a un proceso, Emmens respondió que fabricaba oro para su ganancia y no en beneficio de una ciencia cualquiera, puesto que para él era un asunto comercial como otro cualquiera. Es decir, no quería discípulos y no le importaba lo más mínimo ser creído o no por los sabios o el público.

Más tarde, consintió en dar algunas explicaciones bastante vagas y hasta propuso fabricar oro en gran cantidad, pero quería una participación en el negocio demasiado grande y al final no se hizo. Emmens continuó vendiendo su oro al gobierno americano, hasta que un día en que, demasiado rico, se retiró para vivir tranquilamente de sus rentas.

Emmens al fin y al cabo era un alquimista moderno, había encontrado por casualidad el método alquímico de fabricar oro. Muchas veces las casualidades sorprenden y preocupan.

Algunos hombres, ¿han fabricado verdaderamente oro? Para la mayoría esto parece probable. ¿Harán otros lo mismo? Es casi cier-

to. Queda por saber si esto será rentable y si el oro no habrá perdido simplemente todo su valor. ¿Quién sabe de qué será hecho mañana?

El físico ruso Alexander Vilenkin (Ucrania, 1949), director del Instituto de Cosmología de Tufts (Massachusetts, Estados Unidos), es el autor de la teoría del multiverso,[12] en la que expone que no hay un solo universo: «Lo que llamamos nuestro universo y podemos ver es sólo una parte ínfima del multiverso, que está en un eterno proceso de expansión explosiva acelerada, la inflación cósmica, donde, en distintos universos, todo volverá a suceder infinitas veces.»

En 1798, Joaquín Murat, cuñado de Napoleón y futuro rey de Nápoles, resultó herido en la batalla de las Pirámides. Le alcanzó una bala justamente bajo la oreja y le salió por la otra.

Ciento veintiocho años después, otro francés llamado Murat y con el nombre de pila de Joaquín, natural de Périgord, combatía en Monastir cuando fue herido el 28 de octubre de 1916. Una bala le había atravesado la cabeza, penetrando por la oreja izquierda y saliendo por la derecha, sin afectar ningún órgano vital. Conservó de hecho una soportable sordera. Sólo un hombre conocía algo sobre ellos, pero era excesivamente locuaz, y eso le perdió: el doctor Maurice K. Jessup.

Todo empezó cuando un 13 de enero de 1954 recibió una carta de un tal Carlos Miguel Allende (nunca se supo quién era) en la que le comunicaba lo que a continuación resumimos: le explicaba un experimento digno de H. G. Wells, con el que se perseguía simplemente ¡volver invisibles los buques! Bautizado como «Philadelphia Experiment», la carta decía que «fue un éxito parcial pero que arrojó resultados inesperados y mortales».

El doctor Jessup fue hallado muerto un 20 de abril de 1959 en Florida dentro de su coche con una bala en la cabeza: se había suicidado, según declaró la policía. Los forenses, en cambio, determinaron que había sido un asesinato, aunque nunca se encontró al asesino.

Antes de su muerte, sin embargo, el doctor Jessup había levantado el velo a raíz de la carta del tal Allende, y había enviado un informe a la Sección de Investigaciones del Servicio Secreto de la Marina estadounidense. El informe desapareció, pero habían sido tomadas algunas fotos, que circulan todavía.[13]

En el Pentágono y en los servicios de la aeronáutica estadounidense se evita hablar sobre el caso. Si alguien reclama para consultarlos, los cuadernos de bitácora de algunas unidades navales militares, o hasta mercantes, que se hallaron próximos a la zona donde tuvieron lugar determinados experimentos, cuando de acuerdo con la ley todos los cuadernos de navíos bajo bandera estadounidense quedan archivados y pueden siempre ser consulados, sucede que no están «disponibles». ¿Lo que en definitiva se sabe? Especialmente al final... inesperado.

El periódico norteamericano *Philadelphia Inquirer* publicaba la siguiente noticia el 1 de agosto de 1904: «En las cercanías de la ensenada de Delaware, se ha informado sobre un extraño suceso acaecido en el buque de vapor británico *Mohican*, cuando éste se vio envuelto en una inusual tormenta magnética. El capitán de la nave, Urquhart, relató cómo una nube grisácea y resplandeciente avanzó con rapidez hasta rodear por completo el barco e impedir observar nada a través de ella. La brújula se volvió loca y el ancla, con su cadena, se magnetizó de tal forma que fue imposible moverla. Todos los tripulantes notaron que el vello se les erizaba y cómo la electricidad se podía sentir crepitando a su alrededor. Sobre el barco se abatió un claustrofóbico silencio, el mar parecía haber desaparecido, pues ya no se oía el sonido de las aguas. Después de aproximadamente media hora, la nube se elevó y se alejó silenciosamente por encima de las olas.»

Esta noticia no tiene una gran relación directa con el fenómeno que a continuación narramos, pero aprovechando que en aquellas fechas en la zona de la ensenada del río Delaware, cerca de Filadelfia, se produjeron situaciones atmosféricas inusuales con fenómenos eléctricos y nieblas nada corrientes, una de las explicaciones a lo ocurrido años más tarde era una posible equiparación a lo sucedido con el *Mohican*, pudiendo ser que el astrónomo doctor Jessup conociera los fenómenos ocurridos y al recibir la carta de Allende lo relacionara y se tomará gran interés en aclararlo.

En una mañana de noviembre de 1943, la camarera de un bar frecuentado por los marinos de un muelle de Filadelfia dejó caer a sus pies el vaso que estaba secando al ver cómo, súbitamente, aparecían sobre los taburetes de la barra tres marinos con monos de

fogonero. Los tres hombres pidieron un whisky cada uno y, pasados unos segundos, ¡ya no estaban allí!

Todavía más sorprendidos quedaron los obreros y marinos que se hallaban en las cercanías de un muelle en la entrada del arsenal de Filadelfia: vieron cómo una pequeña fragata de escolta amarrada en el muelle... ¡se desvanecía en el aire, permanecía desaparecida durante unos minutos y se mostraba luego otra vez con igual rapidez normalmente en su sitio!

Peor aún: en la base naval de Norfolk, en Virginia, a seiscientos cincuenta kilómetros de distancia del arsenal anterior, los marinos y paseantes vieron... ¡aparecer y desaparecer en unos minutos una fragata de escolta en un lugar del muelle!

Un artículo relativo al incidente del bar apareció aquella misma noche en un periódico vespertino. Pero sólo en la primera edición, y ya no en las siguientes, que son las únicas que se pueden consultar actualmente. La gente sigue preguntándose la razón...

El Department Of The Navy-Naval Historical Center[14] desmintió en un amplio comunicado el incidente de 1943. Es curioso que la Navy se tomara la molestia de desmentir tan ampliamente una noticia que había sido tratada como un bulo, más bien como una leyenda urbana urdida por Allende, sin saber si éste era una persona real, un grupo o una entidad.

Extrañamente, a lo largo de más de cuarenta años nos hemos encontrado con que, ante cualquier suceso o noticia desconcertante no inventariada en el mundo de la ciencia conocida, siempre aparece alguna prestigiosa institución oficial que se apresura a desacreditar el suceso. Nunca se ha mantenido silencio ante alguna noticia de este tipo, simplemente por el motivo más lógico, es decir, no tener explicación. Parece como si existiera algún tipo de organización que se cuidara de difuminar y desprestigiar esa clase de noticias, por muy documentadas que estén. A lo largo de este libro intentaremos profundizar en ese interrogante.

Teletransportación

En la actualidad, el Instituto de Física Experimental de la Universidad de Viena es una institución pública, financiada por el Estado,

que desde 1997 realiza experimentos de teletransportación basados en los principios de la física cuántica. A la cabecera del equipo se encuentra el físico austríaco Anton Zeilinger, candidato eterno al Premio Nobel de Física; lo acompañan en el equipo Thomas Jennewein, Markus Aspelmeyer, Rainer Kaltenbaek y tres investigadores más.

En una soleada mañana del verano vienés, explicaban sobre sus trabajos lo siguiente: «Lo que nosotros hacemos se llama "teletransportación" en estado cuántico, y los primeros experimentos se hicieron en 1997, pero las pruebas empezaron dos años antes. Así es que llevamos una década de desarrollo. La teoría, el utilizar los principios de la física cuántica, comenzó en 1993.

»La idea principal es que hay fuentes de luz que producen dos fotones (partículas de luz) y que éstos están acoplados. Ocurre que, por un principio de la física cuántica, existen partículas acopladas, es decir, con una estrecha relación que las hace comportarse de manera muy estrecha y estar permanentemente comunicadas aunque medien enormes distancias (en teoría, puede mediar un universo entre ellas). Se trata de un principio de la física cuántica que no tiene parangón con la vida corriente, con la lógica ordinaria. Dos partículas acopladas, en este caso fotones, son separadas, y si se logra determinar la polarización de una de ellas, se puede establecer la de la otra.

»Lo que hacemos se llama "teletransportación" cuántica y transferimos la información de un fotón hacia otro fotón. Y la información que transferimos se llama "polarización". Fue en un descubrimiento de Max Planck, donde se dio cuenta de que la luz se comporta como partícula y como onda, depende de la observación, ya que mientras no se mida el estado es indefinido, una cosa excluye a la otra, es un principio de la física cuántica. Como onda, la luz puede tener una orientación (vertical u horizontal), y mientras una partícula de luz es horizontal, la otra es vertical y viceversa.

»Hemos conseguido enviar fotones a través de un cable de fibra óptica de seiscientos metros a través del Danubio. La teletransportación consistió en la migración en estado cuántico de los fotones, que no es lo mismo que un viaje de los fotones a través del cable.

»Es muy interesante que se pueda transferir información de

una partícula a otra. Hemos hecho experimentos en distancias más largas de seiscientos metros y ha funcionado. Y en partículas más avanzadas. Einstein lo llamó "la conexión fantasmagórica".

»La teletransportación de cuerpos más grandes de momento es posible, pero por principios, por teoría, en la práctica aún no lo hemos desarrollado. No hay que olvidar que lo que hasta el momento se conoce como "teletransportación" lo es de información, no del viaje de un cuerpo hacia otro lugar.

»Hasta ahora, para la criptografía hemos hecho la primera transferencia bancaria con nuestro sistema criptográfico con el Banco de Austria y el Ayuntamiento. Es el sistema que estamos desarrollando. Transferimos dinero. No nos permitieron transferir demasiado.»

Quizá el Philadelphia Experiment había encontrado un atajo, pero llevaba a unos resultados mortales, por incompletos, y debió detenerse hasta encontrar el camino correcto. Quizá ahora en Viena han encontrado ese camino y las sorpresas venideras pueden ser espectaculares. También es posible que no se den a conocer por las consecuencias imprevisibles que podrían acarrear dentro del mundo económico.

SEGUNDA PARTE

El retorno de los brujos

CAPÍTULO 1

Visado para otra realidad

Algunas fuerzas del universo presentan una acentuada personalidad, y debemos entender que esa personalidad no tiene nada que ver con la personalidad humana. Por otra parte, el sustrato que forma este libro, donde se asienta, es difícil de encasillar, en el sentido tradicional de clasificación temática. En él aparecen multitud de disciplinas, sin tener en apariencia una conexión, un hilo conductor; no es un sistema de pensamiento y menos un cuerpo de conocimiento, quizá es una forma de ver el mundo que visionarios, poetas, místicos, tocados por la locura, iluminados e iniciados siempre han tenido, pero que ni ellos mismos han sido capaces de clasificar, definir ni tan siquiera transmitir ordenadamente. Ahí debe radicar el atractivo de ese sustrato mágico, los textos ocultistas o esotéricos nos acechan constantemente desde su secreto, con el atractivo de buscar soluciones a los jeroglíficos.

¿Por qué el hermetista busca mil soluciones al enigma que describe? ¿Por qué en el ceremonial prescrito para procesiones de vírgenes negras sólo se queman cirios de color verde? La solución al enigma la encontramos en la antigua jerga, en el argot «argótico», el arte gótico de las catedrales. Hablar en argot es transmitir algo en clave secreta, sólo descifrable por los iniciados. El argot también es conocido como *langue verte* («lengua verde»); la relación entre el arte gótico y la alquimia hermética, la *cabale solaire*, es la lengua verde, consecuentemente, el verde era el color de la iniciación, que en muchos rituales (iniciación masónica) empieza con una procesión.

Vemos la flor en su esplendorosa belleza, pero en la mayoría de

los casos somos incapaces de reconocer el fruto. A lo largo de este libro constantemente hemos exaltado la imaginación; la actividad imaginativa es representada casi siempre por el alquimista (también por el escultor o el orfebre). En consecuencia, vamos a intentar acercarnos a ese mundo, raro, oculto, misterioso, secreto, dudoso, atractivo pero que parece irreal, que se expresa en «argot», que despierta un interés quizá superior a su verdadera importancia.

Las diferentes opiniones que a lo largo del tiempo se han propuesto acerca de la naturaleza e identidad de la alquimia son tan variables como el tiempo, la persona y el país donde han sido propuestas. Por nuestra parte, vacilamos y dudamos antes de dar juicios aventurados, pero tampoco queremos caer en la continua confusión que muestran muchos estudiosos de la materia. Si bien la cautela es propia de los sabios, y aceptar diferentes puntos de vista, de virtuosos, en realidad surgen los problemas cuando esta actitud se agudiza. Entonces la duda se convierte por sí misma en certeza y acabamos olvidándonos de la importancia que supone tener dudas por encima de nuestras dudas.

En la memoria del hombre actual existen grabadas múltiples imágenes, que no se encuentran en los libros y publicaciones. En cambio, al ver un manuscrito o un grabado antiguo, parece que salte un resorte dentro de nosotros que nos indica que eso ya lo conocemos, aunque no sepamos interpretarlo, pero sentimos que de alguna manera forma parte de nosotros.

De seguir vivo en su morada-castillo cercano a Sevilla, debe de tener más de ciento cincuenta y cinco años. En el año 1954 fue visto por Eugène Canseliet en esa localidad, tenía ya cien años y no aparentaba más de cincuenta. Nos referimos al último gran alquimista conocido: Fulcanelli. Sin embargo, antes de profundizar en tan apasionante vida, debemos, aunque someramente y casi rozándola, con toda la humildad que nos es posible, definir la «alquimia» y algunos de sus personajes, pidiendo disculpas por anticipado a todos los alquimistas que siguen trabajando en la actualidad.

El verdadero conocimiento antiguo ha provocado una avalancha de información totalmente incompleta y muchas veces tergiversada, llevada a término por personas e instituciones que, atraídas por una curiosidad razonable pero sin ninguna base tradicional,

han interpretado los arcanos según sus propias convicciones y prejuicios. El gran conocimiento de la Edad Media ha sido saqueado, contado y novelado por meros especuladores del conocimiento para su propio ensalzamiento y en muchos casos con la anuencia de editoriales con el solo fin económico, con lo que todo auténtico simbolismo ha quedado reducido a una triste imitación. Al leer algunos textos alquímicos, éstos parecen haber sido escritos no para guardar el conocimiento, sino más bien para ensalzar a sus autores, porque en realidad ni ellos mismos parecen entender el maremágnum que intentan transmitir, así que menos lo entenderán los estudiosos. Heidegger, en su cabaña de la Selva Negra, durante los años de la guerra, empezó a leer a Hans-Georg Gadamer,[1] en el que estaba trabajando. De pronto se interrumpió, pegó un puñetazo sobre la mesa que hizo saltar las tazas de té y exclamó desesperado e irritado: «¡Es como si estuviera escrito en chino!»

A lo largo de la historia constatamos que la alquimia sólo sale a la superficie en determinadas circunstancias, cuando algún adepto está preparado para llegar al término final de la Gran Obra, o cuando el contexto y, por tanto, el adepto, han alcanzado una fase evolutiva determinada. Los propios alquimistas no le dan un nombre concreto, sino que se refieren a ella de distintas formas: «Nuestra Filosofía», «Nuestra Ciencia», «Nuestro Arte».

Decía Nietzsche: «¿Creen que podrían haber aparecido y haberse desarrollado las ciencias si no hubiesen ido precedidas por los magos, los alquimistas, los astrólogos y los brujos, cuyas promesas y espejismos debieron de despertar antes hambre y sed de poderes ocultos y prohibidos, haciendo que se saborearan antes éstos con agrado?»

Wolfgang Ernst Pauli (Viena, 1900-Zúrich, 1958), premio Nobel de Física en 1945, el más grande físico de todos los tiempos, según Max Born, el genio de Pauli era superior incluso al de Einstein.

Toda falta de rigor intelectual o de consistencia lógica atraía el furor de Pauli sobre cualquiera que tuviera la desgracia de ser su autor. Era un crítico despiadado de ideas brillantes, y prácticamente todos los físicos de su generación consideraban la opinión de Pauli como uno de los test obligados que cualquier teoría debía

superar si quería tener alguna posibilidad de supervivencia. El propio Pauli realizó profundas y numerosas contribuciones positivas a la física, incluido el famoso principio de exclusión y la predicción de la existencia del neutrino veinte años antes de que fuera descubierto.

A Pauli lo cautivó de la filosofía alquimista el intento de hablar de los procesos materiales y psíquicos con un mismo lenguaje. Llegó a pensar que el terreno árido atravesado por la moderna física atómica y el nuevo camino abierto por la psicología moderna permitían intentar una vez más emplear ese único lenguaje. Decía al respecto: «Sospecho que el intento de la alquimia por emplear un lenguaje psicofísico unitario fracasó sólo por estar relacionado con la realidad concreta visible. Pero en la física actual tenemos una realidad invisible (la de los objetos atómicos) en la que el observador interviene con una cierta libertad (viéndose por ello enfrentado a alternativas de "elección y sacrificio"; por otra parte, en la psicología del inconsciente nos encontramos con procesos que no pueden atribuirse siempre sin ambigüedad alguna a un sujeto determinado. Pienso que el intento de monismo psicofísico se encuentra ahora en una situación esencialmente más prometedora, ya que el lenguaje unitario (todavía desconocido y neutral con respecto a la antítesis psicofísica) se referiría a una realidad invisible más profunda. Habríamos encontrado así un modo de expresar la unidad entre todos los seres que trascendería la causalidad de la física clásica como forma de correspondencia (Bohr), unidad, de la cual son casos especiales la interrelación psicofísica y la coincidencia de las formas instintivas de ideación —a priori— con las percepciones externas. En una concepción semejante, la ontología y la metafísica tradicionales resultan sacrificadas, y la elección recae en la unidad del ser.»

Entre los trabajos filosóficos que Pauli se vio llevado a acometer, los referidos a simbología alquímica fueron los que más huella dejaron en él. La alquimia es simple, aunque sutil. En la generación de la energía nuclear existe verdadera alquimia, masa metamorfoseada en energía: $E = mc^2$. No obstante, en verdad nos hace dudar de que alguien pueda convertir en oro cualquier otro elemento. Eso nos hace pensar, como poco, en un timo. En cambio, cuando la

British Nuclear Fuels convierte pedazos de uranio en plutonio para uso militar, aceptamos el milagro como algo cotidiano.

Su nombre proviene del que en árabe significa «arte», *alkimia*, la partícula *al* es el artículo definido. Sobre la palabra *kimia* conviven varias definiciones: unas teorías dicen que deriva de *kmt* o *chem*, el nombre que los antiguos egipcios daban a su país, que significa «tierra negra», en referencia al suelo negro de aluvión que bordea el Nilo y en oposición a las arenas del desierto de color claro. Otra teoría dice que los antiguos textos *kmt* o *chem* no van nunca asociados con alquimia, y sea quizá más probable que *kimia* proceda del griego *chyma*, que significa «fundir o moldear un metal». Sea cual sea la verdad, nuestro vocablo actual «alquimia» procede directamente del árabe, y nos recuerda que, al principio de la Edad Media, quienes principalmente estudiaban el Gran Arte eran los musulmanes.

Durante más de mil años se practicó de forma ininterrumpida en el Antiguo Egipto, también en toda la cultura helenista en Alejandría, en la época de Jesús. Los árabes la desarrollaron ampliamente. En China fructificó de una forma independiente con los mismos fines, pero por otros caminos. En el siglo XII entra en Europa, perdura de forma efectiva y alcanza su punto álgido a finales del siglo XVI, si bien en ese momento histórico la alquimia adopta elementos de la religión cristiana, usando como representaciones de sus procesos imágenes cristianas. Los grandes innovadores científicos del siglo XVII vivían con un pie en el mundo de la alquimia, lo hermético y lo oculto, y el otro en la ciencia más racionalista.

La imaginación volvió a jugar aquí un papel muy importante, se intentaron unir elementos tan dispares como espíritu y materia, alma y cuerpo, dentro y fuera, húmedo y seco, activo y pasivo. Antes de que fueran disgregadas y separadas las interconexiones entre el operante y la materia, el alquimista evolucionaba y se transformaba a medida que la materia se transformaba y evolucionaba hacia otra más noble. El alquimista se reflejaba en la materia y a la inversa. Trabajando ininterrumpidamente en su laboratorio durante infinitas horas de infinitos días, en soledad, el alquimista se va transformando interiormente, en las esperas de la destilación o cuando el producto está a fuego lento en el atanor. Su mente, por

mimetismo con la materia o quizá en plena comunicación con ella, sigue el mismo proceso y se va produciendo una metanoia, un cambio de mente. Ese cambio lleva al operador a estadios superiores de conciencia, que el propio secreto del oficio le obliga a mantener oculto y sólo transmitirlo mediante símbolos, signos y señales que únicamente puedan ser descifrados por otros adeptos cuyas mentes estén preparadas para el trabajo. La personalidad y el inventario de los alquimistas conocidos nos hacen suponer que ese cambio, esa metanoia, es real, y que se ha producido en múltiples ocasiones. Nos podemos hacer una idea observando los nombres de algunos de ellos descritos en este mismo capítulo.

El arte de la alquimia tiene una naturaleza doble, una exotérica y otra esotérica. La externa tiene como finalidad obtener una sustancia, la piedra filosofal, o simplemente la Piedra, que tiene el poder de transformar los metales menos nobles como el plomo, el zinc, el hierro, el mercurio y el cobre en los más nobles, como el oro y la plata. También se llamaba a la Piedra «el Elixir» o «la Tintura de la Vida», pues tenía la facultad de prolongar la vida humana.

Un libro anónimo del siglo XVII titulado *The Sophic Hydrolith* relata lo siguiente: «La piedra filosofal, o la antigua, secreta, incomprensible, divina y universal, trina y una piedra de los sabios, está formada por una clase de mineral que se tritura hasta convertirlo en polvo y descomponerlo en sus tres elementos, que se recombinan después para constituir una piedra sólida con la fusibilidad de la cera. Los detalles del proceso son apenas tan simples como lo daría a entender esta descripción. En primer lugar es necesario purgar la materia original de todo lo que es espeso, nebuloso, opaco y oscuro, operación que se realiza por medio de "nuestra agua póntica",[2] que es dulce, hermosa, clara limpia y mucho más brillante que el oro y los diamantes o carbunclos. Después, el cuerpo, alma y espíritu extraídos tienen que ser destilados y condensados conjuntamente por su propia sal, proporcionando un líquido acuoso de olor agradable y penetrante muy volátil. El líquido se conoce por "agua mercurial" o "agua del Sol". Tiene que dividirse en cinco partes, de las cuales se reservan dos y las otras tres se mezclan y agregan a una doceava parte de su peso de oro de condición divina. El oro ordinario no sirve a ese respecto, ya que el uso diario lo ha manchado.

»Cuando el agua y el oro se han combinado en un alambique resolutivo, forman una amalgama sólida que debe exponerse a un calor suave por espacio de seis o siete días. Mientras tanto, una de las dos quintas partes de agua mercurial reservada se coloca en una redoma en forma de huevo y se le agrega la amalgama. La combinación se realiza lentamente y la una se mezclará con la otra suave e imperceptiblemente al igual que el hielo con el agua caliente. Los sabios han comparado esta unión con la de la novia con el novio. Cuando se ha completado, se añade un poco de la quinta parte de agua restante con el fin de evitar la evaporación o la pérdida de su aroma y se mantiene una temperatura de incubación. El adepto debe prestar entonces atención a varios cambios. Al cabo de cuarenta días, el contenido de la redoma estará tan negro como el carbón (esta fase se conoce como "la cabeza del cuervo"). Después de otros siete días, a una temperatura algo mayor, aparecen unos cuerpos granulosos semejantes a ojos de pescado, después un blanco, verde y amarillo como la cola de un pavo real, de un blanco deslumbrante, y por fin un rojo fuerte. Éste señala el punto culminante, ya que ahora, bajo el influjo vivificador del fuego, el alma y el espíritu se combinan con su cuerpo para formar una esencia permanente e indisoluble, hecho que no puede presenciarse sin experimentar admiración y temor, exhibiendo un color púrpura realmente hermoso; su tintura tiene la virtud de cambiar, teñir y curar todo cuerpo imperfecto.

»Esto es así cuando todo sigue su proceso normal; pero a veces ocurren contratiempos (por mal efectuadas las mezclas, o la molienda defectuosa). Existen cuatro señales funestas: un aceite rojizo flotando en la superficie, un tránsito demasiado rápido del blanco al rojo, una solidificación imperfecta y la resistencia de una porción de la sustancia a fundirse como la cera cuando se coloca sobre un hierro candente. Si no se les presta atención inmediata, el éxito es imposible. Si se observa cualquiera de estas señales debe sacarse el compuesto de la redoma y tratarlo con algo de agua mercurial. Se calentará después hasta que haya cesado toda sublimación o evolución de vapor, momento en que se colocará de nuevo en la redoma y se continuará el proceso original.»

El desconocido autor recomienda al experimentador que ha

conseguido el éxito toda la felicidad posible, así como la prudencia en comunicar el trabajo. Según él: «Noé construyó con su ayuda el Arca, Moisés el Tabernáculo con todos su vasos de oro, y Salomón el Templo. Sin embargo, la Piedra no puede emplearse para fines de transmutación metálica en la forma en que fue dejada al completarse la operación descrita, sino que debe ser ulteriormente fermentada y adaptada; de otra manera no podría proyectarse convenientemente sobre metales imperfectos. El tratamiento adicional consiste en fundir en un crisol una parte de la Piedra con tres partes del oro más puro disponible, con lo cual se obtendrá una tintura eficaz susceptible de transmutar en oro un peso de metal vil equivalente a mil veces su propio peso. Con esta tintura pueden realizarse otras muchas cosas que no deben revelarse a este mundo malvado.»

Las fases de la Gran Obra en relación con el color las podemos describir según todos los textos clásicos como:

a) La mortificación inicial correspondiente a la obra en el color negro «nigredo», o, lo que es lo mismo, el estado oscuro y confuso de la materia prima, también llamado «el cuervo». El Bafomet templario, visto con reverencia por los adeptos, parece que tenía un significado especial, no descifrado con exactitud. En algunos casos el nombre va asociado a esculturas demoníacas, una especie de gárgolas que se encuentran en algunas preceptorías. En otros casos parece que Bafomet tiene que ver con la aparición de una cabeza barbuda. A pesar de lo manifestado por algunos historiadores, está claro que Bafomet no es una corrupción del nombre de Mahoma. Lo que sí es cierto con seguridad es que se celebraban entre los templarios diferentes ceremonias secretas en las que tomaba parte algo denominado «cabeza». La existencia de dicha cabeza fue un tema primordial para la Inquisición; desconocemos el motivo de tal interés. Algunos estudiosos piensan que tenía que ver con el tesoro templario y la alquimia. En el proceso alquímico, como hemos dicho, había una fase denominada «Caput Mortuum» o «Cabeza del Muerto», el «Nigredo» o «Enne-

grecimiento», que, según todos los tratados, se presentaba antes de la precipitación de la Piedra Filosofal.

b) La obra en blanco «albedo», que es el resplandor de una nueva luz.

c) La plasmación en rojo «rubedo-carmesí», finalidad de todos los alquimistas, igual que el Sol, produce una potencialidad de irradiación y de proyección.

Como observamos, para consumar la obra se necesita un testigo del metal que se quiere obtener. Algo parecido sucede con los radiestesistas: tanto si emplean el péndulo como la varilla, deben llevar en la mano un testigo de lo que buscan, en la mayoría de las ocasiones, un recipiente con agua.

Los alquimistas no disponían de las modernas mezcladoras en «V», capaces de hacer una mezcla exacta y de una homogeneidad perfecta de las partes que intervienen, incluso en cantidades mínimas.

Hace más de veinte años, en una gran fábrica de Basilea (Suiza), hablando del trabajo de los alquimistas y más concretamente de Paracelso, y del esfuerzo que representaba cada paso en el proceso, me comentaban que si los antiguos alquimistas hubiesen tenido los medios actuales, sus trabajos hubieran avanzado espectacularmente, al tiempo que me mostraban un molino coloidal de bolas de líquidos.

El aparato consistía en un tubo de acero inoxidable de unos dos metros de largo y un diámetro de unos cincuenta centímetros. Se vertía en él el líquido espeso que debía ser molido, el tubo empezaba a girar mediante un motor, y una cantidad enorme de bolas de vidrio relativamente pequeñas que se habían introducido en el molino (la dimensión de las bolas marcaba la finura de la molienda) empezaban también a girar velozmente y, al friccionar unas con otras a gran velocidad, producían la molienda del líquido. El secreto estaba en cómo extraer el líquido sin las bolas: éste iba saliendo por unas pletinas que, una contra la otra, estaban situadas a los lados del tubo y dejaban salir el líquido molido pero no las bolas.

Actualmente, los grupos conocidos dedicados a la alquimia lo hacen especulativamente con algunas pequeñas variantes espiritua-

les. Los miembros de la Ordo Templi Orientis (OTO), un grupo superviviente de crowleyistas que, además de otras muchas actividades, tenían un laboratorio alquímico muy cerca del lago Constanza en los alrededores de Appenzell (Suiza), donde elaboraban entre otras cosas medicamentos «paracelsianos», que eran vendidos en establecimientos especializados.

También la Paracelsus Research Society, en Salt Lake City (Estados Unidos), dirigida por Frater Albertus Spagyricus (Albert Riedel), manufactura alquímicamente tinturas e ungüentos terapéuticos. Al alquimista F. Albertus nos referiremos ampliamente a lo largo de este capítulo.

La descripción del *The Sophic Hydrolith* es un proceso de laboratorio muy críptico, más que complicado, lento y falto de ciertos datos fundamentales. Sabemos que se han efectuado pruebas en grandes laboratorios financiadas por importantes compañías, y que los resultados han sido guardados celosamente; por lo menos, eso es lo que ha llegado hasta nosotros. Pensamos también que, en caso de conseguir éxito en alguno de los procesos, debe de haber sido muy limitado, y su coste más elevado que el valor del oro conseguido. En todo caso, el secreto ha sido bien guardado.

Según relata Canseliet, un admirador de nuestro protagonista Fulcanelli, conversando un día con uno de los mejores químicos de Francia, le preguntaba su opinión acerca de la transmutación metálica.

—La creo posible —dijo el sabio—, aunque de realización muy dudosa.

—Y si algún testigo sincero le diera fe de haberla visto y le aportara la prueba formal —replicó el amigo del Maestro—, ¿qué pensaría usted?

—Pensaría —repuso el químico— que un hombre así debería ser despiadadamente perseguido y suprimido como un malhechor peligroso.

En el acelerador lineal de la Sociedad de Investigación de Iones Pesados de Darmstadt, núcleos atómicos cargados eléctricamente, como los de zinc, de número atómico 50, pueden acelerarse a una décima parte de la velocidad de la luz. Entonces es superada la fuerza de repulsión de otros núcleos atómicos, como los del co-

bre, con número atómico 29, y se hace posible una fusión. El resultado sería un núcleo de 79 protones, es decir, el oro. Dejamos en el aire si los alquimistas consiguieron la fusión por métodos más sencillos, agotando la materia en circunstancias y repeticiones muy concretas.

La alquimia espiritual

La naturaleza esotérica de la alquimia, según la *Turba philosophorum*, una compilación de citas atribuidas a filósofos antiguos y a filósofos alquimistas propiamente dichos, que gozó de gran crédito entre los alquimistas de la Edad Media, viene a decir que el alquimista busca transmutarse él mismo a la vez que la materia prima, dar un salto en su condición de hombre mecánico para convertirse en hombre consciente, es decir, en hombre real que se conoce a sí mismo, capaz de conectarse con el universo y recibir su fuerza y los secretos del mismo.

La *Turba*, escrita en latín pero traducida al árabe, es un texto también complicado y difícil; parte de él está basado en un conocimiento profundo de la tradición doxográfica[3] griega, es decir, de la costumbre seguida por autores de la Antigüedad tardía de reproducir sistemáticamente las opiniones expresadas por filósofos anteriores acerca de temas como el origen del universo sin establecer ningún criterio.

Las opiniones que aparecen en la *Turba* de determinados filósofos presocráticos coinciden con ideas tanto atribuidas a ellos por los «doxógrafos» griegos como con las propias afirmaciones de los presocráticos tal como han sido preservadas en los fragmentos de sus textos que han llegado hasta nosotros.

Martin Plessner[4] dice que el prototipo árabe de la *Turba philosophorum* fue redactado, casi con seguridad, inmediatamente antes o inmediatamente después del año 900 por el alquimista Uthman ibn Suwaid, procedente de Akhmïm —la Panópolis griega—, en el Alto Egipto.[5] De modo pintoresco, a Akhmïm se la ha descrito como una ciudad aparentemente sin historia, pero en tiempos de Uthman ibn Suwaid ya contaba con una larga historia como centro

de teoría y prácticas alquímicas. Ibn Suwaid no era en absoluto el único alquimista en activo en Akhmïm durante el siglo IX, ni el único que procedía de dicha ciudad, como tampoco Zósimo de Panópolis había vivido aislado seis siglos antes. Las pruebas de ambos períodos conforman la proliferación de círculos alquímicos o proclives a la alquimia en la propia Akhmïm, así como en otras poblaciones con las que las gentes de la ciudad tenían relación. Estas pruebas, junto al conservadurismo del saber alquímico y la costumbre de transmitir el conocimiento de una generación a otra, confirman la existencia de una tradición continuada e ininterrumpida en la ciudad desde los siglos III y IV d. J.C. y que llega hasta el primer período islámico.

El *Mushaf*, principal obra alquímica del islam, así como la *Turba* proceden sin ninguna duda de una obra alquímica griega conocida precisamente con el título de *Reunión de filósofos.* El paralelismo entre la tradición alquímica griega recogida en la *Turba* y la tradición islámica, con su prototipo árabe el *Mushaf al-jama'a*, acabaron por convertirse en los textos más influyentes de todo el corpus alquímico occidental.

Existen conexiones que han causado el sonrojo entre los que defienden la pureza islámica del sufismo y que niegan cualquier tipo de relación entre éste y tradiciones anteriores no árabes. El caso de Dhu'l-Nun al-Misrï es un ejemplo de esas conexiones. A Dhu, conocido como «cabeza de los sufíes» por la inmensa influencia que ejerció sobre la evolución posterior del sufismo, se lo relaciona directamente con la alquimia y el hermetismo en las fuentes medievales.

Es importante remarcar que en todos los tratados se dice que, si el ejecutante no evoluciona al mismo tiempo que la materia, el trabajo material quedará abortado, y que por eso los llamados han sido muchos, pero los escogidos pocos.

Los orígenes de la alquimia

Si bien hay corrientes que afirman que la alquimia nació en la India védica y de allí se difundió por todo el Mediterráneo entre los si-

glos VIII y VII a. J.C., el islam fue la verdadera correa de transmisión de la Gran Obra por toda Europa.

Alquimistas conocidos en el islam fueron por ejemplo el príncipe Khalid ibn Yazid (665-704 d. J.C.), el sufí Jabir ibn Hayyan (638-771 d. J.C.) y Abu Bakú Mohamed ibn Zakaridja, al-Razi (826-925). Aunque quizá el más importante fue Avicena (Afshana, 980-Hamadhan, 1037). Este alquimista surgió en el islam del siglo X, un imperio musulmán de un feudalismo indisciplinado y turbulento dominado por una autoridad central, rígida y desorganizada. Grupos aislados que se hacían con el poder en determinadas regiones para volver a caer; razas y credos que avanzaban y retrocedían según la aventura política de sus representantes. En estas circunstancias trabajó Avicena, dando por primera vez un mensaje claro y ordenado y la exposición de un sistema sereno y grandioso que podemos llamar según nosotros lo conocemos «escolasticismo».

Abu Alí ibn Sina, conocido en Europa por Avicena, planteaba cuestiones alquímicas de primer orden, que deben ser recogidas en cualquier historia de la «alquimia».

Este Señor de los Médicos, llamado como el Aristóteles de los árabes, este gran hombre, en realidad no era árabe, sino persa. Su padre, nativo de Balkh, se trasladó a Afshana, donde nació Avicena, y de allí paso a la cercana Bukhara. Su padre nombró a un tutor para que instruyese al joven Abu en el Corán y en la poesía árabe. En seguida hubo que contratar a un segundo profesor, debido a los rápidos progresos del muchacho. Le enseñó aritmética un comerciante de verduras, derecho un asceta llamado Ibrahim, y lógica un erudito errante llamado Natili, que el padre de Avicena acogió en su casa para provecho de éste. Entre otras muchas cosas estudió medicina, y a la edad de dieciséis años había progresado de tal manera que los médicos mayores acudían a él para aprender nuevos métodos de tratamiento.

A los diecisiete años fue nombrado médico de uno de los principales príncipes del país, y en los años posteriores desempeñó numerosos cargos: fue gran visir de Shams al-Daula en Hamadhan. Posteriormente se trasladó a Ispahán y, por último, después de una vida memorable, a Hamadhan, donde murió.

Durante su breve vida, sus trabajos de medicina, farmacia, li-

teratura y filosofía lo convirtieron en un héroe legendario para sus compatriotas, y también para la Europa medieval. Escribió alrededor de cien libros, el más importante de los cuales, *El canon de la medicina*, contiene más de un millón de palabras. Destacamos este hecho en virtud de que los libros en aquella época eran más bien cortos.

Tuvo ideas originales en psiquiatría y enfermedades nerviosas, comprendió que la tisis era contagiosa, y creía que ciertas enfermedades se transmitían por la tierra y por el agua. En la sección farmacológica de *El Canon* cita setecientas sesenta drogas, incluidos los narcóticos mandrágora, opio, cicuta y cáñamo. Sintió un gran interés por la música, y su teoría de la música era mucho más avanzada que las tratadas en aquella época en Europa.

En física trató del calor, de la gravedad, del movimiento, y lanzó sugerencias de que la luz viajaba a una velocidad limitada. Tenía grandes conocimientos matemáticos y astronómicos. En cuanto a la transmutación de los metales, su opinión está vertida en su *Libro del remedio*, que escribió en Hamadhan alrededor de 1021. Una traducción latina de esta obra circuló con gran éxito por Europa bajo el título *De mineralibus*; fue atribuida a Aristóteles, pero Holmyard y D. C. Mandeville demostraron que era en parte una traducción directa y, en parte, un resumen de determinados capítulos del *Libro del remedio* y, por tanto, eran las propias ideas de Avicena.

De una gran erudición en cuanto a los metales, está en contra de la posibilidad de transmutar metales no nobles en oro, y afirma que los alquimistas pueden lograr la fabricación de sólidos en los que las cualidades de los metales sean perceptibles por los sentidos, aunque las sustancias alquímicas no sean idénticas en principio o en perfección a las naturales, sino que guarden solamente una semejanza y una relación con ellas. Decía, no obstante, que los alquimistas pueden producir (como él había hecho) excelentes imitaciones, blanqueando un metal rojo de forma que se parezca mucho a la plata o bien tiñéndolo de amarillo con el fin de obtener un gran parecido con el oro. Afirmaba: «No niego que sea posible alcanzar un grado de precisión tal en la imitación que logre engañar incluso al más avisado, pero la posibilidad de la transmutación no me ha parecido nunca clara.»

El ataque de Avicena no quedó sin respuesta. Sus argumentos fueron cuidadosamente examinados por el visir al-Tughara'i, mejor conocido como gran poeta que como alquimista, pero la respuesta contundente a través de su persona fue que no estaban de acuerdo con otros puntos de vista expuestos por el propio Avicena en otros pasajes del mismo libro y, así, la discusión y el enfrentamiento siguieron adelante. Las opiniones de Avicena tenían escaso apoyo. En ésta, como en otras muchas ramas del saber, se adelantaba a su tiempo y, en consecuencia, los alquimistas proseguían la búsqueda de la piedra filosofal y el elixir, sin desfallecer ni dejarse influir por ninguna opinión, con la seguridad de que estaban en el camino correcto, basándose en los resultados obtenidos por ellos mismos y por los obtenidos y comunicados por otros compañeros en la Gran Obra.

Recordemos que en el siglo XII un mercader, Leonardo Fibonacci (1170-1245), conoció a unos alquimistas árabes en Bujia (Argel), donde le enseñaron el sistema de cálculo que nosotros utilizamos ordinariamente. Alrededor de 1228 escribió el *Liber abaci*, donde daba forma a la nueva numeración que se extendió desde Italia por toda Europa. Introdujo, además, la numeración posicional, las operaciones con números enteros y fraccionarios, la trigonometría y el álgebra, fue un gran divulgador y un genio matemático, sus postulados, soluciones y descubrimientos alimentaron sin variar durante tres siglos el conocimiento matemático. Hay que señalar que hasta el año 1959 aún trabajaban en la ciudad de Fez (Marruecos) varios laboratorios alquímicos, uno de ellos subterráneo.

Por otra parte, la ciudad de Alejandría, a partir de su fundación en el año 332 a. J.C., creció de una forma vertiginosa y se convirtió en la ciudad más importante del mundo antiguo. La biblioteca más grande de ese mundo estaba situada allí.[6] Ptolomeo Philadelpho (285-247 a. J.C.) adquirió la biblioteca particular de Aristóteles, y aumentó así su importante fondo, que llegó a tener más de setecientos mil libros, y los estudiantes acudían de todas las partes del mundo.

Euclides creó una escuela de matemáticas. Uno de sus alumnos fue Arquímedes, y también fueron alumnos suyos Hiparco,

Eratóstenes y Apolonio de Perga. Las artes y las ciencias se expandían por toda la ciudad egipcia, una actividad intelectual superior imperaba en la sociedad, y en toda la zona de influencia el momento era propicio para la aparición de la alquimia. Eso se expresó en otra ciudad del Delta, Mendes, de la mano del alquimista Bolos Demócrito, en su importante libro *Physika*, un tratado dividido en cuatro partes que trataban de la fabricación de oro, plata, gemas y púrpura. Bolos tuvo muchos seguidores y alumnos, sobre todo en Egipto. Encontramos también en Alejandría a los alquimistas Zósimo y Heracles.

Debemos añadir que en esa zona existe una confusión desconcertante en cuanto a centrar la historia de la alquimia. La magia egipcia estaba en auge, la filosofía griega en su esplendor, el gnosticismo, el neoplatonismo, la astrología babilónica, la teología cristiana y la mitología pagana tenían sus parcelas de influencia, lo que hace que el lenguaje enigmático de la alquimia y su literatura sea difícil de interpretar y mucho más de reconocer su procedencia cierta.

En China, la alquimia no es menos importante. La primera noticia sobre la «alquimia» mística china se encuentra en un edicto imperial del año 144 a. J.C., según el cual los fabricantes por medios mágicos de falsificaciones de oro serían ejecutados públicamente. Seguramente este edicto era motivado por la autorización del emperador Wen (175 a. J.C.) para fabricar oro alquímico. Tras haberse fabricado grandes cantidades de oro, que en realidad no lo eran, los alquimistas cayeron en desgracia y, arruinados, se dedicaron al bandolerismo y a la piratería.

Entre los alquimistas chinos encontramos a Go-Hung, pero la base de la teoría alquímica china se encuentra en el taoísmo, que data al parecer del año 300 a. J.C. La mayoría de los alquimistas chinos pertenecían a esta religión o filosofía, con grandes aportaciones a la química de elementos (la pólvora, la tinta, etcétera).

Por otro lado, aunque el mundo occidental contaba con grandes artesanos y técnicos, la alquimia no fue conocida hasta que se introdujo de la mano del islam en el siglo XII. Los antiguos escritos anteriores a esa fecha que podrían considerarse como alquímicos eran meras colecciones de recetas prácticas.

El relato del diálogo entre el rey árabe Chalid y el monje Morieno o Mariano fue probablemente el primer texto alquímico traducido del árabe al latín.[7] Dice así: «El rey preguntó al sabio monje dónde podía hallarse la cosa que servía para realizar la obra hermética». Morieno guardó silencio largo tiempo y, al fin, respondió: «Oh, majestad, voy a confesaros la verdad, y ésta es la que Dios, en su gran misericordia, ha puesto esta cosa extraordinaria en vos mismo; en dondequiera que estéis, está siempre con vos y de vos no puede separarse.» El monje quiso transmitirle al rey Chalid que lo que constituye el fundamento de la Gran Obra, su auténtica materia, es la propia esencia del hombre.

El mundo occidental fue receptivo a este nuevo saber y tomó la hegemonía mundial en el saber alquímico. Han pasado a la historia como grandes alquimistas, por sus logros y los conocimientos que nos han legado, Alberto Magno, Dante Alighieri, Roger Bacon, Arnaldo de Vilanova, Ramon Llull, Geber, Flamel, Bernardo Trevisano, Basilio Valentín, Paracelso, Cagliostro, Jacob Böhme, Fra Marcantonio y John Dastin, entre otros.

Las aportaciones conocidas de los alquimistas al mundo científico son abrumadoras; relatamos algunas de ellas a continuación:

Alberto Magno (1193-1280) fraguó la composición de la potasa cáustica, además de descomponer químicamente el cinabrio y el minio, así como la cerusa.

Ramon Llull (1235-1315) hizo la primera preparación del bicarbonato potásico.

Paracelso fue el primer descubridor del zinc; su aportación a la medicina en mezclas de elementos compuestos fue fundamental en el siglo XVI.

Porta (1541-1615) preparó el óxido de estaño.

La aportación de Basilio Valentín a la química moderna es de una importancia relevante desde el siglo XVII: descubrió el ácido sulfúrico y el clorhídrico.

Johann Friedrich Boetticher (1682-1719), buscando la transmutación, se encontró con una materia desconocida: la porcelana.

Helmont (s. XVI-XVII) afirmó la existencia de los gases.

Glauber (s. XVII) descubrió el sulfato de sodio.

Brand (s. XVII) descubrió el fósforo.

Debemos detenernos, sin embargo, en la gran figura de la alquimia del Renacimiento, Paracelso, si bien su nombre auténtico era nada menos que Teofrasto Bombastus von Hohenheim. A pesar de su gran vanidad, su imaginación e ingenio hacen que sea particularmente atractivo para nosotros. Comparaba la imaginación con un imán que, por su fuerza magnética, atrae las cosas del mundo exterior y las hace entrar en el hombre para someterlas en él a una transformación. Es necesario dominar la imaginación, pues el hombre es «el que piensa y lo que piensa». Piensa en el fuego, entonces es fuego.

Nació en Maria-Einsiedeln, cerca de Zúrich, el 17 de diciembre de 1493. En aquel tiempo, su padre era el médico de la localidad, y fue él quien le enseñó medicina y alquimia. Estudió en la Universidad de Basilea. Trabajó durante dos años en las minas del Tirol, donde aprendió muchos conocimientos de los metales nobles, así como alquimia del propietario de las minas, Sigmund Fugger, un buen alquimista. Paracelso también dice que aprendió de obispos, abades, doctores y otros alquimistas que se dedicaban a estas artes.

Viajó por toda Europa como cirujano militar, y durante esos viajes se relacionó con alquimistas, médicos, boticarios, astrólogos y adeptos de las ciencias ocultas. Murió el 24 de septiembre de 1541 en Salzburgo.

Fue médico oficial de la ciudad de Basilea y profesor de medicina. La primera edición de sus obras en diez volúmenes apareció entre 1589 y1591, editadas por Johannes Huser, y son un compendio de sabiduría médica y alquimia. Para él, todo lo que fuera transformar la unión de productos distintos para formar uno nuevo era alquimia.

Aunque no negaba la posibilidad de la transmutación, consideraba de interés secundario este aspecto de la alquimia. Su verdadero objetivo y finalidad era usar los procesos alquímicos para la preparación de sustancias terapéuticas, principalmente a partir de elementos inorgánicos, y así creó lo que actualmente llamamos «quimioterapia». Se le atribuyen curaciones casi milagrosas.

Paracelso estaba convencido de que las enfermedades y la salud estaban de alguna manera controladas por influencias astrales, y que

la enfermedad podía ser eliminada y la salud restablecida por medio de «arcanos» y remedios secretos. De las palabras de Paracelso se desprende que creía que si la voluntad y los intelectos conscientes eran invadidos por el «*lumen naturae*» súper-personal o por la luz de la Naturaleza, quedaba al fin completado el destino de la vida.

La alquimia en la Edad Moderna

Otra figura que merece nuestra atención es la de Cagliostro, quizá el más enigmático de los alquimistas del siglo XVIII, cuyas fórmulas secretas de rejuvenecimiento no han sido igualadas en la actualidad. Su gran secreto fue la «panacea universal».

Mago, curandero y francmasón, Giuseppe Balsamo, nacido en el año 1743 en la calle Vicolo della Perciata (actualmente via Conde di Cagliostro) de Palermo (Sicilia), estudió en la iglesia de San Rocco de su ciudad natal. A los veinte años recorrió el norte de África y las costas del Mediterráneo, donde aprendió los secretos de la alquimia y adoptó el nombre que lo haría famoso en Europa, el de conde de Cagliostro.

Durante los once años que recorrió Europa realizó toda clase de prodigios, curaciones, rejuvenecimiento de más de treinta personas, acciones espectaculares de magia, y sanó a multitud de enfermos indigentes. Fundó su propio rito masónico, el Rito egipcio, que aún se practica actualmente. Fue acusado de robo[8] en 1785, y salió indemne de la Bastilla al ser absuelto. Detenido y apresado por la Inquisición romana en 1789, falleció en 1795.

Catalina la Grande, emperatriz de Rusia, después de haber sucumbido a la fuerza que irradiaba, pregonó con toda intensidad su odio hacia él, hasta el extremo de desear su muerte. El también masón Goethe sentía un odio mortal hacia Cagliostro, así como el gran Casanova sentía unos celos enfermizos hacia él, a pesar de la fealdad del conde. El odio del papa Pío VI llegó al extremo de acusarlo de hacer temblar la solidez de la Iglesia católica. Otro masón, Mozart, lo hizo aparecer como el personaje de Sarastro en su famosa ópera masónica *La flauta mágica*.

Son significativas las palabras empleadas por el inquisidor Bar-

beri en 1792, que dedicó más de un año a interrogar a Cagliostro en el castillo romano de Sant'Angelo: «¿Quién podría imaginar que alguien de su catadura sería acogido con respeto en varias de las ciudades más ilustres de Europa? ¿Quién se lo reputaría de estrella propicia a la raza de los hombres, de nuevo profeta, de modelo y representación de la divinidad, que podría acercarse libremente a los tronos? ¿Que los más altivos de los grandes se tornarían en humildes acólitos de su persona, que los nobles sentirían por él la más profunda veneración?»

En el verano de 1799, cuando Cagliostro se encontraba reunido en San Petersburgo con el comandante Charles Henri Heyking, perteneciente a la Gran Logia del Land de Berlín y que dudaba de los poderes del mago, atacándolo y provocándolo temerariamente, Balsamo le dijo lentamente con voz grave:

—Le perdono su incredulidad e ignorancia porque usted es sólo un niño en nuestra orden, por muchos grados masónicos que ocupe. Si quisiera, podría hacerlo temblar.

—¡Sin duda! ¿Por qué no me provoca unas fiebres? —se burló Heyking.

—Pronto lo verá. —Y en ese momento levantó la voz el conde—: ¿Qué son unas fiebres para el conde Cagliostro, cuando es capaz de guiar a los espíritus?

Se abrió entones un debate sobre la química, Heyking se pavoneaba como si fuera un gran conocedor del tema. El conde no lo soportó más y dijo:

—La química es un juego de niños para los que saben alquimia, y la alquimia no es nada para los que podemos guiar a los espíritus. Eso mismo me sucede a mí. Tengo oro —dijo sacando un montón de ducados de oro del bolsillo y diamantes, así como un anillo trufado de piedras—, pero prescindo de todo eso, mi felicidad no se basa sino en el imperio que ejerzo sobre los seres espirituales que rigen los destinos de los hombres. Son las almas de los mortales, a las que, una vez separadas del cuerpo, ordeno que reaparezcan y respondan a mis preguntas.

El comandante sonrió sarcásticamente, a lo que el conde Cagliostro, adoptando de nuevo el tono grave y profundo, le dijo lentamente:

—No crea que me inquieta su escepticismo; no será usted el primer espíritu fuerte al que someta y pulverice. Llegado el momento, admitirá quién es el conde Cagliostro y cuál es su poder.

Se desconoce cuál fue el resultado de la advertencia de Cagliostro a Heyking.

En palabras del gran filósofo alemán Walter Benjamin,[9] «Cagliostro representaba los orígenes mágicos de la ciencia, forzados a pasar a la clandestinidad después de la Revolución francesa. Él fue el último alquimista verdadero, un fantasma de la irracionalidad que, al igual que los espíritus de sus sesiones, regresaba para aterrorizar a los fetichistas de la razón».

Elias Ashmole, uno de los fundadores a mediados del siglo XVII de la Royal Society, historiador, abogado y anticuario, escribe sobre su padre adoptivo en su diario de 1653 lo siguiente: «Cuando William Backhouse[10] yacía enfermo en Fleet Street,[11] frente a la iglesia de St. Dunstan, ante la duda de si viviría o moriría, hacia las once me transmitió oralmente en sílabas la materia verdadera de la piedra filosofal, que me dejó como legado.» Al hablar de la Royal Society ampliaremos las referencias a Ashmole.

En el prefacio de este libro hemos mencionado una explosión ocurrida en 1452 en un barrio de París. Por la descripción de la misma, parece que fue una pequeña explosión atómica. En una de las calles del barrio vivía un alquimista del que no tenemos ningún dato, ni siquiera el nombre, y la explosión se produjo en los sótanos de su domicilio. Nos cuesta dar crédito a dicho relato; ahora bien, en el año 1977, apareció en grandes cantidades en el mercado negro europeo el llamado «mercurio rojo». Desde Rusia pasaba de forma clandestina a Iraq, Libia, Líbano, Israel y Sudáfrica, a través de Alemania e Italia. El mercurio rojo es un catalizador de alta energía que acelera la reacción en cadena de los ingenios atómicos. Con él se pueden construir pequeñas bombas atómicas, lo bastante pequeñas como para meterlas en una mochila.

Reiteradamente, los gobiernos occidentales han negado su existencia; lo mismo hacen los organismos rusos, pero un extenso informe del KGB asegura que el mercurio rojo existe, y verdaderamente existe una carta firmada por Boris Yeltsin que autoriza a cierta compañía rusa el derecho de exportación del mercurio rojo.

En agosto de 1992, el ministro portavoz de seguridad de Rusia, Andrei Chernenko, dijo que el mercurio rojo no existe en absoluto, para tres meses después asegurar que no se había producido ninguna fuga importante de mercurio rojo.

Un periodista inglés del que no hemos podido localizar el nombre recuperó muestras de ese mercurio rojo, dedicó dos años a seguirle la pista, dio con un ingeniero nuclear ruso dispuesto a contar lo que sabía del mercurio rojo, y explicó que un determinado tipo de bomba de neutrones de reducidas dimensiones era posible. Sin embargo, no acudió a la segunda reunión, donde debía ampliar los datos, y el periodista le perdió la pista. La similitud de ese mercurio rojo con la tintura roja o el polvo rojo, más conocido como *lapis philosophorum*, es decir, la piedra filosofal, es sorprendente.

El gran Fulcanelli

Volvamos a nuestro enigmático personaje, el más grande de los alquimistas conocidos, cuyas enseñanzas han alimentado los conocimientos de millones de personas. Sus dos libros han sembrado la ilusión en cientos de almas, han avivado la llama del conocimiento en otras tantas, que de otra manera posiblemente se habrían apagado.

No se sabe quién se escondía o se esconde bajo el nombre de Fulcanelli.[12] El misterio perdura; tampoco se sabe si era el nombre simbólico tomado por una persona o por un colectivo. Variadas hipótesis surcan los datos y la literatura al respecto. A continuación intentaremos exponer lo más ampliamente posible nuestra humilde opinión, apoyada en los apuntes y registros que obran en nuestro poder, recogidos a lo largo de más de cuarenta años.

A principios del siglo xx, en el París subterráneo y bohemio de la intelectualidad, el nombre de Fulcanelli empezó a tomar cuerpo y a resonar en las conversaciones que mantenían en los cafés, las bibliotecas y las librerías pequeños grupos de selectos sabios, literatos y apasionados de la alquimia que trabajaban en grupo o en solitario. Dichas conversaciones versaban sobre ocultismo, magia, masonería, rosacrucismo, alquimia y otros temas de contenido parecido. El nombre de un posible iniciado, un adepto aven-

tajado que quizá había cristalizado, misterioso, brillante y efectivo, levantó gran curiosidad en los círculos especializados en dichos temas.

Muchas de las noticias partían de un artista, ilustrador brillante, bohemio, misterioso, sin ningún tipo de recursos, Jean-Julien Champagne, y de un pequeño grupo de amigos que lo rodeaban. Corría el primer cuarto del siglo XX y las reuniones en una librería especializada en temas esotéricos propiedad del matrimonio Dujols en la rue de Rennes, en el distrito de Luxembourg, muy cerca de St. Sulpice, era muy concurrida por adeptos.

El fichero de Pierre Dujols, con miles de fichas y referencias sobre temas ocultistas, era consultado por los más privilegiados amigos del librero, quien a su vez también escribía sobre todos esos temas.

Champagne, un hombre de edad indeterminada, aunque posiblemente no llegaba a los cuarenta, vestido siempre de oscuro, parecía seguir la moda del siglo anterior: cabellos por encima de los hombros, alto, con unos profundos ojos azules parapetados detrás de unas gafas que nunca se quitaba, transmitía la sensación de tener conocimiento de algo oculto, algo desconocido para los demás.

Cuando el Pernod y el ajenjo, que bebía en grandes cantidades, le hacían efecto, así como el gálbano que respiraba profundamente, decía que esa gomorresina con relaciones analógicas y mágicas con «la Tierra», le permitía acceder por vía intuitiva a la información que buscaba, se pavoneaba de conocer los secretos de la alquimia. Creó un «incienso de los magos», de efectos ocultos, con el que había que sahumar una vez al día las estancias. Presumía de saber fabricar oro en seis meses, y llevaba en el anular derecho una gruesa sortija de oro con un sello, creada en uno de sus experimentos. Murió pobre en 1933.

Robert Ambelain sostiene que Champagne era Fulcanelli,[13] nos dice que era un antiguo alumno de la Escuela de Bellas Artes de París, que había nacido en 1877 en Villiers-le-Bel y hacía copias de manuscritos antiguos que engañaban a los expertos. Parece que había conseguido reconstruir una tinta que tenía la textura y la calidad de las del siglo XVII después de adquirir la pátina de los años. Según Ambelain, tuvo tres laboratorios de alquimia, el primero en

su ciudad natal en 1893, otro en París, en la calle Vernier, en 1907, y el último en 1921 en el castillo de Leroi.

También asiduo a las reuniones era Eugène Canseliet, un joven de algo más de veinte años, de una sobrecogedora delgadez, más bien bajo y con poco pelo a pesar de su juventud. Lo acompañaba Gaston Sauvage, un brillante y prometedor químico de aproximadamente la misma edad que Canseliet, y Jules Boucher, un gran conocedor de lo oculto.

Los amigos frecuentaban también con asiduidad las bibliotecas de l'Arsenal, Sainte Geneviève, la Nationale y Mazarin, discutían sobre temas relacionados con el esoterismo y continuaban hasta altas horas en la librería de Dujols, donde se bebía y se tomaba café.

Otras veces se reunían en la humilde buhardilla de Jean-Julien Champagne en la rue de Rochechouart, 59 Bis, en el distrito de Butte-Montmartre, muy cerca del Sacré-Coeur. El grupo especulaba sobre Fulcanelli y, al parecer, creían saber que se trataba de un hombre distinguido de edad madura, rico y con una gran cultura, quizá perteneciente a la nobleza, un alquimista puro que seguramente había conseguido alcanzar la Gran Obra. Algunos decían que lo habían visto, otros que en su tarjeta sólo aparecía el nombre de Fulcanelli en una caligrafía muy bella, pero en realidad no había grandes datos de él, el misterio persistía. Champagne y sus amigos sonreían al oír los comentarios, como si supieran algo al respecto, como si estuvieran en el misterio.

De repente, antes de las Navidades de 1926 apareció un libro que cambiaría el conocimiento del espacio alquímico: *Le mystère des Cathédrales*,[14] editado por Jean Schemit, domiciliado en el centro de París. Fue una edición limitada a trescientos ejemplares, de lujo, y llevaba como subtítulo «Interpretación esotérica de los símbolos herméticos de la Gran Obra». El prólogo estaba firmado por «E. Canseliet. F. C. H.», y llevaba la fecha de octubre de 1925. El libro contenía treinta y seis ilustraciones, dos de ellas en color, realizadas por el artista Champagne. El texto se debía íntegramente a Fulcanelli.

Canseliet, que tenía entonces veintiséis años, decía en el prólogo: «Es tarea ingrata e incómoda para un discípulo la presenta-

ción de una obra escrita por su propio Maestro. Por ello, no me propongo analizar aquí *El misterio de las catedrales* ni subrayar su belleza formal y su profunda enseñanza. A este respecto, confieso muy humildemente mi incapacidad, y prefiero dejar a los lectores el cuidado de aprecio en lo que vale, y a los Hermanos de Heliópolis el gozo de recoger esta síntesis, tan magistralmente expuesta por uno de los suyos. El tiempo y la verdad harán todo lo demás.

»Hace ya mucho tiempo que el autor de este libro no está entre nosotros. Se extinguió el hombre. Sólo persiste su recuerdo. Y yo experimento una especie de dolor al evocar la imagen del Maestro laborioso y sabio al que tanto debo, mientras deploro, ¡ay!, que desapareciera tan pronto. Sus numerosos amigos, hermanos desconocidos que esperaban de él la solución del misterio *Verbum dimissum*, le llorarán conmigo.»

Los trescientos ejemplares fueron recogidos por la hermandad desconocida y no llegaron al público. Se pagaron por algún ejemplar decenas de miles de francos.

E. Canseliet seguía diciendo en el prólogo de esa primera edición: «Mi maestro Fulcanelli desapareció al sonar la hora fatídica, cuando se produjo la esperada señal. ¿Hay alguien que se atreva a sustraerse a la ley? El Maestro ya no existe, sin embargo, y éste es nuestro consuelo, su pensamiento permanece, ardiente y vivo, encerrado para siempre en estas páginas como en un santuario.

»Gracias a Fulcanelli, la catedral gótica nos revela su secreto. Y así nos enteramos, con sorpresa y emoción, de cómo fue tallada por nuestros antepasados la primera piedra de sus cimientos, resplandeciente gema, más preciosa que el mismo oro, sobre la cual edificó Jesús su Iglesia. Toda la verdad, toda la filosofía, toda la religión, descansaban sobre esta Piedra única y sagrada. Muchos, henchidos de presunción, se creen capaces de modelarla y, sin embargo, cuán raros son los elegidos cuya sencillez, cuya sabiduría, cuya habilidad, les permiten lograrlo.

»Pero esto importa poco. Nos basta saber que las maravillas de nuestra Edad Media contienen la misma verdad positiva, el mismo fondo científico, que las pirámides de Egipto, los templos de Grecia, las catacumbas romanas, las basílicas bizantinas. Tal es el alcance general del libro de Fulcanelli.»

La segunda edición, en agosto de 1957 (después de la tirada original de trescientos ejemplares), era exactamente igual que la primera, aumentada únicamente con tres dibujos de Julien Champagne y varias notas originales de Fulcanelli recogidas tal cual, sin la menor adición ni el más pequeño cambio. Si bien no aparece la firma de Canseliet, el prólogo sin ninguna duda es suyo. Prologada en Savignies, lugar de retiro de E. Canseliet, en 1960 fue reeditada por Omnium Littéraire,[15] al igual que lo había sido la primera edición. En esta ocasión, no obstante, Canseliet manifestaba que Fulcanelli no había muerto, y que lo había visto después de su desaparición.

Canseliet relató al ocultista Gerard Heym, que era amigo de su hija, cómo había sido llamado por el Maestro en 1954 para tener un encuentro en España (Heym vio el pasaporte de su amigo con la entrada a España en esa fecha). Asimismo, les habló de su encuentro a otros viejos amigos: tras recibir la misteriosa llamada, Canseliet cogió sus bártulos y emprendió el viaje a España.

Su lugar de encuentro fue Barcelona, donde momentáneamente residía Fulcanelli, aunque su destino final era Sevilla. El Maestro le indicó que alguien se reuniría allí con él a su llegada. Así, alguien salió a su encuentro en Sevilla y Canseliet fue llevado a un gran castillo en la montaña. Allí fue recibido por Fulcanelli, quien, como había visto en Barcelona, tenía el aspecto de un hombre de cincuenta años. Canseliet tendría entonces cincuenta y cuatro; el Maestro debería haber tenido en ese momento entre cien y ciento diez años. Canseliet fue conducido a sus habitaciones, en un piso alto en una de las torres del castillo, cuya ventana daba a un patio grande y rectangular. Durante su estancia, Canseliet tuvo la clara impresión de que el castillo era un refugio secreto de toda una colonia de distinguidos alquimistas, quizá adeptos al igual que su Maestro, y que era propiedad de Fulcanelli. Al poco tiempo de su llegada le enseñaron un laboratorio y le dijeron que podía trabajar en él.

Canseliet les contó a sus amigos que, al volver a su habitación, abrió la ventana y vio a unos niños jugando en el patio del castillo, posiblemente hijos de algunos de los invitados, y que sorprendentemente llevaban vestidos que parecían del siglo XVI.

Al día siguiente trabajó en el laboratorio que le habían destinado. Fulcanelli aparecía por allí de vez en cuando para comprobar sus progresos y hacerle alguna indicación respecto al trabajo. Desconocemos si Eugène Canseliet realizó alguna transmutación como la que había efectuado en 1922 con cierta cantidad de polvo de proyección que le había entregado su Maestro.

Un día, Canseliet se cruzó en el patio con un grupo de cuatro mujeres vestidas también a la usanza del siglo XVI, una de las cuales se volvió y le sonrió. Canseliet se quedó helado: el rostro de la mujer que le había sonreído era el de Fulcanelli.

¿Se había transformado el Maestro en una mujer? ¿Era un travestido?[16]

Canseliet dejó el castillo al cabo de unos días sin aclarar la tremenda duda del andrógino que, cual figura alquímica, se había cruzado con él y le había sonreído. Nunca más volvió a ver a su Maestro.

La tercera edición de *El misterio de las catedrales* con prólogo de E. Canseliet apareció en julio de 1964, esta vez con fotografías en lugar de los dibujos de Champagne. Transcribimos a continuación unas hermosas líneas de ese prólogo: «¿Qué es la alquimia para el hombre, sino —verdaderamente, y nacidos de cierto estado de alma derivado de la gracia real y eficaz— la busca y el despertar de la Vida secretamente adormecida bajo la gruesa envoltura del ser y de la ruda corteza de las cosas? En los dos planos universales, donde se asientan juntos la materia y el espíritu, existe un progreso absoluto que consiste en una purificación permanente, hasta la perfección última.»

En abril de 1929 apareció la segunda obra de Fulcanelli: *Les demeures philosophales,*[17] publicada por el mismo editor que la primera. Era mucho más extensa que aquélla, exponía los orígenes y la historia de la alquimia, su simbolismo mítico y religioso, estudiaba la arquitectura de los castillos y las mansiones de los siglos XII al XIV a la luz del conocimiento esotérico hermético. Fulcanelli ya había desaparecido pero, al parecer, seguía trabajando en algún lugar desconocido.

El prefacio es de Eugène Canseliet, F. C. H., y nos dice que el verdadero maestro de Fulcanelli fue Basilio Valentín, pero nos ad-

vierte de que el método de Fulcanelli es diferente del empleado por sus predecesores, y consiste en describir con minucia todas las operaciones de la Obra tras haberlas dividido en muchos fragmentos. Toma así cada una de las fases del trabajo, comienza su explicación en un capítulo y la interrumpe para proseguirla en otro y para terminarla en un último lugar. Esa fragmentación, que transforma el magisterio en un solitario filosófico, no será capaz de asustar al investigador instruido, pero desanima en seguida al profano, incapaz de orientarse en ese laberinto diferente e incapaz de restablecer el orden de las manipulaciones.

Ensalza en el prefacio los espléndidos dibujos de Julien Champagne y agradece al editor, monsieur Jean Schemit, la espléndida y perfecta edición del libro.

Desde Savignies,[18] en febrero de 1958, Canseliet escribe un largo prefacio a la segunda edición francesa donde ensalza a Nicolás Flamel. Recordemos a este alquimista admirado por Canseliet. Nacido en Pontoise en 1330, trabajó en París como notario. Él mismo relata cómo llegó a sus manos el libro que cambió la trayectoria de su vida y que compró por dos florines: «El libro era dorado, viejo y grande. No era de papel ni de pergamino como acostumbraban a ser los libros, sino que, al parecer, estaba hecho de la corteza aplastada de árboles jóvenes. Las tapas eran de cobre bien laminado y estaban cubiertas de extrañas letras y figuras; creo que las letras eran griegas o de alguna otra lengua antigua parecida. El que me vendió el libro de gran contenido alquímico, relata Flamel, no sabía lo que valía, ni tampoco yo cuando lo compré. Sin duda les fue robado a los pobres judíos, o bien fue descubierto en alguna de las casas que ellos ocuparon. En la hoja primera del libro figuraba escrito en grandes mayúsculas doradas: «Abraham el Judío, príncipe, sacerdote, levita, astrólogo y filósofo, saludó al pueblo de los judíos, que, por la ira de Dios, fue dispersado por las Galias. Seguían luego terribles maldiciones —repitiendo una y otra vez la palabra *maranath*— contra todo el que leyera el libro, como no fuera sacerdote u hombre de letras.»

Nicolás Flamel fue el arquitecto de la iglesia parisiense de St. Jacques, de simbolismo hermético, donde fue enterrado. La lápida del sepulcro se conserva en el museo de Cluny, y de la iglesia

sólo queda su famosa torre. Estudiando luego el manuscrito citado, alegórico de Abraham el Judío, llegó a convertirse en un auténtico maestro del Art Royal y, luego, en el siglo XV, fue uno de los alquimistas que mayor influencia ejerció.

En enero de 1965 y también desde Savignies, Canseliet escribió el prefacio a la tercera edición francesa; en él nos dice lo que proclamaba Fulcanelli hace medio siglo: «No se ata perpetuamente el espíritu con los vínculos de un positivismo ilusorio y estéril.»

Es de destacar que en el interior de la contracubierta de esta segunda obra de Fulcanelli figuraba un escudo que contenía símbolos herméticos: un león, el Sol y la Luna (azufre y mercurio filosóficos), y una estrella de cinco puntas o pentagrama. Este escudo fue identificado como el de Robert Jollivet, trigésimo abad de la abadía benedictina del Mont Saint-Michel, cuyo escudo de armas del siglo XIII fue esculpido en los muros del monasterio. También se supo que en Saint-Michel existieron abades y monjes que trabajaban la alquimia, y que el motivo místico de Santiago de Compostela y el símbolo del peregrino, la concha alquímica, aparecían en las armas del monasterio. En consecuencia, algunos estudiosos teóricos mantuvieron que el escudo de Robert Jollivet en *Les demeures philosophales* significaba que su homónimo F. Jollivet-Castelot era Fulcanelli.

Castelot fue presidente de la Sociedad de Alquimistas de Francia en 1914, se relacionó con el cabalista francés Papus (el doctor Gérard Encausse) y, entre 1896 y 1935, publicó numerosos tratados sobre alquimia, espagírica[19] y ciencia hermética. Fue miembro de la Orden Kabbalistique de la Rose-Croix (rosacruces). J. Castelot más bien era conocido como arquimista[20] y no como alquimista; en realidad no era reconocido ni por los alquimistas ni por los químicos.

Estas dos magníficas obras transformaron el conocimiento alquímico, así como la interpretación de los mensajes dejados en catedrales y edificaciones básicamente góticas. Fulcanelli sentenciaba en sus obras que la alquimia era la transmisora de unos conocimientos muy avanzados, conocimientos empleados por civilizaciones antiguas desaparecidas a las que no han tenido acceso los arqueólogos y, en caso de que hayan accedido a alguna, debido a su

propia especialización no han sabido interpretarlo y, en consecuencia, han sido desdeñados. En el prefacio de esa obra mencionamos que los hallazgos arqueológicos deberían ser estudiados por científicos de otras especializaciones; ingenieros, matemáticos, médicos, químicos, biólogos y especialistas en criptografía. Sería interesante hacer un estudio minucioso de las piezas que se encuentran en todos los museos del mundo desde la óptica a la que hace referencia Fulcanelli en sus obras.

En 1935 empezó a circular en los medios esotéricos de París el rumor de que un tercer libro de Fulcanelli titulado *Finis Gloriae Mundi* estaba a punto de aparecer. El título está inspirado en una obra del pintor sevillano Juan de Valdés Leal que en la actualidad está colgada en la iglesia de Sevilla situada en el hospital de la Caridad. Este tercer libro completaría la revelación del misterio alquímico, «la palabra perdida» o *verbum dimissum*, dando por fin respuesta a la búsqueda durante cientos de años de trabajo de los alquimistas. Desgraciadamente, esta obra nunca vio la luz. Se desconoce si fue escrita por Fulcanelli o por un suplantador que no se atrevió a publicarla.

En el año 2001 apareció un texto en francés con el título de *Finis Gloriae Mundi*, pero para la mayoría de los estudiosos no tiene nada que ver con Fulcanelli, y su contenido es más bien mediocre.

Corría también el rumor de que el Maestro seguía vivo en algún lugar de Sudamérica, Argentina o Brasil, pero nunca se llegó a tener una evidencia certera de tal noticia.

Transcribimos por su interés el encuentro por parte de J. Bergier con un personaje enigmático, narrado por L. Pauwels en el libro *Le matin des magiciens*:

> Una tarde de junio de 1937, Jacques Bergier creyó tener excelentes razones para creer que se hallaba delante de Fulcanelli. Bergier, a petición de André Samson Helbronner,[21] se entrevistó con un misterioso personaje en un laboratorio de ensayos de la Sociedad del Gas de París, donde sostuvieron la siguiente conversación, palabra por palabra:[22]
>
> —M. André Helbronner, del que tengo entendido que es

usted ayudante, anda buscando la energía nuclear. M. Helbronner ha tenido la amabilidad de ponerme al corriente de algunos de los resultados obtenidos, especialmente de la aparición de la radiactividad correspondiente al polonio, cuando un hilo de bismuto es volatizado por una descarga eléctrica en el seno del deuterio a alta presión. Están ustedes muy cerca del éxito, al igual que algunos otros sabios contemporáneos. ¿Me permite que le ponga en guardia? Los trabajos a que se dedican ustedes y sus semejantes son terriblemente peligrosos. Y no son sólo ustedes los que están en peligro, sino también la humanidad entera. La liberación de la energía nuclear es más fácil de lo que se piensa. Y la radiactividad superficial producida puede envenenar la atmósfera del planeta en pocos años. Además, pueden fabricarse explosivos atómicos con algunos gramos de metal y arrasar ciudades enteras. Se lo digo claramente: los alquimistas lo saben desde hace mucho tiempo.

Bergier se dispuso a interrumpirlo, protestando:

—¡Los alquimistas y la física moderna...!

Cuando el personaje, sin dejarlo hablar, le dijo:

—Ya sé lo que va a decirme: los alquimistas no conocían la estructura del núcleo, no conocían la electricidad, no tenían ningún medio de detección. No pudieron, pues, realizar ninguna transmutación, no pudieron, pues, liberar jamás la energía nuclear. No intentaré demostrarle lo que voy a decirle ahora, pero le ruego que lo repita a M. Helbronner: bastan ciertas disposiciones geométricas de materiales extremadamente puros para desencadenar las fuerzas atómicas, sin necesidad de utilizar la electricidad o la técnica del vacío. Y ahora me limitaré a leerle unas breves líneas.

El hombre tomó de encima de su escritorio la obra de Frederick Soddy *L'interpréttion du radium*, la abrió y leyó: «Pienso que existieron en el pasado civilizaciones que conocieron la energía del átomo y que fueron totalmente destruidas por el mal uso de esa energía.»

Después prosiguió:

—Le ruego que admita que algunas técnicas parciales han sobrevivido. Le pido también que reflexione sobre el hecho de

que los alquimistas mezclaban preocupaciones morales y religiosas con sus experimentos, mientras que la física moderna nació en el siglo XVIII de la diversión de algunos señores y de algunos ricos libertinos. Ciencia sin conciencia. He creído que hacía bien advirtiendo a algunos investigadores, aquí y allá, pero no tengo la menor esperanza de que mi advertencia fructifique. Por lo demás, no necesito la esperanza.

Bergier se permitió hacer una pregunta:

—Si usted mismo es alquimista, señor, no puedo creer que dedique su tiempo al intento de fabricar oro, como Dunikovski o el doctor Miethe. Desde hace un año estoy tratando de documentarme sobre la alquimia y sólo he tropezado con charlatanes o con interpretaciones que me parecen fantásticas. ¿Podría usted, señor, decirme en qué consiste su investigación?

—Me pide usted que resuma en cuatro minutos cuatro mil años de filosofía y los esfuerzos de toda mi vida. Me pide, además, que le traduzca en lenguaje claro conceptos que no admiten el lenguaje claro. Puedo, no obstante, decirle esto: no ignora usted que, en la ciencia oficial hoy en progreso, el papel del observador es cada vez más importante. La relatividad, el principio de incertidumbre, muestran hasta qué punto interviene hoy el observador en los fenómenos. El secreto de la alquimia es éste: existe un medio de manipular la materia y la energía de manera que se produzca lo que los científicos contemporáneos llamarían un «campo de fuerza». Este campo de fuerza actúa sobre el observador y lo coloca en una situación privilegiada frente al universo. Desde este punto privilegiado tiene acceso a realidades que el espacio y el tiempo, la materia y la energía, suelen ocultarnos. Es lo que nosotros llamamos «la Gran Obra».

—Pero ¿y la piedra filosofal? ¿Y la fabricación de oro?

—Eso no son más que aplicaciones, casos particulares. Lo esencial no es la transmutación de los metales, sino del propio experimentador. Es un secreto antiguo que varios hombres encontrarán todos los siglos.

—¿Y en qué se convierten entonces?

—Tal vez algún día lo sabré.

Mi amigo no volvió a ver a aquel hombre, que dejó un rostro

imborrable bajo el posible nombre de Fulcanelli. [Bergier siempre pensó que se trataba de Fulcanelli, si bien éste nunca mencionó su nombre.] Todo lo que sabemos de él es que sobrevivió a la guerra y desapareció completamente después de la liberación. Todas las gestiones para encontrarlo fracasaron.

Terminada la guerra, los servicios de inteligencia americana buscaron con un enorme interés y urgencia a un alquimista conocido como Fulcanelli, pero no llegaron a encontrarlo. También buscaban a un hindú llamado Eric Edward Dutt, que según había manifestado habría tenido acceso a unos documentos muy antiguos, de donde había extraído un sencillo método para la transmutación de los metales utilizando una descarga condensada a través de un conductor de boruro de tungsteno, y así obtener señales de oro en los productos residuales. Algunos años más tarde los rusos llegaron a resultados concretos, pero utilizando potentes aceleradores de partículas. El hindú Dutt había sido fusilado por el contraespionaje francés en África del Norte, por colaboracionista.

Por otro lado, Albert Richard Riedel, alias *Frater Albertus* (Alemania, 1911-Estados Unidos, 1984), alquimista que fundó en Salt Lake City la Paracelsus Research Society (sociedad con delegaciones en varios países dedicada a dar conferencias y cursos sobre alquimia espiritual, completados con un tipo de alquimia física y vegetal), dejó escritos varios libros; el más conocido, el *Alchemist's Handbook* (Manual del alquimista).[23] En este libro, Frater Albertus relató una transmutación efectuada por Fulcanelli en el otoño de 1937 en el castillo de Lere, cerca de Bourges,[24] propiedad de la familia Lesseps.

Entre los amigos de Fulcanelli encontramos a Ferdinand de Lesseps y Pierre Curie. Lesseps fue cónsul en Barcelona, donde años antes se había reunido en una logia masónica con Idelfonso Cerdá, Victor Hugo, padrino de la hija de Cerdá, la masona Esmeralda Cerdá[25] y posiblemente con Gaudí. Aunque muy joven, existen indicios de que el poeta Joan Maragall también pudo asistir a alguna tenida. Quizá en 1954 Fulcanelli, durante su estancia en Barcelona, acudió a una logia secreta continuadora de la anterior de Cerdá y Victor Hugo.

La familia materna de Lesseps era natural de Andalucía, así que no podemos descartar que la amistad de la familia con Fulcanelli lo llevara al castillo en Sevilla.

El libro de Frater Albertus *The Alchemist of the Rocky Mountains*[26] describe que la transmutación efectuada en el castillo de Lere fue presenciada por Ferdinand de Lesseps, dos médicos, un químico y un geólogo.

Fulcanelli añadió una sustancia desconocida a media libra de plomo fundido y la transmutó en oro de igual peso. En la misma ocasión, repitió la operación con cien gramos de plata, que transmutó en la misma cantidad de uranio. «Cuando le preguntamos qué era aquella sustancia o qué contenía para provocar aquel cambio en el metal, mencionó sólo vagamente que era un derivado de la pirita ferrosa (oro de los tontos), un sulfuro ferroso, Fe S_2», dice Frater Albertus, y añade: «Los asombrados testigos que habían observado cuidadosamente y habían examinado con anterioridad los ingredientes empleados por el alquimista examinaron también los productos acabados. Y todos tuvieron que admitir el fenómeno de transmutación de un metal en otro.» Según Albertus, el Maestro desapareció después de esa transmutación.

Frater Albertus nos ha dejado el relato de su encuentro en 1975 con Eugène Canseliet. Dice así: «Elude todas las preguntas acerca de Fulcanelli, diciendo que desconoce su actual paradero y que no sabe si Fulcanelli era un nombre real o supuesto. Se niega rotundamente a dar más información.»

Sin embargo, F. Albertus declara que la razón de que el FBI iniciase la búsqueda de Fulcanelli y todavía lo esté buscando no es simplemente por sus avanzados conocimientos de alquimia, sino porque se rumorea que posee un manuscrito de Roger Bacon que contiene la fórmula de la fisión y la fusión nucleares. Bacon, dice Albertus, hizo referencia en sus escritos a cierto material del que puede hacerse un explosivo capaz de destruir un ejército o una ciudad con un destello cegador.

La reunión de Albertus con Canseliet se concertó a través el señor Villa-Santa, de Lugano, que, juntamente con su esposa la condesa Sofía Tekeli de Scel, era estudioso de la alquimia. Actuó de intérprete Augusto Pancaldi, de Ascona, también en Suiza, donde

fueron recibidos por Casteliet. Albertus narra que este último era un hombre bajo, muy delgado y bastante calvo, con unos mechones aislados que le caían sobre el cuello. La conversación en lo referente a Fulcanelli[27] fue la siguiente:[28]

Albertus: Su nombre, Canseliet, va casi siempre asociado al de Fulcanelli; ¿se debe esto a que es usted la única persona que puede llamarse su discípulo?

Canseliet: Yo he sido el único discípulo de Fulcanelli.

Albertus: ¿Trabajó teóricamente con Fulcanelli, lo ayudó en el trabajo alquímico práctico de laboratorio, o hizo ambas cosas?

Canseliet: Nosotros, Fulcanelli y yo, sólo tratamos de alquimia especulativa. Vi unas cuantas cosas mientras estuve con Fulcanelli. Le hice muchos favores, que hicieron posible que pudiera observarlo mientras trabajaba. Yo no trabajé con él. Sólo observé mientras trabajaba. Conocí a Fulcanelli en 1915. Yo tenía entonces dieciséis años, y fue gracias a un criado suyo, que me dijo: «Voy a presentarte a una persona muy interesante.» Y esa persona era Fulcanelli.

Albertus: ¿Cuándo vio a Fulcanelli por última vez?

Canseliet: Frecuenté a Fulcanelli durante quince años. Fulcanelli se marchó en 1930, el mismo año en que se publicó *Les demeures philosophales.* En 1932 murió Jules (Jean-Julien) Champagne, cuyo retrato puede usted ver colgado en aquella pared. Fue uno de los que hicieron las ilustraciones del libro.

Albertus: ¿Sabe de dónde procedía Fulcanelli? ¿De dónde había venido?

Canseliet: No. Sólo sé que tenía muchos amigos, entre ellos Ferdinand Lesseps y Pierre Curie, por mencionar solamente los nombres más reconocidos.

Albertus: ¿Sabe dónde está ahora Fulcanelli, o tiene algún indicio de ello?

Canseliet: En 1922 me visitó varias veces en Sarcelles. Cuando se marchó en 1930, era un anciano, pero, cuando volví a verlo en 1952, no parecía tener más de cincuenta años.

La conversación derivó entonces hacia otros alquimistas modernos, y Canseliet dijo que no conocía a ninguno, aunque men-

cionó al difunto Armand Barbault.[29] Dijo que no tomaba en serio el sistema de Barbault, pero que cada operador tenía que trabajar a su manera.

Preguntado acerca del futuro de la alquimia práctica de laboratorio, Canseliet dijo: «Creo que la juventud entrará en esto. Desde hace más de veinte años, he observado que el futuro de la alquimia pertenece a la juventud. El filósofo, con su piedra, está siempre en el presente, y este presente contiene tanto el pasado como el futuro.»

Albertus preguntó a Canseliet si estaría dispuesto a participar en experimentos conjuntos de laboratorio. Canseliet accedió, pero dijo que su laboratorio estaba siendo reorganizado, y los dos convinieron en concertar un encuentro para el año siguiente.

—¿Mostró Fulcanelli en el laboratorio la manera de producir el mercurio filosófico, y lo manejó usted personalmente? —preguntó Albertus—. En caso afirmativo, ¿reconocería inmediatamente el mercurio filosófico si se lo mostrasen?

—Sí, observé a Fulcanelli —respondió Canseliet—. Sí, manejé el mercurio filosófico. Sí, lo reconocería en seguida si me lo mostrasen.

Albertus: ¿Fue usted testigo presencial de Fulcanelli en la transmutación en oro?

Canseliet: Sí. Estuve presente con Gaston Sauvage y Jul (Jean-Julien) Champagne. La transmutación se realizó en la fábrica de gas de Saracelles, donde yo estaba empleado. La realicé yo mismo, bajo la dirección de Fulcanelli. Recibí tres trocitos de piedra transmutadora. Ésta se componía de una parte de oro y una parte de piedra filosofal.

Albertus: ¿Hizo Fulcanelli otras transmutaciones estando sólo usted presente?

Canseliet: No. No hizo ninguna transmutación estando sólo yo presente. Sólo asistí a la de Sarcelles.

Albertus: ¿Sigue enseñando a sus discípulos lo que Fulcanelli le enseñó?

Canseliet: Yo soy un *chef d'école* parecido a André Breton. Mi principal contacto con los alumnos es a través de libros y de una correspondencia considerable. También me visita mucha

gente. También sostengo una copiosa correspondencia con italianos.

La conversación siguió sobre procedimientos alquímicos, Canseliet explicó que se había repuesto de un grave ataque cardíaco sufrido un año antes gracias a un «nitro» que él mismo se había preparado alquímicamente.

La siguiente reunión entre Canseliet y Albertus nunca llegó a producirse, fue anulada por Canseliet. Ha trascendido que la opinión que Canseliet se llevó de Albertus fue más bien negativa.

El escritor e historiador Robert Ambelain,[30] en el segundo tercio del siglo xx, a la temprana edad de veintinueve años, partiendo de los dos libros de Fulcanelli, realizó un trabajo de investigación sobre la figura del alquimista realmente exhaustivo. Las conclusiones a las que llegó no son compartidas por algunos analistas de Fulcanelli.

Ambelain escribió un libro, *Dans l´ombre des cathédrales*,[31] que debía contener gran cantidad de ilustraciones, para lo cual necesitaba el consentimiento de Fulcanelli y su editor Jean Schemit. En su visita al editor, Ambelain cuenta que éste le manifestó que a principios de 1926 fue a visitarlo un personaje de escasa estatura y largas patillas sobre las mejillas, no dio su nombre y entabló conversación sobre el arte gótico, el cual dijo era como un transmisor de conocimiento en clave, un antiguo lenguaje hermético de los iniciados, y, una vez dicho esto, se marchó a continuación.

No había pasado un mes cuando acudió a su editorial otro personaje que dijo llamarse Eugène Canseliet. Le entregó un grueso manuscrito con una escritura muy bella, en papel cuadriculado de color sepia. El manuscrito se titulaba *Le mystére des cathédrales* —una interpretación esotérica de los símbolos herméticos de la Gran Obra—, y lo firmaba Fulcanelli, todo ello con la intención de que lo leyese, por si le interesaba publicarlo, cosa a la que accedió Schemit.

El editor le contó a Ambelain: «Leí el manuscrito y me sorprendió un poco advertir que empleaba la misma clase de lenguaje que mi anterior visitante, referente a la relación entre el arte gótico y la alquimia hermética. Resolví, teniendo en cuenta el carácter

interesante de la obra, publicarla en una edición limitada y de lujo. Monsieur Canseliet me explicó entonces que el autor, el misterioso Fulcanelli, deseaba conservar el incógnito, y que todas las cuestiones relativas a la obra las resolveríamos nosotros, o sea, yo, él y el artista encargado de las ilustraciones del libro. Así lo convinimos, y después sólo vi a estos dos hombres.»

Al poco tiempo, Canseliet volvió a casa del editor acompañado de Jean-Julien Champagne, que era el ilustrador del manuscrito. Schemit aseguró a Ambelain que reconoció a Canseliet como el extraño visitante del mes anterior, y a continuación comentó: «Aunque el ilustrador aparecía en el contrato como un colaborador de cierta importancia, pero sin responsabilidad literaria, me sorprendió observar que, en mi presencia, monsierur Canseliet mostraba por él extraordinario respeto y admiración, llamándolo, ora "Maestro", ora "mi Maestro", cuando simplemente hablaba con él o pedía su consejo. Y, cuando Champagne no estaba presente, monsieur Canseliet empleaba también las palabras "mi Maestro" para referirse a él.»

Nos encontramos, pues, en la creencia de Schemit de que Champagne y Fulcanelli eran la misma persona. La gran duda se manifiesta en que Canseliet siempre había presentado a su amigo Champagne como ilustrador, pero sin tener la menor idea sobre alquimia.

No obstante, Ambelain, después de la charla con el editor, continuó con sus averiguaciones y encontró que, hasta la muerte de Champagne, éste y Canseliet habían ocupado habitaciones contiguas en el número 59 bis, sexto piso, de la rue de Rochechouart, muy cerca de Montmartre, como se ha dicho anteriormente. Ambelain se desplazó a esa dirección en 1936 y habló con la portera, madame Labille, que aún seguía en su puesto; la mujer le dijo que Champagne, durante el tiempo que había vivido en el piso, sólo había recibido tres visitas: Eugène Canseliet, Jules Boucher y Gaston Sauvage. La habitación de Champagne era pequeña y de techo inclinado con claraboya, muy pocos muebles y algunos libros, que, cuando falleció, se llevó su hermana. Madame Labille le comentó que cuando Canseliet hablaba con Champagne se refería a él como «mi querido Maestro», «Maestro» y «mi Maestro».

Ambelain publicó en el periódico *Les Cahiers de la Tour Saint-Jacques*, en 1962, un informe llamado «Dossier Fulcanelli», bajo el título de «Jean-Julien Champagne, alias Fulcanelli». En él decía que Champagne nació en 1877 en Levallois-Perret, Seine. Estudió química y dibujo, y empezó sus experimentos alquímicos a los dieciséis años. En 1907, con treinta, conoció a Ferdinand Lesseps (hijo del ingeniero del canal de Suez), con el que trabajó en un laboratorio alquímico en París (rue Vernier). Posteriormente, Lesseps invitó a Champagne a otro laboratorio alquímico montado en el castillo familiar de Lere. (Esta descripción coincide con la de F. Albertus.) Posiblemente, como Castelot, tuvo contacto con Gérard Encausse, *Papus*.

Ante las dudas de quién era realmente Fulcanelli, relatamos una divertida historia corta de Bram Stoker,[32] que describe la incertidumbre respecto al verdadero autor de las obras atribuidas a Shakespeare:

> Todo sucedió en una de aquellas ciudades pioneras del viejo Oeste, en las que la bebida provocaba más de una disputa, que luego se dirimía por las armas. Los vaqueros de las praderas eran hombres rudos y duros, pero nunca estúpidos; de hecho, algunos estaban incluso bastante bien educados. Un hecho fácilmente demostrable si tenemos en cuenta sus objetos de discusión.
>
> Un día, en el bar del hotel de la ciudad, un grupo de hombres discutía sobre Shakespeare, en particular sobre el enigmático problema de si había sido realmente el Bardo quien había escrito todas las obras que se le atribuían, o si éstas eran en realidad obra de Francis Bacon. Ambos bandos tenían sus defensores y, a medida que la tarde fue avanzando y la bebida fluyó con libertad, la discusión se fue caldeando.
>
> Algunos de los participantes perdieron la compostura y, en consecuencia, empezaron a apuntarse con los revólveres los unos a los otros. En todo caso, antes de que perdieran la cabeza por completo, un hombre franco salió de entre el grupo y dijo que no se trataba de un dilema que pudiera resolverse por las armas, sino mediante arbitraje.
>
> Los demás aceptaron su propuesta, volvieron a guardar los

revólveres en sus respectivas fundas y empezaron a buscar un árbitro. Transcurrido cierto tiempo, consiguieron ponerse de acuerdo sobre cuál iba a ser el hombre apropiado para semejante función.

El árbitro seleccionado fue un irlandés que había permanecido tranquilamente sentado en el bar, fumando y sin decir una palabra mientras rugía el debate, circunstancia que debió de revelar lo apropiado de su carácter para la tarea.

Aceptando tomar parte como juez y jurado, el hombre continuó sentado, fumando tranquilamente mientras cada bando le presentaba formalmente sus argumentos. Cuando todos hubieron terminado su exposición, el irlandés permaneció en silencio durante un rato, y después habló pausadamente:

—Bueno, caballeros —dijo con un acento tan espeso como cualquier otro surgido de Irlanda—, mi decisión es la siguiente: esas obras en disputa no fueron escritas por Shakespeare, ¡sino por otro autor que se llamaba igual!

Podemos concluir que las hipótesis que se han barajado sobre la verdadera identidad de Fulcanelli son las siguientes:

a) Un colectivo formado por masones, cuyo centro de reunión era el monasterio benedictino del Mont Saint-Michel, en la Baja Normandía (Francia), al que pertenecía René Guénon (Francia, 1886-Egipto, 1951). Guénon, hijo único de un arquitecto, gran conocedor del simbolismo, pertenecía a una maestría masónica de todos los grados cuya tradición oral se remontaba a la época artesanal de la masonería francesa, la masonería operativa y, en consecuencia, los constructores de las catedrales y otros edificios góticos. Este grupo era anónimo, sin documentos ni escrito alguno, y los miembros eran aceptados por cooptación secreta. Fulcanelli desapareció en los años treinta del siglo xx, y Guénon partió por esas fechas a Egipto. Fulcanelli fue visto por última vez en los años cincuenta en Sevilla, y Guénon murió en los cincuenta. Las desmesuradas críticas sin mucho fundamento de Eugène Canseliet hacia Guénon parecen

más bien una cortina de humo que una crítica en sí. Canseliet dice: «Guénon se ha acercado a la alquimia sólo desde un punto de vista libresco, literario y especulativo, pero jamás ha pisado el templo del Artista, que es su Laboratorio, y menos aún contemplado las etapas que se hacen explícitas con el cambio de los colores en el matraz, y que los filósofos llaman "Regímenes". Guénon difícilmente podría haber entendido lo que realmente es alquimia, y conocer sus efectos tan verídicos.»

b) René Adolphe Schwaller de Lubicz (Alsacia-Lorena, 1887-¿1961?), identidad de Fulcanelli, versión sostenida durante toda su vida por Jacques Bergier. Conocido por el nombre místico de Aor Mahomet Ahliah, el título de Lubicz le fue dado en honor del escritor lituano y diplomático Oscar Vladislas de Lubicz. Permaneció quince años en Egipto estudiando la arquitectura y el arte del templo de Luxor, plasmado en el libro *El templo del hombre.* Él mismo se autoproclamaba alquimista, si bien su estilo de escritura y el contenido de sus escritos se distanciaban mucho de la obra de Fulcanelli. Decía que *El misterio de las catedrales* se basaba en sus ideas sobre el contenido alquímico de las catedrales góticas, contaba que se reunía con Fulcanelli para comentar y discutir sobre la transmutación de la materia. Llegó a divulgar una historia en la que Fulcanelli le contaba que había robado un manuscrito en una librería de París: mientras estaba catalogando un antiguo tomo para un vendedor de libros, descubrió un extraño texto manuscrito que comprendía seis páginas, de tinta azulada muy pálida, donde se describía la importancia del color en el proceso alquímico. Schwaller dice que Fulcanelli era materialista y no comprendía la verdadera naturaleza del color, por tanto, tuvo que ilustrarlo en ese sentido. Explica que se trasladó al sur de Francia, posiblemente a Le Plan de Grasse,[33] donde invitó a Fulcanelli a su casa (que pasó a llamarlo en su honor «Allée des Philosophes») a trabajar con él alquímicamente. Después de violentas discusiones entre ambos, cuenta que consiguie-

ron una buena «obra» entrando en el vidrio alquímico (vidrio con dibujos coloreados). Las versiones de Schwaller son contradictorias unas de otras: habla como si dicho conocimiento fuera obra de Fulcanelli, pero como si la puesta en práctica de los libros fuera obra de Dujols y Champagne, llevados de la mano de Canseliet. Era conocida la degradación cultural a la que sometía a las mujeres, diciendo que eran incapaces de comprender el hermetismo. Curiosamente, se dice que participó en el diseño de los uniformes nazis, pero nunca se ha podido contrastar esa información.

c) Jean-Julien Champagne, ya explicado anteriormente (hipótesis mantenida por Robert Ambelain, René Schwaller de Lubicz, Jules Boucher y Geneviève Dubois).

d) Camille Flammarion, sin ningún fundamento importante, la forma de escribir de Flammarion, así como la trayectoria científica de su obra, lo descarta (hipótesis mantenida por el escritor Frédéric Courjeaud).

e) F. Jollivet-Castelot, explicado anteriormente (hipótesis mantenida por Pierre Pelvet en su tesis doctoral).

f) Eugène Canseliet, ya explicado (versión mantenida por Paul Le Cour).

g) Otras hipótesis sin fundamento apuntan al notario y escritor Rosny-Ainé, al conde de Saint-Germain, a Jules Violle, físico francés (versión de Patrick Rivière y Jacques Keystone), y a Alphonse Jobert, médico francés (versión de Richard Khaitzine).

Por nuestra parte, apuntamos que Fulcanelli fue un colectivo formado por Jean-Julien Champagne por sus conocimientos químicos y sobre el arte de la pintura, ampliamente descritos en *El misterio de las catedrales*; Pierre Dujols, por el gran archivo de fichas acumulado en su librería y gran conocedor del esoterismo, fichas de donde eran extraídos la mayoría de los datos; Eugène Canseliet, de quien partió la idea y alma del colectivo, que hacía de representante del mismo y repartía los emolumentos cobrados del editor; Jules Boucher, por sus conocimientos sobre el ocultismo y destaca-

do miembro de la empresa química Rhonc Poulenc, antes Frère Poulenc, y por el importante químico Gaston Sauvage.

Se explicaría así, entre otras cosas, el capítulo extra de la segunda edición sobre la cruz de Hendaya, edición publicada en agosto de 1957, cuando ya habían desaparecido algunos miembros del colectivo. Este capítulo adicional fue redactado por algunos miembros del colectivo que seguían de alguna manera en activo. Todos ellos habían sido grandes amigos y seguramente pertenecían a una hermandad que empleaba el nombre de Hermanos de Heliópolis.

Sólo nos queda repetir la recomendación que aparece en las conclusiones de la tercera edición de *El misterio de las catedrales*: «Nadie puede aspirar a la posesión del gran Secreto si no armoniza su existencia al diapasón de las investigaciones emprendidas.»

CAPÍTULO 2

Es más tarde de lo que pensamos

Químicos como John Dalton[1] tuvieron que admitir a principios del siglo XIX la existencia de los átomos considerados como las unidades más pequeñas de los elementos. A principios del siglo XVIII, Isaac Newton ya había concebido dichas partículas como minúsculas bolas de billar, duras y sólidas.

Newton (1642-1727), descrito como «el más grande genio que ha existido» por el descubrimiento de las leyes de la gravitación universal, el establecimiento de las bases de la mecánica clásica mediante las leyes que llevan su nombre, sus trabajos sobre la óptica y la naturaleza de la luz, el desarrollo del cálculo matemático, sus demostraciones de las que las leyes naturales que gobiernan el movimiento de la Tierra y las que gobiernan el movimiento de los cuerpos celestes son idénticas. Su obra ha sido también calificada como la culminación de la revolución científica.

¿Qué quiso decir cuando aseguró que había visto mucho más lejos que los demás porque se había subido a hombros de gigantes? ¿De dónde le venía esa capacidad de comulgar con el conocimiento? Nació en un mundo de tinieblas y magia oscurantista. Su vida fue extraña, sin parientes, amigos ni amantes; más bien narcisista. No conoció a su padre y seguramente la soledad constituyó una parte esencial de su genio. Años más tarde otro genio, Einstein, que perfeccionó y explicó la teoría de la gravedad, al decir que ésta era una curvatura del espacio (Newton nunca entendió cómo funcionaba la gravedad), sentenció: «Dios es la soledad de los hombres.»

Su pasión secreta fue la alquimia. Trabajó en soledad, sin publicar sus experimentos, alejado de los demás científicos y filósofos,

incluso después de ser un mito nacional. Fue presidente de la Royal Society, gobernador de la Casa de la Moneda; vivía en la más pura tradición alquímica. Parodiando a Milton,[2] dijo antes de morir: «No sé qué le pareceré al mundo, pero yo me veo sólo como un niño que jugara a la orilla del mar y se divirtiera de vez en cuando encontrando un canto rodado o una concha más bonita de lo habitual, mientras el gran océano del conocimiento se extiende ignoto ante mí.»

Al morir a los ochenta y cuatro años sin hacer testamento, se encontraron entre sus bienes una enorme cantidad de lingotes de oro de gran pureza, cuya procedencia se desconoce. El inventario de sus bienes era el siguiente: un lote de instrumentos matemáticos, tarros de cristal de laboratorio y aparatos para experimentar, un reloj antiguo, una gran biblioteca de los temas más variados, con más de dos mil libros, infinidad de carpetas con sus manuscritos secretos, una pequeña bodega con botellas de sidra y vino, treinta y nueve medallas de plata y sus duplicados en yeso, mobiliario y demás elementos de decoración, curiosamente todos ellos tapizados en el color alquímico carmesí. El total de sus bienes se valoró en 31.821 libras, una cantidad ingente para la época.

Con veinticinco años, Newton consiguió formar parte del claustro del Trinity College, con un salario de dos libras al año, lo que nos da una referencia de la importancia de su legado. En el Trinity, la castidad era una premisa, y el matrimonio estaba prohibido. Con su primer salario, alguna ayuda familiar y los emolumentos de varias clases particulares, compró libros antiguos sobre alquimia, recipientes de cristal, un hornillo de hojalata, productos químicos, aguafuertes, sublimados, vinagres, albayalde y sal de tártaro y, junto con Isaac Barrow y Henry Moore, se entregó a la experimentación alquímica en el más recóndito de los secretos, ya que en aquellos años la alquimia era ilegal.

Escribió más de un millón de palabras sobre alquimia; al estar prohibida firmaba sus escritos con el nombre de Jehovah Sanctus Unus, interpretado como un lema antitrinitario. Jehová, único santo, era al mismo tiempo un anagrama de su nombre en latín, Isaacus Neuutonus-Iova Sanctus Unus. Su obra alquímica más importante es el gran tratado *Index chemicus*, un manuscrito con más de

cien páginas en las que se plasman más de cinco mil referencias individuales a tratados sobre alquimia. Este manuscrito, junto a sus propios escritos, no vio la luz hasta un largo tiempo después de su muerte. Se especula si alguna parte de su legado aún sigue oculto para los investigadores.

Al hablar de Newton no queremos, por la complejidad de su personalidad, avivar *ignes fatui*,[3] pero su gran amigo y maestro Barrow murió soltero, y a Henry Moore (padre de la cuarta dimensión), también colega y amigo, como a Newton, tampoco se le conocen relaciones amorosas con mujeres. En 1675 conoció a Robert Boyle, el gran físico-químico quince años mayor que él, también soltero, que vivió veinte años con su hermana y curiosamente murió de un golpe que le asestó una ramera. El gran corpuscularista Boyle describe, en su excepcional obra *El químico escéptico*, que la materia está formada por partículas fundamentales y, consecuentemente, todos los fenómenos de la naturaleza podían explicarse a partir de la combinación y la organización de estos átomos en el interior de cuerpos heterogéneos, algunos perfectos y otros imperfectos, y ninguno más perfecto que el oro. Estaba seguro de que el sueño alquímico de transmutar metales más básicos en oro era una realidad.

En 1689 Newton se asoció con un enigmático individuo llamado Nicholas Fatio de Duillier, emparentado con la nobleza suiza, astrónomo, matemático y miembro de la Royal Society recomendado por John Hoskins. Parece ser que su relación con Newton fue sentimental. En la disputa entre Newton y Leibniz sobre quién fue el primero en descubrir el análisis matemático, se posicionó públicamente al lado de Newton.

Fatio de Duillier se afilió a la secta de Camisards o Profetas de Cévennes, llamados así a causa de sus túnicas blancas, que, como los cátaros, habían surgido en el Sur de Francia. Al igual que los cátaros, se oponían con vehemencia a Roma y reclamaban la supremacía de la «gnosis» o conocimiento directo sobre la fe. Al igual que los cátaros ponían en entredicho la «divinidad» de Jesús y habían sido suprimidos brutalmente por la fuerza militar; de hecho, fue como una versión del siglo XVIII de la cruzada contra los albigenses. Expulsados del Languedoc, encontraron refugio en Ginebra y Londres.

Con toda seguridad, Fatio de Duillier convenció a su amigo para que se hiciera miembro de los Camisards. Un mes antes de morir Newton, y con la ayuda de unos cuantos amigos íntimos, quemó numerosas cajas de escritos y documentos personales donde posiblemente estaba la explicación a los grandes enigmas que lo han envuelto hasta nuestros días.

Con treinta años, Newton tenía el cabello prácticamente blanco, su gran melena reposaba sobre sus hombros, y es descrito como de gran delgadez. Su fisonomía era equina, de nariz poderosa y grandes ojos saltones. Dormía muy poco y a horas intempestivas, era un gran hipocondríaco que se medicaba de forma preventiva tomando una pócima preparada por él, compuesta de trementina, agua de rosas, aceite de oliva, cera de abejas y vino blanco seco. Realmente al manipular mercurio en sus trabajos alquímicos se estaba envenenando poco a poco.

En sus documentos secretos alquímicos habla de hombres misteriosos que le pasaban documentos secretos. Así, por ejemplo, aparecen los nombres de un tal W. S. y el señor F.; es posible que este último fuera Ezequiel Foxcroft. En el jardín existente detrás de su habitación tenía un laboratorio con un cobertizo pegado al muro de la capilla. El fuego en el laboratorio estaba encendido las veinticuatro horas del día, en él trabajaba repitiendo una y otra vez las mismas operaciones hasta agotar la materia. Escribió Newton en una de las sesiones de trabajo: «Las dos serpientes fermentan bien, cuando la fermentación hubo concluido, añadí dieciséis granos[4] de mercurio, y la materia se hinchó mucho con una fermentación impetuosa. Este mercurio extraído de los cuerpos tiene tantas superfluidades frías como el mercurio corriente, y también las formas y las cualidades especiales de los metales de que se ha extraído, podemos decir que es en esencia el mercurio del oro.»

Newton estaba fascinado por la esencia de las cosas, y se dedicó a estudiar e investigar a fondo los procesos de la vida y la muerte, el estado vegetativo y la putrefacción. En sus escritos, con una letra microscópica y trazos muy rápidos, se lee: «La putrefacción produce una sustancia negruzca, grasienta y podrida, y exhala materia en forma de humo. Sin putrefacción nada puede cambiar de lo que ya es, todas las cosas son corruptibles, todas las cosas son generables,

de esta forma el mundo muere y renace continuamente, estas exhalaciones, esencias minerales y vapores acuosos generan una oleada de aire y elevan las nubes, tan alto como para que pierdan su gravedad.»

Se interesó asimismo por las tradiciones religiosas, coleccionó biblias en latín, griego, hebreo y francés, consiguió escritos de los primeros padres de la Iglesia: Atanasio, Arrio, Orígenes,[5] Eusebio de Cesárea, Epifanio y muchos otros. Tanto en la vertiente teológica como en la alquimia, Newton tenía el presentimiento de que estaba buscando antiguos conocimientos que se habían perdido o malinterpretado en los siglos anteriores. El gran conocimiento se había extraviado: camuflado en escritos y códigos secretos indescifrables por parte de la mayoría de las personas, se había distorsionado por ignorancia y otras veces para preservarlo del vulgo. Newton creía en las hermandades, en las confidencias y en el intercambio de manuscritos secretos. En un manuscrito escribió: «De la misma manera que el mundo fue creado del caos oscuro haciendo surgir la luz, también nuestro trabajo extrae el principio a través del negro caos de su materia primera.» En su lecho de muerte rechazó los sacramentos de la Iglesia.

En el libro anteriormente citado *La verdadera historia de los masones*,[6] podemos leer: «Ahondaremos un poco más en la persona de Newton, pues, según nuestro criterio, fue el padre verdadero de la masonería moderna. La colección del industrial americano Babson, de Boston, contiene los manuscritos de Newton; algunos son copias de obras alquímicas, otros son notas de investigaciones. En la nota 416 encontramos diecinueve páginas sobre la piedra filosofal con figuras iluminadas. En la nota 417, que abarca veinte mil palabras, Newton nos habla del orden de las operaciones alquímicas. La nota 420, con veintiséis páginas, habla del método práctico alquímico. Y, finalmente, la nota 421, con dieciocho páginas, se refiere a la fermentación.»

Newton escribió un tratado en latín (conocía el hebreo, además del latín y el griego) titulado *Prolegomena ad lexici prophetici partem secundam continens expositionem allusionum ad mundum mysticum populi Israelis*. El propósito de las investigaciones emprendidas por Newton (según René Taylor) en relación con su proyec-

tada enciclopedia profética era demostrar que los mandamientos de la Antigua Ley pronostican acontecimientos futuros. Por ejemplo, el Tabernáculo de Moisés prefiguraría la Jerusalén celeste que san Juan describe en el Apocalipsis. El Libro de los Siete Sellos no sería otro que el Libro de la Ley. Por tanto, la clave del sentido del Apocalipsis residiría en el conocimiento de la ley de los tres santuarios en que ésta se administraba. Éstos son: el Tabernáculo, el Templo de Salomón y el Segundo Templo. Este segundo fue erigido por Zorobabel y era bastante menos lujoso que el de Salomón; además, se redujo en él el tamaño del atrio del pueblo debido a la merma demográfica que Israel había sufrido en el curso de la cautividad babilónica. Sin embargo, este edificio no dejaba de tener su importancia. Al estar construido sobre los cimientos del anterior, permitía que se acudiese a él para aclarar no pocas dudas que se presentaban en relación con el primer templo.

A continuación, Newton pasa a efectuar una comparación entre el Tabernáculo y el templo descrito por Ezequiel, si bien no vacila en criticar al profeta por supuestas inexactitudes y ambigüedades en las medidas enumeradas por éste.

A mayor abundamiento, en el King's College de Londres también podemos encontrar otros manuscritos de Newton, en particular, sus conversaciones esotéricas con un amigo del científico Boyle. El contenido de todos esos manuscritos es original, es decir, procede de sus investigaciones y observaciones.

Insistimos tanto en Newton porque, si bien es ampliamente conocido por sus leyes sobre la gravedad y por su condición de economista eminente, lo que lo llevó a ser director de la Casa de la Moneda en Inglaterra, su faceta de alquimista, en cambio, ha sido disimulada por la ciencia oficial. Como ya es sabido, Newton era uno de los miembros más activos de la Royal Society, amigo del francmasón Elias Ashmole, que fue el primer químico de la época, así como amigo íntimo de Wilkins, uno de los patriarcas de la masonería espiritual, alquimista fervoroso y discípulo de Backhouse. Entre las preocupaciones de Wilkins, seguramente compartidas con Ashmole y Newton, figuraba la tentativa de implantar una lingüística general, así como unos proyectos de navegación interplanetaria y, anecdóticamente, la construcción de colmenas de cristal

para la observación de las abejas.[7] Hay que destacar, además, que compaginaba todos esos proyectos con sus estudios de teología, los cuales abrían su conocimiento a temas religiosos y espirituales.

Estos personajes de espíritus despiertos, eficaces y precisos tenían, por cierto, una gran facilidad para moverse entre dos universos, el del racionalismo y el de las artes mágicas. Si bien eran científicos, carecían de una religión cientifista. Creían ciegamente en que dos mundos tan distintos como la experiencia y la magia sagrada coexistían. Consideraban que era imprescindible mirar a uno y otro lado.

Entre estos personajes no podemos dejar de citar a uno rodeado de gran misterio que también pertenecía a la Royal Society y que, con toda seguridad, tuvo relación con Newton y la creación de la masonería a través de una misteriosa Fuente X. Nos referimos al hombre que se hacía llamar sir Henry Cavendish.

No cabe duda de que existía una relación entre la Fuente X y la masonería. El gran maestre de la primera logia francmasona de Londres, Jean Théophile Désaguliers, sabio matemático, anunció la aparición de la Fuente X en un libro que publicó en 1723 sobre la historia y las doctrinas de la francmasonería. En este libro insistía en la importancia de las matemáticas y profetizaba el próximo advenimiento de una sabiduría universal traída de fuera del mundo.

Es indudable que Newton, sin entrar en la masonería, tuvo la idea de aprovechar la sociedad de constructores reuniendo a miembros destacados de la Royal Society, convenciéndolos de sus teorías e insuflándoles el espíritu necesario para crear la masonería moderna. Así, su idea fructificó sin verse él envuelto en la nueva institución masónica. Su actuación nos recuerda al somorgujo, ave descrita en el Bhagavad Gita, que, para pescar, penetra en el agua y sale sin mojarse con la presa en el pico.

La Royal Society

Ser miembro de la Royal Society es uno de los más grandes honores a los que puede aspirar un integrante de la comunidad científica.

Sus fundadores, «los últimos brujos», como se los ha llamado

—Moray, Hooke, Boyle, Huygens, Newton, Leibniz, Christopher Wren, John Evelyn, John Wilkins, Elias Ashmole, John Flamsteed, Edmund Halley—, no parece que se unieran por casualidad para formar una sociedad que fue el origen de la ciencia moderna.

¿Qué fuerzas, qué energías incidieron para que se unieran esas doce mentes, relacionadas entre sí por la ciencia y por el conocimiento mágico, y qué criterio siguieron para nominar a cuarenta y un miembros que deberían asociarse posteriormente a la Royal Society?

El historiador sir Henry Lyons, miembro de la Royal Society, describe así la formación de esta mágica sociedad:[8] «Hace tres siglos, en tiempos de las guerras civiles, un pequeño grupo de hombres cultivados que sentían interés por la filosofía experimental o "nueva filosofía" (como se denominaba entonces) adoptaron la costumbre, poco después de 1640, de reunirse esporádicamente y discutir en la residencia de uno de ellos o bien en una taberna convenientemente próxima al Gresham College, donde a menudo asistían a las conferencias del profesor. [...] Con la restauración de la monarquía en 1660, aquellos que se encontraban en Londres reanudaron sus reuniones interrumpidas desde 1658, y se les unieron los que habían estado en Oxford. Al final del año, ellos y un número de amigos suyos que compartían intereses similares resolvieron constituirse en sociedad de filósofos, lo cual llevaron a término.»

El relato de sir Henry no se adentra en el motivo de su creación, en cuál fue la causa, sino que se limita a describir el acontecimiento. Otro historiador, Arthur Bryan, apunta que fue Carlos II el artífice de la creación. Nos dice: «Con el retorno del rey, quien personalmente concedía poca utilidad a las fórmulas religiosas abstractas y prefería comprobar todas las cosas a través de su agudo sentido común, la nueva generación ocupó el sitio que le correspondía.

»Poco después de la Restauración, se fundó en el Gresham College la Royal Society, siendo el rey su primer mecenas. Sus miembros fundadores colocaron una araña en el centro de un círculo hecho de cuerno de unicornio.[9] El momento en que el insecto, desdeñado por las creencias consagradas desde hace siglos, salió caminando, tal como recogen escuetamente las actas de la sociedad, fue un acontecimiento histórico.»

En los primeros años del siglo XVII, la inmensa mayoría de las personas creían, y así era explicado por los más doctos, que el mundo de la magia era la única forma de explicar el funcionamiento del propio mundo.

La importancia de científicos y magos y su influencia en la sociedad era notoria. Un ejemplo es el de John Dee (Londres, 1527-Surrey, 1609),[10] consejero de la reina Isabel I, si bien había sido encarcelado por la hermana de Isabel, la reina Mary, según la tradición, por haber querido embrujarla. Este mago, matemático, astrónomo y conocedor de casi todas las ramas de la ciencia era un gran alquimista que decía haber encontrado el elixir de la juventud eterna, cuya fórmula se la había transmitido un ángel llamado Uriel. Dee empleaba para invocar a Uriel un encantamiento que, como dice Robert Lomas:[11] «¡Desaconsejo que se intente en casa este embrujo, ¡no vaya a ser que funcione!» *(Facilius Sine Comparatione a Deo impetrandum foret, vel a bonis spiritibus, quicuid homini utile reputare.)*

Bien es cierto que John Dee murió a los ochenta y dos años, lo que en aquella época no era nada habitual. Viajó por toda Europa intercambiando conocimientos y adquiriendo libros, y estudió cien años antes que Newton en el Trinity College. Se entregó a producir exhibiciones de levitación con la ayuda de una obsidiana traída de Sudamérica y una mesa de conjuro. Los instrumentos que empleaba se encuentran actualmente en el Museo Británico:

—El espejo o *speculum* de Dee, un objeto de culto azteca hecho de obsidiana con la forma de un espejo de mano. En 1741 acompañó a Horace Walpole[12] en un viaje por Europa.

—Una serie de pequeños sellos que usaba en su mesa de prácticas adivinatorias, en la que está grabado el alfabeto enoquiano, el empleado por los ángeles.

—Un sello grande y elaborado usado para sostener la bola de cristal usada por Dee.

—Un amuleto de oro, con un grabado que representa las visiones de Dee.

—Un orbe de cristal, de seis centímetros de diámetro. Este objeto pasó varios años desaparecido en la sección de minerales.

También se encuentra en el Museo de la Ciencia de Londres una piedra usada por Dee para ver el futuro, junto con una explica-

ción de su uso escrita por el astrólogo y padre de la medicina herbaria Nicholas Culpeper (Inglaterra, 1616-1654). La piedra fue robada de dicho museo pero recuperada al poco tiempo.

Dee fue precursor de la Biblioteca Nacional y del término «Imperio británico». Es de destacar su libro *Monas Hieroglyphica (La mónada jeroglífica)*, libro de culto que contiene un glifo que él mismo diseñó, desde el punto de vista de la cábala, con la idea de expresar la unidad mística de la creación universal.

Dee está considerado como uno de los hombres más cultos del siglo XVI. Su biblioteca, en Mortlake, era sin la menor duda la más importante de Inglaterra y posiblemente de Europa, equiparable a la del historiador francés Jacques Auguste de Thou. Umberto Eco, en su novela *El péndulo de Foucault*, hace referencia en varias ocasiones a Dee.

John Dee utilizaba las cifras 007 en la correspondencia privada que mantenía con la reina Isabel I. Sir Ian Flemming en sus novelas utiliza las mismas cifras para designar al agente del MI6 James Bond. El supuesto significado sería el número siete, una referencia cabalística al número de la suerte divino y los dos ceros, son los ojos, correspondientes a la expresión «*Only for your eyes*».

Hay que tener en cuenta que era difícil, por otra parte, que desaparecieran las tradiciones mágicas en Inglaterra. Pensemos que, en el siglo XVI, se quemaban en la hoguera más de cien ancianas al año por brujería, con los cargos de causar enfermedades o echar mal de ojo; en consecuencia, entrar en el mundo científico, imponer su estimación y prioridad no era tarea fácil. Algunos miembros que luego fundaron la Royal Society estaban influenciados por la tradición mágica, como Christopher Wren, o el mismo monarca, que pagó a un astrólogo para que le indicara el instante más propicio para poner la primera piedra de la catedral de San Pablo, que había sido destruida en el incendio de Londres.

Si bien el mundo científico nació del pensamiento mágico, también influyó en la política al engendrar tecnología. Cuando nació la Royal Society, la religión tenía una gran influencia en Inglaterra; para evitar toda discusión y sus problemas sociales derivados, los fundadores prohibieron hablar de política y religión en las reuniones de la sociedad. Posteriormente la masonería adoptó esas premisas como correa de transmisión del pensamiento de los funda-

dores de la Royal Society, prohibiendo hablar en las tenidas y en los ágapes de religión y política: con toda seguridad, la mano de Newton estaba detrás de esas normas.

El salto que se produjo al fundar la Royal Society fue de gigante; la ciencia había estado sometida a la teología, la Iglesia poseía la patente de corso del pensamiento científico, la verdad revelada de Dios, y el que se oponía a esa verdad era castigado como hereje, lo que suponía la hoguera.

Lo verdaderamente extraño es que los fundadores de la sociedad procedían de bandos contrarios en la sangrienta guerra civil inglesa. ¿Qué fue lo que impulsó a que se unieran? ¿Qué nexo común los unía?

Quien presidió la primera asamblea de la Royal Society un miércoles 28 de noviembre de 1660, festividad del beato Jacobo Thomson, fue el reverendo John Wilkins (Fawsley, 1614-Chester, 1672), francmasón, casado con Robina, hermana del lord protector Oliver Cromwell. Éste lo autorizó a casarse a pesar de que los estatutos del Trinity College, del que era rector, lo impedían.

Entre otros inventos Wilkins diseñó carrozas tiradas por energía eólica, describió la forma de viajar a la Luna y, junto con Paul Neile, fabricó unas lupas de una gran calidad y pureza. Fue obispo de Chester.

Antes de casarse con Robina (entonces una viuda de sesenta y dos años), era un solterón excéntrico de cuarenta y dos. Aficionado a las bromas pesadas, le gustaba reunirse a cenar abundantemente con sus amigos, y creó un jardín con una estatua encantada que tenía escondido un tubo que la conectaba con una zona alejada de la misma. Cuando se paseaba con sus amigos, como John Evelyn, los dejaba a solas al aproximarse a la estatua. Entonces se escondía detrás de unos árboles y, cuando nadie lo veía, hacía que la estatua hablase a través del tubo.

Otro de los enigmáticos miembros del «Colegio Invisible», como fue bautizada la Royal Society por sir Robert Moray, fue el vizconde William Brouncker. No se sabe por qué fue nombrado primer presidente de la sociedad por su majestad el rey Carlos II. La posible explicación es que el vizconde hubiera sido iniciado en la francmasonería y trabajara en la misma logia que el monarca.

Brouncker fue traductor al inglés de las teorías de Descartes sobre la música. Fue un buen matemático, nombrado comisionado de la Armada en un momento difícil, pues se estaba preparando una guerra naval contra Holanda.

Otro miembro fundador fue Robert Boyle, de cuna noble irlandesa; tenía treinta y tres años cuando se integró en la Royal Society. No tuvo ningún protagonismo en la guerra civil, se la pasó escribiendo sobre teología en Dorset. Cuando era profesor en Oxford dio su nombre a la ley que relaciona la presión y el volumen de los gases. Fue un niño prodigio, considerado el padre de la química moderna.

En el grupo fundador encontramos otro noble, el conde de Kincardine, Alexander Bruce, un hombre interesado en la extracción del carbón y en la construcción de relojes, gran matemático y gran maestro de la mecánica.

El cuadro de especialidades se iba formando y, así, nos encontramos con el siguiente, sir Robert Moray. Favorito del cardenal Richelieu, nombrado por éste teniente coronel de la guardia escocesa, es conocida su labor como espía. Sus movimientos políticos entre Francia e Inglaterra lo llevaron a conseguir el favor del rey Carlos. Como masón se inició en una logia en Edimburgo en 1641.

El científico sir Paul Neile es otro de los incorporados a la fundación de la Royal Society. No hay muchos datos acerca de él, pero con seguridad era un amante de la ciencia y su fuerte era el pulido de las lentes ópticas para telescopios. Fue el fundador de la Hudson Bay Company, y seguramente se inició en la masonería de la mano de Wilkins, del que era amigo y colega en los trabajos ópticos.

Otro de los fundadores, Jonathan Goddard, doctor en Cambridge a los veintiséis años, fue médico particular de Oliver Cromwell e íntimo amigo de Wilkins. Desconocemos su afiliación a la masonería, aunque es más que probable.

Entre los fundadores hallamos a otro médico, William Petty, que inventó la estadística moderna. Fue catedrático de anatomía en Brasenose y de música en el Gresham College. Asimismo, fue jefe médico del ejército de Cromwell e inventor de las naves de doble casco.

El escritor y memorialista sir John Evelyn, también fundador de la Royal Society, cuenta en una de sus crónicas (tenía fama de

contar siempre la realidad de los hechos, nunca fue pillado en ningún delito de error o imaginación) lo siguiente. Un mediodía, estando en Roma, se le acerca un personaje oriental que le enseña un anillo. Evelyn se fija bien y, en el engaste del anillo, hay un punto de un fuego deslumbrante al que no se puede mirar fijamente, pues daña la vista. El desconocido aplica el punto de fuego a la pipa de Evelyn y la enciende. Luego, en italiano, le explica que el anillo está en venta y le propone un precio bastante elevado. Evelyn, sin saber de qué se trata, le hace una contrapropuesta. El desconocido le dice: «Milord, yo nunca regateo», se aparta y desaparece rápidamente. Evelyn corre detrás de él, pero no logra alcanzarlo.

William Ball fue escogido por Carlos II como primer tesorero de la Royal Society. Estudioso de los anillos de Saturno junto a John Wallis, fue el primer responsable de magnética de la Royal Society. El dato anecdótico es que en cierta ocasión Ball fabricó una aguja magnética de tres metros de longitud para comparar su precisión con la típica brújula de marinero.

Otros miembros de la Royal Society fueron el gran astrónomo y matemático Lawrence Rooke, catedrático de geometría y especialista en la medición de la longitud terrestre que, a los treinta y ocho años, escribió un tratado sobre las lunas de Júpiter, también publicó un compendio para marineros y viajeros donde se reseña la forma correcta de registrar las observaciones realizadas en los viajes. Dicho compendio lo editó la Royal Society como Transacciones filosóficas. John Wilkins y Seht Ward fueron sus compañeros de trabajo.

El francmasón Christopher Wren, gran científico y el mejor arquitecto de su generación, fue catedrático de astronomía y padre de trabajos de investigación acerca de la solidez de la Luna, el movimiento de la Tierra, métodos nuevos de navegación, posibles formas de crear agua dulce a partir del agua de mar, fabricación de navíos de guerra, construcción de fuertes marinos y diques, inventos para mejorar la construcción y la fortificación de puertos, dragar y sondar el mar; para permanecer bajo el agua más tiempo; para la navegación submarina; sobre el modo más sencillo de cazar ballenas; una brújula que pudiese funcionar en un coche o en la mano de un jinete, o un método nuevo de remado, entre otros.

Abraham Hill fue otro de los miembros fundadores de la Ro-

yal Society, a la que se incorporó con tan sólo veinticinco años de edad. Poseía una gran capacidad para los negocios y había heredado una gran fortuna.

La respuesta a la pregunta del nexo entre los primeros miembros de los fundadores de la Royal Society la encontramos, por un lado, en el interés de todos ellos por parcelas de la ciencia fronteriza y complementarias entre sí y, por otro, en su participación activa o asociada fraternalmente con la francmasonería. La continuidad de la francmasonería en la sociedad de la mano de miembros como Halley, Elias Ashmole, James Anderson (iniciado en Aberdeen) J. T. Desaguliers (empleado de Newton en la Royal Society), etcétera, aseguró la permanencia de la sociedad hasta nuestros días.

Uno de los primeros manuales de la francmasonría, publicado en 1717, poco después de la creación de la Gran Logia de Londres, dice: «El principio esotérico de la masonería es la veneración y la ciencia del Sol, como base de la cultura y de la disciplina humanas.»

Las reuniones masónicas en el Gresham College, donde de alguna manera habían estado relacionados la mayoría de los fundadores de la Royal Society, posiblemente fueron el caldo de cultivo de la creación de la sociedad. La participación del rey Carlos II (iniciado en la masonería) en la fundación de la Royal Society fue decisiva para el éxito de ésta y su posterior funcionamiento.

Con seguridad, el rito masónico practicado en la logia de Aberdeen (Edimburgo), a la que pertenecían los cortesanos del rey Carlos II, fue el que motivó a los fundadores de la Royal Society para llevar ésta a su culminación. Son significativas las palabras que resumen el segundo grado del citado rito: «En el Segundo Grado llegaste a contemplar las facultades intelectuales y a seguirlas por las sendas de la naturaleza y de la ciencia hasta el trono de Dios mismo. Entonces se desvelaron ante tu vista los secretos de la naturaleza y los principios de la verdad intelectual.»

George Gurdjieff

Robert Bloch (Chicago, 1917-Los Ángeles, 1994) es un escritor de literatura fantástica y ciencia ficción cuya obra más conocida quizá

sea *Psycho*, que fue llevada al cine por Alfred Hitchcock en 1960 con el título de *Psicosis*. Bloch, discípulo y amigo de H. P. Lovecraft, afirmó: «Un saber espantoso es súbitamente revelado a una persona entre un millón.»

En 1954, mi maestro Louis Pauwels terminaba su libro *Monsieur Gurdjieff*. Como él señalaba, no fue el título más acertado para el padre de la única sociedad iniciática contemporánea verdadera. Pauwels decía que, al escribir *Gurdjieff*, vio dibujarse las líneas principales de una búsqueda que debía llevarlo a *El retorno de los brujos*.

Este humilde libro, que rinde un pequeño tributo al maestro, al fin y a la postre sólo ha seguido la línea dibujada por él; quizá la lectura de *Monsieur Gurdjieff* haya trazado también parte de sus líneas principales.

Gurdjieff preparó el terreno para que actualmente funcione en todo el planeta la más grande, importante, profunda, insondable e impenetrable sociedad secreta. Miles de iniciados trabajan en todo el mundo, en grupos más o menos numerosos, sin líderes ni organigrama jerárquico, solamente guiados por otros iniciados con más conocimientos que, salvo pequeñas excepciones, se limitan a conducir a los grupos sin ni siquiera hacerse llamar «maestros». Bien es cierto que en ciertos lugares residen verdaderos maestros que han cristalizado, siendo conocidos por muy pocos adeptos. El secreto es una de las premisas de esta sociedad, que recibe el nombre genérico del «Cuarto Camino», conocida también como «grupos G» y sustentada por el lema «El que sabe no habla y el que habla no sabe».

Miembros destacados de esta sociedad que tuvieron como maestro directo a Gurdjieff fueron el crítico literario y editor de *new age* A. R. Orage; el gran psicólogo ruso Ouspensky; el jefe de redacción del *Daily Herald*, Rowland Kenny; el más famoso de los arquitectos estadounidenses, Lloyd Wright; uno de los más grandes cirujanos de Nueva York, el doctor Walkey; el fundador de *New Statesman*, Sharp; el físico J. C. Bennett, discípulo de Einstein; Margaret Anderson, editora de *Joyce*; Arnold Keyserling, el filósofo y teólogo alemán; el doctor Young; Aldous Huxley; Arthur Koestler; la señora de Chéjov; la primera esposa de Maeterlinck, Georgette Leblanc, cantante, actriz y autora de *My Life with Maeterlinck* y *La machine à courage*; Solita Solano, autora de *Statue in a Field*;

Kathryn Hulme, autora de *The Wild Place* e *Historia de una monja*; Katherine Mansfield; Luc Dietrich; René Daumal; Louis Jouvet; Pierre Schaeffer; René Barjavel; el discípulo del doctor C. G. Jung, el doctor Maurice Nicoll; el gran compositor Thomas de Hartmann; la mujer de Caruso; L. Pauwels, y Jane Heap, coeditora de *Little Review*, entre otros.

El pasaporte de George Ivanovitch Gurdjieff dice que nació el 28 de diciembre de 1877, pero ni siquiera esa fecha, de alguna manera oficial, parece ser cierta, puesto que él predicaba tener más edad: decía haber nacido en 1866 en la zona de Kars. Falleció en el Hospital Americano de París la noche del 29 de octubre de 1949, y sus últimas palabras fueron: «Los dejo en un buen lío.»[13]

Gurdjieff nació en Gyumri, hoy Leninakan (Alexandropol), en la Armenia del Norte, una extraña región cercana al monte Ararat, entre el Cáucaso y el Kurdistán. En los mapas clásicos Turquía aparece en Asia, y Rusia e Irán se muestran como unidades separadas. Esta región es en realidad una unidad geográfica coherente y claramente definida al estar dominada por las enormes montañas del Cáucaso y el Kurdistán. Se halla a casi mil metros sobre el nivel del mar, y sus montañas rozan los cinco mil metros de altitud. La barrera natural que separa Europa de Asia, que va desde los Urales hasta los macizos del Cáucaso y el Kurdistán, a través del mar Caspio, ha detenido las migraciones de los pueblos al este y al oeste, excepto por algunos estrechos y difíciles pasos. Estos pasos se sitúan al noroeste, desde Tabriz hasta Kars, y luego hasta el oeste, a través de la región de Erzurum, donde se comunican con el valle del río Éufrates. Al este de Erzurum, a una altura aproximada de 2.200 metros, se encuentra una línea divisoria de aguas que en las épocas estivales puede atravesarse con facilidad. Desde tiempos inmemoriales, esa ruta ha servido para las grandes migraciones. Gengis Kan y Tamerlán, así como otros conquistadores, la utilizaron. No todos los invasores provenían del este, sino que también hubo invasores de Europa y Asia Menor: griegos, romanos y turcos otomanos, y, desde el norte, eslavos caucasianos. En la zona donde nació Gurdjieff constantemente había revueltas ocasionadas por conquistas y reconquistas, unas condiciones de vida terribles que tuvo que vivir durante su niñez. Las temperaturas de entre treinta y cuarenta gra-

dos bajo cero son constantes a lo largo de las nevadas, que duran cuatro meses.

A pesar de las condiciones físicas de la zona, o quizá por ello, las tradiciones mágicas están muy arraigadas. En la época en que Gurdjieff era niño, la mayoría de la población era musulmana, y él aprendió a hablar turco. Las comunidades derviches y la práctica del misticismo del islam, es decir, el sufismo, estaban muy arraigadas en el lugar, pero al mismo tiempo también convivían comunidades de una gran espiritualidad cristiana, griega y rusa. Gurdjieff, por la descendencia armenia de su madre, visitó con asiduidad la ciudad sagrada de Nakhichevan, y se relacionó con otras tradiciones que a la vez habían estado en contacto con otras más antiguas, anteriores a las cristianas. También había asirios, descendientes de los caldeos, allí llamados «*aisores*». A finales de 1970 aún existían varias comunidades que han preservado vestigios de los antiguos misterios y misticismos babilónicos, zoroástricos y mitraicos. Gurdjieff trató con yezidis, que forman un linaje especial, tienen su propia forma de creencia dualista babilónica: el conflicto entre las dos fuerzas del mundo, el bien y el mal, que es la base y el sustento de la tradición zoroástrica. En esa zona aún existen sectas bastante conocidas, y algunas secretas sólo conocidas por un reducido número de personas, que utilizan las diferentes tradiciones místicas de los sufís turcos.

Gurdjieff hace mención a sus largos contactos con esas sectas y tradiciones secretas en su libro *Encuentros con hombres notables*,[14] publicado en Argentina después de su muerte. En él habla de su padre, por el que sentía verdadera devoción (fue asesinado por los turcos en 1917 a los ochenta y tres años). Bardo local o *ashokh*, conocía la epopeya de Gilgamesh. Hábil narrador, solía decirle a su hijo: «Si quieres perder la fe, hazte amigo del cura.»

En este segundo libro (el primero fue *Relatos de Belcebú a su nieto*)[15] toma como punto de partida la siguiente sentencia: «Sólo merecerá el nombre de "hombre", y sólo podrá contar con algo preparado para él desde Lo Alto, quien haya sabido adquirir los conocimientos necesarios para conservar indemnes el lobo y el cordero que han sido confiados a su cuidado», y a continuación explica: «Ahora bien, el análisis filológico llamado "psicoasociativo", al

que esta sentencia de nuestros antepasados ha sido sometida hoy, da por ciertos verdaderos sabios —que nada tienen en común, claro está, con los que viven en el continente de Europa— y demuestra claramente que la palabra [lobo] simboliza el conjunto del funcionamiento fundamental y el reflejo del organismo humano, y la palabra [cordero] el conjunto de funcionamiento del sentimiento.

»En cuanto al funcionamiento del pensar humano, está representado aquí por el hombre mismo, el hombre capaz de adquirir en el curso de su vida responsable, por sus esfuerzos conscientes y sus sufrimientos voluntarios, el conocimiento que confiere el poder de crear siempre condiciones que hagan posible una existencia común para estas dos vidas individuales, extrañas la una a la otra, y de naturaleza distinta.

»Sólo tal hombre puede esperar hacerse digno de poseer lo que está designado en esta sentencia como habiendo sido preparado para él desde Lo Alto, y que de una manera general está destinado al hombre.

»Es interesante notar que entre los numerosos enigmas a los cuales los diferentes pueblos de Asia recurren a menudo por hábito automático, y que necesitan soluciones llenas de malicia, hay uno —donde el lobo y la cabra (en lugar de cordero) desempeñan también su papel— que corresponde bien, según mi opinión, a la misma esencia de nuestra sentencia.

»La pregunta que plantea este sagaz enigma es la siguiente: ¿cómo un hombre que tiene bajo su cuidado un lobo, una cabra y, además esta vez, una col, podrá transportarlos de un borde de un río al otro si se considera por una parte que no puede llevar consigo en su barca sino una sola de estas tres cargas, y que, por otra parte, sin su constante vigilancia y su influencia directa, el lobo siempre puede comerse a la cabra, y la cabra a la col?

»La solución correcta de este enigma popular exige no sólo que nuestro hombre dé prueba del ingenio propio de todo ser normal, sino también que no sea perezoso y no escatime sus fuerzas, porque para lograr su propósito tendrá que atravesar el río una vez más.

»Si volvemos al profundo significado de nuestra primera sentencia, teniendo en cuenta la enseñanza que trae la solución correc-

ta de este enigma popular, y si reflexionamos haciendo abstracción de todos aquellos perjuicios que, en el hombre contemporáneo, no son sino el producto de sus ideas huecas, se nos hace imposible no admitir con el entendimiento y no reconocer con el sentimiento que todo ser que se da el nombre de hombre debe imponerse a su pereza inventando sin cesar nuevos compromisos, luchar contra las debilidades que descubrió en sí mismo, a fin de llegar a la meta que se fijó y conservar indemnes estos dos animales independientes que fueron confiados al cuidado de su razón, y que son, por su esencia misma, opuestos uno a otro.»[16]

George Ivanovitch Gurdjieff abandonó Rusia durante la revolución acompañado de algunos de sus seguidores. Tras un largo recorrido, se estableció en Francia, en el Château du Prieuré, situado en la localidad de Avon, a las afueras de Fontainebleau, a casi setenta kilómetros de París. Esta propiedad, por la que se pagó un millón de francos en 1923, pertenecía a la viuda de un famoso abogado, Labori, quien defendió y liberó a Dreyfus. (El capitán Alfred Dreyfus, del ejército francés —1859-1935—, por su antisemitismo fue acusado de entregar secretos de Estado a los alemanes y condenado a cadena perpetua. Fue declarado inocente en la apelación.) Como pago, la familia Dreyfus le dio el *prieuré* (priorato). La casa era un castillo remodelado, del siglo XVII o XVIII, que en otros tiempos había sido un monasterio para priores, y existía el rumor de que antes había sido la residencia de madame de Maintenon.[17]

Durante algunos años vivió allí —donde fundó el Instituto para el Desarrollo Armónico del Hombre— junto a discípulos suyos venidos de diversas partes del mundo, hasta que su trayectoria se vio truncada por un accidente automovilístico que casi le costó la vida. A partir de entonces se dedicó a la escritura y publicó su obra maestra, *Relatos de Belcebú a su nieto*.[18]

¿De dónde le venía a Gurdjieff el conocimiento superior que sin duda poseía? Había tenido contacto con una hermandad mística muy especial, la Hermandad de los Esenios, cuyo monasterio principal parece que aún existe cerca del mar Muerto. También tuvo contactos con el gran conocimiento que pertenecía a los asirios, los *aisores*, como él los llamaba. Fue mensajero o representante de las sociedades secretas armenias, así lo describe en uno de los

capítulos de su libro *Encuentros con hombres notables*, en el apartado quinto, cuando se refiere al señor X o capitán Pogossian, y posiblemente se esté refiriendo a sí mismo con ese nombre. Seguramente su permanencia en Mosul, en el valle del Tigris, lugar con una tradición iniciática de más de cuatro mil años, le aportó grandes conocimientos.

Viajó por esos lugares con un grupo de personas que llamó los «Buscadores de la Verdad», nombre que tomó de una secta o hermandad llamada la «Gente de la Verdad», los Ahl-i-Hagg, pertenecientes a una región que se extiende hacia el noroeste de Persia a través del Kurdistán, zona en la que existió un conocimiento —y es posible que aún se mantenga— basado en la transformación de las energías. Gurdjieff enseñaba que una de las maneras de comprender la razón de la existencia del hombre sobre la Tierra es que éste puede producir, por medio de su forma de vida, ciertas sustancias necesarias para propósitos muy elevados. El ser humano, al completar esa tarea, recibe como recompensa algo imperecedero. El deber del hombre, por tanto, consiste en transformar las energías por medio de su forma de vida. Esta transformación, de un modo u otro, se divide en tres partes principales: *a)* una primera parte de la energía debe utilizarse para realizar el trabajo necesario; *b)* una segunda se emplea en algún propósito determinado donde se la necesite, y *c)* la tercera parte es su propia recompensa y penetra en su propio ser, sirviendo así a la transformación de su propia esencia, o su propia alma.

Sin ninguna duda, Gurdjieff poseía desde niño dones naturales, pero no los desarrolló hasta su juventud, gracias a su contacto con esas fuentes de conocimiento. Posteriormente fue más lejos, ya que lo guiaba un cierto instinto, una fuerte intuición que le decía que en Asia central existía un conocimiento más profundo e importante. Su paso por monasterios secretos del Turkestán y del Tíbet debió de ser fundamental para hacerlo cristalizar, en definitiva, despertar.

Gurdjieff enseñaba que existe una doble vida en la Tierra. Una es la vida exterior y visible, en la que todos debemos participar; la otra es una vida invisible en la que podemos participar si lo deseamos. Por nuestra parte, después de muchos años de trabajo en las

enseñanzas de Gurdjieff, estamos plenamente convencidos, juntamente con otras almas gemelas, de la existencia de un círculo consciente de la humanidad, de extraordinario poder, poseedor de una conciencia suprahumana, formado por grupos de iniciados, de grupos G, que dirigen en la actualidad las plataformas de los acontecimientos del mundo.

El escritor Rom Landau (Polonia, 1899-Inglaterra, 1974) publicó en la primera mitad del siglo xx, en vida de Gurdjieff, un libro titulado *Dios es mi aventura*, del que Gurdjieff no desmintió ni una palabra.[19] Publicado en primer lugar en Inglaterra y luego en Francia (en Éditions de l'Arche), tuvo un gran éxito. En él, Landau relaciona entrevistas con los principales maestros espirituales de la época, Gurdjieff, Ouspensky, Keyserling, Krishnamurti, Bö Yin-Ra, Stefan George, Rudolf Steiner, Georges Jeffreys y Frank Buchman. Reproducimos por su interés parte del relato dedicado a Gurdjieff. Sucedía en Nueva York, alrededor de 1930.

> Desde hacía tiempo, tenía yo un gran deseo de encontrarme con Gurdjieff y, al hallarme en Nueva York, se concertó una entrevista. Había solicitado a Orage unas líneas de presentación, pero justo en ese momento los dos hombres apenas se hablaban, y Orage consideró que unas palabras suyas sólo conseguirían cerrarme las puertas de Gurdjieff. Por fin, obtuve una carta de introducción para un viejo amigo de Gurdjieff, quien, muy feliz de concertar una entrevista, me pidió que le telefoneara tres días más tarde. Cuando en la mañana indicada lo llamé, me aconsejó conseguir una cita con la secretaria de Gurdjieff. Pregunté si debía mencionar su nombre.
>
> —Oh, no —se me respondió—, esto no sería una recomendación, pero usted podría decir que el señor L. le aconsejó proceder así.
>
> —Pero yo no conozco al señor L. —repliqué.
>
> —Entonces, diga simplemente que usted supo que el señor L. debía hablar de usted a Gurdjieff y concertar una entrevista con él.
>
> Llamé a la secretaria. Ella no sabía nada acerca de una conversación entre el señor L. y Gurdjieff, pero, si yo escribía una

carta explicativa, con detalles sobre mí mismo, la transmitiría a Gurdjieff. Escribí la carta pedida y dos días más tarde la secretaria me telefoneó: el señor Gurdjieff me recibiría a las dos y media de la tarde, en su hotel, habitaciones 217 y 218.

Antes de la entrevista, yo había almorzado con un hombre de letras, muy distinguido, americano, quien, según me habían dicho, conocía a Gurdjieff desde años atrás. Le pregunté qué pensaba de él.

—En realidad, no hablé nunca con él —dijo—, pero he asistido a menudo a sus conferencias y debo confesar que para mí es un enigma.

—¿Cree usted exacto el que se sirve a veces de extraños poderes para fines no espirituales?

—Sería injusto afirmarlo. Todas las cosas no ortodoxas de las que se habla pueden formar parte integrante de un sistema espiritual de muy profundo alcance. No olvide que también madame Blavatsky intentó a menudo obtener de sus discípulos auténticas reacciones, insultándolos o escandalizándolos. Es posible que Gurdjieff obre del mismo modo. Hubo un tiempo en que Orage y Ouspensky querían que yo participara en el movimiento. He rehusado constantemente, y debo confesar que me felicito de no tener nada que ver con ellos.

—¿Es cierto que Gurdjieff ha cambiado radicalmente después de su accidente automovilístico?

—En efecto, parece haber cambiado. Permaneció moribundo durante mucho tiempo, y es posible que una experiencia tan dolorosa lo haya transformado. Como usted sepa tal vez, acaba de aparecer su primer libro, que me ha sorprendido, pues muestra a un Gurdjieff nuevo, más altruista, menos materialista.

—¿Dónde se puede conseguir ese libro?

—Me temo que en ninguna parte. Es una edición privada, y Gurdjieff sólo lo envía a aquellos a quien juzga dignos de ser instruidos por él. Me ha enviado un ejemplar, pero el estilo es tan atroz que me costó un esfuerzo ímprobo leerlo hasta el final.

—¿Lo ha visto usted últimamente?

—Sí, en una recepción, la primavera pasada. Le voy a contar un incidente muy curioso que ocurrió ese día. Una de mis ami-

gas, novelista conocida, se hallaba sentada a mi mesa. Le señalé a Gurdjieff, sentado a una mesa vecina, y le pregunté si lo conocía. «No, ¿quién es?», me respondió, mirándolo. Gurdjieff le clavó la mirada y, en seguida, lo vimos inhalar y exhalar de una manera especial. Estoy demasiado acostumbrado a esa clase de patrañas para no haber comprendido que Gurdjieff estaba empleando un método oriental. Instantes más tarde, noté que mi amiga palidecía y parecía a punto de perder el conocimiento. Es extremadamente dueña de sí misma y su actitud me sorprendió. Al cabo de un momento se repuso y le pregunté qué había experimentado. «Este hombre es fantástico —murmuró ella—. Ha sucedido algo espantoso», dijo; pero, en seguida, se rió con su hermosa risa de siempre. «Debería sentir vergüenza, pero, bah, le diré lo que ha pasado. Miré a su "amigo" hace un momento y él sorprendió mi mirada. A su vez, me contempló de tal modo que, al cabo de un instante me sentí alcanzada en el centro mismo de mi sexo. ¡Fue algo innoble!»

Mi amigo se detuvo un momento, luego agregó, sonriendo:

—Preste atención. El hombre que usted irá a ver posee, seguramente, poderes extraños. Por algo los ha aprendido en el Tíbet.

—¡He oído hablar de eso tan a menudo! —repliqué—. Pero desconfío de esas historias tibetanas. Todos esos mesías, desde madame Blavatsky, se jactan de los conocimientos aprendidos en el Tíbet. ¿Sabe usted tan sólo si Gurdjieff estuvo allí realmente?

—Hasta resulta que poseo pruebas precisas. Hace unos años se organizó en Nueva York una recepción en honor de Gurdjieff, si recuerdo bien. Se hallaban presentes muchos hombres distinguidos, entre ellos, un escritor, Achmed Abdullah, quien me dijo que no conocía a Gurdjieff y que se alegraba mucho de encontrarlo. Cuando entró Gurdjieff, Achmed Abdullah se volvió hacia mí y me dijo: «Yo he encontrado ya a ese hombre. ¿Sabe usted quién es realmente? Antes de la guerra estaba en Lhasa como agente del servicio secreto ruso. Entonces, yo también me encontraba en Lhasa y, en cierto modo, hemos trabajado el uno contra el otro.» Ya ve usted que Gurdjieff llegó al corazón mismo de toda enseñanza esotérica. Algunas personas pretenden que sólo estaba en Lhasa como agente ruso para ocultar el verdadero fin

de su permanencia, que era el de aprender los métodos sobrenaturales de los lamas. Otros sostienen que sus pretendidos estudios esotéricos no eran sino el pretexto tras el cual se escondían actividades políticas. ¿Cómo conocer la verdad?

Gurdjieff vivía en uno de los hoteles más modernos de la calle 57. Cuando el empleado de la portería telefoneó para anunciar mi visita, me dijeron que «subiera directamente» al número 217. Llamé a la puerta y entré en una pieza bastante oscura. Un joven alto, que fumaba un cigarrillo, estaba en la puerta para recibirme. «¿Cómo está usted? —me dijo—. Él va a venir dentro de un instante. Siéntese, se lo ruego.» Parecía discreto y bien educado, pero nunca vi una mirada más horrorizada. Es evidente que era fácil dejar libre curso a la imaginación, descubrir signos que tal vez no existían. Pero yo había venido muy decidido a no dramatizar, a observar atentamente y recoger la mayor cantidad posible de datos. La historia de Gurdjieff ya era bastante dramática de por sí. En cuanto al joven, su expresión no dejaba lugar a dudas. Estaba muy pálido, tenía los ojos afiebrados y brillantes, y daba la impresión de alguien que hubiera visto un fantasma. Fumaba con nerviosidad y su mirada no se apartaba de la habitación contigua. No había puerta entre las dos piezas y yo distinguía, en el fondo, una cama y algunos equipajes. El salón en que nos hallábamos estaba bastante pobremente amueblado, en comparación con los hoteles del barrio. Varias valijas, en estado lastimoso, estaban tiradas por el suelo, delante de la chimenea. Oí que se abría la puerta que daba al corredor y casi en seguida Gurdjieff se nos reunió. «¿Cómo está usted?», dijo en un inglés muy malo y con fuerte acento oriental. Me impresionó, sobre todo, la forma de pronunciar las «h». No eran las suaves «h» inglesas, sino más bien el «ch» gutural y pesado de algunas palabras alemanas, o el «chr» de los idiomas orientales. Gurdjieff llevaba un chaleco desabotonado a medias, estaba sin chaqueta, con pantalones oscuros y pantuflas. Bajo el chaleco se veían los tirantes.

—Disculpe ese atavío —dijo—, acabo de almorzar.

Tendió su índice hacia mí y dijo al joven:

—Inglés muy preciso. —Evidentemente quería decir «puntual»—. Él, verdaderamente inglés —continuó sin permitirme

contradecirle—, no como ustedes, todos semiturcos, semiturcos. —Se volvió hacia mí—: Americanos, no ingleses. Para mí, solamente medio ingleses y medio, medio... —buscaba la palabra— medio turcos. —Se puso a reír y prosiguió en seguida—: Usted, excuse mi inglés. Él, muy malo. Yo hablar un inglés a mí, ¿sabe usted? No moderno, sino preshakespeariano. Muy malo, pero mis amigos comprenderlo. Y yo comprendo muy bien el inglés moderno, entonces, usted puede hablar. Este hombre —indicaba a su discípulo— le traducirá mi inglés preshakespeariano. Él sabe.

—¡Oh! Es sumamente claro para mí, señor Gurdjieff, comprendo todo lo que usted dice.

—Entonces, tome un cigarrillo.

—Gracias, lo siento, pero no fumo.

—¡Oh! ¿No fumar los americanos? No, le doy magníficos cigarrillos, verdaderos cigarrillos. Turcos y rusos. Diga, ¿cuáles?

Me aproximó una gran caja de cigarros rusos.

—Gracias —repetí—, pero realmente yo no fumo.

—Vamos, vamos, son buenos, prima, prima. Si no fuma esto, le doy..., ¿cómo llamar a los cigarrillos no fumadores? ¿Cómo llamarlos?

Se volvió hacia el joven, que explicó:

—El señor Gurdjieff tiene cigarrillos para los no fumadores. ¿Desea usted?

Yo empezaba a sentirme un poco incómodo, pero quise tomar las cosas en broma y dije amablemente:

—Muchísimas gracias, pero me sentiré mareado con la primera bocanada. No he fumado jamás.

Lo afirmé sin la menor vergüenza.

Me senté en un pequeño diván cerca de Gurdjieff, confortablemente reclinado en un gran sillón. El joven no abandonó su silla, delante de la chimenea. Continuaba lanzando inquietas ojeadas a Gurdjieff y parecía imposible imaginarlo riendo o sonriendo. Se diría que su rostro sólo podía expresar terror (¿o sería más bien una forma histérica de la espera?). Gurdjieff tenía una cara notoriamente levantina. La piel era oscura, el bigote retorcido y negro y comenzaba a blanquear. Los ojos eran muy negros y

vivos. Pero de un carecer aún más levantino que lo demás era la boca: no permanecía nunca cerrada del todo y descubría los dientes, de los que uno o dos estaban amarillos a causa de la nicotina. Gurdjieff era completamente calvo y bastante grueso. Pero debía de haber sido muy buen mozo y parecía evidente que ese tipo de levantino viril debía de haber gustado mucho a las mujeres. Era muy amable y sonreía sin cesar, como para seducirme. Y, no obstante, yo comenzaba a sentirme muy raro. No soy fácilmente sensible a las influencias «telepáticas» y no soy lo que se suele llamar un «buen médium». Nadie llegó a hipnotizarme nunca. En ese momento especial, estaba en guardia, decidido a resistir una influencia psíquica, cualquiera que fuera. Y, sin embargo, empecé a experimentar una innegable debilidad en la parte inferior de mi cuerpo, a partir del ombligo y, sobre todo, en las piernas. Esta impresión iba en aumento. Al cabo de veinte o treinta segundos se hizo tan fuerte que me preguntaba si habría tenido fuerzas para levantarme y dejar la habitación.

Tuve mucho cuidado de no mirar a Gurdjieff, de no dejar que me clavara su mirada. Había evitado sus ojos durante dos minutos, por lo menos. Me volvía constantemente hacia el joven, al que dije: «Le hablaré, y usted tendrá la amabilidad de traducir mis palabras al señor Gurdjieff, en caso de que no me comprenda.» El joven estuvo de acuerdo y yo seguía mirándolo, teniendo a Gurdjieff a mi derecha. A pesar de ello, la sensación de debilidad aumentaba.

Estaba intensamente despierto, muy consciente de cuanto pasaba en mí, y observaba esta experiencia nueva y fascinadora con la mayor atención. Mi nerviosidad aumentaba hasta el punto de llegar al malestar físico y a la inquietud. Pero esa turbación no subía más allá del ombligo. Mis piernas temblaban como antes de un examen o una visita al dentista; estaba seguro de que, si intentaba levantarme, no me obedecerían y caería al suelo.

No tenía la menor duda de que ese extraño estado era provocado por la influencia de Gurdjieff, y estaba bien decidido a liberarme. Concentré mi atención más y más en la conversación con el joven y, poco a poco, sentí que volvía a mi estado normal. Al cabo de algunos minutos, había salido del «círculo mágico» de

Gurdjieff. Esta singular experiencia puede explicarse de varias maneras. Podía ser una forma de hipnosis, hasta de autohipnosis, que, por ciertas razones, sólo había afectado a las partes inferiores de mi cuerpo, sin alcanzar el cerebro ni los centros emocionales. Pero lo dudo. Podía también ser una forma de esa emanación fluídica que se atribuye a Rasputín. Estas radiaciones pueden producirse como lo hacen algunos olores en algunas razas de color.

Mi extraña experiencia podía tener aún otra explicación. De acuerdo con algunos videntes, que han disciplinado su don hasta llegar a servirse de él con el máximo de lucidez, un examen psicológico puede producir efectos similares a los que he relatado. Rudolph Steiner examinaba a la gente a veces así, pues su objeto era ver la imagen espiritual del paciente, en vez de su imagen física. Pero Steiner tenía plena conciencia de lo que lleva consigo semejante prueba. «La idea de que un ser humano pueda convertirse simplemente en objeto de observación —dijo en uno de sus libros— no debe encararse jamás. El dominio sobre sí mismo debe velar porque esta incursión en el otro vaya unida a un respeto ilimitado por el privilegio personal de cada individuo y con el reconocimiento de lo que hay de inviolable y de sagrado en el ser humano.»

Es evidente que yo hubiera podido protegerme contra un «examen clarividente». Si yo me hubiera encontrado con Gurdjieff en un estado de ánimo acogedor y no defensivo, probablemente no habría logrado lo que deseaba. Ningún poder «psíquico» es suficientemente poderoso como para dominar una actitud amante y humana, y existen otros medios de protegerse contra una encuesta, por más clarividente que sea, y a la que uno se niega.

Cuando la impresión de nerviosidad y de debilidad en las piernas hubo desaparecido, me volví a Gurdjieff.

—Me han dicho que ha publicado usted un libro —dije—. Como, por cuanto yo sé, es la primera vez, y como no conozco sus ideas sino de segunda mano, le quedaría muy agradecido si me indica dónde puedo procurármelo.

Mi huésped se levantó, se acercó a una de las valijas negras

que se encontraban en el suelo, sacó un delgado volumen y me lo tendió.

—Aquí lo tiene y, usted sabe, ninguna suma podría cubrir su compra. Sólo se dirige a algunos, pero se lo regalo. Encontrará en él todo lo que busca.

Le di las gracias y continué:

—Me han dicho también que usted preparaba una obra que contendría toda su enseñanza y su experiencia de muchos años.

Hizo un gesto de indiferencia:

—Yo escribir nueve libros al mismo tiempo, ellos gruesos así. —Su mano indicaba un espesor poco común.

—Parece que el manuscrito de uno de sus libros se halla en posesión de uno de sus antiguos discípulos en Londres. ¿Se trata de uno de los nueve volúmenes?

Gurdjieff tuvo un gesto de desprecio:

—No es nada, absolutamente nada. Ellos tienen todas mis visiones.

Eché al joven una mirada de interrogación.

—Quiere decir «versiones» —murmuró.

—Yo escribo siempre tres visiones. La segunda sola se publica. Y nadie más que yo la conoce. Otras están aquí y allí. Ellos todos las tienen y se sirven de ellas para enseñar sus ideas. Pero esto no significa nada. Tengo discípulos sobre toda la Tierra, en todos los países, hay grupos por todas partes. Sólo en Inglaterra hay quince diferentes. Y todos ensayan servirse para ellos de mi enseñanza. Ach, esto no es nada, absolutamente nada.

Chasqueó los dedos en gesto de desprecio.

—¿Es exacto que usted estaba formando un grupo de discípulos, que se convertiría eventualmente en una escuela esotérica, gracias a la cual sus ideas resplandecerían en todo el mundo?

—Usted encontrará todo esto en mi libro. Todo. —Señalaba el pequeño volumen que yo tenía—. Todo está ahí. Inútil hablarme. Usted no me conoce. Lea primero este libro y vuelva a verme. Entonces, hablaremos. Pero ahora usted no saber qué preguntar. Primero leer el libro, todo está.

Comprendí que Gurdjieff no quería contestar a mi pregunta

y que consideraba terminada la conversación. Pero yo estaba decidido a quedarme un poco más y a observarlo.

—¿Considera usted la enseñanza de Ouspensky original o inspirada en la suya? Y ¿Piensa que es el más importante de sus discípulos? —inquirí, como si no hubiera notado su impaciencia.

—Él ha sido solamente uno de mis alumnos. Entre mil, diez mil.

Tuvo un gesto de desaprobación. Cada vez que hacía estos gestos, evocaba al perfecto levantino; evasivo en las respuestas, hiperbólico y preocupado por el efecto que producía. Es posible que todos esos desconciertos y saltos de humor formaran parte de un método y que al emplear esos «trucos» llegaba a discernir mis reacciones más claramente que sin ello. Sin embargo, yo no podía creer que la búsqueda de la verdad tuviera necesidad de tan extraordinario terreno de acercamiento. ¿Cómo un hombre dotado de experiencia y sabiduría profundas recurría a una técnica tan grosera, hecha de invectiva y de constante rechazo? ¿No le alcanzaba su poder para «ver» en mí y observar mis «reacciones naturales» en el plano habitual de las relaciones humanas?

Y sin embargo, algunas personas de profunda mentalidad habían sufrido su ascendiente. Los trataba a veces como esclavos y, a pesar de esto, habían negado toda creencia anterior para seguirlo ciegamente. Sus poderes hipnóticos, el atractivo físico que debía de ejercer, la llama de su mirada, no podían por sí solos producir tales efectos. Sin duda, Ouspensky había tenido razón cuando me decía que era preciso separar el sistema representado por Gurdjieff de Gurdjieff como hombre. Ahora que me había acercado al hombre Gurdjieff, sentía que podría dejarlo. Por una vez, el individuo había respondido a su reputación. Me levanté para partir y Gurjieff me dijo:

—Usted lea primero este libro. Contiene todo. Y vuelva a verme. Entonces, hablaremos.

—¿Dónde y cuándo puedo volver a verlo? —pregunté.

—Mi despacho, Childs.

Lo miré sin comprender. El joven, desde la chimenea, intervino:

—Quiere decir el restaurante Childs en la Quinta Avenida y la calle 56.

—Yo tengo tres Childs. Ellos, todos, mi despacho. Aquí, yo trabajo por la mañana, pero de noche estoy en mi despacho. Usted venir, tomaremos café y hablaremos. Estoy siempre de seis a ocho.

—Gracias, señor Gurdjieff, iré con seguridad, después de haber leído su libro.

Regresé directamente a mi hotel y, en cuanto estuve en mi habitación, sentí un gran deseo de lavarme las manos. Me las lavé con agua caliente, jabonándolas prolongadamente, después de lo cual me sentí mejor, y me senté para hacer la reseña de mi extraña aventura.

El libro que Gurdjieff me había dado estaba cubierto de un papel asaz curioso, que se parecía a la gamuza, pero de un grano tan rudo que su contacto casi hacía rechinar los dientes. Comprendí que esta encuadernación no había sido elegida al azar. Llevaba esas palabras:

ANUNCIACIÓN DEL BIEN QUE VENDRÁ
Primera llamada a la humanidad contemporánea
Precio: de 8 a 108 francos franceses
París, 1933

Adentro había una página blanca que traía el número de ejemplar y frases ya preparadas donde se debía anotar si el libro había sido comprado «al azar» o «por consejo», el precio abonado y el nombre y la dirección del consejo. Como mi ejemplar me fue dado puede escapar de esa formalidad.

El libro era el anuncio de lo que Gurdjieff, sin falsa modestia, llama «el Bien que vendrá». Se refería a los libros que se proponía entregar al mundo en un porvenir próximo. Ese pequeño libro era algo abracadabrante. A menudo daba la impresión de ser obra de un hombre que había perdido la razón. Y, sin embargo, era imposible hacer abstracción de las declaraciones de Gurdjieff como si se tratara del culto del yo de un alienado (algunas citas de las páginas precedentes fueron tomadas de *El anunciador del*

bien que vendrá). Gurdjieff se propone aquí divulgar el conjunto de su conocimiento, que parece incluir numerosos secretos esotéricos. Anuncia la publicación de tres series de volúmenes, cuyo título general sería: *Todo y todo.* La primera serie tendría por título «Una crítica objetiva e imparcial de la vida del hombre», y trataría temas como «la causa y la génesis de la Luna», «la relatividad de la idea del tiempo» o «hipnotismo». La segunda serie se llamaría «Encuentros con hombres eminentes»; la tercera, «La vida sólo es verdadera si "Yo soy"». Nos advierte que el manuscrito original está escrito en ruso y armenio, que el primer volumen de la primera serie está en prensa, en idioma familiar «ruso, francés, inglés y alemán», y que «están terminadas las traducciones en armenio, español, turco y sueco». Sólo los tres volúmenes de la primera serie serán universalmente accesibles. El tema de la segunda parte «será divulgado por medio de lecciones comprensibles para aquellos que ya tuvieran un profundo conocimiento de la primera serie. El acercamiento a la tercera serie sólo será permitido a aquellos... que han comenzado ya a demostrar que están en estricto acuerdo con las indicaciones expuestas en mis obras precedentes», precisa Gurdjieff.

También el estilo testimoniaba la misma rareza, rayana en la demencia, que el pensamiento. Leer *El anunciador* era tan difícil como hacer pasar una carreta sobre guijarros. Las frases eran interminables. La primera no contenía menos de doscientas ochenta y cuatro palabras.

Por mi parte, me interesaban más ciertos datos personales que el fantástico anuncio de los volúmenes siguientes. Algunos hechos de esta misteriosa vida se revelaban allí por primera vez, aunque no muy claramente. Gurdjieff confesaba haber pasado una parte de su vida en un monasterio oriental a fin de adquirir un determinado conocimiento oculto. «Decidí un día —dice— abandonar todo, retirarme durante un tiempo indeterminado a una entera soledad... y esforzarme, por medio de activa meditación, en abrir nuevos caminos a mis fértiles investigaciones. Esto corresponde a mi permanencia en Asia central, donde, merced al apoyo de un peluquero que encontré por azar, logré obtener acceso a un monasterio muy conocido por los mahometanos.»

Gurdjieff confiesa que se ha dedicado también al estudio de las «ciencias sobrenaturales», que aprendió a ejecutar las supercherías habituales y relata cómo adquirió la facultad de hipnotizar. «Comencé por recoger toda la información oral o escrita que aún sobrevivía entre algunos pueblos asiáticos y que tenía relación con esa rama de las ciencias sumamente desarrolladas en la Antigüedad, que se denomina *mekheness* o "la evasión de toda responsabilidad", y de la cual la civilización contemporánea sólo conoce una ínfima parte, llamada "hipnosis". Después de recoger cuanto pude, me dirigí a un monasterio derviche, en Asia central, y me consagré completamente al estudio del material que poseía. Luego de dos años de estudios teóricos, pretendí ser "curandero" de toda clase de vicios y apliqué los resultados de mis investigaciones. Durante cuatro o cinco años, ésta fue mi exclusiva preocupación y llegué a resultados sin precedentes en nuestra época.»

Gurdjieff revela que, tanto por naturaleza como por ascendencia, había en él predisposición al conocimiento sobrenatural. «La gran naturaleza —escribe pomposamente— había impartido con benevolencia a toda mi familia, y a mí en particular, un grado de comprensión raramente alcanzado por el hombre.» Desde su primera infancia, Gurdjieff parece haber tenido acceso a un saber prohibido a la mayoría de los seres, lo que explica, a la vez, la confianza que tenía en su propia infalibilidad.

«Yo poseía —dice— la posibilidad de penetrar en el sancta-sanctórum de casi todas las organizaciones herméticas, como las sociedades religiosas, filosóficas, ocultistas, políticas y místicas que permanecen inaccesibles al hombre común. Había leído casi todo cuanto existe sobre estos temas; literatura que me era accesible gracias a circunstancias completamente accidentales de mi vida y que exceden de lejos las posibilidades habituales de los hombres.»

Al hablar del pasado, Gurdjieff pretende haber amasado una enorme fortuna. No revela los medios, pero declara: «He comenzado a liquidar mis negocios diseminados en diferentes países de Asia y a reunir las riquezas que había amasado durante mi larga vida.» Esta referencia a una larga vida, hecha en 1912, atrae nuestra atención hacia la edad de Gurdjieff. En otro lugar, habla de

ciertas investigaciones terminadas antes de 1892. Estos hechos indican que en 1933 (año de aparición de su libro) tenía, por lo menos, sesenta años. Y, sin embargo, el hombre con quien yo había hablado ese día no parecía, en absoluto, mayor de cincuenta años. La expresión, la voz, la silueta, todo indicaba esa edad.

Aunque Gurdjieff tuviera adeptos en Inglaterra y en Francia, sus discípulos más convencidos se encontraban en América. Yo estaba sorprendido por el número de personas que habían seguido sus lecciones y presenciado sus danzas. A menudo, cuando pronunciaba su nombre, alguien se adelantaba para narrarme alguna escena dramática a la que había asistido. Estos relatos variaban de acuerdo con la opinión del narrador. Los había que sólo juraban por Gurdjieff, otros lo maldecían: unos le atribuían un conocimiento más profundo que el de ningún ser viviente, otros lo llamaban charlatán y demente, pero todos estaban de acuerdo en encontrarle una especie de poder sobrenatural. Me contaban que algunas personas habían donado a Gurdjieff toda su fortuna para ayudarlo en su trabajo, que algunos discípulos se hallaban impotentes para arrancarse a su influencia y se sentían felices en su presencia, hasta si los injuriaba. Nunca oí pronunciar tan a menudo la palabra «poseído» con respecto a ningún instructor. Y, sin embargo, no cabía duda de que el hombre que había ejercido una influencia tan fuerte sobre sus discípulos no tenía la misma influencia de antaño. La contradicción, la falsedad y el «bluff» que, al comienzo, fueron las armas de un sistema extremadamente complicado, parecían ahora formar parte de la naturaleza misma de Gurdjieff. Cuando murió su madre, en 1925, en Fontainebleau, Gurdjieff hizo erigir una gran piedra, donde se grabó esta asaz fantástica inscripción:

Aquí reposa
la madre de aquel
que se vio forzado
por esta muerte
a escribir este libro
titulado
Les opiumistes.

Madame Gurdjieff tenía más de ochenta años al morir. Su fin no fue inesperado y no podía, en verdad, provocar en el hijo una reacción muy violenta. Ese libro, que se veía «forzado» a escribir, no se conoció jamás. Me percaté, de pronto, de que entre los discípulos de Gurdjieff no figuraba ninguno de los que habían formado su primer grupo en Rusia, antes de la guerra. Esto me parecía tener una importancia capital, y demostraba también que en este tiempo, los que se le acercaban sólo expresaban elogios acerca de él, mientras que las opiniones de los discípulos actuales eran por lo menos contradictorias. No solamente en Nueva York encontré a gente que había conocido a Gurdjieff. Los encontré en varias pequeñas ciudades y, se entiende, en California, donde toda teoría metafísica poco común encuentra adeptos. Había allá grupos a quienes había iniciado Alfred Orage y que procuraban ahora comprender la enseñanza caótica de Gurdjieff. Aun si habían perdido todo contacto con él, su solo nombre despertaba interés. Su indomable personalidad no dejaba de ejercer una extraña fascinación aun sobre aquellos que lo habían abandonado desde tiempo atrás.

Yo me imaginaba perfectamente que Gurdjieff no tenía la menor intención de darme una respuesta precisa sobre las preguntas que le habían planteado, suponiendo que lo volviera a ver. No podría imaginar una conversación de cierto interés en la ruidosa atmósfera de un restaurante de la Quinta Avenida. Además, la presencia de los discípulos de Gurdjieff, a quienes no conocía, no iba a facilitar las cosas. No obstante, un día resolví ir a buscarlo. El griego se hallaba sentado a una mesa cerca de la entrada. Vestido con un traje oscuro, parecía más común que durante nuestro primer encuentro. Fumaba un cigarrillo y escribía en un cuaderno, colocado delante de él. La página estaba cubierta de palabras inglesas, escritas con grandes letras, bastante informes. Sobre la otra página, los caracteres parecían exóticos y tuve la impresión de que se trataba de armenio. Al comienzo, Gurdjieff no me reconoció y tuve que inclinarme hacia él para explicarle quién era. Al cabo de un instante se acordó de mí y me pidió que me sentara a su lado. Uno de sus discípulos lo acompañaba.

En seguida, procuré plantear a Gurdjieff preguntas precisas

acerca de su enseñanza. Con esto, ganaría tiempo y disminuiría las posibilidades de respuestas evasivas. Pero, apenas hube terminado de hablar, se levantó para dirigirse hacia una señora, que debía de hallarse allí desde hacía un rato y que parecía preocupada por atraer su mirada. Tenía la misma expresión que yo había visto en el rostro del discípulo durante mi primera visita. Cuando Gurdjieff regresó a nuestra mesa, intenté hablarle de nuevo, pero esta vez se nos acercó un hombre de mediana edad, otro discípulo de Gurdjieff. Nos presentamos y el hombre se sentó. Mientras tanto, Gurdjieff ordenó traer café y limones. Me parecía una mezcla rara, pero la camarera debía de estar acostumbrada, pues no mostró ninguna sorpresa y casi en seguida regresó con la bandeja. Gurdjieff exprimió el jugo en el café puro, luego también echó el limón en la taza. A los diez minutos, llegaron otros discípulos y nuestro grupo ocupó tres o cuatro mesas reunidas. Gurdjieff no dejaba de levantarse, ir hacia la puerta y recibir a los recién llegados. Toda conversación continuada se auguraba imposible.

A pesar de ello, me produjo mejor impresión. Parecía menos afectado, menos siniestro. Por primera vez notaba en él alguna cualidad humana. Hasta su inglés parecía mejor y me pregunté si los errores del otro día no habían sido voluntarios. ¿Formaría parte de su método para provocar «reacciones auténticas»?

Me resigné a interrogarlo únicamente sobre sus proyectos de nueva escuela, la publicación de sus libros u otros detalles literarios. Pero, aun así, permanecía evasivo y no obtenía ninguna respuesta precisa. Durante una de las frecuentes ausencias, trabé conversación con un señor que estaba frente a mí. Parecía ser el brazo derecho de Gurdjieff, y yo había notado que las preguntas que yo planteaba al maestro le molestaban. Terminó por expresar su preocupación: «Temo que ha escogido usted un mal método para interrogar al señor Gurdjieff —dijo—. Sus preguntas precisas lo obligan a responder con un sí o con un no. No está acostumbrado a esto y no le agrada esta clase de conversación. Temo que no logrará usted mucho si procede así. Usted quisiera en veinte minutos obtener respuesta a aquello que muchos de nosotros esperamos desde hace años. Nadie aquí se atreve a plantearle semejantes preguntas.»

Yo le di las gracias por su gentileza y me dije a mí mismo que, en efecto, era inútil insistir. Puesto que yo abandonaba América dentro de unos días y no tenía el menor deseo de seguir el ejemplo de los discípulos, parecía que tendría que resignarme a no obtener ninguna respuesta a mis preguntas, pero los semblantes espantados de las ocho o diez personas allí reunidas, lo mismo que el silencio que reinaba en cuanto Gurdjieff se dirigía a uno de ellos, eran más explícitos de cuanto lo hubiera sido cualquier conversación. Los discípulos de Gurdjieff no pretendían disimular sus sentimientos con respecto a mi persona. No había duda de que veían en mí a un importuno, y mi presencia era todo menos bienvenida. Desde el comienzo de la noche, me habían mirado con desconfianza, temiendo que yo fuera un nuevo discípulo a quien el maestro podría testimoniar alguna preferencia que les pertenecía exclusivamente. No bien tranquilizados al respecto, evidenciaron su reprobación por mi actitud hacia Gurdjieff. Sin duda esperaban verme adorar a su héroe y mi negativa a hacerlo los había ofendido. Ninguno de ellos me obsequió siquiera con esa sonrisa de cortesía que se brinda a un recién llegado. Ninguno me ayudó a comprender el inglés bastante peculiar de Gurdjieff. Pero es posible que su oposición fuera causada por la presencia del maestro, cuya influencia prohibía hasta la elemental cortesía hacia un extraño. Sin lugar a dudas, yo había prolongado demasiado mi visita, y me levanté para irme. Nadie me retuvo y Gurdjieff no pronunció una palabra. Le di las gracias, saludé a todo el mundo y me encontré en la atmósfera tonificante de una noche de otoño de Nueva York.

Al llegar a Londres, fui a ver a un antiguo adepto de Gurdjieff. Era un hombre bastante inteligente con el cual ya había tenido con anterioridad interesantes conversaciones acerca de él. Le conté mis aventuras en Nueva York.

—Su relato no me sorprende. A menudo he oído otros semejantes. Algunas facetas de Gurdjieff han quedado aún para mí tan inexplicables como pueden parecerle a cualquiera que no esté habituado a sus métodos desorganizados. Y, sin embargo, me ha conducido, lo mismo que a muchos otros, más cerca de la verdad que nadie. Gracias a él, cuerpo, sentimientos y espíritu ya no son

antagonistas. A pesar de que muchas frases de Gurdjieff parecen no tener ningún sentido, le diré bruscamente algo que será una respuesta a problemas que usted estuvo rumiando tiempo atrás. El sentido que él posee de lo que le preocupa en el momento y su facultad de saber cuándo está usted maduro para la respuesta tienen algo de fantástico. A veces, debíamos aguardar años y se hubiera dicho que Gurdjieff sabía exactamente la cantidad de dudas que debíamos sobrepasar antes de poder comprender sus respuestas. Se equivocaría usted al juzgarlo de acuerdo con los valores humanos habituales. Se diría que hay en él una riqueza que le permite hacer cosas, que, desde nuestro punto de vista limitado, se juzgarían condenables. En ciertos aspectos, hace pensar en el dios Siva.

—¡El dios Siva! —exclamé sorprendido.

—Sí, Siva, el dios destructor de la Trimurti hindú, el dios de las múltiples funciones, el señor de los espíritus de la música y, no lo olvide usted, el dios de la danza.

Esta conversación no hizo sino reforzar mi convicción de que el instructor, que para unos constituye una poderosa ayuda, no aporta nada a los demás. Hasta en los años muy recientes, los métodos de Gurdjieff habían ayudado a algunas personas, iluminado a otras, mientras yo permanecía solamente intrigado.

Discernía vagamente que la esencia de la enseñanza de Gurdjieff contenía una verdad que todo ser en contacto con la realidad espiritual está obligado a difundir. Pero no llegaba a aceptar sus métodos con ese espíritu de confianza, de fe o de comprensión indispensable para la absorción de todo conocimiento espiritual. A veces, la personalidad del maestro es más impresionante que su doctrina; en otros casos, puede ser a la inversa. Si yo encontraba imposible aceptar a Gurdjieff y dejarlo que me moldeara es porque su personalidad, por más poderosa que fuera, no llegaba a convencerme. Y era incapaz de percibir en el hombre George Ivanovitch Gurdjieff el armonioso desarrollo del hombre.

En el momento que este libro se llevaba a la imprenta recibí la siguiente carta:

Oficinas de la Quina Avenida, Nueva York
Capitán Achmed Abdullah

Estimado señor:

En lo que se refiere a Gurdjieff, no tengo ninguna manera de probar que tengo razón, salvo el hecho de saber que la tengo. Cuando, hace unos treinta años, lo conocí en el Tíbet, además de sus funciones de preceptor del joven dalái-lama, era el agente principal de Rusia en el Tíbet. Pertenecía a la raza buriata, y era budista. Sus conocimientos eran enormes, y su influencia en Lhasa, considerable, ya que recogía por cuenta del dalái-lama los tributos de los tártaros de Baikal y había recibido el título muy elevado de Tsannys-Khan-Po. En Rusia, se le conocía bajo el nombre de Hambro Aovan Dorzhieff. Para el Servicio de Inteligencia británico, era el lama Dorzhieff. Cuando invadimos el Tíbet, desapareció con el dalái-lama en dirección a Mongolia. Hablaba ruso, tibetano, tártaro, tadjik, chino, griego, francés (con fuerte acento) y un inglés bastante fantasista. En cuanto a su edad, pues bien, yo diría que carecía de edad. Un gran hombre, a pesar de haberse revocado en la política imperialista rusa, y esto —lo creo fácilmente— lo hizo más o menos para distraerse. Volví a encontrar a Gurdjieff, unos treinta años más tarde, en una cena en casa de un amigo común, John O'Hara, antiguo director de New York World*, en Nueva York. Tuve la convicción de que era el lama Dorzhieff. Se lo dije y guiñó el ojo. Hablamos en tadjik.*

Soy un hombre bastante informado. ¡Pero quisiera conocer las cosas que Gurdjieff ha olvidado!

Suyo atentamente,

A. Abdullah

Aquí termina el interesante relato de Rom Landau. Al respecto son interesantes las respuestas que vertió Jacques Bergier por Radio París y que confirmó posteriormente en la entrevista que concedió a la revista *Médium* en mayo de 1954, presentando numerosas lecturas y confidencias personales, cuya convergencia proporciona, según él, un alto grado de probabilidad a su hipótesis.

También relató confidencias recibidas en el campo de Mauthausen por parte de oficiales alemanes comprometidos en el complot contra Hitler y que debían ser ejecutados: estos oficiales le habrían hablado de Gurdjieff.

He aquí el fantástico relato de Bergier:

> Gurdjieff ha rehusado siempre citar los nombres de los compañeros que formaron junto con él el grupo de Buscadores de la Verdad y exploraron las altas esferas de la tradición primordial. Informantes dignos de atención me aseguran que uno por lo menos de esos compañeros se conoce: se trata de Karl Haushofer.
>
> Más tarde, Haushofer fue el fundador de la geopolítica y uno de los ideólogos más importantes del Tercer Reich. Se encuentran sus huellas al lado de Gurdjieff, en el Tíbet, en 1903, 1905 y 1906; luego, en 1907 y 1908. Más adelante residió en Japón, entre 1908 y 1910.
>
> Los mismos informantes me declaran que Gurdjieff nunca había perdido contacto con Haushofer. Es él con seguridad quien recomendó a Haushofer, como representante de Hitler en la colonia de los rusos blancos que residían en Francia, al bailarín Gitkoff, desaparecido en 1945. Es él quien habría aconsejado a Haushofer elegir la esvástica invertida como emblema.
>
> En 1923, Haushofer fue el fundador de un grupo esotérico de inspiración tibetana. Fundó ese grupo justo en el momento en que Gurdjieff se radicaba en Francia. El adjunto de Haushofer fue el doctor Morrel, quien se convirtió luego en médico personal de Hitler y, en ese mismo año 1923, introdujo al futuro jefe de Alemania y a su camarada Himmler en el seno del grupo.
>
> Ese grupo se denominaba el Grupo Thule. Las bases de ese grupo se inspiraron en el famoso libro de los *Dzyan*,[20] libro mágico secreto de algunos sabios tibetanos. De acuerdo con ese libro, en el mundo existían dos fuentes de poder:
>
> - La fuente de la mano derecha viene de un monasterio subterráneo, una ciudadela de meditación situada en una ciudad simbólicamente llamada Agharti. Es la fuente de la potencia contemplativa.

- La fuente de la mano izquierda es la fuente de la potencia material. Se desliza por una ciudad en la superficie de la Tierra, y se llama Shampullah. Es la ciudad de la violencia, dominada por el «rey del Temor». Aquellos que consiguen su alianza pueden dominar el mundo.

Por intermedio de la importante colonia tibetana que residía en Berlín y que mantenía constantes relaciones con Haushofer, el Grupo Thule obtuvo esta «alianza» en 1928. Fue en ese momento cuando se adoptó el emblema de la esvástica invertida. En esta época, formaban parte de ese Grupo Thule Hitler, Himmler, Goering, Rosemberg y el doctor Morrel, bajo la autoridad de Haushofer.

Los miembros del grupo se comunicaban con Shampullah, con el «rey del Temor» (se entiende que son denominaciones simbólicas), por dos medios: emisoras y receptores electrónicos que los ponían en contacto con un centro de informaciones digamos «tibetano», del que llegaban preciosas observaciones acerca de India y Japón. Una especie de «juego» al que se dedicaban con bastante frecuencia en sesiones y cuyo detalle es el siguiente: las «autoridades», de las que Haushofer era el delegado, les proporcionaban un código numérico simple, que se relacionaba con las letras del alfabeto. Disponían, además, de una ecuación que permitía transformar esas cifras de acuerdo con parámetros variables. Por fin, para fijar esos parámetros, se echaban a la suerte una especie de cartas de tarot tibetano que conocen los coleccionistas de objetos orientales: son cartas redondas, grabadas sobre una madera clara y traslúcida.

Éste era el juego al que se dedicaban regularmente, por lo menos entre 1928 y 1941, algunos de los grandes dirigentes del Tercer Reich. Parece que acerca de ello hay documentos seguros, declaraciones irrefutables. Algunos de mis informantes afirman que están dispuestos a confirmarlo públicamente. (Uno de ellos ocupa una situación de primera fila en el mundo científico.)

Se asegura que, por medio de este juego, Hitler supo que Roosevelt moriría y la fecha de la muerte, y que interpretó ese «signo» como benéfico por mil años; de ahí, su discurso místico

y algo delirante, en la ocasión de la muerte del presidente de Estados Unidos.

Se asegura también que una de las condiciones del pacto, acordado entre los miembros del Grupo Thule y las «autoridades» tibetanas, fue la exterminación de los gitanos. Esta exterminación, que jamás se justificó en textos y discursos oficiales, se emprendió y prosiguió con extraordinario encarnizamiento por Hitler y Himmler, quienes hostigaron a los jefes de los campos de la muerte hasta conseguir ejecuciones en masa. De acuerdo con cifras muy probables, han perecido setecientos cincuenta mil gitanos.

Agregaré que, en el momento en que los rusos invadían Berlín e inmediatamente después del suicidio de Hitler, mil quinientos tibetanos e hindúes se levantaron en armas y se hicieron matar.

Finalmente parece cierto que Stalin conoció la existencia del Grupo Thule; había sido condiscípulo de Gurdjieff en el seminario de Alexandropol. Declaró en consejo que, en su opinión, «era inconcebible que, en el siglo xx, jefes de Estado se entregaran a semejantes juegos diabólicos».

El semanario comunista francés *Les Lettres Françaises*, en su número de 3 de diciembre de 1953, publicó dos sonetos encontrados sobre el cadáver del hijo de Haushofer, asesinado en 1945 por las SS en la prisión de Moabit, donde se hallaba detenido por su participación en el atentado contra Hitler. Su padre, Karl Haushofer, se suicidó «oficialmente» pocos días después del arresto de su hijo, pero se carece de certeza con respecto a este asunto.

Uno de lo sonetos dice:

Una profunda leyenda del Oriente
nos cuenta que los espíritus del poder del mal
se hallan cautivos en la noche marina
sellada por la mano prudente de Dios,
hasta que la suerte, una vez por milenio,
acuerde a un solo pescador el poder
de romper los lazos de los prisioneros
si no devuelve en seguida su botín al mar.

El destino ha hablado por mi padre.
Su voluntad tuvo antaño la fuerza
de rechazar al demonio en su celda.

Mi padre ha quebrado el sello,
él no ha sentido el aliento del maligno
y ha dejado el demonio suelto por el mundo.

El Cuarto Camino

John G. Bennett[21] decía que la desaparición de Gurdjieff había retrasado por muchos largos años la esperanza de que el sistema del maestro pudiese cambiar la historia humana. Gurdjieff declaró el último verano de su vida: «¡Yo soy Gurdjieff! Yo no morir... Un día *Belcebú* se leerá en el palacio del papa. Tal vez yo estaré allí.»

El doctor Christopher Evans, un psicólogo experimental, escribe de él: «El embrujo que este extraordinario individuo parece ser que ejerció sobre la gente es un misterio realmente difícil de sondear. Parece que había en torno a él una aura o una presencia imposible de definir en términos de ciencia y de psicología.» Eso es porque Gurdjieff actuaba en un campo inaccesible a la ciencia analítica, un campo, además, cuya existencia ni siquiera sospecha. No obstante, es ese mismo secreto lo que le vale a Gurdjieff todos los triunfos que ha tenido en el mundo moderno. Porque los verdaderos antiguos, a quienes pretende que se remontan sus enseñanzas, conocían bien ese campo, y por ello mismo habrían tenido la ironía, si se quiere, de hacer que toda enseñanza de este orden cayese en terreno baldío, pues estos antiguos no tenían esa «ingenuidad infantil», que es lo menos que se puede decir respecto a la materia que Gurdjieff se proponía inculcar a la gente.

Posiblemente una parte de su vida ha entrado en la leyenda, con lo que es difícil separar el grano de la paja. La vida de Gurdjieff sin ninguna duda fue de lo más apasionante.

Eliphas Lévi describe a hombres como Gurdjieff de la siguiente manera: «¿Cuál es el secreto que estos hombres se llevan a la tumba? ¿Por qué son admirados sin ser comprendidos? ¿Por qué tienen tanta familiaridad con cosas que para otros son desconoci-

das? ¿Por qué ocultan lo que todos los hombres anhelan conocer? Existe en verdad un secreto formidable... Existe una ciencia y una fuerza... Existe una doctrina universal, única e imperecedera, fuerte como la razón suprema, simple como todo lo grandioso, inteligible como todo lo que es universal y absolutamente verdadero. Esta doctrina ha sido el origen de todas las demás... El secreto constituye la ciencia del "bien" y el "mal", y el secreto del progreso humano indefinido está encerrado en la expresión "el Reino de los Cielos".»

Al respecto, y salvando las distancias, la leyenda ha envuelto la vida de hombres que han dejado huella. Si contemplamos, por ejemplo, la leyenda de la vida de Pitágoras, nos encontramos que viajó por Egipto y Babilonia, donde fue discípulo de Zoroastro, y fundó en Italia una secta, la de los pitagóricos, que rendían culto al hijo de Apolo. Defendía la teoría de la transmigración de las almas, según la cual, cuando nuestro cuerpo muere, el alma se encarna en otro cuerpo, que puede ser de un animal o de un vegetal. Sólo cuando el alma ha conseguido purificarse cesa la cadena de transmigración y puede volver a morar en el mundo celeste. Posiblemente en esto hay una parte de realidad y otra de leyenda, como en la vida de Gurdjieff.

Leonardo da Vinci en sus *Cuadernos de notas* tiene como protagonista a un pitagórico: «Dos hombres discutían entre sí. El primero quería probar, basándose en la autoridad de Pitágoras, que había estado en el mundo en una ocasión anterior. El segundo no le dejaba terminar su argumentación. Entonces, el primero dijo al segundo:

»—La prueba de que yo viví otra vida antes de ésta es que recuerdo que en ella tú eras un molinero.

»El otro, molesto por las palabras, asintió y dijo:

»—Sí, llevas razón, porque ahora yo también recuerdo que tú eras el burro que me llevaba la harina para moler.»

La escuela de Gurdjieff, llamada «Cuarto Camino», pregona que la naturaleza crea a los hombres hasta un cierto punto y luego los abandona. Todo ocurre como si su trabajo consistiera a continuación en entrenarlos en la satisfacción de ser lo que son, de impedirles llegar a la conciencia de su estado inacabado.

Algunas veces da la sensación de que Gurdjieff creyera real-

mente que era un demiurgo, que sus poderes eran sobrenaturales; decía que era capaz de matar un toro a tres metros de distancia sin tocarlo y que se había propuesto no usar los poderes que poseía como sacrificio y autodominio consciente, acumulando así, como si de una gran batería se tratara, más poder y energía; también decía que el hombre no era otra cosa más que energía.

El Cuarto Camino, o del Hombre Astuto, consiste a grandes rasgos en hacer cristalizar los tres centros que dominan al hombre en uno solo; es decir, el centro instintivo-motor que domina el cuerpo y los instintos; el centro intelectual, que domina la mente, y el centro emocional, que domina las emociones, amor, odio, etcétera.

Cada centro actúa independientemente, tiene vida propia, es autónomo, dependiendo de la situación, unas veces actúan uno o como máximo dos centros a la vez, nunca los tres. Estos centros se contradicen entre sí y luchan por tener el protagonismo en todas las ocasiones. Un ejemplo típico bastante común es el que se puede observar al estar una persona en el baño duchándose: el centro motor tiene el protagonismo, ya que recibe el chorro relajante del agua y se encuentra satisfecho; automáticamente, el centro intelectual reclama el protagonismo y empieza a enviar a la mente todo tipo de emociones negativas: que si debo pagar una letra, que si tengo una entrevista difícil, y, evidentemente, consigue la atención, anulando al otro centro.

La lucha entre centros es constante, y no siempre se impone el más idóneo para la ocasión. Durante la lucha, el hombre no tiene en ese estado ninguna posibilidad de recordarse a sí mismo y, por tanto, de ser consciente de sus actos.

Si bien el monje domina el centro emocional, no domina el instintivo-motor ni el intelectual. El faquir, a su vez, domina el centro motor pero no domina los otros dos, y el yogui domina el centro intelectual pero no los otros dos. Cada una de esas escuelas en realidad camina coja; sus adeptos, por tanto, no pueden ser conscientes de sí mismos. Estos centros, a su vez, se dividen cada uno en tres centros: emocional, instintivo-motor e intelectual. Existen también subcentros. De éstos, el más influyente es el sexual, difícil de controlar una vez activado por su mandato instintivo y por ser el encargado de la procreación de la especie.

El discípulo más importante de Gurdjieff fue sin duda Piotr Demiánovich Ouspensky (Moscú, 1878-Surrey, 1947),[22] quien supo sintetizar las enseñanzas del maestro y trasladarlas a un idioma sencillo y comprensible para la mayoría de los adeptos. En 1915 conoció en Moscú a Gurdjieff, quien le transmitió todo el conocimiento que posteriormente Ouspensky divulgaría. La relación entre el maestro y el alumno no fue siempre amigable.

Por su interesante contenido mostraremos a continuación una pequeña parte de la primera conferencia dada en Londres en 1934, perteneciente a un grupo de cinco conferencias preliminares que daban una idea general de la escuela de Gurdjieff:

> Trataremos de comprender las cuatro funciones principales del ser humano. Daré por sentado que para ustedes es claro lo que yo quiero decir por la función intelectual o función de pensar. En ella están incluidos todos los procesos mentales: la percepción de impresiones, la formación de representaciones y de conceptos, el raciocinio, la comparación, la afirmación, la negación, la formación de palabras, la facultad de hablar, la imaginación, y así sucesivamente.
>
> La segunda función es el sentir o las emociones: la alegría, la pena, el miedo, el asombro, etcétera. Aun si están seguros de que está claro para ustedes el cómo y en qué difieren las emociones de los pensamientos, les aconsejaría que revisaran sus puntos de vista a este respecto. En nuestra manera ordinaria de pensar y de hablar mezclamos pensamientos y sentimientos, pero para comenzar el estudio de sí es necesario diferenciar cuál es cuál.
>
> Tomará más tiempo el comprender las dos funciones que siguen, instintiva y motriz, ya que en ningún sistema ordinario de psicología están descritas y divididas de manera correcta.
>
> Las palabras «instinto», «instintivo» se emplean por lo general en sentido equivocado y, muy a menudo, sin sentido alguno. En especial, por lo general se le asigna al instinto funciones externas que son en realidad funciones motrices y algunas veces emocionales.
>
> La función instintiva en el hombre incluye cuatro clases diferentes de funciones:
>
> Primero. Todo el trabajo interno del organismo, toda la fisio-

logía por así decirlo, la digestión y asimilación de los alimentos, la respiración, la circulación de la sangre, todo el trabajo de los órganos internos, la formación de nuevas células, la eliminación de desechos, el trabajo de las glándulas endocrinas, etcétera.

Segundo. Los así llamados «cinco sentidos»: la vista, el oído, el olfato, el gusto, el tacto, y todas las otras facultades de percibir el peso, la temperatura, la sequedad o la humedad, etcétera, es decir, todas las sensaciones indiferentes, sensaciones que de por sí no son ni agradables ni desagradables.

Tercero. Todas las emociones físicas, es decir, todas las sensaciones físicas que son agradables o desagradables. Toda clase de dolores o de sensaciones desagradables, tales como un sabor desagradable u olor desagradable, y toda clase de placeres físicos, tales como sabores agradables, olores agradables, etcétera.

Cuarto. Todos los reflejos, aun los más complicados, tales como la risa y el bostezo; toda clase de memorias físicas, tales como la memoria del gusto, la memoria del olfato, la memoria del dolor, que son en realidad reflejos internos.

La función motriz comprende todos los movimientos externos, tales como el caminar, el escribir, el hablar, el comer, y sus memorias. También pertenecen a la función motriz aquellos movimientos que en el lenguaje ordinario se llaman «instintivos», como el atrapar, sin pensarlo, un objeto que se cae.

La diferencia entre la función instintiva y la motriz es muy clara y puede ser fácilmente comprendida si uno simplemente recuerda que todas las funciones instintivas, sin excepción, son innatas y que para usarlas no es necesario aprenderlas, mientras que, por otro lado, ninguna de las funciones motrices es innata y uno tiene que aprenderlas todas, tal como el niño aprende a caminar, o como se aprende a escribir o dibujar.

Además de estas funciones normales del movimiento, también hay algunas extrañas funciones motrices que representan el trabajo inútil de la máquina, sin intención de la naturaleza, pero que ocupan mucho lugar en la vida del hombre usando gran cantidad de su energía. Éstas son: la formación de sueños, la imaginación, el ensueño, el hablar interno, el hablar por hablar, y en general, todas las manifestaciones descontroladas e incontroladas.

Las cuatro funciones, intelectual, emocional, instintiva y motriz, ante todo tienen que ser comprendidas en todas sus manifestaciones, y más tarde tienen que ser observadas en sí mismas. Tal observación de sí, o sea, la observación sobre bases correctas, con la comprensión preliminar de los estados de conciencia y de las diferentes funciones, constituye la base del estudio de uno mismo, es decir, el principio de la psicología.

Es muy importante el recordar que al observar diferentes funciones es útil el observar al mismo tiempo su relación con los diferentes estados de conciencia.

Tenemos los tres estados de conciencia: sueño, vigilia y posiblemente vislumbre de conciencia de sí, y las cuatro funciones: pensamiento, sentimiento, instinto y movimiento. Las cuatro funciones se pueden manifestar en el sueño, pero sus manifestaciones son deshilvanadas y no confiables. No hay manera de usarlas, simplemente van por su cuenta. En el estado de vigilia, o de conciencia relativa, hasta cierto punto pueden servirnos de orientación. Se pueden comparar sus resultados, verificarlos, enderezarlos, y a pesar de que pueden crear muchas ilusiones, en nuestro estado ordinario aún no tenemos otra cosa y debemos hacer con ellas lo que podamos. Si nos diéramos cuenta de las falsas observaciones, de las falsas teorías, de las falsas deducciones y conclusiones hechas en este estado, deberíamos dejar de creer por completo en nosotros mismos. Pero los hombres no se dan cuenta de cuán decepcionantes pueden ser sus observaciones y teorías, y continúan creyendo en ellas. Es esto lo que impide a los hombres el observar los raros momentos en que sus propias funciones se manifiestan en conexión con vislumbres del tercer estado de conciencia, es decir, de «conciencia de sí».

Todo esto quiere decir que cada una de las cuatro funciones se puede manifestar en cada uno de los estados de conciencia. Pero los resultados son totalmente diferentes. Cuando aprendamos a observar estos resultados y sus diferencias, comprenderemos la relación correcta entre las funciones y los estados de conciencia.

Pero aun antes de considerar la diferencia en la función en relación con los estados de conciencia es necesario comprender

que la conciencia del hombre y las funciones del hombre son fenómenos totalmente diferentes, de naturaleza totalmente distinta, dependientes de causas diferentes, y que el uno puede existir sin el otro. Las funciones pueden existir sin la conciencia, y la conciencia existir sin las funciones.

El hombre no se conoce a sí mismo. No se da cuenta de que es verdaderamente una máquina, quiere decir que no tiene movimientos independientes, ni dentro ni fuera de él. Es una máquina que está puesta en movimiento por influencias externas y por impactos exteriores. Todos sus movimientos, acciones, palabras, ideas, emociones, humores y pensamientos son producidos por influencias exteriores. Por sí mismo es tan sólo un autómata con cierta provisión de recuerdos de experiencias previas y cierta cantidad de energía de reserva.

Tenemos que comprender que el hombre no puede hacer nada. Todo lo que el hombre cree que hace en realidad le sucede. Sucede exactamente como cuando llueve o nieva.

El hombre es una máquina, pero una máquina muy peculiar. Es una máquina que, en las circunstancias adecuadas, y con el tratamiento adecuado, puede saber que es una máquina. Al darse plena cuenta de ello puede encontrar los medios para dejar de ser una máquina.

Ante todo, el hombre debe saber que él no es uno; él es muchos. No tiene un Yo permanente e inmutable. Él es siempre diferente. En un momento es uno, en el siguiente momento es otro, en el tercer momento es un tercero, y así sucesivamente.

Referente al subcentro sexual, es interesante relatar la experiencia de Alejandro Jodorowsky[23] cuando conoció a Reyna D'Assia. La conoció en el Museo de Etnología de la capital de México, y la mujer lo sedujo a primera vista. De extraordinaria belleza, lo llevó a un hotel y pasó lo que a continuación relatamos. Según el espléndido libro de Jodorowsky:

Su piel, intensamente perfumada, me provocó una especie de locura. Dejé que me tomara de una mano, me arrastrara hacia la

calle y detuviera un taxi. Durante el trayecto me besó con pasión, al llegar a la suite de su hotel se desvistió apresurada, se puso de rodillas dándome la espalda, inclinó la cabeza hasta tocar el piso y, prohibiendo que me desvistiera, así, con traje de cuero, sombrero y botas, pidió que la penetrara.

Con la demencia de la excitación acrecentada por la intensa humedad de su vagina, entré en su intimidad dando un rudo cabezazo. Iba a comenzar mis vaivenes cuando un potente «¡Alto!» me paralizó.

—No te muevas. Quiero que seas el eje de mi pasión.

Con sorprendente agilidad, buscando precisos apoyos en mi cuerpo, comenzó a voltearse, hasta que quedó frente a mi cintura, los pies entrecruzados en mi espalda y su frente apoyada en la mía. En esta nueva posición, quise por fin frotarme en su edén, pero volvió a exclamar «¡Alto!» con tal autoridad que me vi obligado a obedecer.

Pasó un minuto eterno. Mi pubis temblaba queriendo retroceder para volver a la carga. En esa torturante quietud, de pronto, comenzó un parpadeo de paredes acuosas que poco a poco fue adquiriendo velocidad. Su vagina entera, dando vertiginosos apretones, se convirtió en un guante trepidante. En medio de esa tempestad muscular ya no necesité moverme. En pocos segundos mi semen la inundó. Cuando, después de tres eyaculaciones seguidas, le dije que nunca había conocido a una mujer con tal habilidad, me confió:

—He tenido un maestro importante. Quiero que sepas que soy hija de Gurdjieff. En 1924, en compañía de sus discípulos, visitó Nueva York presentando danzas iniciáticas. Mi madre, que en aquel entonces acababa de cumplir trece años, le llevaba la comida que encargaba al restaurante ruso. El viejo la sedujo y le enseñó las técnicas vaginales que ahora yo empleo. Gurdjieff decía que la mayoría de las mujeres, por perezosas, tienen un «atanor» muerto. Desde pequeñas se les enseña que el falo es poderoso, activo, vital, y que ellas llevan entre las piernas un cesto semejante a un pantano, sin otra posibilidad de acción que la de ser llenado por el sembrador de espermatozoos. Se da por asumido que la vagina es un órgano pasivo. Pero existe una diferencia

enorme entre esa naturalidad pasiva y un sexo entrenado deliberadamente. Gurdjieff enseñó a mi madre a despertar y hacer crecer su alma desarrollando una vagina viva.

Reyna quiso hacerme una demostración. Abrió las piernas, contrajo los labios de su vulva y, con un suave siseo, comenzó a aspirar el aire. Luego lo eyectó en forma de fuerte resoplido.

—Fase número uno: aprender a aspirar y expulsar, como si la vagina fuera un pulmón. Cuando se domina esto, se pueden hacer cosas a lo lejos...

Alineó cuatro aceitunas y, con el perineo rozando el suelo, las fue tragando para luego, acostada de espaldas, arrojarlas haciéndolas rebotar en el techo. Se introdujo un trozo de cordel fino para, al momento, depositarlo en mi mano con un nudo.

—Mi vagina logra realizar todos los movimientos que hace la lengua. Es más, puedo a voluntad aumentar o disminuir la secreción lubricante.

Se concentró e hizo un esfuerzo. Vi surgir por la base de sus labios internos un óvalo de transparentes chorrillos que inundaron sus muslos. Por último, sentada como una reina, con las rodillas muy separadas, después de una larga absorción de aire lo fue expeliendo para producir un ruido musical, entre metálico y orgánico, que me recordó el canto de las ballenas... Se me erizaron los cabellos: ¡la leyenda de las sirenas de la *Odisea* atrayendo a los marineros con sus voces para hacerlos naufragar se basaba en algo real! Fascinado por ese canto, apoyé mi cabeza en sus rodillas y comencé a gemir como un niño añorando un paraíso perdido. Con voz muy dulce, dijo:

—En la remota Antigüedad, para hacer dormir a los pequeños, las canciones de cuna se entonaban con la vulva. Cuando las mujeres olvidaron esa capacidad, sus hijos cesaron de sentirse amados. Una angustia inconsciente se adhirió al alma de los seres humanos... El llanto que te embarga expresa el dolor de haber tenido una madre con sexo mudo.

Jodorowsky relata la facilidad con que Reyna podía entrar en estados modificados de conciencia y hacer los ejercicios más inverosímiles con el cuerpo, así como con la mente:

La oí recitar, a gran velocidad, las tablas de multiplicar del 2 al 22 de una extraña manera. Por ejemplo: 8 por 1 es 8, 8 por 2 es 7, 8 por 3 es 6, 8 por 4 es 5... 8 por 12 es 6..., y así hasta llegar a 8 por 100 es 8. Tuve la sensación de estar frente a una calculadora enloquecida.

Sin darme tiempo un segundo para pensar, me espetó:

—¡7 por 7 igual a 4!

Sentí que me ahogaba. Implacable, Reyna continuó sus ejercicios físicos, cada vez más complicados... Al mismo tiempo que recitaba una tabla de forma ascendente intercalaba la misma tabla de forma descendente:

—8 por 1, 8; 8 por 100, 8; 8 por 2, 7; 8 por 99, 9; 8 por 3, 6; 8 por 98, 1...

Para verificar, mientras ella continuaba con su alucinante recitado, multipliqué mentalmente, con gran trabajo, 8 por 98: obtuve 784. Sumé 7 más el 8 y el 4, me dio 19. Sumé el 1 y el 9 y obtuve 10. Y por fin 1 más 0 me dio el 1. ¡Efectivamente, 8 por 98 era igual a 1!

Durante una hora interminable, Reyna me apabulló con sus malabarismos mentales. Algunos tan absurdos como mezclar los resultados de dos tablas: $7 \times 2 = 1.188$ / $12 \times 99 = 14$... $7 \times 3 = 1.176$ / $12 \times 98 = 21$... $7 \times 4 = 1.164$ / $12 \times 97 = 28$...

Mi terror aumentó cuando esa mujer, como una siniestra máquina, comenzó a bailar una música inexistente para mis oídos. Sus movimientos eran complejos y sinuosos, desprovistos de todo intento de seducción. Al mismo tiempo que la extraña coreografía se complicaba, sus ejercicios numéricos llegaron al delirio. En trance, gritó:

—¡El número 1 es Tom, el 2 es Dick y el 3 es Harry! —y se puso a contar—. Tom, Dick, Harry, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, Tom-cero, Tom-Tom, Tom-Dick, Tom-Harry, Tom-cuatro...

Y así hasta llegar a cifras en que, por ejemplo, en vez de 531 decía «cinco-Harry-Tom». Para complicarlo aún más, sin cesar de gesticular, decía:

—¡Cambio: Tom es 2, Dick es 5, Harry es 7!

Lo que suponía: uno, Tom, dos, tres, cuatro, Dick, seis Ha-

rry, ocho, nueve, diez, once, uno-Tom, doce, trece, catorce, uno-Dick, dieciséis, uno-Harry..., etcétera.

Viendo y escuchando tales complicaciones, sentí que no sólo mi cerebro sino también mi cuerpo entero iba a estallar.

Genios extraordinarios

Ciro, rey de los persas, infundía temor por ser capaz de llamar por su nombre a todos los soldados de su ejército. Esas capacidades, esas mutaciones normalmente van en la dirección de mejorar la especie humana, pero, como explicaremos, algunas veces el encaje no sirve para mejorar, sino más bien todo lo contrario; es como si el organismo estuviera haciendo pruebas y comprobando si el resultado es positivo.

A. J., una mujer estadounidense de cuarenta años, es capaz de evocar vívidamente detalles de cualquier instante del último cuarto de siglo de su existencia. Basta con decirle una fecha y ella contará con precisión lo que hizo, los sucesos públicos más notorios y qué día de la semana era.

Olvidar es un lujo para A. J., apodada el «calendario humano». Hace unos seis años esta mujer desesperada escribió un e-mail pidiendo auxilio a James L. McGaugh, neurobiólogo de la Universidad de California, que trabajaba en el desarrollo de una píldora que ayuda a olvidar o al menos a lograr que los recuerdos sean menos intensos y dolorosos en casos de estrés postraumático, como violaciones o accidentes.

El problema es que la mente de A. J. no para nunca: «Desde los once años he tenido esa increíble habilidad de recordar mi pasado; mi vida se consume bajo la carga de los recuerdos incontrolables y agotadores.» Cuando McGaugh analizó el caso se encontró con un cuadro clínico excepcional, que bautizó como «síndrome de supermemoria». El cerebro de A. J., dice, funciona como una pantalla en la que puede reproducir cualquier episodio de su vida como si sucediera ahora mismo.

Quizá menos traumático pero igual de sorprendente es el caso del también estadounidense Kim Peek, de cincuenta y cinco años.

Este hombre ha memorizado cerca de nueve mil libros desde que, a los dieciocho meses de edad, sus padres empezaron a leerle historias. Peek, cuyo caso inspiró la película *Rain man*, es capaz de recordar una página en sólo diez segundos y de retener, por ejemplo, todos los códigos postales de Estados Unidos. Su extraordinaria memoria se debe al llamado «síndrome de *savant*» o «del sabio», que lo incapacita para valerse por sí mismo en tareas tan simples como ponerse una camisa. Peek, como es sabido por la película, es autista.

Son conocidos también los casos del americano Leslie Lemke, ciego de nacimiento y con parálisis cerebral, que, sin haber estudiado piano, puede tocar miles de piezas habiéndolas oído una sola vez, o S. Wiltshire, que puede dibujar una ciudad como París a escala con todos los detalles después de haberla sobrevolado en helicóptero una sola vez.

Se considera un lector pobre a quien lee entre 90 y 150 palabras por minuto; sobre las 250 palabras se es un lector eficiente; con 500 palabras por minuto se es un buen lector; entre 800 y 900 palabras por minuto, un lector óptimo. J. F. Kennedy leía 1.850 palabras por minuto.

Mozart empezó a tocar el piano a los tres años de edad, a los cuatro era capaz de retener los solos de un concierto. Las primeras piezas las compuso a los cinco años. Sus conciertos en Viena, Salzburgo, Londres y París a los siete años despertaban en el público entusiasmo y admiración. Las primeras sonatas para piano las publicó a los ocho años. Su primera ópera cómica, *La finta semplice*, y una pequeña ópera bufa, *Bastien und Bastienne*, que aún se representa, las compuso a los diez años. A los trece fue nombrado director de la orquesta de Salzburgo. Habiendo oído sólo dos veces el *Miserere* de Allegri a varias voces, lo reescribió por entero.

Mozart no es el único caso de niño precoz en el campo de la música. Los niños precoces se dan también en otro orden de disciplinas intelectuales, pero son muy frecuentes en el ámbito de la música.

Haendel compuso su primera obra a los ocho años de edad. Beethoven compuso su primera sonata a los diez, y Chopin su primera misa a los doce. También fueron niños precoces William

Crotch, Ariola, Liszt, Paganini, Lulli, Cherubini, Rossini y Rubinstein. Willy Ferrero, en 1911, dirigió una orquesta con cuatro años y medio. Paul Maigre, en 1912, con siete años, dirigía la orquesta Le Luth mientras tocaba el piano. Recordemos también en los últimos años a directores con pantalones cortos como Pierino Gamba y Roberto Benzi, al frente de grandes orquestas, dirigiendo con una gran seguridad y firmeza.

Hace muchos años que la relación entre música y memoria intriga a los investigadores. Recientemente un equipo de Psicología y Ciencia del Cerebro de Darmouth (Estados Unidos) ha localizado el área cerebral donde las melodías se «adhieren» a la mente, mediante un experimento en el que hicieron oír diferentes melodías a varios voluntarios para observar su reacción. Los científicos hallaron una área en la corteza auditiva que coordina la información desde los oídos y que seguía activada involuntariamente, aunque la música hubiera dejado de sonar.

En la literatura frecuentemente encontramos niños precoces también. Jacques Grévin, una de las mentes más prodigiosas del siglo XVI, publicó cuando tenía sólo trece años una tragedia titulada *César* y dos comedias, *La trésorière* y *Les esbahis*, que entusiasmaron a los parisienses. Posteriormente escribió muchas más obras en todos los géneros, y de un nivel excelente.

Uno de los grandes genios universales, J. W. Goethe, escribió sus primeras obras de teatro a los seis años, y participó además en ellas como actor infantil. Las hermanas Charlotte, Emily y Anne Brontë a los trece años ya escribían versos de excelente calidad.

En 1645 nació François de Beauchâteau, de padres comediantes. Escribió desde muy joven y a los catorce años publicó sus primeras poesías. El cardenal Mazarino fue protector suyo; lo recibía en la corte, y le fijó una pensión vitalicia de mil libras. Ante las dudas que suscitaba, cómo podía escribir tanta belleza a tan temprana edad, el cardenal Mazarino, Ana de Austria y el canciller Séguier lo encerraron durante una tarde en una habitación, no sin antes haberle propuesto varios temas. El resultado los dejó más que sorprendidos: reconocieron que jamás habían conocido poesías más bellas y armónicas sobre los temas propuestos.

Entre los niños precoces que se hicieron famosos tenemos a

Pico della Mirandola, que podía repetir tres páginas enteras de un libro después de haberlas oído una sola vez. Las repetía de arriba abajo y de abajo arriba. A los dieciséis años hablaba y escribía veintidós idiomas.

El gran matemático Blas Pascal, a los once años, encontró sin ninguna ayuda las treinta y tres primeras proposiciones de la geometría de Euclides. A los quince escribió un tratado de las secciones cónicas que dejó sorprendido a Descartes.

Encontramos también a Claude Clairaut, Louis Lagrange, Ampère, lord Kelvin, Bobby Gordon o Fred Safier. Sorprendente es el caso de Elmer Eder, natural de Garshin, localidad cercana a Múnich, nacido en 1958; cuando tenía tan sólo cuatro años era capaz de contar hasta 1.500. A los siete conocía el cálculo integral y diferencial. A los nueve años dominaba la teoría de la relatividad restringida de Einstein. Daba conferencias en la universidad y a esa edad conocía las series de Fourier y los elementos de cálculo vectorial. Sorprendió cuando encontró por sí mismo la manera de escribir las fórmulas de las combinaciones del triángulo de Pascal.

Son numerosos los calculadores prodigiosos: Arago, George Bidder, Whateley, Gauss, Jedediah Buxton, Henry Mondeux, Zacharias Dase..., la lista es interminable.

Como ejemplo de sus capacidades pondremos a Buxton (Inglaterra, 1702-1762), un obseso de las cifras que contaba todo cuanto aparecía ante sus ojos con una rapidez sorprendente. Fue llevado a Londres a los trece años para someterse a unas pruebas financiadas por la Royal Society y, entre otras atenciones, lo invitaron al teatro de Drury Lane, donde David Garrick interpretaba a Ricardo III. Al finalizar le preguntaron si le había gustado la representación de la obra, contestó que si bien le había gustado, durante las danzas había fijado su atención en el número de pasos ejecutados: exactamente 5.202; había contado también el número de palabras que los actores habían pronunciado durante la representación: 12.445; había separado, además, las palabras recitadas por Garrick: 5.816, y todo ello fue comprobado y reconocido como correcto.

Por último haremos mención al prodigioso Louis Fleury, nacido en Belfort el 21 de abril de 1892. Nació con una doble oftalmía

purulenta que a los pocos meses lo dejó completamente ciego. Sus padres lo abandonaron cuando aún no había cumplido los dos años. Se hizo cargo del niño la asistencia pública. No podía ni lavarse ni vestirse, apenas podía caminar, y a los diez años su enfermedad fue diagnosticada como crónica y, en consecuencia, fue internado en un hospicio para niños incurables. A los pocos meses de estar en el hospicio empezó a sufrir ataques de pánico y un miedo insuperable. Para superar el estado terrible en que se encontraba, se le ocurrió hacer mentalmente cálculos matemáticos; se sorprendió al comprobar que podía resolver todas las operaciones con una rapidez asombrosa y con resultados exactos. A partir de ese momento, su vida cambió, el mundo de las cifras se convirtió en el único sustento para seguir viviendo. Descubiertas sus facultades por sus cuidadores, pasó de ser un chico despreciado e inexistente, al centro de la atención de las autoridades públicas. En pocos segundos podía hacer multiplicaciones de diez elementos por diez elementos, divisiones de más de quince elementos, elevaciones de potencias complicadísimas y extracción de raíces casi imposibles.

Era del tipo «táctil», una clase muy rara de niño prodigio: explicaba que «sentía pasar los números bajo sus dedos». El doctor Osty y sus colaboradores lo llevaron al Institut Métapsychique International (IMI), donde fue estudiado durante largos períodos, y se llegó a la conclusión de que posiblemente era un mutante. Con toda seguridad, nuestra especie evoluciona hacia estadios superiores; esta evolución puede durar cientos de miles de años para alcanzar resultados mínimos; empleamos el nombre de «mutante» para designar a los que por circunstancias desconocidas evolucionan con mucha anticipación. Se han constatado, por otra parte, que bastantes de los poseedores de facultades superiores han padecido anomalías físicas. Zerah Colburn (Vermont, Estados Unidos, 1804-1846) presentaba una curiosa particularidad, signo evidente de degeneración: poseía un dedo de más en cada mano, y un dedo gordo suplementario en cada pie.

Voltaire y Newton nacieron prematuramente. Pascal, Descartes, Mozart, Walter Scott, Chopin, Liszt, Victor Hugo o Churchill tuvieron de niños una salud muy delicada, e incluso alguno de ellos estuvo al borde de la muerte.

Curiosamente también abundan los casos de grandes mentes de niños nacidos en medios miserables y mal alimentados en su desarrollo, como Brahms, Copérnico, Dickens, Faraday, Franklin, Laplace, Lutero, Stalin o Stephenson. En nuestros días siguen apareciendo niños con facultades superiores, quizá más que nunca, bien es cierto que no se les da la importancia que tuvieron en otras décadas, posiblemente al estar estructurado y canalizado su comportamiento en centros y colegios especializados. En 1974 se presentó en el programa de televisión «Zecchino d'Oro» un niño de seis años llamado Enrico Pagnoni, gran compositor y concertista, quien interpretó una difícil composición demostrando una gran técnica y soltura. Había aprendido en solitario a componer y a tocar: alguien había llevado al taller de su padre, que era carpintero, un viejo piano para reparar. El niño, que tenía entonces cuatro años, se encaramó sobre un taburete y comenzó a tocar las teclas recorriéndolas con sus manitas, era como si de repente redescubriera que alguna vez había sido suyo. Enrico empezó a tomar lecciones de piano sólo después de su participación en el programa de televisión.

Existen teorías para intentar dar explicaciones a las sorprendentes facultades de esos niños prodigio. Hay estudios que concluyen que los niños prodigio son médiums y, por tanto, están regulados y sometidos a influencias supranormales extraterrestres y a entidades de otros mundos. Otra teoría apuntada por los teósofos es que los niños prodigio son el resultado de reencarnaciones. Sostienen que su asombrosa capacidad proviene de experiencias anteriores. Tales experiencias las realizarían en otras vidas, evidentemente numerosas y fructíferas.

Una teoría bastante reconocida es la que propone que la influencia de agentes catalíticos o diastásicos de origen hormonal hace que la mayor parte de sus células cerebrales evolucionen hacia el estado definitivo mucho más rápidamente que de costumbre, lo que hace que todo transcurra como si esos niños poseyeran un cerebro de adulto.

Por nuestra parte, pensamos que nuestra especie, desde hace algunos cientos de años, está sufriendo una mutación, o, más que sufrir, beneficiándose de ella. Está comprobado que en los seres vi-

vos las mutaciones se producen a lo largo de cientos o miles de años, de forma tan lenta que no se perciben ni siquiera a lo largo de varias generaciones, con lo que, a no ser una mutación espectacular que haya podido ser registrada en escritos muy antiguos y por tanto establecer comparaciones, no es posible detectarlas, y aun así, se darían toda clase de explicaciones científicas antes de aceptar tal mutación. Entendemos por «mutación» el cambio producido en miembros de nuestra especie que les proporcionan unas facultades muy superiores a las normales. Las personas mal llamadas «prodigiosas» son con toda seguridad mutantes. Se estima que una de cada quinientas personas es sinestésica. La sinestesia consiste en la facultad de oír las imágenes, sentir el sabor de las palabras, ver el color de los números o palpar la música. Esa facultad se estudia desde 1880, cuando Francis Galton, primo de Charles Darwin, publicó un artículo sobre el fenómeno en *Nature*. A finales del siglo xx se extendió su estudio en universidades por equipos de neurólogos y psicólogos. Existen familias que poseen varios casos entre sus miembros, lo que hizo pensar a los equipos de investigación que tenía un componente genético. Se ha comprobado que el gen responsable de este fenómeno se encuentra en el cromosoma 16, y se está trabajando para tener su secuencia completa.

El investigador Sean Day ha catalogado 19 tipos de sinestesias en 175 casos. Una de ellas es que parece que todo se mezcla, las cosas parecen tocarse con la vista y sentir los volúmenes y las texturas, darles la vuelta y entrar dentro de ellas. Un sinestésico narraba: «Puedo meterme en el cuerpo de las personas y sentir cómo sienten; no es imaginación, es real. Los sonidos son colores y las palabras tienen colores y textura, incluso las letras. Donde haya color veo muchos colores que se mezclan para formar el color que tiene forma y textura.» Se cree que el fenómeno puede ser común en bebés de hasta tres meses, y que es más tarde cuando el cerebro aprende a separar los estímulos sensoriales. Existen dos teorías sobre las causas de la sinestesia: una explica que el sinestésico tiene más conexiones físicas en el cerebro, lo que permite enlazar los estímulos que proceden de distintos sentidos; la otra expone que el número de conexiones en el cerebro es el mismo, pero el nivel de inhibición bioquímico es distinto, por lo que se pueden producir las conexiones

cruzadas que llevan a enlazar las distintas sensaciones. Son conocidos como sinestésicos el pintor Kandinsky, los músicos Messiaen y Alexander Scriabin y los escritores Vladimir Nabokov y Arthur Rimbaud.

Voces discrepantes mantienen que, a falta de nuevas mutaciones, la especie humana está estancada en la evolución y se está convirtiendo en una «masa global». El genetista y profesor del University College de Londres, Steve Jones, ha asegurado que el cambio en las costumbres y usos sociales en Occidente supone el fin de la evolución humana. Según este científico, existen tres componentes que favorecen la evolución: la selección natural, la mutación y el cambio al azar, y el hombre occidental está acabando con el segundo de esos factores.

El profesor Jones mantiene que, aunque la contaminación química y radiactiva podrían alterar el material genético, uno de los factores más importantes para que se den mutaciones es la edad avanzada de los hombres, debido a que la división celular aumenta con los años. «Cada vez que hay una división celular —dice el profesor—, hay una oportunidad de error, de mutación.» Pero no sólo la edad tiene un impacto negativo en la evolución de la especie, sino que también influyen la selección natural y el cambio genético aleatorio. Al haber disminuido la tasa de mortalidad en los individuos jóvenes (en los países occidentales el 98 por ciento de las personas sobrevive a los veinte años), se ha debilitado la selección natural. De hecho, los humanos somos diez mil veces más parecidos entre nosotros de lo que deberíamos ser normalmente de acuerdo con las reglas del reino animal. Como hemos apuntado en el prólogo de este libro, creemos en las estadísticas que señalan que los hijos concebidos en hombres y mujeres de edad avanzada, en muchos casos, son diferentes de los demás, y posiblemente mejoran la especie. La explicación es que el proceso evolutivo de los padres como especie está más avanzado que en los de edades más jóvenes, con lo que la transmisión del proceso también es más avanzada.

No obstante, bien es cierto que también se producen mutaciones adversas. El doctor Louis Wolf, director del hospital especial inglés de enfermedades infantiles de Londres, calcula que en Inglaterra nacen treinta mutantes fenilcetónicos por año. Estos mutan-

tes poseen genes que no producen en la sangre determinados fermentos que actúan en la sangre normal. En *El retorno de los brujos*, Pauwels explica que un mutante fenilcetónico es incapaz de disociar la fenilalanina. Esta incapacidad hace al niño vulnerable a la epilepsia y al eczema, provoca en él una coloración gris cenicienta del cabello y hace al adulto propenso a las enfermedades mentales. Cierta raza fenilcetónica, al margen de la raza humana normal, vive pues entre nosotros... En este caso se trata de una mutación desfavorable, pero ¿por qué negar la posibilidad de mutaciones favorables? Los mutantes podrían tener en su sangre productos susceptibles de mejorar su equilibrio físico y de aumentar su coeficiente de inteligencia muy por encima del nuestro. Podrían llevar en sus venas sedantes naturales que los pusieran al abrigo de los choques psíquicos de la vida social y de los complejos de angustia. Formarían, pues, una raza diferente de la raza humana y superior a ella. Pauwels termina diciendo: «Los psiquiatras y los médicos observan lo que funciona mal. ¿Cómo se observa lo que funciona más que bien?»

Nuestra especie mutante

En febrero de 2008, investigadores del Instituto Pasteur de París identificaron una sustancia que es hasta seis veces más potente que la morfina. Hacía tiempo que habían observado que las ratas producían un péptido, sialorfina, que intervenía en la adaptación de los roedores ante cambios ambientales y, además, era un potente inhibidor de la sensación de dolor. Los investigadores galos identificaron un compuesto similar en vacas y decidieron averiguar si estaba presente en humanos. Efectivamente, nosotros también producimos en la saliva una sustancia de acción similar a las anteriores llamada «opiorfina». Sus descubridores creen que ese efecto analgésico se debe a que el principio activa el funcionamiento de los opioides endógenos, los producidos por el propio organismo. Si ponemos como ejemplo de mutación a los vegetales, para hacernos una idea de las transformaciones que han tenido que experimentar, tomemos simplemente una de sus funciones, la alimentación. Sa-

bemos que algunas especies, al crecer hacia arriba a altitudes espectaculares buscando la luz, deben transportar el agua del suelo a través de las raíces hasta las hojas más altas. La evolución a lo largo de miles de años las ha dotado de un sistema perfecto de irrigación. El agua llega por succión de las células y surge por la evaporación de las moléculas de agua a través de las hojas. Cada molécula de agua tiene partes con carga eléctrica positiva y negativa, de ahí que las moléculas de agua tiendan a unirse unas con otras. Esta adhesión explica que el agua forme gotitas circulares sobre superficies lisas en lugar de esparcirse y crear una película completamente plana. Cuando una molécula de agua se evapora a través de un poro de una hoja, ejerce un pequeño empuje en las moléculas de agua adyacentes que reduce la presión en las células conductoras de agua que tiene la hoja y atrae agua de las células contiguas. Este circuito de moléculas de agua se extiende por todo el trayecto que va desde las hojas hasta las raíces del suelo. Por tanto, la respuesta más sencilla sería que lo logra la energía solar: el calor del Sol evapora el agua y pone en marcha el circuito del agua.

Otro ejemplo de mutación vegetal lo encontramos en la narración del biólogo polaco Omelius Fredlowski, quien recibió una carta del explorador alemán Carl Liche en la que éste aseguraba haber presenciado un sacrifico humano en algún lugar de Madagascar. Un grupo de indígenas se había reunido frente a un enorme árbol del que manaba un líquido transparente y extremadamente tóxico. Sus hojas tenían forma de grandes tenazas pilosas, y encima de ellas seis tentáculos se retorcían de manera violenta. Tras rezar una serie de plegarias obligaron a una mujer a trepar por el tronco. Cuando llegó a lo alto del árbol, la mujer bebió del líquido, que al parecer era sumamente dulce, y seguidamente entró en trance. El árbol cobró vida y agarró a la muchacha con sus tentáculos hasta matarla por asfixia. Sus hojas se cerraron en torno a la víctima hasta romperle los huesos, soltando fluidos corporales que iban siendo absorbidos por el árbol. Según el gobernador, Salmon Osborn, los malgaches de Madagascar le comunicaron que el ritual se viene practicando desde hace siglos. La revista *Nature* publicó en 1882 un artículo firmado por el reverendo G. W. Parker en el que relataba la existencia en Sudáfrica de un árbol sagrado para los

zulús que desprendía un gas que envenenaba a cualquiera que lo tocara.

Pensemos ahora cómo han tenido que ir mutando los diez mil millones de neuronas que forman la mente humana para controlar cada célula de nuestro cuerpo y hacer que la máquina humana funcione como un reloj de precisión. Los humanos como unidades, como un conjunto, somos ajenos a cualquier mutación, no tenemos capacidad de cambiar las reglas de la selección natural. Las que están en situación de mutar son las células, lo que no es lo mismo.

Es errónea la conclusión de que nuestra especie muta para adaptarse a las exigencias de los cambios medioambientales. Los biólogos denominan a esta falacia «teología». Más del 99 por ciento de las especies que han existido se ha extinguido, la mayoría por cambios medioambientales.

Otra idea equivocada es la que considera que la evolución trae como consecuencia necesaria una complejidad cada vez mayor. En realidad, en el registro evolutivo abunda la simplificación. Por ejemplo, la mandíbula inferior de los vertebrados presenta una pérdida de complejidad a juzgar por el número de huesos cuando se pasa de pez a reptil y de éste a mamífero. La evolución adaptó los huesos mandibulares sobrantes a huesos del oído. De igual manera, los caballos ancestrales contaban con varios dedos en cada pata; los caballos modernos sólo poseen un dedo en cada pezuña.

En la línea evolutiva, los cambios en la organización corporal del ser humano a buen seguro deberán mutar hacia una mayor perfección. No es siempre así, o quizá se están tomando atajos para ganar tiempo, aunque la primera fase sea equivocada.

Bastan unos pocos minutos en los que no llegue oxígeno al cerebro para que los daños sean irreversibles en los seres humanos. Por el contrario, el tiburón *Hemiscyllium ocellatum* puede sobrevivir durante una hora sin oxígeno. Una persona respira con gran dificultad en la cima del Everest a 8.848 metros, en cambio, el buitre leonado vuela a más de once mil metros sin inmutarse. Las aves tienen separada la función de intercambio y entrada de aire. Éste entra a unos sacos aéreos que hay detrás de los pulmones y que actúan como reservorios. Desde allí, el aire va al pulmón y luego a los sacos aéreos anteriores, desde donde se espira. Para los seres huma-

nos la función de intercambio y entrada de aire están juntas, de modo que el aire limpio se mezcla con el pobre en oxígeno que queda tras espirar. Por eso, en una respiración profunda sólo renovamos el 75 por ciento del gas de los pulmones, mientras que las aves lo renuevan todo.

Cuando nuestra especie pasó a la posición erguida, desencadenó cambios en el esqueleto, la pelvis se desplazó para facilitar el bipedismo y, al hacerlo, el aparato reproductor de las hembras tuvo que readaptarse. En consecuencia, el trayecto que debe recorrer el bebé en el momento del parto es mucho más sinuoso y estrecho que el de la mayoría de las especies cercanas a la nuestra, y parir es mucho más peligroso para la mujer que para cualquier otro primate. Además, la posición de la vagina y de la uretra cerca del ano hace que las mujeres sean muy propensas a sufrir infecciones genitales y urinarias.

Aun aceptando la perfección del ojo humano, es completamente inferior por ejemplo al del pulpo, que no tiene punto ciego En nuestro caso, el punto ciego de un ojo se suple con la visión que proporciona el otro ojo y viceversa. La distancia en inferioridad aún es mayor si nos comparamos con el halcón, que es el que tiene la vista más aguda del reino animal. El halcón ha eliminado la mayoría de los vasos sanguíneos de la retina gracias a un tejido llamado «pecten».

Mientras las mutaciones se vayan produciendo a lo largo de miles de años, la especie humana ha encontrado atajos para, de una manera artificial, adelantarnos a un futuro enigmático. El doctor Kevin Warwick, profesor de cibernética de la Universidad de Reading (Inglaterra), ha manifestado que se está trabajando en hacer crecer neuronas humanas en un robot y conseguir que nos comuniquemos con los ordenadores mediante el pensamiento, de manera que se conviertan en una extensión de nuestro cerebro, y viceversa. Eso nos permitirá, por ejemplo, manejar más dimensiones. Por ahora, el cerebro humano entiende el mundo en tres dimensiones, lo que es bastante limitado, puesto que el mundo es mucho más complejo. Conseguir que el cerebro comprenda y maneje más dimensiones nos dará una potencia inusitada. Por ejemplo, hasta el momento sólo hemos sido capaces de viajar a la Luna, pero con las nuevas dimensiones hallaremos nuevas soluciones.

La inteligencia humana se desarrollará de manera considerable, lo que nos llevará a un nuevo mundo que no podemos ni imaginar. El problema será que habrá dos categorías humanas, los implantados y los no implantados, y unos serán muy superiores a los otros. Pensemos, por ejemplo, que el teléfono estará integrado en el cerebro y viviremos conectados constantemente a la red, lo que nos dará acceso a una base de conocimiento inmensa e inmediata. A través de nuestros propios ojos podremos ver las imágenes que escojamos. «Creo que todo esto irá más de prisa de lo que imaginamos», afirma el doctor Warwick.

El doctor Bruce H. Lipton, padre de la biología moderna, de la nueva epiogenética y profesor de biología celular en las universidades de Wisconsin y Stanford, en su libro *La biología de la creencia* (La esfera de los libros, Madrid, 2007) nos dice: «Tal vez te consideres un ente individual, pero como biólogo celular puedo asegurarte que en realidad eres una comunidad cooperativa de unos cincuenta billones de ciudadanos celulares. La práctica totalidad de las células que constituyen tu cuerpo se parecen a las amebas, unos organismos individuales que han desarrollado una estrategia cooperativa para la supervivencia mutua. En términos básicos, los seres humanos no somos más que la consecuencia de una conciencia colectiva amebiana. Al igual que una nación refleja los rasgos distintivos de sus ciudadanos, la humanidad debe reflejar la naturaleza básica de nuestras comunidades celulares.»

El doctor Lipton sigue diciendo: «El Génesis dice que estamos hechos a imagen y semejanza de Dios. Sí, el racionalista que os habla está citando ahora a Jesús, a Buda y a Rumi. He vuelto al punto de partida y he pasado de ser un científico reduccionista enfrentado a la vida a ser un científico espiritual. Estamos hechos a imagen y semejanza de Dios y es necesario que volvamos a introducir el espíritu en la ecuación si queremos mejorar nuestra salud mental y física.

»El entorno, la naturaleza, influye en el comportamiento de las células sin alterar el código genético.»

A lo largo de este libro profundizamos en las teorías del dorctor Litpon en cuanto a la influencia de la naturaleza en las especies humana, animal y vegetal. Así como creemos que cuando el doctor

Lipton dice: «los pensamientos positivos tienen un intenso efecto sobre el comportamiento y los genes, pero sólo cuando estamos en armonía con la programación subconsciente. De igual modo, los pensamientos negativos también tienen un poderoso efecto. Cuando comprendamos que estas creencias positivas y negativas controlan nuestra biología podremos utilizar ese conocimiento para forjarnos una vida saludable y feliz», no hace más que reivindicar las teorías del Cuarto Camino de Gurdjieff.

Los seres índigo

El anterior exordio nos ha servido para adentrarnos en el mundo de los llamados «seres índigo», «niños índigo», y también «niños del tercer milenio».

En la actualidad, numerosos antropólogos estadounidenses están planteando que estamos en el umbral de pasar del *Homo sapiens* al *Homo noeticus* (el «hombre consciente»). Para ello se basan en el estudio de niños, jóvenes y adultos que han hecho un salto evolutivo respecto de la generación anterior: son intuitivos, sensibles, precoces, tienen una mayor percepción y sensibilidad en los ámbitos fisiológico, afectivo, emocional, ético, conductual, cognitivo, social, psíquico, espiritual, y la mayoría de ellos poseen percepción extrasensorial. No se acomodan a las formas habituales de comportamiento y actúan en base a unos códigos propios. Poseen una gran intuición, son dulces, tremendamente sensibles, más maduros emocionalmente, con una gran capacidad de ponerse en el lugar de las otras personas, evitan los conflictos y armonizan los ambientes.

Los niños de dos años hacen cosas propias de los de cuatro. Las estadísticas realizadas cifran ocho casos atípicos sobre diez. Se sabía que la sobreestimulación daría como resultado niños precoces, pero la realidad va mucho más allá, la velocidad del cambio es muy rápida y rebasa los parámetros educativos. Son autodidactas, con un alto desarrollo psicoemocional, muy autónomos desde pequeños.

La antropóloga francesa Noemi Paymal, residente en Bolivia, creadora del programa Pedagogía 3000, manifiesta: «Estos superniños tienen una inteligencia emocional supradesarrollada, lo que les

proporciona velocidad de entendimiento. Asimilan las cosas como un todo y de inmediato.» Ellos serán los encargados de descifrar la «teoría del todo» (TOE), destinada a unificar todas las leyes conocidas del universo en un único modelo que explicaría literalmente la totalidad de la existencia; a lo largo de este libro nos acercaremos a la TOE.

Noemi Paymal sigue diciendo que «esos niños funcionan por asociación, basta un elemento visual, táctil, auditivo, cognitivo, para que se desarrolle la memoria o la comprensión. La inteligencia emocional es más importante que el coeficiente intelectual. Utilizan todas las inteligencias. Las clásicas son la lingüístico-verbal y la lógico-matemática (las que más se ejercitan en la escuela), pero hay que contemplar la espacial, la corporal-quinestésica, la intrapersonal, la intuitiva. Ellos utilizan toda esa paleta de inteligencias, y lo hacen simultáneamente. Si sólo les transmitimos conocimientos a nivel verbal estamos desperdiciando sus capacidades. ¡Ese proceso es extraordinario!

Según Noemi Paymal, se ha observado que los fenómenos paranormales son frecuentes en estos niños: en juegos de clarividencia aciertan alrededor de un 70 por ciento sin entrenamiento, saben de antemano quién los visitará, contestan antes de que se les formule la pregunta y perciben los sentimientos de los demás. Posiblemente estemos presenciando el inicio de una nueva civilización. Son llamados «índigo» porque son capaces de utilizar gran parte de su campo energético, que se manifiesta en tonos de ese color, partiendo de una clasificación oriental que divide a las personas en colores que transmiten a través de su aura. La consejera y espiritualista americana Nancy Ann Tappe fue la que designó a los seres índigo con su nombre en su libro *Understanding your life through color* (Comprendiendo tu vida a través del color), donde nos dice que los colores del aura definen los grupos de rasgos similares.

La escritora de libros espirituales Jan Tober realizó una entrevista a Nancy Ann Tappe donde le preguntaba:

> —Usted fue la primera en identificar y escribir sobre el fenómeno índigo en su libro. ¿Qué entiende por un ser índigo y por qué ese nombre?

—Los llamo índigo porque ése es el color que veo en su aura.

—¿Qué quiere decir eso?

—Es el color de la vida; según el color de cada persona, puedo deducir cuál es su misión en esta vida, qué es lo que han venido a aprender a la Tierra. En 1980 noté que surgían dos colores más añadidos a los anteriores del sistema, al haber desaparecido el fucsia y el magenta, y entonces vi el índigo. Estaba investigando en la Universidad Estatal de San Diego, tratando de construir un perfil psicológico coherente que pudiera resistir la crítica científica. Fue a través del doctor McGreggor, médico psiquiatra especializado en trastornos infantiles. Su mujer había tenido un niño con un fuerte ruido en el corazón, y él me llamó para que observara al niño y sacara conclusiones. «Miré» al niño y observé en mi escala un nuevo color, el índigo, y empecé a preocuparme. El niño murió al cabo de un mes, y a partir de ese momento me dediqué a buscarlos.

Estos seres «índigo» no quieren o no saben adaptarse a las reglas establecidas, tienen una tarea, devolver paz y armonía a un mundo que ha perdido el rumbo.

Carolina Hehenkamp, psicóloga holandesa y especialista en el tema, los ha definido como «mensajeros de una nueva era». Comienzan a hablar muy pronto, a los tres años manejan el ordenador, deciden qué deben hacer e intervienen en las conversaciones de los adultos con sus opiniones. Los padres, maestros y terapeutas cuentan que demuestran capacidades particulares: recuerdan espontáneamente vidas pasadas o hablan con ángeles y seres invisibles. También son portadores de contradicciones: sorprendente sabiduría unida, a veces, a insensibilidad.

El psicólogo espiritual americano, autor de varios libros sobre evolución espiritual, Steve Rother manifiesta lo siguiente: «Los niños índigo son aquellas personas que ya en años anteriores están viniendo al mundo para facilitar nuestra transición a un próximo paso en lo que se refiere a la evolución de la condición humana.»

La periodista y escritora especializada en el campo de la espiritualidad Paola Giovetti, en su libro subtitulado *Realidad del tercer milenio*,[24] describe lo siguiente: «James W. Peterson, docente de

percepciones extrasensoriales y desarrollo espiritual del niño en la John F. Kennedy de Orinda (California) y director de una escuela Montessori, en su libro *El mundo secreto del niño*,[25] fruto de sus observaciones durante veinte años de los pequeños y su capacidad natural de producir fenómenos paranormales y de vivir en estrecho contacto con el mundo espiritual, escribió que está convencido de que en nuestra época almas espiritualmente más evolucionadas están presentes en nuestro planeta, encarnadas en cuerpos humanos, y muchas de ellas son nuestros niños. La deseada transformación está en sus manos.

«Muchos libros contemporáneos de espiritualidad —escribe James W. Peterson— afirman que nuestra época es el fin del Kali Yuga, un término del hinduismo que designa la edad más material y más oscura. El siglo xx coincidirá con el fin de este período. Por eso, la humanidad está en el momento justo para dar un salto de conciencia. Saltos de conciencia han ocurrido antes, por ejemplo, la transición de una modalidad sensorial primaria a la conciencia instintiva y emotiva, y de ésta al actual modelo lógico-racional. Que este modelo corresponda a la humanidad actual significa solamente que en la mayoría de las personas la conciencia se basa principalmente en procesos lógicos. El próximo salto evolutivo irá en dirección de una conciencia fundada en procesos intuitivos.»

Paola Giovetti nos sigue explicando en su libro: «James F. Twyman es un personaje insólito, de notable calibre. Con algo más de cuarenta años, es un músico muy apreciado a nivel internacional por los "conciertos por la paz" que, por iniciativa propia y por invitación de gobiernos y organizaciones humanitarias, entre ellas las Naciones Unidas, realiza en las áreas de mayor violencia y discordia: Iraq, Bosnia, Irlanda del Norte, Israel, Kosovo, Serbia y México, entre otros. A veces con graves riesgos personales.

»Hace algunos años, mientras viajaba por las montañas de Bosnia, contactó con una antigua sociedad de maestros espirituales que le transmitieron sus secretos. Publicó un libro: *Emisarios de luz: una visión de paz*,[26] que en los países de lengua inglesa resultó ser un bestseller, traducido a varios idiomas.

Las grandes veladas musicales de Twyman empezaron en 1994, cuando el artista musicalizó las oraciones por la paz de las

doce religiones más importantes del mundo. Desde entonces, las iniciativas de James Twyman en este sentido ya no se pueden contar: millones de personas en todo el mundo han participado, sea de manera directa o a distancia, uniéndose con el pensamiento y la oración en la hora prevista.

La última tuvo lugar hace algunos años (2001) en el encuentro con los «niños psíquicos», tema del último libro de Twyman: *Emissary of Love. The Psychic Children Speak to the World*.[27]

La historia de Twyman se cruzó, aparentemente de manera casual, con la de los «niños psíquicos», que podemos definir como una clase particularmente sensible y dotada de niños índigo. Es una vivencia insólita, que puede resumirse así: una noche de verano de 2000, después de haber pronunciado una conferencia en una casa privada para unas cincuenta personas sobre la relación entre la espiritualidad y la paz, se acercó a Twyman un niño búlgaro de diez años que le dijo llamarse Marco y que estaba interesado en el enigma de Dios. Marco entabló con Twyman una conversación sorprendente para un niño de su edad y le demostró asimismo que poseía extraordinarias dotes de videncia, contándole detalladamente hechos lejanos de su vida. Al estupefacto Twyman le explicó que dotes similares eran propias de muchos niños, conectados entre sí en una especie de «red», y le preguntó si él también quería tener la misma habilidad. Tras su respuesta afirmativa, el niño le tocó levemente la mano y le transmitió así aquello que llamó el «don». En una distracción, Marco desapareció y Twyman no volvió a verlo nunca más, a pesar de buscarlo por toda Bulgaria. Twyman reconoce que a partir de ese momento desarrolló unas ciertas cualidades psíquicas.

Sasha Borgia, en su libro *Seres índigo*,[28] nos dice: «En nuestra sociedad actual, podemos llegar a encontrar adultos y jóvenes con características propias de los seres "índigo" en todo tipo de ámbitos, y muchos de ellos se encuentran en situación de bloqueo y frustración por no haber podido canalizar sus cualidades positivamente.»

La psicóloga transpersonal venezolana María Dolores Paoli manifiesta que los niños índigo llegan al planeta con la misión de mejorar la especie, y poseen mayores condiciones biológicas para manejar las impurezas creadas por el hombre, incluso un potencial de cambio en su ADN.

Científicamente ya tenemos confirmación del cambio que aportan estos chicos, manifestándose en la activación de cuatro códigos más en el ADN. Lo normal en los humanos es tener cuatro núcleos, que, combinados en sets de tres, producen sesenta y cuatro patrones diferentes, llamados «códigos». Los humanos tenemos veinte de esos códigos activados, que proporcionan toda la información genética, exceptuando tres códigos, que son los códigos de arrancar y parar como si de una computadora se tratase. Hasta ahora la ciencia ha considerado estos códigos desactivados como programas remotos que hoy en día no necesitamos. Pero aparentemente los niños índigo nacen con un potencial de activación de cuatro códigos más, que se denota en un claro fortalecimiento del sistema inmunológico.

Esto ha quedado demostrado en estudios realizados en la Universidad de California (UCLA). Algunos de estos experimentos han consistido en mezclar células de niños índigo con dosis letales de virus del sida y con células cancerosas, que no tuvieron efecto alguno en las células de los infantes. La conclusión es que estos pequeños nacen con un sistema inmunológico fortalecido, manifestando inmunidad a las enfermedades

Paoli destaca que los niños índigo tienen un nuevo estado de conciencia, nacen en cualquier clase socioeconómica, físicamente tienen ciertos rasgos característicos como, por ejemplo, son más delgados, tienen los ojos grandes, ligeramente abultado el lóbulo frontal, por lo general son zurdos o ambidiestros, comen poco e incluso algunos son vegetarianos, puesto que no soportan la carne. La psicóloga Paoli estima que en la actualidad esta nueva raza ya abarca el 80 por ciento de la población infantil mundial, por lo general en niños menores de diez años.

En cuanto a los más jóvenes, éstos se caracterizan por ser muy responsables, siempre y cuando estén conectados con su verdadero deseo a lo que realmente quieren dedicarse en su vida y no a lo que la familia o la sociedad les impongan. Si responden a esto último, pueden aparentar ser irresponsables por estar dispersos y enfocados en la búsqueda de aquello que les entusiasma. María Dolores Paoli dice al respecto: «Es como si tuvieran activa la ley de afinidad y un sexto sentido para saber si les resuena o no la cuestión.»

CAPÍTULO 3

El dorado secreto

Un amigo mío, M. M. G., fallecido hace quince años con casi noventa, al que me unía una fraternal amistad, practicaba el arte de la sanación por imposición de manos. Lo hacía de forma altruista, por entrega a la humanidad. También era un gran conocedor y practicante al mismo tiempo de la cábala y un experto en numerología (un conjunto de doctrinas según las cuales todos los aspectos del universo están asociados con los números y sus idiosincrasias). Había vivido en Inglaterra por imperativo laboral varios años (su noble rostro aparecía en productos de gran consumo) y durante más de cuarenta en México, donde, según me explicó, había conocido a chamanes que le habían enseñado dicho arte, al que se había entregado al comprobar que poseía ciertas facultades. Durante cuatro años fue invitado por el ya también fallecido gurú Sathya Sai Baba a pasar temporadas de varios meses en la residencia del avatar en Andhara Pradesh (India), donde compartían experiencias.

Recuerdo sus lecciones de numerología. Un día me habló del número 666, el número de la bestia. Decía que, al haberse identificado con el anticristo, se había perdido su verdadero significado, que era la aproximación al negativo de phi y a la proporción áurea. Explicaba que la confusión venía por el Libro de las Revelaciones (13-18), que dice: «Aquí está la sabiduría. Deja a aquel que posea entendimiento calcular el número de la bestia, pues éste es el número del hombre: su número es 666.» A partir de la frase «es el número del hombre», los místicos cristianos intentaron equiparar dicho número al anticristo con asociaciones artificiosas y rebuscadas. Anecdóticamente, el presidente Ronald Reagan y su esposa

Nancy cambiaron de dirección: del 666 de St. Cloud Road, en California, al 668, para evitar el fatídico número. También Quentin Tarantino, en su película *Pulp Fiction*, coloca el 666 en la combinación de la misteriosa maleta.

En varios de los viajes que realizamos juntos, mi amigo me había explicado con insistencia que el conocimiento de los sensibles que había tenido como maestros en México (durante el tiempo que estuvo en la sierra de Oaxaca tuvo relación con María Sabina) les venía dado por transmisión verbal a través de generaciones y a lo largo de cientos de años, y que el origen primigenio era de una civilización superior muy anterior a la cultura maya, que fueron conocidos como los «hijos de los dioses», y que hablaban unas treinta lenguas, todas las cuales tenían el mismo origen, una lengua protomaya de siete mil años de antigüedad. Según mi amigo, esta civilización creía que, antes de existir nuestro mundo, habían existido otros. Unas grandes catástrofes habían destruido esos mundos, de los que se conservaba parte del conocimiento, transmitido oralmente sólo a algunos elegidos para que no se perdiera. El mundo, según ellos, estaba dividido en tres partes, cada una de ellas gobernada por un dios: el cielo, la Tierra y el inframundo. Me explicaba que algunos de los cientos de glifos con más de tres mil años de antigüedad, escritos en los monumentos mayas, hacían mención a ese inframundo y que, si bien el alfabeto maya estaba en vías de ser descifrado, los mencionados glifos sólo eran interpretados por los nativos «sensitivos».

Se tienen referencias de que en Tepexpan (México) existió hace unos quince mil años, a finales del período glaciar (comprobado mediante el método del radiocarbono), una cultura denominada de San Juan, un tipo de hombre cazador de *Elephas primigenius* de raza dolicocéfala, que trabajaba la piedra y el hueso, aunque se desconoce casi todo lo referente a su cultura.

Mi amigo me sorprendió con sus facultades en multitud de ocasiones, y no dejó de sorprenderme hasta el día de su muerte. Una noche me llamó por teléfono, como a veces hacía (dormía muy pocas horas), sobre las tres de la mañana para comentarme un hecho sin importancia. Siempre he pensado que se despidió de mí: lo encontraron muerto al día siguiente en la cama.

Por otra parte, Jacques Bergier, en su libro *Los extraterrestres en la historia,*[1] relata lo siguiente:

> El concepto de una historia cerrada es relativamente reciente. Y por «historia cerrada» entiendo aquella cuyos acontecimientos aparecen como provocados por causas naturales o por causas humanas. Durante casi todo su pasado, la humanidad creyó que en la historia también intervenían causas exteriores, como seres sobrenaturales, dioses, demonios y hasta Dios. Al llegar el siglo XIX empezó a imponerse el concepto de una historia sin intervención exterior y cuya causalidad se limita tan sólo a nuestro planeta. Y, como muchas otras ideas del siglo XIX, ésta es discutible y cabe, desde luego, discutirla.
>
> Este libro tiene por objeto señalar las intervenciones exteriores producidas en la prehistoria y en la historia, cuyo origen resulta imposible atribuir a nuestro planeta.
>
> La concepción de este libro quiere ser exclusivamente racionalista, es decir, que las intervenciones de que hablaré son producto de seres inteligentes más poderosos que nosotros; de seres materiales que habitan en el espacio.
>
> No hablaré de las intervenciones llamadas «sobrenaturales» —sigue diciendo Bergier—, puesto que, sobre ese particular, cada uno tiene el derecho de poseer su opinión personal, ni tampoco hablaré de los platillos volantes.
>
> No tengo intención de aportar pruebas absolutas de intervenciones de extraterrestres en el curso de la prehistoria y de la historia de nuestro planeta. Otros investigadores que dispondrán de medios de información superiores a los míos lo harán, sin duda, antes de que termine este siglo. Por mi parte prefiero compararme a esos hombres originales que, antes de la aparición de *El origen de las especies*, publicaban unos libros singulares, de los que Darwin hizo la síntesis y que, en último término, le permitieron escribir el suyo. Entre estos escritores se encontraba, por cierto, su abuelo, Erasmus Darwin, cuyo libro *El dorado secreto* fue algo así como *El retorno de los brujos* del siglo XVIII.
>
> Por mi parte, me daré por satisfecho si mi libro consigue interesar a un número considerable de lectores. Quizá entre éstos se

encuentre algún Darwin del porvenir a quien inspire el deseo de profundizar más en el tema.

Para mí, la intervención de seres extraterrestres en nuestra historia no resulta más absurda que la de los microbios en nuestro estado de salud. Se trata, en ambos casos, de intervenciones no perceptibles para nuestros sentidos, pero que un estudio más detenido nos revela y que un análisis instrumental confirma. Así pues, el estudio de hechos extraños aquí reunidos por mí permitirá un día comprobar la intervención de seres venidos desde el exterior para modificar el curso de nuestra historia.

Charles Fort ha dicho: «Pertenecemos a alguien.» Yo voy más allá y afirmo que somos la creación de alguien, y llego a sugerir incluso que estamos vigilados y que quizá alguien interviene en nuestras actividades y en nuestra historia.

¿Por qué no hubo hasta ahora, y no lo hay aún, un contacto directo, abierto, entre ese «alguien» y nosotros? Esta cuestión ha sido muy discutida. Por mi parte, creo que estos contactos existen, pero que permanecen ocultos al conjunto de los hombres y que sólo se efectúan, en períodos muy concretos, con individuos muy adelantados, superiores a la media de sus semejantes.

En el origen de numerosos relatos tradicionales —termina Bergier—, advertimos sin duda alguna leyendas de esos contactos. Pero, como en este terreno no existe ninguna prueba formal, alguien debe empezar.

En casi todos los pueblos de la Antigüedad encontramos en sus manuscritos figuras y grabados, arcanos y juegos de palabras. Un ejemplo son los manuscritos bíblicos conocidos, llenos de enigmas y juegos de palabras, que nos han llevado a entenderlos de un modo totalmente erróneo, posiblemente, para que sólo pudieran acceder al conocimiento quienes estuvieran preparados para comprenderlos. Según Georges Contenau, el gran arqueólogo francés: «Era para dar a lo escrito un segundo y más profundo sentido, pero en parte también para hacer aún más misterioso el significado que ya de por sí resulta difícil de entender. Esto no ha de sorprendernos si tenemos en cuenta que el pueblo vecino de los egipcios en determinados casos empleaba una escritura secreta en lugar de jeroglífi-

cos, que realmente nos parecen un sistema bastante seguro. La literatura asiriobabilónica se muestra reacia a revelar sus secretos, pero, cuando se ve obligada a ello, procura hacerlo del modo más disimulado posible. Incluso cuando el escrito estaba destinado a los sacerdotes solía ir precedido, por temor a una indiscreción, de la siguiente forma solemne: "Los ritos que tú ejecutas puede verlos el discípulo, pero no ha de verlos el extraño, que no forma parte de los maestros del oráculo; de lo contrario, acortarías el número de sus días. El iniciado puede hablar con el iniciado. Pero el no iniciado no debe conocer tales cosas. ¡Eso constituiría objeto de abominación para Anu, Enlil y Ea!".»

En la Biblia encontramos la misma actitud: «¡Sólo el que sabe debe leer! ¡Mirarán y no verán, oirán y no entenderán!» Por su parte, Pauwels y Bergier escriben en *El retorno de los brujos*:

> Si la mayoría de los arqueólogos están de acuerdo en negar totalmente la existencia en el pasado de civilizaciones avanzadas y que disponían de medios materiales poderosos, la posibilidad de la existencia, en todas las épocas de la humanidad, de un reducido porcentaje de seres despiertos que utilizan las fuerzas naturales con «los medios de a bordo» difícilmente puede ser discutida. Pensamos incluso que un examen metódico de los datos arqueológicos e históricos confirmaría esta hipótesis.
>
> ¿Cómo habría comenzado ese despertar? Desde luego, se puede invocar las intervenciones de fuera. También se puede imaginar una interpretación puramente materialista, racionalista.
>
> Quisiéramos proponer esa interpretación. La física de los rayos cósmicos descubrió hace ya años lo que llaman «acontecimientos extraordinarios». Se llama «acontecimiento» en física cósmica a la colisión entre una partícula procedente del espacio y nuestra materia.
>
> En 1957, según apuntamos en el estudio que realizamos sobre la alquimia, se detectó una partícula excepcional, de una energía fantástica (energía que alcanzó 10 elevado a 18 electronvoltios, mientras que la fisión del uranio sólo produce 2 × 10 elevado a 8).[2]

Admitamos que sólo una vez, desde que nació la humanidad, una de estas partículas haya chocado con un cerebro humano. Quién sabe si las enormes energías desprendidas no pudieron producir una activación y si no nacería así el primer «hombre despierto».

Este hombre habría podido descubrir y aplicar técnicas para transmitir el estado de alerta. Esta técnica se habría prolongado hasta nuestra época bajo formas diversas, y la Gran Obra de los alquimistas, la Iniciación, sería acaso algo más que leyendas.

Evidentemente, nuestra hipótesis no es más que una hipótesis. No parece experimentalmente comprobable, puesto que no se puede siquiera concebir un acelerador artificial que produjese tan formidables, tan fantásticas energías. Todo lo que podemos decir es que el gran sabio inglés sir James Jeans escribió: «Tal vez ha sido la radiación cósmica la que ha hecho el hombre del mono.»

No hacemos más que completar estas ideas con datos modernos que sir James Jeans ignoraba y que nos permiten escribir: «Acaso son los acontecimientos cósmicos excepcionales de energías fantásticas los que han hecho del hombre el superhombre.»

Mensajes antiguos y símbolos comunes

Se han hecho interpretaciones bienintencionadas pero erróneas de los escritos, figuras, grabados y monumentos encontrados, algunos con miles de años de antigüedad, lo que nos ha llevado la mayoría de las veces a falsificar la realidad, a perder el horizonte del posible origen verdadero del mensaje. Como ya hemos dicho a lo largo de este libro, sigue siendo una asignatura pendiente el que equipos multidisciplinarios se dediquen a estudiar los miles de mensajes existentes en todos los museos del mundo.

El asiriólogo americano Edward Chiera pone un ejemplo sumamente sencillo: «Una vez oí el sermón de un orador sagrado muy bueno sobre las palabras con las que Jesús saludó a sus discípulos después de haber resucitado: "Se presentó Jesús en medio de ellos y les dijo: 'La paz sea con vosotros' (Jn. 20, 19)."

»El predicador insistía mucho en repetir a sus oyentes la frase: "La paz con vosotros." Continuamente hacía resaltar el significado de estas hermosas palabras de Jesús y la forma en que el resucitado Salvador había infundido consuelo y confianza en sus desolados discípulos, cómo había entusiasmado sus corazones y los había fortalecido.

»Sin duda, los feligreses, que escuchaban con gran atención, se quedaron muy satisfechos con las bellas palabras que el párroco les había dicho con relación a "la paz con vosotros" del Redentor cristiano. Sólo un orientalista no podía quedar satisfecho con ellas.

»Ya la fórmula de saludo "la paz con vosotros" sólo significa lo que el musulmán actual quiere expresar cuando dice "salaam alaikum". Ambas fórmulas de saludo se corresponden literalmente. Significa lo mismo que los simples saludos usados en Europa de "buenos días" o "buenas noches". Imaginemos que un oriental pronunciase sobre esto un sermón. Y, de este modo —nos dice el profesor Chiera—, un profundo estudio de la literatura cuneiforme asiriobabilónica reduciría ad absurdum muchas interpretaciones de la Biblia, bienintencionadas pero falsas.»

Por otro lado, la cantidad enorme de datos en registros y objetos dejada por los antiguos egipcios nos permite conocer cómo vivían y el conocimiento que habían alcanzado en el campo de las artes y las ciencias. Se conocen los nombres de todos los reyes hasta Menes o Narmer, que fue el unificador de las tierras del Alto y el Bajo Egipto, aproximadamente unos tres mil cien años antes de Cristo; su gobierno estaba centrado en la ciudad de Menfis, al principio del delta del Nilo. Las magníficas y misteriosas pirámides y demás construcciones espectaculares hoy son estudiadas con meticulosidad científica, sorprendiendo aún más si cabe cómo se pudieron realizar con los medios disponibles a su alcance. Actualmente, mediante técnicas forenses se han examinado los restos mortales de los gobernantes y de los ciudadanos eminentes de Egipto, conservados gracias a un proceso muy avanzado de momificación.

Los arqueólogos sostienen que desde los tiempos del rey Narmer hasta el siglo VII d. J.C., que posiblemente fue cuando terminó la práctica de embalsamar, se llegaron a momificar unos setecientos millones de cadáveres. Se cree que, a pesar del abrasador calor de

Egipto, varios millones de momias se conservan en cementerios y tumbas que todavía no han sido descubiertos. Las sorpresas científicas pueden ser espectaculares. Hace unos diez años fue descubierto un cementerio en la ciudad de Bawiti, al sureste de El Cairo, donde aparecieron más de diez mil momias.

A finales del año 1922, en el Valle de los Reyes, Horward Carter y lord Carnarvon abrieron la tumba de Tutankamón, el faraón niño de la XVIII dinastía egipcia (tres mil quinientos años antes de Cristo). Tutankamón contaba con nueve años de edad cuando fue proclamado faraón. Fue el sucesor del rey Sakare (Sakere), quien sólo gobernó durante tres años después de Akenatón, adorador del Sol.

En su infancia, el faraón niño llevaba el nombre de Tutanjatón, pero posteriormente decidió cambiarlo por el de Amón, renegando así del proscrito dios solar Atón y volviendo a los antiguos dioses de Egipto, es decir, a la tradición. Murió a los dieciocho años.

La prensa de todo el mundo se hizo eco del descubrimiento por la belleza y el valor de los tesoros encontrados (más de setecientos objetos) y por la llamada «maldición del faraón». A los pocos meses del descubrimiento, lord Carnarvon murió en un hotel de El Cairo a causa de una altísima fiebre producida por la picadura de un mosquito. También murieron otros amigos de lord Carnarvon y algunos sabios que en una u otra ocasión habían penetrado en la tumba del faraón. Incluso falleció la enfermera que había dejado solo al enfermo lord en El Cairo la noche de su muerte. No obstante, el otro descubridor, Carter, aún vivió diez años más y siguió trabajando en la tumba del faraón niño.

En la pared oriental de la cámara sepulcral de Tutankamón puede verse una escena de cortejo fúnebre. La momia real descansa en un ataúd sobre un féretro en forma de león, y el ataúd se encuentra encima de una barca que sorprendentemente es arrastrada por un trineo con cortesanos hacia la tumba. Es difícil dar una explicación al significado de la existencia de un trineo en Egipto.

El enigma se complica más aún porque en la tumba real de Ur, mil años más antigua, apareció también un trineo. En ambas tumbas aparecen toros, becerros, serpientes, vacas y leones, muchos de

ellos, figuras celestes. Conocidos historiadores del mundo antiguo se preguntan quiénes llevaron la sabiduría a Egipto. Algunas voces se hacen la pregunta: ¿fue Abraham, a quien la tradición atribuye el haber sido el creador de la astronomía? Puede que no. Cuando Abraham vivía en la Tierra, la astronomía era ya conocida desde antiguo. Comenzó mucho tiempo antes de la invención de la escritura, mucho antes del comienzo de la historia.

Pero, según Eric Zehren, lo que unió a Egipto con todo el Próximo Oriente, desde el Cáucaso hasta Canaán, pasando por Siria y Mesopotamia hasta la India, fue la común concepción del mundo y, a menudo también, el mismo valor de sus símbolos. ¿Acaso Abraham y sus descendientes no sabían nada de ello? Sí que sabían. ¿Acaso no danzaron en torno al Becerro de Oro todavía en tiempos de Moisés, siglos después de Tutankamón?

La yarda megalítica y otras medidas equivalentes

En la década de los setenta del siglo pasado, el profesor de ingeniería Alexander Thom causó una revolución en el mundo de la arqueología. Mantenía que había descubierto que las construcciones de los hombres del período tardío de la Edad de Piedra habían sido realizadas utilizando una unidad estándar de medida tan precisa que él podía identificar su valor fundamental, ya que el margen de error de esa medida era inferior al diámetro de un pelo humano.

La teoría de que esas civilizaciones primitivas prehistóricas hubieran podido llegar a tal precisión y todas con el mismo patrón era totalmente inaceptable para el mundo científico y para la mayoría de los arqueólogos, y los descubrimientos de Thom no fueron aceptados por creerse que se trataba de un error.

El ingeniero bautizó su descubrimiento con el nombre de «yarda megalítica», pero murió en 1985 a los noventa y un años sin haber podido explicar por qué los hombres del Neolítico, unos tres mil quinientos años antes de Cristo, habían tenido la necesidad de establecer una medida como ésa y, mucho menos, cómo podían reproducir esa increíble exactitud.

El ingeniero Alan Butler y el divulgador científico Christo-

pher Knight han demostrado la realidad de la yarda megalítica. En su libro *La primera civilización*[3] explican lo siguiente:

> Es indudable que la yarda megalítica es el resultado de una magnífica división de la circunferencia polar de la Tierra, tan magnífica como que un segundo de arco de la circunferencia mencionada contenga exactamente 366 de esas mismas yardas. Una vez definida la unidad por unos astrónomos obviamente dotados, estos antiguos científicos parecen haber creado un método infalible para que todos los maestros canteros pudieran disponer de su propia yarda megalítica.
>
> La simplicidad de todo el proceso es brillante, memorable y absolutamente precisa. Desde luego, al transferir la longitud del péndulo a una varilla de medición siempre habrá errores de apreciación, pero ése es el tipo de distribución del error comprobado por Thom. Debido a que una realidad física estaba en la base del proceso, todos los errores derivan de un valor central de 82,96656 centímetros. ¡Pura genialidad neolítica!
>
> Después de varios años de intensa investigación llegamos a un punto en el que sólo cabían tres posibilidades fundamentales para la yarda megalítica de Alexander Thom:
>
> 1. La unidad que Thom creía haber detectado en cientos de localizaciones megalíticas era un error de la manipulación estadística. El hecho de que la unidad que él definió (con una precisión del orden de una diezmilésima de milímetro) encajara con tanta precisión en la circunferencia polar terrestre y que fuera reproducible mediante el empleo del número astronómico clave 366 no eran más que dos casualidades. A partir de ahí, la hipotética geometría basada en una circunferencia de 366 grados no era real, y la equivalencia entre 366 yardas megalíticas y 1.000 pies minoicos era otra coincidencia.
> 2. La yarda megalítica de Thom era real aunque su fundamento científico todavía se desconocía, y nuestra interpretación se correspondía con los hechos sólo por casualidad.

3. Nosotros habíamos redescubierto el maravilloso sistema empleado para definir y reproducir la yarda megalítica.

Nuestras conclusiones, refrendadas por las de Archie Roy, profesor emérito de astronomía de la Universidad de Glasgow, se pueden resumir en:

a) Habíamos podido demostrar que la yarda megalítica era algo real y, utilizando el sistema geométrico basado en el número de rotaciones de la Tierra en un año, que derivaba directamente de la circunferencia polar terrestre.
b) Cuando comparamos los hallazgos del profesor Thom con los del pie minoico del profesor Graham, descubrimos que ambos parecían estar basados en el muy sofisticado sistema geométrico que parte de una circunferencia de 366 grados. La precisión de la correlación geométrica entre estas dos unidades, que aparentemente no tenían nada en común, hizo que diéramos por demostrada la preexistencia de un sistema en el que un segundo de arco de la circunferencia polar es igual a 366 yardas megalíticas y a 1.000 pies minoicos. También identificamos un método simple mediante el cual cualquiera, con unas instrucciones sencillas y empleando sólo unas herramientas y observación astronómica elementales, podía crear repetida y exactamente la yarda megalítica.

Butler y Knight se hacen la siguiente pregunta: «¿Es posible que haya habido un grupo sumamente avanzado que prácticamente diera el puntapié inicial a las primeras civilizaciones del mundo? De haber sido así, parecería que en el caso de la cultura megalítica pudiera haber fracasado, ya que la impresión que se tiene es que esa cultura se extinguió. Sin embargo, no ha sido así en la medida en que cualquier persona del mundo puede pedir una libra de manzanas o beberse una pinta de cerveza.»

Al respecto, los dos investigadores llegan a las siguientes conclusiones:

«1) Muchos distinguidos lingüistas admiten que hace unos quince mil años, aproximadamente, había un solo lenguaje en todo el planeta. Nuestros descubrimientos demuestran que muchas culturas compartían un mismo enfoque de las medidas y la geometría que aparentemente procede de una fuente común de más de cinco mil años.

»2) La civilización del valle del Indo, o cultura Harappa, del subcontinente indio, que data de 2.800 a. J.C., tenía una unidad lineal llamada "*gaz*" que ciertamente es muy similar a la yarda megalítica. Pensando que se trata de una casualidad, descartamos este hallazgo hasta que nos dimos cuenta de que las pesas cúbicas de piedra que utilizaba esa cultura se correspondían casi perfectamente con las del sistema británico.

»3) La vara española mide casi lo mismo que una yarda megalítica, así como también la antigua unidad japonesa llamada "*shaku*".

»4) El codo real era la medida fundamental del Antiguo Egipto, una unidad relacionada era el *remen*, que tenía una relación pitagórica con el codo.

»5) La Gran Pirámide de Keops fue construida usando una rueda de medición cuya circunferencia era una yarda megalítica.

»6) Los constructores del Antiguo Egipto también utilizaban una unidad principal de superficie, llamada "*setat*", que en general era empleada en forma de un cuarto de la misma. El área del *setat* es exactamente de 4.000 m^2, por tanto, un cuarto de *setat* es precisamente 1.000 m^2. La posibilidad de que esto sea una casualidad es infinitamente pequeña. Por otra parte, otros investigadores han destacado que el borde inferior del círculo, o anillo de Sarsen, en Stonehenge, al sur de Inglaterra, tiene un diámetro de 1.162,8 pulgadas, que corresponde con total precisión al cuarto de *setat* egipcio.»

Es una constante en casi todo nuestro planeta la aparición de construcciones y vestigios muy superiores a los conocimientos im-

perantes en la datación de los mismos. Parafraseando a Butler y a Knight, parece como si un grupo sumamente avanzado hubiera impartido clases magistrales a esas antiguas civilizaciones. Con toda seguridad, una de esas clases magistrales fue Stonehenge, que no es la construcción más grande de la Edad de Bronce, pero es sin duda la más espectacular, la más conocida por el aura mágica que desprende. Llamada vulgarmente el «círculo de gigantes», fue construida en el año 1800 a. J.C. Este anillo mágico está situado en el condado de Wiltshire, en la llanura de Salisbury, al sur de Inglaterra. No cabe duda de que fue el mayor planetario conocido de la Antigüedad, de una precisión astronómica sorprendente. Al amanecer del día 21 de junio, el solsticio de verano, el primer rayo de Sol incide sobre uno de los altares de este mágico observatorio. El recinto circular de piedra tiene unos cien metros de diámetro. La construcción se une con la orilla del río Avon por medio de una pista. Justo en el centro de la misma se levanta una piedra, conocida como «Piedra del Talón», por el pequeño hueco en su superficie; su peso es de más de treinta y cinco toneladas. Sin lugar a dudas, además de un observatorio astronómico, Stonehenge es un templo solar. Los druidas con toda seguridad usaron dicho templo como centro de poder en su gran aventura, que no era otra que la búsqueda de la cuarta dimensión.

Civilizaciones antiguas y conocimientos superiores

En 1200 a. J.C., un pueblo del que no se sabe su origen ni la causa de su desaparición se estableció en México. Se desconoce cómo tallaron y transportaron las enormes cabezas de rasgos negroides que se han encontrado en el territorio que dominaron. Desconocemos también el motivo por el que los olmecas cavaron zanjas pavimentadas con piedras semipreciosas y otros misterios sacados a la luz en las últimas investigaciones. Aparecieron de súbito, pues no existía un período anterior de avances escalonados. Su nombre, «olmeca», significa «hombre de goma», por los árboles de caucho de la zona donde habitaban. Si bien se cree que eran de origen chino, las diecisiete cabezas encontradas de piedra basáltica y grandes dimensio-

nes (algunas pesan hasta veinticuatro toneladas) tienen una marcada fisonomía negroide. La curiosa teoría del profesor Zecharia Sitchin describe a los olmecas como esclavos negros originarios de África que fueron llevados a México por los «annunaki, unos seres procedentes de un planeta llamado Nibiru», para que trabajasen en las minas de oro unos dos mil años antes de Cristo.

En 1973, el arqueólogo Michael Coe descubrió en San Lorenzo una piedra plana y delgada imantada de la que se determinó, tras su estudio en la Universidad de Michigan (Estados Unidos), que era una barrita de hematina de 3,5 cm de longitud, que, al ser depositada sobre un corcho flotando en agua o en mercurio, orientaba su eje hacia el norte magnético. Era una brújula olmeca. Se le calcula una antigüedad de más de tres mil años.

Las grandes zanjas de jade en el sitio arqueológico de La Venta muestran en su interior unos sofisticados espejos cóncavos, confeccionados con mineral de hierro cristalizado y con una curvatura y un pulimento extraordinarios. Posiblemente, su objetivo era dirigir los rayos solares hacia algún punto cuya finalidad se desconoce.

En cuanto al conocimiento y el uso de la brújula, es interesante el ameno relato de sus viajes por Persia[4] del ganador del Premio Kalinga de 1961 (el más importante a nivel mundial de divulgación científica), el escritor, periodista y académico Ritchie Calder (Forfar, 1906-Edimburgo, 1982):

> Cuando se viaja en los aviones modernos sobre Persia, camino de Teherán, se tiene la asombrosa impresión de que el terreno ha sido intensamente bombardeado. A través de miles de kilómetros cuadrados, huecos de cráteres agujerean el paisaje de manera extraordinaria como sólo puede haberse visto en los campos de batalla de la segunda guerra mundial. Los cráteres aparecen formando una línea regular, lo que haría pensar en las explosiones de rosarios de bombas, de no ser porque zigzaguean y están entrecruzados. Sin embargo, este extraño paisaje no es una manifestación moderna. Según todos los indicios, proviene de una antigua costumbre de Persia, que algunos naturales de este país, versados en la materia, aseguran que data de hace cinco mil años.
>
> Se trata del sistema *qanaat*, un método tan ingenioso como

laborioso de explotación del agua. Los *qanaat* pueden ser descritos como pozos horizontales o canales subterráneos con chimeneas verticales, que son los cráteres que tan peculiar aspecto ofrecen vistos desde el aire. Las chimeneas, que aparecen a intervalos de unos cuarenta y cinco metros de distancia, eran usadas, durante la construcción de los *qanaat*, para extraer los residuos de las excavaciones, pero servían también de respiraderos para permitir el paso del aire al interior. Desde luego, pueden ser usadas como pozos verticales para recoger agua del pozo horizontal. Tales canales subterráneos se idearon para llevar el agua de los arroyos estivales hasta las llanuras donde se carecía de dicho elemento. Podían tener una longitud considerable. El más largo que se conoce está cerca de Yezd y corre bajo tierra a lo largo de cincuenta kilómetros. En sentido vertical, el que tiene más profundidad se encuentra en Gunabad, al este de Persia, y mide trescientos metros. El promedio de profundidad de esos canales es de dieciocho metros. Se supone que existen en Persia unos cincuenta mil *qanaat* con una capacidad que varía entre quince y ciento cuarenta litros por segundo.

Los *qanaat* llevan el agua desde el lecho del manantial de las montañas hasta las llanuras, donde emergen como canales abiertos; actualmente son llamados *jubes*, amplias acequias que abastecen de agua a las granjas, los pueblos y las ciudades, incluyendo Teherán, la capital. El sistema legislativo que rige sobre las tierras y las aguas es muy complicado, pero en principio puede decirse que se trata de un pacto entre dos clases de propietarios: los dueños de las tierras altas, pero pobres, que poseen el agua, y los poseedores de las tierras ricas, que la necesitan. Por lo general, tienen la precaución de efectuar uniones entre ellos mediante el matrimonio.

En el tiempo de los reyes aqueménidas, el sistema de los *qanaat* fue fomentado y extendido como una forma de utilidad pública, especialmente durante el reinado de Darío. El *qanaat* parece haber sido una invención original persa. Que mucho necesitaban tal invención se observa cuando se recuerda que los primeros habitantes de aquellas tierras cultivaron los terrenos aluviales inmediatos al desierto, pues el subsuelo arcilloso impe-

día que las aguas de las montañas surgieran en forma de manantiales en la llanura. Aquellos primeros hidrólogos fueron lo bastante inteligentes para darse cuenta de la evaporación y de lo necesario que era conservarla bajo tierra.

A dondequiera que fuesen los persas en la expansión de su imperio, allí introducían los *qanaat.* Los encontramos en Beluchistán, en el norte de la India, en Afganistán, Siria, Chipre, el Neguev y Egipto. El sistema de *foggara* de Túnez y Argelia es similar, pero puede haber tenido un origen distinto.

Uno de los rasgos que caracteriza a los *qanaat* es el uso de una brújula que indica al *gafeer* (el jefe de los mineros) la dirección subterránea. Esta brújula primitiva consiste en el frotamiento de una aguja de hierro contra un imán. La aguja se apoya en un eje que, a su vez, va unido a un cuerpo oscilante para que la aguja imantada gire hacia el norte. Esto ha sido causa de serias discusiones sobre el lugar de origen de la brújula. Tales, el griego (que vivió hacia el año 600 a. J.C.), sabía que las gangas de hierro como las que se encuentran en Asia Menor, cerca de Magnesia (de aquí proviene la palabra *magnético*), podían atraer las partículas de hierro. No obstante, caben pocas dudas respecto a que los chinos desarrollaron agujas magnéticas en tiempos muy remotos. El descubrimiento parece ser consecuencia de la «adivinación geomántica» o práctica de arrojar objetos sobre un tablero y predecir el porvenir según el modo como caía el objeto. El empleo de la brújula en el *qanaat* es tan importante para el minero a quien indica la situación en que se encuentra en relación con un punto determinado de las montañas que uno se pregunta si los primeros *qanaat* y las primeras brújulas no aparecerían al unísono en épocas lejanísimas. Naturalmente, la piedra imán pudo haber llegado a Persia desde China.

Estas impresionantes construcciones siguen las pautas, de haber sido transmitido el cocimiento de su construcción, mediante lecciones magistrales de desconocidos profesores a sus primerizos alumnos los persas.

Relatamos a continuación otros ejemplos de lecciones magistrales transmitidas por los desconocidos superiores. En 1987, el

doctor Walter Alva descubre la fabulosa ciudad de Sipán en Perú, una cultura con más de dos mil años de antigüedad, con sus espectaculares tesoros. Al ser preguntado, el doctor Alva manifestó que en Perú quedan muchas más ciudades por describir que las que hay descubiertas, y la mayoría de ellas ya sabemos dónde están. Y es que, donde se ve una pequeña montaña, bajo ella están las ruinas de una pirámide o de un templo. Están en la selva, en el desierto y en la montaña. No se excavan muchas veces por falta de medios económicos, pero además de éstas se encuentran las ciudades perdidas que nunca se han visto, y sólo los lugareños hablan de ellas. Han pasado más de veinte años y el misterio continúa. ¿Qué interés puede haber en no investigar dichas ciudades, si se conoce su emplazamiento? ¿O quizá han sido investigadas y estudiadas y sus descubrimientos no han trascendido a la luz pública?

Sabemos también que los egipcios eran grandes conocedores de las artes y las ciencias, y que eran maestros en astronomía, matemáticas, medicina, ingeniería y arquitectura. Su cultura, además, era muy parecida a la tolteca (siglo IX de nuestra era), pueblo precolombino de procedencia desconocida, posterior a los mayas y anterior a los aztecas que vivió entre México y Centroamérica, y que envió delegaciones culturales en forma de pequeños grupos étnicos a los pueblos vecinos menos desarrollados para formarlos. Los sacerdotes españoles que acompañaban a Cortés se sintieron aterrorizados: los toltecas conocían el bautismo, la confesión y la absolución. La confesión era obligatoria por lo menos una vez en la vida. Conocían igualmente el rito de comulgar con reparto de ofrendas que estaban consagradas a Dios y que venía a significar para los participantes que comían de las ofrendas el perdón de todos sus pecados.

La religión tolteca se basaba en un principio espiritual y, según este principio, el ser humano es la materialización de una partícula divina, un pensamiento que comparten los hindúes. También los persas tienen una leyenda igual al pensamiento tolteca e hindú; dicha leyenda dice que, cuando Dios había creado la Tierra, el cielo y las estrellas con todos sus movimientos, estaba completamente feliz, pero sólo en un principio, ya que lo encontraba todo sin vida. Entonces tomó una parte de su espíritu y lo rompió en miles y

miles de pedacitos, que dejó caer sobre la Tierra para que al contacto con ella dieran vida a la materia; a partir de ese momento apareció la vida vegetal y, posteriormente, al tener con qué alimentarse, apareció la vida animal para dar paso luego a la vida humana.

El historiador e investigador español fray Bernardino de Sahagún describe al pueblo tolteca de la siguiente manera:[5] «Eran muy artistas e ingeniosos para todo lo que hacían. Todo era peculiar, de buen gusto y de calidad, incluso las casas que construían, que ellos decoraban interiormente con ciertas piedras pulidas verdes en forma armoniosa, lo mismo que con otras piedras pulidas y talladas que reunían en forma de mosaico. Ellos fueron los inventores del arte de formar mosaicos de plumas de aves de todos los colores, llegando a dar efectos maravillosos. Igualmente, los toltecas poseían una antiquísima ciencia relacionada con los efectos curativos de las hierbas medicinales, dejando a la posterioridad una lista de las mismas con sus efectos terapéuticos, hierbas que hoy en día son empleadas con magníficos resultados. Fueron los primeros médicos y los inventores de la medicina.

»De la piedra sabían tanto que era increíble, pues aun las piedras que se encontraban debajo de la tierra, o cristales que se hallaban incrustados o embutidos dentro de rocas mayores, eran descubiertas por su disposición natural y por sus conocimientos profundos. Eran tan extraordinarios los toltecas que no se les escapaba ningún conocimiento de la mecánica, pues en todos los ramos técnicos eran sobresalientes. Eran pintores, picapedreros, carpinteros, albañiles, grabadores y artistas en labores con plumas de colores, cerámica, tejidos e hilos.

»Eran tan avanzados en la astrología que fueron los primeros que contaron todos los días del año y fueron ellos los que establecieron el primer calendario. Conocían el arte de interpretar los sueños. Además, conocían todas las estrellas del cielo, como también sus movimientos y sus influencias. Eran hombres buenos, virtuosos, más altos que los aztecas, buenos cantantes y bailarines. Empleaban tambores y maracas (cascabeles grandes de madera) para acompañar sus bailes y danzas. Eran buenos músicos creando melodías y canciones de memoria. Eran creyentes y grandes oradores.»

Por otro lado, el enigma de las ciudades perdidas en Latinoa-

mérica ha sido y es la asignatura pendiente de todos los investigadores y exploradores. El profesor Oscar Fonck Sieveking (1901-1997), en su libro *Construyamos arcas*,[6] abrió varios caminos muy importantes en cuanto a la solución del enigma. El doctor Francisco Fonck Foveaux, antepasado del profesor Fonck Sieveking, médico alemán comisionado en el año 1954 por el gobierno de su país para servir de consejero a los colonos germánicos radicados alrededor del lago Llanquihue (Chile), tuvo ocasión de tratar a la población indígena, con lo que pudo ahondar en el carácter de la misma y atesorar las leyendas que llegaba a conocer directamente de labios de los caciques. Una de las leyendas relataba la existencia de una gran ciudad de piedra en que vivían hombres barbudos de raza blanca, felices en su alejamiento de todo problema. Desgraciadamente, ningún indio sabía precisar la situación geográfica de esa fortaleza, ni los caminos que podían seguirse para alcanzarla. Algunos indios aseguraban que se trataba de cristianos que deseaban reunirse con gente de su religión.

El profesor Oscar Fonck cuenta que su antepasado pudo obtener el manuscrito de una obra de viaje escrita por fray Francisco Menéndez, un valeroso misionero y clérigo que había efectuado viajes aventureros a territorios desconocidos, llevado por el afán de salvar el máximo posible de almas al convertir a los indios al catolicismo. Como se trataba de viajes efectuados a través de territorios enteramente desconocidos para los europeos, de indudable interés etnológico y geográfico, el doctor Fonck tomó la determinación de publicar esta obra, pero, para hacerlo en la debida forma, se decidió a repetir la hazaña del misionero Menéndez, lanzándose a la aventura con su buen amigo Fernando Hess. Este azaroso viaje fue coronado por el éxito, ya que permitió a los exploradores que partieron desde el lago Llanquihue llegar al lago Nahuel Huapi y al sur del mismo, tomando apuntes cartográficos y geológicos. Bautizaron con los nombres de Fonck y Hess los lagos que existen al sur del citado lago Nahuel. Con estos encuentros daban validez a la obra del padre Menéndez.

Desgraciadamente, el padre Menéndez no llegó a encontrar la ciudad perdida, ni tampoco la encontraron Fonck y Hess. En el año 1655, la expedición del padre Menéndez, guiada por el indio

llamado Nahuelguin, que decía que había estado en la «ciudad encantada de los césares», no pudo llegar a ella debido a la complicación de atravesar los grandes bosques vírgenes con que se encontraron, pantanos entre lagos y montañas, todo en un territorio enmarañado y carente de caminos en el cual era fácil perderse. Las expediciones posteriores de Fonck y Hess se encontraron con las mismas dificultades, y nunca llegaron a dar con la «ciudad encantada», aunque siempre tuvieron la convicción de que existía.

Algunos cronistas hispanos hacen referencia a un colegio espiritual formado por doce miembros renüs (según la tradición, grupo de elegidos conocedores de la sabiduría espiritual del divino maestro Marepuantü) que se salvaron del diluvio en la cima del monte Trengtreng. Ese colegio espiritual tiene su sede en la «ciudad dormida», «ciudad de los césares» o «Ll'mll'm», una ciudad invisible en la cordillera andinopatagónica. Se dice que está presidido por el mismo Marepuantü, y que en el fin de los tiempos, cuando vendrá otro gran diluvio acompañado de terremotos, vulcanismo y maremotos, ellos saldrán nuevamente a esparcir la semilla de la sabiduría espiritual y a poner el mundo «en orden», pues ahora todo está revuelto formando un terrible caos.

El cronista Diego Andrés de Rocha tuvo contacto personal con caciques quechuas y aymarás, y en sus obras confirma la existencia de la enigmática ciudad. No podía tratarse de Machu Picchu, ya que esta fortaleza fue conocida como refugio de los últimos incas e incluso fue visitada por sacerdotes españoles. Aparte de eso, todas las leyendas coinciden en relatar que se trataba de una ciudad o fortaleza habitada por hombres barbudos y blancos. Que los indios hablan de estas fortalezas como si estuvieran encantadas se explica por el hecho de que dicen que en su interior se oyen ruidos raros, terroríficos.

José Wolf, de la Sección Filológica del Museo de la Plata, pudo localizar las ruinas de una de estas ciudades a orillas del lago de Cardial (Argentina). Esta fortaleza en ruinas se encontraba a unos cuatrocientos kilómetros al sur del punto en que fue buscada por los exploradores Menéndez, Hess y Fonck, lo que demuestra una vez más que las leyendas a menudo tienen una base de veracidad.

Wolf relata que las ruinas del lago Cardial son de una ciudad

de unos 148 metros de largo y tienen una altura de 11,50 metros. Están decoradas con esculturas que demuestran un alto desarrollo artístico. Son vestigios de una civilización de alto nivel que existió allí y que desapareció sin saberse el motivo hace muchos años. Asimismo, Wolf dice que encontró más al norte, a orillas del río Santa Cruz, una quebrada cubierta de inscripciones de unos setecientos u ochocientos metros de largo. Es de suponer que allí está escrita la historia de este pueblo desaparecido. Wolf añade que a poca distancia de las ruinas megalíticas encontró huellas de un pueblo troglodita cuya antigüedad calcula en unos treinta mil años. Es de suponer que se trataría de restos de las poblaciones autóctonas americanas.

El referido explorador encontró en Última Esperanza, en el interior del territorio brasileño, otras ruinas megalíticas a las que llamó «Ciudad Encantada». En ella halló los restos de una torre circular que denominó «Casa del Dios Sol».

Alrededor del lago de Cardial, en Argentina, vivían los indios tehuelches, que relataban lo siguiente acerca de los primitivos habitantes de esa ciudad en ruinas: «En tiempos remotísimos vivían allí los keukunk, que eran de alta estatura.» En otras civilizaciones encontramos también esos característicos hombres de gran estatura; recordemos, por ejemplo, los guanches de las islas Canarias.

Las casas lacustres encontradas en el río Píndaro son iguales que los encontrados en los lagos europeos. Cuando los españoles llegaron a lo que hoy es Venezuela, le pusieron ese nombre debido a su similitud con la ciudad de Venecia. Del lago Cajary se extraen a menudo objetos de piedra verde que se consideran como amuletos de alto valor. También se encuentran este tipo de objetos en Asia, en especial en China y Mongolia.

Los indios toqui hablan de una civilización al este de sus posesiones en la vertiente del río Xingú, una antigua ciudad megalítica que nunca ha sido encontrada, cerca de la cual vivían los crueles indios suya. El coronel Fawcett, el famoso explorador, desapareció en una expedición que partió para encontrar dicha ciudad. Fawcett había conseguido una piedra tallada procedente de la ciudad megalítica en la que podía verse un hombre vestido con una especie de toga y unas sandalias; la piedra desapareció con el coronel. En esa

misma región del río Xingú han aparecido esculturas y relieves en rocas, así como pictogramas y jeroglíficos muy parecidos a los fenicios. El coronel Fawcett aseguraba que existían dichas ciudades fantasma, y que su cultura era muy superior a la de los salvajes indios que habitaban las zonas colindantes. Tenían escritura propia, usaban unos amuletos desconocidos en su estructura (sólo se sabe de ellos por referencias verbales), y eran de un tipo de piedra verde altamente cotizado. Los indios brasileños afirman que en el interior de esas grandes ciudades abandonadas y perdidas en la selva existen «luces eternas» para las que no encuentran explicación. Asimismo, se han encontrado restos de ciudades de antiquísimas civilizaciones en Linares (Chile) y en la zona de Hyanquivilov Calabozos. Estas referencias nos hacen pensar que es posible que civilizaciones anteriores a la nuestra supieran de algún tipo de energía desconocida hasta el momento para nosotros con la que movían las piedras con facilidad. Se especula con la existencia de algún tipo de pasta que tenía la facultad física de moldear las piedras.

Muchas son las ciudades misteriosas a lo largo del planeta de las que se tiene referencia verbal o escrita, y se siguen buscando con la esperanza de que se vayan descubriendo y, así, descifrar algunas de las grandes incógnitas que permanecen sin resolver, como la de Kitezh, en Rusia. Situada bajo el agua, es una legendaria ciudad desconocida que algunos días es visible desde la superficie.

Otro misterio es la ciudad de Itjtawy, en Egipto, de la que se cree que fue la capital de la XII dinastía. No se conoce su situación exacta, pero se está trabajando cerca de la moderna ciudad de el-Lisht, donde se cree que podría estar. Existen también referencias de la ciudad de Cleopatra, en la zona costera egipcia de Alejandría, aunque hasta la fecha no se ha encontrado. El escritor Grégoire Kolpaktchy, autor del *Livre des morts des anciens egyptiens*,[7] sentencia: «Y lo arcano de los días es conservado por la Tierra en sus vísceras.» En la India también hay datos de la existencia de la Ciudad Dorada, Dwarka, donde habitaba el dios Krishna.

Solas Boncompagni y Roberto Ricci[8] afirman que el Sahara fue antiguamente una zona de contacto con civilizaciones superiores, y explican que el gran centro de contacto fue Etiopía: «Etiopía era considerada por los antiguos como la tierra de los prodigios, de las

exhibiciones, de lo inverosímil, un país inmenso y fabuloso, habitado incluso por centauros con cuerpo de bestia y el busto humano (lo cual nos recuerda los orígenes del mito de los centauros y los monstruos hijos de los gigantes, presentes en toda la literatura de las antiguas civilizaciones del Oriente Medio), por jirafas que con su mirada y su aliento podían matar a los hombres (pensemos en el mito del dragón oriental). Incluso hoy, existe en Ruanda una raza de gigantes de más de dos metros de altura que viven entre los bantúes y que se jactan de tener lejanos orígenes. Estos gigantes tienen un ganado con cuernos muy grandes e inusuales, similares a los que podemos ver reproducidos sobre la cabeza de la diosa egipcia Isis o sobre el buey Apis. Encontramos así diversas tradiciones y el mismo culto histérico subyacente, como el culto astral de los antiguos pueblos libios, egipcios, hebreos, fenicios, hititas, persas y mesopotámicos; todos ellos tendrían su lejano origen en las montañas de la Luna de esta antigua tierra africana, habitada por los etíopes, que adoraban las diversas fases de nuestro satélite y las diferentes posiciones del Sol.»

Heródoto, cuando en su *Historia* describe a los etíopes longevos, habla de ellos prácticamente como si fueran descendientes de los hijos de los dioses, por su belleza y sus extraordinarios conocimientos. Refiere, asimismo, la forma excepcional de los sepulcros etíopes, que más tarde se repetirán en los sarcófagos egipcios.

La desaparición de todas estas culturas que acabamos de mencionar, algunas de ellas sorprendentes, pudo ser producida por algún fenómeno físico o meteorológico; civilizaciones enteras se desvanecieron y posiblemente las especies supervivientes mutaron. Restos de extraños objetos encontrados parecen demostrarlo, como relataremos más adelante.

La película de 1968 *El planeta de los simios*, protagonizada por Charlton Heston, narra cómo en el año 3978 una nave espacial procedente de la Tierra aterriza en un planeta desconocido. Los tripulantes descubren que la especie dominante son los simios; en cambio, los humanos están muy poco evolucionados y son tratados como ganado. Su protagonista, el coronel Taylor, descubre en su huida evidencias arqueológicas que indican una ciudad similar a Nueva York, hasta que descubre la estatua de la Libertad enterrada en la arena, lo que le demuestra que está en el futuro y que una

guerra nuclear ha acabado con todas las civilizaciones y ha hecho mutar a los simios en seres dominantes.

El Diluvio Universal

Casi todas las culturas hacen referencia al llamado «Diluvio Universal», que probablemente tuvo lugar hace más de cinco mil años. Existen más de trescientas versiones del Diluvio en más de cien lenguas, desde las leyendas americanas hasta la mayoría de los pueblos de Asia, la mitología hindú, la mitología griega, pasando por los países nórdicos de Europa, los celtas, Rusia, Mongolia o Sumatra. Curiosamente, una de esas leyendas cuenta que una carta de Saint-Yves d'Alveydre (maestro intelectual de Papus) a su alumno, basada en la sabiduría brahmánica que radicaba en la base del gran esquema de correspondencia universal, *L'Archéomètre*, y compaginada con la principal obra de Saint-Yves, *Mission des juifs* (1884), data el Diluvio Universal hacia el año 8400 a. J.C.

Un cataclismo de este tipo es la única explicación razonable a la desaparición de ciudades que tenían un conocimiento superior, ciudades que posiblemente eran un centro de energía de donde partían líneas que cubrían el territorio circundante hasta enlazar con otras ciudades por medios que desconocemos, formando así una gran tela de araña que cubría gran parte del planeta.

El Corán nos habla del Diluvio en varios suras. Tomemos el 54:9: «Abrimos la puertas del cielo a una agua torrencial, alumbramos fuentes en la Tierra y se encontró el agua según una Orden que se había decretado. Cargamos a Noé en el Arca hecha de planchas y ligámenes que corría bajo nuestros ojos.»

La Biblia es quizá más extensa al respecto (Gen. 6, 1-9, 17; 7; 9, 15 y ss; Sab. 10, 4; Eclo. 44, 17 y ss; 1 Pe. 2,5 y 3,20): «En el Génesis dice Dios: "Exterminaré de la faz de la Tierra al hombre que he creado..., voy a traer el diluvio, las aguas sobre la Tierra, para exterminar toda carne en la que hay hálito de vida debajo de los cielos, cuanto hay en la Tierra perecerá."» Seguidamente ordenó a Noé construir una arca donde resguardarse él y su familia, así como introducir una pareja de todos los animales vivientes que él designaría existentes sobre la Tierra. Las dimensiones del arca eran de

trescientos codos de longitud, por cincuenta codos de anchura y treinta de altura, y estaba compuesta de tres pisos. Teniendo en cuenta que un codo es igual a 43,18 cm, en el supuesto de que fuera rectangular el arca ocupaba una superficie en sus tres pisos de unos 8.500 m^2.

Existen actualmente más de un millón y medio de especies, sin contar insectos y peces, y el número se puede reducir aproximadamente a más de diez mil animales, según la selección que Dios había mandado escoger a Noé. Se debía almacenar, además, la comida necesaria para resistir los cuarenta días que Dios le dijo a Noé que duraría el Diluvio, más los días que tardó en secarse la tierra. Seguramente, para llevar a buen fin el mandato, debería haberse construido una arca de más de cien mil metros cuadrados, algo a todas luces imposible. Una explicación que se acerca más a la ciencia ficción que a una realidad objetiva es una teoría que oí en una tertulia científica en Londres: se trataría de que Yahvé hubiera proporcionado a Noé la técnica para conseguir los cromosomas de todos lo animales que había que conservar, para seguidamente crionizarlos y guardarlos congelados en el arca durante el tiempo necesario, para devolverlos a la vida cuando todo el peligro hubiera pasado.

El gran filósofo y filólogo Fabre d'Olivet (1767-1825), en su libro *Histoire philosophique du genre humain* (1822), dice: «El horrendo cataclismo que sumergió la Atlántida lo causó un movimiento súbito del globo terrestre que alcanzó de repente el Polo Boreal, que había quedado rebajado, y le hizo adoptar la posición contraria a la que había tenido antes. Con este movimiento, que quizá tuvo varias oscilaciones, la masa de agua que había estado sobre ese polo se deslizó con violencia hacia el Polo Austral, regresó al Polo Boreal y así fue varias veces al polo opuesto, hasta que al fin quedó fija, superada por su propio peso. La Tierra cedió en muchos lugares, especialmente donde cubría cavernas y pasajes profundos, y al caer abrió abismos inmensos en los que penetraron las olas con furia, sepultando los escombros que había arrastrado tras de sí y a la multitud de víctimas a las que había quitado la vida. El hemisferio este resistió más tiempo y sólo fue bañado, por así decirlo, por las olas que lo cruzaron sin detenerse; pero el otro se hundió por todas partes y quedó cubierto de aguas estancadas que perma-

necieron así largo tiempo. Todas las tierras australes, donde se supone que estaba la Atlántida, desaparecieron. En el polo opuesto, las tierras boreanas [sic] emergieron de las profundidades acuáticas y se convirtieron en la cuna de la raza blanca o boreana, de la que procedemos nosotros. Así que en cierto modo debemos nuestra existencia al desastre de la Atlántida. La raza negra, a la que denomino «*sudeana*», de origen africano —pues nació, como he dicho, en las proximidades de la línea equinoccial—, sufrió mucho por esta catástrofe, aunque infinitamente menos que la roja o la austral, que desapareció casi por completo.»

Tecnologías incompatibles con su tiempo

De esas ciudades mágicas desaparecidas, de esas culturas superiores, se han encontrado objetos cuya tecnología era incompatible, desacorde, con los conocimientos existentes en el pasado. Por ser un apartado muy interesante, en el capítulo 3 de la tercera parte de este libro haremos un breve inventario de algunos objetos interesantes. Sin embargo, adelantamos ahora algún ejemplo. En el museo arqueológico de Atenas se encuentra la llamada «máquina de Antiquitera», que fue descubierta muy cerca de la pequeña isla griega del mismo nombre, entre Citera y Creta. Fue hallada en 1901 en un navío hundido hace más de dos mil años, un barco que posiblemente formaba parte de un convoy que se dirigía a Roma con un tesoro robado en la isla con la finalidad de agasajar a Julio César. Los resultados dados a conocer por la Universidad de Cardiff a partir de los estudios realizados por los profesores Mike Edmunds y Tony Freeth demuestran que este ordenador astronómico está dotado de una tecnología impensable en la época en que fue construido, se cree que unos ciento cincuenta años antes de Cristo. Los trabajos de Edmunds y Free los han llevado a reconstruir el funcionamiento del mecanismo y a descifrar sus inscripciones mediante imágenes de alta resolución y tomografías en tres dimensiones. La máquina fue realizada a mano en bronce y contaba originariamente con treinta y siete engranajes de una extraordinaria precisión situados dentro de un recipiente de madera lleno de inscripciones que relacionaban los movimientos de los astros.

El físico y padre de la cienciometría (ciencia que mediante la bibliometría mide y analiza la ciencia), Derek John de Solla Price (Inglaterra, 1922-1983), después de más de quince años estudiando el ordenador, diagnosticó en su libro *Gears from the Greeks* (1974) que se trataba de una computadora astronómica capaz de predecir la posición del Sol y de la Luna en el zodíaco. Estudios posteriores sugieren que la máquina es mucho más adelantada, por lo que tendremos que esperar a las conclusiones a las que lleguen los actuales estudios llevados por el ministerio helénico de Cultura.

El profesor Leonidov Marmayaiyan, de la Universidad de San Petersburgo, descubrió en 1969 en una gruta situada en una región de Asia central numerosos esqueletos de neandertales de unos cien mil años de antigüedad. Uno de los esqueletos presentaba señales de una intervención quirúrgica. Un informe de la Academia de Ciencias de la antigua URSS describía que en la parte izquierda del esqueleto podían verse cortes en las costillas, y que por la limpieza de los mismos debían de haber sido efectuados por algún objeto cortante sumamente afilado. Su finalidad era abrir la caja torácica y efectuar alguna intervención en el corazón. El informe concluía que el paciente debió de vivir alrededor de cinco o seis años más, según el análisis del periostio, membrana calcinosa que se forma cubriendo los huesos y que se había regenerado alrededor de las costillas.

En 1961, los profesores Gritsai y Yasko encontraron en un yacimiento en Odesa (Ucrania) huesos de una antigüedad de un millón de años: huesos cortados y pulidos por instrumentos metálicos capaces de hacer cortes milimétricos que, según la revista *Smena*, fueron calificados e inventariados como bisturís.

Bruno Cardeñosa dice en su libro *100 enigmas del mundo*[9] que, en Rostov (Rusia), un minero encontró en 1993 un trozo de metal fundido compuesto de acero tratado con una aleación. Describe, además, que a orillas del río Vashka se halló un objeto metálico formado por una singular aleación de metales: cerio, lantano y neodimio. Era un objeto artificial, y su antigüedad se cifró en trescientos mil años. Curiosamente el cerio es un elemento muy escaso y se usa principalmente para fabricar como aleación piedras de mechero y también para el pulido de lentes, así como para fabricar imanes.

Evidentemente, en aquella época ni se fundía ni se aleaba el acero, ni mucho menos existían mecheros ni lentes de cristal.

En Nimrud, capital de la antigua Asiria, el arqueólogo Austen Henry Layard encontró una lente pulida de una pieza de cuarzo sin imperfecciones y de una calidad excepcional; a su alrededor se hallaron también restos de metal, lo que hace suponer que estuvo unida a algún tipo de montura, formando una especie de monóculo de forma tiroidea cuya finalidad era corregir el astigmatismo. Estas gafas son mil quinientos años más antiguas que las primeras gafas que se confeccionaron para paliar dicha deficiencia ocular.

En el Museo de Bagdad se encuentra un objeto verdaderamente sorprendente, una pila datada en dos mil años de antigüedad descubierta por el ingeniero alemán Wilhelm König en 1938. Se trata de un jarrón que contiene en su interior una pieza cilíndrica de cobre que rodea una varilla de hierro. König introdujo en un símil un líquido alcalino y el artefacto generó una corriente eléctrica de una intensidad de 1,5 vatios.

Los cientos de objetos hallados fuera de contexto son múltiples y variados, van desde implantes dentales de nueve mil años de antigüedad hasta una geoda de cincuenta mil años que cumplía las funciones de una brújula. Esta última fue encontrada en Olancha (California) en 1961; nada menos que cuarenta y siete mil años antes que la brújula sudamericana de San Lorenzo, la cual parecía ya algo excepcional.

La leyenda de la existencia de un tipo de lámparas perpetuas, conocidas desde la más remota antigüedad, está llena de contradicciones. Los estudiosos del tema ponen como ejemplo la Biblia, el libro del Éxodo 27, 20. Si bien ese capítulo habla de una ley perpetua de mantener encendida una lámpara en el tabernáculo, al principio del versículo 20 dice: «Ordenarás a los hijos de Israel que te proporcionen aceite puro de olivas machacadas para el alumbrado, para alimentar constantemente la lámpara», con lo que se confunde la lámpara perpetua con la ley perpetua de mantenerla encendida.

Las referencias a esas lámparas perpetuas son innumerables. A lo largo de la historia, numerosos historiadores, alquimistas y religiosos se han interesado por esas lámparas imposibles. Relacionamos a continuación la descripción de algunas de ellas.

Plutarco relata que, según los sacerdotes, en la entrada de un templo dedicado a Júpiter-Amón, una lámpara ardía de la más elevada antigüedad *(De defectu oraculorum; Licetus, cap. V).*

San Agustín (354- 430 d. J.C.) nos dejó la descripción de una lámpara maravillosa de un templo dedicado a Isis, en Egipto, que no se apaga ni con el viento ni con la lluvia *(De civitate Dei*, libro XXXI, cap. 6). Esta misma lámpara fue descrita también por Fortunius Licetus (*De reconditis lucernis antiquorum*, cap. VI, *e Isidorus, De Gemmis*).

Durante el reinado de Justiniano de Bizancio, en 527, al renovar un edificio antiguo en Edessa (Siria), se encontró en un nicho disimulado y tapado un crucifijo y una lámpara que habría ardido durante quinientos años (*Fortunius Licetus,* cap. VII, y Citesius en su *Abstinens consolentanea*).

En el año 600, en la isla volcánica de Nesis, cerca de Nápoles, en una tumba de mármol, se encontró un vaso con una lámpara cuya llama brillaba en una bombilla de cristal: cuando el cristal se rompió, la lámpara se apagó. La tumba databa de la era precristiana (*Licetus*, cap. X; Baptista Porta, *Magiae Naturalis*, libro XII, cap. últ.).

En 1610, Ludivicus Vives, en sus notas sobre san Agustín, contó que, en 1580, mientras su padre vivía, una lámpara encontrada en una tumba se rompió al cogerla. Una inscripción revelaba que tenía mil quinientos años de antigüedad (relatado también por Maiolus en su *Episcopus colloquies*). Asimismo, se han encontrado lámparas perpetuas en el Tíbet, Córdoba (España), Grenoble, Memphis, Yorkshire, Roma, Papúa y otros lugares del mundo. Por cierto, en 1669, el alquimista alemán Brand descubrió el fósforo intentando encontrar una explicación a las lámparas perpetuas.

El monte Calvario o «monte de la calavera» (su nombre proviene de la forma de calavera que presentan las rocas en una de sus laderas), situado a las afueras de Jerusalén, es el lugar donde Jesús fue crucificado. La leyenda dice que allí se halla enterrada la calavera de Adán. De ahí la variedad de cuadros de la crucifixión donde aparece una calavera a los pies de la cruz de Jesús. Con toda seguridad, parte de la leyenda de las calaveras de cristal proviene de ese hecho.

Las ruinas aztecas y mayas son los lugares donde se han encontrado la mayoría de las tallas. Están cortadas en forma de cráneo humano, aunque entre ellas varía la forma, el tamaño y el tipo de cristal. La más famosa de dichas calaveras es la Skull of Doom (calavera de la Muerte o del Juicio Final), descubierta por el explorador Mike Mitchell-Hedges, que explicaba que fue encontrada por su hija Anna en 1927 durante una expedición realizada a las ruinas mayas de la Honduras británica (Belice) en busca de la legendaria Atlántida. Los mayas de la zona explicaron que aquella calavera de cristal representaba uno de sus dioses. Siempre se había creído que así era, entre otras cosas, porque el cristal de cuarzo es muy difícil de datar. En estudios posteriores se ha llegado a la conclusión de que la calavera tiene una antigüedad de más de tres mil quinientos años, época anterior a los mayas, lo que deja fuera de lugar las explicaciones de los nativos.

La Skull of Doom tiene forma de calavera humana y una mandíbula móvil. La representación es anatómicamente perfecta y corresponde a un cráneo femenino, debido a su pequeño tamaño (12,7 cm de altura y 5 kg de peso). No se sabe cómo fue tallado, el cristal de roca presenta un alto grado de dureza, siete sobre diez en la escala de Mohs, de lo que se deduce que sólo mediante la fundición del mineral y la utilización de un molde, o mediante el tallado con diamante y luego pulido con polvo de diamante, se podría haber conseguido algo parecido.

En 1979, la familia Mitchell-Hedges entregó el cráneo a los laboratorios de Hewlett-Packard para su estudio. El cristal fue tallado en contra del eje natural del cristal, algo ilógico, ya que eso provocaría la rotura del mismo, aun usando láser. Tampoco se encontró que se hubieran usado herramientas en su confección. Existe la teoría de que pudo ser tallada por la utilización de los juegos de una desconocida planta que reblandecía la piedra.

El Museo Británico compró en el año 1898 a la sala de subastas Tiffany's de Nueva York, que a su vez la había adquirido en Sudamérica, una calavera de cristal tallada en una sola pieza por valor de ciento veinte libras. Al poco de ser adquirida, el parapsicólogo Scott Rogo se rodeó de un grupo de sensitivos con ciertos poderes psíquicos, quienes explicaron que, al contacto con la cala-

vera, sus poderes aumentaban de manera considerable. Rogo aseguró que esa clase de esculturas eran algo así como catalizadores de energía. No obstante, en estudios posteriores se ha puesto en duda su procedencia azteca y su antigüedad.

Las calaveras de cristal más conocidas y certificadas como auténticas son:

- Skull of Doom: descubierta en 1927 por la hija de Hedges en las ruinas mayas de Lubaantum, Belice.
- Maya: hallada en Guatemala en 1912 por Héctor Montano. Actualmente se encuentra en paradero desconocido.
- Lazuli: tallada en lapislázuli y descubierta en 1955 al norte de Perú por indígenas incas.
- Jesuita: se tiene noticias de ella desde 1534 y, al parecer, san Ignacio de Loyola la tuvo en su poder. Parece que tenía la facultad de atraer a los pájaros. La Compañía de Jesús lo niega.
- Shui Ting Er: tallada en amazonita, descubierta hace ciento treinta años por el arqueólogo chino Yeng Fo Huu en el suroeste de Mongolia.
- Océana: esculpida en cuarzo. Pertenecía a un campesino brasileño que vivía en una región remota de la Amazonia. Se cree que fue descubierta por indígenas nómadas de esta región.
- E.T.: descubierta en 1906 en Guatemala, es de cuarzo ahumado. Se caracteriza por la forma puntiaguda del cráneo y su mandíbula pronunciada. Tiene cierto aire no humano. Su actual propietaria es la holandesa residente en Florida Joke Van Dietan. Parece que tiene poderes curativos.
- Max: se trata de la mayor calavera de cristal conocida, y su peso es de ocho kilos. Sus propietarios, residentes en Houston (Texas), los señores Parks dicen que posee poderes de sanación, y que uno de sus anteriores dueños, el lama Norbu Chen, la empleó para rituales de sanación, al parecer con efectividad.
- Baby Luv: de cuarzo rosa, fue descubierta en 1700 por un monje del monasterio de Luov (Ucrania). La conservaban desde hace cientos de años.

Con toda seguridad, a lo largo del tiempo aparecerán otros objetos y mecanismos que dibujarán un conocimiento superior, un conocimiento oculto en la noche de los tiempos, un conocimiento que empieza a producirnos angustia y escalofríos, un conocimiento de un hombre superior que existió y del que nosotros somos unos insignificantes aprendices.

En el capítulo 3 de la tercera parte de este libro, «La resaca del futuro», ampliamos la relación de objetos y mecanismos con un pequeño inventario más que sorprendente.

CAPÍTULO 4

Unos componen y otros bailan

En el siguiente antiguo relato propongo un ejercicio de atención. Se trata de encontrar una situación o una actitud que no es lógica dentro del contexto de la historia, que no encaja con la realidad, en definitiva, que no tiene sentido, que está fuera de contexto. La mente humana acepta lo irracional como normal cuando un despliegue de acontecimientos de gran magnitud hacen eclipsar una realidad que está a la vista en primer plano y queda durante un tiempo sugestionada por lo acontecido. Sólo cuando se explica dónde está lo anómalo y las piezas del puzle encajan casi todas, la mente entiende la realidad y acepta la situación racional de lo acaecido, entonces da la conformidad, algunas veces con ciertas reservas. He aquí el relato:

La acción se sitúa en París, un domingo de agosto del año 1950, a las doce del mediodía. El lugar, el interior de la catedral de Notre-Dame. En un banco, asistiendo a la misa, sentados, un matrimonio de parisinos más o menos de la misma edad, alrededor de los sesenta años. El señor, atento a la celebración; la señora, también, abanicándose debido al sofocante calor de ese domingo, agravado por la humedad que emana el cercano Sena.

El señor empieza a cabecear y se duerme, entra rápidamente en un sueño profundo, donde se ve situado en el mes de agosto de 1789 en París, al lado de la prisión del Estado, la Bastilla, rodeado de una gran multitud de gente enfervorizada, con toda clase de utensilios y armas, que grita: «¡A la guillotina, a la guillotina!» De repente es cogido por un grupo de unas diez personas de entre la multitud, levantado del suelo y llevado en volandas hacia una gui-

llotina que está instalada a unos metros de distancia, mientras la gente sigue vociferando: «¡A la guillotina, a la guillotina!» Es colocado debajo de la cuchilla y, en el momento en que gritan «¡A muerte!», su esposa, que se ha dado cuenta de que está dormido por los rápidos e inquietos movimientos de su cuerpo, apoya el abanico que estaba usando en el cuello de su marido con la intención de despertarlo, justo en el instante en que la cuchilla de la guillotina desciende hacia él. El marido muere de un infarto, al coincidir el toque del abanico con la bajada de la cuchilla de la guillotina.

Todo el relato tiene sentido, excepto por una cosa: ¿cómo se puede saber lo que estaba soñando el marido?

Propongo ahora que los sucesos de gran magnitud acaecidos en Alemania durante el nazismo no sean aceptados como racionales y que, por consiguiente, eclipsen la realidad de lo sucedido, que sin duda está a la vista. Para ello, para disipar dudas, intentaremos llevar a primer plano alguno de los hechos menos conocidos.

Entrar en este tema después de la amplia y certera exposición que aparece en *El retorno de los brujos* me parece un atrevimiento por mi parte, pero algún nuevo dato salido a la luz con posterioridad me permite intentarlo sin cometer un sacrilegio. Por cierto, André Breton escribió que los libros se dividen en dos clases: «Unos son los que se leen cuando se viaja y otros los que hacen viajar.» Desearía que *El amanecer de los brujos* fuera lo que en su día fue *El retorno de los brujos*, un libro de la segunda clase, y que hiciera viajar al lector a unos espacios románticos, a un vuelo poético hacia el mundo de la ciencia, la historia y el arte; en definitiva, a un realismo fantástico.

Es sabido que la teosofía, como decía René Guénon, es una pseudorreligión. Los movimientos rosacruces modernos, la Golden Dawn, la masonería iniciática, la sociedad alemana Vril y el Grupo Thule forman, de alguna manera, una correa de transmisión de esa pseudorreligión. Siguiendo esa transmisión encontraremos iniciados como Hess, Haushofer y Hitler.

Con el fin de intentar entender qué no encaja en la realidad de lo sucedido, qué no es normal, qué no tiene sentido, cómo fue posible que un pintor mediocre[1] como Hitler llegara a través de un pequeño y mísero partido a gobernar uno de los países más pode-

rosos de la Tierra y estar muy cerca de gobernar el mundo, llevaremos, como hemos dicho, a primer plano a algunos de los compositores principales de la partitura.

Dietrich Eckart escribió a su amigo Karl Haushofer en 1923, poco antes de morir: «Siga a Hitler. Él sabe bailar, pero yo he compuesto la música. Le hemos dado los medios para que se ponga en comunicación con Ellos. No lamenten mi muerte. Yo he influido más en la historia que cualquier otro alemán.»

Hermann Rauschning, en su libro *Hitler me dijo*,[2] explica que éste hablaba un día con él sobre el problema de la mutación de la raza humana. Hermann le dijo:

—Pero usted no puede hacer más que ayudar a la Naturaleza, abreviar el camino que hay que recorrer. Es preciso que la propia Naturaleza le dé una variedad nueva. Hasta ahora, el ganadero ha logrado muy raras veces, en la especie animal, efectuar mutaciones, es decir, crear él mismo caracteres nuevos.

—¡El hombre nuevo vive entre nosotros! ¡Existe! —exclamó Hitler con voz triunfal—. ¿Le basta con esto? Le confiaré un secreto. Yo he visto al hombre nuevo. Es intrépido y cruel. Delante de él he tenido miedo.

Rauschning explica que, al pronunciar Hitler estas palabras, «temblaba con ardor extático».

El doctor Achille Delmas, especialista en psicología aplicada, describe que Rauschning le había pedido una explicación al hecho de que Hitler se despertaba por las noches lanzando gritos convulsivos, paralizado por el miedo, gimiendo: «¡Es él! ¡Es él! ¡Ha venido aquí! ¡Allí! ¡Allí! ¡En el rincón! ¡Está allí!» «Daba patadas en el suelo y chillaba. Lo tranquilizaron con masajes, diciéndole que nada extraordinario ocurría, se fue calmando poco a poco, durmiendo después muchas horas, siendo un hombre normal al despertarse.» El doctor Delmas diagnosticó que la psicología no era aplicable en este caso.

Karl Haushofer (Múnich, 1869-1946) fue militar de carrera, profesor de la academia de guerra y general del ejército a muy temprana edad. En octubre de 1908 fue enviado a Japón para organizar allí la Armada imperial. Hablaba correctamente japonés y pensaba que el origen del pueblo alemán estaba en Asia central. Pertenecía

a la Logia Luminosa, una logia masónica berlinesa también conocida como «Sociedad del Vril».[3] Asimismo, fue iniciado en una de las más grandes sociedades secretas budistas, y se obligó a suicidarse si fracasaba su misión: Haushofer mató a su esposa Martha y se suicidó según la tradición japonesa el 10 de marzo de 1946.

Fue él quien, basándose en sus conocimientos esotéricos de Oriente sobre la cruz gamada, tenida como mágica en muchas sociedades secretas, la eligió como emblema para el Partido Nazi de Hitler. Gran geopolítico, discípulo de Schopenhauer, admirador de los jesuitas, militar de gran cultura, sensitivo, de un psiquismo elevado, Haushofer posiblemente servía a unas plataformas secretas en la búsqueda de un tipo de gobierno mundial centrado en la espiritualidad. No es de extrañar la entrada en la segunda guerra mundial de Japón. Amigo íntimo de Rudolf Hess, éste había sido ayudante de Haushofer en la época en que era catedrático de la Universidad de Múnich. Cuando Hitler es encerrado en la cárcel de Landshut tras el fallido levantamiento, Hess le presenta al profesor Karl Haushofer, quien lo visita diariamente y le explica sus teorías y planteamientos para llegar al poder y conquistar el mundo. Hess le comunicó a Haushofer que había tenido un largo sueño en el que lo veía volando a Inglaterra. En cambio, fue el propio Hess el que voló el 10 de mayo de 1941 hacia Escocia y, a partir de ese momento, Haushofer y sus hijos cayeron en desgracia ante Hitler. Hess fue juzgado en Núremberg y condenado a cadena perpetua. Perdió la conciencia y murió en Spandau a los noventa y tres años. En sus momentos de lucidez repetía constantemente: «¡Haushofer es el mago, es el mago, es el amo oculto!»

Dietrich Eckart nació en 1968 en Neumarkt (Baviera, Alemania), en el seno de una familia acomodada. No terminó los estudios de derecho, sino que se dedicó de muy joven a la escritura pero no tuvo éxito y trabajó con bastante reconocimiento como periodista en publicaciones bávaras de contenido conservador. Sus artículos contra los judíos y el marxismo fueron tomados por el *Deutsche Arbeiter-Partei* (Partido Obrero Alemán, DAP) como ideología propia. Eckart se incorporó en seguida al DAP. Fue el impulsor de la compra por parte del partido del periódico *Völkischer Beobachter*, del que fue su primer director. Detenido en noviembre de 1923 por

su implicación en el Putsch de Múnich, falleció un mes más tarde en Berchtesgaden (Alpes bávaros), con los pulmones quemados por la iperita (gas mostaza). Antes de morir regaló su piedra negra, un meteorito, que llamaba «de la Kaaba» o «de La Meca», ante la que recitaba sus oraciones, a su amigo el profesor Hermann Oberth. También envió un largo memorando a su amigo Karl Haushofer en el que le decía que sus asuntos estaban en orden, que iba a morir pero que la «Sociedad Thule seguiría viviendo y cambiaría el mundo y la vida que hay en el mundo». Hitler cierra su libro *Mi lucha* con unas palabras de agradecimiento a su maestro Dietrich Eckart.

Aun siendo bastante diferente de Hitler en el plano intelectual, e incluso en el físico, Eckart entabló amistad con él y se preocupó de formarlo, sobre todo en los fundamentos de la oratoria y en los métodos de sugestión. Al mismo tiempo, Eckart intentaba transmitir su filosofía política a la Sociedad Thule.

En 1919, Hitler se afilió al Partido de los Trabajadores Alemanes, de ideología nacionalista radical y antisemita. No ingresó, como se cree, por la ideología del mismo, un partido nuevo creado meses antes por Anton Drexler, un mecánico ferroviario, y formado por un grupito apenas conocido. Por el contrario, Hitler sabía que detrás del Partido de los Trabajadores Alemanes estaba su fundadora, ideóloga, protectora y fiadora, la Sociedad Thule, la más poderosa organización secreta de Alemania, cuyos orígenes estaban en la Germanen Orden, otra organización también poderosa fundada en 1912 y sustentada en toda Alemania por logias masónicas. El Grupo Thule era conocido como un círculo literario dedicado al estudio de las tradiciones y costumbres alemanas. Aunque su finalidad al principio era el estudio del ocultismo, el esoterismo y el mundo iniciático, conocimientos transmitidos por su fundador, también tenía influencias de otros ocultistas como la Sociedad Teosófica de Helena Blavatsky y las teorías de Jörg Lanz von Liebenfels y Guido von List. Su finalidad fue cambiando con el tiempo, y se convirtió en un centro ideológico y de poder político y económico. La Sociedad Thule fue fundada el 17 de agosto de 1918 por Adam Alfred Rudolf Glauer, conocido como barón Von Sebottendorff (Silesia, 1875-Turquía, 1945). A los veintidós años encontramos a su fundador en El Cairo, donde reside trabajando durante tres años y establece contacto con

el misticismo islámico y se interesa por la teosofía y la masonería. Posteriormente viajó a Turquía, donde conoció los derviches Mevleví e ingresó en la orden sufí Bektashi. La familia judía de los Temundi lo protegieron, le enseñaron la cábala y lo dejaron trabajar en su gran biblioteca, fundamentalmente de textos alquímicos, rosacruces y masónicos. Lo apadrinaron y fue iniciado en una logia del rito de Memphis, dependiente de Francia. Estas experiencias lo llevaron a una visión muy particular de la masonería y a la creación de unos sistemas de meditación y respiración muy particulares. Curiosamente, heredó toda la fortuna del barón Heinrich von Sebottendorf, de donde tomó el nombre y se nacionalizó turco.

En 1916, en Múnich, era ya líder de la rama baviera de la Germanen Orden. A los dos años, como se ha dicho, fundó la Sociedad Thule, donde el mismo día de su creación se iniciaron treinta miembros, y la nueva sociedad comenzó a funcionar con reuniones, conferencias y excursiones semanales. Compró por cuenta de la Germanen Orden la editorial Franz Eher Verlag y el periódico *Münchener Breobachter*, que, a partir de 1919, se llamó *Volkischer Beobachter* (el diario del NSDAP). Dejó escritos dos libros: *La práctica de la auténtica masonería turca: la clave para la comprensión de la alquimia*, y *El talismán de los rosacruces.* Volvió a Alemania en 1933 y publicó un ensayo llamado *Antes de que Hitler llegase: documentos de los primeros días del nacionalsocialismo*, que tuvo en su segunda edición un gran éxito al ser prohibido por el régimen. El libro señala la relación entre la Sociedad Thule y el NSDAP, y afirma que doce puntos del programa de Thule eran igual que veinticinco puntos del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán, y todo ello con una gran correlación con el *Mein Kampf* de Hitler. Tuvo que exiliarse a Turquía, donde murió.

Sebottendorf tomó el nombre de Thule de la mitológica Tierra del Norte, la antigua Última Thule, considerada como origen de la raza germánica. Esta misteriosa isla, mencionada en textos antiguos y situada en el Atlántico Norte, fue identificada por los tratadistas de la raza aria como Hiperbórea. Algunos grupos la identifican con la Atlántida.

La Sociedad Thule llegó a tener 1.750 iniciados en Baviera pero, al igual que ha sucedido a lo largo de la historia con otras

sociedades secretas, lo importante no era el número, sino la calidad de sus adeptos. Entre ellos había importantes hombres de negocios (el propietario de Las Cuatro Estaciones, el mejor hotel de Múnich, por ejemplo, donde se reunía la sociedad más influyente de la ciudad), los industriales más influyentes de la región, aristócratas reales de los Wittelsbach, abogados, jueces, cirujanos, médicos, profesores de universidad, científicos o policías.

El símbolo de Thule era la cruz gamada, y su divisa: «¡Recuerda que eres alemán! ¡Mantén pura tu sangre!» Sólo podían ingresar en la sociedad quienes demostraban su pureza racial al menos de tres generaciones. Thule subvencionaba al ejército libre Oberland, un regimiento bien armado compuesto de dos mil hombres (se han encontrado registradas constantes donaciones de entre treinta mil y setenta mil marcos).

La sociedad no tenía mucho interés en el Partido de los Trabajadores Alemanes, pero de repente sus miembros empezaron a adherirse al movimiento político. Dietrich Eckart, iniciado en Thule, se afilió al Partido de los Trabajadores, y allí conoció a Hitler, en el que en seguida vio al líder carismático y al médium. Hitler hablaba como un vidente, se había fabricado una terminología personal, una biología mística que era la base de su discurso político. Decía: «La especie humana sufría desde su origen una prodigiosa experiencia cíclica. De un milenio a otro, pasaba por pruebas de perfeccionamiento. El período solar del hombre tocaba a su término, ya podían descubrirse las primeras muestras del superhombre.»

En *El retorno de los brujos*, Pauwels y Bergier dicen: «Hitler nació en Braunau del Inn el 20 de abril de 1889 a las cinco y media de la tarde, en el 219 de Salzburger Vorstadt. Ciudad fronteriza austrobávara, punto de contacto entre dos grandes estados alemanes, fue más tarde para el Führer una ciudad símbolo. Posee una tradición singular: es un criadero de médiums. Es el pueblo natal de Willy y Rudi Schneider, cuyos experimentos psíquicos causaron sensación hace una treintena de años. Hitler tuvo la misma nodriza que Willy Schneider. Jean de Punge escribía en 1940: "Braunau es un centro de médiums. Uno de los más conocidos es madame Stokhammes, que, en 1920, se casó en Viena con el príncipe Joaquín de Prusia. Un espiritista de Múnich, el barón de Schrenk-

Notzing, hacía venir a Braunau a sus médiums, uno de los cuales era precisamente primo de Hitler."»

El ocultismo enseña que, después de haberse atraído las fuerzas ocultas por medio de un pacto, los miembros del grupo no pueden evocar esas fuerzas más que por mediación de un mago, el cual no puede actuar sin un médium. Todo ocurre como si Hitler hubiese sido el médium y Haushofer el mago.

Rausching, al describir a Hitler, dice: «Forzoso es pensar en los médiums. Casi siempre son seres corrientes, insignificantes. Súbitamente, les caen como del cielo unos poderes que los elevan muy por encima del nivel común. Estos poderes son exteriores a su personalidad real. Son visitantes venidos de otros planetas. El médium es un poseso. Una vez liberado, vuelve a caer en la mediocridad. Indudablemente ciertas fuerzas llegan a Hitler de esta forma; fuerzas casi demoníacas de las cuales el personaje llamado Hitler no es más que la vestidura momentánea.»

Las descripciones siguientes de algunos personajes que rodearon a Hitler nos confirman su transformación en determinados momentos en otra persona:

François Poncet: «Caía en una especie de trance de médium. Su rostro tenía una exaltación extática.»

Strasser: «Quien escucha a Hitler ve surgir de pronto al Führer de la gloria humana. Aparece una luz detrás de una ventana oscura. Un señor con un cómico pincel por bigote se transforma en arcángel. Después, el arcángel levanta el vuelo; y ya no queda más que Hitler, que se sienta, bañado en sudor y con los ojos vidriosos.»

Bouchez: «Yo contemplaba sus ojos, que se habían convertido en ojos de médium. A veces parecía producirse un fenómeno de ectoplasmia: algo parecía habitar en el orador. Se desprendía un fluido. Después volvía a ser el hombre pequeño, corriente, incluso vulgar. Parecía fatigado al agotarse sus acumuladores.»

Todas las crónicas coinciden en que, cuando Hitler se dirigía a las grandes masas que lo escuchaban, se transformaba: sus gestos, la fuerza de sus palabras, hasta sus facciones cambiaban. Su poder de sugestión, su magnetismo era tan fuerte que casi nadie podía escapar a su influjo.

Y, ahora, permítanme este pequeño atrevimiento personal so-

bre la sugestión. Mi hija Isabel es arqueóloga. Ella y mi hijo Sebastián son músicos. Mi otra hija, la pequeña Helena, hace sus pinitos coqueteando con varios instrumentos. Isabel es profesora de arpa y Sebastián de trompa. Hago esta familiar explicación para introducir un pasaje sucedido en un gran teatro de Estados Unidos, «relato ficticio», al que mi hijo tiene una cierta inclinación por la enseñanza que se desprende del mismo, respecto a que se debe mesurar y analizar el poder de la sugestión, que no es otra cosa que el componente principal de la hipnosis. La historia dice así: El teatro estaba completamente lleno, el programa era superior: Haydn, Dvorak y Kraft interpretados por la Los Angeles Philarmonics Orchestra, dirigida por Herbert von Karajan. Más de mil personas en la platea, amén de unas quinientas en el primer piso, entusiasmadas, transportadas por los acordes de la Sinfonía n.º 7 en re menor, op. 70, de Antonin Dvorak.

De repente, a los lados y al fondo de la amplia sala empiezan a verse pequeñas columnas de un humo espeso y oscuro; un fuerte olor a quemado hace que el público se inquiete. Al instante, una gran llamarada aparece al fondo de la sala. El público se levanta de las sillas y se queda estático sin saber qué hacer, algunos ocupantes de las primeras filas echan a correr desesperadamente por el pasillo central. El pánico empieza a cundir entre la gente. El director ha interrumpido la función.

La atractiva figura de un músico se ha abierto paso entre los atriles y se ha situado rápidamente al frente del escenario, como si de un dios salido del Olimpo se tratara. Es el primer trompa, que, con su gran estatura y su impresionante y potente voz, grita:

—¡Silencio! ¡Que nadie se mueva de su sitio! ¡Todo está controlado!

A pesar de que el humo es cada vez más abundante, el público, sugestionado por la presencia y la voz del músico, se queda quieto en su sitio.

—En los casos de incendio —continúa gritando el trompa—, la mayoría de las muertes se producen por asfixia, cuando se arrollan unos a otros y, al mismo tiempo, los cuerpos taponan las salidas. Con orden, fila por fila, irán evacuando la platea y el piso superior por los laterales y el centro de la sala.

La inmensa mayoría de los asistentes murieron quemados y también gran parte de la orquesta. El director y el primer trompa se salvaron al poder salir por la trampilla donde se instala normalmente la concha del apuntador.

El ascenso de Hitler

Hermann Rauschning, que perteneció al Partido Nazi desde 1926 hasta que lo dejó en 1934, cuenta en su libro *Hitler me dijo* (1939): «Cuando Hitler se dirigía a mí, intentaba explicar su vocación de anunciador de una nueva humanidad en términos racionales y concretos. Decía: "La creación no ha terminado. El hombre llega claramente a una fase de metamorfosis. La antigua especie humana ha entrado ya en el estadio del agotamiento. La humanidad sube un escalón cada setecientos años, y lo que se juega en esta lucha, a plazo más largo, es el advenimiento de los Hijos de Dios. Toda la fuerza creadora se concentrará en una nueva especie. Las dos variedades evolucionarán rápidamente en sentido divergente. Una de ellas desaparecerá, y la otra florecerá. Será infinitamente superior al hombre actual. ¿Comprende ahora el sentido profundo de nuestro movimiento nacionalsocialista. El que sólo comprende el nacionalsocialismo como movimiento político no sabe gran cosa de él."»

Eckart introdujo en la filosofía de la Sociedad Thule la consigna de que había llegado el momento de buscar un gran caudillo para Alemania. Cuando nadie conocía a Hitler, describió en un café al hombre que tenía que liderar el país: «Debemos tener como jefe a un tipo que no tiemble ante el tableteo de una ametralladora. Hay que dar a la chusma un buen espantajo. Un oficial no serviría; el pueblo ya no los respeta. Lo mejor de todo sería un obrero que hubiese sido soldado y supiese hablar. No haría falta que fuese muy inteligente; la política es el negocio más estúpido del mundo, y cualquier mujer del mercado de Múnich sabe tanto sobre ella como los hombres de Weimar. Yo preferiría a un estúpido y vano matón capaz de darles una jugosa respuesta a los rojos, y que no echase a correr cuando le apuntasen con la pata de una silla, a una docena de cultos profesores, de esos que se quedan sentados temblando y

con los calzones mojados, y debe ser soltero, después ya buscaremos a las mujeres.»

Empezó a cultivar a Hitler en todos los aspectos, cuidando su apariencia física y su indumentaria, así como su discurso, y llevándolo a los mejores cafés y restaurantes de Múnich. Lo presentó a la alta sociedad y a personas que respaldaban económicamente la Sociedad Thule. A Eckart lo ayudaba en su empeño otro miembro de Thule al que había presentado a Hitler, Alfred Rosenberg (Estonia, 1893-Alemania, 1946), arquitecto por la Universidad de Moscú y obsesionado por la pureza de la raza. Ingresó en el Partido Nazi y fue responsable de los territorios ocupados por Alemania durante la segunda guerra mundial. Como experto en la cuestión judía, Rosenberg enseñó por primera vez a Hitler un folleto que se titulaba «Los protocolos de los sabios de Sión». El panfleto trataba de una junta secreta de dirigentes judíos, celebrada en el Primer Congreso Sionista Internacional de 1897. Lo descrito en dichos protocolos era terrible, ya que daba a conocer un complot muy bien orquestado y con muchos medios económicos para infiltrarse, minar la sociedad europea y hacer caer todos los gobiernos. Los métodos que se debían emplear eran los movimientos financieros internacionales y la revolución marxista.

Como era de esperar, Hitler se sintió sugestionado con el libreto de Sión e inmediatamente se puso en marcha una labor propagandística. La Sociedad Thule financió la impresión de «Los protocolos de Sión», que fueron editados en alemán por la editorial Ludwig Müller con un éxito sin precedentes. La sociedad, mediante Eckart, Rosenberg, Anton Drexler, Hans Frank, Rudolf Hess y otros afiliados, celebraba sesiones espiritistas neopaganas, así como otros rituales iniciáticos a los que asistían rusos blancos emigrantes. No se sabe exactamente qué prácticas esotéricas se realizaban, ya que en la sociedad coexistían varias corrientes y escuelas de pensamiento. Se podían distinguir tres grandes grupos: el de propaganda pangermánica, preparada para el consumo de las grandes masas; diversos estamentos o grados medios que trabajaban en sesiones místicas, y un círculo secreto, poco numeroso, con grandes conocimientos esotéricos, que dirigía todas las actividades. Fueron, entre otros, miembros de la Sociedad Thule: Gottfried Feder, Karl Ha-

rrer, Julius Streicher, Karl Fiehler, Wilhelm Frick, Michel Frank, Heinrich Jost, Wolfgang Pongratz, Wilhelm Laforce, Johann Ott, Hans Riemann, Max Seselmann, Hans-Arnold Stadler, la condesa Hella von Westarp y el príncipe Gustav von Thurn und Taxis.

La Sociedad Thule no sólo nutría al Partido Nazi de la ideología que debía desarrollar, sino también de medios económicos. Entre otras aportaciones, financió la compra del periódico *Völkischer Beobachter*, que, como se ha mencionado ya, fue un impulso importante para el partido, que por fin tenía un periódico propio.

Cuando el partido de Hitler ganó las elecciones, fueron prohibidas todas las sociedades secretas como Thule o Germanen Orden, así como todas las obediencias masónicas. El prefacio del libro de Dieter Schwarz *La francmasonería*, escrito por Reinhard Tristan Heydrich, teniente general de las SS y jefe de la Gestapo, el SD y la Kripo, y hombre de confianza de Hitler, dice lo siguiente: «El objeto de la presente obra es tratar en forma concisa los problemas esenciales del francmasonismo. No tiene la pretensión de agotar el tema, sino más bien de suministrar la documentación fundamental sobre la base del material auténtico, proveniente de los archivos del Servicio de Seguridad del Reichsführer SS y de la Geheime Staatspolizei (Gestapo), poniendo en evidencia ante la opinión pública el peligro de la francmasonería y su accionar en el transcurso de los últimos siglos. Quedará como tarea de ulteriores trabajos exponer de modo exhaustivo el antagonismo insoslayable entre la ideología francmasónica y el nacionalsocialismo. HEYDRICH SS-Gruppenführer.»

Las relaciones de Hitler con el Vaticano fueron tensas, a pesar del antisemitismo de la Santa Sede y de no haber hecho nada para evitar la persecución y el exterminio de los judíos. El informe de los sacerdotes de la nunciatura de Berlín, Gunther Hessler y Leon Brend, que denunciaban la política discriminatoria del gobierno nazi, provocó que el Vaticano emitiera notas de condena por la persecución de disminuidos psíquicos y minusválidos (nada sobre los judíos). Esto despertó la ira de Hitler, quien ordenó la creación de una unidad especial de la Gestapo, la Amt II, para luchar contra los agentes secretos papales. Hitler llegó a ver la religión como una fuerza que podría contribuir a rechazar el marxismo ateo, intentan-

do no obstante darle un marcado acento nacionalista que pudiera competir con el cristianismo: «El pueblo alemán no es heredero del pecado original, sino noble por naturaleza.» El nazismo respetó al máximo el budismo, permitiendo la realización de un congreso budista europeo. Posiblemente el motivo fuera el interés del Reich por el Tíbet.

El plan trazado era suprimir todas la sociedades iniciáticas secretas para borrar los orígenes del nazismo; anular las religiones, excepto el budismo, y a la vez crear una corriente, un movimiento pseudoesotérico, un mundo que sólo imitara el mágico, en la línea del creado por Mathilde Ludendorff, en aras de un conocimiento alemán de Dios acorde con la raza. Esta religión conforme a la raza tuvo como una de sus metas despojar al cristianismo de todo rasgo judaico. La ruptura entre el mundo mágico, el mundo esotérico, la verdadera doctrina secreta, la esencia y la finalidad de Thule, la pérdida de las influencias de las mentes, que habían compuesto la melodía que se tenía que bailar, los señores que habían programado el camino para llevar a la especie humana, al hombre nuevo, al hombre dios a reinar en el mundo sin reparar en costes, materiales y humanos desembocó en acciones terribles y en la búsqueda del poder mediante la eliminación y dominación de cualquier grupo, estamento, raza o gobierno que se opusiera a la soberanía del pueblo alemán. La caída de algunos de los mandatarios de ese extraño y nuevo Renacimiento fueron Hess, Eckart y Haushofer, quienes marcaron esa ruptura con el médium, con el sensitivo que habían colocado en la cima, en la cúspide del poder, para llevar el plan trazado a buen término: la ruptura con Hitler. Es el principio del fin del Plan Nuevo Renacimiento.

Posiblemente un solo hombre consiguió cambiar el rumbo de la historia. El enigmático Heinrich Himmler logró apartar a Hitler de la influencia de las fuerzas que lo habían llevado al poder. Hitler, movido por la vanidad, aceptó el planteamiento de Himmler. Guiado por él, rompió con la cadena que lo unía a las fuerzas por él llamadas supremas y se convirtió en el *«Führer und Reichskanzler»* (caudillo y canciller del Reich), un dios para el pueblo alemán. El culto al Führer se convirtió en una pseudorreligión: Hitler era un enviado de la providencia, un mesías que debía guiar al elegido

pueblo alemán hacia la supremacía entre todos los pueblos del mundo. En las casas y calles de Alemania se instalaron altares con fotografías y bustos para honrarlo. El día de su nacimiento se convirtió en una fiesta más en el calendario, como la Pascua o la Navidad.

Himmler (Múnich, 1900-Luneburgo, 1945), agrónomo de profesión, se afilió al Partido Nazi con veintitrés años y participó en el fallido Putsch de Múnich. En 1929 se convirtió en jefe de las SS, supeditadas a las SA. En 1934 se hizo con el poder de la Gestapo y las SS se independizaron, respondiendo sólo ante él y Hitler. En 1945 intentó llegar a acuerdos con los aliados. Se suicidó el 23 de mayo en el campo de internamiento británico de Luneburgo.

Hitler le dijo a Rauschning: «Voy a contarle un secreto. Estoy fundando una orden. En los Burgs se celebrará la primera iniciación; de allí saldrá el segundo grado, el del hombre-medida y centro del mundo, el del hombre-dios. El hombre-dios, la figura espléndida del Ser, será como una imagen de culto. Pero hay todavía otros grados de los que no me está permitido hablar.» La Orden Negra debía sustituir los planteamientos e influencias que habían surgido del Grupo Thule. En este caso, la Orden Negra fracasó, pero a lo largo de la historia del mundo se ha repetido constantemente una actuación, una incesante forma de ejecución. En los grandes movimientos culturales, espirituales, políticos y religiosos que de alguna manera han marcado un cambio en el rumbo de la historia y, con ello, el devenir del futuro de la especie humana, de repente ha surgido como un géiser una ideología, un pensamiento, una filosofía, casi siempre marcada por un componente mágico o religioso, tendente a la evolución de la especie humana. Esa evolución de la especie a estadios superiores es imparable; es el mandato ineludible marcado en los genes de la misma. Se podrá ir hacia adelante o hacia atrás en un constante vaivén a lo largo del tiempo, pero sin duda después de ese latido se habrá adelantado por lo menos una pulgada. La actuación repetitiva, constante, la forma de ejecución, responde a que algunas manos de hombres despiertos han encontrado, por méritos propios o por transmisión, las herramientas para abrir la válvula del géiser, pero la impresionante fuerza va dirigida en una sola y concreta dirección. El surtidor se expande

en la dirección marcada a una velocidad sorprendente. Pero, de pronto, otras manos que han aprendido a utilizar la válvula, sin ser las dueñas de las herramientas, eliminan a los verdaderos propietarios y maestros. Empleando grandes medios y mediante un gran esfuerzo logran cambiar la dirección del surtidor. La presión provocada por un cambio contra natura hace que el géiser desaparezca tras una gran explosión, con la consiguiente pérdida de toda clase de activos, espirituales, materiales y humanos. Quizá se ha avanzado algunas pulgadas, pero el camino trazado estaba previsto para avanzar algunos kilómetros.

La Orden Negra nazi

El nuevo orden se sustentaba principalmente en la creación de la Ahnenerbe, un instituto de investigación nazi fundado por Himmler en 1935 con un pequeño grupo de colaboradores. El nombre tiene su origen en un término alemán que significa «herencia ancestral». La misión del Instituto Ahnenerbe era encontrar y sacar a la luz nuevas evidencias de las hazañas y los logros de los ancestros de Alemania retrocediendo hasta el Paleolítico, usando si es necesario los métodos científicos lo más exactos posibles. Asimismo, cumplía otra misión, quizá más importante que la primera, que era de propaganda, transmitiendo los hallazgos conseguidos al pueblo alemán por medio de libros, artículos en la prensa y en las revistas, exposiciones, producciones cinematográficas y congresos científicos para, así, convertir a Hitler en el hombre-dios de la raza aria, que debía a su vez transformarse en la raza superior que dominara el mundo.

Himmler hizo que el instituto fuese una parte importante de las SS, y emplazó su sede en una magnífica villa situada en Dahlem, uno de los barrios más importantes de Berlín. Lo equipó con laboratorios, incluido uno muy importante de fotografía con cuarto oscuro, bibliotecas de especialidades, más de veinte despachos, talleres museísticos, sala de microscopia, salas de proyección, salas de autopsias y embalsamamiento. También lo dotó de amplios fondos económicos para investigación en el extranjero, y contrató a los más

importantes científicos de la época. En 1939, el instituto tenía en nómina a 137 estudiosos y científicos alemanes, y empleaba a 82 trabajadores auxiliares entre cineastas, fotógrafos, pintores, escultores, bibliotecarios, técnicos de laboratorio, contables y secretarios.

Las SS en realidad no tenían una misión policial, si bien cumplían con esa tarea. Tampoco era a través de la Ahnenerbe (contrariamente a lo que se ha apuntado en diversos foros) el guardián del mensaje místico de los señores de Thule. Era en realidad una orden religiosa, la nueva Orden Negra de Hitler. Contaba con todas las jerarquías religiosas, los hermanos legos, los que recibían el segundo grado y los hermanos superiores. La existencia de los hermanos superiores y de la Orden Negra no fue nunca reconocida por el Partido Nacionalsocialista. Existía un círculo interior, con poderes muy superiores a los poderes humanos ordinarios, pero jamás fue reconocido oficialmente, como tampoco se conocía a los miembros que formaban parte del mismo.

Esta orden secreta, que en realidad funcionaba bajo una estructura piramidal, dominaba todo el aparato del poder en Alemania, y su misión fundamental era conservar y aumentar la figura del superhombre, el dios-hombre, el Führer. Su gran error fue que se sustentaba en una gran comedia, en un guión sin contenido. Había perdido todo contacto con el mundo espiritual, había perdido el componente mágico. Por tanto, todos sus esfuerzos consistían en encontrar ese mundo espiritual para darle contenido y presentarse ante sus miembros como una realidad esotérica, y no simplemente como un instrumento del poder absoluto de Hitler.

Himmler consiguió que el Führer apoyara todos sus planes. Se trataba de construir un socialismo mágico. Empezó a patrocinar expediciones y viajes de investigación por Europa, Asia y algunos países de Sudamérica. A través de esas expediciones, cuyos resultados eran supervisados y guiados por la Ahnenerbe, se controlaba el pasado remoto de Alemania y, a la vez, también el futuro. Himmler fue el arquitecto de la «Solución Final» (hay constancia de que la Sociedad Thule no era partidaria de la misma; recordemos sus orígenes en la masonería espiritual, y ésta, a su vez, en concomitancia con el judaísmo cabalístico). Sin tener ya mucha influencia, Himmler intentó imponer la «solución Madagascar»[4] (quizá por el ori-

gen matriarcal de ese pueblo y su capacidad de acogida). Pretendía utilizar a los altos y rubios hombres de las SS, apareándolos con mujeres de iguales características, para volver a engendrar científicamente una cepa aria pura.

A través del conocimiento científico de la Ahnenerbe se estaba instruyendo a los hombres de las SS en el saber, la religión y las prácticas agrícolas ancestrales de los germanos. Llegada la situación oportuna, el programa desarrollaría colonias agrarias en Alemania y en las partes más fértiles de Europa. Con eso, el programa pretendía regenerar la raza humana y sacarla de la decadencia y el retroceso en los que estaba encallada. De una manera u otra, el programa estaba condenado al fracaso, ya que en realidad lo que se pretendía construir era un subproducto del hombre superior, un hombre máquina perfecto pero totalmente fuera del mundo consciente. Con eso, lo que se conseguía era alejar a la humanidad aún más del movimiento cósmico de armonía general, lo contrario de lo pretendido, y la especie habría entrado en un retroceso progresivo.

La búsqueda de ese conocimiento superior se volvió una obsesión para el grupo de Himmler. Antes de la guerra, éste envió al extranjero a los científicos de la Ahnenerbe en ocho expediciones de investigación, ayudado por Wolfram Sievers y Walter Wüst, director y superintendente de la sociedad. Los investigadores recorrieron por entero Europa y Asia examinando las esculturas de piedra de la Edad de Bronce de Suecia, las viviendas rurales de los chamanes de Finlandia y los muros de los palacios de Croacia cubiertos de inscripciones, pasando por los restos de los templos de los reyes partos de Iraq. Tampoco olvidaron las mágicas cuevas paleolíticas de Francia ni las enigmáticas ruinas de los antiguos templos griegos. No dejaron de explorar los múltiples monasterios del Tíbet, así como los restos encontrados en las costas de Libia.

A principios de 1939, dos banderas llegaron al Tíbet: una, la bandera nacional de Alemania con la esvástica del Partido Nazi, también un antiguo símbolo de la buena suerte que representaba la Rueda de la Vida en el Tíbet; en la otra bandera ondeaban dos runas *sieg*, que para los antiguos germanos simbolizaban la victoria, y que ahora eran la insignia de las SS de Heinrich Himmler (el nombre deriva de *Schutzstaffel*, «escuadrón de defensa»). Se trataba de la

primera expedición oficial alemana que llegaba a Lhasa, y los cinco científicos que la componían eran oficiales de las SS. La pregunta que nos hacemos es: ¿qué hacían en el Tíbet unos científicos alemanes patrocinados por Heinrich Himmler mientras Europa iba camino de la guerra? Hay varias explicaciones para ello. El explorador y zoólogo Ernst Schäfer creía que el Tíbet era la cuna de la humanidad, el origen de una primigenia raza aria, el lugar en que una casta de sacerdotes iniciados había creado un misterioso imperio del saber esotérico llamado «Shambala». Por increíble que parezca, la expedición entregó al dalái-lama un transmisor-receptor de radio para establecer el contacto entre Lhasa y Berlín. Los hombres de Himmler se habían convertido en magos que habían sellado una alianza con Agarthi y Shambala, las ciudades mágicas del Tíbet, y con ello habían conseguido dominar las fuerzas del universo. En el año 1926 se había instalado en Múnich una colonia tibetana y otra más numerosa en Berlín. Cuando los rusos entraron en Berlín encontraron entre los cadáveres a mil tibetanos con uniformes alemanes, sin documentos ni insignias. Se habían dejado matar.

El programa de la Ahnenerbe consistía en cuatro expediciones más que no llegaron a efectuarse al haberse declarado la segunda guerra mundial. Las expediciones deberían haber incluido las islas Canarias, los Andes, Cataluña, Islandia e Irán, lugares donde se habían recogido historias y leyendas de objetos y monumentos mágicos como los que hemos relacionado a lo largo de este libro.

Himmler introdujo en las SS a un personaje peculiar por el que sentía verdadera devoción, Karl-Maria Wiligut, que decía ser descendiente del rey nórdico Thor, y le encargó la reconstrucción de un castillo mágico en los campos de Westfalia, el Wewelsburg, que debía ser el corazón de las SS. En una de las salas, que fue bautizada con el nombre de «Sala del Grial», se colocó un gran cristal de roca sobre un pedestal de madera, iluminado por abajo con luz eléctrica. La escultura representaba el Santo Grial. Un extraño personaje que colaboraba directamente con Wiligut, Otto Rahn, un experto en las leyes medievales sobre el Grial, había manifestado en diversos informes que el Grial era de origen ario y que era una piedra de luz mágica que había caído de la diadema de un antiguo dios del Sol. Todos los que miraban la piedra vivían para siempre.

El escritor Nicholas Goodrick-Clarke relata en su libro *Las oscuras raíces del nazismo*:[5] «La personalidad de Karl-Maria Wiligut, ese antiguo oficial del ejército, se convirtió en una especie de guía para las sectas Völkisch tras la primera guerra mundial. Éstas tenían varias ramas, una de ellas defendía la pureza de la raza aria, un hipernacionalismo exagerado que conllevaba un antisemitismo visceral. Otra rama Völkisch era defensora de un misticismo pagano con rituales mágicos, en el que destacaba la celebración del solsticio de verano.

»Wiligut presumía de tener poderes extrasensoriales, de ser clarividente y ser el último descendiente de un antiquísimo linaje de sabios alemanes (los Uligotis del clan de Asa-Uana). Se decía que tenía una memoria ancestral que le permitía recordar las experiencias que había vivido su tribu durante un período de 300.000 años. Podía retroceder a los tiempos en que brillaban tres soles y la Tierra estaba poblada de gigantes y otros seres mitológicos. Fundó una liga antisemita y una revista, *La Escoba de Hierro*, donde atacaba a los judíos y a los masones.

»En 1924 fue ingresado en un manicomio de Salzburgo y permaneció tres años. En 1933 se fue a Múnich, donde conoció a Himmler, en seguida ingresó en las SS con el nombre de Karl-Maria Weisthor y fue nombrado jefe de la sección de Prehistoria e Historia Antigua.

»Wiligut diseñó el anillo con una calavera que llevaban los miembros de las SS. También se encargó de confeccionar los rituales y ceremonias de la Orden Negra.

En las muy particulares expediciones ordenadas por Himmler, como la búsqueda de las calaveras de cristal en Centroamérica, de las que ya hemos hablado, el jefe de las SS difícilmente se desplazaba al lugar donde se pudieran encontrar vestigios de objetos o leyendas mágicas. No obstante, aprovechando un viaje político a Madrid el 23 de octubre de 1940, se desplazó con su séquito a la montaña mágica de Montserrat, en Cataluña, a la búsqueda del Santo Grial. Los informes emitidos por los expertos de la Ahnenerbe apuntaban a que era posible que el preciado objeto se encontrara en la abadía benedictina de la montaña de «Montsalvat». Con la excusa de no hablar bien el alemán, el abad Antoni Maria Marcet y

su coadjutor Aureli Maria Escarré declinaron recibirlo, y el encargado fue el padre Andreu Ripol Noble (fallecido hace unos pocos años), que hablaba alemán a la perfección. En el momento en que el padre Ripol comunicó a Himmler que la abadía fue destruida totalmente por los franceses en 1811 y que su tesoro fue vendido por el gobernador militar de Barcelona para fortificar el lugar, Himmler perdió todo interés y abandonó rápidamente el monasterio.

El misterio persiste. El valor del tesoro que la abadía tenía en aquellos años —está inventariado— era uno de los más ricos de Europa; con él se podría haber fortificado posiblemente toda España. La realidad es que el tesoro desapareció. Durante el segundo asedio y destrucción (las tropas francesas habían pasado de largo la primera vez), sólo atacaron cuando el monasterio fue fortificado y la imagen de la Virgen negra estaba depositada en Barcelona. Lo normal es que, en caso de existir, el mágico objeto hubiera estado depositado junto a la imagen en Barcelona. Algunas voces manifiestan que aún sigue en dicha ciudad, lo que no deja de ser una leyenda urbana.

Entre otras leyendas de este tipo, el periodista argentino Abel Basti manifiesta que Eva Braun y Adolf Hitler no se suicidaron en Berlín en 1945, sino que viajaron a la Patagonia argentina después de pasar por España. Abel Basti manifiesta también que Hitler vivió hasta finales de 1964. Ha propuesto que se comparen los supuestos restos del Führer que se conservan en Rusia con los de su hermana Paula, fallecida en 1960, que se encuentra enterrada en Baviera (Alemania).

Hitler creía en la mutación de la especie, en las teorías científicas que mantenían que los astros son bloques de hielo, que la Tierra es cóncava y hueca, con moradores interiores. Creía también que habían existido varias lunas y que todas habían caído y que la historia de nuestro mundo se explica por la lucha entre el fuego y el hielo. El científico Hans Hörbiger, que proclamaba la teoría del hielo eterno, era apoyado por él. Mantenía que los antepasados nórdicos del pueblo alemán se fortalecieron en la nieve y el hielo. Creía que habían existido cuatro lunas, que tres de ellas habían caído y que la actual acabaría cayendo también, con lo que devendría una época glacial de la que el pueblo alemán saldría fortalecido.

Recordemos la campaña de Rusia en 1941. Aquel invierno las temperaturas descendieron a menos de cuarenta grados bajo cero contra todas las predicciones. La gasolina sintética se descomponía y se volvía inutilizable, se helaba el aceite de las armas automáticas, dejándolas inservibles, se helaban las locomotoras, los hombres morían a miles porque la más leve herida suponía la muerte. El general Guderian, exponiéndose a su arresto fulminante, volvió a Alemania y pidió a Hitler que mandara la retirada. El Führer gritó como loco: «¡El frío es cosa mía! ¡Atacad!» Como es sabido, el desastre fue total, los restos del Gran Ejército abandonaron el frente, y se organizó la retirada hacia el sur.

Intraterrestres y extraterrestres

Hace cuatro años viajé al Báltico con la intención de visitar la mayor isla de Alemania, Rügen, lugar donde el doctor Heinz Fischer, con el consentimiento de Hitler, Goering y Himmler, y acompañado de los mejores especialistas en radares, había instalado varios de estos aparatos apuntando al cielo en un ángulo de cuarenta y nueve grados. Basándose en la teoría de la Tierra cóncava, que pronostica que habitamos en su interior, la teoría dice que nuestra posición es comparable a la de las moscas que caminan por el interior de una esfera sin caerse. El objeto científico de la expedición era obtener imágenes de puntos muy alejados en el interior de la esfera recogiendo la reflexión de las ondas del radar, que se propagan en línea recta. El objetivo militar era obtener por reflexión imágenes de la flota inglesa anclada en Scapa-Flow. Huelga decir que la expedición fue un absoluto fracaso. Hitler recibió los informes de los que creían en la teoría de la Tierra cóncava, y en consecuencia, hueca, y de los detractores, que, basándose en el fracaso de Rügen, lo negaban rotundamente. Se pidió el arbitraje del Führer, su respuesta fue antológica: «No necesitamos en absoluto una concepción coherente del mundo. Las dos teorías pueden ser ciertas.»

Realicé el viaje a Rügen con el propósito de fotografiar el lugar donde se habían instalado los, por aquel entonces, modernísimos

radares. Era a finales del mes de diciembre, y a las cuatro de la tarde era ya de noche; la temperatura era cercana a los diez grados bajo cero, había caído una gran nevada que nos había dificultado el paso por el puente que comunica la isla con la península, y después de varios intentos sin éxito de localización del lugar donde nos habían indicado que se habían instalado los aparatos, y ante la peligrosidad de los acantilados y bajo una lluvia torrencial, temiendo quedarnos incomunicados, emprendimos el camino de vuelta a Berlín, aunque no sin antes haber sentido una extraña sensación al pensar lo que había sucedido en aquel lugar sesenta y tres años antes.

Las sociedades intraterrestres habitantes de la Tierra hueca figuran en todas las culturas orientales y en la mayoría de las culturas mesoamericanas. En casi todos los continentes se tienen noticias de cuevas subterráneas y sistemas de túneles, como el entramado que se extiende bajo la superficie del Yucatán, las montañas de Paucartambo en Perú, la sierra del Roncador en Brasil, cuevas de Afganistán, el monte Kailós en el Tíbet, que conectan no sólo áreas del mismo continente, sino diferentes partes del globo. El padre Carlos Crespi encontró en estos túneles perdidos en el Ecuador, en la cueva de los Tayos, láminas de oro con signos ideográficos grabados que describen los orígenes de la humanidad.

El escritor e investigador Ricardo González (Perú, 1974) en su libro *Intraterrestres* (Ediciones Luciérnaga, Barcelona, 2011) nos relata: «En un viaje al corazón del Manú —González contaba con veintidós años— tuve un encuentro físico con un anciano que afirmaba formar parte de una hermandad mística, oculta en inmensas galerías intraterrenas y protectora de la verdadera historia huamana. Algunos conocen esa suerte de sociedad subterránea como la *Hermandad blanca*, un grupo de sabios que desde tiempo inmemorial se mantienen ocultos en su fabuloso reino subterráneo, santuarios prácticamente inaccesibles que evocan el misterio de Shambhala, el principal centro espiritual del mundo, según nos cuentan las viejas leyendas budistas.»

Ricardo González hace referencia a la leyenda quechua de los hermanos Ayar, que dio a conocer en 1551 el cronista Juan Díez de Betanzos y que dice: «El imperio de los incas fue fundado por Manco Cápac y Mama Ocllo, quienes salieron con sus hermanos y res-

pectivas mujeres del interior de unas cavernas del Cusco llamadas Tampu Tocco.»

También se refiere a las palabras de Juan Moricz, explorador de la cueva de los Tayos, situada a una altitud de ochocientos metros, en una zona montañosa irregular, a las faldas septentrionales de la cordillera del Cóndor (Coangos, Ecuador), donde se sitúa la entrada principal —gracias a lo que sabemos de otras zonas— al mundo subterráneo de la cueva. El acceso consiste en un túnel vertical, una suerte de chimenea con unos dos metros de diámetro de boca y sesenta y tres de profundidad. El angustioso descenso —no apto para cardíacos— se realiza con un cabo y una polea. De allí se abre un auténtico laberinto, kilómetros de misterio que se entierran en las profundidades, rutas de galerías y pasillos que deben recorrerse en la más absoluta oscuridad. Las linternas se quedan en nada ante semejantes espacios en los que podría caber una catedral. El nombre de «Tayos» proviene del hecho de que la cueva es el hábitat de unas aves nocturnas llamadas «tayos» *(Steatornis caripensis)*. En el interior de éstas se encuentran unas gigantes huellas sobre los bloques de piedra que, por sus ángulos rectos y simetría, sugieren el origen artifical de la cueva.

Moricz menciona la Biblioteca Metálica encontrada, una colección de láminas de oro que contenía símbolos muy antiguos. De ser esto cierto, y siempre bajo el testimonio de Moricz, allí encontraríamos registrada la historia de la humanidad de los últimos 250.000 años. Un punto que hay que tener en cuenta en relación con esas planchas nos lleva en línea recta a los extraños objetos que en su momento custodió el padre salesiano Carlo Crespi, en el patio de la iglesia María Auxiliadora de Cuenca. Los objetos habían sido entregados al padre Crespi por nativos. Estos objetos junto con las planchas fueron posteriormente robados.

No debemos confundir este tipo de sociedades intraterrestres con ciudades subterráneas como Capadocia, en la Turquía central, excavadas estratégicamente en el subsuelo de toba volcánica. Éstas podían albergar más de cien mil personas. Derinkuyu, por ejemplo, tenía veinte plantas (veinte pisos hacia abajo), cuarenta metros de profundidad y 52 chimeneas de aireación que ventilaban perfectamente con aire procedente del exterior. Esta ciudad existía desde

antes de la era cristiana, pero fue utilizada por los cristianos como refugio ante las invasiones. Todavía hoy en día se conservan los agujeros para las lámparas de aceite.

El 14 de abril de 1818 todos los miembros del Congreso de Estados Unidos recibieron la siguiente carta, firmada por el ex capitán de infantería de Ohio, Cleves Symnes, y fechada en Saint-Louis, Misuri:

Al mundo entero declaro que la Tierra es cóncava y habitable interiormente. Contiene varias esferas sólidas, concéntricas, colocadas una dentro de otra, y está abierta en el polo de doce a dieciséis grados. Me comprometo a demostrar la realidad de lo que anuncio y estoy dispuesto a explorar el interior de la Tierra si el mundo quiere ayudarme en mi empresa.

El capitán Cleves murió sin que nadie le hiciera caso, dejando cientos de documentos y mapas. Su hijo continuó el trabajo pero nadie recogió la antorcha y todo quedó en el olvido. Los documentos y las notas se encuentran depositados en la Academia de Ciencias Naturales de Filadelfia.

Cyrus Read Teed, un alquimista americano fundador de la religión koreshismo, proclamó en 1894 que la Tierra era cóncava; a través del periódico de su propiedad, *La Espada de Fuego*, publicó durante meses toda clase de datos y leyendas demostrando que la Tierra era hueca. Tuvo seguidores en su país y en Europa, pero también al cabo de unos años todo quedó en el olvido y la religión se extinguió al desaparecer Read Teed.

El vicealmirante Richard E. Byrd de la Marina de Estados Unidos fue el primero en sobrevolar los polos. El 9 de mayo de 1926 sobrevoló el Polo Norte, y el 29 de noviembre de 1929, el Polo Sur. En febrero de 1947, antes de un viaje al Polo Norte, anunció: «Me gustaría ver la Tierra más allá del polo. Esa área más allá del polo es el centro del Gran Enigma.» En ese viaje comunicó por radio lo que veía debajo de él: «No veo nieve, sino áreas de tierra con montañas, bosques, vegetación, lagos y ríos y, entre la maleza, un extraño animal que parece un mamut.» A la vuelta del viaje, el vicealmirante manifestó que la Tierra más allá del polo «era un continente encan-

tado en el cielo, tierra de misterio permanente». Amadeo Giannini, escritor de libros sobre los polos, y el ufólogo Ray Palmer manifestaron que los comentarios de Byrd no hacían más que confirmar lo que ellos habían sospechado siempre, que la Tierra tiene una forma extraña en los polos, algo parecido a un donut, con una depresión que o bien se hunde muchos kilómetros en las entrañas de la Tierra, o forma un agujero gigante que pasa a través del eje de la Tierra, de un polo a otro.

Como se ha dicho, abundan las leyendas que hablan de mundos subterráneos. Gilgamesh, el héroe babilonio, visitó a su antepasado Utnapishtim en las entrañas de la Tierra. En la mitología griega encontramos a Orfeo, que trata de rescatar a Eurídice del infierno subterráneo. La leyenda de Egipto narra que los faraones se comunicaban con el mundo inferior, al que accedían por túneles secretos ocultos en las pirámides. Los budistas aún creen que millones de personas viven en Agartha, un paraíso subterráneo gobernado por el rey del Mundo. En el último auténtico libro esotérico conocido, *La divina comedia*, en el canto XXXII Dante Alighieri relata cómo Virgilio conduce a Dante al inframundo a través del infierno, donde las almas pecadoras son atormentadas sin cesar. El más profundo y terrible lugar de torturas del infierno no es un horno en llamas, sino un lago de hielo donde todos los traidores deben permanecer congelados por toda la eternidad.

Por otro lado, existen agrupaciones culturales que mantienen que la entrada a las bases ovnis en la Tierra están situadas en los polos, y que los satélites han fotografiado las naves entrando y saliendo de los polos, como si en ellos existiera algún tipo de puertas.

Según las leyendas, los posibles habitantes de esas ciudades del interior de la Tierra serían seres mucho más desarrollados que nosotros. Éstos se comunicarían con la superficie, incluso con seres venidos de otros mundos, mediante puertas oceánicas, como el Triángulo de las Bermudas, u otros lugares como cimas de montañas calificadas como mágicas o fuentes de poder. Otras leyendas apuntan que esas civilizaciones podían ser las de la Atlántida o Lemuria. Autores reconocidos nos han hablado de dichas civilizaciones: Julio Verne, John G. Fuller, James Milton, C. W. Leadbeater,

Nicholas Roerich, e incluso el misterioso alumno de Marie Curie y Marcelin Berthelot, Ferdynand Antoni Ossendowski.

Leonhard Euler, el gran matemático del siglo XVIII, después de un serio trabajo dedujo que la Tierra era hueca y que contenía un Sol central. También el doctor Edmund Halley, descubridor del cometa que lleva su nombre, era partidario de los trabajos de Euler y estaba convencido de la existencia de un Sol central que ocupa el núcleo de la Tierra. Sin embargo, dejaremos que la ciencia se pronuncie. Es posible que el corazón de la Tierra sea una inmensa bola de 2.400 kilómetros de diámetro compuesta fundamentalmente de cristal, formada por átomos de hierro con un campo magnético propio. El astrónomo Thomas Gold ha manifestado que, si existiera vida en el centro de la Tierra, serían criaturas basadas en la química del silicio.

TERCERA PARTE

La fuerza secreta

CAPÍTULO 1

Inspirando hipótesis

Lo esencial de este libro no está en la letra. He intentado que esté en el espíritu, aunque, cuando nos dejamos llevar por un romanticismo desmesurado, siempre es difícil transmitir de forma sencilla e inteligible lo que creemos, tanto más cuanto esa creencia es más subjetiva que otra cosa. Nos conforta que nuestro romanticismo haya sido compartido por muchos espíritus notables, y seguramente continuará siéndolo por muchos más. Posiblemente ha primado el centro emocional muy por encima del intelectual, que es el que sabe los caminos y sobre todo los atajos para hacer llegar los mensajes que interesa transmitir. Es el que sabe utilizar trucos invisibles para conseguir buenos resultados y, en definitiva, convencer.

Seguramente lo que somos físicamente es mucho más inteligente que lo que somos intelectualmente, y esto, más inteligente que lo que somos emocionalmente. Un poema budista chino dice: «Quizá desees preguntar de dónde proceden las flores, pero ni siquiera el dios de la primavera lo sabe.»

Siempre he pensado que nos movemos por comparación; todos nuestros actos son comparados con otros similares que tenemos grabados en nuestra mente, y actuamos según el resultado de esa comparación. Alan Watts explica lo mismo pero de forma terminante en su libro *El gurú tramposo*,[1] donde dice: «Creemos estar vivos, ¿verdad? Algo que no podemos determinar del todo, pero sabemos que existe como realidad, como vida. Aquí estamos, y todo lo que sabemos lo sabemos por contraste. Usted sabe que puede ver luz contra un fondo de oscuridad, que nota el calor comparado con el frío y experimenta placer por contraste con el dolor. Así

sabemos que estamos vivos. Es evidente que antes debíamos de estar muertos. Eso me parece muy claro.

»—Un momento —dice usted—. Cuando vuelva a vivir de nuevo, si esto sucede otra vez, ¿qué forma tendrá mi nueva existencia? Confío en que podría ser una persona de nuevo, o un ángel, pero quizá regrese como una mosca de la fruta o un hipopótamo.

»Tenga la seguridad de que eso no supondrá ninguna diferencia. Todos los seres creen que son humanos. No nos gusta admitir eso porque nos consideramos la especie superior, pero eso no está demostrado ni mucho menos. Ésa es sólo nuestra opinión, y somos muy presuntuosos. Decimos de alguien que está muy enfermo: "Qué pena, se ha convertido en un vegetal...", con la ignorancia más extraordinaria sobre los vegetales. Creemos que los vegetales carecen de inteligencia y sensación, pero la verdad es que son organismos muy inteligentes, y las pruebas efectuadas con electroencefalogramas muestran que sienten. Ahora bien, si usted se reencarna en un vegetal, tendría una conciencia de vegetal y le parecería eso perfectamente normal [...]. De hecho, lo civilizado, lo usual, lo regular. Entendería a sus compañeros vegetales y a las abejas que le visitan, y ésa sería la rutina normal. Pensaría que los seres humanos son ridículos, pues los humanos, a fin de considerarse civilizados, tienen que acumular grandes cantidades de basura. Necesitan ropas, coches, bibliotecas, casas..., todos esos desperdicios, mientras que nosotros, los vegetales..., nuestros cuerpos son nuestra cultura, y no nos avergonzamos de ello. Fíjese en la flor. ¿No es algo extraordinario?»

La escritora Katherine Mansfield (Nueva Zelanda, 1888-Fontainebleau, 1923) pasó los últimos meses de su vida en el priorato de Fontainebleau, en la escuela del Cuarto Camino de Gurdjieff. Murió muy joven de tuberculosis. Gurdjieff no pudo hacer nada para curarla: la enfermedad estaba muy avanzada. Mansfield escribió en su diario: «Estoy enamorada de un árbol.» Yo creo haber encontrado ese árbol en los jardines del priorato. Cuando lo toqué por primera vez sentí un cosquilleo en los dedos. No hice mucho caso, pero al volverlo a tocar al cabo de un tiempo, noté una sensación extraña en el plexo solar. Pensé que era sugestión, pero, a partir de aquel momento cada vez que toco un vegetal vivo, noto esa

sensación; una sensación placentera, como si una débil corriente eléctrica pasara del vegetal a mi pecho. No quisiera pecar de ingenuo, ni parecer un orate, pero creo que, con los vegetales, si se intenta una comunicación seria e intensa, responden con un tipo de señales que transmiten a través de ondas de una desconocida energía.

He comentado esas experiencias con compañeros que trabajamos regularmente en la aventura del Cuarto Camino; no me he atrevido a comentarlo fuera de esos grupos. Por una necesidad espiritual, y aconsejado por mis compañeros, lo escribo en este libro con la esperanza de inspirar alguna hipótesis.

Puedo decir, parafraseando a santo Tomás de Aquino, que «ha de conocerse que algo puede ser aunque no sea y, asimismo, que algo es. Lo que puede ser se dice que está en potencia; lo que ya es, que está en acto». En el siglo XXI, es preciso caminar o correr; quien se detiene está perdido.

Previsiones científicas

Dos escritores científicos, S. Gutchev y M. Vassiliev, y el periodista Cyrille de Neubourg, tras consultar a veinticinco grandes personalidades del mundo científico ruso pertenecientes a diferentes ramas del saber (expertos en instrumentos experimentales de cirugía, ingenieros en varias especialidades, químicos, especialistas en virus, matemáticos, botánicos, geólogos, paleontólogos, astronautas, geofísicos, físicos, médicos y economistas), confeccionaron hace cuarenta años unos paneles con las previsiones para los siguientes cincuenta años. El periodista Neubourg resumió dichos paneles de previsiones de la siguiente forma:

> Prácticamente ha empezado el tercer milenio y una parte importante de la energía que consume Rusia proviene de las centrales electrosísmicas situadas en Asia central, donde los temblores de tierra son relativamente frecuentes. La fuerza de las sacudidas sísmicas es captada y hace funcionar las fábricas de la región durante décadas. El dique del estrecho de Tartaria aprovecha la

energía de las mareas. Desvía igualmente una fracción de la corriente caliente del Kuro-Shivo hacia el litoral de Liberia, cuyo clima es así modificado.

Las centrales atómicas funcionan gracias a las nuevas partículas elementales descubiertas. Las reacciones nucleares están exentas de radiaciones peligrosas y no necesitan temperatura de varios cientos de millones de grados. El cuadro de las partículas elementales está completo, lo que permite la creación de elementos nuevos, de asombrosas propiedades, que se utilizan en la industria.

Los sincrofasotrones y sus equivalentes, que han servido para los descubrimientos de nuevas partículas elementales, están miniaturizados, y su potencia sobrepasa los mil millones de electrones-voltios. El sincrofasotrón de Dubno, con sus 36.000 toneladas, parece un monstruo antediluviano al lado de sus nietos del siglo XXI.

Además de su cerebro electrónico, que ve, siente y entiende, los robots, enviados en reconocimiento de los planetas del sistema solar y de más allá de él, poseen una musculatura sintética. Estos músculos pueden contraerse al recibir una gota de una solución ácida, y extenderse gracias a una solución alcalina. Está prevista una reserva suficiente para la duración de la estancia. El brazo del robot, que se halla igualmente provisto de músculos, recoge todo lo que su cerebro juzga interesante.

Si la astronave que ha depositado al robot en un lugar dado del cosmos tarda en volver, parten en su busca expediciones de socorro. Una vez traída la astronave a la Tierra, los especialistas estudian cuidadosamente las causas de su retraso o de su accidente. Según las conclusiones de este estudio, deciden enviar o bien nuevos robots, o bien hombres si su envío se considera exento de peligros. El velero del espacio ha sido puesto a punto finalmente y hace ya la competencia a los demás tipos de astronaves. Se utilizan dos modelos de velas: los espejos y los semiconductores, que transforman la energía solar y el viento en energía eléctrica para animar los reactores. La velocidad de esos veleros, que puede regularse, es de algunos cientos de kilómetros por segundo. Desde luego, ciertos viajes especiales deben prolongarse durante siglos o milenios, pero esta duración no es ya un problema.

La vida humana ha sido no sólo prolongada, sino que cada individuo permanece en la edad de su elección. La treintena es escogida a menudo, siendo considerada esta edad como la más productiva.

Todas las grandes ciudades poseen su «banco de órganos». En caso de accidente, puede ser reemplazado cualquier órgano. El injerto o el transplante se verifican sin efusión de sangre, pues una «cola» suelda instantáneamente los tejidos separados.

Robots diagnosticadores examinan al enfermo antes que el médico para indicar a éste los síntomas a estudiar en primer lugar. Está resuelto el misterio de los virus. Algunos, como los virus bacteriófagos, se utilizan en medicina para luchar contra las pocas enfermedades no vencidas aún.

Se ha realizado la síntesis del ADN (ácido desoxirribonucleico) y del ARN (ácido ribonucleico). Ello permite modificar las propiedades de las plantas en el sentido deseado, y mejorar las cualidades de los animales útiles.

Está resuelto el misterio de la fotosíntesis. Las dos aplicaciones prácticas de este descubrimiento son la regeneración del aire en las astronaves y la posibilidad de tener una inagotable reserva de alimento en el curso de los viajes espaciales de larga duración.

Además de los numerosos «sputniks» que gravitan alrededor de la Tierra en diferentes órbitas, sirviendo de relés a la transmisión continua de las emisiones de televisión, se han instalado en la Luna observatorios y centros de estudios. Estos «Lunograd» son subterráneos para evitar las consecuencias de las diferencias de temperatura en la superficie lunar (+ 120º de día y – 150º de noche). Son, en su mayoría, inmensos cilindros estancos donde se halla previsto todo para la comodidad y la facilidad del trabajo de los equipos científicos que residen en ellos. Los telescopios y otros aparatos de observación se encuentran en la superficie, protegidos contra los meteoritos por una cúpula transparente. Las observaciones son registradas automáticamente y continuamente. Diversos cosmódromos se hallan instalados igualmente en la Luna. Los talleres de reparación explotan las riquezas mineras selenitas para procurarse la mayoría de las materias primas que se necesitan para la fabricación de piezas de recambio.

Prosigue la exploración de Marte. Se han instalado bases de partida en sus satélites Fobos y Deimos, cuyo origen se conoce por fin.

El cohete subterráneo permite explorar muy rápidamente las capas profundas de los planetas en los que se posan los astronautas. En la Tierra, sirve igualmente para los sondeos geológicos y también para la creación de chimeneas que conducen la energía volcánica a centrales que la transforman en energía eléctrica. El funcionamiento del cohete subterráneo está basado en la utilización de las reacciones nucleares de las partículas elementales desconocidas en el siglo xx. Unas sirven para ahondar y otras para propulsar. Si bien el cohete subterráneo está compuesto de numerosas piezas rígidas, existe gran cantidad de máquinas que contienen pocas o ninguna en absoluto. La aplicación de la magnetohidrodinámica es utilizada por los mecanismos que operan a altas temperaturas. El plasma, ese cuarto estado de la materia, es dominado y utilizado corrientemente en las trampas adiabáticas para permitir a los sabios obtener corrientemente temperaturas de cientos de millones de grados.

Allí donde trabajar representa un peligro, el hombre es reemplazado por una máquina. Lo mismo sucede para todo trabajo fastidioso que haga perder mucho tiempo. Toda una categoría de electrointegradores capaces de autoeducarse dispensa al hombre del esfuerzo inútil. Basta ordenar a uno de estos robots que dirija una fábrica automatizada, de tal manera que los productos fabricados sean irreprochables, o que haga una traducción literaria o incluso que lea todo cuanto ha sido escrito sobre el tema dado y condense lo esencial, para que estas diversas órdenes sean ejecutadas. En la ejecución, los robots pueden cometer errores. Una vez, pero dos jamás. Pues el error es registrado y nunca reproducido.

El robot está en condiciones de consultar a otro y de aprovechar la experiencia adquirida por éste. Sin embargo, a pesar de un perfeccionamiento constante, la materia inerte no puede reemplazar a la materia gris. La utilización de los ordenadores es universalmente conocida. Todos los centros de cultura están dotados de ellos. Desde su más tierna edad, el estudiante aprende a utili-

zar con provecho estos auxiliares de la raza humana. En la escuela primaria es un juego; a nivel del doctorado o superior, es una gran colaboración.

La barrera lingüística no existe ya, pues se efectúa inmediatamente la traducción de un idioma cualquiera a otro.

Gracias a una estrecha colaboración entre los sputniks, los electrointegradores y los meteorólogos, es posible no sólo anunciar la lluvia o el buen tiempo, sino muy a menudo encargar o provocar una u otro de acuerdo con las necesidades. Sucede que hay ciclones que escapan a la vigilancia del servicio meteorológico, pero estos casos son raros. De manera general, estos fenómenos, que eran catastróficos en el siglo xx, están neutralizados.

Por otro lado, la atmósfera terrestre es absolutamente pura y límpida, ya que no hay producción de humaredas ni en la Unión Soviética ni en cualquier otra parte del mundo. El carbón y el petróleo son utilizados como materias primas para las necesidades de la industria química, y no como combustibles o carburantes.

Desde luego, la circulación de vehículos terrestres es muy intensa, tanto en las aglomeraciones urbanas como en las carreteras. Mas todos estos vehículos sin excepción extraen la energía que los propulsa de cables subterráneos recorridos por corrientes de alta frecuencia y que se extienden a lo largo de las vías de comunicación. La circulación es muy rápida, continua, y se halla automáticamente regulada. Los vehículos de carretera no tienen ruedas, sino que se desplazan a cierto nivel del suelo. No se conocen accidentes de circulación más que por las retrospectivas históricas que se muestran en las salas de proyección. Una colisión es imposible, pues es instantánea y automáticamente evitada.

No obstante, existen las ruedas en las líneas ferroviarias, enteramente electrificadas, y también en las bicicletas, que siguen siendo apreciadas por algunos deportistas.

Utilizando el cuadro completo de las partículas elementales, los físicos y los químicos están en disposición de operar la síntesis de todas las materias. Así, las piedras y los metales llamados «preciosos» no lo son ya tal como se entendía en el siglo xx. La plata, el oro, el platino y los diamantes son utilizados allí donde la in-

dustria o la ciencia tienen necesidad de ellos. Por otra parte, las piedras, los metales y las materias sintéticas están dotadas de tal o cual propiedad o cualidad deseada. Hay metales cuya solidez supera con mucho la del acero, y su inalterabilidad, la del oro, pero cuyo peso específico es inferior al del aire. Algunos metales son transparentes. Hay piedras más duras que el diamante y que son fusibles. Existen líquidos tan elásticos como el caucho. Ciertos tejidos no dejan filtrarse los líquidos, los gases o el calor más que en un sentido único. Gracias a las nuevas materias, los ingenieros y los arquitectos realizan construcciones y obras de arte de incomparable ligereza y audacia.

Los residuos y desechos de origen industrial cuya reutilización aún no se ha encontrado son centralizados y enviados al cosmos, fuera de nuestro sistema solar, mediante cohetes espaciales. Si bien la astronomía ha realizado enormes progresos, son, por decirlo así, cotidianos los descubrimientos en este terreno. También se estudia activamente el problema de la compresión del tiempo, a fin de poder realizar una exploración del cosmos a distancias del orden de cien años luz. Se efectúan cálculos para establecer una relación entre el tiempo terrestre y el de una cosmonave que viajase a velocidades próximas a la de la luz. Se trata de prever con precisión suficiente la época de regreso de estos viajeros extragalácticos, pues es improbable que puedan encontrar de nuevo a quienes estuvieron presentes en su partida, a pesar de la prolongación de la duración de la vida. La vida económica y social está completamente transformada. La duración de una jornada de trabajo es oficialmente de dos horas. En realidad, este mínimo es rebasado casi siempre. Al haber escogido cada trabajador la tarea que le gusta y que corresponde a sus capacidades, la realiza con apasionado ardor. Es estimulada la investigación pura, pues ya, en el siglo xx, P. Kapitza decía que «no son tanto las leyes lo que interesa al físico, sino todo lo que se aparta de ellas».

Siguen existiendo los intercambios económicos, pero el comercio no sobrevive más que como un arcaísmo en los diccionarios. Cuando un niño, un hombre o una mujer tienen necesidad de algo, bien sea un juguete, un vestido o un aparato científico,

dirigen su petición a un «robot-informaciones», que responde inmediatamente sobre dónde y cómo puede procurarse el objeto pedido. Efectuada la elección y llevado el objeto, el robot registra el débito y lo comunica al centro de distribución, que se encarga de renovar y de equilibrar las existencias.

Los investigadores, los inventores y hasta los chapuceros tienen no sólo la posibilidad de tener a su disposición un instrumental perfeccionado, sino de ser documentados en algunos instantes sobre la utilidad de sus trabajos, lo que permite a cada cual evitar perderse en un callejón sin salida. Los descubrimientos y las invenciones de los aficionados contribuyen así al progreso de la ciencia y de la técnica.

A pesar del enorme adelanto de la ciencia del siglo XXI, nadie afirma que todo haya sido ya descubierto. Un problema resuelto, un misterio elucidado o una punta del velo levantada no se considerarán más que el preludio de nuevos descubrimientos.

El progreso técnico corre parejo con una extraordinaria evolución de los espíritus, evolución prevista por Lenin en el siglo precedente. En una entrevista concedida a H. G. Wells en 1920, éste había dicho: «Todas las concepciones humanas están relacionadas con nuestro planeta. Se basan en la suposición de que el potencial técnico, incluso desarrollándose, no rebasará nunca el límite de la Tierra. Mas, si llegamos a establecer relaciones interplanetarias, habrán de ser revisadas todas nuestras concepciones filosóficas, sociales y morales. En ese caso, el potencial técnico se convertirá en algo ilimitado y entonces se pondrá fin a la violencia como medio y método de progreso.

Las previsiones de Neubourg, Gutchev y Vasiliev, aun faltando diez años para cumplirse el plazo trazado, están muy lejos de la realidad. Bien es cierto que, dentro de diez años, se pueden alcanzar muchas de las metas apuntadas por los panelistas consultados. Todo es posible en el mundo de la ciencia, pero a simple vista y analizando quizá un poco superficialmente la situación actual, parece difícil que se cumplan la mayor parte de las previsiones. Como nos sucede a nosotros normalmente, hace cuarenta años, el centro emocional de Neubourg, Gutchev y Vasiliev primó por encima del intelectual,

pero seguramente inspiraron grandes hipótesis que fueron utilizadas para profundizar en alguno de los campos expuestos.

En el año 2001, el autor y editor americano John Brockman escribió *Los próximos cincuenta años*.[2] En la primera parte del libro, varios eminentes científicos analizan lo que vendría a ser el conocimiento humano en la primera mitad del siglo XXI; en la segunda parte, el futuro del conocimiento humano. Hablaremos aquí de esta segunda parte, como hemos hecho antes con la recopilación de Neubourg.

El doctor Richard Dawkins, biólogo evolutivo, catedrático de ciencias en Oxford, miembro de la Royal Society y ganador de los premios Cosmos y Kistler, dice en el libro de Brockman:

> El difunto Christopher Evans, en la temprana fecha de 1979, cuando la Ley de Moore[3] apenas se empezaba a explorar, escribió: «El automóvil de hoy en día se diferencia del de los años inmediatamente posteriores a la guerra en una serie de rasgos. Pero imagínese por un momento que la industria automovilística hubiera evolucionado al mismo ritmo que los ordenadores en más o menos el mismo lapso de tiempo: ¿cuánto más baratos y eficaces serían los modelos actuales? Hoy en día usted podría comprarse un Rolls-Royce por 1,35 libras, que recorrería tres millones de millas con un galón de combustible, y que produciría energía suficiente para hacer funcionar el *Queen Elizabeth II*. Y si a usted le interesan las miniaturas, podría colocar seis en la cabeza de un alfiler.
>
> »La exploración del espacio —sigue diciendo Dawkins— también parecía una candidata posible para un incremento lineal similar al de los automóviles. Recordé entonces una especulación mencionada por Arthur C. Clarke, cuyas credenciales de profeta no pueden ser ignoradas. Imaginen un cohete espacial futuro que se dirige a una estrella lejana. Aun cuando viajase a la velocidad máxima que alcanzan los artefactos actuales, le llevaría varios siglos llegar a su remoto destino. Y antes de que hubiese completado la mitad de su viaje, sería alcanzado por una nave más rápida, producto de la tecnología de un siglo posterior. Así pues, cabe decir que el cohete original nunca tendría que haberlo intentado

siquiera, porque su tripulación está destinada a saludar con la mano a sus tataranietos mientras éstos hacen el recorrido en una tercera parte del tiempo. Y así sucesivamente.»

Siguiendo esa línea, el Proyecto Genoma Humano completo podría ahora empezar a partir de cero y completarse en una facción del tiempo que llevó el proyecto actual; la empresa original debería haber sido pospuesta hasta el momento apropiado.

Si hay que reconocer que los cuatro puntos de referencia anteriores no son sino meras estimaciones, la extrapolación de la línea recta hasta el año 2050 es aún más provisional. Pero por la analogía de la Ley de Moore, y sobre todo si la descendiente de la Ley de Moore debe en verdad algo a su progenitora, esta línea recta representa probablemente un pronóstico defendible. Adentrémonos un poco en ella al menos para ver adónde nos lleva. Plantea que en el año 2050 seremos capaces de secuenciar un genoma humano individual completo por 100 libras de hoy en día (unos 160 dólares). En vez de alcanzar el Proyecto Genoma Humano, cada individuo podrá costearse su propio proyecto de genoma personal. Los genetistas que estudian la población dispondrán de la máxima información acerca de la diversidad humana. Será posible elaborar árboles genealógicos que pongan en relación a cualquier persona del mundo con otra. Éste es el sueño más descabellado de un historiador. Se empleará la distribución geográfica de genes para reconstruir los grandes movimientos migratorios y las grandes invasiones en el transcurso de los siglos, se podrán rastrear los viajes de las largas embarcaciones vikingas, seguir a las tribus americanas por sus genes desde Alaska hasta Tierra del Fuego, y a las sajonas por Gran Bretaña, documentar la diáspora de los judíos, e incluso identificar a los descendientes actuales de los guerreros y saqueadores como Gengis Kan.

El doctor Christopher Evans, catedrático en Londres y físico teórico merecedor del Templeton Price, asegura que en el año 2050 habremos llegado a Marte, y que posiblemente encontraremos vida allí. En el libro de Brockman, explica lo siguiente: «La búsqueda de vida más allá de la Tierra se halla ante las puertas del éxito. Muchas cosas dependen de los resultados que obtengamos, pues la búsque-

da de vida en otros lugares supone también la búsqueda de nosotros mismos: quiénes somos y cuál pueda ser nuestro lugar en el gran orden cósmico. Si la vida no es más que una carambola química formidable, confinada al pequeño rincón del universo que ocupamos, y los seres inteligentes como nosotros son únicos, una administración responsable del planeta Tierra por nuestra parte deviene de vital importancia. Si llegamos a encontrar un segundo génesis, el hallazgo transformará nuestra ciencia, religión y visión del mundo para siempre. Un universo en el cual las leyes de la naturaleza son bioamistosas es un universo en el que la vida constituye una característica fundamental, no incidental. Un universo donde podemos sentirnos de verdad en casa.»

El profesor John H. Holland, conocido como el padre del algoritmo genético, vaticina que el software de los ordenadores se modificará a sí mismo sobre la base de la experiencia para cubrir las necesidades idiosincrásicas de los usuarios individuales. Holland también dice que dentro de cincuenta años tendremos robots que funcionarán como ayudantes cualificados, aunque resultarán precarios ante lo inesperado. «No creo que hayamos creado robots con conciencia dentro de cincuenta años, pero estoy convencido de que al fin sucederá», termina diciendo Holland. También indica que, para mediados del siglo XXI, la medicina que se practicaba a finales del siglo XX —el empleo de la cirugía, la quimioterapia y la radiación para tratar el cáncer, por ejemplo— será considerada en su conjunto tan ineficaz como las sangrías que se realizaban en siglos anteriores. Seremos capaces de producir vida en un tubo de ensayo empezando con sustancias bioquímicas simples, no vivas, con todo aquello que supone la creación de soluciones a las enfermedades, y casi seguro que podremos producir sistemas inmunológicos artificiales que puedan combatir virus vivos, así como virus informáticos.

El director del Laboratorio de Inteligencia Artificial de Massachusetts, Rodney Brooks, manifiesta que en el transcurso de los próximos cincuenta años dejaremos de vernos limitados a la evolución darwiniana. De aquí en adelante gozaremos de la posibilidad de participar de manera explícita en esa evolución, tanto en calidad de individuos como de especie. Las aventuras de fisión nuclear en

que nos embarcamos antaño parecerán meros juegos de niños a la luz de las venideras. Seremos capaces de introducir cambios en los cuerpos ya existentes. La modificación corporal mediante cirugía y las alteraciones bioquímicas (por ejemplo, a través del uso de la toxina botulínica) han devenido habituales en el mundo occidental a lo largo de los últimos veinte años; de aquí a cincuenta años podemos contar con asistir a alteraciones radicales del cuerpo a través de la manipulación genética. Muchas de estas manipulaciones irán destinadas, a buen seguro, a prolongar la duración de la vida, pero muchas serán de carácter recreativo y estarán relacionadas con el estilo de vida. La variedad de tipos humanos se dilatará por caminos que hoy nos resultan inimaginables.

Peter Atkins, profesor de química de la Universidad de Oxford, vaticina que en los próximos cincuenta años se consolidará la capacidad de los químicos para manipular átomos y unirlos en configuraciones novedosas. Hay tres caminos que deben seguirse. Uno consiste en la elaboración de las técnicas clásicas en química: la agitación, el calentamiento y la mezcla, que, por diversos y sofisticados medios, han emergido de la alquimia y han alcanzado un alto grado de refinamiento en nuestros laboratorios. Los próximos cincuenta años veremos a los ordenadores proyectar la senda que seguirán ciertos productos complejos necesarios para sus propios sucesores. Los ordenadores tendrán que ser más pequeños. A su debido tiempo, habrán de construirse con los componentes de menor tamaño posible, esto es, deberán construirse con moléculas, puesto que no hay nada de menor tamaño que pueda adquirir una arquitectura compleja que se precie de serlo. Así pues, los químicos construirán ordenadores moleculares mediante las técnicas que han desarrollado al elaborar moléculas menos complicadas.

Roger C. Schank, catedrático de ciencia computacional y destacado investigador en el campo de la inteligencia artificial, asegura que en el curso de los próximos cincuenta años la creación de la experiencia virtual se convertirá en una industria preponderante; nuestros hogares estarán dominados por experiencias virtuales que, a su vez, habrán suplantado a las escuelas. Lo que ahora vemos en los videojuegos y en las películas de ciencia ficción pasará a ser nuestra realidad cotidiana.

Faltan treinta y nueve años para que se puedan llevar a cabo algunas de las hipótesis inspiradas; esperemos que, esta vez, el centro intelectual impere por encima del emocional y que la mayoría de las propuestas lleguen a buen puerto.

Muy cerca del futuro

Igual que una ficha de dominó al caer hace que la larga fila de fichas situadas una detrás de otra caigan, un hallazgo revelador puede hacer abrir la puerta que lleve a resolver en pocos años lo que se había predicho que podía suceder al cabo de cincuenta.

Tras un proceso de construcción de nueve años, el Gran Colisionador de Hadrones (LHC), la más grande y complicada instalación experimental de física de partículas nunca construida, está a punto de ponerse en marcha, después de solucionar una reparación de imanes que se detectó en una prueba. Esperemos se solucione el problema y que antes de final de año esté produciendo colisiones de protones.

Podemos decir que es el mayor y más potente microscopio de la historia de la ciencia, sondeará las menores distancias, hasta un nanonanómetro, y las energías más altas jamás analizadas. El dominio que descubrirá, llamado «escala tera» por su gama de energías, es del orden de un billón de electronvoltios, o 1 TeV. La expectativa es prometedora: se espera que se produzcan descubrimientos muy importantes con estas energías, como las partículas que constituyen la materia oscura, que comprende la mayor parte de la materia del universo, y hallar las partículas Higgs, que se cree que dota de masa a otras partículas; sin estas partículas, sin átomos compactos tendríamos un mundo sin reacciones químicas y falto por completo de estructuras compuestas estables, como nuestros sólidos y nuestros líquidos. Se espera que el LHC inaugure una nueva era de la física de partículas en la que se resuelvan las principales incógnitas sobre la composición y la energía del universo.

El LHC acelerará a las mayores energías nunca generadas por una máquina paquetes de protones, que colisionarán frontalmente treinta millones de veces por segundo. En cada colisión se expulsa-

rán miles de partículas a una velocidad próxima a la de la luz. Se halla situado a una profundidad de entre cincuenta y ciento setenta metros, junto al lago Lemán, en Ginebra. El túnel del LCH está inclinado un 1,4 por ciento respecto a la horizontal, a fin de que la mayor parte posible se asiente sobre roca sólida. Curiosamente, con Luna llena, en la marea alta, la circunferencia del LCH aumenta un milímetro, y la energía del haz varía en un 0,02 por ciento. Los experimentadores deben tener en cuenta este efecto: deben conocer la energía del haz con una precisión de un 0,002 por ciento. El túnel del LHC es en realidad octogonal, con ocho arcos conectados por ocho secciones rectas coradas que albergan los cuatro experimentos y los servicios relacionados con el control del haz.

Si bien en los últimos diez años se han ido inspirando hipótesis, parece haberse consolidado la física de partículas, en realidad han sido unos años de preparación de «la mezcla en el matraz» para el gran huevo alquímico que nos espera. Se ha comprobado repetidamente que vivimos en un universo más o menos plano, dominado por materia oscura y por una forma sin identificar de energía oscura, inductora de la aceleración cósmica. Se está trabajando en el laboratorio japonés de física de alta energía (KEK) y en el acelerador lineal de Stanford (SLAC) se han detectado diferencias entre las desintegraciones de mesones B y las de sus antipartículas. Tales sutiles asimetrías explican en parte por qué el universo contiene tan poca antimateria.

En numerosos experimentos y en una gran gama de distancias se ha verificado la teoría electrodébil, una nueva ley de la naturaleza, clave del modelo estándar, desde las subnucleares hasta las galácticas.

El quark cima fue descubierto en experimentos del Fermilab, en colisiones entre protones y sus homólogos de antimateria, los antiprotones. El quark cima destaca porque su masa es unas cuarenta veces mayor que la de su pareja, el quark fondo. Los detectores de partículas han establecido que los distintos neutrinos pueden transmutarse entre sí. Estas escurridizas partículas han de poseer masa, cosa que el modelo estándar no explica de forma natural. Una de las funciones primordiales del LHC es explorar en un dominio nuevo e inmenso y buscar en él pruebas de dimensiones

ocultas del espacio-tiempo, nuevas interacciones fuertes, la supersimetría y, sobre todo, lo inesperado. Se deberá estar muy alerta y no dejar escapar ni el más mínimo fragmento, mirando con los ojos de la ciencia, pero también con los ojos del espíritu.

Si el espacio tuviera más dimensiones que las tres que conocemos, las partículas podrían interactuar de distinta forma en grandes energías y la energía de unificación que se ha venido conjeturando no tendría que ser tan elevada como ahora se piensa. El problema de la jerarquía recibirá una nueva formulación e incluso podría desaparecer.

En la línea de inspirar hipótesis y en la mente de espíritus abiertos se ha ido más allá: se está trabajando en la construcción del colisionador del futuro, el nuevo ILC, que medirá más de treinta y un kilómetros de largo, en su mayor parte ocupados por los dos aceleradores lineales superconductores que provocarán colisiones electrón-positrón con energías de 500 GeV. Cada segundo, el ILC acelerará y hará colisionar cinco veces más de tres mil paquetes de electrones y positrones en un impulso de un miligramo de duración, lo que representa una potencia media total próxima a diez megavatios por cada haz. Debido a su enorme coste, el proyecto deberá ser asumido por varios países, recogerá todas las experiencias derivadas del LHC, y se especula con tres posibles emplazamientos: en una cadena montañosa aún no determinada de Japón; en el Laboratorio del Acelerador Nacional Fermi, en Batavia (Estados Unidos), y en el CERN, el laboratorio europeo de física de partículas cercano a Ginebra. Por el momento se desconocen cuáles serán los resultados que se podrán obtener, pero podríamos emplear la imaginación y pensar que quizá entraremos en el campo de los universos paralelos, en el del espacio-tiempo, en la Teoría del Todo, en el fenómeno de la sincronización. Quizá dentro de unos años sepamos los resultados, y muchas de la ideas expuestas en este libro que ahora parecen ciencia ficción sean confirmadas e incluso superadas.

Las moléculas de Greta Garbo

El profesor Ted Sargent, presidente de investigación de la Canadá/Nortel Junior, cátedra de tecnologías emergentes, nos deleita con la siguiente reseña en su libro *La danza de las moléculas*:[4]

Decidí que sería nanotecnólogo («nano» es un prefijo griego que se refiere a una medida) el año en que Greta Garbo murió en Nueva York[5] debido a una insuficiencia renal. Yo tenía diecisiete años y sorbía los vientos por la actriz. Me conquistó cuando vi *Mata-Hari* y caí rendido a sus encantos, más incauto que un teniente ruso seducido. Hipnotizado por las curvas de sus caderas, me pregunté si debía contentarme con soñar con ella. Sabíamos mucho sobre la materia y todavía más sobre Greta, así que, ¿por qué tenía que ser un absurdo imaginar que se le devolvía la vida? No se trataba de clonarla, sino de construirla. Sintetizarla, componerla y darle vida a partir del átomo. Combinar elementos transformando la química en una forma humana.

Tenía a mi disposición los ingredientes necesarios. Existían amplios informes visuales que describían detalladamente la estructura de Greta, su arquitectura y mobiliario. Vestigios de partículas de óxido de plata dejaban pasar u ocultaban la luz, volviendo a representar la proyección de su forma. Su voz resonaba en mi memoria. Lionel Barrymore sabría dejar constancia del olor del cabello de la estrella cuando se mecía bajo su nariz. Era posible descargar sus planos, y yo podría aplicar mis labios a su mejilla.

Greta continúa viviendo en la materia tanto como en la memoria. Ahora, cincuenta años después de su muerte, sus partículas todavía se encuentran a nuestro alrededor. Garbonio elemental flota en el aire que respiramos. En el pasado las moléculas de Greta estaban organizadas en una superestructura compleja y armoniosamente coordinada. Las proteínas fabricadas a partir del plano de su delicioso ADN ponían el músculo, la grasa y el hígado en sus espléndidos lugares. El oxígeno y la glucosa alimentaban una sangre roja y caliente, proporcionando a Greta energía, vida y encanto.

No, Greta no había desaparecido. Lo que ocurría era que sus átomos se encontraban todos en lugares indebidos, esparcidos por la Tierra, pero seguían de algún modo en el mundo material. Yo quería que Greta regresara, completa. Toda su dotación sensorial estaba archivada, y en el aire se hallaban suspendidos los mismos elementos que, ordenados convenientemente, le habían

dado vida. Por lo tanto, ¿por qué no estaba yo bailando con Greta Garbo?

Tal vez los seres vivos sean los ejemplos más llamativos del poder de los átomos, organizados oportunamente, para producir una gama sorprendente de conducta; pero no son los únicos. Los bloques de cristal reflejan y concentran la luz. Los plásticos se doblan, mientras que las estructuras de titanio de las bicicletas resisten. El cabello se enrosca y el acero estructural sostiene. Los semiconductores transportan ondas de electrones en concierto armónico.

¿Podemos ordenar meticulosamente y conscientemente los átomos para formar una Greta Garbo? Mangonear átomos de carbono, oxígeno y nitrógeno para formar 50 kilogramos de lujosa sueca culta es una empresa mayor. La matemática cuenta la historia así:

$$\frac{\text{(Masa de Greta Garbo – 50 kg)}}{\text{(Masa por átomo de carbono – 2 × 10 elevado a – 23 gramos)}} =$$

= 2 × 10 elevado a la 27, átomos que tienen que ordenarse.

Emprendemos un viaje por el mundo de la nanotecnología. Veamos lo lejos que hemos llegado en convencer a la Naturaleza para que forme la materia atendiendo a nuestras necesidades, en el uso del control minucioso sobre los átomos, electrones y fotones.

Ya en 1965, Richard Feynman, ganador del Premio Nobel de Física en 1965, fue el pionero en mencionar las posibilidades de la nanociencia y de la nanotecnología en su conocido discurso pronunciado a finales del año 1959 en el Instituto Tecnológico de California, con el título de «En el fondo hay espacio de sobra».

Más de cuarenta laboratorios en todo el mundo destinan importantes sumas de dinero para la investigación de la nanotecnología. Empresas como IBM, HP, NEC o Intel invierten millones de dólares al año en la investigación del tema, y los gobiernos de los

países más avanzados han invertido en el último año en el programa National Nanotechnology Initiative más de seiscientos millones de dólares.

Las aplicaciones de la nanotecnología van destinadas fundamentalmente a la salud, automoción, construcción, textil y calzado, alimentación y producción de energías. La nanotecnología es en realidad un puzle en el que intervienen distintas piezas que forman la composición final, las piezas comprendidas son: matemáticas, electrónica, química molecular y computacional, bioquímica, biología molecular, física e informática. La nanotecnología intenta controlar y manipular la materia a una escala menor que un micrómetro, es decir, a nivel de átomos y moléculas, los nanomateriales. Lo más normal es que la manipulación se produzca en un plano de entre uno y cien nanómetros, se puede tener una idea de lo pequeño que es un nanobot sabiendo que un nanobot de unos 50 nm tiene el tamaño de cinco capas de moléculas de átomo, dependiendo de la materia de que esté hecho el nanobot. Esta fabricación molecular corresponde también a la llamada «ingeniería de nanosistemas», es decir, máquinas a escala nanométrica que trabajan a escala molecular. Los productos manufacturados se realizan a partir de átomos, las propiedades de estos productos van en función de cómo están dispuestos estos átomos. Si, por ejemplo, cambiamos de sitio los átomos de la arena y agregamos algunos elementos extra, estaremos creando los chips de un ordenador. Sin duda se podrán llegar a construir sofisticadas máquinas biológicas.

La Universidad de Toronto, en Canadá, ha emitido un informe con las principales aplicaciones de la nanotecnología a partir de los conocimientos actuales, sin descartar otras aplicaciones quizá más avanzadas pero que están en fase muy primaria. Estas aplicaciones son: cambios térmicos moleculares (nanotermología), informática, almacenamiento, producción y conversión de energía, armamento y sistemas de defensa, producción agrícola, tratamiento y remediación de agua, diagnóstico y cribaje de enfermedades, sistemas de administración de fármacos, procesamiento de alimentos, remediación de la contaminación atmosférica, construcción y monitorización de la salud, detección y control de plagas, control de desnutrición en lugares pobres o alimentos transgénicos.

Es posible que algún día se pueda construir el Moderno Prometeo; quedará entonces empequeñecida la desbordante imaginación de Mary Shelley, que, con veintiún años, y por una apuesta con su esposo Percy, Byron y Polidori, escribió su *Frankenstein*.

En este capítulo hemos querido de alguna manera exponer una constante en este libro, pero en lugar de hablar de imaginación, hemos hablado de hipótesis. Si intentamos resolver una ecuación de segundo grado con varias incógnitas en un ordenador programado sólo para resolver raíces cúbicas, será imposible. Debemos pulsar una tecla que introduzca el programa correspondiente. Lo mismo sucede con nuestra mente: si nos movemos en ella con un programa de raíces y no podemos pulsar una tecla, será difícil o, mejor dicho, imposible resolver ecuaciones.

CAPÍTULO 2

Imaginar es emocionante

Si la inteligencia requiere comprensión, la comprensión requiere conocimiento. Sin embargo, muchas veces éste es muy limitado y, aunque los datos que tengamos sean mínimos, interpretados con sentido común, apreciando la más mínima pequeña visión difuminada, una leve sombra puede hacernos comprender un fenómeno que en principio parece inexplicable, luego la inteligencia se cuida de descifrar.

Roger Penrose es un científico mundialmente reconocido que en 1988 obtuvo, junto a Stephen W. Hawking, el Wolf Prize de física. Es autor de bestsellers de divulgación científica, y actualmente es catedrático emérito de la cátedra Rouse Ball de matemáticas de la Universidad de Oxford. En el prólogo de su libro *Las sombras de la mente*[1] nos regala la siguiente narración:

> Jessica siempre se sentía algo nerviosa cuando entraba en esta zona de la cueva.
>
> —¿Papá? Supongamos que se desprendiese esa roca del lugar en el que está encajada entre otras piedras. ¿No nos bloquearía la salida y nos impediría volver a casa?
>
> —Podría hacerlo, pero no lo hará —respondió su padre algo distraído y de forma innecesariamente brusca, pues parecía más interesado en cómo se estaban adaptando sus diversos ejemplares de plantas a las condiciones de humedad y oscuridad en este rincón, el más remoto de la cueva.
>
> —Pero papá, ¿cómo sabes que no lo hará? —insistió Jessica.
>
> —Esta roca probablemente ha estado aquí durante miles de

años. No va a venirse abajo ahora precisamente que nosotros estamos aquí.

Jessica no se quedó muy tranquila con esta respuesta.

—Seguramente tendrá que caer alguna vez, así que cuanto más tiempo haya estado ahí, más probable es que vaya a caer ahora.

El padre de Jessica dejó de atender a sus plantas y miró a su hija con una ligera sonrisa en su rostro.

—No, no es así en absoluto.

Su sonrisa se hizo más marcada, pero ahora más interna.

—En realidad, podrías decir incluso que, cuanto más tiempo haya estado ahí, menos probable es que vaya a caer cuando nosotros estemos aquí.

Ninguna explicación siguió a esto, y él dirigió de nuevo su atención a las plantas.

Jessica odiaba a su papá cuando adoptaba esa actitud..., no, no le odiaba; ella quería siempre a su papá más que a nada o a nadie, pero le gustaría que no tuviese actitudes como ésa. Sabía que tenían algo que ver con el hecho de que él era un científico, pero seguía sin comprenderlas. Esperaba incluso convertirse algún día también en una científica, pero si lo hiciera, estaba segura de que nunca tendría esas actitudes.

Al menos dejó de preocuparse de que la roca pudiese caer realmente y bloquear la cueva. Veía que su papá no tenía miedo de que sucediera, y esta confianza de él le dio también confianza. No comprendía la explicación de su papá, pero sabía que él siempre tenía razón en esas cosas, o al menos casi siempre la tenía. Recordaba aquella discusión sobre los relojes de Nueva Zelanda cuando mamá dijo una cosa pero papá insistió en que lo cierto era lo contrario. Luego, tres horas más tarde, papá bajó de su estudio y dijo que lo sentía, que estaba equivocado, que ¡ella había tenido siempre razón! ¡Eso fue divertido! «Apuesto a que mamá podría haber sido también una científica si hubiese querido —pensó—, y no habría tenido actitudes extrañas como las de papá.»

Jessica tuvo más cuidado al plantear su siguiente pregunta en un momento en que su papá acababa de terminar lo que había

estado haciendo y todavía no había empezado lo que iba a hacer a continuación.

—¿Papá? Ya sé que la roca no va a caer. Pero imaginemos simplemente que lo hiciera, y que nos quedáramos atrapados aquí para el resto de nuestra vida. ¿Quedaría muy oscura la cueva? ¿Seríamos capaces de respirar?

—¡Qué idea tan desagradable! —respondió el padre de Jessica. Luego miró cuidadosamente la forma y el tamaño de la roca y la entrada de la cueva—. Mmmmm —dijo—, sí, pienso que la roca taparía casi por completo el agujero de entrada. Ciertamente quedaría cierto espacio para que el aire entrase y saliese, de modo que no nos ahogaríamos. En cuanto a la luz, pienso que quedaría una pequeña rendija redondeada en la parte superior que dejaría entrar alguna luz, pero quedaría muy oscuro, mucho más oscuro de lo que está ahora. Pero estoy seguro de que podríamos ver bastante bien una vez que nos hubiésemos acostumbrado a ello. ¡Me temo que no sería muy agradable! Pero puedo decirte una cosa: si tuviera que vivir aquí el resto de mi vida con alguien, antes lo haría con mi maravillosa Jessica que con cualquier otra persona en todo el mundo; y también con mamá, por supuesto.

Jessica recordó por qué quería tanto a su papá.

—Yo también quiero a mamá aquí, en mi siguiente pregunta, porque voy a suponer que la roca cayó antes de que yo hubiese nacido y tú y mamá me tuvieseis aquí en la cueva, y yo crecí aquí con vosotros... y pudimos mantenernos vivos comiendo todas tus divertidas plantas.

Su padre la miró un poco perplejo, pero no dijo nada.

—Entonces yo no habría conocido ninguna otra forma de vida excepto esta vida aquí en la cueva. ¿Cómo podría saber qué aspecto tenía el mundo real exterior? ¿Podría saber que hay árboles en él, y pájaros, y conejos y otras cosas? Por supuesto, vosotros podríais contarme estas cosas porque las habrías conocido antes de quedar atrapados, pero ¿cómo las conocería yo?, quiero decir, ¿cómo las conocería realmente por mí misma, más que simplemente por creer lo que vosotros decíais?

Su padre se detuvo y se quedó pensando durante unos minutos. Luego dijo:

—Bien, supongo que de vez en cuando, en un día soleado, un pájaro podría cruzar volando la línea entre el Sol y la rendija, y entonces podríamos ver su sombra en la pared de la cueva. Por supuesto, su forma estaría algo distorsionada en la pared más bien irregular, pero podríamos aprender a corregirlo. Si la rendija fuera suficientemente pequeña y redonda, el pájaro podría arrojar una sombra claramente definida, pero si no lo fuera, entonces tendríamos que hacer también otro tipo de corrección. Luego, si el mismo pájaro pasase volando muchas veces, podríamos empezar a hacernos una imagen bastante buena de su aspecto real, y de cómo vuela, y así sucesivamente, simplemente a partir de la sombra. En alguna otra ocasión, cuando el Sol estuviese bajo en el cielo, podría suceder que un árbol quedase adecuadamente situado entre el Sol y nuestra rendija, con sus hojas ondeando, de modo que podríamos empezar a hacernos una imagen de este árbol, también a partir de su sombra. Y quizá de vez en cuando un conejo podría saltar en el camino de nuestra rendija, de modo que podríamos empezar a hacernos una imagen también a partir de su sombra.

—Eso es interesante —dijo Jessica. Se detuvo unos momentos y luego dijo—: ¿Piensas que sería posible que nosotros hiciéramos un descubrimiento científico real mientras estábamos atrapados aquí en la cueva? Imagina que hubiésemos hecho un gran descubrimiento sobre el mundo externo y que estuviésemos aquí en una de tus grandes conferencias, tratando de convencer a todos los demás de que teníamos razón. Por supuesto, todas las demás personas en la conferencia (y tú también) tendrían que haber crecido también en la cueva, pues de otra forma estaríamos haciendo trampa. ¡Pero no hay problema en que ellos creciesen también en la cueva porque tú tendrías montones y montones de bonitas plantas y todos podríamos vivir de ellas!

Esta vez, el padre de Jessica se asustó visiblemente, pero siguió sin decir nada. Quedó pensativo durante varios minutos. Luego dijo:

—Sí, pienso que sería posible. Pero, ¿ves?, lo más difícil de todo sería tratar de convencerlos de que existe un mundo exterior. Todo lo que conocerían serían las sombras, y cómo se mue-

ven y cambian con el tiempo. Para ellos, las complicadas sombras y cosas cambiantes en la pared de la cueva sería todo lo que había en el mundo. Por lo tanto, parte de nuestra tarea consistiría en convencer a la gente de que realmente hay un mundo exterior al que se refiere nuestra teoría. De hecho, estas dos cosas irían juntas. ¡Tener una buena teoría del mundo exterior sería una parte importante para hacer que la gente aceptara que estaba realmente ahí!

—Muy bien papá, ¿cuál es nuestra teoría?

—No tan rápido..., sólo un minuto... Aquí está: ¡la Tierra gira alrededor del Sol!

—Ésa no es una teoría muy nueva.

—No, realmente tiene casi veintitrés siglos, ¡casi tan vieja como el intervalo de tiempo en el que la roca ha estado encajada cerca de la entrada! Pero en nuestra ficción todos hemos pasado toda nuestra vida en la cueva, y la gente ni siquiera habría oído hablar antes de una idea semejante. Tendríamos que convencerlos de que realmente había una cosa tal como el Sol, e incluso como la Tierra, para lo que nos interesa. La idea es que la simple elegancia de nuestra teoría, explicando todo tipo de detalles finos del movimiento de la luz y de las sombras, convencería finalmente a la mayoría de las personas en la conferencia de que no sólo hay realmente algo muy brillante ahí fuera (lo que llamamos «Sol»), sino que la Tierra está en continuo movimiento a su alrededor, y girando al mismo tiempo alrededor de su propio eje.

—¿Sería muy difícil convencerlos?

—¡Ciertamente lo sería! De hecho, tendríamos que hacer dos cosas muy diferentes. En primer lugar, necesitaríamos demostrar de qué forma nuestra teoría simple explica con gran aproximación un terrible montón de datos muy precisos sobre el movimiento de la mancha brillante, con sus sombras, por la pared de la cueva. Ahora bien, algunas personas podrían quedar convencidas por esto, pero otras apuntarían que existe una imagen mucho más de «sentido común» en la que el Sol se mueve alrededor de la Tierra. En detalle, esta imagen sería más complicada que la que nosotros estamos proponiendo. Pero esas personas preferirían atenerse a su imagen complicada (de forma bastante razonable)

porque simplemente no podrían aceptar la posibilidad de que la cueva estuviese girando a aproximadamente cien mil kilómetros por hora, como requería nuestra historia.

—Caray, ¿realmente está haciendo eso?

—Sí, cosas de este tipo, de modo que para la segunda parte de nuestro argumento tendríamos que cambiar de táctica por completo y hacer algo que muchas personas en la conferencia pensarían que era del todo irrelevante. Haríamos rodar bolas por planos inclinados y haríamos oscilar péndulos y cosas así, sólo para demostrar que las leyes físicas que gobiernan el comportamiento de las cosas en la cueva no quedarían afectadas si el contenido global de la cueva se estuviese moviendo en cualquier dirección y a cualquier velocidad que uno quiera. Esto les mostraría que ellos, de hecho, no sentirían nada si la cueva gira a una enorme velocidad. Ésta es una de las cosas importantes que tuvo que demostrar Galileo; ¿recuerdas lo que decía de él el libro que te dejé?

—¡Por supuesto que lo recuerdo! Oh, papá, todo suena terriblemente complicado. Apuesto a que muchas personas en nuestra conferencia se quedarían dormidas, como les he visto hacerlo en las conferencias de verdad cuando tú das un seminario.

El padre de Jessica enrojeció un poco.

—¡Espero que tengas razón! Sí, pero me temo que así parece la ciencia a veces: montones y montones de detalles, muchos de los cuales pueden parecer muy aburridos y a veces casi completamente irrelevantes para la imagen que estás tratando de formar, incluso si esa imagen final pudiera tener una sorprendente simplicidad, como sucede con nuestra idea de que la Tierra gira sobre sí misma al tiempo que da vueltas alrededor de algo llamado «Sol». Algunas personas podrían pensar que no necesitan molestarse con todos los detalles aburridos porque de todas formas encuentran la idea bastante plausible. Pero los verdaderos escépticos querrían comprobarlo todo, buscando posibles lagunas.

—¡Gracias, papá! Siempre me gusta cuando me hablas de cosas como éstas, cuando a veces te pones rojo y excitado. Pero ¿podemos volver ahora? Está oscureciendo y estoy cansada y hambrienta, y tengo un poco de frío.

—Vamos, pues.

El padre de Jessica le colocó su chaqueta sobre los hombros, recogió todas sus cosas y puso el brazo alrededor de ella para guiarla a la salida de la cueva ahora oscurecida. Mientras salían, Jesica miró de nuevo la roca.

—¿Sabes?, creo que estoy de acuerdo contigo, papá. ¡Esta roca va a quedarse al menos otros veintitrés siglos!

Así acaba el prólogo de Penrose. La sorpresa viene al final del libro, en el epílogo, que dice:

Jessica y su padre salieron de la cueva. Ahora había oscurecido mucho y algunas estrellas eran claramente visibles. Jessica dijo a su padre:

—¿Sabes, papá?, cuando miro al cielo, sigo encontrando difícil de creer que la Tierra se mueve realmente dando vueltas a miles de kilómetros por hora, incluso si pienso que realmente sé que debe ser cierto.

Hizo una pausa y se quedó mirando el cielo durante un rato.

—Papá, háblame de las estrellas...

El fenómeno ovni

En la primera parte de este libro hemos hablado de ovnis, haciendo constar que, de alguna manera, haríamos una referencia al tema, aunque fuera someramente.

Miles de libros, documentales, artículos, debates y películas tratan del fenómeno de los extraterrestres; hay versiones de todo tipo y, evidentemente, no es lo mismo explicar un suceso de una manera que hacerlo de otra porque puede parecer que se dice lo contrario.

Por nuestra parte, siempre hemos entendido que los viajes interplanetarios emprendidos por las dos grandes potencias, con el incalculable gasto que ello comporta, respondían a algo más que la experimentación científica, cuyos resultados, comparados con la inversión realizada, han sido más bien pobres. Hemos entendido

que dichos viajes estaban relacionados con el intento de comunicación con otras civilizaciones, que ése era el espíritu de los mismos y la justificación al caudal empleado. De otra manera tendrían una difícil explicación.

Corría el año 1979 cuando Antonio Ribera i Jordá (Barcelona, 1920-2001), fundador del CRIS (Centro de Recuperación e Investigaciones Submarinas) y también del CEI (Centro de Estudios Interplanetarios de Barcelona), escritor y ufólogo de fama internacional, habló del fenómeno ovni ante la Cámara de los Lores londinense.

Posteriormente, en una de las múltiples conferencias que impartía sobre dicho tema, nos explicó su experiencia a un pequeño grupo de estudiosos de los ovnis:

«—Una vez terminada la exposición —nos decía Ribera—, en el turno de preguntas del público asistente se levantó un señor de mediana edad pidiendo la palabra. Una vez el moderador se la concedió, dijo:

»—Señor Ribera, yo sé exactamente qué son los ovnis. Los ovnis son...

»El señor cayó al suelo como fulminado. Fue atendido por un médico que había en la sala, que manifestó que había fallecido instantáneamente, posiblemente por un ataque cardíaco o un derrame cerebral.

»Siempre me ha quedado la duda de qué es lo que quería decirme aquel señor y, lo que es peor, la duda de si su muerte fue natural.»

Antonio Ribera fue director de la revista *Horizonte*, homóloga en España de la revista *Planète* en Francia, dirigida por Louis Pauwels. Ribera había manifestado en múltiples ocasiones que pensaba que las bases de los ovnis estaban situadas dentro del mar, por eso difícilmente se veían aterrizajes de dichos objetos, y quizá de ahí su afición al submarinismo.

Posiblemente uno de los grandes problemas que presenta el fenómeno ovni son los relatos de las personas que han tenido alguna experiencia. Suelen ser explicaciones incongruentes, muchas veces contradictorias, que comportan automáticamente la duda. Es obvio que la forma de contar cualquier suceso tiene un peso muy

importante a la hora de dar credibilidad al relato. No es lo mismo decir una cosa de una forma que intentar explicarla de otra totalmente diferente, aun queriendo decir lo mismo. Para ilustrar lo dicho, nada mejor que la alocada conversación de *Alicia en el País de las Maravillas*:

> Al oír esto el Sombrerero abrió desmesuradamente los ojos, pero todo lo que dijo fue:
>
> —¿En qué se parece un cuervo a una mesa de escribir?
>
> «¡Vaya! Parece que nos vamos a divertir un poco —pensó Alicia—. Me alegro de que les guste jugar a las adivinanzas...», y añadió en voz alta:
>
> —Creo que sé la solución.
>
> —¿Cómo? ¿Quieres decir que piensas decirnos la solución? —preguntó sorprendida la Liebre de Marzo.
>
> —Precisamente —contestó Alicia.
>
> —Entonces —continuó la Liebre—, deberías decir lo que piensas.
>
> —Pero ¡si es lo que estoy haciendo! —se apresuró a replicar Alicia—. Al menos..., al menos pienso lo que digo..., que, después de todo, viene a ser la misma cosa, ¿no?
>
> —¿La misma cosa? ¡De ninguna manera! —negó enfáticamente el Sombrerero—. ¡Hala! Si fuera así, entonces también daría igual decir «veo cuanto como» que «como cuanto veo».
>
> —¡Qué barbaridad! —coreó la Liebre de Marzo.
>
> —Sería como decir que da lo mismo afirmar que «me gusta cuanto tengo» que «tengo cuanto me gusta».
>
> —Valdría tanto como querer afirmar —añadió el Lirón, que parecía hablar en sueños— que da igual decir «respiro cuando duermo» que «duermo cuando respiro».

Nosotros, por nuestra parte, intentamos contemplar el fenómeno ovni como si estuviéramos dentro de una cueva, como Jessica, la hija del científico Roger Penrose, que aparece en el apartado anterior.

Alfred L. Webre (Estados Unidos, 1942), juez, doctor en derecho, director del Instituto para la Cooperación en el Espacio

(ICIS), abogado general de la Agencia de Protección medioambiental de Nueva York, profesor de universidad y asesor de la Fundación Ford, hizo la siguiente declaración como respuesta a las preguntas de la periodista Imma Sanchís: «Existen pruebas de que hay civilizaciones éticas más avanzadas que la nuestra que participan en el proceso de nuestro desarrollo.» Se encontraba en la Cumbre Europea de Exopolítica 2009, donde astronautas de la NASA y de la Agencia Espacial Rusa manifestaban sin ninguna duda que ha existido contacto con civilizaciones extraterrestres. Según declaraciones de empleados del gobierno de Estados Unidos que han atestiguado participar en programas secretos de relaciones con ciertas civilizaciones extraterrestres, desde los años cincuenta el gobierno estadounidense ha estado trabajando con ellos.

Andrew Basiago, hijo de un oficial de la CIA, fue enrolado a los siete años en un programa secreto para niños superdotados a los que entrenaban para ser embajadores ante razas extraterrestres. Según él, tuvo un encuentro con tres astronautas del planeta Marte.

En enero de 2009, Virginia Olds, empleada de la CIA, confirmó que la Agencia sabe que hay civilización humanoide que vive bajo la superficie de Marte. Según ella, en los informes de la CIA constan los siguientes datos:

> Creemos que en el año 9500 a. J.C. fragmentos de la supernova Vela entraron en el sistema solar y destrozaron la ecología de Marte. Los marcianos, unos mil quinientos años más avanzados que nosotros ética y tecnológicamente, se refugiaron bajo la Tierra.
>
> En diciembre de 2008 publicamos un informe que incluye fotografías tomadas por el robot de la NASA *Rover Spirit* en las que se identifican cierta especie de humanoides, animales y estructuras en la superficie de Marte.
>
> El astronauta Buzz Aldrin, que viajó en el *Apolo XI*, dijo que cuando llegaron a la Luna en 1969 había dos grandes naves extraterrestres alrededor del gran cráter. Su versión fue verificada por altos cargos de la NASA.
>
> El doctor Steven Greer, director del Disclosure Project, ha recogido más de quinientos testimonios militares, gubernamen-

tales y de inteligencia de alto rango relativos a la presencia extraterrestre y que se hicieron públicos en mayo de 2009 en el Club Nacional de Prensa de Washington.

Recientemente, Francia, Suecia, Dinamarca y el Reino Unido sacaron a la luz 7.200 expedientes de ovnis recopilados por D155, unidad secreta del Ministerio de Defensa.

El nuestro es un planeta de orden bajo que suponemos está en una cuarentena impuesta por el gobierno del universo. Creemos que las civilizaciones éticas extraterrestres han usado el fenómeno ovni para ir aclimatándonos a su existencia, y entre 2010 y 2020 podemos empezar a tener relaciones abiertas con esas civilizaciones. Ellos pueden darnos tecnología y conocimientos y nosotros tenemos un precioso planeta verde al que podrían emigrar.

Existen muchas dimensiones y universos paralelos al nuestro. Algunas civilizaciones extraterrestres vienen de otra dimensión, otro universo paralelo, por eso los ovnis pueden aparecer y desaparecer. Parece que vivimos en un universo organizado y las civilizaciones más éticas han conseguido dominar la dimensión tiempo y son ellas las que probablemente desarrollan nuestra realidad.

Según algunas teorías, estamos evolucionando de forma acelerada para abandonar la economía de guerra permanente e ir hacia una economía sostenible. La conciencia humana se desarrolla para entrar en la edad universal y relacionarse abiertamente con esas otras civilizaciones.

Existe una directiva primaria: no interferir en la evolución de una civilización en otro planeta. Pero en muy poco tiempo el hombre va a aprender a usar la teletransportación cuántica y a sacar energía del espacio. Estamos en una era de transición en la que debemos decidir si vamos a la destrucción o a la evolución.

Estamos trabajando con el doctor Norman Miranda, jefe del gabinete del presidente de la Asamblea General de la ONU, para que esa organización represente a la Tierra ante la civilización de Marte.

Creemos en los extraterrestres

El Instituto Gallup efectuó en 1990 una encuesta[2] a 1.236 estadounidenses sobre creencias en fenómenos paranormales. Las sorprendentes respuestas fueron las siguientes:

Creen en la astrología	52 %
Creen en la percepción extrasensorial	46 %
Creen en las brujas	19 %
Creen que los extraterrestres han llegado a la Tierra	22 %
Creen en la Atlántida	33 %
Creen que convivieron los dinosaurios y los humanos	41 %
Creen en el Diluvio Universal	65 %
Creen en la comunicación con los muertos	42 %
Creen en los fantasmas	35 %
Creen haber tenido una experiencia parapsicológica	67 %

Desde esta encuesta hasta la realizada por el mismo Instituto Gallup el 8 de junio de 2001 se ha producido un importante aumento en la creencia en determinados fenómenos. Los resultados de esta última son los siguientes:

	Cree	No está seguro	No cree
Percepción extrasensorial	50	20	27
Casas encantadas	42	16	41
Posesiones diabólicas	41	6	41
Fantasmas y espíritus	38	17	44
Telepatía	36	26	35
Contactos extraterrestres	33	27	38
Clarividencia	32	23	45
Comunicación con los muertos	28	26	46
Astrología	28	18	52
Brujas	26	15	59
Reencarnación	25	20	54
Médiums	15	21	62

El fenómeno que más ha crecido, curiosamente, ha sido el del posible contacto con los extraterrestres.

Michael Shermer (California, 1954), doctor en historia de la ciencia, profesor y escritor científico, escribe lo siguiente en su libro *Por qué creemos en cosas raras*:[3] «Los ovnis y las abducciones extraterrestres cumplen con mis requisitos de cosa rara porque la afirmación de que esos avistamientos y experiencias suponen encuentros con seres inteligentes extraterrestres la aceptan la mayoría de las personas que se dedican a la astronomía, la exobiología y la búsqueda de inteligencia extraterrestre (a pesar del deseo casi universal de quienes la practican de encontrar cualquier lugar distinto de la Tierra), es extraordinariamente improbable (aunque no lógicamente imposible) y se basa sobre todo en testimonios anecdóticos y no corroborados. ¿Creen las personas listas en los ovnis y en las abducciones extraterrestres? Aunque la comunidad de creyentes solía estar compuesta en su mayoría por chiflados de los márgenes de la sociedad en las décadas de 1950 y 1960, quienes contaban historias de encuentros con alienígenas recibían, en el mejor de los casos, risitas detrás de la puerta (y, a veces, carcajadas cuando las puertas se abrían de par en par), y, en el peor, el consejo de ir al psiquiatra para someterse a un examen mental. Y, entre los científicos, siempre era motivo de mofa. Pero, en las décadas de 1970 y 1980, las credenciales de los creyentes experimentaron un cambio gradual, hasta que, en la de 1990, recibieron el espaldarazo del mundo académico, lo cual ha contribuido a que el grueso de la sociedad haya incorporado esas creencias.»

Consideremos el libro de 1998 *Aliens in America* (Extraterrestres en América), de Jodi Dean, doctora por la Universidad de Columbia, profesora de ciencias políticas de Hobart & William Smith y reputada especialista en feminismo. Su libro fue publicado por Cornell University Press y empieza como si se tratara de un segundo volumen sociológico sobre la ufología, con la tesis de que los abducidos se sienten «alienados» de la sociedad estadounidense moderna por inseguridades económicas, amenazas de destrucción medioambiental, el militarismo global, el colonialismo, el racismo, la misoginia y otras pesadillas de la cultura: «Mi argumento es que los alienígenas infiltrados en la cultura popular estadounidense son iconos a

través de los cuales se puede acceder a unas nuevas condiciones de política democrática en el nuevo milenio, no contamos con criterios para elegir entre políticas y veredictos, entre manipulaciones y reivindicaciones. Es más, ni siquiera podemos recurrir a los procedimientos científicos o jurídicos que podrían proporcionarnos alguna presunción de que es lo razonable.» Para Dean, la ciencia no sólo no es una solución, sino que es parte del problema: «Son los científicos quienes tienen problemas con la racionalidad de las personas que pertenecen a la comunidad de los ovnis. Son los científicos quienes tienen necesidad de explicar por qué algunas personas creen en platillos volantes, quienes tachan a los que lo hacen de perturbados o de estar llenos de prejuicios o de ser ignorantes.»

En realidad, sostiene Dean, puesto que el posmodernismo nos ha enseñado que toda verdad es relativa y consensuada, las afirmaciones de los ufólogos son tan ciertas como las de cualquier otro: «Los primeros ufólogos lucharon contra comprensiones esencialistas de la verdad que inscribían la verdad en los objetos del mundo (y en las relaciones entre ellos).» Por otra parte, Jodi Dean no nos dice si cree o no en los relatos de ovnis, sino que se limita a contestar: «Creo que ellos creen lo que me han contado.»

Tras desmitificar el fenómeno ovni, Shermer termina diciendo en su libro: «Todos estamos engastados en una visión del mundo, encerrados en un paradigma y refugiados en una cultura, y, como hemos visto, los prejuicios de la atribución intelectual y de la confirmación son tan poderosos y generalizados que ninguno de nosotros puede escapar a ellos. Las fórmulas lingüísticas de los relatos de abducciones extraterrestres forman parte de una cultura mayor de los Estados Unidos del siglo xx que engloba la literatura de ciencia ficción, la exploración del espacio, las películas y las series de televisión sobre naves espaciales y alienígenas, y, especialmente, la SETI (Search for Extraterrestrial Intelligence, la búsqueda de inteligencia extraterrestre), en la que trabajan científicos reconocidos. Ésta es más o menos la explicación que los escépticos dan a la coherencia de los testimonios de abducciones: los motivos recordados provienen de ese acervo cultural común.

»La creencia en los ovnis y en las abducciones extraterrestres, como otras creencias raras, es ortogonal e independiente de las evi-

dencias que existan en su favor o en su contra, y de la inteligencia de quienes la defienden.»

En busca de inteligencia extraterrestre

El primer proyecto SETI, cuya finalidad es encontrar vida extraterrestre inteligente, fue diseñado y patrocinado por la NASA en 1970. En la actualidad existen múltiples proyectos SETI que utilizan señales electromagnéticas capturadas por distintos radiotelescopios, y que asimismo envían mensajes de diferentes naturalezas al espacio a la espera de que alguno de ellos sea contestado. Actualmente aún no se ha recibido ninguna señal de clara procedencia extraterrestre. No debemos excluir la señal WOW, que todavía no se ha identificado.

Uno de los proyectos más famosos, el SETI@Home, está siendo seguido y apoyado por más de cinco millones de personas en todo el mundo, mediante el uso de sus ordenadores personales, los cuales procesan toda la información capturada por el radiotelescopio de Arecibo instalado en Puerto Rico.

El 15 de agosto de 1977, a las 23.16 horas, el radiotelescopio Big Ear recibió una señal de radio de origen desconocido durante aproximadamente 72 segundos proveniente de la zona oeste de la constelación de Sagitario. Dicha señal alcanzó una intensidad treinta veces superior al típico ruido de fondo de los receptores de radio. La señal no se grabó pero fue registrada por el ordenador del observatorio en un trozo de papel continuo diseñado para tal efecto. La computadora del observatorio imprimió los caracteres «6EQUJ5», que representaban distintos niveles de señal, hasta treinta veces el nivel normal. Nunca se ha podido identificar cuál pudo ser el origen de dicha señal.

Decía Diderot, conversando con mademoiselle de Lespinasse, que «No hay diferencia alguna entre un científico despierto y un filósofo dormido». Jacques Bergier, que era científico y filósofo, nos dice en su libro *Los extraterrestres en la historia*[4] que él no cree, en modo alguno, en platillos volantes, lo que lo pone en desacuerdo con otros autores.

Sin embargo —declara—, esto no es ningún inconveniente, creo yo, ya que no se trata aquí de una capilla de autores que defienden una misma revelación, sino de hombres que, libremente, procuran documentarse.

Además, crea o no crea yo en los platillos volantes, este problema ha sido ya abundantemente tratado por muchos expertos seguramente mejor documentados.

Veamos, en primer lugar, lo que ocurrió en Liberia el día 30 de junio de 1908. Aquella noche se produjo, por encima del río Yeniséi, una explosión de una potencia superior a la de las bombas atómicas que fueron arrojadas sobre Hiroshima y Nagasaki, una potencia comparable a la de nuestras más potentes bombas H. Se advirtieron en el cielo los rastros luminosos dejados por la trayectoria de masas no identificadas, y se trató de identificar esos rastros con el trayecto recorrido por un objeto que habría provocado la explosión. La identificación quedó, por lo menos, muy dudosa. Pero si estos rastros luminosos tienen relación, en efecto, con el objeto que explotó en 1908, los más recientes cálculos mediante ordenadores nos demuestran que este objeto efectuó maniobras tanto en altura como en dirección. Este resultado, que no fue posible en Francia, por lo menos que yo sepa, ha sido revelado por revistas soviéticas muy serias. Después de la explosión, se detectaron más o menos en todo el globo ondas de choque sísmicas y perturbaciones electrostáticas y electromagnéticas, como serán detectadas más tarde, después de las explosiones atómicas y termonucleares. A partir de 1927, varias expediciones soviéticas han explorado el teatro de la explosión. No se encuentra allí ningún resto, habitual cuando se trata de meteoritos, sino un lugar calcinado, con los árboles derribados e indiscutibles muestras de radiactividad: aun en 1963, este terreno poseía una radiactividad superior a la radiactividad media de la región. Los relatos de testigos recogidos antes de la primera guerra mundial nos hablan de un fenómeno muy parecido al hongo que se observa después de las explosiones atómicas. Algunos de estos testigos murieron, algunos años después de la explosión, víctimas de una enfermedad cuyos síntomas recuerdan a los de la leucemia provocada por las radiaciones atómicas. Todo el

mundo intentó dar con una explicación, y se aventuraron más de veinticuatro hipótesis. He aquí la mía, que expongo no porque se fundamente en mayor número de pruebas que las demás, sino porque no intento introducirlas de forma sistemática para dar una explicación de las manifestaciones insólitas. Tengo que añadir que esta hipótesis no ha tenido hasta el presente, salvo yo mismo, partidario alguno.

Por aquella época, los desterrados políticos en Liberia no eran encerrados en campos de concentración, sino que gozaban de una libertad de movimientos bastante considerable. Algunos de ellos pudieron muy bien fabricar explosivos.

Pienso que un grupo de estos deportados, en el transcurso de investigaciones científicas sobre la radiactividad, descubrió de una manera mucho más sencilla que la nuestra la liberación de la energía nuclear. Siguiendo en esta hipótesis, ese grupo hubiera intentado el procedimiento de teleorden eléctrica utilizando un globo cautivo. La explosión debió de exceder a sus previsiones y los destruyó. Grupos enteros de forzados desaparecían en aquellos tiempos sin que nadie prestara a ello la menor atención.

Si esta hipótesis no les parece aceptable, sepan que nadie más la acepta tampoco. Pero ¿cuáles son las otras propuestas? Los sabios soviéticos oficiales opinan que se trató de una colisión entre la Tierra y un cometa. Es una opinión difícil de mantener, pues este cometa, al acercarse a la Tierra, hubiera sido advertido. Tanto más cuanto en aquellos tiempos la gente estaba muy sensibilizada con respecto a esta clase de fenómenos a causa de la aproximación del cometa Halley, que, al decir de ciertos astrónomos, iba a destruir el mundo. Un cometa desconocido, precipitándose sobre la Tierra para entrar en colisión, hubiera provocado un pánico general. Pero no se efectuó ninguna observación de un cometa de esa clase. Cuando se hace esta observación a los sabios soviéticos, prefieren cambiar de tema de conversación.

Por su parte, los sabios americanos oficiales opinan que se trató de una colisión entre la Tierra y una cantidad bastante importante de antimateria. La teoría nos demuestra que, en este caso, debe producirse una destrucción total de la masa ma-

teria+antimateria, acompañada de un desprendimiento de energía diez veces mayor por kilogramo de masa que en la más potente de nuestras bombas de hidrógeno. Se han conseguido obtener en laboratorio pequeñas cantidades de antimateria, constituida por núcleos negativos y positrones que se mueven alrededor. En particular se han obtenido algunos átomos del antihelio 3.

Se han publicado recientemente en la revista soviética *Priroda* ochenta hipótesis, reproducidas en *Planète*. Algunas son muy ingeniosas, como por ejemplo la que nos dice que se trata de un rayo láser potente en grado sumo, enviado desde otro planeta, y cuya energía hubiese hecho explotar la atmósfera terrestre.

Prácticamente pueden ser rechazadas todas las hipótesis, salvo la de Kazantev, que, por fantástica que parezca, supera a cualquier otra. Y, no obstante, ningún resto del misterioso objeto ha podido ser hallado.

Ahora bien, hay algo que suele olvidarse en los estudios sobre este fenómeno, y es algo esencial: hubo un segundo acto muy bien documentado. En la noche del 9 de febrero de 1913, extraños objetos penetraron en nuestra atmósfera. No explotaron como el objeto de 1908. No cayeron, como hubiera ocurrido de tratarse de meteoritos. Se marcharon de nuevo.

La teoría de Kazantev (físico, matemático, avalado por las universidades rusas como sabio oficial), a cuyas opiniones doy muchísima importancia, es la siguiente: la explosión de 1908 fue la de una astronave llegada del exterior... Y añade, como para complicar el caso, que algunos miembros de la tripulación conseguirían salvarse y se encontraría entre nosotros.

Por su parte, el doctor Carl Sagan (Estados Unidos, 1934-1996), profesor de la cátedra David Duncan de Astronomía y Ciencias Espaciales, premio Pulitzer, medalla de la NASA y premio Apollo, entre otros, manifestaba: «Con frecuencia me preguntan: "¿Cree usted que hay inteligencia extraterrestre?" Yo doy los argumentos habituales: hay muchos lugares por ahí fuera, hay moléculas de vida en todas partes (utilizo las palabras "miles de millones"), y todo eso. Entonces digo que me sorprendería muchísimo que no hubiera inteligencia extraterrestre pero, desde luego, de momento

no hay prueba convincente de ello. A menudo, me preguntan a continuación:

»—Pero ¿qué piensa realmente?

»Yo digo:

»—Le acabo de decir lo que pienso realmente.

»—Sí, pero ¿cuál es su sensación visceral?

»—Yo intento no pensar con las vísceras. Si me planteo entender el mundo con seriedad, me puedo meter en problemas. Realmente está bien reservarse el juicio hasta que se tiene la prueba.»

En su película *Encuentros en la tercera fase*, Steven Spielberg se inspiró para la creación del personaje del profesor francés Claude Lacombe en la figura de Jacques F. Vallée (Francia, 1939). Matemático y astrofísico, doctor en informática y redactor en el Observatorio MacDonald (Universidad de Texas) para la NASA de un detallado mapa informativo de Marte, Vallée también es conocido por su trabajo en SRI International en la creación de Arpanet, un precursor de la moderna Internet. Sus trabajos en el campo de los ovnis bajo el prisma científico de la hipótesis lo han situado en un lugar fundamental en el estudio del fenómeno, y sin duda es uno de los estudiosos más coherentes, prolíficos e innovadores. Los estudiosos más conservadores lo han tachado de propalar ideas fantásticas como la referida al «sistema de control», en tanto los nuevos investigadores suelen encasillarlo como escéptico, debido a que Vallée, que vivió de forma directa las manipulaciones militares, desconfía con datos fehacientes de las campañas de desinformación norteamericana sobre el tema, así como de las campañas de los servicios de inteligencia para esconder todo lo relacionado con el tema ovni. Contrariamente a lo que se ha dicho, Vallée nunca mostró escepticismo, sino más bien al contrario: apostó por el fenómeno manifestando que es algo más trascendental de lo que la mayoría de los investigadores especializados creen.

Kirk Allen, físico nuclear y viajero interestelar

En su libro *Relatos psicoanalíticos de la vida real*,[5] el escritor y psicoanalista Robert M. Lindner exponía los casos más notables con los que se había topado en su larga experiencia profesional. En el

capítulo «El diván de propulsión a chorro. La historia de Kirk Allen», narra la siguiente historia:

> En 1954, Robert Lindner fue llamado por el Laboratorio Nacional de los Álamos para tratar a un brillante y joven físico nuclear cuyos delirios estaban empezando a interferir con su investigación gubernamental secreta. Resultó que el físico (al que se puso el pseudónimo de Kirk Allen) tenía una vida paralela a la de crear armas nucleares: confesó que, en el futuro lejano, pilotó (o pilotará..., los tiempos verbales chirrían un poco) una nave espacial interestelar. Le encantaban las estimulantes aventuras de bravucones en planetas de otras galaxias. Era *señor* de muchos mundos. A lo mejor allí lo llamaban «capitán Kirk». No sólo podía recordar esa otra vida; también podía entrar en ella cuando quería. Sólo con pensar de la manera correcta, deseándolo, podía transportarse a sí mismo a través de los años luz y de los siglos.
>
> «De una manera que yo no podía comprender, sólo con desear que fuera así, había cruzado las inmensidades del espacio, había salido del tiempo y me había mezclado con el ego distante y futuro. No me pidan que lo explique. No puedo, aunque sabe Dios que lo he intentado.»
>
> Lindner lo encontró inteligente, sensible, agradable, educado y perfectamente capaz de enfrentarse a las vicisitudes humanas cotidianas. Pero, al reflexionar sobre lo excitante que era la vida entre las estrellas, Allen se había dado cuenta de que estaba un poco aburrido con su vida en la Tierra, aunque se dedicara a construir armas de destrucción masiva. Cuando los supervisores de su laboratorio lo amonestaron por distracción y soñolencia, él se disculpó, les aseguró que intentaría pasar más tiempo en este planeta. Fue entonces cuando se pusieron en contacto con Lindner.
>
> Allen había escrito doce mil páginas sobre sus experiencias en el futuro y docenas de tratados técnicos sobre geografía, política, arquitectura, astronomía, geología, formas de vida, genealogía y ecología de los planetas de otras estrellas*: El desarrollo cerebral único de los cristópedos de Srom Norba* x*, Adoración del fuego y sacrificio en Srom Sodrat II, La historia del Instituto Científico Inter-*

galáctico y *La aplicación de la teoría de campo unificada y la mecánica de propulsión estelar al viaje espacial*. Fascinado, Lindner estudió detenidamente el material.

Allen no dio muestras de ninguna timidez a la hora de presentar sus escritos a Lindner o comentarlos en detalle. Imbatible y formidable intelectualmente, parecía no ceder ni una pulgada a los servicios psiquiátricos. Cuando falló todo lo demás, el psiquiatra intentó algo diferente: «Intenté [...] evitar que pensara que yo entraba en liza para demostrarle que era un psicótico, que se trataba de una lucha a muerte sobre la cuestión de su salud mental. En lugar de eso, puesto que era obvio que tanto su temperamento como su educación eran científicos, me planteé capitalizar la cualidad que había demostrado durante toda su vida [...], la cualidad que lo llevó a seguir una carrera científica: su curiosidad... Eso significaba [...] que al menos de momento yo "aceptaba" la validez de sus experimentos... En una oleada súbita de inspiración, se me ocurrió que, para alejar a Kirk de su locura, era necesario que yo entrase en su fantasía y, desde esta posición, liberarlo de la psicosis.»

Lindner señaló algunas contradicciones aparentes en los documentos y pidió a Allen que las resolviera. Para ello, el físico tenía que volver a entrar en el futuro con el fin de encontrar las respuestas. Sin hacerse de rogar, Allen llegaba a la siguiente sesión con un documento aclaratorio escrito con su letra. Lindner se encontró esperando ansiosamente cada entrevista para sentirse cautivado una vez más por la visión de la abundante vida e inteligencia en la galaxia. Entre los dos fueron capaces de resolver muchos problemas de coherencia.

Entonces ocurrió algo extraño: «Los materiales de la psicosis de Kira y el talón de Aquiles de mi personalidad se encontraron y encajaron como el engranaje de un reloj.» El psicoanalista se convirtió en coconspirador en el delirio de su paciente. Empezó a rechazar las explicaciones psicológicas de la historia de Allen. ¿Qué seguridad tenemos de que no pueda ser realmente verdad? Se encontró a sí mismo defendiendo la idea de que se podía entrar en otra vida, en la de un viajero del espacio en el futuro lejano, mediante un simple esfuerzo de voluntad.

«A un ritmo sorprendentemente rápido [...] la fantasía iba ocupando áreas cada vez más grandes de mi pensamiento..., con la ayuda de Kira, asombrado, yo participaba en aventuras cósmicas y compartía la emoción de aquella extravagancia envolvente que él había maquinado.»

Pero, finalmente, ocurrió algo aún más extraño: preocupado por el bienestar de su terapeuta, y acumulando una reserva admirable de integridad y coraje, Kirk Allen confesó: lo había inventado. Todo venía de su infancia solitaria y su poco éxito en las relaciones con las mujeres.

«—¿Por qué? —le preguntó el psiquiatra—. ¿Por qué simulaba? ¿Por qué insistía en decirme...?

»—Porque sentía que debía hacerlo —confesó el físico—, porque sentía que era lo que usted quería.»

«Kirk y yo intercambiamos los papeles —explicó Lindner—, y, en uno de esos desenlaces que hacen de mi trabajo una dedicación imprescindible, maravillosa y llena de compensaciones, la locura que compartimos se desmoronó [...]. Utilicé la racionalización del altruismo clínico para fines personales y, de este modo, caí en la trampa que acecha a todos los terapeutas de la mente incautos [...]. Hasta que Kirk Allen entró en mi vida, yo nunca había dudado de mi estabilidad. Siempre había pensado que las aberraciones mentales eran cosa de otros... Me avergüenza esta superioridad. Pero ahora, cuando escucho desde mi sillón detrás del diván, soy consciente de algo nuevo. Sé que la línea que separa el sillón del diván es muy fina. Sé que, al fin y al cabo, lo que determina finalmente quién debe tumbarse en el diván y quién debe sentarse detrás no es más que una feliz combinación de accidentes.»

La confesión de Kirk es pueril y difícil de creer. Aún menos creíble es la postura de Lindner, que fue un cotizado psicoanalista. Era un buen narrador; una de sus obras fue llevada al cine como *Rebelde sin causa*, película que catapultó a James Dean a la fama.

Jacques Bergier habla de ello en el número de diciembre de 1959 de la revista *Constellation*: «El doctor Lindner, célebre psicoanalista americano, tuvo que tratar en 1954 a un famoso sabio ato-

mista. Este último se desinteresaba de su trabajo, de su familia, de todo. Se evadía, confesó Lindner, a otro universo. Cada vez más a menudo, su pensamiento viajaba por otro planea, del cual era uno de los jefes, y donde la ciencia estaba más avanzada que en el nuestro. Tenía una visión precisa de aquel mundo, de sus leyes, de sus costumbres, de su cultura. Y, cosa extraordinaria, Lindner se sintió poco a poco contagiado de la locura de su enfermo, se unió en pensamiento a éste en su universo y perdió en parte su personalidad. Entonces el enfermo empezó a librarse de su visión y entró en francas vías de curación. Lindner se curó, a su vez, unas semanas más tarde. Acababa de obedecer, en el campo experimental, al inmemorial mandato hecho al taumaturgo de *tomar sobre* sí el mal ajeno, de redimir el pecado ajeno.»

Nunca ha sido probado que fuera paciente de Lindner, pero voces significadas han manifestado que Paul Myron Anthony Linebarger, más conocido como *Cordwainer Smith*, era Kirk Allen.

Pablo Campanna (Florencia, 1939), filósofo, periodista, escritor, profesor de filosofía y docente universitario, está en posesión del Diploma de Honor Konex (Fundación Konex, 1994), del Premio Pléyade (Asociación Argentina de Editores de Revistas, 1991 y 1992), del Premio Más Allá de los años 1985, 1991, 1992, 1995, 1996 y 1997, otorgado por el Círculo Argentino de Ciencia Ficción. En 1996, la revista *Gigamesh* de Barcelona le entregó el Premio Gigamesh por su trayectoria. Campanna es autor de *El sentido de la ciencia ficción* (1965), y aparte de sus ensayos sobre Philip K. Dick, J. G. Ballard y Andréi Tarkovski, publicó el único ensayo que existe sobre Cordwainer Smith, un valioso trabajo que por su excelente factura actualizamos y que corresponde al capítulo IV del libro *El Señor de la Tarde. Conjeturas en torno de Cordwainer Smith*:[6]

«La leyenda de Kirk Allen fue echada a rodar por Brian Aldiss en *Billion year spree*, su conocida historia de la ciencia ficción. Basándose en el testimonio personal que le había confiado el doctor Leon Stover, Aldiss aseguraba allí que el capítulo del libro *La hora de cincuenta minutos*, de Robert Lindner, llamado "El diván de propulsión a chorro. La historia de Kirk Allen" era un relato de la terapia psicoanalítica de Paul Linebarger.

»A pesar de no sentirse especialmente atraído por la obra de

Cordwainer Smith, Aldiss había incluido el relato del psicoanalista en una antología de cuentos por considerarlo tan apasionante como una obra de ficción. A raíz de la publicación de esta antología, se le acercó Leon Stover, un conocido fan, quien dijo tener pruebas de que Kirk era el hombre conocido como Cordwainer Smith.»

CAPÍTULO 3

La resaca del futuro

Wolfgang Köhler (Estonia, 1887-Estados Unidos, 1967)[1] escribe: «Toda ciencia posee una especie de desván al que van a parar casi automáticamente todas las cosas que no pueden usarse en el momento, que no llegan a encajar. Estamos continuamente desechando, infrautilizando, un material sumamente valioso que conduce al bloqueo del progreso científico.»

Posiblemente, el mal llamado «fenómeno de las coincidencias», que, aunque no seamos conscientes, nos suceden a diario, es producto de algún proceso material, más que espiritual. Es difícil creer que las coincidencias, a las que Jung llama «sincronicidad», sean en realidad una concatenación sutil de hechos relacionados casualmente.

Beatriz F. del Castillo[2] dice: «¿Has experimentado alguna vez el placer de encontrar a la persona exacta que necesitabas, aparecida de la nada?, ¿o recibiste la llamada de alguien del pasado de la que apenas unas horas antes te habías acordado sin motivo aparente?, o ¿ese libro que encontraste al azar que responde a la duda que te tenía bloqueado? La sincronicidad nos representa en el plano físico la idea o solución que mora en la mente de la manera más fácil y sin apenas esfuerzo. Se trata de vivir el mayor tiempo posible en ese "fluir" que hace que la vida parezca una aventura permanente, un viaje de descubrimiento constante sobre uno mismo, sobre los demás y el universo. Decir "sincronicidad" es lo mismo que decir "magia".»

Desconocemos qué mecanismos intervienen para que sucedan esas coincidencias, qué automatismos se ponen en marcha, desco-

nocemos qué camino alternativo se sigue para que sucedan. Pero es posible que, a través de la física cuántica, algún día no lejano se pueda dar una explicación a dichos automatismos.

Albert Einstein nos ha dejado escrito: «El mundo que hemos creado es producto de nuestra forma de pensar. Es una locura pensar que el mundo puede cambiar sin que cambien nuestros modelos mentales.»

Josep M.ª Fericgla, en su libro *Epopteia: avanzar sin olvidar*,[3] dice: «Los humanos reaccionamos a casi todo tipo de estímulo por medio de automatismos y nos movemos por automatismos, así es nuestra realidad. La única y verdadera libertad consiste en ser capaz de crear uno mismo aquellos automatismos que el propio sujeto decide previamente. Cada uno es lo que hace con más frecuencia, lo demás es fantasía. La forma más aceptada para desarrollarse como seres humanos es escogiendo cada uno sus objetos personales para crecer, y automatizando los comportamientos que conducen hacia tales objetivos. Para ello hacen falta experiencias adecuadas.»

La mente humana funciona hasta los tres años en lo que podemos llamar «esencia»; si a esa edad fuéramos capaces de interpretar lo que recibimos, como si nuestro cerebro fuera una grabadora, sería lo único registrado perteneciente auténticamente a nosotros, el único estadio en que seríamos conscientes de nosotros mismos.

En la masonería espiritual, en el primer grado o como aprendiz de los grados simbólicos universales, llamados «de San Juan», al abrir los trabajos, el Venerable Maestro[4] de la logia, que es quien los preside, pregunta al Segundo Vigilante, que ocupa uno de los cargos de responsabilidad de la logia: «¿Qué edad tenéis?» A lo que éste responde: «Tres años.» Se entiende que se va a trabajar a nivel de «esencia», no de «falsa personalidad». A partir de esa edad todas las grabaciones, en lo que podemos llamar «cuadros mentales», son producto de la información que vamos recibiendo y formando a la vez una falsa personalidad, de manera que, cuando tenemos que actuar ante cualquier situación, recurrimos a nuestras grabaciones existentes en los cuadros mentales y actuamos según ellas. De forma más comprensible e inteligente, Fericgla se refiere a esas actuaciones como automatismos.

Schopenhauer decía que cuando se llega a una edad avanzada

y uno evoca su vida, ésta parece haber tenido un orden y un plan, como si la hubiera compuesto un novelista.

Carl Gustav Jung definió la sincronicidad como la simultaneidad de dos sucesos vinculados por el sentido pero de manera acausal. Decía: «Emplearé el concepto general de sincronicidad en el sentido especial de una coincidencia temporal de dos o más sucesos relacionados entre sí de una manera no causal, cuyo contenido significativo sea igual o similar; para evitar malentendidos lo diferenciaré del término "sincronismo", que constituye la mera simultaneidad de dos sucesos.»

Kant trazó el camino de Schopenhauer, que trató el tema de la casualidad desde un punto de vista determinista, y también, pero a través del cálculo de probabilidades, se acercaron a la casualidad Xavier Dariex, Camille Flammarion y Charles Robert Richet.

Asimismo, hicieron sus aproximaciones Wilhelm von Scholz y Herbert Silberer, el primero a través de recopilación de casos y el segundo a través de la crítica psicológica.

El neuroendocrinólogo y famoso escritor y divulgador científico Deepak Chopra definió la sincronicidad de una forma sencilla: «Si me siento en un avión junto a un extraño que está buscando una cierta idea para publicar, y ésa resulta ser la misma idea en la que yo estoy trabajando, la explicación estadística de probabilidad no se aplica. Las posibilidades son millones contra una para ese encuentro. A pesar de que eso sucede ocasionalmente, y la simple explicación de "que estaba destinada a suceder" tiene más sentido que los números azarosos, eso no es científico. En la realidad espiritual, en cambio, todo sucede porque debe. El mundo es un lugar de significado; todos están elaborando sus propias vidas.»

Volviendo a Jung, éste nos pone un ejemplo vivido por él: «Una joven paciente soñó, en un momento decisivo de su tratamiento, que le regalaban un escarabajo de oro. Mientras ella me contaba el sueño yo estaba sentado de espaldas a la ventana cerrada. De repente, oí detrás de mí un ruido como si algo golpeara suavemente la ventana. Me di media vuelta y vi fuera un insecto volador que chocaba contra la ventana. Abrí la ventana y lo cacé al vuelo. Era la analogía más próxima a un escarabajo de oro que pueda darse en nuestras latitudes; a saber, un escarabeido (crisomélido), la

Cetonia aurata, cetonia común, que, al parecer, en contra de sus costumbres habituales, se vio en la necesidad de entrar en una habitación oscura precisamente en ese momento. Tengo que decir que no me había ocurrido nada semejante ni antes ni después de aquello, y que el sueño de aquella paciente sigue siendo un caso único en mi experiencia.»

Eduardo R. Zancolli nos cuenta[5] cómo le vino a Jung la idea de sincronicidad: «Todo había comenzado después de los numerosos diálogos entre el doctor Carl Gustav Jung y el físico cuántico Wolfgang Pauli sobre el probable funcionamiento intrínseco de esa fuerza tan misteriosa. ¿La trama de la historia? Para que sus destinos se uniesen, muchos hechos dolorosos ocurrieron en la vida del genial Pauli, de modo que tuviese que recurrir a la asistencia terapéutica del entonces afamado psicólogo Carl Jung. Me estoy refiriendo a situaciones de vida tan desgraciadas para Pauli como el suicidio por envenenamiento de su madre, el casamiento con una bailarina de cabaret (que aparentemente lo abandonó a la semana de matrimonio) y su severa y progresiva adicción al alcohol.

»Lo cierto fue que, durante la terapia, no sólo logró encontrar su propio eje de alineación en las profundidades de su mente, sino que pudo visualizar la danza que funciona subyacente a todas las partículas subatómicas, esas que constituyen la base de todo el universo, visible y no visible. (Cabe destacar que los trabajos de Pauli le valieron, tiempo después, el Premio Nobel de Física.) Ese nuevo mundo deslumbró tanto a Jung que le permitió relacionar las coincidencias que encontraba en las historias de sus pacientes con el funcionamiento de la física cuántica. Fue así que Carl Jung, al ver que todo estaba interrelacionado dentro de la misma danza subyacente, en 1952, se dedicó a escribir sobre tan deslumbrante fenómeno, dándole el nombre de "sincronicidad" a este tipo de coincidencias.

»De la historia entre Jung y Pauli extraía dos factores. Primero, la frecuente necesidad de pasar por situaciones conflictivas en la vida para, con ello, movilizar la energía del alma, indispensable para activar la evolución personal que le correspondía. Si no hubiesen surgido todos esos problemas, tal vez nada habría cambiado. El segundo factor, y podría estar equivocado, ya que nadie lo ha men-

cionado, es que me parece que esa descripción de la sincronicidad parece ser la primera manifestación en la historia del conocimiento en que se correlaciona el funcionamiento del mundo subatómico a lo que nos sucede en la vida diaria.»

Christopher Bache, profesor del Departamento de Filosofía y Estudios religiosos de la Universidad del Estado de Youngstown y actualmente director de Aprendizaje Transformacional en el Instituto de Ciencias Noéticas, dice:[6] «Debido a que las verdades más profundas de la vida tienden a repetirse a sí mismas en múltiples niveles, prontamente tomamos en conciencia que al estudiar el universo —allí afuera— también estamos viendo patrones del universo —aquí adentro—, en nuestras mentes y cuerpos individuales.

»La teoría de Sheldrake de los campos mórficos, la teoría de Prigogine de las estructuras disipativas, o la teoría de Bohm del orden implicado tienen implicaciones profundas para comprender no sólo la naturaleza, sino a nosotros mismos como parte de la naturaleza.

»En esta danza lúdica de contenido y resonancia energética, el aprendizaje ordinario a veces cruza el umbral para convertirse en aprendizaje transformacional. Viejos límites pueden derrumbarse en segundos y viejas heridas pueden abrirse y ser drenadas de sus venenos acumulados.

»En India, el aprendizaje transformacional es llamado "*jnana yoga*", el sendero de ganar entrada dentro de lo Divino, o comoquiera cada uno llamar a este extraordinario poder, inteligencia y belleza que se manifiesta como el cosmos parece deleitarse en ser conocido. Cada paso dentro del conocimiento genuino es visto como un paso más profundo dentro del ser de lo Divino. La alineación con la verdad significa "alinearse con la realidad", y la alineación nos abre a la sanación, el *insight* y la transformación que está fluyendo continuamente a sus muchas partes.»

No obstante, parece que hemos dejado atrás el contenido poético de la vida, que negamos la existencia del alma en el hombre. Acerca de eso, nos dice Chopra: «Estamos edificando el argumento de que todo aspecto de la creación nos requiere como cocreadores, y esta noción hace más y más posible la intimidad con Dios.»

Combs y Holland[7] opinaban que incluso los mayores logros

científicos habían sido drenados de sus dimensiones poéticas: «Años atrás, el novelista Norman Mailer fue invitado para sentarse en un panel televisivo durante la transmisión del primer descenso humano en la Luna. Mientras el resto del panel hablaba del logro tecnológico que representaba el alunizaje, Mailer expresó su desacuerdo por la ausencia de poesía en el manejo del tema. Un acontecimiento que desde el principio de los tiempos estaba destinado a llenar nuestros espíritus con sorpresa e inspiración había sido reducido al egoísmo tecnológico y a descripciones de las rocas de la Luna.»

En su libro *Una nueva filosofía de la Luna*,[8] Mircea Eliade nos deleita de la siguiente manera:

> La Luna y los ritmos lunares han llamado la atención de un médico y biólogo italiano, V. Capparelli, que ha publicado dos grandes tomos, *L'ordine dei tempi e delle forme in natura*,[9] sobre los ciclos hebdomadarios[10] en el mundo orgánico y en la patología humana. Capparelli ha recogido un número considerable de hechos extraídos del campo de la botánica, zoología, embriología y patología, que apuntan hacia un ritmo lunar hebdomadario que controla la vida orgánica. El crecimiento de los tejidos vegetales y animales, los ciclos fisiológicos de la vida del hombre, el aspecto cíclico de los procesos mórbidos (la crisis hipocrática, la importancia de ciertos días en el desarrollo de las enfermedades: tres días y medio después de la infección, siete días, catorce días, etcétera), todos estos fenómenos están controlados por un ritmo cósmico, por una periodicidad lunar. El insignificante e inerte astro tendría, pues, una influencia inimaginable sobre toda la vida orgánica de la Tierra. Aunque no se tratase más que de la *unidad* que los ritmos lunares confieren a un considerable número de fenómenos, de niveles y de zonas distintas, su importancia sería evidente. Pero estudios recientes de etnografía y morfología cultural, entre los que destacan en primer lugar los estudios de Carl Hentze, han subrayado otro tipo de influencia lunar: su papel fundamental en las primeras síntesis mentales humanas.
>
> Sabemos que incluso ahora los primitivos continúan midien-

do el tiempo con la Luna. En las lenguas indogermánicas, la palabra que designa la Luna es la más antigua de todas las palabras del vocabulario astral. La raíz *me*, que en sánscrito se ha transformado en *mami* (yo mido), demuestra una vez más que la Luna servía para medir el orden del tiempo. Los antiguos alemanes, según el testimonio de Tácito, dividían las estaciones en función de ciertas noches. Los ejemplos se pueden multiplicar indefinidamente. Pero la influencia de la Luna sobre la conciencia humana tiene que ser buscada en otra parte. Sobre todo en el hecho de que el fenómeno lunar ha servido de unidad de medida, o más exactamente, de *puente* entre varios niveles de realidad.

Es fácil comprender por qué el hombre primitivo, *le moins civilisé*, otorgaba más importancia a la Luna (por lo menos, en un cierto estadio de cultura) que al Sol. El Sol es un astro con el que el hombre no tiene ninguna correspondencia: es eternamente igual a sí mismo, sin ningún devenir. La Luna, en cambio, es un astro que crece, decrece y desaparece: un astro cuya vida se somete a las mismas leyes del devenir, del nacimiento y la muerte. La vida de la Luna es más cercana al hombre que la gloria majestuosa del Sol. Y con la aparición de la agricultura, al principio del Neolítico, el hombre empieza a conectar los ritmos lunares con la fertilidad de la Tierra. La Luna trae las lluvias, es la fuente de la fertilidad universal. Ahora se articulan los primeros símbolos cósmicos, las verdaderas síntesis mentales que unen entre sí varios niveles: la Luna, la mujer, la Tierra, la fertilidad. El hombre empieza a tener una concepción unitaria del cosmos: su intuición abarca Todo, pero no un Todo abstracto, adquirido dialécticamente, sino un Todo vivo, dramático, rítmico. Sobre esta intuición central se fundamenta la magia, que había aparecido en el Paleolítico. Porque si existe un nacimiento y una muerte, si existe fertilidad (Luna, lluvia, mujer) y desaparición (noches sin Luna, sequía, esterilidad), también tienen que existir objetos y áreas bendecidas o maldecidas.

La similitud entre la fertilidad de la Tierra y la fertilidad de la mujer, descubierta por las culturas agrícolas neolíticas, también se expresa a través de ritos y números lunares. La Luna crece durante nueve noches, permanece durante nueve noches como

Luna llena y decrece durante otras nueve noches, quedando invisible otras tres; nueve meses dura la frase prenatal.

En ciertos rituales de iniciación primitiva estudiados por Peter Schmidt, el neófito tiene que salir de la tumba, imitando la reaparición de la Luna después de haber estado escondido durante tres días.

Por otro lado, en la masonería espiritual, concretamente en el Rito Escocés Antiguo y Aceptado, en la ceremonia de pase del grado de Compañero al de Maestro, el Compañero es introducido en un ataúd, donde permanece en posición decúbito supino, simulando la muerte, cubierto por una tela negra durante el tiempo determinado que dura parte del ritual, para resucitar posteriormente convertido en Maestro.

La génesis del universo

En *El retorno de los brujos*, Pauwels y Bergier nos hablan de un ultimátum a los sabios: «Una mañana de verano de 1925, el repartidor de correos entregó una carta en casa de todos los sabios de Alemania y de Austria. En el tiempo de abrirla, moría el concepto de la grave ciencia, y los sueños y el griterío de los réprobos llenaban de pronto los laboratorios y las bibliotecas. La carta era un ultimátum: "Es preciso elegir entre estar con nosotros o contra nosotros. De la misma manera que Hitler limpiará la política, Hans Hörbiger barrerá las falsas ciencias. La doctrina del hielo eterno será el símbolo de la regeneración del pueblo alemán. ¡Tened cuidado! ¡Formad a nuestro lado antes de que sea demasiado tarde!"

»El hombre que se atrevía a amenazar de esa guisa a los sabios, Hans Hörbiger, tenía sesenta y cinco años. Era una especie de profeta furioso. Lucía una inmensa barba blanca y empleaba una escritura capaz de desanimar al mejor grafólogo. Su doctrina empezaba a ser conocida por un público numeroso, bajo el nombre de Wel = Welteislehre: doctrina del hielo eterno.»

Pauwels y Bergier siguen contando que la teoría del hielo eterno era una explicación del universo en contradicción total con la

astronomía y las matemáticas académicas, pero basada y justificada en antiguos mitos. «Sin embargo, Hörbiger se consideraba un sabio. Pero la ciencia debía cambiar de ruta y de métodos. "La ciencia objetiva es un invento pernicioso, un tótem decadente —pensaba, como Hitler, que la cuestión previa a toda actividad científica es saber quién quiere saber—. Sólo el profeta puede tener acceso a la ciencia, porque, gracias a la iluminación, se encuentra en un nivel superior de conciencia." Esto es lo que había querido decir el iniciado Rabelais cuando escribió: "La ciencia sin conciencia no es más que ruina del alma." Se refería a la ciencia sin conciencia superior.

»Hörbiger, que se permitía replicar a Hitler si era interrumpido por éste en sus discursos con un *Maul zu!* (¡Cierre el pico!), voceaba por las calles de Viena: "Nuestros antepasados nórdicos se fortalecieron en la nieve y en el hielo, por esto la creencia en el hielo mundial es la herencia natural del hombre nórdico. Un austríaco, Hitler, expulsó a los políticos judíos; otro austríaco, Hörbiger, expulsará a los sabios judíos. El Führer ha demostrado, con su propio ejemplo, que el aficionado es superior al profesional. Ha sido necesario otro aficionado para darnos la comprensión completa del universo."»

Existe la seguridad de que Gurdjieff conociera a Hörbiger; habían tenido algún encuentro puntual y, con toda probabilidad, habían comentado las teorías del hielo eterno y de las cuatro lunas de nuestro planeta. Algunos alumnos de Gurdjieff así lo relataban. En el libro *Relatos de Belcebú a su nieto*,[11] G. I. Gurdjieff hace mención a estas teorías.

Hörbiger (1860-1931), nacido en el Tirol, estudió ingeniería en la Escuela de Tecnología de Viena. Tomó parte en la construcción del metro de Budapest; en 1894 inventó un nuevo tipo de válvula esencial para compresores, todavía en uso generalizado hoy; vendió la patente de la válvula a una importante sociedad alemana y amasó una gran fortuna por dicha venta.

Hörbiger era un apasionado de las aplicaciones astronómicas de los cambios de estado del agua: hielo, líquido y vapor. Según él, en el cielo existía un gran cuerpo incandescente cuya temperatura era altísima, millones de veces mayor que la de nuestro Sol actual.

Este gran cuerpo chocó con un planeta gigante, formado por hielo cósmico. La masa de hielo penetró en el Gran Sol. Durante miles de años la situación se mantuvo, pero al final el vapor de agua hizo que todo estallara.

Algunos fragmentos se dispersaron por el espacio. Otros cayeron en los restos del Gran Sol y otros fueron proyectados a una zona relativamente próxima; serían los planetas de nuestro sistema solar. Estos bloques se han ido cubriendo de hielo. La Luna, Júpiter y Saturno son de hielo, y los canales de Marte son grietas de hielo. Sólo la Tierra no está absolutamente dominada por el frío; en ella sigue la lucha entre el hielo y el fuego.

Alrededor del gran fragmento que configuró nuestro planeta fueron atraídos cuatro bloques, que empezaron a girar; cuatro lunas tenía entonces la Tierra, tres de esas lunas cayeron sobre ella y la cuarta es la que nosotros vemos en el firmamento. Ha habido cuatro épocas geológicas, puesto que ha habido cuatro lunas, en consecuencia, estamos en el cuaternario.

En una ocasión, el Führer le preguntó a Hörbiger si sería capaz de desplazar el polo norte magnético.

—Desde luego —respondió Hörbiger.

—¿Cuándo calcula que podría hacer los primeros experimentos? —preguntó Hitler.

—Quizá dentro de un año, si tuviera a mi disposición todo lo necesario y colaboradores formados para este tipo de investigación —fue la respuesta de Hörbiger.

—Muy bien, pues prepare una lista y póngase a trabajar —concluyó Hitler con la misma simplicidad.

Joscelyn Godwin, profesor de música en la Universidad de Colgate, Estados Unidos, y prolífico autor, dice en su libro *El mito polar*:[12] «Mientras que los supuestos de Hörbiger ofrecen soluciones para algunos enigmas históricos, dejan tranquilamente sin respuesta enormes interrogantes de la dinámica celeste y terrestre. La teoría de Hörbiger halló pocos seguidores fuera del Tercer Reich: dos excepciones notables fueron Denis Saurat, distinguido profesor y amigo del general De Gaulle durante la guerra, y H. S. Bellamy, para quien el Apocalipsis no era una predicción del futuro, sino el testimonio de una catástrofe pasada. Saurat y Bellamy hicieron mu-

cho hincapié en el mito de razas gigantes como habitantes anteriores de la Tierra, explicando su hipertrofia por el tirón hacia arriba de la última Luna que se acercó.»

Godwin, que conoce al historiador francés Marcel Boscher a través del resumen de Robert Charroux,[13] nos dice que Boscher se une al grupo con su postulado de una humanidad temprana que vivía en un estado de perfecto equilibrio, dotada de poderes parapsicológicos y con más de dos metros y medio de altura. Ofrece un cuadro alternativo de la Edad de Oro, que habría terminado por intervención de una Luna a la deriva que, en el escenario de Boscher, no es un planeta muerto, sino el hogar de otra raza altamente desarrollada: la de los selenitas. Al verse en peligro debido a que su excesiva aproximación al Sol estaba enrareciendo la atmósfera lunar, los selenitas decidieron invadir la Tierra cuando se presentó la ocasión de un acercamiento. «Cuando la órbita de la Luna quedó más cerca, la Tierra sufrió maremotos, erupciones volcánicas y, luego, una catástrofe terrorífica causada por la oscilación de los polos, que también dio como resultado el incremento de la velocidad de gravitación y el aumento de las fuerzas de atracción [...].

»Los invasores, de estatura gigantesca y provistos de armas atómicas, no hallaron dificultad en derrotar a los terrícolas, y a los ojos de éstos parecían dioses bajados del cielo [...].

»Algunos continentes quedaron sepultados y otros emergieron de los océanos. El ecuador, que antes había pasado por Liberia, quedaba ahora debajo de Asia.»

Godwin sigue diciendo: «Boscher no proporcionaba ninguna base científica o intelectual para su teoría, de la que, sin embargo, cada elemento es una parte conocida de la mitología popular de visitas extraterrestres y de la historia catastrófica. El entrecruzamiento de los selenitas con los terrícolas inferiores, que dice Boscher que resultó en la raza amarilla, puede justificarse en relación con el famoso pasaje sobre los hijos de Dios tomando a las hijas de los hombres en el Génesis 6, 2.»

Hörbiger jamás reivindicó que el origen de sus teorías fuera alguna fuente espiritual o revelada, ni siquiera parapsicológica, sino que más bien pretendía que se lo considerara un científico.

Helio Arcanophus se presenta como fuente de conciencia su-

perior, guía y fundador de los atlantes, que hablaba a través del empresario, nutricionista y gurú Tony Neat a una comunidad de Cheltenham, Inglaterra. Arcanophus es más comedido al plantear las teorías hörbigerianas: «La catástrofe que desembocó en el hundimiento de la Atlántida la causó la captura del planeta Lucifer en el campo gravitacional de la Tierra, que lo convirtió en la Luna que vemos hoy. Hubo una inclinación completa del eje de la Tierra que hizo que muchos territorios se elevaran y otros se hundieran. Los polos aparecieron donde había estado el ecuador, y tierras que habían sido cálidas se volvieron frías y viceversa. La gente tiende a olvidar, cuando intenta calcular la posición exacta de la Atlántida, que el continente se hallaba en la zona sur de la Tierra, como lo estaba el país hoy conocido como Inglaterra, pues tal era el ángulo del eje de la Tierra en aquellos tiempos [...].

»¿Cuánto duró esa civilización fabulosa? Cien mil años aproximadamente, contando los años tal como los conocemos hoy, ya que eran más cortos antes de la captura de la Luna.»

Sobre el origen del hombre, Robert Charroux declara en su libro *El libro de los mundos olvidados*:[14] «La génesis del hombre es un misterio, pero, lógica, racionalmente, debe remontarse a miles de millones de años. Si el universo existe eternamente o desde hace muchísimos miles de millones de años, sería insensato pensar que el proceso de la evolución dejó transcurrir períodos inmensos sin hacer aparecer al hombre a fin de reservar este privilegio al último milloncito de años (un segundo a escala del tiempo). Sería algo arbitrario y que daría a nuestra especie una importancia que rechaza nuestra razón. Sabemos muy bien que no somos más que un ínfimo engranaje del gran mecanismo universal, y no el elemento principal y definitivo.

»Sin embargo, los prehistoriadotes clásicos defienden esta tesis inaceptable, y más aún: se empeñan en que el hombre sea una criatura esencialmente terrestre, como si desde el gran Principio miles y millones de planetas no hubiesen podido engendrar también la especie humana. En buena lógica, hay que concluir que nuestra creación se remonta a tiempos incalculables, y que el primer hombre fue, seguramente, un ser extraterrestre, es decir, que surgió en algún lugar distinto a la Tierra (que aún no existía en aquel enton-

ces). Cabe pensar que nuestro globo, a lo largo de sus cinco o diez mil millones de años de vida planetaria, engendró también a un autóctono, pero esa hipótesis no excluye en modo alguno una primera génesis extraplanetaria, y menos aún una hibridación de los autóctonos terrestres con pueblos del espacio [...], los ángeles de que habla la Biblia o los Iniciadores que mencionan todas las mitologías.»

Vestigios que nos superan

En el capítulo 3 de la segunda parte de este libro, «El dorado secreto», relacionamos algunos de los miles de objetos que se han encontrado casualmente a lo largo de los últimos años, o que han sido hallados por el conocimiento y la intuición de sus descubridores, que no tienen explicación razonable a su existencia. Abruma la cantidad de objetos y situaciones inexplicables sacados a la luz, situados en lugares y tiempos fuera de su contexto natural, en muchos casos superando nuestros conocimientos actuales. La única explicación razonable, prudente y en cierta medida inteligente es pensar que han existido otras civilizaciones anteriores muy superiores a las existentes en el momento de producirse el descubrimiento, civilizaciones evidentemente desaparecidas cuyo origen nos es desconocido. Aventurar dicho origen es algo que dejamos en manos del lector. Por nuestra parte, tenemos la creencia de que existieron seres autodesarrollantes autóctonos muy superiores a la especie actual que desaparecieron por causas desconocidas. Creemos también que, paralelamente, hemos sido visitados a lo largo de miles de años por seres muy superiores a nuestra especie, a los que algunas veces hemos tomado como dioses y que han dejado su impronta, su señal en esos objetos. En la actualidad, hay veces que nos sorprende la aparición de algunos grandes descubrimientos que hacen avanzar la metodología curativa, biológica, física, mecánica, formativa, en definitiva, a la especie humana; parecen haber surgido de la nada, con un salto espectacular en relación con las premisas anteriores en las que se deberían haber apoyado esos descubrimientos, son como una especie de revelación surgida de la nada, y algunos son produc-

to de una casualidad bastante sorprendente, como hemos relatado a lo largo de este libro.

A continuación ampliamos con un breve inventario algunos de esos extraños objetos situados fuera del tiempo, pensando que hay tiempo hasta para que se junten los tiempos.

- El llamado «Hombre de hierro»: pilar metálico compuesto de hierro y algunas pequeñas partes de carbón, fósforo, manganeso, silicio y sulfuro, de tacto rugoso y algo poroso, cuya parte no enterrada mide 1,20 metros de alto y su anchura media es de unos quince centímetros. Se encuentra en el bosque de Kottenforst (Alemania) y se ha datado en el siglo XIII. Lo curioso es que no muestra señales de ennegrecimiento, ni herrumbre ni oxidación.

  Cerca de Nueva Delhi (India), en el complejo de templos Qutab Minar, se encuentra otro pilar metálico de siete metros de altura y siete toneladas de peso, también de hierro con alguna aleación especial que ha permitido que desde el año 380 d. J.C., aproximadamente, fecha de su antigüedad, la ciencia no ha sido capaz de averiguar cómo ha podido permanecer sin la más mínima señal de óxido.
- El hierro de Wolfsegg: también conocido como el «cubo de Salzburgo», es un pequeño trozo de hierro encontrado dentro de un bloque de carbón en el pueblo de Wolfsegg (Austria). Mide 67 mm de alto, 67 de ancho y 47 en la parte más gruesa. Pesa 785 gramos y su gravedad específica es 7,75. Oficialmente se trataría de un meteorito de hierro, considerando su composición y la superficie característicamente erosionada, pero lo verdaderamente enigmático es cómo un meteorito podría tener la forma de un cubo perfecto. En 1966, el Museo de Historia Natural de Viena determinó que el meteorito era artificial. Lo único extraño es que su antigüedad es de varios millones de años.
- La lente de Layard: también conocida con el nombre de «lente asiria», pues fue encontrada en el salón del trono del palacio de Nimrud, en la antigua Asiria. Encaja perfectamente en la cuenca de un ojo humano. Se puede ver en el

Departamento de Antigüedades de Asia Occidental del Museo Británico londinense, catalogada con el número 12091. Está manufacturada en cristal de roca y su forma es plano-convexa. Se desconoce su antigüedad.

- El cráneo de Broken Hill: se encuentra en el Museo de Historia Natural de Londres, y ha desconcertado a todos los expertos que han intentado estudiarlo. En él aparece el inequívoco impacto de una arma de fuego. Todo parecería normal de no ser porque el cráneo tiene una antigüedad de más de cuarenta mil años.
- En Argentina, en el fémur de un toxodonte (animales extinguidos ocho mil años antes de Cristo) se encontró una punta de flecha o de lanza, de una antigüedad de 1,6 millones de años.
- El 21 de febrero de 1345, una gran bola de fuego procedente de la abadía benedictina de la montaña mágica de Montserrat (Barcelona) entró en la iglesia del Carmen de la ciudad de Manresa (Barcelona) y se dividió en tres haces de luz en el interior de la misma, que estaba llena de gente. Desde ese día, Manresa celebra la fiesta de la Misteriosa Luz. Curiosamente, en una explanada cercana a la abadía de Montserrat, se reúnen cada mes, desde hace muchos años, estudiosos del fenómeno ovni que aseguran que se producen avistamientos de objetos volantes no identificados.
- Río Grande es un corregimiento del distrito de Penonomé en la provincia de Coclé (República de Panamá). Toma su nombre del Río Grande, que nace en el área montañosa de las provincias de Coclé y Veraguas. Durante el año 1940, la Universidad Estatal de Pensilvania realizó una expedición en los terrenos de la familia Conte en las riberas del Río Grande. Durante las excavaciones descubrieron un cementerio precolombino que data de los años 900-450 a. J.C., y que contenía fabulosas piezas de orfebrería y cerámica pintada. El sitio es conocido como Sitio Conte. Entre las piezas encontradas llamaba poderosamente la atención la presencia de una cuyo diseño estaba a mitad de camino entre un animal y un artilugio mecánico, y donde parecían apreciarse

claramente unas ruedas dentadas o sierra al final de una cola o grúa, así como también palas y poleas. Evidentemente fue calificado como un monstruo mitológico ornamental, lo que no impidió que muchos calificasen tan curioso objeto como una *ingenua* representación, a partir de una antigua descripción de lo que sería una máquina dedicada a remover tierras, abrir túneles, levantar grandes pesos, etcétera.

- Los artefactos romanos de Tucson fueron descubiertos en las proximidades de dicha ciudad, en el estado de Arizona (Estados Unidos), en el año 1924, por un grupo de arqueólogos profesionales de reconocido prestigio. Ante la gran sorpresa de haber encontrado objetos de origen romano que fueron datados por una comisión entre los años 590 y 900 de nuestra era, la reacción de toda la comunidad científica fue de rechazo, alegando que, si bien tanto la reconocida seriedad de sus descubridores y de la comisión de expertos y la innegable antigüedad de los objetos (palas, espadas, lanzas, cruces) los alejaba de la sospecha de fraude, su presencia sólo se podía explicar por la llegada de los descubridores españoles o por posteriores colonizadores en fechas recientes. Si bien esta posibilidad resulta del todo plausible, lo que no terminó en su momento de encajar hasta el día de hoy es que en una de las espadas apareciera grabada la inconfundible figura de un dinosaurio, que aún hoy se puede apreciar en la sede de la Arizona Historical Society.
- La piedra del sur de Baalbek (Líbano), un gigantesco bloque de piedra tallada cuyo peso se ha estimado por encima de las dos mil toneladas, de unas dimensiones de 21,5 × 4 metros de largo y 4,8 de grueso, es sin duda la piedra tallada más grande del mundo. Se está estudiando su fecha, pero seguramente pertenece a 2900 a. J.C. Lo que es difícil es imaginar a qué estaba destinado este gran bloque y cómo fue tallado.
- En Laetoli (Tanzania) se han encontrado unas huellas de pies humanas petrificadas de más de tres millones y medio de años de antigüedad.
- Las figuras rupestres que representan astronautas de Val Ca-

monica (Italia) son dos figuras humanas con escafandras que irradian luz y que portan en sus manos objetos desconocidos.

- En Australia se han encontrado figuras dibujadas en piedra, con guantes hasta los codos y con casco en forma de escafandra y seis dedos en cada mano. Curiosamente, los seis dedos se repiten en muchas figuras encontradas en diferentes enclaves.
- Alrededor de todo el mundo existen gran cantidad de representaciones y leyendas que narran la existencia de seres de seis dedos, incluso la Biblia (2 Samuel 21, 20) nos dice: «Y hubo guerra nuevamente en Gat, donde había un hombre de gran estatura que tenía seis dedos en cada mano y seis dedos en cada pie, veinticuatro en total. También éste era hijo de Rafah.» Y en Crónicas 20, 6: «Y volvió a haber guerra en Gat, donde había un hombre de gran estatura, el cual tenía seis dedos en los pies y manos, veinticuatro por todos, también éste descendiente de Rafaim.»
- El famoso y archirreproducido Dios colombiano, deidad desconocida, tiene una antigüedad de tres mil años, está equipado con casco o escafandra portautensilios, una indumentaria que no se corresponde con la época, y parece tener seis dedos en la mano izquierda.
- Con respecto a los petroglifos encontrados en el valle de la Muerte de California (Estados Unidos), son muchos los observadores que coinciden en señalar el parecido de estos dibujos en roca con los típicos ovnis descritos por testigos.
- El halcón de Sakkara es un enigma para los expertos. Se cree que se remonta dos mil años antes de Cristo, tiene forma de pájaro, es de madera, de unos 18 cm de envergadura y 14 de largo; si es lanzado, vuela y vuelve al sitio de partida como un boomerang. Encontrado en una tumba en Sakkara, actualmente es la pieza 6347 del Museo Egipcio de El Cairo. Tiene una rara inscripción: *pa-dimen*, que significa «regalo de Amón», que era el dios de lo oculto. Su forma aerodinámica requiere unos conocimientos importantes de aeronáutica, inaccesibles para los antiguos egipcios.

- El martillo de Texas es de hierro con mango de madera, y fue encontrado en un estrato geológico del cretácico inferior (ciento cuarenta millones de años). El mango de madera se ha convertido en carbón debido a la presión y la temperatura alcanzada.
- En el Museo del Oro de Bogotá (Colombia) pueden verse los llamados «aviones precolombinos», encontrados en diferentes tumbas en gran cantidad. Son modelos de aeroplanos a pequeña escala, todos de oro; hay en forma de pájaro, mariposa, pez volador y otras figuras con alas no reconocibles. Tienen una antigüedad de dos mil años.
- Las pirámides del monte Baigong (China): a los pies del monte Baigong, en la provincia china de Qinghai, existen tres curiosas estructuras piramidales. La mayor de ellas posee tres cavidades o cuevas triangulares en su fachada, las cuales están repletas de tuberías que conectan la formación con un lago de agua salada que existe en las profundidades, si bien dos de las cuevas permanecen inaccesibles al haberse derrumbado en el interior. En la abertura de la cueva más accesible hay una docena de tubos con un diámetro de entre 10 y 40 centímetros que presenta una alta técnica de fijación. Aproximadamente a unos 80 metros de distancia de las cuevas se encuentra el lago Toson, sobre cuya playa se encuentran muchos tubos dispersos. Todos ellos corren en la dirección este-oeste con un diámetro de entre 2 y 4,5 centímetros. Incluso los hay también en el interior del lago, y alcanzan la superficie del agua desde el fondo, donde continúan su curso enterrados, con formas y grosores similares a los de aquellos que se encuentran sobre la playa. Los primeros datos obtenidos sobre la composición de los tubos indican que al menos el 8 por ciento de los materiales analizados son de origen desconocido.
- Un conjunto de textos y antiguas pinturas realizadas en Japón nos narran la extraña presencia de una nave (claramente las pinturas responden a la idea de ovnis que tenemos actualmente) que llegó flotando sobre las aguas a las costas niponas un 22 de febrero del año 1803. Tras acceder a ella,

un grupo de marineros nipones observaron que la curiosa nave tenía aproximadamente unos 5,5 metros y medio de diámetro y poco más de 3 metros de altura. En la parte superior se encontraba una superficie formada por grandes ventanales sobre una serie de placas metálicas. A través de la ventana, los marineros pudieron ver una serie de signos y símbolos totalmente desconocidos, pero lo que más les llamó la atención fue la presencia de una joven mujer de extraños rasgos faciales con el pelo rojo y la piel muy rosada que les hablaba en una lengua extraña, al tiempo que sujetaba con fuerza contra sí una caja de madera.

- En el estado de Utah (Estados Unidos), y en una área donde se encuentran una gran multitud de pinturas de los indios anasazi (150 a. J.C.-1200 d. J.C.), aparece por sorpresa la figura indiscutible de un dinosaurio, un animal que dejó de existir oficialmente muchos millones de años antes de que tan siquiera los primeros homínidos hicieran acto de presencia sobre nuestro planeta. Los equipos de expertos están divididos, ya que no parece haber indicios de falsificación alguna, lo cual no ha sido óbice para que los sectores más conservadores achaquen la pintura a algún grupo de defensores del creacionismo[15] en la época en que los evolucionistas, impulsados por Darwin y Wallace, trataban de imponer sus hipótesis sobre los orígenes del hombre.
- El conocido astronauta de Teotihuacán (México): en un curioso recipiente de terracota aparece la figura de una persona equipada con casco y extraños ropajes, que parece querer entrar o al menos observar el interior de un objeto desconocido.
- El libro de Henoc es una colección de escritos apócrifos atribuida al patriarca hebreo Henoc (también Enoc o Henoch). El conjunto de textos, que sólo se han conservado en su integridad en ge'ez (arcaico idioma litúrgico de la Iglesia etíope, de raíz semita), parecen escritos (en hebreo o arameo) por varios autores en distintos momentos de los siglos III, II y I a. J.C. Luego se tradujeron al griego y, en torno al año 500 d. J.C., al etíope, aunque sobreviven frag-

mentos en griego, siríaco, armenio, latín, arameo y copto. Se trata de uno de los más enigmáticos apócrifos del Antiguo Testamento, de contenido mayoritariamente simbólico, que forma parte del canon de la Iglesia ortodoxa etíope pero no es aceptado por las demás Iglesias cristianas. Sin embargo, fue muy conocido y venerado en los primeros siglos del cristianismo, hasta que, a finales del siglo IV, fue considerado herético y se convirtió en un libro *maldito*. Desde el capítulo 6 al 36 se centra en el tema de los Vigilantes (¿ángeles?), e interpretando el Génesis 6, 1-5, dice que estos ángeles tuvieron relaciones sexuales con mujeres y engendraron gigantes *nephilim*, seres famosos que desataron la violencia sobre la Tierra y pervirtieron a la humanidad. Además, el libro de los Vigilantes se caracteriza por unir y complementar sus historias con la historia del Diluvio Universal presentes en el Génesis, y hace una descripción detallada del infierno, el purgatorio y el paraíso. Escrito antes del año 160 a. J.C., en 1913 Robert H. Charles publicó una traducción al inglés en *The Aprocrypha and Pseudepigrapha of the Old Testament*, en la que se basan la mayoría de las versiones modernas, entre ellas la castellana de Fermín Navascués.[16]

- Encontramos otro astronauta en Tlapacoya (México), una figura que representa una deidad con escafandra, traje espacial y un cinturón que parece un cuadro de mandos.
- Asimismo, en Nueva Zelanda hallamos una figura de un individuo con ropajes no habituales entre los aborígenes que parece portar una escafandra o casco de la que emanan rayos.
- En Coso, cerca del lago Owens (California), se encontró un objeto de porcelana en el interior de una geoda. Dado lo increíble del descubrimiento, éste fue radiografiado, y se halló que en su interior había piezas de metal pulido. Después de un profundo estudio se estimó que el objeto tenía más de cincuenta mil años de antigüedad, pero lo más sorprendente es que su manufactura indica un uso similar al de las modernas bujías eléctricas.
- La clavícula Salomonis o clavícula de Salomón: se trata de

una serie de escritos mágicos de procedencia hebrea y fecha desconocida que forman parte de la literatura apócrifa pseudosalomónica y en los que se rastrean influencias griegas, babilónicas y egipcias. Aunque se nos suele presentar como obra transmitida por la tradición, parece que desde la Edad Media fue rehaciéndose o complementándose en copias manuscritas en hebreo o latín con frecuentes adulteraciones, mutilaciones y adiciones. Igualmente, la clavícula se copió y se refundió una y otra vez, y fragmentos de la misma, sobre todo figuras y oraciones, aparecen descritos en otros libros, como la *Reprobación de las supersticiones y hechicerías* (1530),[17] de Pedro Ciruelo. La clavícula contiene detalladas descripciones de espíritus, así como los conjuros necesarios para invocarlos y hacer lo que el conjurador o exorcista los obligue a hacer. En él se detallan los círculos protectores y los rituales que deberán hacerse, las acciones necesarias para evitar que los espíritus tomen el control, las preparaciones previas a la invocación y las instrucciones para elaborar los objetos que se emplearán en el ritual. La primera traducción inglesa de siete manuscritos de la clavícula fue publicada por S. Liddell MacGregor Mathers, actualmente en el Museo Británico con el título *The Key of Salomon.*[18] Existe traducción al castellano de Ramael, *La clave mayor del rey Salomón.*[19]

- En Lanzhou, China, en el interior de una roca negra de 7 × 8 centímetros y 466 gramos de peso se encuentra alojado un tornillo aparentemente metálico de poco más de 5 centímetros. Descubierto por el profesor Zhilin Wang durante un estudio geológico en la provincia de Gansu, y tras numerosos análisis en diferentes instituciones científicas tales como el Instituto de Investigación de Geología y Minerales, y la Escuela de Recursos y Medioambiente de la Universidad de Lanzhou, se determinó que el cuerpo del tornillo de Lanzhou fue confeccionado antes de que la roca que lo contuvo solidificara hace decenas de miles de años.
- Una impresionante figura de una cápsula espacial encontrada en las antiguas ruinas de Tuspa, actual Toprakale (Tur-

quía). Su edad alcanza los tres mil años. En el grabado en la roca se puede distinguir perfectamente la carlinga de la nave con el piloto en su interior (al que le falta la cabeza) y el sistema de propulsión trasero.

- Diversas piezas mecánicas y aleaciones (tornillos, engranajes, etcétera) de metal fueron encontradas entre los años 1991 y 1993 mientras se hacían prospecciones para la búsqueda de oro en una área al este de los Urales junto a los ríos Narada, Kozhim y Balbanyu. Pequeños objetos de escasos centímetros (0,003 milímetros los más pequeños) fueron apareciendo uno tras otro en unos estratos geológicos situados entre los 3 y los 12 metros de profundidad, lo que permitió una datación posterior en función del nivel en que fueron encontrados que oscilaban entre los 20.000 y los 318.000 años. La mayoría de ellos están compuestos de tungsteno (wolframio), aunque algunos son de cobre y molibdeno. Las aleaciones de tungsteno se emplean para endurecer otros metales y para filamentos de bombillas, se trata de un material escasísimo y muy difícil de manufacturar. ¿Estamos delante de lo que conocemos actualmente como nanotecnología?
- La acrópolis de El Baúl se encuentra a unos 4 kilómetros de la ciudad guatemalteca de Santa Lucía Cotzumalguapa. Entre los monumentos de piedra, figuras y estelas que allí se pueden contemplar, el monumento catalogado con el número 27 es popularmente conocido como «el astronauta». En la estela aparece un individuo con guantes en las manos que parecen sujetar unas pelotas. Pero lo que más llama la atención es el extraño casco con figura de animal que le cubre por completo la cabeza y del que sale una especie de tubo que se integra en una caja a sus espaldas. Otro individuo de características similares yace en el suelo mientras un ser observa la escena desde los cielos.
- Investigaciones de arqueólogos israelíes en las profundidades del área del sur del mar Muerto han detectado la presencia de numerosas ruinas y edificaciones que podrían corresponder a las míticas ciudades de Sodoma y Gomorra,

destruidas por la ira de Dios según narra la Biblia. La posibilidad de una explosión nuclear, como muchos investigadores destacan como hipótesis a la desaparición de Sodoma y Gomorra, podría venir avalada por esos hallazgos. El derrumbe de las áreas de contención del mar Muerto debido a la explosión y el desbordamiento hacia el sur de las aguas en dirección a la llanura han conformado un nuevo paisaje: la conocida como La Lengua (el-Lisan) que queda unida por tanto al mar Muerto. Los alrededores del lugar donde se supone que se ubicaron las dos ciudades desaparecidas y otro pequeño grupo de ciudades permanecen cubiertos en la actualidad de cenizas y azufre.

- El vaso de Dorchester, cuya antigüedad se estima que se aproxima a los cien mil años, fue encontrado en 1851 al ser extraído del interior de una roca sólida (un tipo de roca sedimentaria) en Massachusetts a cinco metros de profundidad. El vaso medía 11,3 centímetros de alto, su composición se correspondía con una aleación de zinc y estaba decorado con hojas y plantas recubiertas en plata que, según numerosos botánicos que lo estudiaron, representaban especies vegetales desaparecidas de la Tierra hacía decenas de miles de años. Tras un largo recorrido por numerosos museos, el vaso desapareció sin dejar rastro alguno.
- Las famosas pinturas de Tassili (Argelia), donde unos individuos observan cómo unos ovnis se elevan en el horizonte. También aparece un ser antropomorfo no conocido con la cabeza redondeada (quizá un casco o escafandra), en cuya mano izquierda se aprecian seis dedos.
- El astronauta de Palenque: repetido en múltiples reproducciones sobre la losa de la tumba del rey Pakal, en Palenque (México), aparece una de las más polémicas y famosas imágenes a las que la paleoastronáutica[20] ha dedicado su estudio. En ella se representa a un hombre manejando una serie de instrumentos de lo que parece una aeronave.
- El gigante de Atacama (Chile) es una figura antropomorfa situada sobre la ladera del cerro Unitas y se trata del geoglifo conocido más grande del mundo. Con sus 86 metros de

longitud, esta imagen preincaica dibujada con acumulación de piedras y raspado del terreno se sitúa a 84 kilómetros al noreste de la ciudad de Iquique. Se cree que corresponde a la representación de una divinidad realizada por culturas que habitaron la región entre los años 1000 y 1400 d. J.C. A la derecha del gigante se observa el bastón de mando o báculo, mientras que, a la altura de sus rodillas, pueden verse los adornos de pluma que dan cuenta de su jerarquía. Sin embargo, para otros es la representación de un antiguo dios de origen extraterrestre al que los nativos del lugar representaron sobre la ladera del cerro como homenaje, y al que sólo se lo puede observar en su totalidad desde el aire.

- Son múltiples las representaciones en todo el mundo donde pueden observarse, tanto en figuras como en dibujos, la presencia de dioses o individuos dotados de lo que parecen ser anteojos o gafas, muy similares a las de los pilotos de aviación. Los arqueólogos pasan por alto este curioso tipo de ornamentos, y parecen calificarlos de este modo. Sin embargo, para otros investigadores eso evidencia la presencia en la Antigüedad de tecnologías y conocimientos ligados a la aeronáutica y el espacio.
- Radiografías realizadas a la momia de Usermontu (Egipto), sacerdote egipcio que vivió hace dos mil seiscientos años, donde se puede apreciar un tornillo de 22 centímetros que une el fémur con la parte inferior de la pierna. Independientemente de los sorprendentes conocimientos médicos realizados en la intervención quirúrgica, destaca la técnica de elaboración de la propia prótesis, con la aplicación de bordes de rosca y conocimientos de diseño biomecánico.

Para terminar no queremos pasar por alto en este breve inventario unas anotaciones que nos parecen particularmente reveladoras:

- Las lentes elípticas de la isla de Gotland, en Suecia. Si bien se pensó inicialmente que las numerosas lentes de origen vikingo descubiertas en esta isla del mar del Báltico sirvieron para facilitar el encendido del fuego, estudios más re-

cientes aseguran que pudieron servir para ser empleadas en primitivos telescopios quinientos años antes de ser fabricados en Europa. Un impresionante pulido para la época y un diseño no menos increíble que facilitaba una definición excepcional sirven para avalar dicha hipótesis.

- Las piedras de Ica, en Perú. Las piedras de diferentes tamaños encontradas en un desierto plano y pedregoso del departamento de Ica representan una amplia variedad de escenas: dinosaurios, tecnología avanzada, cirugías, mapas y hasta pornografía. Si bien estas escenas pueden ser ambiguas, muestran conocimientos de cosas, que, según la ciencia moderna, son totalmente anacrónicas. Todo esto ha llamado la atención de gente que tiende a dudar de la ciencia moderna, como algunos creacionistas, y los que buscan justificaciones históricas para la ufología. Las piedras se encontraron en cuevas y corrientes de agua. Pero, al ser roca y no contener ningún mineral orgánico, no se les puede aplicar la datación del carbono 14. El doctor Javier Cabrera Darquea, padre de los descubrimientos, creía que una civilización extraterrestre que él bautizó con el hombre de «Gliptolithic» había creado las piedras. Esta raza habría llegado, según Cabrera, hace mucho tiempo, el suficiente como para coexistir con los dinosaurios, y creó genéticamente al hombre moderno. Algún tiempo después, se habrían marchado a otro planeta, antes de que ocurriera alguna catástrofe planetaria. Burda falsificación para unos y un vestigio de una antigua civilización humana que convivió con los dinosaurios para otros, las piedras de Ica, que hizo famosas el ya desaparecido doctor Cabrera, continúan siendo un punto de referencia para muchos investigadores. Probada la falsificación de muchas de ellas con modernas técnicas de laboratorio, otras, por el contrario, mantienen vivo un enigma indescifrable, unido a la enorme cantidad de piedras (cuarenta mil aproximadamente) que parecen constituir esta biblioteca en piedra. La confesión del principal suministrador del doctor Cabrera, el campesino Basilio Uchuya, reconociendo que eran una falsificación realizada por él mismo y su familia,

quedó oscurecida ante la evidencia de terminar con sus huesos en la cárcel de haber sido piezas originales arqueológicas, pues las leyes peruanas son muy duras con el tráfico ilegal de su patrimonio arqueológico. Esta situación de declaración forzosa alivió por un lado a los detractores de las piedras de Ica y, por otro, al propio Basilio Uchuya, que evitó de esta manera una condena segura.

- El Mahabharata es un relato épico hindú de más de doscientos mil versos que ha llegado hasta nosotros después de haber sido copiado una y otra vez en textos mucho más antiguos y que se pierden en el tiempo. Cuando en el siglo XIX empezó a ser traducido por los colonizadores ingleses, éstos se toparon con una serie de referencias incomprensibles para la época que hacían continuas alusiones a naves voladoras, poderosos cohetes y armas destructivas. Estas naves voladoras, o «vimanas», como son denominadas, podían surcar los mares y los cielos e incluso volar por el espacio exterior. Los detalles técnicos y las descripciones de los aparatos son continuos, así como sus capacidades de maniobrabilidad, tipos de combustible y materiales utilizados para su construcción.

Dicen Pauwels y Bergier en *El retorno de los brujos*: «Nosotros no negamos la posibilidad de visitas de los habitantes del espacio exterior, de civilizaciones atómicas desaparecidas sin casi dejar rastro, de etapas del conocimiento y de la técnica comparables a la etapa presente, de vestigios de ciencias englobadas en diversas formas de lo que llamamos "esoterismo", y de realidades operatorias dentro de lo que nosotros colocamos en el campo de las prácticas mágicas.»

Asimismo, afirman: «No decimos que lo creemos todo; sólo integrando todos los hechos sin exclusión alguna, y aviniéndose a considerar todas las hipótesis derivadas de aquellos hechos sin el menor prejuicio, podrán un Darwin o un Copérnico de la antropología crear una ciencia completamente nueva, por poco que establezcan, además, una comunicación constante entre la observación objetiva del pasado y la sutileza del conocimiento moderno en ma-

teria de parapsicología, de física, de química y de matemáticas. Tal vez comprenderán que la idea de una constante y lenta evolución de la inteligencia, de un prolongado avance del saber, no es una idea segura, sino un tabú que hemos erigido por creernos beneficiarios, hoy, de toda la historia humana. ¿Por qué las civilizaciones pasadas no pudieron conocer bruscos relámpagos, a la luz de los cuales les fuese revelada la casi totalidad del conocimiento? ¿Por qué lo que se produce a veces en la vida del hombre, la iluminación, la intuición fulgurante, la explosión del genio, no pudo producirse muchas veces en la vida de la humanidad? ¿No interpretemos erróneamente los pocos recuerdos de aquellos instantes, calificándolos de mitología, de leyendas, de magia?»

CAPÍTULO 4

La realidad es ilusión

Hace cerca de cincuenta años que intento encontrar un tratado, un manual, un prontuario, que, de manera seria, concisa y valiente, me guíe en la búsqueda de ese mundo mágico que me ha inquietado desde la infancia. Mi caso es el de multitud de hombres y mujeres que están en la misma línea, buscando lo mismo. Les puedo recomendar humildemente que no cesen en el empeño; es posible que algunos lleguen a encontrar ese libro mágico. Como esa multitud, sigo intentando descubrir quién soy.

He comentado con un grupo de amigos que piensan como yo la posibilidad de que esa necesidad emanara de una circunstancia que me sucedió con diez u once años; somos hijos de la luz pero también de los recuerdos. Corría la primera mitad de los años cincuenta del siglo pasado, la dictadura en España estaba en su plenitud, las persecuciones, palizas y encarcelamientos eran bastante corrientes.

Vivía en un pequeño barrio del casco antiguo de Barcelona, donde había nacido. Por esas fechas existía en cada barrio la figura de un jefe político de la Falange (partido único del dictador), que, a la vez, ejercía muchas veces de alcalde de barrio, tenía un cierto poder y era temido, pues controlaba a todos los vecinos, fundamentalmente a los que habían perdido la guerra.

Un hijo de ese falangista, de la misma edad que el grupo de gente que nos reuníamos, presumía de que su padre tenía un libro con el que se podía conseguir todo; parecía algo así como un libro mágico. Mi curiosidad llegó a tal extremo de excitación que conseguí hacerme amigo íntimo del muchacho. Varias veces había-

mos quedado para subir a su casa en ausencia de sus padres y ver el libro, pues él no se atrevía a cogerlo. Nunca se dio la ocasión. Con el tiempo dejó el barrio con su familia y no volví a saber nada más. Desde entonces no he dejado de pensar qué contenía ese libro.

Intuyo, y creo, que la explicación final y única a ese mundo encantado debe de ser sencilla, concreta y comprensible, como una teoría del todo. A lo largo de estos años, como he dicho, no he encontrado el tratado que me haya guiado, pero sí he encontrado variedad de libros que van en esa línea y tratan de distintas materias, la mayoría irrelevantes. No obstante, alguno ciertamente me ha sido útil. Nunca he cesado en su búsqueda y así debo seguir. Es posible que algún día tenga una iluminación a través de un sueño que me lleve por fin a encontrar la explicación final.

Por su parte, Arthur Koestler[1] relata cómo el químico Friedrich von Kekulé descubrió la estructura del anillo de benceno: «Giré mi silla hacia el fuego y me adormecí... De nuevo los átomos saltaban ante mis ojos. Esta vez, los grupos más pequeños permanecían humildemente al fondo. Mi ojo mental, cada vez más agudo a causa de las visiones repetidas de este tipo, podía distinguir ahora estructuras más grandes, con una conformación múltiple; filas largas, a veces más juntas; todas emparejándose y retorciéndose con un movimiento parecido al de una serpiente. Pero, espera, ¿qué ha pasado? Una de las serpientes cogió su propia cola, y la forma daba vueltas burlonamente ante mis ojos. Abrí los ojos como si un rayo me hubiera despertado.»

El matemático Henri Poincaré describe el origen de uno de sus descubrimientos fundamentales, la teoría de las funciones fuchsianas, de la siguiente manera: «Durante quince días batallé para demostrar que no podía existir ninguna función como las que he denominado "funciones fuchsianas". Una noche, contrariamente a mi costumbre, bebí café solo y no puede conciliar el sueño. Las ideas surgieron en multitudes; las sentí chocar hasta que se enlazaron en pares, formando una combinación estable. Al día siguiente había establecido la existencia de una clase de funciones fuchsianas. Sólo tuve que formular por escrito los resultados, lo cual no me llevó más de unas cuantas horas.»

El matemático Carl Gauss explicaba cómo había podido de-

mostrar un teorema en el que llevaba trabajando sin éxito cuatro años: «Finalmente, hace dos días, lo he conseguido, no por medio de un esfuerzo difícil, sino, por decirlo de algún modo, por la gracia de Dios. Como un rayo de luz repentino, el enigma se resolvió... Por mi parte, soy incapaz de denominar la naturaleza del hilo que conectó lo que sabía anteriormente con lo que hizo posible mi descubrimiento.»

Alfred Russel Wallace descubrió el principio de la selección natural, independientemente de Darwin, a través de una iluminación repentina mientras sufría un tremendo ataque de fiebre de malaria en las Indias Orientales holandesas.

T. S. Kuhn[2] nos ha dicho: «Ningún sentido corriente del término *interpretación* encaja con esos rayos de intuición a través de los cuales nace un nuevo paradigma.» No tenemos explicación a esas revelaciones, no sabemos cuál es la fuerza que de repente conecta al experimentador con ese gran almacén de conocimiento y le facilita la llave para abrir el armario donde está la respuesta exacta. Abandonar la esperanza de encontrar pasivamente en la naturaleza un significado a esos sucesos nos obliga a buscar las respuestas en nosotros mismos.

Por su parte, Julio Verne[3] escribió en 1863 la novela *París en el siglo xx*, que cayó en el olvido y no fue publicada hasta 1994 por su bisnieto. En ella describía París en el año 1960. Está llena de datos tecnológicos, describe una red mundial de comunicaciones, rascacielos de vidrio, automóviles propulsados por gas y trenes elevados de alta velocidad, como es obvio, todo ello completamente imposible en el siglo xix. Es difícil deducir cómo pudo predecir Julio Verne estos acontecimientos. Posiblemente una profunda apreciación de los fundamentos de la ciencia y una imaginación desbordante le permitieron especular de forma tan sorprendente. No obstante, no deja de sorprender que un abogado (su padre lo obligó a estudiar derecho) pudiera decir a mediados del siglo xix: «Por mucho que se descomponga la materia en moléculas, átomos y partículas, siempre quedará una última fracción por la que se replanteará íntegramente el problema y su eterno comenzar, hasta el momento en que se admita un principio primero que no será ya materia. Este primer principio inmaterial es la energía», una premi-

sa que podría haber sido expuesta por Einstein. Más sorprendentes aún son estas afirmaciones: «Hemos salido de las tinieblas y a ellas volveremos una y otra vez», y «Todo lo que el hombre es capaz de imaginar otros hombres serán capaces de realizarlo», o la enigmática afirmación «No soy más que un instrumento en la mano del organista». Pero ¿quién era ese organista?

Se especula sobre la pertenencia de Julio Verne a la sociedad secreta «Niebla», también llamada «Sociedad Angélica», a la que parece ser que también pertenecieron Alejandro Dumas, George Sand, Gérard de Nerval, Delacroix, Poussin, Gellée y Maurice Barrés. La sociedad fue fundada en el siglo XVI por un impresor de Lyon llamado Gripe, al parecer un pseudónimo tomado de una sociedad griega que se pierde en los tiempos llamada «Néphés», que significa «niebla». Los principios y las formas de la sociedad Niebla partían de la masonería espiritual, tomados a la vez de un texto medieval titulado *El sueño de Polífilo*, escrito por el monje dominico italiano Francesco Colonna. El libro está dividido en dieciocho capítulos, cada uno de los cuales explica una parte de la simbología. Se asegura que influyó en escritores como Dante, Petrarca, Cervantes o Goethe. Las obras de Verne han influido en millones de personas. Escribió setenta y cuatro viajes extraordinarios, dieciocho novelas, cuatro obras de divulgación geográfica, varias adaptaciones teatrales y muchas piezas musicales, así como varias óperas. Sus obras han sido traducidas a ciento doce idiomas. Para nosotros, después de más de cien años sigue siendo un enigma.

Hijos de la luz

Muchos de los grandes científicos del siglo XIX eran contrarios a cualquier especulación científica. Hasta hace muy poco, los agujeros negros se consideraban fantasías, ciencia ficción. Incluso Einstein escribió un artículo en 1939 en el que científicamente demostraba que jamás podrían formarse agujeros negros. El telescopio Chandra de rayos X y el telescopio espacial Hubble han demostrado la existencia de cientos de agujeros negros en el espacio.

El físico más importante de la era victoriana, lord Kelvin (en-

terrado junto a Newton en la abadía de Westminster), aseguró que era completamente imposible que aparatos más pesados que el aire pudieran volar. También negaba la posibilidad de los rayos X, y defendía que la radio no tenía ninguna posibilidad de éxito. El descubridor del núcleo del átomo, lord Rutherford, declaró por su parte que construir una bomba atómica era una tontería. Los químicos del siglo XIX se pronunciaban diciendo que la búsqueda de la piedra filosofal, una sustancia que podía convertir el plomo en oro, era una quimera. Sin embargo, los colisionadores de átomos actuales podrían convertir los átomos de plomo en oro.

No obstante, el astrofísico John Barrow sentenció: «La ciencia se basa en las matemáticas; las matemáticas no pueden descubrir todas las verdades; por lo tanto, la ciencia no puede descubrir todas las verdades.»

Antes de entrar a fondo en este capítulo, que habla de la tan buscada «teoría del todo», descrita como la fuerza secreta que mueve el universo, expondremos una pequeña idea. Creemos que cambiar totalmente de manera de pensar es un imperativo para nuestra supervivencia. La Teoría del Todo ha dejado de ser una mera teoría: ya no es una posibilidad, sino una realidad. Continuar con más de lo mismo es una actitud suicida. Debemos ser valientes y cambiar nuestra realidad. El economista Kenneth Boulding sentenció: «Lo único que no debería sorprendernos son las sorpresas.»

Por muy sesudos que nos pongamos, nos siguen divirtiendo las paradojas. La siguiente es muy famosa y puede servir como contrapeso a las ideas que expondremos:

> Esta sentencia es falsa.
> Yo soy un mentiroso.
> Este enunciado no puede demostrarse.

En el primer caso, si la sentencia es verdadera, significa que es falsa. Si la sentencia es falsa, entonces el enunciado es verdadero. Análogamente, si estoy diciendo la verdad, entonces estoy diciendo una mentira; si estoy diciendo una mentira, entonces estoy diciendo la verdad. En el segundo caso, si la sentencia es verdadera, entonces no puede demostrarse que es verdad. Se puede decir, para-

fraseando a Albert Einstein, que «Si una idea no parece absurda de entrada, pocas esperanzas hay para ella».

Es indudable que somos hijos de la luz, sin ella no existiríamos. No compartimos pero aceptamos como posibles los resultados obtenidos en los laboratorios. En 1953, en la Universidad de Chicago, el ganador del Premio Nobel de Química, Harold C. Urey, y su discípulo, Stanley L. Miller, mostraron que la evolución química no sólo era posible en aquellos primeros tiempos, sino más que probable. Colocaron en un matraz todos los ingredientes que se pensaba que eran los existentes en la atmósfera primitiva de la Tierra. Evidentemente, no hay ninguna seguridad de que los elementos primigenios fueran metano, amoníaco, vapor de agua e hidrógeno. A continuación hicieron saltar dentro del matraz una chispa eléctrica, y la mezcla gaseosa resultante se hizo circular a través de un baño de agua. Pasados diez días, el agua se había vuelto de color marrón oscuro. Los análisis químicos mostraron que se habían producido varios aminoácidos, largas cadenas de moléculas de carbono, que son los bloques formadores de proteínas.

Es posible que, en la forma primitiva, los rayos de luz cumplieran la misión de suministrar la energía necesaria a la mezcla. Una de las dudas que existen es cómo, al principio, los rayos ultravioletas, los rayos que nos broncean, no rompían las grandes moléculas que se iban formando.

La vida no es más que una molécula que puede reproducirse a partir de materiales de construcción más simple, donde el resultado de la vida es más vida. Las primeras cosas vivientes eran colecciones microscópicas de átomos, de menos de una milésima de pulgada de ancho; éstas se vincularon con otras más pequeñas y más simples y reordenaron esta comida molecular en copias de sí mismas. A partir de aquí se multiplicaron a toda velocidad, cambiando constantemente. Las mutaciones se sucedían con una gran rapidez, una generación de criaturas hambrientas seguía a otra en minutos. En algún sitio, una de estas tempranas criaturas desarrolló una molécula que podía usar la energía solar para producir alimento por sí misma; la luz, el agua, el aire, el dióxido de carbono y simples compuestos inorgánicos era todo lo que necesitaba para fabricar sus propios materiales orgánicos. Y nació la primera criatura que podía

fabricar su propia comida, el «autótrofo», más una planta que un animal. Los autófrofos usaban la luz para generar un proceso de fotosíntesis, el que emplean los vegetales a falta de estómago para alimentarse, aunque en los primeros momentos ejercían el canibalismo. A partir de aquí, las criaturas se fueron asociando, haciéndose cada vez más grandes y complejas, y la cadena de la vida se puso en marcha.

Nosotros pensamos que para pasar de un ser químico inorgánico a un ser vivo orgánico tuvo que intervenir algún otro tipo de influencia. La luz es una forma de energía electromagnética, la luz visible es como una rebanada fina de longitudes de onda en el amplio espectro de la energía electromagnética. Actualmente la mecánica cuántica considera la luz como una onda, pero también como una partícula.

Los fotones son las partículas elementales responsables del electromagnetismo. ¿Pudieron los fotones ser transportistas de partículas portadoras de vida? Imaginemos algún tipo de partícula orgánica tan pequeña que pudo ser transportada por la luz y que incidió en los padres de los autótrofos: el resultado sería la aparición de la vida en la Tierra; en consecuencia, somos hijos de la luz y de origen extraterrestre. Por tanto, los seres vivos, por su naturaleza, de una manera u otra dependen de la luz para desarrollarse.

Cualquier ser vivo —bacterias, plantas, animales, el ser humano— está compuesto de células. Existen organismos unicelulares y pluricelulares, la forma y el tamaño dependen de la función y la posición en la unción celular. El tamaño celular se sitúa, por regla general, entre 0,1 y 100 mm (1 mm = 1 milésima de milímetro). Las células más grandes son los óvulos animales. El número de células de un organismo depende del tamaño de su cuerpo. Una persona adulta está compuesta aproximadamente por cien mil millones de células. Las células pueden cultivarse fuera del organismo, usando técnicas de cultivo desarrolladas por el premio Nobel de Medicina de 1912, el doctor Alexis Carrel.

El biofísico teórico Fritz-Albert Popp (Frankfurt, 1938),[4] profesor de la Universidad de Marburgo (Alemania), estaba fascinado por la luz desde su infancia. Tenía y sigue teniendo tanto de filósofo como de científico. Antes de graduarse solía estudiar en la

misma casa, y a veces incluso en la misma habitación, donde Wilhelm Röntgen descubrió accidentalmente que los rayos de cierta frecuencia (rayos X) pueden producir imágenes de las estructuras duras del cuerpo humano. Popp trabajó, y sigue en ello, en la curación del cáncer con determinadas longitudes de ondas. Asumía que nuestro cuerpo produce una luz débil de 380 nanómetros. Supuso que la luz evidentemente está en las plantas, pues es la fuente de energía usada para la fotosíntesis. Cuando comemos verduras —pensó—, debemos de tomar los fotones y almacenarlos. Imaginemos que consumimos un poco de brócoli. Cuando lo digerimos, éste es metabolizado en dióxido de carbono (CO_2), y eliminamos el agua y la luz solar almacenada y presente en la fotosíntesis. Extraemos el CO_2 y eliminamos el agua, pero la luz, una onda electromagnética, debe de quedar almacenada. Cuando es asimilada por el cuerpo, la energía de estos fotones se disipa, de modo que finalmente se distribuye de igual manera por todo el espectro de frecuencias electromagnéticas, de la más baja a la más alta. Esta energía se convierte en la fuerza que impulsa las moléculas del cuerpo.

Independientemente de otras consideraciones, la dieta vegetariana pasaría a tener una relevancia superior. Muchas escuelas iniciáticas son defensoras de dicha dieta, que quizá viene dada por una tradición muy antigua, que, como tantas tradiciones, no sabemos a qué responde en realidad.

Cada célula de nuestro cuerpo está sometida a unas cien mil reacciones químicas por segundo, un proceso que se repite simultáneamente en todas las células del cuerpo. En cualquier segundo se producen miles de millones de reacciones químicas de un tipo u otro. La sincronización es exquisita: si cualquiera de los procesos químicos corporales individuales se desfasara ligeramente, los seres humanos estallaríamos en cuestión de segundos.

En el epílogo de este libro relatamos el misterio de la llamada «combustión espontánea». Parece que somos una especie de máquinas de supervivencia.

Creadores de vida

A lo largo de los siglos, el ansia del hombre por crear un ser vivo a imitación de él ha sido una constante; lo impulsaba la creencia de poder convertirse en Dios en caso de conseguirlo.

En sus memorias,[5] Andrew Crosse (1784-1855) sentencia con estas sucintas palabras su tristeza por el rechazo de la sociedad a sus descubrimientos: «Me he encontrado con tanta virulencia y abuso, tantas calumnias y malas interpretaciones a consecuencia de estos experimentos, que parece en pleno siglo XIX que hubiera sido un crimen hacerlos.» Investigador científico autodidacta, Crosse podía dedicarse a su afición gracias a la buena situación económica de su patrimonio heredado. Experimentó con sales y otras sustancias a través de electrolitos en disolución sometidos a descargas eléctricas. Por una de esas extrañas coincidencias de las que hemos hablado a lo largo de este libro, aplicó descargas eléctricas a una piedra porosa con una disolución de silicato de potasio. Repitió el experimento varias veces sin resultado, pero al cabo de dos semanas pudo ver con una lupa que en la piedra había aparecido una pequeña protuberancia blanca. A los pocos días comprobó que esas excrecencias habían generado varios filamentos, además de haber aumentado de tamaño. Al cabo de un mes se habían desarrollado hasta formar unos insectos que se desprendieron de la piedra porosa y empezaron a moverse libremente. En poco tiempo obtuvo más de cien especímenes iguales. Los más pequeños tenían seis patas, mientras que los más grandes tenían ocho. Sin lugar a dudas, llegó a la conclusión de que se trataba de ácaros.[6] Repitió el experimento en las mismas circunstancias y los ácaros continuaban apareciendo, nacían, se alimentaban, se desarrollaban y se reproducían, y sólo morían al contacto con el frío, que era letal para ellos.

En el ámbito científico se produjo un gran movimiento de expectación, y de incredulidad, la oposición fue terrible y las críticas tremendas. Si bien Crosse siguió trabajando en sus experimentos, después de esas burlas generalizadas se sumió en una gran depresión que lo hizo volverse huraño y solitario. El 25 de mayo de

1855 sufrió una parálisis de la que no se recuperó, y falleció al cabo de un mes. Su casa en Fyne Court (Somerset) fue pasto de las llamas junto con su laboratorio y todas sus notas y archivos. Han pasado 225 años del nacimiento del hombre creador de vida, y el misterio sigue sin resolverse. Crosse dejó escrito que, si bien había creado vida, todo era debido a los atributos del Todopoderoso.

Mary Shelley, creadora de la obra literaria *Frankenstein o el moderno Prometeo*,[7] conocía los trabajos de Crosse sobre experimentos con cadáveres y electricidad. A finales de 1814 lo conoció personalmente y extrajo muchos datos que él le transmitió sobre sus trabajos respecto a la creación de vida. No es de extrañar que posteriormente escribiera su famosa obra.

En 1982, una comisión presidencial americana[8] redactó un extenso informe sobre los peligros y las ventajas de la ingeniería genética aplicada al ser humano. Entresacamos unas líneas del mismo: «A semejanza del cuento sobre el aprendiz de brujo o el mito del golem creado de polvo inerme por R. Yehudah Loew de Praga (el Maharal) en el siglo XVI, el relato sobre el monstruo del doctor Frankenstein nos recuerda la dificultad en reparar una situación cuando un ser concebido como beneficioso se revela finalmente destructor. De hecho, cada uno de sus relatos exhibe una punzante ironía: justamente cuando nos proponemos incrementar nuestro control del mundo, corremos el riesgo de reducirlo. Los productos artificiales creados con ese propósito pueden volverse contra nosotros y dañarnos: el esclavo puede convertirse en amo.»

El golem es un ser humano creado artificialmente, presente en toda la literatura mágica y mística judía. Las técnicas para su creación son lingüísticas, pero el resultado es un antropoide mudo. En la Edad Media aparecieron en las tradiciones esotéricas múltiples versiones en diversos centros y de diversas formas de este hombre artificial. Nos encontramos con un ser mágico-astral espiritual. Conocemos el golem básicamente a través de la leyenda del cabalista del siglo XVI R. Y. Loew, apodado el Maharal de Praga, que había fabricado un hombre artificial con la ayuda de las letras del Nombre sagrado. Se trata de un tema recurrente entre numerosos maestros de la tradición judía, al tiempo que está ausente de los escritos del Maharal mismo, ya que la leyenda se desarrolló

independientemente del sabio praguense y bastante tiempo después de su muerte.

El golem, robot fabricado artificialmente por maestros del antiguo saber hebraico, es una figura constante de la literatura judía tradicional. Su primera mención escrita explícita aparece en el Talmud de Babilonia (Sanedrín 65b), donde se nos dice que uno de los sabios, Rava, «creó un varón», mientras que dos de sus colegas, R. Hanina y R. 'Oshaya, habían creado un «ternero de tres años».

La palaba «golem» no será utilizada para designar un hombre artificial hasta la literatura más tardía, y evidentemente su ambigüedad semántica no carece de importancia. Hasta entonces, esa palabra, que aparece sólo una vez en el hebreo bíblico (Salmos 139, 16), se aplicaba a Adán, el hombre natural.

No obstante, un manuscrito hebreo posiblemente del siglo xv describe cómo se puede crear un golem:[9] «Para que un hombre haga un Golem, tomará material a media noche del cuarto día de la cuarta semana del mes cuatro, a las cuatro horas de la noche del mes de Nisan,[10] y guardará el material [de modo] que no lo vea nadie. E irá sólo por la noche [a reunir el material] y no será visto por los demonios, y luego vendrá a su casa y [lo] depositará en los rincones de la casa durante unas dos semanas, y después de dos semanas tomará el material y hará con él porciones pequeñas según la cuenta, es decir, para la cabeza un trozo grande y para los brazos dos trozos, y para el cuerpo también un trozo grande, y ello no lo hará sino en la noche, y sólo con un criado que estará con él para servirle, y tomará dos trozos para los ojos y dos para las orejas y un trozo para la nariz, y escribirá *'alef-bet-guimel-dalet-heh-vav-zain*, etcétera, hasta *tav* en letras cuadradas grandes dibujadas, y santificará [antes] la pluma e irá al baño ritual *(mikveh)* y ayunará ese día y no hablará ni una palabra en todo ese día, y encenderá una vela en su casa aun durante el día, y estudiará primero el *Relato de la Mercaba* en el libro de Ezequiel y luego escribirá todo el alfabeto, y cuando escriba no tendrá calzado en los pies, y con reverencia y temor [lo] escribirá al revés, y luego de que haya escrito todo el alfabeto hasta la *tav* cortará cada letra hasta el [borde del] pergamino, es decir, que cada letra esté separada de la otra, y colocará *alef-bet* en el trozo de la cabeza, y en los trozos de los brazos *heh-vav*, en los trozos de las

piernas *zain-het* y en los trozos de los ojos *tet-heh-vav*, y en los trozos de las orejas *kaf-lamed*, y *mem-mem sofi* en el trozo de la circuncisión, y las letras que quedan las pondrá en el trozo grande del cuerpo, y luego ligará los pedazos del material y recitará el Salmo 98 y el Salmo 109, y luego dirá: "Yo os conjuro, Nombre del santo que estáis en esos versículos, que pongáis de pie a ese hombre de arcilla", y los nombres son conocidos por la cabalística, y lo repetirá tres veces, y luego, cuando el hombre se ponga de pie y él quiera que lo sirva, dirá en alta voz: "Ve a Fulano y toma de Fulano una cosa y tráemela sin demora", y ello ocurrirá en la noche que corresponde al sexto día, y a la salida del Shabat dirá sobre él: "El Señor es Majestad, restitúyete", y lo matará. Y esto no debe ser hecho sino por una gran necesidad, y está oculto y sellado en los antiguos.» (Ms. Joseph Goldman, Brooklyn, fol. 237a.)

La Teoría del Todo

El mundo de hoy se dirige a alguna meta desconocida: cientos de caminos conducen a esa meta, rutas que se entrelazan, se cortan, se obstruyen, caminos asfaltados, pedregosos, anchos, estrechos... De repente esa meta desconocida cambia de lugar, gira en redondo y vuelta a empezar. Un proverbio chino advierte: «Si no cambiamos de dirección, es probable que acabemos llegando exactamente a donde nos dirigimos.»

Einstein dijo en una ocasión «El campo es la única realidad». La teoría del campo, la Teoría del Todo, la fuerza que mueve el universo, postula que no somos una reacción química, sino una carga energética. Todos los seres vivos son una forma de configuración energética situada dentro de un campo de energía; este campo está conectado con cada uno de los átomos que forman el universo.

Lynne Mctaggart[11] nos dice: «El llamado "campo", esa energía pulsante, es el motor central de nuestro ser y nuestra conciencia, el alfa y el omega de nuestra existencia. No existe una relación dual yo/no yo entre nuestros cuerpos y el resto del universo; sólo hay un campo energético subyacente. Ese campo es responsable de las funciones más elevadas de nuestra mente, y es la fuente de información

que guía el crecimiento de nuestro cuerpo. Es nuestro cerebro, nuestro corazón, nuestra memoria: es en todo momento un anteproyecto del mundo. Más que los gérmenes o los genes, el campo es la fuerza que determina finalmente si estamos sanos o enfermos, y es la fuerza con la que debemos contactar para curarnos. Estamos vinculados e involucrados, somos inseparables de nuestro mundo, y nuestra única verdad fundamental es nuestra relación con él.»

Los grandes físicos Einstein, Eddington, Bohr, Planck, Heisenberg y Pauli creían en la teoría del campo como una realidad. Es cierto que todos ellos eran místicos declarados, que han dado a entender que el concepto de universo es como un mundo compuesto de pensamiento puro, donde comprenderíamos que es en el éter donde tienen lugar todos los sucesos del universo, todo puede reducirse a una abstracción matemática y convertirse en algo tan abstracto y tan matemático como los paralelos y meridianos de la latitud y la longitud de la Tierra. El gran físico Jeans afirma que podemos comprender que la energía, la entidad fundamental del universo, tiene que ser tratada como una abstracción matemática, la constante dimanada de la integración de una ecuación diferencial.

Diariamente, los científicos en sus laboratorios, los alquimistas modernos, nos ponen ante los ojos resultados que demuestran la existencia de un campo unificado de fuerzas de una teoría del todo:

- La comunicación del mundo no ocurre en el reino visible de Newton, sino en el mundo subatómico de Werner Heisenberg.[12]
- Las células y el ADN se comunican por medio de frecuencias.
- El cerebro percibe y hace su propio registro del mundo en ondas pulsantes.
- Hay una subestructura subyacente al universo que, en esencia, es el medio donde se registra todo, y ofrece los medios para que cada cosa se comunique con todas las demás.
- Las personas son inseparables de su entorno. La conciencia viva no es una entidad aislada, pues incrementa el orden en el resto del mundo; en cierto sentido, para hacer que el mundo sea como queremos que sea.

Con toda seguridad debemos cambiar de meta y tomar la dirección correcta, el camino que nos lleve a encontrar ese campo, esa fuerza secreta que mueve el mundo, esa fuerza que permitirá que no falten alimentos para ningún ser humano, esa fuerza que controlará el cambio climático, esa fuerza que erradicará las guerras entre hermanos, esa fuerza que dominará la enfermedad, esa fuerza que nos hará longevos, esa fuerza que nos convertirá en seres de luz, en dioses, ya que fuimos creados a imagen y semejanza de ellos.

En el caso de que tomemos caminos erróneos, seremos seres de otro tipo de luz, como aquella rana que brillaba en la oscuridad y tenía maravillados a los científicos. La realidad es que se había comido unas cuantas luciérnagas.

Epílogo

Mientras no se haya explicado el secreto del universo
no hay razones para darse por satisfecho.

Jules Renard

No he escrito este libro pensando en un público en particular, pero imagino que mi lector es un interesado amante de los estados superiores de la conciencia, que intenta comprender fenómenos como los milagros, atribuidos a la santidad o a otras causas, que se interesa por la metafísica y la magia, que tiene curiosidad por la parapsicología y gran interés por la fisiología y la psicología de los estados místicos. Imagino también que discrepa del artículo de fe de los sabios —«La fe de todo sabio, sin la cual no hay ciencia, es que toda experiencia es reproducible»—, que cree que una parte de los hechos que engendra el universo no es reproducible, aunque esta fracción sea la menos importante, y sí cree que la ciencia sólo contempla en una pequeña parte del hombre y del universo.

En mi opinión, para que los hechos extraordinarios que nos rodean entren dentro del campo de nuestros conocimientos, basta con abrir algunas ventanas, y que sólo es necesario un pequeño ensanchamiento de miras. No hacen falta muchas explicaciones para entender de qué trata este realismo fantástico. Cuando le preguntaron a Louis Armstrong qué era el jazz, dijo: «Si tienes que preguntar, nunca lo sabrás.»

Tenemos la obligación de pasar al otro lado del espejo, de intentar ver nuestro entorno con los ojos de la realidad; de una realidad diferente de la que estamos acostumbrados, debemos ser audaces y tener el atrevimiento de pasar al otro lado. Posiblemente algunas veces nos llamen iluminados o locos, es parte del peaje que se debe pagar. Lo que nos rodea no es como lo vemos y lo interpretamos: vemos lo que queremos ver.

En su libro *Neurociencia y conducta*,[1] Kandel, Schwartz y Jessell dicen: «El cerebro no sólo registra el mundo exterior como si tomara una foto tridimensional, sino que construye una representación interna de unos eventos físicos externos después de analizarlos y separarlos. Al escanear el campo visual, el cerebro analiza, de manera simultánea pero separada, la forma de los objetos, su movimiento y su color; todo esto antes de ensamblar una imagen según las reglas del propio cerebro... [Por tanto], el aspecto de nuestras percepciones como imágenes directas y precisas del mundo es una ilusión.»

Si intentamos ver todas las cosas desde el otro lado del espejo, si lo intentamos cada día como un ejercicio obligatorio, todo cambiará para nosotros, entraremos en ese mundo mágico que intuimos pero que no somos capaces de aceptar, que en realidad nos da miedo y por ello lo evitamos poniéndonos mil y una excusas, sintiendo a veces incluso una especie de vergüenza al pensarlo. Es natural: nuestra mente, acostumbrada a otra realidad, se resiste al cambio, no lo acepta, se comporta como un enemigo que tiene secuestrada nuestra felicidad, ésa es una parte de la gran lucha del hombre eterno. Debemos agradecer a las religiones la preparación, el proceso de aprendizaje al que han sometido a la especie humana desde hace miles de años, al mantener la mente despierta y atenta al mundo mágico, al mundo sobrenatural, preparándola para el gran cambio. Los postulados de las religiones con sus mundos sobrenaturales, irreales, sus verdades reveladas, sus milagros, sus apariciones y sus otros mundos han cultivado en el subconsciente humano ese mundo mágico. Gracias a ellas nada puede parecer fantástico, quizá es su única aportación. Traspasando el espejo una y otra vez y almacenando esa nueva visión, esa nueva percepción, se produce una sublimación que lleva a cristalizar en un estado modificado de conciencia, un estado nuevo, el hombre nuevo, quizá el mítico golem. Ese nuevo hombre no puede volver atrás, es imposible, es como si de repente un ciego recobrara la visión que perdió en su infancia; ¿cómo podría volver a desear la ceguera?

Tenemos la obligación de evolucionar

Antes de escribir *Alicia a través del espejo*,[2] Lewis Carroll conoció a la niña Alice Raikes. La situó delante de un espejo en la casa de ella y le dijo, dándole una naranja:

> —Primero quiero que me digas en qué mano tienes la naranja.
> —En la derecha —contestó Alicia.
> —Ahora —dijo Carroll—, fíjate en el espejo y dime en qué mano tiene la naranja la niña que ves en él.
> —En la izquierda —dijo Alicia.
> —¿Y cómo se explica eso? —le preguntó Carroll.
> La niña se quedó dudando y al fin dijo:
> —Si yo estuviera al otro lado del espejo, ¿no es cierto que la naranja seguiría estando en mi mano derecha?
> —¡Bravo, mi pequeña Alicia! —exclamó Carroll—. ¡Es la mejor respuesta que he recibido hasta el momento!

Al contrario que la Alicia ficticia, nuestra especie no es consciente habitualmente de lo que la rodea: miramos sin ver, oímos sin entender, no utilizamos ni una cuarta parte de las posibilidades de que disponemos. Hemos repetido a lo largo de este libro que somos una especie autodesarrollante, pero vivimos la mayor parte de nuestra existencia sofronizados, hipnotizados, sugestionados por el entorno, salvo breves destellos de realidad. No tenemos tiempo útil para intentar evolucionar a estadios superiores y ver la otra realidad. Ciertamente somos una rara especie de holograma.

La historia del caballo llamado *Burn* puede darnos una idea de hasta adónde somos capaces de llegar para confirmar una cuestión que damos como verdadera y que encaja en nuestros cuadros mentales. Es difícil distorsionar lo que tenemos preestablecido.

Burn era un caballo que sabía matemáticas, o eso creía todo el mundo: lo conocían como *Burn el Inteligente*. Cuando se le planteaba un problema matemático, el caballo respondía golpeando el suelo con el casco; se le decía: diez dividido entre dos, y *Burn* gol-

peaba cinco veces. El público pagaba por verlo y ponerlo a prueba. Su fama alcanzó cotas altísimas, acudían a ver sus demostraciones espectadores de todas las latitudes, que quedaban entusiasmados con sus capacidades intelectuales. Se experimentó con él muchas veces; fue sin duda el animal de laboratorio más grande conocido.

Pero, en 1911, un escéptico, un estudioso de psicología llamado Oskar Pfungst, fue a ver a *Burn* y lo observó con prismáticos y otros aparatos durante varios días y noches, y descubrió que el caballo no sabía matemáticas. *Burn* había aprendido a golpear con el casco el número exacto de veces basándose en pistas sutiles que captaba de la gente que lo observaba. Por ejemplo, cuando el caballo llegaba al número correcto de golpes, al público se le escapaban señales casi imperceptibles que el animal había aprendido a interpretar: una ceja que se levantaba sin querer, una cabeza que se ladea ligeramente, una leve exclamación..., y entonces *Burn* se detenía.

Actualmente se realizan en circos y espectáculos al aire libre cosas parecidas, pero, en lugar de caballos, se emplean loros. Los humanos también actuamos en la mayoría de las ocasiones como *Burn*: tomamos decisiones y actuamos mecánicamente basándonos en las señales que recibimos, aunque, en realidad, no somos conscientes de lo que está sucediendo.

Con el devenir de los tiempos es muy probable que interpretemos el mundo que nos circunda en su total dimensión no sólo basándonos en las señales recibidas. Es probable que podamos sublimar todos los datos a nuestro alcance y llegar a resultados extraordinarios, producto de una observación y una interpretación consciente. Entonces concebiremos que esos resultados nos acercaran al Todo, a la Fuerza, al Gran Rostro y, con ello, a nuestra evolución como especie. Esta obligación de evolucionar es el único mandato que tenemos grabado en nuestros genes desde el amanecer de los tiempos y que es imposible eludir.

Tenemos la obligación de evolucionar, de ser hombres, huyendo de los señuelos que nos acosan constantemente. Ésa debe ser nuestra única meta, una obligación que debemos tener presente durante cada segundo del día, para que entre todos podamos llegar de la forma más rápida posible a alcanzar ese estado que algunos pueden llamar «divino», pero que en realidad sólo responde al

nombre real de «hombres». En caso contrario, estamos corriendo el riesgo de desaparecer —como le ha sucedido anteriormente y varias veces a nuestra especie— al perder el camino correcto e intentar tomar atajos que no llevaban a ningún sitio. En cambio, la protagonista de *Alicia a través del espejo* dice: «[...] deberás correr más rápido si quieres permanecer en el mismo sitio».

Poco antes de suicidarse porque la enfermedad y la edad le impedían gozar y escribir, pero no porque se sintiera defraudado, Henri de Montherlant[3] escribía a Louis Pauwels el 23 de marzo de 1973: «He vencido en mi vida personal porque no he confiado más que en el hombre. En todo lo que depende de los hombres he sido derrotado. Es por haber creído en el hombre, no en los hombres, por lo que no he sido defraudado.»

Energías cósmicas

En 1958, la Carnegie Institution of Washington publicó un experimento llevado a cabo en California por J. Clausen, D. D. Keck y W. W. Hiesey que consistía en recoger varios especímenes de la planta *Achillea* y cortar cada uno de ellos en tres partes. A continuación se volvió a plantar una de estas partes a baja altitud (30 metros sobre el nivel del mar), otra a altitud media (1.400 metros), y la tercera en las montañas (3.500 metros). Cada uno de los esquejes produjo nuevas plantas. Sucede que no es posible predecir el crecimiento relativo de las plantas cuando el entorno se modifica. La planta más alta de las cultivadas a baja altitud presentaba el nivel de crecimiento «más pobre» a altitud media, y no fue capaz de florecer. La segunda planta más alta de las cultivadas a gran altitud presentaba una altura media, pero era la segunda «más pequeña» de las cultivadas a baja altitud.

R. C. Lewontin, en un ensayo publicado en 1996,[4] dice al respecto: «En conjunto, no cabe hacer previsión alguna cuando pasamos de un entorno al siguiente. No existe un tipo genético "mejor" o "más grande". Si bien no podemos cortar a las personas en pedazos y hacerlas crecer en diferentes entornos, todo organismo experimental que permita duplicar su constitución genética y com-

parar a los individuos resultantes en diferentes entornos ofrece resultados similares a los de la *Achillea*.

»Los cambios en el desarrollo de los organismos no se agotan en la interacción entre genes y entorno. Todos los organismos *simétricos* desarrollan asimetrías que varían de un individuo a otro.»

A lo largo de su existencia, la especie humana autodesarrollante no ha tenido siempre el mismo «caldo de cultivo»: han variado alturas, temperaturas, humedades, concentración de oxígeno, determinadas energías físicas planetarias, lo que conforma el fenómeno llamado «ruido evolutivo». Ese ruido es una característica universal de la división y del movimiento celular, y desempeña ciertamente una importante función en el desarrollo de nuestro cerebro. En el citado ensayo, Lewontin, basándose en la teoría selectiva de la formación del sistema nervioso central de G. Edelman, dice: «De hecho, una de las teorías más influyentes sobre el desarrollo del sistema nervioso central sitúa el crecimiento aleatorio y la conexión de las células nerviosas en la base del proceso completo. Sencillamente no sabemos hasta qué punto las diferentes capacidades cognitivas que presentan los distintos seres humanos son fruto de una diferencia genética o hasta qué punto son el resultado de la experiencia vital, o hasta qué punto son consecuencia del ruido evolutivo.»

La Tierra ha tenido una superficie sólida formada por rocas, a menudo cubiertas de agua, durante unos cuatro mil millones de años. Los fósiles más antiguos, unas esferas microscópicas, aisladas, parecidas a las bacterias modernas, tienen unos tres mil quinientos millones de años. Pero sólo hace quinientos millones de años que no había ningún organismo grande con tejidos, ni animales ni plantas en la Tierra. Fue entonces, como demuestra el registro fósil, cuando aparecieron los animales marinos a lo largo de la costa del planeta. De aquellos animales y de las algas que los alimentaban descienden todas las formas de vida. Desde aquel momento, unas nuevas formas de vida poblaron la Tierra seca y aparecieron las plantas con flor, que se convirtieron en la vegetación dominante. Luego surgieron también los insectos, los peces, los reptiles, los pájaros y los mamíferos. La historia de los seres humanos es, pues, un instante si la comparamos con las épocas anteriores. Los prime-

ros restos de los humanos modernos, el *Homo sapiens*, aparecen en el registro fósil hace sólo treinta y cinco mil años.

¿Va la evolución cada día más de prisa? ¿Por qué fueron necesarios tres mil millones de años para que de las células de las bacterias primitivas surgieran plantas y animales grandes y complejos? El modelo unicelular, vigente durante casi tres mil millones de años, de repente dio paso a la aparición de los principales grupos pluricelulares en un breve período de cinco millones de años (la famosa «explosión cámbrica», que tuvo lugar hace unos quinientos cincuenta millones de años), lo que resta crédito a cualquier teoría de avance lento y sostenido.

Stephen Jay Gould, en su ensayo sobre *La evolución limitada por el uso de iconos canónicos,* relata que «[...] las primeras y más sencillas células, las bacterias y sus aliados, siguen siendo los seres vivos más numerosos[5] y resistentes. Y si insistimos en las especies pluricelulares, aproximadamente el 80 por ciento de ellas son insectos, y estas criaturas, con enormes expectativas de vida, no han mostrado vectores de mejoría convincentes en los últimos trescientos millones de años».

De todo ello se desprende que circunstancias e influencias desconocidas han producido en momentos concretos un «ruido evolutivo», un sonido distinto del establecido. ¿Quién tocaba el instrumento y qué instrumento fue capaz de variar el sonido evolutivo?

Parece sensato pensar que esas pautas de evolución en los seres vivos han podido crear especies que, condicionadas por su entorno y por algún tipo de radiaciones cósmicas, nada tienen que ver con nuestras capacidades actuales. La gran pregunta no es cómo desaparecieron, sino ¿por qué no se ha encontrado rastro de ellas? Es cierto que desconocemos su composición química, en consecuencia, es posible que tengamos delante de nuestras narices restos de esos seres, restos que no tienen por qué asemejarse en nada a la idea que tenemos de un ser biológicamente interpretable según los parámetros científicos actuales. Esa especie parece que desarrolló una civilización basada en otros tipos de energía diferentes de las nuestras y, seguramente, bastante más avanzadas.

Esas condiciones, esas energías cósmicas, independientemente de haber sido el origen de la formación de unas determinadas espe-

cies de seres vivos, aisladamente también pueden haber actuado en otros espacios y tiempo. La imaginación, (no la locura) esa arma tan poderosa de nuestra especie, nos lleva a especular que esas energías y condiciones se pueden haber dado también en algunos hombres o mujeres de nuestra civilización de forma aislada, hombres y mujeres que en un momento determinado estaban situados en el lugar preciso donde incidía esa fuente de energía.

Al parecer, a lo largo de toda la historia de la humanidad, las estrellas han regido en el firmamento el destino del hombre. En el Museo de El Cairo se encuentra la figura de Amenofis IV presentando ofrendas al dios Atón, contemplado por una estrella que esparce sus rayos sobre él. En el Museo de Bagdad aparece en un mural la figura de Adadnirari III, presidida por una estrella en la parte superior. No menos conocida es la estrella de Urnanu, hoy en Pensilvania. En el museo del Louvre encontramos la estrella de Naram-sin, cuarto rey del Imperio acadio que celebra su victoria sobre sus enemigos en el campo de batalla. Según los historiadores, el propio rey ocupa la posición central pisoteando a sus contrincantes, aunque más bien parece que se eleva sobre ellos con un objeto lanceado en la mano derecha, mientras observa lo que parece ser un extraño diseño cónico (se asemeja más bien a la cabeza de un cohete espacial), y sobre el cual a su vez se pueden apreciar claramente al menos dos cuerpos celestes, aunque se adivina un tercero deteriorado arriba del todo. En realidad se trata de estrellas, o más bien fuentes de energía cósmica.

El evangelio de Mateo (2; 2; 2, 7; 2, 9, y 2, 10) nos narra la aparición de una estrella que guía a los astrónomos o magos desde Oriente hasta la casa donde nació Jesús ¿Pudo esa llamada «estrella» ser una fuente de energía que cambió la estructura molecular del recién nacido?

Esos manantiales de energía parecen indicar que su contenido de fuerza no es constante, que influyen de forma alternativa. En la mayoría de las ocasiones es nula, pero en otras es muy beneficiosa para la humanidad, y en otras es totalmente negativa.

Recordemos el fenómeno natural de los rayos globulares, también llamados «rayos en bola» por su característica forma esférica. Su comportamiento es errático algunas veces, aunque en ciertas

ocasiones, merced a los juegos de atracción-repulsión, pueden incluso dar la idea de perseguir a los testigos. En algunas ocasiones se han dado casos de quemaduras y aun accidentes graves. Algunas características difíciles de explicar son la longevidad de su existencia y la flotación casi neutral en el aire que en ocasiones se ha producido. Frecuentemente, es de color naranja, amarillo, blanco o rojo, pero también puede ser verde o azul. Se desvanece suavemente o mediante una explosión. Su diámetro típico varía entre los diez y los catorce centímetros, y su luminiscencia es inferior a 150 vatios. Durante mucho tiempo el fenómeno fue considerado un mito. Aunque la naturaleza exacta del mismo todavía es objeto de especulación, se acepta que no se trata de una invención ni de un fenómeno puramente psicológico: se han obtenido más de tres mil informes de testigos oculares y ha sido fotografiado varias veces.

Aunque no existe una explicación que sea ampliamente aceptada, podría tratarse de un fenómeno natural relacionado con las tormentas eléctricas. Toma la forma de un brillante objeto que, a diferencia de la breve descarga del rayo común, es persistente. Puede moverse lenta o rápidamente, o permanecer casi estacionaria. Puede producir sonidos sibilantes, crepitantes, o no hacer ruido en absoluto.

Cada segundo se precipitan a una velocidad de vértigo miles de millones de partículas sobre nuestro planeta, un escudo magnético nos protege del ataque. El campo magnético terrestre desvía y canaliza los electrones, los protones y demás partículas rápidas procedentes del espacio. Sin esa protección frente a los rayos cósmicos no habría vida en la Tierra. Pensemos que puedan existir fugas en las bandas llamadas «de Van Allen», unas vastas zonas en forma de aro situadas a muchos radios terrestres de la Tierra, a la altura del ecuador. Dentro de esas zonas, las partículas se distribuyen de diferentes maneras en función de su energía, de su masa y de sus cargas, pero todas ejecutan movimientos similares. Pensemos que se han sucedido fugas de algunas partículas desconocidas, que viajan a una velocidad de treinta mil kilómetros por segundo, y han entrado en nuestra atmósfera; evidentemente desconocemos las consecuencias, que, como hemos dicho, pueden haber sido nulas, positivas o negativas.

El 24 de agosto de 1998, mientras realizaba unas compras, Jackie Park dejó a su madre de ochenta y dos años en el coche. Minutos después, el vehículo comenzó a arder misteriosamente. La policía no pudo identificar el origen del fuego. Los testigos presenciales, incluida su hija, a la que sacaron del coche con graves quemaduras, no vieron nada extraño: primero humo y luego una llamarada. El inspector de bomberos de Nueva Gales del Sur que llevó el caso, Donald Walshe, declaró que había sido imposible determinar el origen del fuego. El motor del coche no estaba en marcha, ninguna de las dos mujeres era fumadora, y la temperatura máxima de ese día fue de dieciséis grados. Este suceso, ocurrido en Australia, es uno de los últimos casos conocidos de combustión humana espontánea, un fenómeno del que existen numerosos episodios documentados pero ninguna explicación convincente. ¿Alguna de esas partículas del rayo de la creación traspasó la barrera protectora y produjo esa ignición? ¿Lo llamamos «combustión espontánea» porque desconocemos el motivo que la causa?

La combustión humana espontánea, conocida por sus siglas en inglés, SHC y también CHE, es un fenómeno por el cual el cuerpo de una persona queda reducido a cenizas, a veces en pocos minutos, sin que los muebles u otros objetos inflamables cercanos sufran daños. No suele observarse fuente alguna de calor externo, y casi siempre el cráneo o las extremidades inferiores permanecen intactos. Las víctimas suelen ser personas ancianas y obesas, la mayoría mujeres (cerca del 70 por ciento). Para que un cuerpo humano quede completamente calcinado por los medios habituales tiene que alcanzar temperaturas de entre novecientos cincuenta y mil cien grados, lo que habría arrasado las habitaciones en muchos de los casos típicos de combustión humana espontánea, pero a veces ni siquiera la ropa que llevan puesta estas personas se quema. El proceso se inicia cuando se produce un tremendo calor en el cuerpo de la víctima de manera inesperada, sin una fuente de ignición externa, a los pocos segundos empieza a verse humo y cómo se extienden las quemaduras. Siempre desde dentro hacia afuera, en cuestión de pocos minutos y sin tiempo de reacción, la persona queda reducida a un montón de cenizas.

Hace siglos se creía que era un castigo divino por las malas

acciones cometidas por el afectado. Durante los siglos XVIII y XIX, el fenómeno era muy popular, y entre sus estudiosos estaba el escritor inglés Charles Dickens. En su novela *Bleak house* (1852-1853) narra uno de esos sucesos.

En circunstancias normales es muy difícil que un cuerpo humano se mantenga en llamas, y menos aún si está vivo. Las personas que mueren tras un incendio tan sólo suelen sufrir daños parciales o superficiales, y es la asfixia y la inhalación de humo el factor determinante en caso de fallecimiento.

Los casos de combustión espontánea registrados en todo el mundo son mucho más numerosos de lo que pensamos. Charles H. Fort reunió centenares de ellos, sacados de periódicos y revistas. En uno de sus relatos cortos (1931) mantenía su incredulidad sobre la SHC, y explicaba, refiriéndose a esas muertes: «Tal vez sean seres o cosas que, con la aparición del fuego, consumen principalmente a mujeres»; a continuación planteaba la posibilidad de que el ser humano fuera un manjar exquisito para *gourmets* de esferas superiores. Curiosamente, la combustión espontánea nunca ha sido observada en animales, y se desconoce si se ha producido en vegetales, ya que algunas veces grandes incendios forestales no han podido ser explicados racionalmente.

A título de inventario relatamos varios casos sucedidos, algunos de ellos descritos en el libro de Jenny Randles y Peter Hough *Spontaneous human combustion*:[6]

> El doctor Bentley, médico retirado, vivía en la plana baja de un edificio en Coudersport (Pensilvania). En la mañana del 5 de diciembre de 1966, se encontró a este hombre bajo un humo azul claro de extraño color. El suelo del baño se encontraba abierto a causa del extraño accidente, y por el socavón se conseguían ver las tuberías. Al borde del agujero apenas quedaba del viejo doctor una pierna y sus cenizas.
>
> El 1 de julio de 1951, a las nueve de la noche, el doctor Richard Reeser se despidió de su madre, la señora Mary Ardi Reeser, de sesenta y siete años, que vivía sola en una habitación alquilada en casa del matrimonio Carpenter, en la calle Cherry de St. Petersburg (Florida, Estados Unidos). Una hora más tarde, la

señora Carpenter y una vecina entraron en su cuarto para desearle buenas noches. Mary estaba sentada en un sillón y fumaba un cigarrillo. A las ocho de la mañana, un mozo trajo un telegrama para la señora Reeser. Cuando la señora Carpenter fue a entregárselo y puso su mano sobre el pomo de la puerta, la retiró con un grito, pues se había quemado. Asustada, salió corriendo y pidió ayuda a unos obreros. Al echar la puerta abajo, éstos se encontraron con un espectáculo que los llenó de horror. Dentro de un círculo apenas mayor de un metro, en el suelo, cerca de la ventana abierta, aparecían algunos muelles de acero del sillón y los restos de la señora Reeser: fragmentos del hígado adheridos a un trozo de columna vertebral, el cráneo reducido al tamaño de una pelota de tenis, un pie enfundado en una zapatilla negra y un montón de cenizas. Fuera de este círculo, ningún elemento del mobiliario había ardido. La policía llegó en seguida y poco después los bomberos y el cuerpo médico. Las paredes estaban cubiertas de un hollín grasiento a partir de un metro del suelo y hasta el techo. También en el círculo del suelo se encontró una capa de grasa. No había el característico olor a carne quemada, pero sí señales de un calor intenso. Las cenizas fueron enviadas al FBI, pero los análisis no revelaron la existencia de producto alguno que pudiese iniciar o acelerar la combustión. El doctor Wilton M. Krogman, profesor de antropología de la Universidad de Pensilvania que investigó el caso, tampoco encontró explicación: «Es la cosa más misteriosa que he visto. Si estuviéramos en la Edad Media, casi se hablaría de magia negra. Jamás había visto fuera de un crematorio un cuerpo tan carbonizado, ni un cráneo reducido por el fuego, nunca he visto que un cráneo humano se encoja debido al calor intenso. Siempre sucede lo contrario: se infla o estalla.»

Londres, 13 de septiembre de 1967. Jack Stacey, bombero, acudió al aviso de un fuego en el interior de un edificio abandonado. La casa no presentaba señales de daños, por lo cual decidió entrar dentro del inmueble y examinar su interior. Fue ahí donde se encontró con el cuerpo de un mendigo, llamado Robert Francis Bailey, tumbado sobre el costado izquierdo. Al observar mejor el cuerpo se percató de que tenía abierto el abdomen y por él

salían —recuerda Stacey— «llamas azules con mucha fuerza, como si de un soplete se tratase». Finalmente consiguió apagarlas con el agua de la manguera, el bombero no tenía ninguna duda de que el fuego se inició en el interior del cuerpo.

El vagabundo quedó inclinado en la escalera, con los dientes hundidos en la madera de uno de los peldaños. Tuvieron que utilizar una palanca para abrirle la mandíbula. La ropa del mendigo estaba intacta, salvo la parte que cubría su abdomen. En el edificio no había gas ni electricidad, y no se encontraron cerillas. Nunca se supo la causa real del fuego a pesar de las investigaciones policiales.

Hace más de doscientos cincuenta años que los científicos estudian qué forma de energía provoca la combustión y la calcinación de personas. El primer caso registrado ocurrió el 26 de junio de 1613 en Dorset (Inglaterra). En una noche muy tormentosa, John Hitchell, un carpintero de la localidad de Holdenhurst, dormía con su esposa y su hijo en un lecho, mientras que su suegra lo hacía en otra cama cercana. De pronto, la mujer mayor fue despertada por una terrible ráfaga que impactó en su mejilla. Completamente desesperada, alertó a gritos a sus familiares. Su sorpresa fue grande cuando, al no recibir respuesta, descubrió a su hija completamente quemada en un lado de su cuerpo, en tanto que su esposo y su hijo yacían muertos a su lado en la cama. El cuerpo del señor Hitchell aún humeaba cuando su esposa, aunque quemada gravemente, hizo un esfuerzo sobrehumano para sacarlo a la calle. Tuvieron que abandonarlo, pues, a pesar de no apreciarse signo alguno de fuego, la carne seguía humeando y siguió haciéndolo durante tres días más, lo que terminó con su cuerpo convertido en una pila de cenizas.

Mención aparte merece lo que explicamos en el capítulo 4 de la tercera parte de este libro: exponemos cómo un pequeño desfase en la sincronización de las millones de reacciones químicas en las células de nuestro organismo harían que éste estallase.

Esa especie de rayo de la creación también pudo incidir en otros seres vivos, aunque de forma positiva. El reino vegetal pudo haber alcanzado unos niveles de evolución actualmente incom-

prensibles para nosotros, niveles que desaparecieron posteriormente, aunque se desconocen los motivos.

El ingeniero agrogenético Neal Stewart, catedrático de genética vegetal molecular en la Universidad de Tennessee (Estados Unidos), manifiesta: «Se ha diseñado un modelo de planta que salvará muchas vidas: cuando crezca señalará con su cambio de color dónde hay minas antipersona enterradas. Cambiarán de color cuando detecten que en el suelo del que se nutren existen los elementos componentes de las minas. Estamos trabajando con el bambú y las mimosas, especies que crecen mucho más rápido que las demás. Esa velocidad superior de crecimiento está relacionada con la rapidez con que transforman el CO_2 en oxígeno. Pensemos en que lográramos modificar genéticamente millones de plantas para absorber mucho más CO_2 en su crecimiento: sería un avance muy grande en la lucha contra el calentamiento global.»

Nosotros creemos que en nuestro planeta es posible que en otras épocas, hace miles de años, la función de las plantas fuera muy distinta de la actual, y que todo el sistema de vida existente tuviera otros parámetros de formas y capacidades, interrelacionados directamente con otras especies existentes.

El profesor Stewart sigue manifestando: «En los laboratorios hemos conseguido unas plantas que llamamos "fitosensoras" que nos avisan si un determinado suelo está contaminado con metales pesados, explosivos, arsénico, polución orgánica o cualquier otro compuesto nocivo para la salud humana; también nos avisarán de la polución atmosférica. Para ello, a través de la ingeniería genética vegetal, modificamos una especie determinada antes de plantarla, cambiando sus genes en su secuencia con la lógica binaria de *on/off* que permite que reaccione ante un cambio en su nutrición. Nos dan la alarma cambiando de color. Hemos ido mucho más allá, y las plantas luminiscentes serán una realidad pronto: es complejo pero posible. Hemos conseguido también una planta que sirve de calefactor, la coliflor mofeta, pero, además de emitir calor —se adivina por su nombre—, de ellas emanan gases fétidos que no la hacen recomendable para nuestras metas. Hace tiempo que trabajamos en plantas biocombustibles, que ya se utilizan en la industria, estamos en la segunda generación mucho más avanzada de los eta-

noles celulósicos. Lo último que estamos desarrollando, sobre todo utilizando tabaco y mostaza, que son muy fáciles de manipular genéticamente, es en especies que pueden detectar enfermedades en plantaciones de soja: las plantas nos avisan con anticipación del riesgo serio de que una explotación sufra los efectos de una epidemia.»

Un universo que se sueña a sí mismo

Jorge Luis Borges (Buenos Aires, 1899-Ginebra, 1986), el gran escritor argentino, ha expuesto en varias ocasiones su idea del carácter alucinatorio del mundo. Borges simplemente dice que «todo lo hemos soñado». Por su parte, Michael Talbot,[7] en su libro *Misticismo y física moderna*,[8] explica que ha examinado el fenómeno de las visiones colectivas, desde los ovnis hasta las apariciones de la Virgen, y llega a una conclusión similar a la de Borges: «Hemos soñado el mundo. Nuestros conceptos de tiempo y espacio, la misma estructura del universo, están relacionados con los problemas y el fenómeno de la conciencia más íntimamente de lo que habíamos podido soñar.» Talbot sigue diciendo «que no existe una división estricta entre la realidad objetiva y la subjetiva. La conciencia y el universo físico están conectados por algún mecanismo físico fundamental».

Alfred North Whitehead[9] desarrolla su postulado de una naturaleza ensoñativa de la realidad: «... la teoría que combato separa la naturaleza en dos apartados, es decir, la naturaleza que aprehendemos al ser conscientes y la naturaleza que es causa de ese darnos cuenta. La naturaleza como hecho aprehendido al darnos cuenta abraza en su interior el verdor de los árboles, el canto de los pájaros, el calor del Sol, la dureza de las sillas y el tacto del terciopelo. La naturaleza como causa de ese darnos cuenta es el sistema hipotético de moléculas y electrones que afectan de tal forma a la mente que produce la sensación de darnos cuenta de una naturaleza aparente. El punto de encuentro de esas dos naturalezas es la mente».

Joseph Chilton Pearce[10] expone: «La mente del hombre refleja un universo que refleja la mente del hombre.» Y Talbot expresa lo

mismo de la siguiente forma: «El mundo es real solamente en el sentido de que posee una existencia objetiva para la mente individual y no es una proyección de ésta. En una cosmología de autorreferencia, coexisten mente y materia. El mundo de la materia no es una proyección de la mente individual, sino que su realidad está coordinada con la mente individual. En un sentido, pues, el universo se sueña a sí mismo.»

Carlos Castaneda[11] narra en un libro que ve a su doble, una imagen espectral de sí mismo, y pregunta a don Juan si estaba soñando o no. En una cosmología de autorreferencia, tal pregunta carece de significado, y así responde don Juan: «[...] si no te hubieras perdido en tu vicio de hacerte el niñito, podrías haber sabido entonces que tú mismo eres un sueño, que tu doble te está soñando, de la misma manera que tú lo soñaste anoche.»

Volviendo a Talbot, éste sigue diciendo: «Lo mismo sucede con la Señora de Fátima. La realidad de la santísima Virgen y, en efecto, la realidad de todos los dioses y jerarquías cósmicas imaginadas por la humanidad adquieren la misma valencia pragmática que la realidad de los relojes de pulsera y las galaxias. El universo abarca todas las posibilidades porque la conciencia puede concebir todas las posibilidades. En una cosmología de autorreferencia, tan seguro como que los setenta mil testigos de Fátima creyeron y *participaron* en la milagrosa aparición de la Danza del Sol, y más seguro aún, es que en alguna parte hay una santísima Virgen que cree y *participa* con los setenta mil testigos.» Como el vislumbre que Castaneda tuvo de su doble, los testigos están soñando la visión, y la visión está soñando a los testigos. Talbot continúa: «Podemos sospechar con toda razón que la conciencia es capaz de alterar las matrices de interferencia constructiva y crear realidades aparte, pero igualmente reales. Las tradiciones místicas de todas las épocas se dicen capaces de percibir realidades aparte. En los Tantra Sakti, el nivel de conciencia requerido se denomina "*turiya*", un estado de conciencia en el que se reconoce claramente la naturaleza onírica del mundo. Los sutras denominan este nivel "*samyak-sambodhi*". Como afirma el maestro zen Hui Hai: "*Samyak-sambodhi* es la comprensión de la identidad de la forma y del vacío."»[12]

O, como lo expone don Juan de Castaneda: «La cosa es con-

vencer al "tonal" de que hay otros mundos que pueden pasar frente a las mismas ventanas, así que deja que tus ojos sean libres; déjalos ser verdaderas ventanas. Los ojos pueden ser ventanas para contemplar el aburrimiento o para atisbar aquella infinidad.»

Por mi parte, supongo que he escrito este libro, quizá lo he soñado. En el segundo supuesto, no existe como tal, no es real, tampoco son reales los lectores y, como consecuencia, también yo soy un sueño. En el primer supuesto pido perdón, por haber agotado en más de una ocasión la paciencia del lector.

Termino con las palabras de mi maestro Pauwels: «La vida del hombre sólo se justifica por el esfuerzo, aun desdichado, para comprender mejor. Y la mejor comprensión es la mejor adherencia. Cuanto más comprendo, más amo, porque todo lo comprendido es bueno.»

Notas

Prefacio

1. Su padre biológico, a quien no conoció, pertenecía a la vieja burguesía de Gante. Su madre, así como su segundo padre, eran obreros que descendían también de obreros.

2. *Monsieur Gurdjieff*, Éditions du Senil, 1954.

3. Fallecido el 28 de enero de 1997 a los setenta y seis años, y Bergier, el 23 de noviembre de 1978 a los sesenta y seis.

4. Librairie Gallimard, 1960, en Francia, y Plaza & Janés, 1962, en España.

5. Éditions Gallimard, París, 1976.

6. Titular de la cátedra lucasiana de matemáticas de la Universidad de Cambridge, fundada en 1663 por Henry Lucas y establecida por Carlos II. Lucas legó en su testamento su biblioteca de cuatro mil volúmenes y mandó la compra de terrenos que dieran un rendimiento anual de cien libras para poder fundar la cátedra. Ésta comporta dar una clase de matemáticas a la semana.

7. La anécdota es contada por el escritor John Horgan, que asistió al simposio, en su libro *El fin de la ciencia* (Paidós, Barcelona, 1998).

8. Londres, 1640-1679. Químico y fisiólogo inglés, fue alumno de Boyle y realizó importantes trabajos sobre la respiración. En 1678 fue admitido en la misteriosa Royal Society.

9. Esta anomalía afecta sólo en Europa a cincuenta millones de personas. Dos mujeres por cada hombre la sufren. Afecta a un gran número de personas con gran coeficiente intelectual, su origen es desconocido. Las terribles migrañas de Friedrich Nietzsche lo acompañaron durante su corta vida.

10. Encontrada en Egipto en 1799, contiene un texto en tres tipos de escritura, y su gran importancia radica en haber sido la pieza clave para descifrar los jeroglíficos de los antiguos egipcios.

11. No fue pintado sobre yeso húmedo, sino sobre una superficie de yeso preparado con aceites.

12. Situado tercero a la izquierda de Cristo. De este último existe un estudio de Leonardo para la cabeza, conservado en la Royal Collection en el castillo de Windsor, donde se aprecia su masculinidad.

13. Citado por J. Boehme con el nombre de «el Sol exterior clama por el Sol interior», en clara alusión alquímica.

14. A alturas superiores a cuatro mil metros se han encontrado conchas marinas petrificadas.

15. Newark on Trent (Inglaterra), 1942. Bioquímico, estudió en Cambridge y es *research fellow* de la Royal Society.

16. *La presencia del pasado*, Kairós, Barcelona, 1990.

17. Pueblo representante de la nobleza rural. Gobernaron en el siglo x el Imperio bizantino durante aproximadamente cien años.

18. Superior de un monasterio ortodoxo.

19. Del griego *theos*, que significa «dios», y *faino*, «aparecer».

20. *Intoxication: Life in Pursuit of Artificial Paradise*, Nueva York, 1989.

21. «Por qué la gente se droga», URSS, 1890.

22. *El campo: en busca de la fuerza secreta que mueve el universo*, Sirio, Málaga, 2006.

23. El libro trata sobre civilizaciones avanzadas en la edad antediluviana.

Primera parte
EL HOMBRE ETERNO

Capítulo 1. Las manifestaciones divinas

1. Principal corriente del esoterismo judío.

2. Rabino que vivió en Galilea (Palestina) a finales del siglo i y el siglo ii d. J.C. Condenado a muerte por los romanos, vivió trece años en una gruta, donde escribió el Zohar. Fue considerado «santo». Todos los años se organiza una peregrinación a su tumba al *moshav* de Merón de Galilea, al norte de Israel, coincidiendo con la festividad hebrea de Lag Ba'omer.

3. «Sin fin.»

4. Nombre tomado de *Finnegans Wake*, de James Joyce (Faber, Londres, 1939): «¡Tres quarks para Muster Mark!»

5. Las tablillas se encuentran en el Museo Británico, como explicamos al hablar del rey Xisitros.

6. Newton, que investigó a fondo los procesos de la muerte y en particular de la putrefacción, escribió: «Sin putrefacción nada puede cambiar de lo que ya es.»

7. Menorca, 1783-París, 1853. Decano de la Facultad de Medicina de París.

8. París, 1834-1879. Dermatólogo, fundador de la medicina forense en Francia.

9. Según Pablo de Tarso, nuestro Cristo interno.

10. Escritor austríaco (Viena, 1932-1968), autor de *El golem*.

11. El 17 de junio de 1873, Heinrich Schliemann y su esposa Sophia hallan un pequeño cofre tapizado de cuero lleno de tesoros que desencadena el hallazgo de Troya. Llevan años excavando, días antes Schliemann tiene una premonición y le dice a su esposa: «Nuestras excavaciones serán dignas de memoria.»

12. *Sociologie et anthropologie*, París, 1966.

13. «Sinóptico» quiere decir que lo que dicen es muy parecido, «se ve igual».

14. P. Peters, *Les Évangiles apocryphes*, tomo II, Picard, París, 1914.

15. Edición C. Tischendorf, op. cit., pp. 50-105, bajo el título de *Liber de ortu beatae Mariae et infantia Salvatoris*, según el manuscrito latino del Vaticano 6257 y Amann, op. cit., pp. 272-339.

16. En el texto latino, los magos no llegan a Jerusalén hasta después de haber pasado el segundo año, es decir, mucho después del nacimiento. Mateo lo sitúa inmediatamente después.

17. Ciudad Nueva, Madrid, 2004.

18. El fraile dominico Santiago de la Vorágine, en su obra *La leyenda dorada*, escrita en 1264, cita que la palabra «mago» significa «ilusionista, hechicero maléfico y sabio».

19. La familia de la alta nobleza de Provenza, los señores de Baux, decían ser descendientes del mago Baltasar, y en su escudo consta un blasón rojo con una estrella de plata de diecisiete puntas seguida de una estela de cometa.

20. En galés, Ynys Enlli, pequeña isla de abundante vegetación situada a la entrada de la bahía de Cardigan, en Gwynedd, Gales. En la

actualidad deshabitada, antaño fue lugar de peregrinaje popular. En el siglo VI, en la isla se funda un monasterio dedicado a san Cadfan, santo relacionado con manantiales de aguas curativas. En la época celta posiblemente existió un monasterio. La isla tiene unos dos kilómetros y medio de largo, y en el lado oriental hay una montaña que se levanta abruptamente.

21. *Merlín*, Crítica, Barcelona, 2007.

22. Robert Brown predijo en 1827 que los fluidos tenían movimientos internos.

23. Total desorientación ante las normas.

24. Libros de papiro o manuscritos.

25. Citado por Francisco J. Rubia en *La conexión divina*, Crítica, Barcelona, 2003.

26. François-Marie Arouet de Voltaire, *Candide, ou l'optimisme*, 1759.

27. J. Blaschke y S. Río, Planeta, Barcelona, 2006.

28. Vol. 1, cap. 2.

29. El monje Nestorio de Alejandría proclamaba la unicidad entre la persona humana y la divina de Cristo, sostenía que Cristo era un hombre en el que había ido a habitar Dios, escindiendo así la persona divina de la humana.

30. *Rey Jesús*, Edhasa, Barcelona, 1984.

31. La última encuesta en Estados Unidos efectuada por Gallup refleja que los creacionistas y evolucionistas están a un 50 por ciento.

32. La Liebre de Marzo, Barcelona, 1996.

33. 1897-1973. Nacido húngaro y nacionalizado suizo, máximo estudioso de la fenomenología de las religiones y del pensamiento mitológico y filosófico de la Antigüedad. Sus principales obras son *Eleusis, Introducción a la escuela de la mitología* y *En el laberinto*.

34. Fondo de Cultura Económica, México, 1944.

35. Sustancia que provoca un estado alterado de conciencia; también puede producirse por una enfermedad. En el caso de Newman, posiblemente por una fiebre tifoidea.

36. Manifestación de Dios.

37. Recientemente Eugster en Suiza y Takemoto en Japón aislaron los compuestos que causan los efectos psicotrópicos: el ácido iboténico y el alcaloide muscimole. Al secarse el hongo ocurre una transformación química, más bien diríamos alquímica, que convierte el ácido iboténico en muscimole, que es el constituyente más activo.

38. En los valles de los Yungas en Bolivia, las mujeres desde antes del imperio de los incas ya masticaban ligeramente la coca antes de pasar las bolitas (acullico) a los hombres, que las mascaban para combatir el cansancio y el mal de altura, les daba vigor y claridad de pensamiento.

39. El 80 por ciento de nuestro cuerpo es agua, y ésta, según los trabajos de Jacques Benveniste (1987), es portadora de conocimientos, tiene memoria.

40. *Nature*, 333, 1988, pp. 816-818.

41. *Droga, mito y cristianismo*, Rescate, 1985.

42. Etnobotánico italiano, en entrevista de Juanjo Piñeiro. *Psiconautas*, La Liebre de Marzo, Barcelona, 2000.

43. En la más remota Antigüedad, uno de los dioses era el dios Centeno.

44. En la región de Palestina crece la *Argyreia nervosa*, una enredadera perenne y robusta que trepa hasta diez metros, las semillas contienen 0,3 por ciento de alcaloides de cornezuelo (ergolinas, isoamidas de ácido lisérgico). El efecto de cuatro u ocho semillas es parecido al del LSD.

45. «On the Physical Basis of Life», *The Fortnightly Review*, 5, p. 129.

46. *The PeyoteRreligion*, Free Press of Glencoe, 1956.

47. Hoy el belcho *(Ephedra gerardina)* se conoce en Nepal como «somalata» (planta del soma).

48. CastellArte, Castellar de la Frontera, 2001.

49. Estado hipnótico o de sugestión.

50. George Robert Stow Mead (Estados Unidos, 1863-1933). Secretario privado de madame Blavatsky, teósofo y personaje controvertido, escribió la gran biografía de Apolonio de Tiana, minuciosa y abundantemente documentada.

51. Jacques Bergier, en su libro *Visado para otra tierra* (Plaza & Janés, Barcelona), comenta que parece tratarse de un fenómeno intermedio entre la energía química y la energía nuclear.

52. El procedimiento consiste en tocar una campana cada vez que se da comida a un perro. El animal, al oír la campana, a través de un reflejo condicionado, sin ver la comida siquiera, empieza a salivar y a segregar jugos gástricos.

53. En esta región existió una misteriosa civilización prehistórica muy avanzada, a juzgar por los tesoros arqueológicos encontrados (siglo IX a. J.C.), que permaneció hasta que fue destruida por el Imperio romano sin ningún tipo de influencia de otros pueblos, y que se conoce con el nombre de «civilización daunia». Actualmente se pueden encon-

trar el ambiente, la flora y la fauna y la vida que existía hace veinticinco mil años en Europa.

54. Presencia simultánea en dos lugares distintos.

55. *Padre Pio. Miracoli e politica nell'Italia del Novecento*, Turín, 2008.

56. Tercer templo más visitado de la cristiandad, después de la basílica de San Pedro (Roma) y la de Nuestra Señora de Guadalupe (México).

Capítulo 2. El inventario de lo fantástico

1. Astrónomo francés (1842-1925).

2. *Memorias y aventuras*, Valdemar, Madrid, 1999.

3. Sustancia que sale del cuerpo del médium. Puede ser o no visible y producir variados efectos para ser luego reabsorbida de nuevo por el médium sin dejar rastro alguno.

4. El doctor Varvoglis forma parte del Laboratorio de los Sueños del Centro Médico Maimónides, en Nueva York, y del laboratorio psicofísico. Es autor del libro *La rationalité de l'irrationnel* y diseñador de un software concebido para potenciar las capacidades paranomales.

5. Tratamiento de las enfermedades mediante sueros medicinales.

6. Impresionabilidad excesiva de algunas personas a la acción de ciertas sustancias alimenticias o medicamentosas. Si después de haber sufrido algún desorden, a veces grave, se vuelve a inyectar o a tomar una pequeñísima cantidad de la misma sustancia, el recuerdo persiste y se repiten los mismos graves síntomas.

7. Fernando M.ª Palmés, «Metapsíquica y espiritismo», *Razón y Fe*, Madrid, 1932.

8. Antiguo sacerdote de la India que se decía había vivido unos tres mil años antes.

9. Paidós Ibérica, Barcelona, 2000.

10. Físico teórico. Estados Unidos, 1939.

11. La Iglesia Pentecostal Libre es una secta fundamentalista con amplia implantación en Estados Unidos. Son seguidores estrictos de la Biblia y, por tanto, creen que quien cree en Dios puede desafiar al fuego.

12. Entre otros lugares, en San Pedro de Manrique (Soria) durante el solsticio de verano.

13. El LHC se puso en marcha el 11 de septiembre de 2008, y se pudieron introducir dos haces de protones en el acelerador, mucho más

de lo que se esperaba. El éxito ha sido total, y tan sólo debemos esperar ahora los resultados de este «mini big bang». A los pocos días de su puesta en marcha fue parado debido a una fuga de helio, pero en la actualidad está funcionando nuevamente a pleno rendimiento.

14. Jack Sarfatti y Bob Toben, *Space-Time and Beyond*, E. P. Dutton, Nueva York, 1975.

15. Actualmente China es la mayor productora de tungsteno del mundo.

16. *American Antiquarium*, núm. 25, p. 258.

17. Lucas, 19, 10.

18. *La herencia del hombre*, Plaza & Janés, 1974. Ritchie Calder fue amigo de H. G. Wells y obtuvo el Premio Kalinga para escritores científicos.

19. «Parallels within the Culture of the Arctic Peoples», Annales do XX Congresso Internacional de Americanistas, vol. I, Rio de Janeiro, 1925.

20. *Magos y místicos del Tíbet*, Índigo, Barcelona, 1988.

21. *Les montagnes où naissent les dieux*, René Julliard, París, 1957.

22. Los sacerdotes bon-po, según los eruditos chinos, identifican el taoísmo con la religión bon-po.

23. Filósofo y psicólogo, uno de los grandes conocedores del fenómeno ovni (Francia, 1919-1992).

Capítulo 3. La consumación de lo racional

1. *Dégenérescence et criminalité*, París, 1888. Médico francés (1852-1907), autor de diversos libros sobre medicina, psicología, sexo y delincuencia.

2. *The Human Use of Human beings*, Avon Books, Nueva York, 1967.

3. *Quantum Mechanics and Reality,* núm. 23, 1970.

4. Premio Nobel de Física en 1933 (Viena, 1887-Irlanda, 1961).

5. Alquimista, amigo del conde de Saint-Germain (1733-1807).

6. Respiración rápida, profunda y prolongada acompañada de sonidos rítmicos, normalmente de tambores. Puede ser peligrosa y debe ser dirigida por un maestro.

7. *Un fenómeno paranormal*, Martínez Roca, Barcelona, 1976.

8. Kairós, Barcelona, 2007.

9. Tesu Solomovici, *România masónica*, TESU, Bucarest, 2005.

10. La biblioteca cuenta con cincuenta mil obras y un fondo medieval fuera de lo común. Sólo cien mil obras son de libre acceso.

11. Tratamiento y manipulación de determinadas plantas.

12. Su alias está inspirado en el lema de la familia «Dios, no el destino». Violet Mary Firth Evans nació en 1890 en Gales. Ocultista, cristiana de nacimiento, visionaria y con facultades psíquicas, miembro de la Sociedad Teosófica y médica psicoterapeuta, fue iniciada en la masonería por su mentor, el ocultista y francmasón irlandés Theodore Moriarty. (Conan Doyle, francmasón, creador del personaje de Sherlock Holmes, usó el nombre de Moriarty para llamar al enemigo natural del famoso detective.) Escribió sobre magia, ocultismo, cábala y brujería. Creó la capilla Alfa Omega, dependiente de la asociación Stella Matutina, fundada por W. Butler Yeats. Al final de su vida impulsó la Sociedad de Luz Interior, que sigue en activo. Murió de leucemia en 1946.

13. Entre otros tradujo *El libro de la magia sagrada de Abramelin el Mago*, *La cábala revelada* y *La llave menor del rey Salomón.*

14. Célebre ocultista, miembro de Golden Dawn.

15. Nació en 1875 cerca de Dublín y murió en Francia en 1939. Premio Nobel de Literatura en 1923, escritor y poeta, conoció a Helena P. Blavatsky y se incorporó al mundo espiritista y a la Sociedad Teosófica. Perteneció a la Golden Dawn. Su obra esotérica más importante relacionada con la sociedad Golden Dawn es *Una visión.*

16. Francia, 1842-1925. Astrónomo, divulgador científico y padre de la astronomía popular.

17. *Las ciencias ocultas*, Calpe, Buenos Aires, 1922.

18. Posteriormente fue papa con el nombre de Benedicto XIV.

19. John Bowker, *Diccionario abreviado Oxford de las religiones del mundo*, Paidós, Barcelona, 2006.

20. Exegista bíblico italiano (1800-1865).

21. J. Blaschke y S. Río, *La verdadera historia de los masones*, op. cit.

22. *Les miracles: un défi pour la science?*, De Boeck & Larcier, Bruselas, 1997.

23. Nacido en Charolles, Francia (1837-1890), fue un funcionario francés que viajó extensamente por Asia entre 1860 y 1870.

24. Martínez Roca, Barcelona, 1988.

25. Por aquel entonces, Portugal estaba dividido en facciones políticas, la monarquía había sido depuesta por una república, el pueblo era católico y el gobierno contrario a la religión, por lo que había cortado las

relaciones con Roma. Las propiedades de las iglesias habían sido confiscadas y los sacerdotes eran tratados como ciudadanos normales. Portugal participaba en la guerra mundial al lado de Inglaterra; la pobreza y el desaliento del pueblo eran devastadores, si bien éste seguía siendo católico y se oponía al gobierno.

Capítulo 4. Humano, demasiado humano

1. Escritor norteamericano de ciencia ficción (1917-1994), ganador de infinidad de premios, miembro del Círculo Lovecraft.

2. Escritor irlandés (Londres, 1878-Dublín, 1957) de novelas breves y relatos fantásticos.

3. El radar es un eco radioeléctrico, pero este eco permite también localizar y bombardear el proyector de ondas de radar. Con el superradar de Armstrong esa localización se vuelve totalmente imposible. Las razones técnicas son un secreto militar.

4. Primer *imperator* de la Societas Rosicruciana in Anglia (SRIA).

5. Siglo III a. J.C. Mago, filósofo y matemático griego, Apolonio de Tiana realizó diversos milagros. No fue admitido en Eleusis.

6. Existen contradicciones respecto a la fecha de nacimiento.

7. Esta obra tiene algunas concomitancias con la escuela de Gurdjieff.

8. Julio Obsecuente, *Libro de los prodigios*, Ediciones Clásicas, Madrid, 1990.

9. Indiana, 1871-Hollywood, Los Ángeles, 1945. Escritor, periodista y naturalista de gran renombre, algunas de cuyas novelas han sido llevadas con éxito al cine, como por ejemplo *Un lugar en el sol*.

10. Todos los hechos, ciudades y lugares van acompañados en el libro de un número de referencia que corresponde a una ficha o carpeta donde se especifica de dónde ha sido tomado el dato.

11. Temor al oro.

12. *Many Worlds in one*; no existe una traducción en español.

13. Jacques Bergier afirmaba conocer a personas que las habían visto.

14. 805 Kidder Breese SE-Washington Navy Yard. Washington DC 20374-5060.

Segunda parte
EL RETORNO DE LOS BRUJOS

Capítulo 1. Visado para otra realidad

1. Marburgo, 1900-Heidelberg, 2002. Filósofo, renovador de la hermenéutica y, al contrario que su maestro Heidegger, opositor al nazismo.

2. Esta «agua póntica» podría ser agua permanente que no mojaba las manos y cuya fuente fluía al mar hermético (podría tratarse del mercurio). También podría ser el agua empleada por los alquimistas que fluía en los pozos sagrados que en la Edad Media tenían la mayoría de las iglesias góticas. Poseía virtudes curativas, era empleada en el tratamiento de varias enfermedades. En la mitad del coro de Notre-Dame de Limoux (Aude) aún puede verse un pozo cuya agua cura todas las enfermedades. En el pórtico central de Notre-Dame de París se puede observar un sello alusivo a esta agua de disolución.

3. Recogida de opiniones en forma de enunciados, sin establecer ningún criterio sobre las mismas.

4. *The Place of the Turba Philosophie in the Development of Alchemy*, Isis, 1954.

5. Ciudad situada a unos cincuenta kilómetros de Nag Hammadi, lugar donde fueron encontradas las Escrituras gnósticas en 1945.

6. La existencia de la biblioteca es cierta, aunque no se sabe el motivo de su desaparición, ni se han encontrado restos de la misma.

7. G. Salmon, *Bibliothèque des philosophes chimiques*, París, 1741.

8. La reina María Antonieta lo acusó de cómplice en el robo de un collar de diamantes.

9. J. Mehlman, *Walter Benjamin for Children. An Essay on his Radio Years*, University of Chicago Press, Chicago, 1993.

10. Famoso alquimista y astrólogo rosacruz (Berkshire, Inglaterra,1593-1662).

11. Hasta hace poco, calle londinense de la prensa.

12. Fulcanelli significa literalmente «herrero del sol».

13. Robert Ambelain, «Jean-Julien Champagne, alias Fulcanelli», *La Tour Saint-Jacques*, núm. 9, 1962.

14. Escrita por Fulcanelli en 1922. En español, *El misterio de las catedrales*, Plaza & Janés, Barcelona, 1967.

15. Champs-Elysées, 72, París.

16. El andrógino hermético representa la unión de las dos fuerzas primarias, masculina y femenina. Manuscrito Rh. 172 de la Biblioteca Central de Zúrich.

17. En España, *Las moradas filosofales*, Plaza & Janés, Barcelona, 1969.

18. Comuna de Francia en la región de Picardía, departamento de Oise. A unos doscientos kilómetros de la abadía de Saint-Michel. En esas fechas su población no llegaba a los cuatrocientos habitantes.

19. Parte de la alquimia dedicada a curar mediante ungüentos, pomadas y soluciones naturales.

20. El que trataba de buscar la transmutación por medios químicos ortodoxos.

21. Físico nuclear francés (París, 1878-1944) asesinado en el campo de Buchenwald.

22. La prodigiosa memoria fotográfica de Bergier era bien conocida: capaz de leer un libro de más de trescientas páginas en apenas una hora, recordaba y podía recitar de memoria cualquier página del volumen que se le solicitara.

23. Samuel Weiser, Nueva York, 1960.

24. Ciudad del centro de Francia por donde discurre el Camino de Santiago. Durante la Edad Media fue la capital europea de la alquimia. Jacques Coeur, conocido alquimista natural de Bourges, fue banquero y prestamista en oro de la nobleza.

25. Esmeralda es el nombre de la gitana de la obra de Victor Hugo *Nuestra Señora de París*.

26. Paracelsus Research Society, Salt Lake City, 1976.

27. K. Rayner Johnson, *El misterio Fulcanelli*, Martínez Roca, Barcelona, 1981.

28. Según el libro de Albertus *The Alchemist of the Rocky Mountains*, op. cit.

29. *Gold of a Thousand Mornings,* Neville Spearman, Ltd., 1975. Tratado de Barbault sobre alquimia espagírica, tratamiento con elixires vegetales mezclados con tierra y rocío.

30. París, 1907-1997. Masón, gran conocedor de temas esotéricos e historia de las religiones, publicó más de cuarenta obras sobre masonería, esoterismo y religiones.

31. *A la sombra de las catedrales*. En su primera página se leía: «A la memoria de Fulcanelli, artesano de la Gran Obra y filósofo del Fuego, dedicamos este imperfecto y tosco ensayo de esoterismo hermético.»

32. Abraham Stoker (Irlanda, 1847-Londres, 1912), autor de la famosa novela *Drácula*. Masón, posiblemente perteneció a la sociedad secreta Golden Dawn.

33. Actualmente, centro mundial de la fabricación de perfumes y fragancias. Süskind sitúa gran parte de su novela *El perfume* en dicha ciudad.

Capítulo 2. Es más tarde de lo que pensamos

1. Inglaterra, 1766-1844. Naturalista, químico, físico, matemático y meteorólogo, fue un niño prodigio, y a los doce años ya daba clases.

2. Poeta inglés, contemporáneo de Newton, autor de *El paraíso perdido*.

3. Fuegos fatuos.

4. Equivalente a 1.040 miligramos.

5. Autor de las *Hexapla*, primera edición crítica del Antiguo Testamento.

6. J. Blaschke y S. Río, op. cit.

7. Actualmente se pueden ver dichas colmenas en el segundo piso del Museo de Zoología de Barcelona.

8. *The Royal Society, 1660-1940: A History of its Administration under its Charters*, Cambridge, 1944.

9. Hooke llevó a cabo experimentos con arañas y cuernos de unicornio.

10. No se sabe la fecha exacta de su muerte, ya que su registro funerario y la lápida de su tumba fueron robados.

11. *The Invisible College*, Headline Book Publishing, 2002.

12. Padre de la primera novela gótica, *El castillo de Otranto* (Londres, 1746).

13. «*Dans des beaux draps*», literalmente, «Entre bonitas sábanas», expresión francesa que equivale a «Los dejo en un buen lío».

14. Hachette, Buenos Aires, 1967.

15. Escribió una tercera serie con el título *La vida es real sólo cuando «yo soy»*.

16. Hay que señalar que Jeanne de Salzmann produjo una interesante película dirigida por Peter Brook basada en *Encuentros con hombres notables*.

17. Françoise d'Aubigné, marquesa de Maintenon (1635-1719), esposa de Luis XIV.

18. Hachette, Buenos Aires, 1978.

19. Bien es cierto que la escritora masona y primera mujer en llegar a Lhasa, Alexandra David-Néel (ya citada en este libro), declaró en un artículo publicado en *Nouvelles Littéraires* el 22 de abril de 1954 que existía una confusión entre el señor Gurdjieff y un lama buriato llamado Dorjieff. Contrariamente, K. M. Panikkar, en *L'Asie et la domination occidentale*, que cita a Bell *(Biography of Dalai Lama)*, habla también de un monje buriato llamado Dorjieff, que conspiraba en nombre del zar en Lhasa, y «que terminó prodigando su saber en Fontainebleau».

20. Meditación mística.

21. Discípulo de Gurdjieff al que conoció en Constantinopla en 1939 y estuvo a su lado hasta su muerte. Escribió cincuenta libros sobre su maestro. Falleció en 1974.

22. Filósofo con orientación mística. Era conocido como escritor antes de conocer a Gurdjieff. Publicó ocho libros, cuatro antes de conocer al Maestro y cuatro después, estos últimos referentes a las enseñanzas de Gurdjieff, el más conocido de los cuales es *Psicología de la posible evolución del hombre.*

23. A. Jodorowsky, *El maestro y las magas*, Siruela, Madrid, 2005.

24. *Niños índigo*, Panamericana Editorial, Ltda., Bogotá, 2005.

25. *Il mondo segreto dei bambini*, Edizioni l'Età dell'Acquario, Turín, 2003.

26. *Emissary of Light: A Vision of Peace*, Warner Books, 1996.

27. Hampton Roads Publishing Company, 2002.

28. Fapa Ediciones, Barcelona, 2006.

Capítulo 3. El dorado secreto

1. Plaza & Janés, Barcelona, 1972.

2. Actualmente, el Gran Colisionador de Hadrones de Ginebra produce una gama de energía de un billón de electronvoltios, o 1 TeV. Está en estudio el colisionador del futuro, de más de treinta kilómetros de largo, que podrá alcanzar energías de doscientos cincuenta gigaelectronvoltios.

3. Ediciones Minotauro, Barcelona, 2005.

4. *La herencia del hombre*, Plaza & Janés, Barcelona, 1974.

5. *Historia general de las casas de Nueva España*, Nueva España, México, 1946.

6. Cruz del Sur, Buenos Aires, 1976.
7. Stock Plus, París, 1978.
8. *Los pueblos del misterio*, Héptada Ediciones, Madrid, 1991.
9. Corona Boreal, 2003.

Capítulo 4. Unos componen y otros bailan

1. En la actualidad, en el mercado sumergido del arte de una importante ciudad de España, están a la venta tres cuadros al óleo de buenas dimensiones de Hitler. Las pinturas han sido autentificadas por organismos competentes, y el precio por las tres es de trescientos mil euros.

2. Ampliado por el doctor Achille Delmas en el ensayo *Hitler, una biografía de la psicopatología*.

3. Según el escritor francés Louis Jacolliot (en el capítulo 3 de la primera parte de este libro hacemos amplia referencia a él), el «vril» es la enorme energía que poseemos, de la cual sólo utilizamos una pequeña parte en la vida ordinaria, la raíz de nuestra divinidad posible. El que llega a ser dueño del vril se convierte en dueño de sí mismo, de los demás y del mundo. La similitud del vril con el «cristalizar» del Cuarto Camino de Gurdjieff es asombrosa.

4. La solución Madagascar consistía en trasladar a los judíos a dicha isla. Se hizo el primer viaje, pero el coste era tan elevado que no se volvió a repetir.

5. Editorial Sudamericana, 2005.

Tercera parte
LA FUERZA SECRETA

Capítulo 1. Inspirando hipótesis

1. Kairós, Barcelona, 1987.
2. Kairós, Barcelona, 2004.
3. La Ley de Moore postula que la potencia de un ordenador se duplica cada dieciocho meses.
4. Espasa-Calpe, Madrid, 2007.
5. 15 de abril de 1990.

Capítulo 2. Imaginar es emocionante

1. Crítica, Barcelona, 1996.
2. Gallup and Newport, 1991, pp. 137-146.
3. Alba Editorial, Barcelona, 2008.
4. Op. cit.
5. Lumen, Buenos Aires, 1996.
6. Idios Kosmos, Buenos Aires, 1984.

Capítulo 3. La resaca del futuro

1. Discípulo de Planck y Stumpf y principal teórico de la psicología de la Gestalt. En 1956 fue nombrado presidente de la Asociación Americana de Psicología.

2. *La sincronicidad: La magia en movimiento*, Edaf, Madrid, 2006.

3. La Liebre de Marzo, Barcelona, 2003.

4. «Abrir los trabajos» en una logia no es más que el consentimiento de los miembros activos reunidos para empezar el trabajo.

5. *El misterio de las coincidencias*, RBA, Barcelona, 2003.

6. «What is transformational learning?», en IONS, *Noetic Sciences Review*, 49, agosto-noviembre de 1999.

7. Allan Cobs y Mark Holland, *Synchronicity*, Marlow & Company, Nueva York, 1996.

8. Trotta, Madrid, 2010.

9. Bolonia, vol. I, 1928; vol. II, 1929.

10. Semanales.

11. Op. cit.

12. Atlanta, Gerona, 2009.

13. Francia, 1909-1978. El pseudónimo más conocido de Robert Grugeau, escritor de ciencia ficción y pionero de la teoría de antiguos astronautas. Escribió seis obras de no ficción sobre este tema.

14. Plaza & Janés, Barcelona, 1971.

15. En los últimos años, el movimiento creacionista se ha extendido de tal manera en Estados Unidos que ha llegado a preocupar en los círculos universitarios. La comunidad científica está dividida sobre la teoría de

la evolución, y los creacionistas dicen incluso que la teoría de Darwin está sin verificar.

The Gallup, una organización que desde hace más de sesenta años estudia la naturaleza y el comportamiento humano, llevó a cabo en 2001 una encuesta que dio como resultado que un tercio de los estadounidenses creen en el creacionismo. El 45 por ciento de los encuestados piensan que Dios creó al ser humano hace unos cien mil años y, si bien la otra mitad acepta la evolución como un proceso real, piensa que en algún momento intervino el dedo divino.

16. Edaf, Madrid, 2005.

17. Edición de Alba Vernon Ebersole, Albatros Ediciones, Valencia, 1978.

18. Redway, Londres, 1899.

19. Yug, México, D. F., 2000.

20. La paleoastronaútica, astroarqueología, exoarqueología o paleoseti, también conocida popularmente como la «teoría de los antiguos astronautas», es una disciplina no académica que trata de establecer los orígenes y la historia de la humanidad desde la creencia de que en el pasado existieron civilizaciones tecnológicas más avanzadas, y no descarta incluso que probablemente tuvieran su inicio en la intervención de seres procedentes de otros mundos.

Capítulo 4. La realidad es ilusión

1. *The Act of Creation*, Pan Books, Londres, 1970.

2. *The Structure of Scientific Revolutions*, 2.ª ed., University of Chicago Press, Chicago, 1970.

3. Nantes, 1828-Amiens, 1905.

4. Ganador de casi todos los premios que se pueden conseguir en la vida académica, incluso el premio Röntgen por su trabajo de fin de carrera, que consistió en la construcción de un pequeño acelerador de partículas.

5. *Memorials, Scientific and Literary of Andrew Crosse, the Electrician*, Longmans & Roberts, Harvard University, 1857.

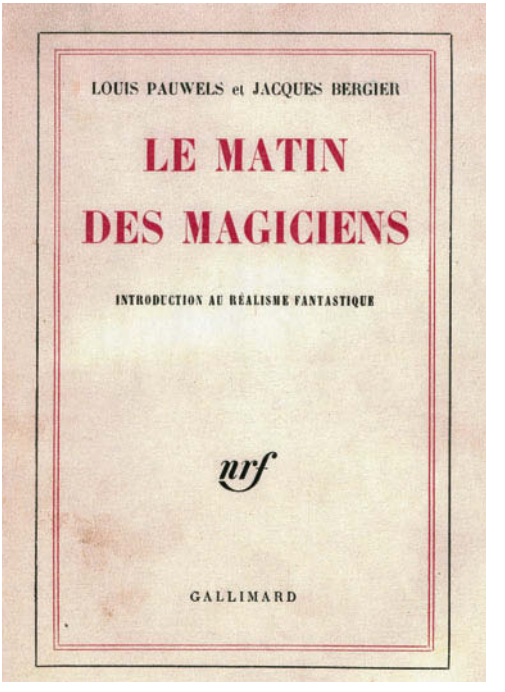
6. Animales microscópicos, algunos miden cien micrones, si bien la mayoría miden alrededor de medio milímetro. Una de las formas más grandes son las garrapatas, que pueden llegar a medir hasta tres centímetros de longitud.

7. Lackington, Hughes, Harding, Mayor & Jones. Inglaterra, 1818.
8. President's Comission for the Study of Ethical Problems in Medicine and Biomedical Behavioral Research, Washington, 1982.
9. Moshe Idel, *El golem*, Siruela, Madrid, 2009.
10. Abril.
11. *El campo*, Sirio, Málaga, 2006.
12. Físico, inventor de la teoría cuántica matricial (Alemania, 1901-1976).

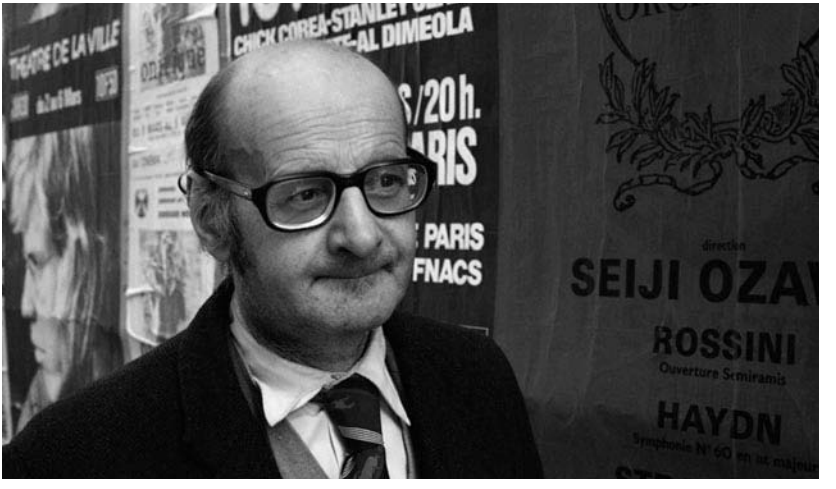
Epílogo

1. Appleton and Lang, Norwalk, 1995.
2. Alianza Editorial, Madrid, 2002.
3. París, 1890-1973. Escritor de origen catalán, novelista, autor dramático y ensayista, miembro de la Academia Francesa.
4. *Historias de la ciencia y del olvido*, Ediciones Siruela, Madrid.
5. Actualmente se conocen más de dos millones de especies bacterianas.
6. Berkley Books, Nueva York, 1994.
7. Estados Unidos, 1953-1991. Divulgador científico, a pesar de haber muerto muy joven, a los treinta y ocho años, víctima de un cáncer, publicó siete libros de gran éxito.
8. Kairós, Barcelona, 1986.
9. *El concepto de la Naturaleza*, Gredos, 1968.
10. *The Crack in the Cosmic Egg*, Pocket Books, Nueva York, 1973.
11. *Viaje a Ixtlán*, Fondo de Cultura Económica, 2001.
12. *The Zen Teaching of Hui Hai*, Rider, Londres, 1969.

Cubierta de la primera edición francesa de *El retorno de los Brujos*, de Louis Pawels y Jacques Bergier, Gallimard, París, 1960. Para varias generaciones supuso una auténtica iniciación espiritual.



El «filósofo humanista» Louis Pawels, colaborador en revistas literarias y autor de más de veinte obras dedicadas al mundo científico, psicológico y espiritual.



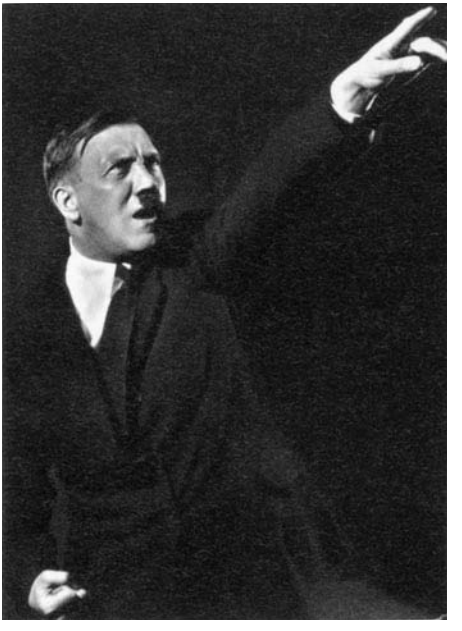
Jacques Bergier, divulgador científico y autor de una treintena de libros sobre divulgación científica, escuelas iniciáticas y servicios secretos.

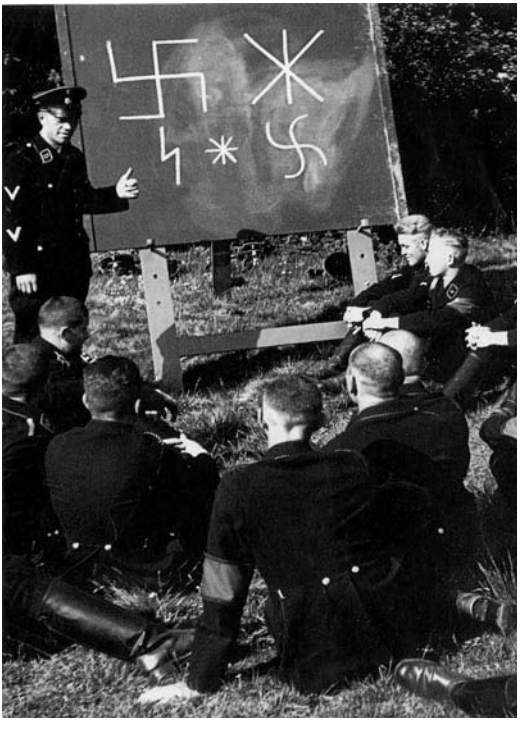
Jacques Bergier como Ezdanitoff en *Tintín*, «Vuelo 714 para Sídney», Hergé, editorial Juventud, Barcelona, 1969.

Isaac Newton, 1702. Al igual que todos los grandes innovadores del siglo XVII, Newton empleaba los conocimientos adquiridos en los tratados y experimentos de la alquimia medieval.

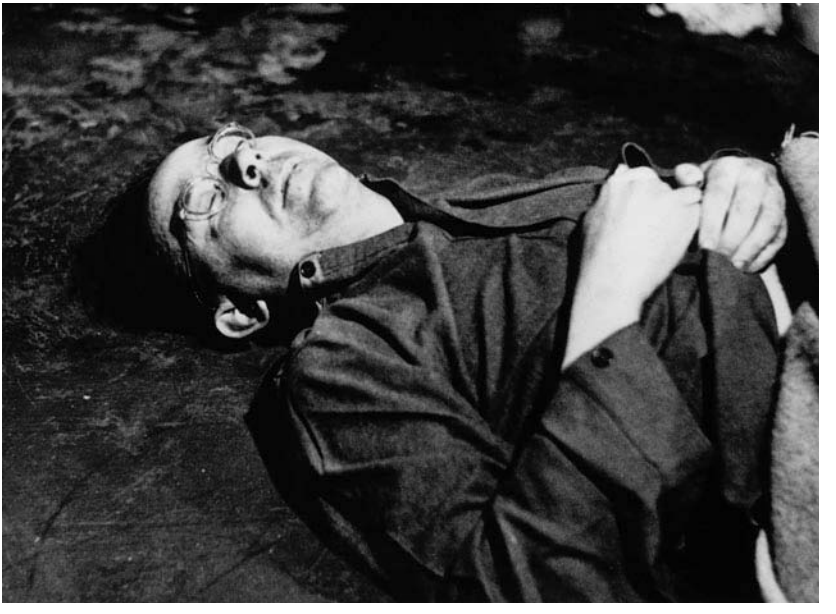
Buda con la cruz gamada en el pecho (1700 a. J.C.), en el Museo Británico, Londres.

«¡Yo he visto al hombre nuevo! ¡Es él! ¡Es él! ¡Está allí! ¡Está allí!»

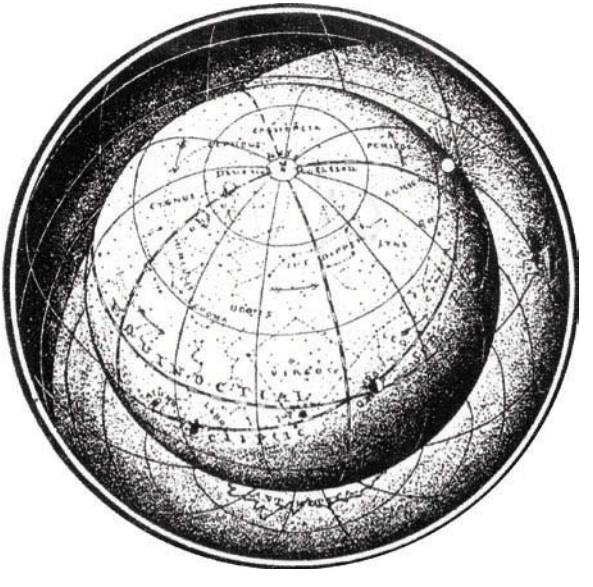




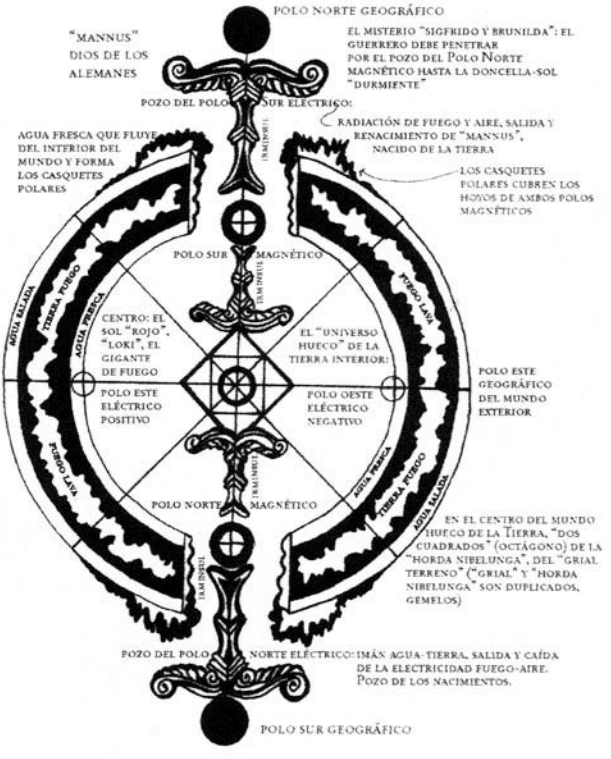
Clases de simbolismo impartidas a miembros del instituto Ahnenerbe, creado por Himmler.



El cadáver de Himmler. Se suicidó en 1945 al morder una cápsula de cianuro cuando fue detenido por los soldados británicos.



El cielo dentro de la Tierra cóncava. La teoría de la Tierra cóncava pronostica que habitamos en el interior de ésta.



Mitología nórdica: la Tierra hueca. En casi todos los continentes hay cuevas subterráneas y sistemas de túneles (Perú, Tíbet, Afganistán, Brasil...).

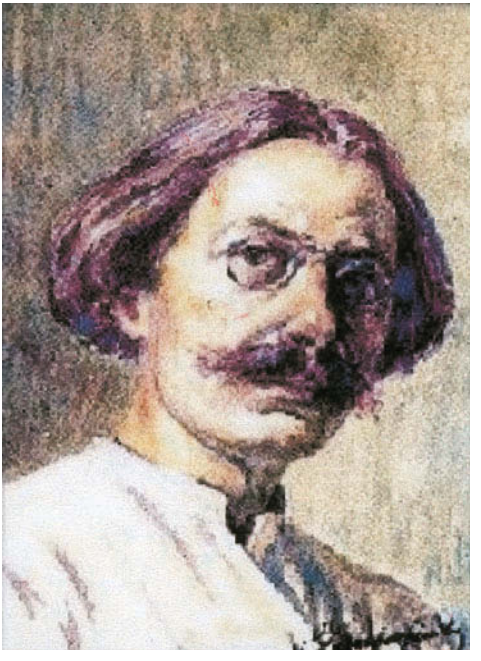
La verdadera imagen de santa Teresa, en el Museo Británico, Londres.

La última cena, de Leonardo da Vinci. San Juan, sentado el primero a la derecha de Cristo, se confunde o identifica con María Magdalena por su fisonomía femenina.

El alquimista, de David Teniers, en el Museo del Prado, Madrid.

Laberinto de la catedral gótica de Chartres, Francia, siglo XII.

Las especies humana, animal y vegetal interconectadas, en la abadía gótica cisterciense de Villelongue, Francia, siglo XII.



Jean-Julien Champagne, ideólogo del colectivo Fulcanelli.

Gurdjieff, padre de la auténtica sociedad iniciática contemporánea, 1924.

Gurdjieff cerca del final de su vida, 1949.

El autor, en el Prieuré de Avon, en Fontainebleau, Francia, donde Gurdjieff instaló el Instituto para el desarrollo armónico del hombre.

Sincronicidad. Moáis de la isla de Pascua, siglo XII d. J.C., y exvotos ibéricos, siglo III a. J.C., en el Museo Marés de Barcelona.

Charles Fort, autor de *El libro de los condenados*, Bony & Liveright Inc., Nueva York, 1919, considerado por algunos como el libro más importante y lúcido de los últimos tiempos. Otros lo clasificaron de aberrante.

Ésta es la única fotografía de un ovni que la NASA ha reconocido como auténtica.

El astronauta de Nazca, Perú.

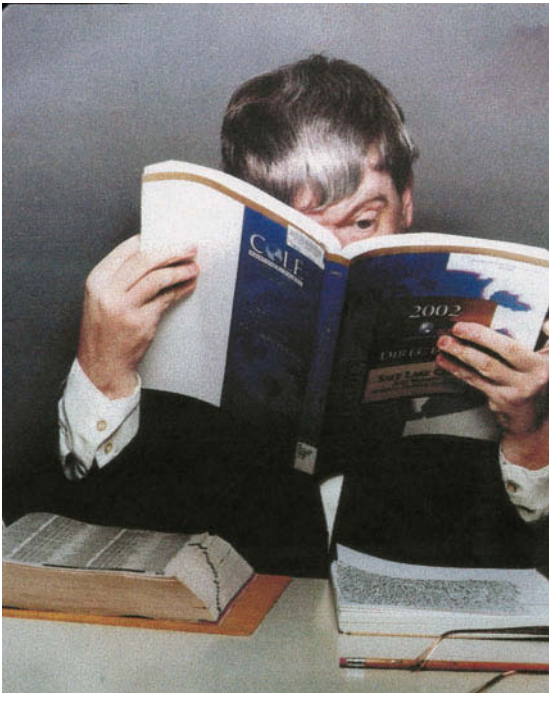
La estela Naramsin, Museo del Louvre, París. Cuarto rey del Imperio arcadio, se lanzó a conquistar el mundo. Su triunfo fue tal que mandó construir dicha estela y se proclamó dios.

IVLII OBSEQVEN-
TIS PRODIGIORVM
LIBER.
Legato Tassinari
ab Vrbe condita usq; ad Augustum Cesarem,
cuius tantum extabat Fragmentum, nunc
demum Historiarum beneficio, per CON-
RADVM DEMOSTENEM Rubeæ
quensem, integritati suæ restitutus.
Polydori Vergilij Vrbinatis de
Prodigijs libri III.
QVOD TIBI
FIERI NON
VIS. ALTERI
NE FECERIS
LVGDVNI,
APVD IOAN. TORNAESIVM,
ET GVIL. GAZEIVM.
M. D. LIII.

Libro de los prodigios, de Julio Obsecuente, Biblioteca Funcini de Empolia, Florencia, 1553.

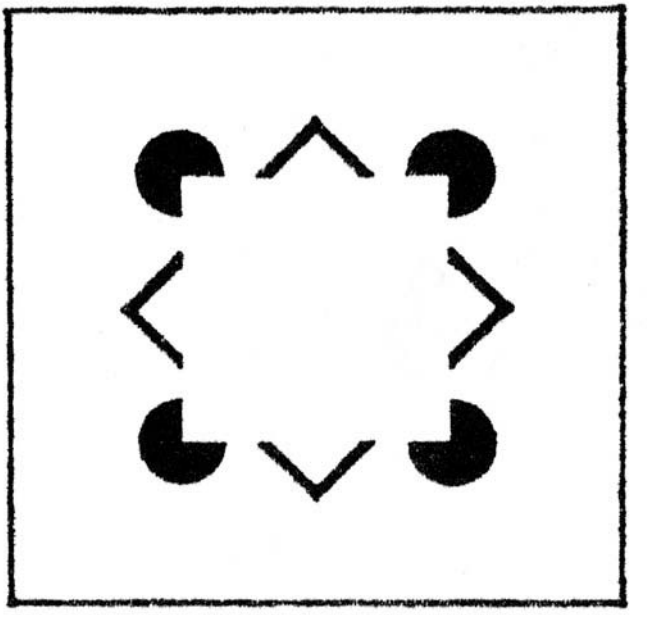
Deméter y su hija Perséfone consumiendo un hongo anteógeno.

El misterioso mecanismo de Anticitera.



Kim Peex, discapacitado de nacimiento, sabe de memoria siete mil libros y los datos de varios códigos de teléfono, postales y emisoras de televisión de todas las poblaciones de Estados Unidos. Inspiró el personaje de Raymond Babbit, de la película *Rain Man*.

Cenizas de Mary Ardi Reeser, famoso caso de SHC (combustión espontánea).



La mente ve lo que quiere ver. ¿Existe realmente el cuadrado blanco?

Levitaciones.

El amanecer de los brujos
Santiago Río

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)

© del diseño de la portada, Opalworks

© Santiago Río Robledo, 2011

© Editorial Planeta, S. A., 2011
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Ilustración del interior: AESA, Akg Images – Album, Archivo del Autor, Bpk, Erich Lessing, © Gavin Hellier / Corbis, Nasa, © Jean-François Rault / Kipa / Corbis, © Sophie Bassouls / Sygma, © Steffens Bidarchiv / Album / Akg

NOTA: El editor quiere agradecer las autorizaciones recibidas para reproducir imágenes protegidas en este libro. Se han realizado todos los esfuerzos para contactar con los propietarios de los *copyrights*. Con todo, si no se ha conseguido la autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado

Primera edición en libro electrónico (PDF): octubre de 2011

ISBN: 978-84-84-53199-9 (PDF)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com